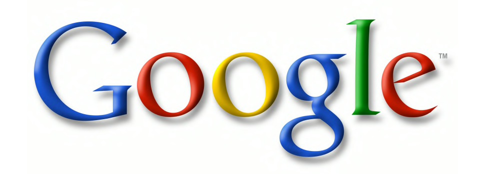



SIGILL : COLL : HARVARD : CANTAB : NOV : ANGL : 1650.
CHRISTO ET ECCLESIAE



Anal. at end of Tom. II.

HISTORIA

DE LAS

INDIAS DE NUEVA-ESPAÑA

Y ISLAS DE TIERRA FIRME,

POR

EL PADRE FRAY DIEGO DURAN

RELIGIOSO DE LA ORDEN DE PREDICADORES
(ESCRITOR DEL SIGLO XVI)

LA PUBLICA CON UN ATLAS DE ESTAMPAS, NOTAS É ILUSTRACIONES,

Fernando
JOSÉ F. RAMIREZ

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES LITERARIAS
NACIONALES Y EXTRANJERAS.

TOMO I.

MÉXICO
IMPRENTA DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE.
BAJOS DE SAN AGUSTIN NUM. 1.

1867.

INTRODUCCION.

Noticias biográficas de FR. DIEGO DURAN.—Desacuerdo de los historiadores sobre su nombre y patria.—Mexicano.—Epoca de su nacimiento.—Noticias del MS. del autor, que se conserva en la Biblioteca nacional de Madrid.—Su descripcion.—Dificultades que presenta para la impresion.—Defectos del texto.—Enmiendas que se han hecho y su calidad.—Carácter y mérito intrínseco de la obra.—Materiales históricos empleados para su formacion.—El autor fué contemporáneo de los conquistadores.—Creencias supersticiosas comunes á ambos mundos.—Distribucion de la obra y partes que la forman.—Fechas de su composicion.—Período que abraza este tomo.—Su título.

La historia, que conserva recuerdos harto triviales, suele dejar en el olvido, ó envueltos en tinieblas impenetrables, hechos y nombres que la posteridad inútilmente le demanda. Injusta con FR. DIEGO DURAN, le deparó todas las desventuras que pueden perseguir, al que ha consumado una larga y laboriosa vida en útiles trabajos. Apareciendo en sus obras, como uno de los mas ardientes propagadores del Evangelio, en el siglo XVI, ignoramos cuáles fueron el teatro y fruto de sus tareas apostólicas. Diligente investigador y conservador de antiguas tradiciones y monumentos históricos, trabajó para extraños, ó para la polilla, no dejándonos recuerdo alguno, ni de su familia, ni de su persona.

El Cronista mismo de su Provincia, [1] que habitó con él bajo el mismo techo por largos años, y que nada económico se manifiesta en sus narraciones, se limita á una brevísima mencion, para decirnos que el P. Duran « era HIJO DE MEXICO, que escribió dos libros, *uno « de historia y otro de antigualias de los indios:* que vivió muy enfer-

1 DAVILA PADILLA, *Historia de la fundacion y discurso de la Provincia de Santiago de México*, capítulo y foja últimos.

«mo y murió en 1588;» y esto es cuanto de él sabemos. D. Nicolás Antonio, Fernandez, Leon Pinelo, los Dominicanos Quetif y Echard, y nuestros escritores Eguiara, Clavijero, Padre Mier y Dr. Beristain, no han hecho mas que repetir lo que aquel dijo; y algunos de ellos con variantes que despojan al desventurado escritor, de lo último que se le podia quitar, su nombre, su patria, y la propiedad de sus escritos.

El Dr. Eguiara, á quien nuestra literatura debe el mejor ensayo de bibliografia nacional, fué tambien, no diré el autor de aquel despojo, pero sí el primero que puso en circulacion la especie, siguiendo, segun dice, las noticias de un Dominicano, morador del propio convento del Padre Duran, coetáneo y cronista de su Provincia: ¿quién podia rehusarle crédito?

Refiriéndose á la Crónica de Fr. Agustin Franco, que original é inédita se conservaba en el Convento de Sto. Domingo, lo llama *Pedro*, lo hace natural de *Texcoco*, le concede únicamente el mérito de haber *acopiado* preciosos materiales de la historia antigua de México, otorgando el honor de haberlos trasformado en una *elegante y florida historia*, al mencionado cronista Fr. Agustin Dávila Padilla.

Si Eguiara tomó todas estas noticias del Padre Franco, y si entre ellas hay algunas de su propio caudal, no sabré decirlo, porque su texto tampoco es bastante explícito[1] y desgraciadamente hoy no puedo rectificarlo. He tenido en mis manos el del P. Franco; mas desapareció al tiempo de la supresion de las órdenes monásticas y ocupacion de sus biliotecas. Clavijero reprodujo la noticia de Eguiara, dándole mayor fuerza con su concision y agravando la equivocacion, pues llama á nuestro escritor, *Fernando*.[2]

1 Dice así, refiriéndose á la *Historia Indorum antiquitatis*, que atribuye á Dávila Padilla.—"*Cujus P. Alphonsus Franco meminit indicato superius loco. Nam et si exquisita et abstrusa gentis monumenta* pro scriptione paraverat *Dominicanus alter eruditissimus* F. Petrus *Duran* Texcucanus, *illis tamen usus* industrie *ac scientissime noster rebus*, ad normam perpendiculum collocatis pulcroque ac virili, quo pollebat, stilo donatis, librum amœnissimum, *qui tamen aut una cum authore sepultus fuit* etc. [Eguiara, *Biblioth. Mexicana.*—Art. Agustinus Davila Padilla, pag. 324.

2 Escribió (Dávila Padilla) la Historia antigua de los Mexicanos, sirviéndose de los materiales recogidos por *Fernando Duran*, Dominicano de Texcoco; pero esta obra no se halla."—(Clavijero, *Noticia de los escritores de la Historia antigua de México;* colocada al principio de la suya en la edic. de Lóndres.)—Ya que tocamos este punto no estará de mas rectificar otra singular equivocacion en que incurrió Clavijero. Hace á Dávi-

Beristain rectificó las equivocaciones de Eguiara y de Clavijero, en cuanto al nombre propio, devolviéndole con él la propiedad de las obras que le habia conservado Dávila Padilla; mas lo mantuvo en la posesion de la patria que aquellos le dieron, haciéndole nativo de Tezcoco.

Parece que ninguna autoridad podia contrapesar la de Dávila Padilla, quien debió conocer al autor, pues segun el propio Beristain, profesó en este convento de México, entre los años de 1578 y y 1579, nueve ó diez antes de la muerte de aquel. Por otra parte, habla Beristain con tal seguridad, y da noticias tan individuales del P. Duran, como, v. g., la de la fecha de su profesion, que el ánimo se inclina á creer tuvo á la vista documentos auténticos para fijar el orígen tezcucano.

Nada nos dicen la Crónica dominicana, ni los historiadores, de la edad del autor, sabiéndose solamente por esta historia, que el año de 1579, escribió los Tratados que en ella forman las partes 2ª y 3ª, y el de 1581 la 1ª; mas por documentos originales y auténticos que he tenido á la vista, me parece absolutamente seguro que no puede fijarse el año de su nacimiento despues del de 1538, *diez y siete* despues de la conquista, y que hay datos para juzgar que sea anterior. Los fundamentos de esta conjetura se hallarán en una disertacion al fin de la obra.

La cuestion, respecto á la nacionalidad, no es muy sencilla, pues esta historia ministra tambien datos abundantes al que quiera defender que era español. Tomándolos todos en consideracion, y consultando, segun dije, documentos inéditos y auténticos, he formado mi juicio, y juzgo que fué originario de México, y uno de los primeros frutos de los enlaces legítimos de los españoles con las hijas del país. Para llegar á esta conclusion me fué preciso examinar muchos antiguos papeles, descender á pormenores y entrar en varias disquisiciones sobre las leyes y prácticas, tanto civiles como eclesiásticas, usos y costumbres de la época, consignando mi juicio

la autor de una "*Historia de Nueva España y de la Florida*, publicada, dice, en "Valladolid, en 1682."— Creo que citó de memoria, tomando por tal la *reimpresion* de su citada Historia dominicana, publicada por su editor con el estrafalario título de: *Varia Historia de la Nueva España y Florida, etc.* Tengo á la vista una edicion de 1634, en Valladolid. Ignoro si la hay de 1682.

y observaciones en la disertacion antes citada. Abandonándolos á la calificacion de los entendidos en este ramo de crítica, paso á dar una breve idea de la obra y del plan seguido en su publicacion.

La copia que ha servido de original se sacó de un MS. que existe en Madrid. Copiaré á la letra la descripcion que de él me comunicó mi excelente amigo, Sr. D. Francisco Gonzalez de Vera, persona tan estimable por sus recomendables prendas personales, como por sus exquisitos conocimientos literarios. A él debo el singular favor de haberse encargado de la compulsa de la copia y de su correccion, haciéndola con el esmero que se revela en varios pasajes de este tomo. Me dijo lo que sigue:

«Este Códice existe en la Biblioteca nacional de Madrid, con las «señas J. 97.—Su encuadernacion es moderna y pasta holandesa. «Tiene algunas hojas bastante estropeadas, y cuando se le encua-«dernó, quedaron algunas muy recortadas, con detrimento de al-«gunas estampas y aun palabras, aunque son raras, puestas al «márgen. Está escrito á dos columnas y en letra del siglo XVI.

«No tiene mas título que el que aparece en el respaldo de la pri-«mera estampa, el cual se ha calcado, así como las inscripciones que «en dicha estampa se ven, en su parte superior y al pié.»

«A continuacion del título, que dice,

«*Historia de las Indias de N.*
Y Islas y tierra firme.»

« agregaron modernamente estas palabras—folio: tiene 344 folios.»

En el MS. hay un gran número de estampas iluminadas, todas intercaladas en el texto y la mayor parte pintadas á la cabeza de sus capítulos respectivos. No pareciendo conveniente conservarles esta disposicion en el impreso, se han separado, ordenándolas en un Atlas de cuarenta y nueve estampas. En el lugar que á cada una corresponde se ha indicado, por medio de una remision, la del Atlas donde se encuentra. Si las circunstancias que me rodean lo permiten, se agregarán algunas otras para servir de ilustracion á la obra y á mis notas. Esta fué la principal novedad que se hizo en la impresion del MS.

La otra, no muy sustancial, se relaciona con el texto. Halléme sumamente perplejo al tropezar con ciertos embarazos que, para

un editor escrupuloso, son materia grave. El estilo del P. Duran, no solo es muy anticuado, sino sumamente desaliñado: escribia como quien platica familiarmente, remachandose la dificultad con errores patentes de diccion, lagunas y una ortografía pésima. ¿Qué hacer en tal evento para dar un texto suficientemente correcto, sin traspasar las reglas, ni la licencia permitidas á un editor?......... Mi posicion ha sido mucho mas embarazosa que la del célebre D. Juan Antonio Llorente, cuando emprendió la reimpresion de los opúsculos de *Fr. Bartolomé de las Casas,* porque las *circunstancias* que en ellos notaba, como desfavorables á su estimacion, eran mayores y de peor calidad en mi copia. Enumerábalas conmenzando por la siguiente:

«La *primera* es la pesadez del estilo escolástico del autor, con pe-«ríodos larguísimos y repeticiónes infinitas que fastidian y fatigan «al lector en sumo grado, produciendo el daño de abandonar el li-«bro, porque la delicadeza del gusto de hoy, no permite oraciones «tan largas, que se necesite leer una plana para entender el verda-«dero sentido de lo que se quiso decir, y aun para encontrar el «fin y las dependencias de una frase.»

Pues bien: con todo esto y todavía con algo peor, me hallé al enviar el MS. á la imprenta; y aunque el ejemplo y autoridad de tan distinguido literato pudiera autorizarme para imitarlo—suprimiendo repeticiones supérfluas, reduciendo períodos y reformando el lenguaje, me pareció que faltaba á los deberes de editor y tambien que desautorizaba la obra, con perjuicio suyo y de mi propio trabajo.—Así daria ocasion á que se dudara si el pensamiento era del autor ó mio, y quizá exponiéndome á hacerle decir cosa diferente de lo que dijo, como sucedió á Llorente en algunos pasajes, no obstante su alta capacidad y el esmero que debió haber puesto en la redaccion.

Pero tampoco podia determinarme á imprimir el MS. copiándolo á la letra, pues ya advertí que la ortografía es pésima, aun considerada en el estado que guardaba en el siglo XVI; que pululan los barbarismos y no faltan lagunas. Agréguese á esto, que toda su puntuacion se reduce á unos cuantos *puntos finales,* desparramados á largas distancias; que no empleaba letras capitales para distinguir los nombres propios y principio de los períodos; que estos son

de extension desmesurada, y tal la de sus párrafos, que uno suele formar un solo y muy largo capítulo.—Así se acostumbraba escribir en su época. Yo tengo libros impresos de ella, bastante abultados y de letra bien menuda, que forman un solo párrafo.

Abriéndome camino por entre estas dificultades (que únicamente se conocen, pulsándolas), llevando por norte fijo la reproduccion del texto original y conservando intacto el desaliñado y anticuado lenguaje del autor, contraje principalmente mis enmiendas y correcciones á la parte gramatical, segun lo manifestarán las siguientes muestras.

El MS. emplea generalmente la doble *r*, y algunas veces la *s*, en principio de diccion; v. g. *rremoto, rrey: ssí, ssangre*. Se ha suprimido letra duplicada y tambien la doble *s*, medial.

En el uso del *h*, pululan absurdos tales como *hir, hamigo, hojo* y *hera* por *era* &c.

Iguales se observan en el de la *b*, v. g., *bibir, bender y* en algunas veces produciendo un sentido equivocado, como *baron*, por *varon*, y *bestia* por *vestía*.

Abundan barbarismos, y palabras que, sobre anticuadas, fueron vulgares, tales como *omento*, por *aumento; atribillo* por *atribuirlo; los tribos* por *las tribus*. Otras son simples barbarismos; *iproquesía*, por *hipocresía: gerra*, por *guerra; asta* por *á esta* y *allos* por *á ellos*. Son famosas las tres siguientes palabras que se ven en la pág. 5, donde en el MS., dice el historiador que habiendo visto una cierta pintura mexicana—"se le ofreció el cap. 16 de los *Números*, donde « tragó la tierra *Acore* y *Adatan* y *Abiron*. »

Nótase desde luego la confusion de la preposicion *á*, incorporada como inicial en la palabra siguiente, defecto que alcanzó á las voces mexicanas, aumentando así la dificultad; porque la agregacion las desfigura y cambia algunas veces del todo la significacion. Y si bien tal defecto no seria bastante para introducir la incertidumbre en la geografía del país, pues en lo general quedan los nombres bastante reconocibles, [1] la crítica los atribuiria á descuidos del

1 Algunos no lo son, porque la idea queda enteramente subvertida; v. g. *Colhuacan*, por *Acolhuacan:* el primero designa la poblacion ubicada al S. de México, y el segundo el antiguo territorio de este nombre, ubicado al O.

editor.—En tal estrecho no quedaban mas que dos vías; ó copiar á la letra y hacer la rectificacion por nota, lo cual seria infinitamente prolijo y fastidioso; ó corregir el texto. Decidíme por este medio, aunque con suma economía, y solamente en los casos que no ofrecian duda alguna; v. g. escribiendo *Vexotzinco,* en lugar de *Guejotzingo, Mexicatzinco* por *Megicalcingo,* y así de otros muchos.—Sin embargo, repito que aun en esto me fuí con mucho tiento. Siempre que el caso presentaba la mas leve duda, conservé la lectura original, indicando la correccion por nota. De la misma manera, y para no manifestar un purismo afectado, conservé los nombres adoptados por el uso, aunque manifiestamente corrompidos, para no introducir novedades, ni causar incertidumbres; v. g. *Tacuba* por *Tlacopan; Orizava* por *Ahuilizapan &c.*

Se extrañará y aun chocará la ortografía de ciertas palabras, tales como *Vitzilopuchtli, Veuemonteçuma, Çiuacoatl &c.*, que en el uso corriente se escriben *Huitzilopochtli, Huehuemoteuhzoma,* ó *Motecuhzoma* y *Cihuacoatl.* Mucho tiempo vacilé en hacer la enmienda, y aun la comencé; mas al fin la abandoné por dos motivos: 1º porque advertí una perfecta unidad de sistema en todo el MS. para suprimir la *h;* 2º porque esa era la ortografía del siglo XVI, manifiesta en el Vocabulario mexicano de Fr. Alonso de Molina y en los libros de su época. Juzgué por tanto, que debia conservar á la obra su originalidad. La *v* consonante conserva en la pronunciacion el sonido de la *u* vocal. Respecto al nombre del quinto y último monarca de México, presenta el MS. tan grande y frecuente variedad, que no teniendo razon para preferir una lectura á otra, adopté el partido de copiar á la letra la que encontraba. Sirva esta advertencia para que no se extrañen las variantes. En las ocasiones que yo hablo empleo la ortografía que me he fijado, escribiendo *Motecuhzoma.*—En todas las palabras mexicanas he suprimido la *q*, cuando hiere directamente la *u*, sustituyéndola con *c*, conforme á la nueva ortografía.

La última dificultad, que no parece tal y que realmente lo es, ademas de muy fastidiosa, venia de la puntuacion. Nadie ignora que con una *coma*, antes ó despues, se pueden enunciar ideas contradictorias. Los antiguos no se cuidaban mucho de este ramo y

algunos usaban solo el punto final, distribuyéndolo harto discrecionalmente. Nuestro MS. lo economiza y pone largas hileras de palabras sin puntuacion alguna. En esta parte no tenia yo otra regla para guiarme que la del buen sentido. El lector calificará mi trabajo. Cuando no entendiere algun período, enmiende la puntuacion como mejor le parezca. Algunas de esas dificultades las he salvado por dos medios; el uno explicando el pensamiento por nota, segun yo lo comprendia; el otro supliendo lo que me parecia faltaba en el texto. Estos suplementos van impresos con VERSALITAS, para distinguirlas del texto original. Lo así escrito es obra mia. Mias son tambien todas las notas. Su objeto es aclarar el pensamiento del autor y explicar las voces anticuadas, ó locuciones vulgares que no serian entendidas por muchas personas, ó que les impondrian la molestia de ocurrir frecuentemente al diccionario de la lengua, y muchas veces sin fruto, porque no encontrarian lo que buscaban. El intento de otras notas se comprende con su simple lectura.

He dicho que los párrafos del MS. son de una longitud desmesurada, y que se encadenan sus períodos de tal manera, que no dejan cisura alguna natural. Era indispensable cortar, y lo que es mas cercenar. He cortado y cercenado, pero sin tocar la narracion ni los pensamientos.

Solo he suprimido conjunciones y palabras supérfluas, tales como *porque, y así, el cual y como, &c.*, y esto cuando eran mero ripio y únicamente servian para enhilar. Donde la trabazon de los eslabones era muy estrecha, dejé correr la cadena hasta su fin, prefiriendo este defecto á correr el peligro de alterar el pensamiento.

El autor suele emplear palabras y frases enteramente impropias é inadecuadas, que no representan la idea que se quiso expresar y aun la alteran. Así, tratando de la administracion pública, habla de *cabildo, regidores y alcaldes mayores,* nombres y funcionarios que no conocian los mexicanos, y cuya organizacion y atribuciones eran diferentes. En la division del tiempo menciona las *hebdómadas y olimpiadas,* y entre las festividades y actos del culto, el *Jubileo* y los *responsos;* llama *tornaboda,* á la fiesta particular y sencilla que solia hacerse al dia siguiente de la solemne y principal. Una cierta clase de los sacerdotes, son *levitas.*—Percíbese claramente que to-

das estas voces se emplearon por analogía y semejanza, tomándose de la nomenclatura de otras instituciones que les eran análogas.—Esto mismo se ve en algunos antiguos escritores de nuestras cosas, siendo muy reparable, como muestra, la interpretacion del Códice Mendozino, donde las palabras *Alfaquí, Mezquita* y otras moriscas, sustituyen á las mexicanas y aun á las castellanas, muy conocidas. Fácil habria sido enmendarlas, reemplazándolas con las propias, mas parecióme una libertad demasiada. En lo general, y por lo que toca al estilo, diré que lo considero como parte esencial de un libro, porque el lector se trasporta á su época y se imagina conversar con el autor: nada, por consiguiente, es mas absurdo que hacer hablar á un hombre de la edad média el pulcro lenguaje del siglo XIX. Enmiéndese á Bernal Diaz del Castillo el suyo, y se le despojará de lo que constituye su belleza, quedándose con un esqueleto histórico.

Las advertencias que preceden parecerán demasiado prolijas, supérfluas y quizá impertinentes á los que solo buscan en la lectura el entretenimiento de las horas ociosas, y que leen la historia como la novela. Espero no piensen así los que, uniendo la lectura al estudio, buscan en las obras el conocimiento del estado social de los pueblos, el pensamiento original del autor y aun su modo de expresarlo, porque las palabras son el símbolo de las ideas y aun suelen retratar al hombre. A esta clase de lectores se dirigen mis advertencias, á fin de tranquilizarlos, asegurándoles que la obra del P. Duran se les presenta tan conforme al original como era posible. Enuncio esta restriccion, porque su atenta lectura me induce á creer, que el MS. de la Biblioteca de Madrid es una copia, probablemente la limpia destinada á la impresion, y no un *autógrafo*. Esta es una simple conjetura fundada, menos aún en la viciosa ortografía castellana, que en la corrupcion de las palabras de la lengua mexicana, en la cual parece era el autor muy perito, y que originalmente fueron escritas con toda propiedad.—No hay que extrañarlo: poseo fragmentos de MSS., puestos en limpio y evidentemente destinados á la impresion, ó para ser presentados á un superior, cuya incorreccion de ortografía y de diccion es infinitamente mayor que la del nuestro.

Pero si la corteza de la obra, como la de algunas producciones de la naturaleza, es áspera, ruda y poco atractiva; así tambien, como ellas, lleva su compensacion en la sustancia que envuelve. Su orígen, medios y carácter se pueden definir en muy pocas palabras: *es una historia radicalmente mexicana, con fisonomía española.* El P. Duran tomó para base y plan de su obra, un antiguo compendio histórico que manifiesta haber sido escrito originalmente por un indio mexicano, en su propia lengua, pues lleva el mismo órden, y aun he encontrado muy largos períodos copiados tan *literalmente*, que con su auxilio he podido enmendar y suplir algunos defectos y lagunas del texto. Este es el que cito algunas veces en mis notas, con el título de *Orígen de los indios*, ó de *el Anónimo.* Es tambien el mismo que el P. José Acosta atribuye á un jesuita, y que casi íntegro y á la letra, se encuentra en la obra que publicó, intitulada:—*Historia natural y moral de las Indias.*

El volúmen del *Anónimo* contiene, muy en compendio, todo lo que esta historia; así es que el trabajo del P. Duran se encaminó á amplificar sus noticias, que frecuentemente se reducen á la mera enunciacion de un hecho, y á aumentarlas, relatando todas las que habia omitido. Paréceme tambien que tuvo á la vista alguna otra historia ó Memorias antiguas, que igualmente consultó *Tezozomoc*, cronista indio, pues hay muy grande congruencia entre su Crónica y la historia de Duran. De esta manera creció el volúmen hasta un cúadruplo, cuando menos. Los materiales empleados para esta operacion fueron casi exclusivamente mexicanos, tomados de las antiguas pinturas históricas de los indios, de las Memorias que escribieron tan luego como supieron emplear nuestros caracteres alfabéticos y de la tradicion oral de personas, tanto mexicanos como españoles, que habian sobrevivido á la conquista. De todo hace menciones frecuentes, y en el cap. 2º, del Tratado 2º, cita nominalmente á Fr. Francisco de Aguilar, antiguo soldado de Cortés, que colgando la espada, tomó el hábito y vivió en el mismo convento en que moraba el P. Duran.

La particularidad de esta historia es, que ella nos representa al vivo el pueblo mexicano: le vemos mover, le oímos discurrir, sentimos lo que siente; y cual si nos encontráramos en medio de él, podemos mejor apreciar las buenas y malas calidades de los indivi-

duos, los aciertos y errores de sus instituciones y de sus gobernantes. El autor, con su rudo lenguaje, es admirable en el conocimiento de los hombres. Ninguno ha retratado mas al natural el carácter del indio. Ademas, entra en minuciosos pormenores relativos á las prácticas religiosas y civiles, usos y costumbres públicos y domésticos que han desdeñado los escritores, como impropios á la gravedad de la historia, participando así del interes que tienen las Memorias. Ninguna de las historias que poseemos dá una idea mas cabal y perfecta del influjo que el sentimiento religioso, aunque gravemente extraviado, ejercia en la administracion pública y en el carácter individual, y cómo por él, un puñado de miserables proscritos, amontonados en estrechos islotes, medio anegados y rodeados de enemigos, se levantó hasta constituir el mas regular y poderoso imperio del Nuevo mundo. No sin razon algunos escritores han formado un paralelo entre los mexicanos y los romanos, ambos inspirados de un mismo espíritu. Lo que Montesquieu ha dicho y juzgado de estos, puede en gran parte decirse y juzgarse de los otros. Allí, en fin, se reconocerá el verdadero carácter del gobierno, se percibirá lo perfectamente adecuado que estaba á la índole de los indios, y no dejará de admirarse el acierto y profunda filosofía de algunas de sus instituciones.

Sin embargo; esta obra debe estimarse como complementaria de las historias de Mendieta, Sahagun, Motolinia, Torquemada é Ixtlilxochitl, ya para esclarecer algunos pasajes oscuros, ó para llenar sus lagunas, no pasándose á enmendarlos sin muy buenos y sólidos fundamentos, especialmente á Sahagun, en lo perteneciente á los ritos antiguos. Hay algunos puntos sobre los cuales no se manifiesta tan bien instruido como los otros, así como trae curiosas é interesantes noticias que en ellos no se encuentran.

En un escritor americano del siglo XVI, y que en lo general reproducia las tradiciones populares, no podian faltar adivinos, encantadores, brujos, ni anécdotas prodigiosas; pues tal parece que formaban una parte de ornamentacion obligada, como en el siglo siguiente y hasta el último, lo fueron la que se llamó *moralizacion*, pomposamente desempeñada y representada por una palabrería inagotable, empedrada de una indigesta y empalagosa erudicion.—

Con todo, es quizá de los mas económicos en estas superfluidades. Como esos prodigios han dado ya asunto á algunos críticos vulgares para deprimir el carácter de los mexicanos, y llamarlos á boca llena bárbaros, me pareció conveniente recordar que de los mismos y peores achaques adolecieron los pueblos antiguos y aun los que hoy levantan mas orgullosos la bandera de la civilizacion. Este sentimiento me inspiró el asunto de las repetidas notas que se verán en las noticias relativas á los prenuncios de la conquista, mostrando en ellas, con la historia, que *ni uno solo* de los prodigios y creencias supersticiosas que se censuran á los mexicanos, han faltado á los europeos.—Exigiendo algunos de estos hechos disquisiciones que traspasaban los límites convenientes á una nota comun, las he trasladado al fin de la obra, con otras que son meras ilustraciones independientes de la narracion histórica.

El P. Duran habla frecuentemente de las arengas que se pronunciaban en ciertas solemnidades, copia varias, y en alguna parte ofrecia dar una coleccion completa de ellas. No la formó, ó corrió la mala suerte que otros mil monumentos de su género. Algunas de aquellas nos hacen mas sensible y lamentable la pérdida de ese depósito de la oratoria mexicana, porque vemos muestras de una verdadera y perfecta elocuencia, no obstante el estado en que nos han llegado y el vehículo que nos las ha trasmitido.—El autor nos dice que son traducciones suyas de textos mexicanos, y me parece debemos darle entero crédito, reflexionando en la grande diferencia que se advierte en el lenguaje y en las ideas de esas arengas, comparado con el estilo rudo y desaliñado que, de principio á fin, se ve en las narraciones del P. Duran. El de aquellas es muy superior.

El MS. está distribuido en tres partes, ó, segun los denomina el autor, *Tratados*. El *primero* contiene en *setenta y ocho* capítulos la historia de México, desde su orígen hasta la conquista y completa sumision del país por los españoles, terminando con la espedicion que hizo Cortés á las *Hibueras* ó *Higueras*. Al fin de él se lee lo siguiente: *Acabóse la presente obra el año de mil quinientos ochenta y uno.* El *segundo* Tratado contiene, en *veintitres* capítulos, la noticia de las divinidades mexicanas, ritos, festividades y templos. El *tercero*, que figura con dos capítulos, realmente contiene *diez*

y nueve, siendo su asunto el Calendario mexicano, continuándose la relacion de las festividades que se hacian en cada uno de los meses del año. Al principio de este Tratado hay una especie de advertencia, en forma de título, destinada á dar noticia de su asunto, concluyendo con tres renglones enteramente borrados, y á continuacion lo siguiente: *acabóse el año de 1579.*—Me dice el Sr. Gonzalez de Vera en sus observaciones, que examinando al sol los renglones borrados, se lee clara y distintamente lo que sigue:—*por el padre frai diego duran religioso de la orden de los predicadores.* No puede dudarse que quien puso ese tachon tuvo la intencion de apropiarse el trabajo del autor, haciéndolo pasar por suyo. Así, idénticamente, he visto un MS. de la Historia antigua de México, que escribió nuestro D. Mariano Veytia, y algun otro que no recuerdo.

Considerando que la impresion del manuscrito en un solo cuerpo saldria demasiado voluminoso y molesto para su manejo, pareció necesario distribuirlo en dos. La division estaba indicada en la distribucion misma de sus partes, formando el uno de la primera y el otro de las siguientes, aunque con perjuicio de la regularidad, por la notable desproporcion de su respectivo volúmen. Este ligero defecto quedó removido por la fuerza imperiosa de la necesidad. Los graves acontecimientos que se precipitan á mi derredor y me lanzan á tierras extrañas, exigen que corte donde la cisura no parezca violenta, así como me cargan con la ingrata tarea de escribir estos renglones, entre los azares y congojas de la situacion. Por lo demas, la particion no es violenta, evita la pérdida del trabajo y gastos impendidos, dándonos, á lo menos, completo el primer período de nuestra historia. El termina en el capítulo LXVIII, donde se relatan las inquietudes que causaron á Motecuhzoma los rumores vagos y alarmantes de la venida de gentes singularmente extrañas. El capítulo siguiente, que dará principio al tomo segundo, entra con las noticias que se recibieron en México de la aparicion del primer buque español arribado á Veracruz. Tengo la voluntad de concluirlo, acompañándole las piezas que han de formar su complemento. Sus materiales estaban suficientemente preparados y adelantados para no interrumpir la impresion; mas en la incertidumbre de mi porvenir y de la posibilidad de procurarme en el extranjero los medios

convenientes para llenar mi programa primitivo, me abstengo de enunciar cuáles sean las ilustraciones que lleve el segundo volúmen, pudiendo solo ofrecer que contendrán las notas indicadas en el texto, y la explicacion de las estampas que forman el Atlas. Estas, aunque bastante desfiguradas, como todas las copias europeas de su época, por la impericia, y mejor diria, por la mal inspirada pericia de los dibujantes, no son pinturas de fantasía, sino textos pictográficos con los cuales los indios suplian la falta de la escritura alfabética, y conservaban la memoria de los sucesos históricos.

He dado á la obra el mismo título que le impuso el P. Durán, y que antes he copiado, supliendo solamente las palabras *Nueva España* que dejó en el tintero; agregando el nombre del autor, tal cual se lee al principio del tratado tercero, el cual, segun tambien advertí, está tachado.

México, Enero 1º de 1867.

José F. Ramirez.

CAPITULO I.*

De dónde se sospecha que son los indios de estas Indias y Islas y tierra firme del Mar Oceano.

Para tratar de la cierta y verdadera relacion del orígen y principio destas naciones indianas, á nosotros tan abscondido y dudoso, que para poner la mera verdad fuera necesaria alguna revelacion divina ó espíritu de Dios que lo enseñara y dierá á entender; empero, faltando esto, será necesario llegarnos á las sospechas y conjeturas, á la demasiada ocasion que esta gente nos da con su bajísimo modo y manera de tratar, y de su conversacion tan baja, tan propia á la de los judíos, que podriamos ultimadamente afirmar ser naturalmente judíos y gente hebrea, y creo no incurriria en capital error el que lo afirmase, si considerado su modo de vivir, sus cèrimonias, sus ritos y supersticiones, sus agüeros y hipocresías, tan emparentadas y propias de las de los judíos, que en ninguna cosa difieren; para probacion de lo qual será testigo la Sagrada Escriptura, donde clara y abiertamente sacaremos ser verdadera esta opinion, y algunas razones bastantes que para ello daremos.

Quanto á lo primero, tendremos por principal fundamento el ser esta nacion y gente indiana advenediza, de estrañas y remotas regiones, y que en su venida á poseer esta tierra, hizo un largo y prolijo camino, en el cual gastó muchos años y meses para llegar á

* Véase la parte 1ª, lámina 1ª

ella, como de su relacion y pinturas se colige, y como de algunos viejos ancianos, de muchos dias, he procurado saber para sacar esta opinion en limpio: y dado el caso que algunos cuenten algunas falsas fábulas, conviene á saber: que nacieron de unas fuentes y manantiales de agua; otros que nacieron de unas cuevas; otros que su generacion es de los dioses, etc.; lo cual clara y abiertamente se vee ser fábula, y que ellos mesmos ignoran su orígen y principio, dado caso que siempre confiesen auer venido de tierras estrañas, y así lo he hallado pintado en sus antiguas pinturas, donde señalan grandes trabajos de hambre, sed y desnudez, con otras innumerables aflicciones que en él pasaron, hasta llegar á esta tierra y poblalla, con lo qual confirmo mi opinion y sospecha de que estos naturales sean de aquellas diez tribus de Israel, que Salmanasar, Rey de los Asirios, cautivó y trasmigró de Asiria en tiempo de Oseas, Rey de Israel, y en tiempo de Ezequías, Rey de Jerusalem, como se podrá ver en el *cuarto Libro de los Reyes, cap.* 17, donde dize que fué trasladado Israel de su tierra á los Asirios, hasta el dia de hoy etc., de los quales dize es tierra remota y apartada que nunca habia sido auitada. A la qual auia largo y prolijo camino de año y medio, donde agora se hallan estas gentes de todas las islas y tierra firme del mar Océano, hácia la parte de Ocidente.

Otra autoridad de la Sagrada Escriptura se puede traer para probar esta opinion, y es que á estos diez tribus, que abajo dejo dicho, tenia Dios prometido por *Oseas*, c. 1 y 2, y 3 hasta el 13, que los auia Dios de multiplicar como las arenas de la mar, lo qual clara y manifiestamente se vee quán grande aya sido el multiplico, pues an ocupado gran parte del mundo; pero dejando lo demas y viniendo á lo que vimos en esta tierra quán espantoso y de gran admiracion fué el número de gente que en ella se halló, como al principio vieron los que antes de aquella gran mortandad quel año tres[1] uvo, donde murió tanto número de gente, que no quedó la

1 La indicacion de esta fecha es defectuosa en todos sentidos; fáltale, cuando menos, el número decenal, y el único guarismo que presenta no puede concordarse con ninguna de las grandes pestes que habian precedido.—La una ocurrió en 1520, la otra en 1545 y la última en tiempo del autor en 1576.—Este escribia su historia en 1579.—El Sr. Vera me comunicó la siguiente observacion: — "En el Códice original escribieron primera- "mente—*que agora treinta y tres años*—pero luego enmendaron esta fecha, rayando el

tercia parte de los indios que en la tierra auia, no dejando de contar la innumerable gente de hombres, y mugeres y niños que los españoles auian muerto pocos años antes en la conquista de ella: de la autoridad dicha resultan otras muchas, como el curioso lector podrá ver y notar en el *Deuteronomio, cap.* 4, *y* 28 *y* 32; *Isaías,* 20, 28, 42 *capítulos; Jeremías, Ezequías, Miqueas, Sophonías,* donde se hallará el castigo rigurosísimo que Dios prometió á estos diez tribus por sus grandes maldades, y abominaciones y nefandas idolatrías, apartándose del culto de su verdadero Dios, de quien tantos beneficios auian recibido: por pago de tal ingratitud les promete Dios, en los lugares acotados,[1] un azote y castigo rigurosísimo qual le vemos cumplido en estas miserables gentes; conviene á saber, que les auian de ser quitadas sus tierras, casas y tesoros, sus joyas y piedras preciosas, sus mugeres é hijos y llevados á vender á tierras estrañas, gozando otros de sus haziendas: paréceme que aunque no diera mas autoridad ni raçon para que entendiéramos questos indios son y proceden de los judíos, que lo dicho bastaba, viendo que auiéndose multiplicado como las arenas de la mar, siendo en su trasmigracion número breve, y los muchos años de su peregrinacion, despues de auer poblado este mundo tan grande, cansado Dios de sufrir sus abominaciones y echos nefandos y idolatrías, trujese Dios gentes estrañas, como águila que viene de los fines de la tierra, que sin tener respeto á los viejos ni á los moços, á los niños ni á las mugeres, los destruyó y consumió sin ninguna piedad, teniéndolos en hambre, en sed y desnudez y en cansancio perpetuo hasta que fuesen apocados.

Y es mucho de notar que entre los demas males que Dios á esta gente promete, es un coraçon cobarde, y pusilánime y temeroso, para que ellos, siendo muchos, huyesen de los pocos, cosa cierto de notar, que desembarcando el Marques del Valle en esta tierra con solos trescientos hombres,[2] que la mitad de ellos eran gente

"guarismo y poniendo al márgen la palabra *tres*, que no se lee entera por estar recorta-"da la hoja."

1 Lugares ó parajes antes citados.

2 Este guarismo es inexacto.—Oigamos sobre él á *Bernal Dias del Castillo:*—...."En "Cozumel (dice) mandó Cortés hacer alarde para ver qué tantos soldados llevaba, y ha-"lló por su cuenta que éramos 508, sin Maestros, y Pilotos y Marineros, que serian 109

de la mar, ejercitada en aquel menester mas que en ardides de guerra, se atreviesen á acometer á millones de indios que en la tierra auia, encaminado todo por la mano del Supremo Señor, que fué su divina voluntad se cumpliese lo á estas gentes prometido en la Sagrada Escriptura, y que trescientos hombres acometiesen á tantos millones de gentes, y que todos aquellos millones de gentes tuviesen un coraçon tan asombrado y cobarde, que huyesen de los trescientos, el qual hoy en el dia le tienen tan temeroso y asombrado, que en ninguna cosa osan fiarse de nosotros, ni acaban de darnos crédito aun en las cosas de nuestra santa fe católica y tocantes á su salvacion: pero Señor y Dios Nuestro, ya vemos cumplidos en estas míseras naciones todos los trabajos, y aflicciones y castigos que por sus maldades y abominaciones y idolatrías merecieron. Veamos, Señor, la divina misericórdia y verdadera conversion á tu santa fe católica que en la mesma Sagrada Escriptura se les promete con renombre y alabança, delante de todos los pueblos, pues con tanta liberalidad y voluntad recibieron la santa fee católica.

Desatada esta duda por las autoridades traidas de questas naciones sean hebreas y de nacion judaica, por el consiguiente quiero, por raçones claras, manifiestamente probar la mesma opinion que no harán menos fuerça que las autoridades referidas de la Sagrada Escriptura. Quanto á lo primero, es de saber, que entre la relacion questos dan para venir á poseer y avitar esta tierra, hallo á cada paso gran diferencia entre los ancianos que la dan de los sucesos, trabajos y aflicciones de su camino, de suerte que, contando los unos de una manera y otros de otra, vienen á dar consigno[1] y á aquel largo y prolijo camino que los hijos de Israel anduvieron desde Egipto á la tierra de promision, tan al propio y tan al vivo,

"y 16 caballos ó yeguas (total 617)."—(Hist. de la Conquista cap. 26.)—Este es el número generalmente adoptado por los historiadores.—En la traduccion castellana de Clavigero por D. Joaquin Mora, se dice que la armada se componia "de once bajeles, de "cincuenta y ocho soldados, distribuidos en once compañías."—Este es un error de doble sentido, procedente de haberse traducido por 58 el numeral *cinquècento otto* (508) del original italiano.

1 Así en el original.—Parece debe leerse *consigo;* adv.—"que se toma algunas veces "por *juntamente*, en *compañía;*" (Dic. de la Acad. 1ª edic.) y que aquí se ha empleado en la significacion de *convenir*, *estar de acuerdo*, *etc.*

que bastara trasladar aquí el *Exodo* ó el *Levitico*, si el evitar prolijidad no me lo estorbara; pero como no pienso seguir el órden conforme á la variedad de relaciones, solo quiero recitar lo que para salir con mi opinion me fuerça, contando algunos acontecimientos de trabajos y infortunios, hambres y pestilencias que, en su camino, quentan que pasaron, en lo qual notaremos que, en realidad de verdad, no es sino noticia de la Sagrada Escriptura que sus antepasados les dejaron; donde es de saber, que tratando de un gran varon, de quien no poca noticia se halla entre ellos, me contaron que despues de auer pasado grandes aflicciones y persecuciones de los de la tierra, que juntó toda la multitud de gente que era de su parcialidad, y que les persuadió á que huyesen de aquella persecucion á una tierra donde tuviesen descanso; y que haciéndose caudillo de aquella gente, se fué á la orilla de la mar, y que con una vara que en la mano traía, dió en el agua con ella y que luego se abrió la mar y entraron por allí él y sus seguidores, y que los enemigos, viendo echo camino se entraron tras él, y que luego se tornó la mar á su lugar, y que nunca mas tuvieron noticia dellos:[1] ¡Qué mas clara raçon se puede dar de questos sean judíos, que ver quán manifiestamente y al propio relaten la salida de Egipto, el dar Moisés con la vara en la mar, el abrirse y hacer camino, el entrar Pharaon con su ejército tras ellos y volver Dios las aguas á su lugar, donde todos quedaron en el profundo ahogados; y si esto no satisface, quiero traer otro acontecimiento que dicen auelles acontecido en su largo camino; y es questando alojados junto á unos grandes cerros, vino un grande y espantoso temblor de tierra, y que á ciertos hombres de mal vivir que entre ellos venian, se abrió la tierra en aquel lugar y se los tragó, de lo qual la demas gente recibió gran temor y espanto: en viendo que vide[2] esta pintura yo, y lo que significaba, se me ofreció el *Capítulo* 16 de los *Números*, donde tragó la tierra á *Coré* y á *Datan* y á *Abiron:* y porque no es justo callar otra potísima y manifiesta

1 Esta conseja se ha forjado, evidentemente, despues de la introduccion del cristianismo, tomando su principio de la historia del misterioso personaje conocido en las mas antiguas tradiciones mexicanas, con el nombre de *Quetzalcoatl*, y completándola con las de Moisés y Faraon.

2 Habiendo visto.

raçon, para probar lo dicho, quiero contar lo que en la mesma pintura vide; y es, que tenian pintado cómo llovia sobre ellos una arena ú granizo muy menudito, y queriéndome satisfacer qué fuese aquello, me dijeron que muy gran tiempo les llovió arena del cielo á sus padres en el camino que para esta tierra trujeron, la qual, si no me engaño, deue ser el maná con que Dios los sustentó en el desierto, como lo quenta el *capítulo* 16 del *Exodo;* y porque no dexemos nada por contar, quiero empeçar á contar la Sagrada Escriptura, pues el salir con mi opinion me fuerça, y quiero tomar mi tema desdel primer cap. del *Génesis*, y decir: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra*, como me empeçó á contar un viejo natural de *Cholula*, de edad de cien años, que de puro viejo andaba ya inclinado hácia la tierra, asaz[1] docto en sus antiguallas; al qual rogándole me alumbrase de algunas cosas para poner en esta mi obra, me preguntó que de qué materia queria me tratase; yo, como topé con lo que deseaba, le dije que desdel principio del mundo, en lo que á su generacion indiana tocaba y tenia noticia, el qual me respondió: toma tinta y papel, porque no podrás percibir todo lo que yo te diré: el qual empeçó desta manera.

En el principio, antes que la luz ni el sol fuese criado, estaba esta tierra en obscuridad y tiniebla y vacia de toda cosa criada; toda llana, sin cerro ni quebrada, cercada de todas partes del agua, sin árbol ni cosa criada, y luego que nació la luz y el sol en Oriente, aparecieron en ella unos hombres gigantes de deforme estatura y poseyeron esta tierra; los quales, deseosos de ver el nacimiento del sol y su ocaso, propusieron de lo ir á buscar, y dividiéndose en dos partes, los unos caminaron hácia Poniente, los otros hácia Oriente: estos caminaron hasta que la mar les atajó el camino; de donde determinaron volverse al lugar donde auian salido, y vueltos á este lugar, que tenia por nombre *Iztacçulin ineminian*, no allando remedio para poder llegar al sol, enamorados de su luz y hermosura, determinaron de edificar una torre tan alta que llegase su cumbre al cielo; y llegando[2] materiales para el efecto, hallaron un barro y betun muy pegadiço, con el cual, á mucha priesa

1 *Bastante*, y tambien, *muy*. (Dic. cast.)
2 Juntando, acopiando, etc.

empeçaron á edificar la torre, y auiéndola subido lo mas que pudieron, que dicen parecia llegar al cielo, enojado el Señor de las alturas dijo á los moradores del cielo: "¿Aueis notado cómo los de la tierra han edificado una alta y soberbia torre para subirse acá, enamorados de la luz del sol y de su hermosura? vení y confundámoslos, porque no es justo que los de la tierra, viviendo en la carne, se mezclen con nosotros." Luego en aquel punto salieron los moradores del cielo por las cuatro partes del mundo, así como rayos, y les derribaron el edificio que auian edificado; de lo cual, asombrados los gigantes y llenos de temor, se dividieron y derramaron por todas las partes de la tierra [1].

Bien creo no será necesario advertir al lector, que note el capítulo 1º y 2º del *Génesis* en lo que hemos venido tratando, pues tan manifiestamente vemos relatar á un indio la creacion del mundo, y lo que en el *capítulo* 2º del mesmo libro se trata de los gigantes y de la torre de Babilonia y del cómo la edificaban los hombres, codiciosos de llegar al cielo, movidos solo para celebrar su nombre, por lo cual fueron confundidos de Dios; y así me persuado y deseo persuadir, que los que dan esta relacion, la oyeron de sus ascendientes y antepasados; y estos naturales, como son de la línea de aquel pueblo escogido de Dios (segun mi opinion), por quien Dios obró grandes maravillas, ha venido la noticia y pinturas de mano en mano, de las cosas de la Biblia y misterios della, para atribillo [2] á esta tierra y [3] que aconteció en ella ignorando el principio; y no niego ni puedo negar, que aya auido gigantes en esta tierra, pues como testigo de vista lo puedo afirmar, pues los conocí en algunos lugares della, de disforme estatura; y porque creo aurá quien desto se acuerde en México, en la procesion del Corpus ví sacar un indio destos gigantes, vestido de tafetan amarillo con una partesana al hombro y una celada en la cabeça, que sobre todos sobrepujaba una vara de medir.

1 Estas y otras tradiciones semejantes, que se encuentran en algunos de los antiguos escritores de las cosas de América, son ciertamente el resultado de las imperfectas nociones del cristianismo que adquirieron los indios en los primeros tiempos.

2 Atribuirlo.

3 Falta la palabra *dicen*, ú otra semejante.

edificar pueblos, conforme á su flema y natural inclinacion, espaciosa y tardía; y así llegaron á este lugar de la Nueva España el año de *novecientos y dos.*

Los que salieron de aquellas cuevas fueron los[1] seis géneros de gentes; conviene á saber: los *Xuchimilcas*, los *Chalcas*, los *Tepanecas*, los *Culhuas*, y los *Tlaluiccas* y *Tlaxcaltecas*, aunques desaber que no todos juntos ni todos en un año, sino unos primero y otros despues, y así sucesivamente iban dejando aquel sitio y lugar de las cuevas, haciendo el un tribu lo que veía hacer al otro, por ser esta una gente muy amiga de hazer lo que ve hazer, como la mona ó como el carnero, que en saltando uno todos van tras él; y así el primero que salió fué el género de los *Xuchimilcas*, luego le siguió el de los *Chalcas*, y luego el de los *Tepanecas*, y luego el de *Culhua*, y tras ellos los de *Tlaluic*, y el tribu *Tlaxcaltecatl*, quedándose allá el *Mexicano*, segun ellos dicen, por ordenacion divina, del qual haremos despues mencion por ser la gente á quien Dios tenia por mas allegada y querida, como entre los judíos al tribu de Judá, y á quien afirman tenia Dios prometida esta tierra: y así haciéndose rehacios,[2] se estuvieron quedos y no desampararon el lugar de las cuevas en aquellos *trescientos y dos años*, los quales se alla por la quenta de sus años, que vinieron estotros primero y poseyeron la tierra; de manera que los Mexicanos poseyeron esta tierra *trescientos y un años* despues que á ella llegaron, y las demas naciones *seisçientos y dos.* El de *Xuchimilco*, como primero en su llegada, despues de auer rodeado todo el circuito de la laguna grande, pareciéndole ser buen sitio y apacible el que agora posee, se asentó en él y tomó lo que le fué menester, sin contradiccion de personas ni perjuicio, estendiéndose los grandes y señores de aquel tribu por toda aquella cordillera que hoy en dia se llama la nacion *Xuchimilca*, que llega hasta un pueblo que se llama *Tuchimilco*, y por otro nombre *Ocopetlayuca*, de cuya genealogía y generacion son los de *Ocuituco*, *Tetelaneyapan*,[3] *Tlamimilulpan*,

1 Falta probablemente la palabra—*siguientes.*

2 Tercos, porfiados. (Dic. Cast.)

3 Voz corrompida. Tal vez—*Tetelaameyalpan.* (En ó sobre el manantial que brota en un pedregal.)

Xumiltepec, Tlacotepec, Çacualpa y *Temoac, Tlayacapa* y *Totolapa* y *Tepuztlan, Chimalhuacan, Ecatzingo*[1] y *Tepetlixpan* con todas las demas cabeceras y estancias sujetas á *Chimalhuacan*, los quales todos son de aquel tribu *Xuchimilca*, y así le llaman á toda la parte y tierra de la generacion *Xuchimilca*, con *Cuitlauac, Mizquic* y *Culuacan.*

Los segundos que llegaron, no mucho despues, fueron los de la parcialidad y generacion *Chalca*, el qual en su llegada se juntó con el de *Xuchimilco* y partió términos con él quieta y pacíficamente: tomó por cabeçera y principal asiento á *Tlalmanalco*, y de allí se dividieron los grandes y principales de aquella generacion á vivir en los lugares y cabezeras que tiene la dicha provincia; conviene á saber: *Amecamecan, Tenango* con todos los *Quaxuclipas, Ayotzinco, Chalco Atenco, San Martin* con todos aquellos pueblos, cabeceras y estancias que agora posee, lo qual es mucho menos que lo que *Xuchimilco* ocupó por ser mucha mas gente la de aquel tribu que la deste otro.

Tras estos de *Chalco* llegó el de los *Tecpanecas*, y haciendo lo que los demas, tomaron por principal asiento á Tacuba,[2] dado caso que *Azcaputçalco* era donde residió la corte y principal gente de ellos; despues andando el tiempo y haciendo los señores dellos y gente principal su division, se apartaron á *Tacubaya,*[3] *Acuyancá,*[4] *Azcapuzalco, Tlalnepantla, Tenayuca* con toda aquella cordillera que corre hasta los confines de los *Otomíes.*

El quarto que llegó fué el tribu *Tezcucano*, no menos amplio y de mucha gente que el de *Xuchimilco*, acompañado de muchos grandes ilustres varones de mucha autoridad y valor, el qual lo mostró bien en la órden y concierto con que edificó su ciudad y la pulicia con que la adornó y la mantuvo todo el tiempo que pudo, tomando por prencipal asiento lo que agora es la ciudad de *Tez-*

1 Ehecatzinco.

2 Corrupcion del nombre *Tlacopan.*

3 Corrupcion de *Atlacuihuayan.*

4 Palabra enteramente corrompida: parece que debe decir—*á Cuyoacán* ó *Coyohuacán.*—En todos los nombres anteriores, y en los que siguen, se halla incorporada la preposicion—*á*—sirviéndoles de inicial; así es que en el original se lee—*Atacuba* por *Tacuba, Atacubaya* por *Tacubaya*, etc.

cuco, dividiéndose los señores á edificar pueblos y moradas á la mesma manera que los demas; yéndose unos á *Uejutla*,[1] otros á *Coatlichan*, en donde, andando el tiempo, antes que se pasase á *Tezcuco*, residió mucho tiempo la corte y el mando y señorío de aquella parcialidad. Otros edificaron á *Tepetlaoztoc*, otros á *Aculman*, *Chiautlatecas*,[2] *Tlantepechpa*, *Otonpan*[3] con otras muchas villas y pueblos, estancias y cabeceras, que por no gastar tiempo y papel no pongo: basta concluir con que ocupó dos tanta tierra[4] quel de *Xuchimilco*, entre los quales entra *Coatepec* y *Chimalhuacan del Rio*, que en su lengua así se llama y *Chicualoapa*, con toda aquella hilera de la laguna, donde hay hermosísima poblacion, cuya gente es en todo esmerada y pulitica, avisada y retórica, de linda lengua y elegante y pulida, cuya pulicia en el hablar puede tener la prima como Toledo en España, que salidos de ella es tosquísima la demas y bárbara: pensarán algunos que alabo mis agujas en decir bien de *Tezcuco;* ya que no me nacieron allí los dientes vínelos allí á mudar, dado que lo bueno ello se está alabado, siendo á todos notorio y manifiesto lo que digo.

Cercada ya la laguna toda á la redonda tomándola en medio estas quatro parcialidades de gentes, ocupando sus playas y riberas, dividiendo términos entre sí, llegaron los *Tlaluiccas*, gente por cierto muy tosca y de muy basto frasis[5] en todo, los quales como allaron ocupado lo demas, asentaron en lugar que agora poseen, tomando por prencipal asiento y cabeça de su provincia, á *Cuauhnauac*, de donde salieron los Señores de aquella congregacion á hacer sus moradas y asientos como los demas, unos á *Yahutepec*, otros á *Oaxtepec*,[6] á *Acapichtlan*, á *Tlaquiltenanco* con todos los demas pueblos, villas y estancias que llamamos *Marquesado*, pues es el del felicísimo *Marqués del Valle*[7]; tierra por cierto la mas bella y deleitosa que hay en medio mundo, que si no fuera por el mucho calor

1 Corrupcion de *Huexotla*.
2 Así en el original. Voz enteramente corrompida.
3 Hoy *Otumba*.
4 O el duplo.
5 Tosco lenguaje.
6 O *Huaxtepec*.
7 Hernan Cortés.

que en ella hace, era otro paraiso terrenal, por auer en ella hermosísimas fuentes, caudalosos rios llenos de mucho pescado, arboledas fresquísimas, frutales de muchas diferencias, así de la tierra como de España, de donde se proveen todas las ciudades comarcanas; llena de mil diferencia de flores odoríferas, unas mejores que otras. Riquísima de algodon, donde acude el trato de toda la tierra á él.

Asentados estos, y venidos los de *Tlaxcallan*, que en otro tiempo su propio nombre era *Texcallan*, viendo que no auia ya de esta parte de los montes donde asentar, se pasó tras la sierra nevada á vivir, donde agora tiene su asiento; el qual, como era gran número de gente, despues de auer tomado por cabeça de su señorío y reino á *Tlaxcallan*, dividiéndose los Señores á vivir y á edificar lugares á *Huexotzinco*, á *Calpa*, á *Cholulam*, etc., que si empeçásemos á contar lo que la gente tlaxcalteca ocupó, seria causar sin propósito al lector, pues es manifiesto y notorio los innumerables pueblos, estancias, villas y lugarejos que tiene, á quien el Rey nuestro Señor dignísimamente tiene reservados [1] de toda pension y tributo, pues le fueron en la conquista desta tierra leales y fieles vasallos.

Asentados estos seis tribus y géneros de gentes, es menester saber cómo allaron esta tierra y el género de gentes que en ella allaron, para lo qual es de saber que ay entre estas, dos pinturas que señalan dos géneros de gentes, una desta parte de la sierra nevada, á la parte de *México*, y otra de la otra parte, en la parte de la *Puebla* y *Cholula*, y que los desta parte eran *chichimecas*, y los de la otra parte eran gigantes, los quales llamaron *Quiname*, que quiere decir *hombres de gran estatura*: la gente que vivia de esta otra parte era muy poca, cuyo modo era brutal y salvajino, á quien esta nacion llamó *Chichimeca*, que quiere decir caçadores [2] ú gente que vive de aquel oficio agreste y campesina: llamáronlos desta manera á causa que ellos vivian en los riscos y en los mas ásperos lugares de monte, donde vivian una vida bestial, sin ninguna pulicía ni consideracion humana, buscando la comida como las bestias del mesmo monte, desnudos en cueros sin ninguna cobertura

1 Exentos ó exceptuados.

2 Véase la nota 1ª al fin de la obra.

de sus partes verendas, andando todo el dia á caça de conejos, venados, liebres, comadrejas, topos, gatos monteses, pájaros, culebras, lagartijas, ratones, langostas, gusanos y yerbas, raíces, con lo qual se sustentaban, y toda la vida se les iba en esto, y en andar á caça destas cosas, questaban tan hábiles y avisados en ello, que á trueque de matar una culebra se estaban todo el dia hechos un ovillo, en coclillas, tras un matorral, acechándola en el agujero que la vido entrar, peor que el gato que aguardaba al raton junto al agujero donde lo huele: dormian en los montes debajo de las cuevas, debajo de los matorrales, sin ningun cuidado de cojer, ni sembrar, ni cultivar, no dándole pena el dia de mañána, comiendo lo que aquel dia habia caçado, y así acudian al monte á buscar que comer, ellos y ellas, como el perro al muladar, donde con distinto natural halla que roer, y así ellas quando iban con sus maridos, dejaban el hijuelo colgado de una rama de un árbol, metido en una cestilla de juncos, bien harto de leche, hasta que volvia con la caça: estos *chichimecas* eran tan pocos y tan apartados unos de otros, que no tenian entre sí ninguna conversacion, no adoraban Dioses ningunos, ni rito de ningun género, ni tampoco tenian ni conocian superior; vivian en solo ley natural, sin cuidado de cosa que pena les diese.

Llegadas las nuevas naciones, esta gente brutal no hizo resistencia, ni mostró pesadumbre, antes admiracion y espanto: escondiéndose dellos y huyendo á lo espeso del monte, á la manera que se escondian y hoy en dia huyen y se esconden de nosotros, porque cierto no nos emos mostrado á ellos tan afables y amorosos que les incite á no hacello. Viendo, pues, la gente advenediça la tierra tan descombrada y libre, escogió á su voluntad sitios muy apacibles y buenos.

La otra gente que dicen que hallaron los de *Tlaxcala* y *Cholula* y *Huejotzingo*, dicen que eran gigantes y gente que se alteró y mostró enojo y pesadumbre, y pretendió defender su partido, lo qual no tengo por muy cierta relacion, y así no haré mucho hincapié en contar la historia y relacion que me dieron, la qual, aunque larga, gustosa [1] á mi propósito, á causa de las batallas que los *cho-*

1 Así en el original. Falta alguna frase en este período.

lultecas tuvieron con ellos hasta matallos y echallos de la tierra, los quales no vivian menos bestialmente questotros y con modos nefandos, comiendo la carne de las caças cruda. Allanse hácia aquellos lugares huesos de gigantes [1] grandísimos, los quales yo muchas veces e visto sacar en lugares ásperos, donde huyendo de los *chulultecas* se despeñaban y echaban á morir, por no caer en sus manos, por las grandes crueldades que en ellos hexecutaba [2], no los dexando tomar reposo ni descansar, trayéndolos de cerro en cerro, de valle en valle, trayéndolos tan acosados y molestados, que no los dejaron hasta que dieron fin dellos.

Pero aunque detengamos un poco al lector, quiero contar el modo que los de *Cholula y Tlaxcala* tuvieron para consumir aquella mala nacion y acaballa, lo cual fué por traicion y engaño, fingiendo querer paz con ellos, donde despues de auellos asegurado y dádoles una solene comida y hécholes banquete, tenian puesta gente en celada [3], y otros que con mucho secreto les hurtasen las armas de rodelas y porras y espadas de palo, con otros mil géneros de armas que para ofender tenian, y auiéndoles fingido la paz y dado de comer, auiéndoles hurtado las armas, estando ellos muy descuidados, salieron los de la celada y dieron de improviso sobre ellos, que no quedó ninguno á vida: algunos quisieron ponerse en defensa, y como no allaron armas, dicen que desgaxaban las ramas de los árboles con tanta facilidad como si cortaran un blando nabo, con lo qual se defendian valerosamente; pero al fin vinieron todos á la muerte, que no quedó hombre dellos.

Muertas estas gentes y destruidas, digo los gigantes, y ahuyentados, edificaron estas gentes sus pueblos y ciudades muy á su voluntad, sin ninguna contradiccion ni pesadumbre, dividiendo sus términos unos entre otros, casándose los unos con las hijas de los otros, sin tener pleitos ni marañas, cultivando sus tierras, edificando casas, choças y buhíos [4] sin tener ritos ni adorar ídolos mas que al

1 Tales los juzgaban los antiguos; pero la ciencia moderna ha demostrado que pertenecen á animales antediluvianos.

2 Así dice en el original, probablemente en vez de *hexercitauan*, ó *hexecutauan*. Obs. del Sr. Vera.

3 Escondida, ó emboscada.

4 Casa pajiza grande de una sola pieza, sin alto. (Dic. Cast.)

sol (al cual tenian por Dios y por criador y causa de lo criado): á éste hacian un sacrificio, y era, que en matando qualquier género de caça, sacaban la flecha así ensangrentada y mostrábansela al sol, en señal de sacrificio, y reconociéndole por Dios: de aquí vino aquella bárbara nacion que en esta tierra auia de *chichimecas* á tomar alguna pulicía [1] y á vivir como gente racional, y á cubrir sus carnes, y hacérseles vergonçoso lo que hasta allí no les era, y hacer choças y bohíos donde se meter: empeçaron á conversar con esta otra gente, y á tratar y contratar con ellos, perdiéndoles el miedo que les tenian, emparentándose con ellos por vía de casamientos, empeçando á tener señores y conocer superioridad y mando unos á otros, juntándose en sitios, abriendo los ojos para conocer de bien y de mal, y salir de la brutal vida en que vivian, pero siempre metidos en los montes y llegados á las sierras apartados de los demas.

Pasados *trescientos y dos años* que las seis compañías de gente auian salido de aquellas cuevas donde vivian, en la tierra de *Aztlan* y *Teoculuacan*, aportó á esta tierra la sétima compañía, ques la nacion *Mexicana*, á quien segun opinion suya, les era prometido por los Dioses, por ser ellos gente tan llegada á ellos, idolátra todo lo del mundo, y así sentian el favor dellos: demas desto eran belicosos, animosos, y emprendian sin temor grandes hechos y açañas; eran gente pulítica y cortesana, y así el camino que truxeron para venir á esta tierra, fué muy espacioso, en el qual hicieron grandes paradas, y así será menester, pues mi intento es relatar su historia, hacer capítulo particular de las cosas en él acontecidas, sufriendo grandes trabajos en la esperança que sus profetas y caudillos les iban prometiendo de la tierra que venian á buscar digna de nombre de tierra de promision, por su fertilidad y abundancia, y por sus grandes riqueças y llena de todo lo que se puede imaginar y pensar, como lo aurá bien conocido el que con ojos libres de pasion lo considerare; pues puede afirmar que, tierra por tierra, en el mundo, ésta se puede contar con la mejor.

Traían un ídolo que llamaban *Huitzilopochtli;* el qual traían

1 Cultura.

cuatro ayos [1] que le servian, y á quien él decia muy en secreto todos los sucesos de su itinerario y camino, avisándoles de todo lo que les auia de suceder, y era tanta la reverencia y temor que á este ídolo tenian, que otro ninguno quellos no le osaba tocar, ni llegar, el qual venia metido en una arca de juncos, que hasta el dia de hoy no hay quien sepa ni aya visto de estos naturales la forma de este ídolo: á éste hacian estos sacerdotes adorar por Dios, predicándoles la ley que auian de seguir y cumplir, las cerimonias y ritos con que auian de ofrecer sus ofrendas; y esto hacian en todos los lugares que asentaban Real [2], á la mesma manera que los hijos de Israel lo usaron todo el tiempo que anduvieron en el desierto.

CAPÍTULO III.[3]

De la llegada de los Mexicanos á esta tierra de México y de los sucesos y acontecimientos que tuvieron antes de llegar á ella.

Fueron siempre los hechos y proezas de los mexicanos tan llenos de hazañas, que á los que no lo saben y á ellos conoce y dado que no los conozca, no dejarán de recibir gusto y contento de saber sus antiguallas, con la sucesion y principios suyos, con otros muchos acontecimientos que por ellos pasaron dignos de memoria. No ignoro el escesivo trabajo que será relatar crónica y historias tan antiguas, especialmente tomándolas tan de atras, porque allende de auer los Religiosos antiguos quemado los libros y escrituras y auerse perdido todas, faltan ya los viejos ancianos y antiguos que podrian ser autores de esta escriptura, y hablar de la fundacion y cimiento desta tierra, de los quales habia yo de tomar el intento de sus antigüedades.

Paréceme tambien imposible poder contar todo lo que por este nuevo mundo y una provincia tan grande, como ella es, aya pasa-

1 Sacerdotes.
2 Donde hacian mansion.
3 Véase la lámina 2ª, parte 1ª

do, porque allándose en ella tantos reinos, tantas provincias, tantas ciudades, villas y lugares, pueblos grandes donde vivieron tantas y tan innumerables gentes, repartidas en tantas diferencias de lenguas, y naciones, y nombres, y condiciones, y trages y costumbres, las buenas y malas fortunas que entre ellos pasaban, bastaba á un historiador, por diligente que fuese, dar noticia de una sola, y en ello tenia demasiado que hacer en escribir las hazañas de cada una dellas, y aun les seria contrapeso el quererla abreviar, el qual ha de ser mi principal presupuesto,[1] aunque la brevedad será con otro presupuesto, que no falte nada por decir en lo que á la nacion mexicana tocare; porque aunque los acontecimientos de todas estas gentes se derramasen en otro tiempo por muchas partes de este nuevo mundo, y en todas ellas hubiese gente de mucho valor y cuenta, todos, en fin, venian á concluir ser sus hazañas y valor participado de la principal fuente, que era México, y allí se daba raçon y quenta de quanto pasaba en las demas provincias y reinos, como cabeça de todos ellos, donde la raçon y quenta era tanta, quanto ha sido mi deseo de dalle vida y resucitalle de la muerte y olvido en que estaua, acabo de tanto tiempo. Esta dichosa patria ha procreado hijos que con mas suficiencia lo pudiera auer resucitado y dado vida con sus claros y delicados ingenios, para que las antiguas alabanças turasen para siempre con perpetua memoria, adornándolas con hermosura de raçones, para que las gentes advenediças y estrañas de diversas naciones y regiones como á ella acuden, movidos por la golosina de la fertilidad y riqueça, huelguen de la saber y leer, y pierdan la mala y falsa opinion con que condenaban la barbaridad que á estas gentes atribuían; porque si en los ritos é idolatrías mostraron ceguedad y engaño diabólico, al menos en las cosas de gobierno y pulicía, sujecion y reverencia, grandeça y autoridad, ánimo y fuerças, no hallo quien les sobrepuje, y en querer señalarse en todo para que su memoria turase para siempre; lo qual, aunque mi ingenio no me favorezca mas que á otro, la esperança de poder salir con ello, ques la que suele vencer otros mayores dificultades, me la ha hecho fácil, acompañándola el deseo de salir con mi in-

1 Intento.

tento, y la voluntad y gana que de poner en memoria las cosas de la patria, me inclina; y aunque con tan pocos aparejos[1] y tan mal apercibido, me atrevo á emprender una cosa tan abscondida y olvidada; echaré, en fin, mano de lo mas notorio y claro, pues no dejan de quedar algunos vestigios por donde podamos tomar rastro de lo que sucedió entonces, con muchas señales de lo pasado; porque aunque no uviera mas memoria sino las piedras y efigies de los reyes antiguos que dentro del cercado de *Chapultepec* están, en donde los mismos reyes se mandaban esculpir despues de sus dias, con otras innumerables imágenes y esculturas que á cada paso se topan, bastaba para decir las grandeças y hechos, principios y sucesiones, y ya que no por entero, á lo menos los mas señalados y famosos de aquestas naciones.

El año de *mill* y *ciento* y *noventa* y *tres*, despues del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, llegó á esta tierra la nacion y congregacion mexicana, la qual gente auia salido (como todas las demas naciones de que ya toda la tierra estaba poblada) de unas cuevas, que en número eran siete, y de una tierra donde auian habitado, que llamaban *Aztlan*[2], que quiere decir, *blancura*[3] ó lugar de *Garças*, y así les llamaban á estas naciones *Azteca*[4], que quiere decir: *la gente de la blancura*. Llamábanlos por otro nombre *Mecitin*, que quiere decir *Mexicanos*, á causa de quel sacerdote y señor que los guiaba, se llamaba *Meci*[5], de donde toda la congregacion tomó la denominacion, como los romanos la tomaron del primer fundador de *Roma*, que fué *Rómulo:* tienen agora otro nombre, el qual heredaron despues que poseyeron esta tierra, que fué *Tenuchca*, por causa del tunal que hallaron nacido en la piedra, en el lugar donde edificaron su ciudad; y así *Tenuchca* quiere decir *los poseedores del tunal*[6].

Despues que los *Mexicanos* dejaron aquellas cuevas, puestos en

1 Medios, materiales, etc., y tambien suficiencia.

2 Metafóricamente por el color de aquella ave.

3 Así se lee en todos los escritores; mas rectamente debia escribirse *Aztatlan*, porque *Aztatl* es el nombre de la *Garza*.

4 Véase la nota 2ª, al fin de la obra.

5 Véase la nota 3ª

6 *Tenuchca*, es puramente un nombre gentilicio; lo mismo que el de *México*, equivalente al nuestro *Mexicano*.

camino para buscar esta tierra y sitio que les era prometido por sus dioses, segun la relacion de sus sacerdotes, allo en sus pinturas y relacion aver echo grandes pausas y demoras y auer auitado en sitios y lugares apacibles por muchos años, allándolos fértiles y abundosos de aguas y arboledas y otras frescuras; morando en algunos dellos veinte años, en otros quince; en otros diez, mas ó menos; lo qual claramente ví en una pintura que en *Santiago de Tlatelulco* me mostraron, donde ví pintado auer edificado muchos pueblos que hoy en dia se avitan y otros que ya despoblados, por auerse acauado y muerto la gente que en ellos auia, solo han quedado los vestigios de los edificios y templos que en cada lugar á su Dios edificaban, lo qual era lo primero que hacian.

Lo segundo que hacian, en acabando de edificar el tabernáculo para la cestilla en que su Dios venia, era luego sembrar maíz de riego ó de temporal, chile, ques la pimienta que ellos comen, y todas las demas legumbres que usan en su sustento; y esto hacia que se uviesen de tener, que no se uviesen de tener,[1] porque si su Dios tenia por bien de que lo cogiesen[2] lo cogian, y si no, en mandándoles alçar el real,[3] allí se quedaba todo, exepto quando la maçorca estaba de saçon; y muchas veces se quedaba para los viejos y viejas, y enfermos que no podian pasar adelante, con los quales quedaban aquellos lugares poblados y con semillas para siempre, y este fué el principal intento de los mexicanos en poblar la tierra de gente, para ser señores della y de mantenimientos.

Ya hemos dicho cómo traian á su principal dios, sin cuyo mandado no se osaban menear; traian empero otros siete dioses, que á contemplacion de las siete cuevas donde auian avitado siete congregaciones de gentes ó siete parcialidades, los reverenciaban con mucha grandeça; estos siete dioses tenian sus ditados y nombres que denotaban gran exelencia, como el dia de hoy la denotan en los principales que tienen estos ditados, y con su gravedad autorizan estos ditados de honra y grandeza en nombre de aquellos dioses. El Dios del primer barrio se llamaua *Yopican tetli:*[4] el segun-

1 Que se detuvieran ó no.
2 Cosechasen.
3 Alzar el campo ó partir.
4 *Tecutli.*

do, *Tlacochcalcatl tecutli:* el tercero, *Vitznagoatl tecutli:* el quarto, *Cuatecpan tecutli:* el quinto, *Chalmecatl:* el sesto *Tlacatecpanecatl:* el sétimo, *Izquitecatl.* Pasaron y rodearon toda la tierra de los chichimecas, sin dejar cosa por ver con toda la tierra nueva y llanos de *Çibola,* no les contentando nada della, y vinieron aportar á la provincia que agora se dice *Mechoacan,*[1] á un lugar que pusieron por nombre *Pazcuaro:*[2] y antes que pasemos adelante quiero dar noticia de cómo se fundó aquel pueblo y toda la demas provincia, segun relacion suya.

Es de saber que los mexicanos, los que agora son *Tarascos* y avitan la provincia de *Mechoacan,* y los de la provincia de *Malinalco,* todos eran de una congregacion ó parcialidad y parientes y salieron de aquella sétima cueva debajo del amparo de un dios que los guiaba y todos hablaban una lengua: llegados á aquel lugar de *Pazcuaro,* viéndole tan apacible y alegre, consultaron á su dios los sacerdotes y pidiéronle, que si no era aquel el lugar que les tenia prometido y auian de fuerça pasar adelante, que al menos tuviese por bien de que aquella provincia quedase poblada: el dios *Vitzilopochtli* respondió á sus sacerdotes, en sueños, quel era contento de hacer lo que le rogaban, y que el modo seria que todos los que entrasen en una laguna grande que en aquel lugar ay á se lavar, como ellos lo tienen de uso y costumbre, así hombres como mugeres, que despues de entrados se diese aviso á los que afuera quedasen, que les hurtasen la ropa, así á ellos como á ellas, y sin que lo sintiesen alçasen el real y se fuesen con ella y los dejasen desnudos. Los mexicanos obedeciendo el mandato de su dios, estando los de la laguna embebecidos en el contento del agua, sin ningun detenimiento alçaron el real y partieron de allí, tomando la via que su dios les señaló. Despues de auerse lavado con mucho contento los questauan en la laguna, salieron della y buscando su ropa para cubrirse no la allaron, y entendiendo ser burla que los demas les hacian, vinieron al real donde auian dejado la demas gente y alláronlo solo y sin persona que les dijese hácia qué parte auian tomado la via; y viéndose así desnudos y desamparados y sin

1 Corrupcion de *Michhuacan.*
2 *Pázcuaro* no es voz mexicana. Pertenece á la lengua tarasca, ó de Michoacan.

saber adonde ir, determinaron de quedarse allí y poblar aquella tierra, y cuentan los que dan esta relacion, que como quedaron desnudos en cueros, así ellos como ellas, y lo estuvieron mucho tiempo, que de allí vinieron á perder la vergüença y traer descubiertas sus partes impúdicas y á no usar bragueros ni mantas los de aquella nacion, sino unas camisas largas hasta el suelo, como lobas judaicas, el qual traje yo lo alcancé y hoy dia entiendo se usa entre los maçeguales [1].

El dios de los mexicanos tenia una hermana, la qual se llamaba *Malinalxochitl* y venia en esta congregacion: era muy hermosa y de gentil disposicion, y de tanta habilidad y saber, que vino á dar en mágica y hechicera, de tan malas mañas, que para despues ser adorada por diosa, hacia mucho daño en la congregacion, haciéndose temer; y habiéndola sufrido por respeto de ser hermana de su dios *Vitzilopochtli*, determinaron de pedille les dijese el modo que auia de tener para librarse, el qual mandó al sacerdote en sueños, como solia, que la dejasen en el lugar que les señalaria, á ella y á sus ayos y á los principales que eran de su parcialidad. El sacerdote, para consuelo del pueblo, dió noticia de la revelacion pasada á toda la multitud, diciendo: "vuestro Dios, vista vuestra afliccion, dice questa su hermana con sus mañas y mala conversacion, os es perjudicial, de lo qual él está muy sentido y enojado contra ella, de ver el poder que tiene ya adquirido por vías ilícitas sobre los animales bravos y perjudiciales, por vía de encautamentos y hechicerías, para matar á los que la enojan, mandando á la víbora y al alacran, ó al ciento piés ó la araña mortífera, que pique; por tanto, para libraros de esta afliccion, por el amor que á todos tiene, quiere y es su voluntad questa noche, al primer sueño, estando ella durmiendo, con todos sus ayos y señores, estando nosotros en vela, la dejemos y nos vamos, sin que quede nadie que le sepa dar razon á qué parte; porque su venida de vuestro dios dice que [2] no fué á enhechiçar ni á encantar las naciones, ni á traellas á su servicio por esta vía, sino por ánimo y valentía del cora-

1 Gente de servicio: denominacion que se daba particularmente á la empleada en los trabajos de la agricultura ó minas.

2 Porque vuestro dios dice que su venida, etc.

çon y braços, por el qual modo piensa engrandecer su nombre y levantar la nacion mexicana hasta las nubes, haciéndonos señores del oro, y de la plata, y de todo género de metales, y de las plumas ricas de diversos colores, y de las piedras de mucho precio y valor, y edificar para sí y en su nombre casas y templo de esmeraldas y rubíes, como el señor de las piedras preciosas que en esta tierra se crian, y del cacao y ricas mantas de ricas labores con que se piensa cubrir, y que á esto ha sido su dichosa venida y el auer tomado este trabajo de guiarnos á estas partes á darnos el descanso y premio de los trabajos que hasta aquí se han pasado y restan de pasar; y ansi manda que su hermana sea dexada en este lugar con sus encantamentos y hechicerías." Y concluida la plática y revelacion del sacerdote, luego aquella noche se partieron toda la gente que no era de la parcialidad de *Malinalxoch,* dejándola á ella y á sus aliados durmiendo, y tomaron el camino hácia la parte de *Tula,* donde su dios los guiaba, y aportaron á un lugar y cumbre de un cerro que se llama *Coatepec:* venida la mañana y allándose sola con sus ayos *Malinalxoch,* llorando con mucho dolor, quejándose de su hermano por la burla que le auia hecho dejándola, sin saber á qué parte ir á buscar la gente que echaba menos, tomó consejo con sus ayos y con la gente que con ella auia quedado: fuéronse á un lugar que agora llaman *Malinalco,* el qual fué poblado de aquella señora con su gente, tomando la denominacion el sitio della, que como he dicho se llamaba *Malinalxoch,* y así este pueblo se llama *Malinalco,* y esta es costumbre desta generacion poner el nombre al pueblo de su primer fundador, costumbre judaica. A la gente desta parcialidad han tenido y tienen hasta el dia de hoy por brujos y hechiceros, lo qual dicen que heredaron y deprendieron de su señora y fundadora de su provincia.

Dividida la nacion mexicana en tres partes, la una quedó en *Mechoacan* y pobló aquella provincia, inventando lengua particular para no ser tenidos ni conocidos por mexicanos, agraviados de la injuria que se les auia hecho en dejallos; y la otra parte, quedando en *Malinalco:* la que aportó á *Coatepec* fué muy poca gente, aunque valerosa y de grande ánimo, la cual auia dexado poco auia en un sitio que llamaban *Ocopita* y en otro que llamauan *Acaual-*

cinco, donde auian estado muchos dias rehaciéndose de bastimentos algunos viejos y enfermos con que siempre se iuan disminuyendo. En entrando que entraron en la tierra de *Tulan*, se inquietaron los *chichimecas* y serranos de aquellos lugares y mostraron enojo y pesadumbre, especialmente la nacion *Otomí*, diciendo "qué gente es esta gente; parece atrevida y desvergonçada, pues se atreve á ocupar nuestros sitios y lugares sin nuestra licencia y parecer; no es posible questa sea buena gente." Los mexicanos, no curando desta murmuracion, edificaron luego, como solian, el tabernáculo de su dios con el propiciatorio y sacrificadero que á manera de altar usaban, y al rededor de todos los demas dioses de que arriba dí noticia.

Asentado ya y puestos en órden en sus tiendas alrededor del tabernáculo, por el órden que su dios y sacerdote les mandaban, unos á Oriente y otros á Poniente, al Mediodía y al Norte, mandó en sueños á los sacerdotes que atajasen el agua de un rio, que junto allí pasaba, para que aquel agua se derramase por aquel llano y tomase en medio aquel cerro donde estaban, porque les queria mostrar la semejan [1] de la tierra y sitio que les auia prometido: hecha la presa, se derramó aquel agua y se tendió por todo aquel llano, haciéndose una gran laguna, la qual cercaron de sauces, sabinas y álamos; pusiéronla llena de junçia y espadañas, empeçóse á enchir de pescado de todo género de lo que en esta tierra se cria; empeçaron á venir aves marinas, como son patos, ánsares, garças, gallaretas, de que se cubrió toda aquella laguna, con otros muchos géneros de pájaros que hoy en dia la laguna de *México* tiene y cria; inchóse asimesmo aquel sitio de flores marinas, de carriçales, los quales se incheron de diferentes géneros de tordos, urracas, unos colorados, otros amarillos, que con su canto y chirriado hacian gran armonía, y alegraron tanto aquel lugar, y púsose tan ameno y deleitoso, que olvidados los mexicanos con este contento del sitio que su dios les prometia, no siendo éste mas de muestra y dechado de lo que iban á buscar, dijeron que aquel les bastaba, que no querian ir de allí á buscar mas deleite del que tenian: empeçaron luego á

(1) Así se lee claro en el original.—Nota del Sr. Vera.—Probablemente *semejanza;* esto es, el bosquejo ó idea de la tierra prometida.

cantar y baylar con cantares apropiados y compuestos á la frescura y lindeça del lugar: oido por su dios *Vitzilopochtli*, como aficionados muchos de la compañía (cuyo caudillo de aquella murmuracion y concierto era *Vitznahua* [1], una señora que llamaban *Coyolxauh*) no querian pasar adelante, sino que enamorados de aquel sitio decian—"aquí es tu morada *Vitzilopochtli;* á este lugar eres enviado, aquí te conviene ensalçar tu nombre en este cerro *Coatepec* [2], tes [3] concedido goçar del oro y de la plata y de todos los demas metales, de las piedras preciosas y de las plumas de diversos colores ricas y resplandecientes, y de las ricas y preciosas mantas, y de cacao y de todo lo demas que en este nuevo mundo se criare; item, aquí as de ganar lo que resta de las cuatro partes del mundo con la fuerça de tu pecho y de tu cabeça y de tu braço; aquí es el lugar donde has de alcançar la gloria y ensalçamiento de tu nombre, esta es la cabeça de tu reino; manda á tus padres y ayos que agan junta sobre ello y que se concluya el andar á buscar mas descanso del que aquí tenemos, porque descansen ya los *Aztecas* y *Mexicanos* y tengan fin sus trabajos."—Airado el dios *Vitzilopochtli* respondió á los sacerdotes y dijo:—"¿quién son estos que así quieren traspasar mis determinaciones y poner objecion y término á ellas? ¿son ellos por ventura mas que yo? decildes que yo tomaré vengança dellos antes de mañana, porque no se atrevan á dar parecer en lo que yo tengo determinado y para lo que fuí enviado, y para que sepan todos que á mí solo an de obedecer." Dicen que vieron el rostro del ídolo en aquel punto tan feo y tan espantoso, con una figura endemoniada que á todos puso espanto y terror.

Cuentan que á media noche, estando todos en sosiego, oyeron en el lugar que llamaban *Teotlachco* y por otro nombre [4] *Tzonpanco*, que eran lugares sagrados dedicados á este dios, un gran ruido, en el qual lugar, venida la mañana, allaron muertos á los principales movedores de aquella rebelion, juntamente á la señora que di-

1 Parece faltar la conjuncion *y*.

2 En el original dice—*Coapec;* pero es una errata patente.

3 te es.

4 Esta frase es ambigua. El *Teotlachtli* y el *Tzonpantli* eran dos lugares enteramente diversos.

jimos se llamaua *Coyolxauh*, y á todos abiertos por los pechos y sacados solamente los coraçones, de donde se levantó aquella maldita opinion y seta de que *Vitzilopochtli* no comia sino coraçones, y de donde se tomó principio de sacrifiar hombres y abrillos por los pechos y sacalles los coraçones y ofrecérselos al demonio y á su dios *Vitzilopochtli*. Visto por los mexicanos el riguroso castigo que su dios auia hecho contra los culpados, y asombrados del espantoso ruido que en la ejecucion del castigo auian oido aquella noche, y VISTO á su dios tan feroz y enojado, recibieron grandísimo temor y espanto, y no parando aquí el enojo de *Vitzilopochtli*, para mas mostrar su brabeça y furor, manda á sus ayos y sacerdotes que abran y deshagan los reparos y tomas de agua que auian hecho, con que el agua estaba represada, y que la dexasen seguir su antiguo curso. Los mexicanos, no osando hacer otra cosa, quitaron y deshicieron los reparos y presas que tenian las aguas, y dexándolas correr, contra todo el torrente de su voluntad por el descanso y refresco que de aquellas aguas les redundaba y mantenimiento, pero por no incurrir en la ira de su dios, tuvieron por bien de posponer todo consuelo. Deshecha la laguna se empeçaron á secar los carriçales y espadaños y secarse los árboles y frescura y á morirse los pescados y ranas y todas las demas savandijas quel agua engendra, de questa gente se aprovecha para su mantenimiento; empeçáronse á ir las aves marinas y á quedar aquel lugar tan seco y sombrío como de antes estaba.

Visto por los mexicanos el destroço y esterilidad en que el lugar, donde ellos pensaron que auia de ser *México*, quedaua, determinaron de consultar á su dios sobre lo que queria hiciesen, confiando del que ya estaria apaciguado con el derramamiento de sangre y furor pasado; considerando que la naturaleça del tiempo deshace los enojos y ablanda los coraçones: y así consultado, mandó alçasen el real y pasasen á *Tula* [1], lo qual fué luego hecho. Entraron en *Tula* los mexicanos el año de 1168 donde estuvieron muy poco tiempo, y de allí se pasaron á *Atlitlatacpan* [2] y de allí

1 Corrupcion de *Tollan*.

2 Así en el original; mas este lugar no es conocido, y en todos los otros derroteros se lee *Atlitlalacyan* ó *Atitlalaquian;* pueblo que aun subsiste.

vinieron á *Tequixquiac* donde estuvieron algunos años de prestado, sembrando sus sementeras para su sustento. De allí vinieron á un lugar que llaman *Tzonpanco,* donde queriendo hacer pausa y descansar, allaron contradicion y tuvieron algunos recuentros, saliendo algunas personas de ambas partes á defender sus partidos. De allí vinieron á *Xaltocan,* donde allando mas benevolencia en los naturales, hicieron sus sementeras de maíz y chile y de todas las demas semillas de que ellos venian proveidos, y allí, para estar con mas seguridad, hicieron su cerca de tierra y albarradas para la seguridad de sus personas, no teniéndose por seguros.—Cojidas sus sementeras y hecho su matalotaje, partieron de aquel lugar y vinieron á *Ecatepec* y de allí á *Ţulpetlac;* en fin, viniéronse entrando poco á poco á tierras y términos de los *Tepanecas,* que eran los de *Azcaputzalco* y *Tacuba* y *Cuyoacan,* gente ilustre, y que en aquella era reinaba y tenia mando sobre todas las demas naciones, y vinieron á parar á un cerro que se dice *Chapultepec,* donde no con poco temor y sobresalto asentaron su real é hicieron sus choças y bohíos, y fortaleciéndose lo mejor que pudieron, consultaron á su dios para pedir aviso [1] de lo que deuian de hacer: respondió su dios que esperasen el suceso, quel sabria lo que auia de hacer, y que á su tiempo les avisaria y que muy presto verian lo que auia; que estuviesen muy aparejados y á punto [2], porque no era aquel el lugar que auia él elegido para su morada; que cerca de allí estaba, porque primero ternian [3] gran contradicion de dos naciones de gentes: que esforçasen sus coraçones. Ellos temerosos con esta respuesta y aviso, elixieron un capitan y caudillo de los mas ilustres que en la compañía venia, el qual tenia por nombre *Viçilivitl* para queste los ordenase y guiase y diese industrias de lo que auian de hacer, teniendo opinion del que era hombre industrioso y de valeroso coraçon. Eleto por capitan general desta gente auiéndole dado todos la obediencia, mandó que por toda la frontera de aquel cerro se hiciesen muchas albarradas de piedra, las quales á trechos iban subiendo unas tras otras, á manera descalo-

1 Consejo.
2 Prevenidos y dispuestos.
3 Tendrian ó sufririan.

nes anchos de un estado de ancho, los quales en la cumbre venian á hacer un espacioso patio donde todos se recojieron y fortalecieron, haciendo su centinela y guardia de dia y de noche con mucha diligencia y cuidado, poniendo las mugeres y niños en medio del ejército, adereçando flechas, macanas, varas arrojadiças, labrando piedras, haciendo hondas para su defensa.

CAPÍTULO IV.[1]

De lo que sucedió á los Mexicanos despues de llegados á Chapultepec.

Llegados los *Mexicanos* á este cerro de *Chapultepec* y aposentados en él y avisados de su dios *Vitzilopochtli* no ser aquel el lugar á donde los traia, y que aparejasen las manos[2] porque les seria menester, juntamente con el ánimo y esfuerço de su coraçon, ellos aunque con sobresalto, empeçaron á estar sobre aviso y aguardar el suceso, poniendo sus pertrechos y reparos[3] lo mejor que pudieron, viéndose en medio de inumerables gentes y que nadie les mostraba ningun amor. Pero para contar la historia y suceso, será necesario nos acordemos de lo que en el capítulo pasado[4] tratamos de una hermana del dios *Vitzilopochtli*, la qual se llamaba *Malinalxoch*, y de cómo por ser perjudicial y de malas artes y mañas mandó su hermano la dexasen y le diesen cantonada[5], como dicen, dejándola con sus ayos, por el mal que en la compañía hacia; y así la dejaron, de suerte que ignorando ella la via que su hermano auia tomado, se quedó allí por algunos dias y años y despues se fué y fundó la provincia de *Malinalco*.

Esta *Malinalxuch* (como dijimos) era muy gran hechicera y

1 Véase la lámina 2ª, parte 1ª

2 Que se preparasen para la guerra.

3 Armas y obras de defensa.

4 Pág. 22.

5 *Dar cantonada*. Burlar á uno desapareciéndose al volver de una esquina. (Dic. Cast.)

bruja, la qual vino á parir un hijo, y enseñándole aquellas malas mañas y hechicerías, despues que tuvo edad contóle el agravio que su hermano *Vitzilopochtli* le auia hecho en dejalla y segregalla de su compañía. El hijo, enojado y airado su coraçon, movido por las lágrimas de la madre, le prometió de lo ir á buscar y procurar con sus artes y mañas de lo destruir, á él y á toda su compañía. La madre, vista la determinacion del hijo, no dejando de se lo persuadir, mostrándole era aquella su voluntad, determina el hijo de ir á buscar á su tio é incitar las naciones á que le destruyesen con sus malvadas artes y mañas; y así, discurriendo por unas y por otras partes tuvo nueva de su llegada á *Chapultepec*. *Copil* (que así se llamaba) auida noticia, empeçó á discurrir de pueblo en pueblo y encender y mover los coraçones de todas las naciones contra la generacion mexicana, y á incitallos á que los destruyesen y matasen, publicándolos por hombres perniciosos y belicosos tiranos y de malas y perversas costumbres, certificando tener él noticia dellos y conocellos por gente tal qual él daba la relacion: las gentes y naciones temerosos y asombrados con nuevas tan enormes y espantosas, temieron admitir semejante gente, y así determinaron de los matar, para lo qual se conjuraron todas las ciudades comarcanas de *Azcaputzalco* y de *Tacuba*, *Cuyoacan* y *Xochimilco*, *Culhuacan* y *Chalco*, para que todos, de mancomun, los cercasen y los matasen, sin quedar uno, ni mas; el qual propósito luego fué puesto en ejecucion.

Viendo el malvado de *Copil* que ya su juego estaba entablado y que su deseo tenia efecto, subióse en un cerrillo questá al principio de la laguna, que llaman *Tetepetzinco* [1], al pié del qual ay unas fuentes de agua caliente, á todos notorio [2], para desde allí aguardar el fin y la pérdida de los *Mexicanos*, prometiéndose el señorío de toda la tierra en saliendo con lo que pretendia; pero salióle muy al rebes, porque el dios *Vitzilopochtli*, su tio, sabiendo su maldad, dió aviso á toda la congregacion de los *Mexicanos* por sus sacerdotes, y mandó que antes que los cercasen fuesen á aquel cerro y que lo to-

1 *Tepetzinco*, hoi *Peñon de los Baños.*
2 Conocidas de todos.

maran [1] descuidado y que le matasen y le trujesen el coraçon; pero que para el efeto, que lo llevasen á él ó su semejança [2] y así tomándolo á cuestas, uno de sus ayos que se llamaba *Cuauhtloquetzqui*, se fueron al cerro, y tomándolo muy descuidado, lo mataron y le sacaron el coraçon y presentáronselo al dios su tio, el qual mandó que su ayo, metido en el tular, lo arrojase en medio del con la mayor fuerça que pudiese; y así fué hecho, el qual fué á caer en un lugar que agora llaman *Tlalcocomolco*, del qual coraçon fingen que nació el tunal donde despues se edificó la ciudad de *México*. Tambien dicen que luego que fué muerto este *Copil*, en el mesmo lugar nacieron aquellas fuentes de agua caliente, y así las llaman á aquellas fuentes *Acopilco*, que quiere decir el *agua de Copil*.

Muerto *Copil*, no por eso cesó la rebelion y mal propósito de la gente de la tierra, en querer matar y dar fin de los *Mexicanos*, antes poniéndolo en ejecucion, encendidos con ira y enojo, cercaron todo el cerro de *Chapultepec*, donde los *Mexicanos* estaban recojidos: puesto el cerco, los *Mexicanos*, viéndose en tan gran aprieto y aficion, movidos por los llantos de sus mugeres y niños, hicieron, como dicen, de tripas coraçon, y no mostraron ninguna cobardía, antes ánimo y valor: los del cerro los empeçaron á combatir por todas partes, deseando meter [3] á cuchillo á todos, con mugeres y niños, pero *Vitzilopochtli* [4] que entonces era el Señor y Rey de los *Mexicanos*, esforçándolos con la mejor manera que pudo, hiço rostro á los *Chalcas*, los quales traian por caudillo á un señor y cabeça, llamado *Cacamatecuhtli*, y arremetiendo á ellos, llevando todas las mugeres y niños y viejos en medio, á la primera refriega prendieron al Señor de los *Mexicanos Vitziliuitl;* pero no desmayando por eso los *Mexicanos*, apellidando á su dios, los desvarataron y salieron huyendo dentre ellos, hasta acojerse á una villa que llamamos *Atlacuihuayan* [5] donde allándola desierta y sin gente, se hicieron fuertes. Los *Chalcos* y todas las demas gentes viéndose desbaratados de tan poca gente, no curaron de seguillos, casi como avergon-

1 A *Copil*.
2 Esto es, que llevasen la efigie ó simulacro de *Vitzilopochtli*.
3 Pasar.
4 Parece que debe decir *Huitzilihuitl*, á quien habian elegido gefe.
5 Hoi *Tacubaya*.

çados: se contentaron con llevar preso al Rey de los *Mexicanos*, al qual le llevaron á *Culhuacan* y le mataron, vengándose en él del daño que auian recebido. Los *Mexicanos* se repararon y reforçaron de armas, *inventando* aquel modo de armas y varas arrojadiças que llamamos fisgás [1]. Reparados todos con este género de armas, se pasaron á un lugar que llaman *Maçatla*, y de allí se fueron acercando hácia *Culhuacan;* llegados allí, el dios *Vitzilopochtli* habló á los sacerdotes y díjoles:—"Padres y ayos mios: bien e visto vuestro trabajo y aflicion, pero consolaos, que para poner el pecho y la cabeça contra vuestros enemigos, sois venidos aquí: lo que podeis hacer es que envieis vuestros mensageros á *Achitometl*, señor de *Culhuacan*, y sin mas ruegos ni cumplimientos, le pedí que os señale sitio y lugar donde podais estar y descansar, y no temais de entrar á él con osadía, que yo sé lo que os digo y ablandaré su coraçon para que os reciba; y tomad el sitio que os señalare, bueno ó malo, y asentá en él hásta que se cumpla el término y plaço determinado de vuestro consuelo y quietud. Ellos confiados de estas promesas y raçones, enviaron sus mensageros á *Culhuacan*, enviándole á decir, "que los *Mexicanos* le rogaban les señalase sitio y lugar donde pudiesen estar, ellos y sus mugeres é hijos, encomendándose á él como á mas benigno, confiados de que su clemencia les daria tierra, no solo para edificar, sino tambien para sembrar y cojer [2], para el sustento de sus personas, mugeres y hijos.

El Rey, inclinado á sus ruegos, mandólos aposentar y dar lo necesario á sus personas, como entre ellos es uso y costumbre, acariciando á los mensageros y caminantes y hacellos muy buenos ospedajes. Mientras los *Mexicanos* descansaban, *Achitometl*, Señor de *Culhuacan*, mandó llamar á sus grándes principales y Señores y les dixo: "los *Mexicanos*, con toda la omildad posible, me envian á rogar les señale en mis tierras lugar y sitio donde puedan hacer una ciudad; mirad qué lugar os parece que se les dé." Auido entre todos su consejo, lleno de mil contradiciones, demandas y respuestas, mostrándose

1 Refiérese probablemente al arma mexicana, llamada *Atlatl*, especie de ballesta, que segun la tradicion fué inventada en *Tacubaya*, dando orígen á su nombre *Atlacuihuayan*, que quiere decir,—*donde se cogió ó tomó el Atlatl.*

2 Cosechar.

sienpre el Rey favorable á los *Mexicanos*, salió determinado se les diese un lugar que llaman *Tiçapan*, ques de la otra parte del cerro de *Culhuacan*, donde agora se parten los dos caminos, el que va á *Cuitlahuac* y el que va á *Chalco*, el qual lugar estaba desierto, por estar cubierto de muchas culebras y bíboras ponçoñosas, que decendian del cerro, el qual sitio les fué señalado, no sin mucha malicia y maldad de parte de los consejeros; pero ellos, acetando la merced que se les hacia, fueron metidos en posesion, la qual tienen y poseen hasta el dia de hoy, porque todo aquello de por allí hasta Santa Marta y los Reyes todo es subjeto á la ciudad de *México*. Lleuados allí, ellos empeçaron á hacer sus buhios y choças donde se meter; y viendo la cantidad de culebras y malas sabandijas que allí auia, al principio recibieron pena y angustia, pero despues así se les rendian y amansaban que les sirvieron de sustento, no comiendo de otra carne, sino de aquellas culebras, bíboras, salamanquesas que allí del cerro bajaban, y de tal arte se engolosinaron y regustaron en ellas que las consumieron y acabaron que apenas allaban una ya para comer.

Los de Culhuacan, confiados de que poco á poco los auian de acabar y matar aquellas sabandijas, díjoles el rey *Achitometl:* "Id y ved en qué han parado los mexicanos, y saludad de mi parte á los que uvieren quedado dellos, y preguntadles cómo les va en el sitio que se les dió." Idos los mensajeros, allaron á todos los mexicanos muy alegres y contentos, con sus sementeras muy cultivadas y puestas en órden, echo templo á su dios y ellos en sus choças y buhíos: los asadores y ollas llenos de culebras, dellas asadas y dellas cocidas.[1] Llegados á casa de los señores, saludáronlos aciéndoles el deuido acatamiento, como ellos se suelen saludar: diéronles su embajada de parte del rey *Achitometl*, de Culhuacan. Ellos, teniéndolo en gran merced, respondieron el contento que tenian, agradeciéndole el bien que se les auia echo; pero lo que le suplicauan era dos cosas; que les concediesen entrada y contrataçion en su ciudad, y consentimiento para que emparentasen los unos con los otros, por vía de casamientos, casándose los hijos y hijas de los unos con hijos y hijas de los otros. Los mençageros, admirados de ver la pu-

1 Las unas asadas y las otras cocidas.

jança y multiplico de los mexicanos, fueron con las nuevas á su rey, relatándole todo lo que auian visto y oido, y todo lo que de parte de los mexicanos se le pedia. El rey y todos los señores, admirados de una cosa quellos nunca auian oido, cobraron de nuevo grandísimo temor á los mexicanos, y concediéndoles todo lo que pedian, dijo el rey: "Concedámosles lo que piden, que ya os he dicho questa gente es favorecida de su dios y gente mala y de malas mañas; dejaldos, no los enojeis, que mientras no les iciéredes mal, ellos se estarán sosegados." Desde entonces empeçaron los mexicanos á entrar en Culhuacan y tratar y contratar libremente y á emparentar unos con otros por vía de casamientos, y á tratarse como hermanos y como parientes.

Vitzilopochtli, dios de los mexicanos, enemigo de tanta quietud y paz y amigo de desasociego y contienda, viendo el poco provecho que de la paz se le seguia, dijo á sus viejos y ayos: "Necesidad tenemos de buscar una muger, la qual se ha de llamar *la muger de la discordia*, y esa ha de llamarse mi aguela ó madre, en el lugar donde emos de ir á morar. Porque no es este el lugar donde emos de haçer nuestra habitaçion y morada; no es este el asiento que os tengo prometido, mas atrás queda, y es necesario que la ocasion de dexar éste donde agora moramos, no sea con paz sino con guerra y muerte de muchos, y que empeçemos á leuantar nuestras armas, arcos y flechas, rodelas y espadas, y demos á entender al mundo el valor de nuestras personas: empeçaos á aparejar y aperciuir, y á prouer de las cosas necesarias para nuestra defensa y para la ofensa de nuestros enemigos, y búsquese medio luego para que salgamos deste lugar; y el medio sea que vayais al rey de Culhuacan, *Achitometl*, y le pidais su hija para mi servicio, y luego os la dará, y esta ha de ser la muger de la discordia, como adelante vereis." Los mexicanos, obedientísimos á su dios, fueron luego al rey de Culhuacan, y pídenle á su hija, quel en mucho tenia, [1] para señora de los mexicanos y muger de su dios. El rey, con codicia de que su hija iba á reinar y á ser diosa en la tierra, dióla luego á los mexicanos, los quales la lleuaron con toda la honra del mundo, con mucho contento y regocijo de ambas las partes, así de la parte de

1 Que él amaba y estimaba en gran manera.

los mexicanos como de la de los de Culhuacan. Llegada y puesta en supremo lugar, aquella noche habló *Vitzilopochtli* á sus ayos y sacerdotes, y díjoles: "Ya os avisé questa muger auia de ser la muger de la discordia y enemistad entre vosotros y los de Culhuacan, y para que lo que yo tengo determinado se cumpla, matá esa moça y sacrifícamela á mi nombre, á la qual desde oy la tomo por mi madre; despues de muerta desollallaeis[1] toda, y el cuero vestídselo á uno de los principales mancebos, y encima vestirse ha los demas vestidos mugeriles de la moça, y convidareis al rey *Achitometl* que venga á adorar á la diosa, su hija, y á ofrecelle sacrificio."

Oido por los ayos y sacerdotes lo que su dios les mandaba, y dado aviso dello á todo el comun, toman la moça princesa de Culhuacan y señora heredera de aquel Reyno, y mátanla y sacrifícanla á su dios, y desuéllanla, y visten á un principal, segun la voluntad de su dios, y luego incontinente van al rey de Culhuacan y convídanlo para la adoracion de su hija y sacrificio como á diosa, pues su dios la auia tomado por madre y por esposa, y esta es la que los mexicanos desde entonçes adoraron por madre de los dioses, de quien se hace memoria en el libro de la relacion de los sacrificios, llamada *Toçi*, que quiere decir, *madre ó aguela*. El rey acetó el convite, y juntando á todos los señores de su reyno, encomendóles que para la celebracion de aquella fiesta, donde su hija auia de quedar por diosa de los mexicanos y ESPOSA de su yerno el dios *Vitzilopochtli*, que llevasen muchas ofrendas y presentes. Ellos, viendo ser justa la petiçion de su rey y señor, se apercibieron y adereçaron lo mejor que pudieron, de mantas y bragueros y ofrendas de papel, copal, plumas y diversos géneros de comidas para ofrecer á la nueva diosa, con otros muchos géneros de aves, como son codornices y aves marinas, todo para ofrecer y honrar al dios de los mexicanos y á la diosa; y con este aparato salieron de Culhuacan el rey, con todos sus principales, y vinieron al lugar de *Tiçapan*.

Los mexicanos los salieron á recivir y á dalles el para bien de su venida, á los quales aposentaron lo mejor que pudieron: despues de aposentados y de auer descansado los mexicanos, metieron al

1 La desollaréis.

indio, questaba vestido con el cuero de la hija del rey, en el aposento junto al ídolo, y dixéronle: "Señor, si eres servido, podrás entrar y ver á nuestro dios y á la diosa tu hija, y hacelles reverençia y ofrecer tus ofrendas." El rey, teniéndolo por bien, se levantó y fuese al templo que les tenian edificado, y entrando en la pieza donde estaba el ídolo, empeçó á hacer grandes cerimonias y á cortar las cabeças á las codornices y á las demas aves, y á ofrecer sacrificio y poner aquella comida delante de los ídolos y ofrecer copal y rosas y de todo lo que para aquel efeto lleuaba; y por estar la pieça algo oscura, no via á quién, ni delante de quién hacia aquel sacrificio; y tomando un brasero con lumbre en la mano, segun la industria que le dieron, echó ençienço en él y empeçó á encençar los bultos, y aclarándose la pieza con el fuego, vido al questaba junto al ídolo sentado, vestido con el cuero de su hija, una cosa tan fea y orrenda, que cobrando grandísimo temor y espanto, soltó el encençario que en las manos tenia, salió dando grandes voçes y diciendo: "Aquí, aquí mis vasallos los de Culhúacan, vení á socorrer una maldad tan grande como estos mexicanos han cometido; que savé que han muerto á mi hija y la han desollado y vestido el cuero á un mancebo y me lo han hecho adorar: mueran y sean destruidos hombres tan malos y de tan malas costumbres y mañas; no quede rastro ni memoria dellos: démos, vasallos mios, fin y cabo dellos."

Los mexicanos, viendo el alboroto y las voçes que *Achitometl* daba, y que los vasallos, alborotados, echaban mano á las armas, estando ya ellos á punto, retrujéronse con sus mugeres y hijos hácia el agua, tomando por reparo la mesma laguna y por seguridad de las espaldas; empero los de Culhuacan, dando mandado [1] en la ciudad, salió toda la gente della en arma, y dándoles combate los metieron la laguna adentro, hasta que casi no allaban pié. Viéndose tan apretados, y los llantos de las mugeres y niños ser tantos, cobrando ánimo empeçaron á disparar tanta de la vara arrojadiça (que son aquellas fizgas, arma de que ellos hacian mucho caso y confiança) enviadas con amientos, que recibiendo los Culhuacanecas detrimento en sus personas, empeçaron á retraherse, de suerte que

1 Dando aviso en su ciudad, etc.—(Relacion, etc.)

pudieron los Mexicanos[1] á cobrar la tierra y irse retrayendo hácia *Ixtapalapa*, y ellos fueron dándoles batería hasta un lugar que se llama *Acatzintitlan*, y allí echáronse todos al agua, y haciendo balsas con las mesmas fizgas y rodelas y yerbas, pasaron los niños y mugeres por estar el agua hondable; y pasados de la otra parte del rio, metiéronse en los carriçales y tulares de la laguna, donde pasaron aquella noche con mucha angustia y trabajos y afliction, llantos y lágrimas de las mugeres y niños, pidiendo que los dejasen morir allí, que ya no querian mas trabajo y afliction.

El dios *Vitzilopochtli*, viendo la afliction del pueblo y que ya desesperaban, no pudiendo sufrir el tormento que tanto auia que lo padecian, goçando tan poco del sosiego, habló aquella noche á sus ayos y díjoles: "que consolasen al pueblo y lo animasen; que todo aquello era para tener despues mas bien y descanso: que descansasen allí en aquel lugar." Los sacerdotes hablaron al pueblo y lo consolaron lo mejor que pudieron, y ansí en todo aquel dia entendieron[2] en enjugar sus ropas y enjugar las rodelas y armas de sus personas y en edificar un baño, donde todos se bañaron á su usança, en los baños quellos llaman *tlamazcalli;*[3] y este es el lugar quellos llamaron despues *Mexicatzinco*, el qual nombre se le puso á este lugar por causa de cierta torpedad que á causa de no ofender los oídos de los lectores, no la contaré; por la qual torpedad fueron echados de aquel lugar, y yendo huyendo por entre aquellos carriçales, se les ahogó un principal anciano, de mucha cuenta, de los ayos del dios *Vitzilopochtli*, al qual quemaron y onraron dándole muy solene y onrosa sepultura, y vinieron por entre aquellos carriçales hasta un lugar que agora llaman *Iztacalco:* allí hicieron la fiesta de los cerros, quellos tanto solenizaban por ser aquel su dia, y hicieron muchos cerros de masa, poniendo los ojos y bocas:[4] en fin, celebraron su fiesta lo mejor que pudieron, conforme al poco recaudo que tenian y sosiego.

1 Tornar á ganar tierra, etc.—(Relacion, etc.)
2 Se ocuparon.
3 Temazcalli.
4 Así en el original; mas quizá debia decir: "poniéndoles ojos y bocas;" aludiendo á estos órganos figurados en las estatuas de las montañas, que fabricaban con la masa de ciertas semillas.

De allí se pasaron adonde agora llamamos *Sant Antonio:* de allí vinieron al lugar que agora es *San Pablo,* y allí hacen memoria que parió una hija de un señor de los principales de la compañía, y hasta el dia de oy le llaman *Mixihtlan,*[1] que quiere decir *el lugar del parto.* Deste lugar vinieron buscando y mirando si allarian algun lugar que fuese acomodado para poder hacer asiento, y andando desta manera por unas partes y por otras entre las espadañas y carriçales, allaron un ojo de agua hermosísimo, en la qual fuente vieron cosas maravillosas y de gran admiracion; lo cual los ayos y sacerdotes lo auian antes pronosticado al pueblo por mandado de *Vitzilopochtli,* su dios.

Lo primero que allaron fué una sabina, blanca toda, muy hermosa, al pié de la qual salia aquella fuente. Lo segundo que vieron, fueron que todos los sauces que aquella fuente al rededor tenia, eran blancos, sin tener una sola hoja verde: todas las cañas de aquel sitio eran blancas y todas las espadañas de al rededor. Empeçaron á salir del agua ranas todas blancas y pescado todo blanco, y entre ellos algunas culebras del agua, blancas y vistosas. Salia esta agua de entre dos peñas grandes, la qual salia tan clara y linda que daua sumo contento. Los sacerdotes y viejos, acordándose de lo que su dios les habia dicho, empeçaron á llorar de goço y alegría y á hacer grandes extremós de placer y alegría, diciendo: "Ya emos allado el lugar que nos a sido prometido; ya emos visto el consuelo y descanso dese cansado pueblo mexicano; ya no ay mas que desear: consolaos, hijos y hermanos, que lo que os a prometido vuestro dios, emos ya allado y conseguido; por quel nos dijo que veriamos cosas maravillosas entre las espadañas y carriçales deste lugar, y estas son: empero, hermanos, callemos y vámonos al lugar donde estábamos y esperemos el mandamiento de nuestro dios, quel nos avisará de lo que emos de acer; y así se vinieron al lugar que agora llaman *Temazcaltitlan,* ques el lugar donde edificaron el baño para bañar á la parida, como ellos lo tienen de costumbre, de al quinto ó sesto dia bañar á las paridas en un baño caliente.

Luego aquella noche siguiente apareció *Vitzilopochtli* en sueños

1 Así en el original; mas debe decir: Mixiuhcan.

á uno de sus ayos, que se decia *Cuauhtloquetzqui*, y dixole: "ya estareis satisfechos como yo no os e dicho cosa que no aya salido verdadera: ya aueis visto y conocido las cosas que os prometí veriades en este lugar, á donde yo os e traido; pues esperá, que aun mas os falta por ver. Ya os acordareis cómo os mandé matar á un sobrino mio que se llamaba *Copil* y os mandé que le sacasedes el coraçon y que lo arrojasedes entre los carriçales y espadañas, lo qual hicistes; pues sabed que ese coraçon cayó encima de una piedra del qual nació un tunal, y está tan grande y hermoso, que una aguila hace en él su habitacion y morada: cada dia y encima del se apacienta y come de los mejores y mas galanos pájaros que alla: encima del estiende sus hermosas y grandes alas y recive el calor del sol y el frescor de la mañana. Encima deste tunal, procedido del coraçon de mi sobrino *Copil*, la allareis á la ora que fuere de dia [1] y alrededor del vereis mucha cantidad de plumas verdes, açules y coloradas, amarillas y blancas de los galanos pájaros con que esa aguila se sustenta; pues á ese lugar [2] donde allaredes el tunal con el aguila encima, le pongo por nombre *Tenochtitlan*.

CAPÍTULO V. [3]

De cómo los Mexicanos, avisados de su dios, fueron á buscar el tunal y el águila y cómo lo allaron, y del acuerdo que para el edificio tuvieron.

Otro dia de mañana el sacerdote *Cuauhtloquetzqui*, cuidadoso de revelar la revelacion y aviso de su dios y de dar quenta al pueblo de lo que auia visto y oido en sueños, mandó convocar todo el pueblo, grandes y chicos, hombres y mugeres, viejos y moços, y puestos en pié empeçóles á encarecer las grandes mercedes que de su dios cada dia recevian, en particular la que de presente le auia revelado, y era; que despues de auelles referido cómo de su mano

1 A cualquiera hora del dia, etc.
2 Y á este lugar, etc.—(Relacion, etc.)
3 Véase la lámina 3ª, parte 1ª

venian los misterios y prodigios quel dia antes auian visto en las fuentes, de culebras blancas, ranas blancas, pescados blancos, sauces blancos y sabinas blancas, etc., que de nuevo le auia revelado otra cosa de no menos admiracion, para confirmacion de que aquel era el lugar que su dios elexia para su descanso y consuelo y para omento [1] y ecelencia de la nacion mexicana y renombre de su grandeça; y refiriéndoles todo lo que le auia dicho dixo desta manera:

Aueis de saber, hijos mios, questa noche me apareció nuestro dios *Vitzilopochtli* y me dixo que ya os acordareis cómo llegados que fuimos al cerro de *Chapultepec*, estando allí su sobrino *Copil*, auia inventado hacernos guerra y cómo por su mandado y persuacion las naciones nos cercaron y mataron á nuestro capitan y caudillo y á nuestro señor y rey *Vitziliuitl*, echándonos de aquel lugar, al qual mandó le matásemos y le matamos y sacamos el coraçon, y puestos en el lugar quel nos mandó le arrojé yo entre las espadañas, el qual fué á caer encima de una peña, y segun la revelacion questa noche me mostró, dice que deste coraçon a nacido un tunal encima desta piedra, tan lindo y coposo que encima del hace su morada una hermosa aguila: este lugar nos manda que busquemos y que allado nos tengamos por dichosos y bien aventurados, porque este es el lugar de nuestro descanso y de nuestra quietud y grandeça: aquí a de ser ensalçado nuestro nombre y engrandecida la nacion mexicana; a de ser conocida la fuerça de nuestro poderoso braço, y el ánimo de nuestro valeroso coraçon, con que emos de sujetar á todas las naciones, así cercanas como lexanas, subjetando de mar á mar todos los pueblos y ciudades, aciéndonos señores del oro y de la plata, de las joyas y piedras preciosas, plumas y devisas [2], etc., y haciéndonos señores dellos y de sus haciendas y de sus hijos y de sus hijas, y nos han de servir y ser subjetos y tributarios. Este lugar manda se llame *Tenochtitlan* para que en él se edifique la ciudad que a de ser Reyna y señora de todas las demas de la tierra y adonde emos de receuir á todos los demas reyes y señores y adonde ellos an de acudir como á suprema entre todas las demas; y así, hijos mios, vamos por entre

1 Aumento.
2 Adornos que distinguian las clases noble y militar, de la comun.

estos tulares y espadañas, carriçales y espesura, que pues nuestro dios lo dice, y en todo lo que nos a dicho y prometido emos allado verdad, tambien la allaremos agora." Oido lo que *Cuauhtloquetzqui* les dixo, todos umillándose á su dios y haciendo gracias al Señor de todo lo criado, del dia y de la noche y del ayre y fuego, divididos por diversas partes, entraron por los carriçales y espadañales buscando á una parte y á otra. Tornaron á topar con la fuente quel dia antes auian visto, y vieron que el agua que el dia antes salia clara y linda, aquel dia salia bermeja, casi como sangre, la qual se dividia en dos arroyos, y el segundo arroyo, en el mesmo lugar que se dividia, salia tan açul y espesa, que era cosa despanto. Ellos viendo que todo aquello no carecia de misterio pasaron adelante á buscar el pronóstico del aguila, y andando de una parte en otra devisaron el tunal, y encima del el aguila con las alas estendidas acia los rayos del sol, tomando el calor del y el frescor de la mañana, y en las uñas tenia un pájaro muy galano de plumas muy preciadas y resplandecientes [1]. Ellos, como la vieron, humilláronsele casi haciéndole reverencia como á cosa diuina. El aguila, como los vido, se les humilló bajando la cabeça á todas partes donde ellos estaban. Ellos viendo humillar al aguila y que ya auian visto lo que deseaban, empeçaron á llorar y acer grandes estremos y cerimonias y uisajes y meneos en señal de alegría y contento, y en agimiento [2] de gracias, diciendo: "¿Dónde merecimos nosotros tanto bien? ¿quién nos hiço dignos de tanta gracia y grandeça y ecelencia? ya emos visto lo que deseábamos, ya emos alcançado lo que buscábamos y emos allado nuestra ciudad y asiento: sean dadas gracias al Señor de lo criado y á nuestro dios *Vitzilopochtli*. Señalaron luego el lugar y fuéronse á descansar por aquel dia.

Luego el dia siguiente el dicho sacerdote *Cuauhtloquetzqui* dixo á todos los de la compañía: "hijos mios, raçon será que seamos agradecidos á nuestro dios y que le agradezcamos el bien que nos hace; vamos todos y hagamos en aquel lugar del tunal una hermita pequeña donde descanse agora nuestro dios: ya que no sea de piedra sea de céspedes y tapias, pues de presente no se puede ha-

1 Véase la nota 4ª

2 Accion.

cer otra cosa." Luego todos con grandísima voluntad se fueron al lugar del tunal, y cortando gruesos céspedes de aquellos carriçales junto al mesmo tunal, hicieron un asiento quadrado, el qual auia de servir de cimiento ó asiento de la hermita para el descanso de su dios; y así hicieron encima del una prove y chica casa, á manera de un umilladero, cubierto de paja de aquella que cojian de la mesma agua, porque de presente no podian mas; pues estaban y edificaban en sitio ageno, que aun el suelo no era suyo, pues era sitio y término de los de *Azcaputzcalco* y de los de *Texcuco;* porque allí llegaban los términos del uno y del otro pueblo, y por la otra parte del Mediodía, términos de *Culhuacan;* y así estaban tan pobres y apretados y temerosos, que aun aquella casilla de barro que hicieron para poner á su dios la hicieron con temor y sobresalto.

Empero [1] juntándose todos en consejo ovo [2] algunos que fueron de parecer que con mucha omildad se fuesen á los de *Azcaputzalco* y á los *Tepanecas,* que son los de *Cuyuacan* y *Tacuba,* y que se les ofreciesen y diesen por amigos y se les subjetasen con intento de pedilles piedra y madera para el edificio de su ciudad, lo qual contradijeron los mas dellos, diciendo que lo uno seria mucho menoscavo de sus personas, y lo otro que por ventura [3], en lugar de receuillos bien los maltratarian y harian algunas injurias; pero quel mejor consejo y parecer quellos daban era que los dias de mercado, que en los pueblos dichos se hacian, fuesen ellos y sus mugeres con pescado y ranas y de todo género de sabandijas de las quel agua produce, y con caça de aves marinas, y que como señores ya de aquel sitio, sin hacer buz [4] ni reconocer subjecion á ninguno, pues su dios les auia dado aquel sitio, fuesen y comprasen piedra y madera y lo que les fuese menester para sus casas y edificios." Pareciendo á todos bueno este consejo determinaron de lo hacer así, y metidos por las lagunas y cañaverales empeçaron á caçar de aquellas aves de patos y gallaretas y de todas las diferencias de

1 En el entretanto.
2 Hubo.
3 Acaso, ó tal vez.
4 ...."Hacer uno á otro el *bus,* es, reverenciarle, respetarle con humildad y sumision." (COVARRUBIAS: *Tesoro de la lengua castellana.*)

pájaros que entre aquellas espadañas auia y á pescar peces, ranas y camaroncillos y de todo género de sabandijas, hasta los gusanillos que la laguna cria, y moscos que la lama de la laguna encima cria, y teniendo quenta con los dias de mercado salian á los mercados; salian en nombre de caçadores de aves y de pescadores y trocaban aquellas caças y pescas por madera de morillos y tablillas, leña y cal y piedra; y aunque la piedra y madera era pequeña, con todo eso, aunque con trabajo, empeçaron á hacer esta casa de aquellos morillos y hacer poco á poco plancha[1] y sitió de ciudad, haciendo cimiento encima del agua con tierra y piedra que entre aquellas estacas echauan, para despues fundar sobre aquella plancha y traçar su ciudad; y á la hermita que de solo barro y tapia auian hecho encima de la mesma tapia, por defuera, pusiéronle una capa de piedrecillas muy labradas todas, revocadas con cal, que aun chica y pobre, con aquello quedó la morada de su dios algo galana y vistosa y con algun lustre y parecer.

Aquella noche siguiente que los mexicanos acabaron de reparar la hermita donde su dios estaba, teniendo ya gran parte de la laguna cegada y hecha ya la plancha y asiento para hacer casas, habló *Vitzilopochtli* á su sacerdote ó ayo y díxole: "dí á la congregacion mexicana que se diuidan los señores cada uno con sus parientes amigos y allegados en quatro barrios principales, tomando en medio á la casa que para mi descanso aueis edificado; y que cada parcialidad edifique en su barrio á su voluntad." Estos barrios son los que hoy en dia permanecen en *México*, es á saber, el barrio de *San Pablo*, el de *San Juan* y el de *Santa Maria la Redonda*, que dicen, y el barrio de *San Sebastian*. Despues de divididos los mexicanos en estos quatro lugares, mandoles su dios que repartiesen entre sí los dioses y que cada barrio nombrase y señalase barrios particulares donde aquellos dioses fuesen reverenciados; y así cada barrio destos se dividió en muchos barrios pequeños conforme al número de los ídolos que ellos llamauan *Calpulteona*[2], que quiere decir *dios del barrio;* y no señalaré aquí los nombres de los dioses de los bar-

1 Terraplen formado, ó consolidado con pilotes.

2 Así en el original; mas en la palabra mexicana hay un descuido patente de pluma: debe escribirse *Calpulteotl*, ó con la nota reverencial, *Calpulteoltzin*, compuesta de *Calpulli* (Barrio) y de *Teotl* (Dios); significando—*Dios del Barrio.*

rios por no hacer al caso á la historia; empero sabremos questos barrios son como lo que en España dicen collaçion de tal y tal santo.

Hecha esta division y puestos ya en su órden y concierto de barrios, algunos de los viejos y ancianos, entendiendo merecian mas de lo que les daban y que no se les hacia aquella honra que merecian, se amotinaron y determinaron ir á buscar nuevo asiento, y andando por entre aquellos carriçales y espadañales allaron una albarrada pequeña, y dando noticia della á sus aliados y amigos fuéronse á hacer allí asiento, el qual lugar se llamaba *Xaltelulli* y el qual lugar agora llamamos *Tlatilulco*, ques el barrio de *Santiago*. Los viejos y principales que allí se pasaron fueron quatro; el uno dellos se llamaba *Atlaquauitl*, el segundo *Huicto*, el tercero *Opochtli*, el quarto *Atlacol*. Estos quatro señores se dividieron y apartaron de los demas y se fueron á vivir á este lugar del *Tlatilulco*, y segun opinion tenidos por hombres inquietos y revoltosos y de malas intenciones, porque desde el dia que allí se pasaron nunca tuvieron paz ni se llevaron bien con sus hermanos los mexicanos; la qual inquietud a ido de mano en mano hasta el dia de hoy, pues siempre a auido y ay bandos y rancor entre los unos y los otros.

Hecha esta tercera division entre los mexicanos, que como diximos la primera fué los de *Mechoacan*, la segunda los de *Malinalco* y la tercera esta del *Tlatelulco*, los mexicanos que auian quedado en el prencipal sitio del tunal hicieron junta y cabildo sobre el reparo de su ciudad y guarda de sus personas, no teniéndose por seguros de los que se auian apartado dellos, en especial viendo que ya se iuan multiplicando y ensanchándose todo lo que mas podian. Proponiendo la plática uno de los mas ancianos dixo: "hijos y hermanos mios: ya veis cómo estos nuestros hermanos y parientes se han apartado de nosotros y se fueron al *Tlatelulco* á vivir y dexaron el sitio y lugar que nuestro dios nos señaló para nuestra morada; ellos como rebeldes y ingratos no conociendo el bien se fueron y apartaron de nosotros. Temo y me persuado de sus malas mañas que algun dia nos an de querer sobrepujar y subjetar y an de levantarse á mayores y querer elexir rey y hacer cabeça por sí,

por ser malos y de ruin inclinacion: antes que nos veamos en algun aprieto, paréceme que ganemos por la mano y ellijamos un rey que á ellos y á nosotros nos tenga subjetos, y si os parece no sea de nuestra congregacion, sino traigámosle de fuera, pues está *Azcaputzalco* tan cerca y estamos en sus tierras; ó sino, sea de *Culhuacan* ó de la provincia de *Tezcuco.* Hablad, mexicanos, decí lo que en este caso os parece."

En acauando *Meçi* esta plática, que así se llamaba el que la propuso, á todos pareció muy bien y determinando el caso se determinó que ni á *Azcaputzalco* ni á la provincia de *Tezcuco* fuesen, sino que, pues que ellos auian vivido en tierras de *Culhuacan* y que allí tenian hijos y hijas casadas y nietos, así de hijos de señores como de toda gente, que de allí se escojiese un hijo de sus mesmos hijos, de la mejor casta de los unos y de los otros, y que aquel reynase en *México;* y acordándose de un gran señor que auia venido con ellos, que se auia quedado en *Culhuacan* quando salieron huyendo, que se llamaua *Opochtzin,* el qual se auia casado allí con una muy prencipal señora, el qual auia dexado un hijo que se llamaua *Acamapich,* y que aquel querian y era su voluntad que reynase en *México* y que fuese señor del: lo qual luego determinaron de irlo á pedir á *Culhuacan* al señor del, el qual se llamaua *Nauhyotl;* y sobre ello llevávanle gran presente[1] de lo que segun su poca posibilidad pudiesen, y así aparejando el presente escojieron dos personas ancianas y retóricas para que ellos fuesen con el mensaje al rey de *Culhuacan;* los quales fueron y ofreciendo su presente, propusieron su plática en esta forma: "Gran Señor: nosotros tus siervos y vasallos los mexicanos, metidos y encerrados entre las espadañas y carriçales de la laguna, solos y desamparados de todas las naciones, solo encaminados por nuestro dios al sitio donde agora estamos,[2] cuya juridicion es de *Azcaputzalco* y deste tu reyno y de la juridicion de *Texcuco,* con todo eso, ya que nos aueis permitido estar en él, no será justo questemos sin señor y cabeça que nos mande y corrija y nos guie y enseñe cómo emos de vivir; nos li-

1 Obsequio ó regalo.

2 El pasaje que sigue dice en el Anónimo citado, así:—"que está en la jurisdicion deste tu reyno y de *Azcaputzalco* y de *Tetzcuco,* con todo eso, etc.

bre y defienda y ampare de nuestros enemigos; por tanto acudimos á tí sabiendo que entre vosotros ay hijos de nuestra generacion emparentada con la vuestra, salidos de nuestras entrañas y de las vuestras; sangre nuestra y vuestra, y especialmente tenemos noticiá que ay aquí un hijo de *Opochiztauatzin*, el qual tiene por nombre *Acamapich:* es hijo de una hija tuya que se decia *Atotoztli;* suplicámoste que nos lo des por señor para que le tengamos en lo qual [1] merece, pues es de la lignia de los mexicanos y de los reyes y señores de *Culhuacan.*"

El Señor de *Culhuacan*, viendo la peticion de los mexicanos y quel no perdia nada en enviar á su nieto á reinar á México, les respondió desta manera: "Honrados mexicanos: yo e oído vuestra justa peticion y huelgo mucho de en eso daros contento, porque demas de ser honra mia, ¿de qué me sirue aquí mi nieto? Tomaldo y llevadlo mucho mucho de nora buena y sirua á vuestro dios y esté en lugar de *Vitzilopochtli*, y rija y gobierne las criaturas de aquel por quien vivimos; señor de la noche y del dia y del viento, y sea señor del agua y de la tierra de la nacion mexicana; y hago os saber que si fuera muger, como es hombre, que no os lo diera, y que si su madre fuera viva, que tampoco lo hiciera sin su voluntad; pero llevalde nora buena y tratalde como él mereçe y como á hijo y nieto mio."

Los mexicanos, agradeciendo la liberalidad del rey, le rindieron muchas gracias y le suplicaron les diese juntamente una señora con quien su rey fuese casado, que fuese de la mesma línea; y así luego lo casaron con una señora que se llamaba *Ilancueitl*, y trayéndolos con toda la honra posible, saliendo toda la nacion mexicana de hombres y mugeres, chicos y grandes, á recibir á su rey, lo llevaron derecho á los aposentos reales que, aunque pobres de presente, tenian hechos para aquel efecto, y sentándolo á él y á ella en unos asentaderos juntos, los juraron por reyes de México, prometiéndoles obediençia y subjecion; y levantándose uno de aquellos viejos ancianos le hiço una plática, diciendo: "Hijo mio, señor y rey nuestro, seais muy bien llegado á esta vuestra casa y çiudad, entre estos carriçales y espadañas, donde los pobres de vuestros padres

1 Que él.

aguelos y parientes los mexicanos padecen lo quel Señor de lo criado sabe: mirá, señor, que venis á ser amparo, sombra y abrigo desta nacion mexicana, y á tener el mando y jurisdicion y á ser semejança de nuestro dios *Vitzilopochtli*, y bien sabeis que no estamos en nuestra tierra, sino en tierra agena, y no sabemos lo que será de nosotros mañana ó esotro dia: mirá que no venis á descansar ni á recrearos, sino á tomar nuevo trabajo y carga muy pesada, y á trabajar y á ser esclavo de toda esta multitud y de toda la gente de la comarca, á quien aueis de trabajar de tener muy gratos y contentos, pues sabeis vivimos en sus tierras y términos: por tanto, señor, seais muy bien venidos; vos y nuestra señora y reina *Ilancueitl*." Hecha esta plática, les pusieron en las cabeças unas tiras á maneras de medias mitras, las quales usaban poner á los reyes quando los coronaban. El recibió á cargo el reino y prometió el cargo de la defensa del, y empeçó á tener quenta con las cosas necesarias á la República.

Y porque quiero mas en particular dar quenta de la eleçion de este primero Rey de México y de sus grandeças y modo de regir y gobernar, pues lo tomo por principal intento en esta mi historia, parecióme haçer particular capítulo del y de toda su vida y echos; pero antes que vamos[1] á tratar del, diré aquí cómo los que se apartaron á vivir al *Tlatelulco* se estuvieron quedos sin acudir á la obediençia del nuevo Rey; antes como rebeldes y sin ningun temor, se estuvieron quedos, sin hacer quenta ni caso del rey que los mexicanos auian eleto, como gente ya de por sí;[2] lo qual sufrió la parcialidad mexicana, creo con temor de que ningun reyno entre sí diuiso podrá permanecer; y temiendo no se desolasen haciéndose guerra los unos á los otros, uvo entre ellos disimulaçion, aunque andando despues el tiempo (como en su lugar diré), los mexicanos, no pudiendo sufrir la inquietud de los de *Tlatelulco*, muchas veces los desbarataron y dieron guerra y les hicieron muchos males y los sujetaron y robaron y destruyeron, con demasiado enojo y vengança.

1 Comencemos.
2 Segregada ó independiente.

CAPÍTULO VI. [1]

Del primer Rey de México, llamado *Acamapich*, y de lo sucedido en el tiempo que reinó.

El año de *mill y tresçientos y diez y ocho*, despues del nacimiento de nuestro Redentor Jhu. X°, empeçaron los mexicanos á edificar la çiudad de México y haçer choças y casas pajiças encima de albarradas, porque, como queda dicho, todo era una gran laguna llena de grandes cañaverales y juncales y espadañas. Desde este tiempo empeçó la naçion mexicana á mexorarse y á goçar de algun tiempo quieto y dichoso, comparándolo con el pasado, pues ya dividido en barrios y collaciones, se ivan ilustrando en dignidades y multiplicando en número grande, mezclándose con las demas naciones en trato y conversacion, siendo todavía vivos muchos de los viejos que de aquel lugar[2] camino auian quedado, personas señaladas de mucha autoridad y respeto, los nombres de los quales eran: *Acaçitli, Tenoch, Meçi, Ahuexotl, Oçelopan, Teçacatetl*, con los quatro ayos de *Vitzilopochtli*, los quales le vian visiblemente y le hablaban, que se llamauan *Cuauhtloquetzqui*, el segundo *Ococal*, el tercero *Chachalaitl* y el cuarto *Axoloua*, los quales eran como ayos, padres, amparo y reparo de aquella gente. Estos, viendo ya su çiudad y asiento fundada, determinaron de buscar Rey (como arriba en el capítulo pasado queda dicho), haciendo su junta y cabildo truxeron por señor un hijo de *Opochtzin*, señor de los mexicanos, que viviendo los mexicanos en *Tiçaapan* se auia casado con una señora de *Culhuacan* llamada *Atotoztli*, de la qual auia auido este hijo llamado *Acamapich;* del qual los mexicanos tenian noticia, que de mas de ser de la línea de sus señores, auia salido muy

1 Véase la lámina 8ª, part. 1ª

2 Largo. (Relacion, etc.)

valeroso moço y acudia á la lignea y sangre de donde decendia. Traydo á la ciudad, fué eleto por rey della en paz y concordia y sin contradicion de ninguna persona, y él con toda umildad recebió el mando y cura del reino, con carga de subjecion y vasallaje á los de *Azcaputzalco*, pues á causa de auer edificado en sus tierras, les eran tributarios.

Fué casado este rey con una gran señora, natural de *Culhuacan*, llamada *Illancueitl*, la qual fué estéril y infecunda, de lo qual el rey y todos los grandes tenian mucho pesar; y temiendo su reino no quedase sin eredero, tuvieron los señores entre sí su consejo y determinaron de que cada uno dellos le diese una de sus hijas, para que teniéndolas por mugeres, dellas naciesen erederos del reino y sucesores; y determinados en este acuerdo, *Acaçitli* fué el primero que le ofreció su hija, diciendo: "Señor, ya emos visto que despues que te casaste no a sido el Señor de lo criado, de la noche y el dia, servido de te dar hijos de nuestra señora y reina *Illancueitl*, por lo qual determinados tus vasallos, an sido de acuerdo que cada uno de nosotros te dé una hija por muger para que, demas de que despues de tus dias quede sucesor en el Reyno, queremos que sean nuestros nietos y hijos, para que la nacion mexicana sea mas ilustrada y engrandecida; y así, aquí, señor, te traigo á mi hija para que sea tu muger y compañera y te sirvas della." Lo mesmo izo *Teçacatetl* y *Ahuexotl* y *Oçelopan* y *Tenoch* y *Aatl;* en fin, cada uno de los grandes señores y ayos del dios, cada uno ofreció al rey una de sus hijas por muger, al rey, para que de allí sucediese línia de los señores de la tierra.

Empero antes que pasemos á contar de los que destas señoras nacieron, es de sauer que el Rey tenia una esclaua natural de *Azcaputzalco*, de un barrio que llaman *Cuauhacalco*, y era tan hermosa y de tan buen parecer, que enamorado el Rey *Acamapich* della, la vino á aver, la qual quedando preñada, parió un hijo y llamáronle *Itzcoalt*, el qual, aunque bastardo y hijo de esclaua, vino á ser tan valeroso, que vino á ser Rey, como en su lugar diremos del. Empero, no privándose[1] los mexicanos de su intençion y deseo, hiço Dios tan fecundas sus hijas, que empeçaron á parir, y el rey á te-

1 No retrayéndose por esto.

ner hijos, y el uno y primero que naçió le llamaron *Cuatlecoatl;* al segundo *Clacauepan* [1] y al terçero *Tlatolçaca* y al cuarto *Vitziliuitl*, y éste nació de la hija del ayo de *Vitzilopochtli*, que se llamaua *Cuauhtloquetzqui* (como otras veces lo hemos nombrado), por ser el mas prencipal de los quatro: el quinto hijo fué llamado *Epocatl,* [2] y el sesto hijo de este Rey se llamó *Icutltemoc,* [3] y el sétimo se llamó *Tlacacochtoc*, y bien pudiera poner las declaraciones [4] destos nombres y lo que en nuestra lengua significan, pero pareciéndome ser gastar tiempo en poner etimologías, pues AUN el nombrallos pudiera escusar, si para la desendencia dellos adelante no forçara. Entre estos nació una hija, la qual se llamó *Matlolaxoch*, la qual fué señora de *Chalco*, casada con el Señor de aquella provincia.

Pero por que no dexemos á la principal muger del rey sin hacer mencion della, al principio tuvo tanta tristeça y pesar de verse así menospreciar, que sus ojos eran fuentes de dia y de noche. El rey viendo su tristeça, teniéndola en mucho y amándola entrañablemente, la consolaba todo lo que podia, y ella viendo quel rey tanto la amaba, pidióle una merced, y fué, que ya quel Señor de lo criado la auia privado del fruto de bendicion, que para que aquel pueblo perdiese aquella mala opinion que de infecunda della tenia, le concediera, que aquellos hijos que de las otras mugeres naciesen, que en naciendo ella los meteria en su seno y se acostaria fingiéndose parida, para que los que entrasen á visitalla le diesen el parabien del parto y nuevo hijo. El rey inclinado á su ruego, mandó así se hiciese, y así, en pariendo que paria [5] alguna de aquellas mugeres, acostábase ella en la cama y tomaba el niño en sus braços y fingíase parida, recibiendo las gracias y dones de los que la visitaban; y aunque en realidad de verdad no era ella la parida, quedaba en opinion dello, y el dia de hoy la ay y contradicen este punto con diferente informacion, la qual no tuve por verdadera y cierta, por ser muy contraria de la comun opinion, ques la que

1 *Tlacahuepan.*—Ninguna palabra mexicana comienza con *cla.*

2 Probablemente *Epcoatl.*

3 Quizá, aunque incorrectamente, *Ihuitltemoc;* con propiedad *Ihuitemoc.*

4 *La traduccion ó interpretacion.* Si el autor la hubiera dado, podria tambien haberse hecho la correccion con toda seguridad.

5 Tan luego como paria.

tengo referida; pero como quiera que sea, esta señora quedó en opinion del vulgo por madre de todos aquellos hijos que dexo referidos, los quales fueron orígen, çepa y sucesion del señorío de México.

Estando en estos términos el rey *Acamapich*, muy quieto y sosegado, los tepanecas, azcaputçalcas y tacubanos de *Cuyoacan*, viendo cómo los mexicanos auian ya eleto rey, sintiéndose por agraviados y no por muy seguros, residiendo entonces allí la corte, el rey *Teçoçomoctli* llamó á sus vasallos y grandes de su corte y díxoles: "Aueis notado azcaputçalcas cómo los mexicanos demas de auernos ocupado nuestras tierras, cómo an eleto rey y hecho cabeça por sí: ¿qué os parece que deuemos hacer? mirá que ya que emos disimulado con un mal, que no conviene disimulemos otro, porque quiçá muertos nosotros no quieran subjetar á nuestros hijos y sucesores y hacellos sus vasallos y tributarios, y quieran hacerse nuestros señores; por que, segun llevan los principios, poco á poco se van subiendo y ensoberveciendo y subiéndosenos á la cabeça; y porque no se suban mas, si os parece, vayan y mándenles que doblen el tributo, dos tanto de los que nos solian dar, de las cosas y legumbres que en señal de reconocimiento y subjecion nos solian dar."

A todos pareció muy bueno el consejo del rey *Teçoçomoctli*, y poniéndolo por la obra, enviaron sus mensajeros á México para que dixesen al nuevo rey, de parte del rey *Teçoçomoctli* de *Azcaputzalco*, quel tributo que daban era muy poco; quel lo queria acrecentar, y que él auia menester reparar y hermosear su ciudad: que juntamente con el tributo que solian lleuar de pescado y ranas y legumbres, que agora llevasen sabinas y sauces, ya crecidos, para plantar en su pueblo, y que hiciesen una balsa encima del agua, y que plantasen en ella de todas las legumbres de la tierra, maíz, chile, frisoles, calabaças, bledos, etc.

Oído por los mexicanos empeçaron á llorar y á hacer grandes estremos de tristeça, pero aquella noche siguiente el dios *Vitzilopochtli* habló á uno de sus ayos, llamado *Ococaltzin* y díxole: "Visto e la afliction de los mexicanos y sus lágrimas: diles que no se aflijan ni reciban pesadumbre; que yo los sacaré á paz y á salvo de

todos esos trabajos: que aceten el tributo; y dile á mi hijo *Acamapich* que tenga buen ánimo y que lleven las sabinas y los sauces que les piden y hagan la balsa y siembren en ella todas las legumbres que les piden, que yo lo haré todo fácil y llano." *Ococaltzin*, venida la mañana, fué al rey y dióle parte y noticia de la revelacion de la noche antes, de lo qual recibió todo consuelo y mandó que sin ninguna dilacion acetasen el tributo y párias y que se pusiese por obra el cumplillo; y así allaron con facilidad las sabinas y sauces y los llevaron á *Azcaputzalco* y los plantaron en el lugar quel rey de *Azcaputzalco* les mandó; y lleuaron la balsa encima del agua, toda sembrada de maíz con maçorca y chile y tomates y bledos, frisol y calabaças, rosas; lo qual visto por *Teçoçomoctli*, no sin gran admiracion, dixo á los suyos: "Esto me parece, hermanos, cosa mas que umana, porque quando yo lo mandé casi lo tuve por cosa imposible; y porque entendais que en lo que os digo no me engaño, llámame acá esos mexicanos porque quiero quentendais questos son favorecidos de su dios, y que ellos an de venir á ser sobre todas las naciones en otro tiempo [1].

Llamados los mexicanos ante él les dixo: hermanos: paréceme que todo se os hace fácil y que sois poderosos: mi voluntad es, qué quando traigais el tributo que me soys obligados á dar, que en la balsa en que aueis de traer coles, maíz nacido y con las demas semillas y legumbres nacidas y perficionadas, que entre las legumbres traigais un pato con sus uevos echada, y una garça con sus uevos echada, y vengan justos los dias, que en llegando acá saquen sus pollitos, porque sino sereis muertos. Ellos, haciéndoseles cosa dificultosa, dieron la embajada á su rey y dixéronle lo que el rey de *Azcaputzalco* les auia dicho y mandado; lo qual luego se divulgó por la ciudad y se recibió pena y desasosiego; empero el rey *Acamapich*, confiando en su dios, mandó que sobre ello no uviese ningun sentimiento ni se diese á entender cobardía ni pesadumbre; y así se retiraron mostrando todos buen ánimo en público, aunque en lo interior pesar.

Aquella noche habló el dios *Vitzilopochtli* á su ayo *Ococaltzin* y díxole: "Padre mio: no tengais temor ni os espanten amenaças: dile

1 Esto es, *en los tiempos venideros.*

á mi hijo el rey que yo sé lo que conviene: que lo dexe á mi cargo; que yo sé lo que se a de hacer; que haga lo que le mandan, que todas esas cosas son para en pago de su sangre y vidas, y entended que con eso se las compramos y ellos serán muertos ó esclavos antes de muchos años. Sufran mis hijos y padezcan agora de presente que su tiempo les vendrá." El viejo *Ococal*, dió estas nuevas al rey, y relató todo lo que su dios le auia dicho, de lo qual algo conortado [1] el rey y toda la ciudad, se animaron á hacer lo que les era mandado; y hecha su balsa, toda sembrada de todo género de legumbres, remaneció entre ellas un pato echado sobre sus uevos y una garça por el consiguiente, lo cual lleuaron al rey *Teçoçomoctli* á *Azcaputzalco*, y juntamente le lleuaron unas tortas grandes presentadas, hechas de unos gusanillos colorados de la laguna, por mandado de su dios, que se llaman *ezcauitl*.

El rey quando vido su tributo, confirmado en lo quel año pasado auia dicho á sus grandes, de nuevo se lo torno á referir y perseverando los mexicanos en aquel tributo cinquenta años, callando y disimulando, hasta multiplicarse y reacerse, el rey *Acamapich*, auiendo ya reynado quarenta años en la ciudad de México y auiendo regido con mucha paz y quietud y sosiego, haciendo edificar la ciudad y ponella en órden de casas y acequias, calles y otras cosas necesarias al buen concierto de la república, á los quarenta años de su reynado, adoleció y dió fin á sus dias, dexando la ciudad muy triste, desconsolada con su muerte, por auer sido muy querido y amado de todos sus vasallos; y así al punto de su muerte llamó á todos los grandes y les hiço una larga y prolija plática, encomendándoles las cosas de la república y á sus hijos y mugeres, no señalando á ninguno dellos por heredero, sino que la república eligiese dellos ó de otros los que ellos quixesen, para que los gobernase; y que en esto les queria dexar libertad, mostrando gran pesar de no auer podido poner la ciudad en libertad de la subjecion y tributo en que á *Azcaputzalco* estaba subjeta. Híçole la ciudad grandes osequias [2] y lamentaciones funerales, con nó menos cerimonias, conforme á su usança, que eran innumerables; y ya que en las ce-

1 Confortado, consolado, animado, etc.

2 Exequias.

rimonias no se perdiese punto, en la riqueças que con los demas enterraban y esclavos que matauan, pages y criados, no seria entonces tanto, porque en aquel tiempo carecieron de todo aquello, por estar pobres y arrinconados y muy caidos; y asi el [1] rey en aquel tiempo no teñia apenas que comer. Los principales y grandes viendo muerto á su rey, empeçaron á tratar de dalle sucesor como se lo dieron.

Empeçó á reynar *Acamapich* de edad de veinte años y reynó cuarenta, de suerte que murió de edad de sesenta años. Dexó hijos muy valerosos y de animosos coraçones, que despues algunos dellos fueron reyes y muy valerosos, y dellos capitanes y de grandes ditados como adelante diré. Murió el año de *mill* y *quatrocientos* y *quatro*. Tres años antes que muriese auia nacido el gran señor y rey que fué despues de *Tezcuco*, *Neçaualcoyotzin*, que fué el año de *mill y quatrocientos dos*, el qual, de mas de ser pariente muy cercano de los reyes de México, fué muy favorable á los de la nacion mexicana y muy amigo dellos, que muy pocos ó ningunos le igualaron ni hicieron ventaja, segun los capítulos siguientes adelante lo dirán la manera y modo que tuvo para perpetuar la confederacion y amistad de los mexicanos, y buscando modos para hacello, sin que se entendiese de las demas naciones.

CAPÍTULO VII. [2]

Del segundo Rey de México, llamado Vitzilíuitl, y de sus grandes echos y proezas.

Muerto el rey *Acamapich*, que con tanta solicitud y prudencia, quanta atras queda dicho, auia gouernado la nacion mexicana, procurando el aumento della por todas las vias posibles, los mexicanos determinaron elexir Rey, y así haciendo su consulta y cauilado [3] entre los grandes y mucha de la gente comun, dixo uno de los mas ancianos: ya veis, mexicanos, cómo nuestro rey y señor es muerto;

1 Esto es; "como que el"
2 Véase la lámina 4ª, parte 1ª
3 Probablemente *Cabildo*.

¿quién os parece que será bueno que elixamos por caueça y Rey desta çiudad, que nos ampare y defienda y que tenga piedad de los viejos, de las viudas y uérfanos y sea padre desta república? Hablen todos con libertad y digan quién es al que mas se inclinan para que tenga el mando y se asiente en el estrado y silla real deste reyno, nos defienda y ampare de nuestros enemigos, porque muy en breue, segun el aviso de nuestro dios, nos serán menester las manos y el corazon animoso: ¿quién os parece, oh mexicanos, que terná valor para ser esfuerço de nuestros braços, que ponga el pecho con libertad y sin cobardía á la defensa de nuestra ciudad y de nuestras personas, y que no amengüe y abata el nombre de nuestro dios *Vitzilopochtli*, sino que como semejança suya le defienda y ençalce su nombre y aga conocer á todo este mundo que la nacion mexicana tiene valor y fuerzas para sujetallos á todos y acellos sus vasallos? y finalmente elegí uno que os sea VUESTRO padre y madre, pues nosotros todos somos las plumas de sus alas, las pestañas de sus ojos y las barbas de su rostro: ablá, mexicanos: deçí, nombrá, señalá[1] quién es el que a de echar la mano á la vara para no torcer la justicia y el que a de tomar el açote para no perdonar el castigo; y el que se a de sentar á la izquierda mano de nuestro dios; salga ya: veamosle aquí delante, gocemos de su rostro: ya veis que nosotros los principales somos viejos de edad, sin fuerzas: bien teneis en que escoxer: ay tenemos nietos y hijos del rey pasado y nacidos de nuestras hijas.

Fecha la plática, los principales de los quatro barrios, conviene á sauer, del barrio de *Moyotla* y del DE *Teopantlaça* y el de *Atzacualco* y el barrio de *Cuepan*,[2] todos á una respondieron y dixeron: Mexicanos, aquí estamos todos en nuestra junta y cabildo, aqui sin hacer injuria á nadie hablamos libremente: nuestra voluntad es de que sea nuestro Rey y señor el hijo de *Acamapich*, nuestro Rey pasado, que a por nombre *Vitziliuitl*, mancebo y gentil hombre de buen coraçon, amable y apaçible, animoso y de buenas y loables costumbres, y éste queremos que nos rija y gouierne y que sea nuestro señor y Rey, y sea la semejanza de nuestro dios *Vitzilopoch-*

1 Decid, nombrad, señalad.
2 Léase Cuepopan.

tli. Hecha la elecion, salió uno de los ancianos á la gente del pueblo que estaua acá fuera esperando quién les cabria en suerte, de hombres y mugeres, viejos y moços, hombres y niños, y díxoles á todos en alta voz: Hermanos mios; aquí estais todos los de la nacion mexicana: aveis de sauer que los principales de todos los quatro barrios, mandones y prepósitos, an electo por Rey deste reino al macebo *Vitziliuitl* para que os sea padre y amparo en vuestras necesidades: mirá lo que os parece, porque sin vuestro parecer no abrá nada hecho. Oido por el pueblo, respondieron todos á una, chicos y grandes, hombres y mugeres, viejos y moços, que confirmauan la ellecion y que fuese muy en nora buena, y empeçaron con gran mormollo y ruido á decir viva el Rey *Vitziliuitl,* semejança de nuestro dios *Vitzilopochtli,* con el qual está nuestro corazon contento: sean dadas muchas gracias al Señor de lo criado, de la noche y del dia, del ayre y del agua.

Los señores todos, puestos en órden, se fueron para donde estaua el Rey eleto, y sacándole de entre los demas mancebos y principes, sus hermanos y parientes, le tomaron en medio y le lleuaron al lugar Real, donde le sentaron y le pusieron la media mitra en la caueça y le untaron con el betun que ungian la estatua de su ídolo *Vitzilopochtli,* todo el cuerpo, y poniéndole sus mantas Reales, el uno de ellos le hiço esta plática: Valeroso mancebo, rey y señor nuestro: no desmayes ni pierdas huelgo por el nuevo cargo que tes[1] dado para que tengas cargo del agua y de la tierra deste tu nuevo reino, metido entre esta aspereça, de cañaverales, carriçales y espadañales y juncia á donde estamos debajo del amparo de nuestro dios *Vitzilopochtli,* cuya semejanza eres: bien saues el sobresalto con que vivimos y trabajos, por estar en tierra y términos agenos, por lo qual somos tributarios de los de *Azcaputzalco:* dígotelo y tráigotelo á la memoria, no porque entienda que lo ignoras, sino porque cobres nuevo ánimo y no pienses que entras en este lugar á descansar, sino á trauajar: por tanto, señor, bien ves que no tenemos otra cosa que te ofrecer ni con que te regalar: bien saves con quánta miseria y proueça reynó tu padre, lleuándolo y sufriéndolo con gran ánimo y cordura. Acauada la plática, llega-

1 Te es.

ron uno á uno á hacelle reverencia, y cada uno le hacia su raçonamiento, que por euitar prolixidad no los refiero aquí.

Acauadas estas pláticas y puesto el rey en su trono, el qual entró á reinar el año de *mill y cuatrocientos y cuatro*, luego que su padre murió, eleto como emos visto, por votos y consentimiento de todos, lo qual desde su orígen y principio lo tuvo esta nacion, y no eredar los hijos por suçesion y mayorasgo, como lo usa nuestra nacion, quel[1] hijo mayor hereda al padre: en esta nacion no fué así, sinó por elecion y beneplácito de los eletores y de todo el pueblo: y así, teniendo el rey *Vitziliuitl* hermanos mayores, fué eleto rey de México. Los señores empeçaron á tratar entre sí el remedio de su ciudad, sintiéndose ya con algunas fuerças y tener ya algun mas aliuio, diçiendo: ya estamos cansados de ser subjetos y vasallos tributarios de los señores de *Azcaputzalco*, y no solamente acudimos á los tepanecas, pero juntamente nos tienen avasallados los de *Culuacan* y los de *Tezcuco:* ya nos faltan las fuerças para acudir á tanto: no sauemos á dónde acudir, ¿qué hacemos? trauajemos[2] de aliuiar esta intolerable carga de nuestros ombros: descansemos ya algun tanto y para esto hagamos una cosa. De donde mas nos fatigan es de *Azcaputzalco*, por estar allí la corte y el rey: somos de parecer que, pues nuestro rey es moço y por casar, que vamos[3] á *Azcaputzalco* y pidamos la hija del rey *Teçoçomoctli* por muger para nuestro rey y señor; quiçá si nos la diere, por aquí nos aliuiara algo de nuestros tributos: ¿qué os parece, mexicanos, este consejo?

Respondieron los viejos y señores, que les parecia acertado aquel consejo, y con esta determinacion enviaron dos de los mas ancianos á *Azcaputzalco* para que pidiesen al rey su hija por muger para el Rey de *México;* los quales llegados ante él y saludándole, le dijeron: Señor y hijo nuestro: aquí somos venidos ante tu grandeça postrados por tierra, con toda la omildad posible, á suplicarte y pedirte una merced: ¡á quién, señor, emos de acudir, si á tí no, pues somos tus vasallos y sieruos, y estamos esperando tus palabras y

1 Esto es: en la cual el hijo, etc.
2 Esto es; tratemos.
3 Vayamos.

mandamientos reales, colgados de las palabras de tu boca para cumplir todo lo que tu corazon quisiere y tu voluntad? Ves aquí, señor, la embajada con que emos venido de parte de tus sieruos los señores y viejos ancianos de México: ten por bien, señor, de nos conceder un don; ten lástima de aquel tu sieruo Rey de México, metido entre aquellas espadañas y carriçales espesos, rigiendo y gouernando y mirando por tus vasallos, ques *Vitziliuitl*, el qual es soltero y por casar: lo que os pedimos es que dexeis de la mano una de vuestras joyas y galanos plumages, una de las señoras, no para que vaya en lugar ageno, sino á su mesma tierra y lugar, donde terná el mando de toda ella: por tanto, señor, te pedimos que no nos priues de lo que te pedimos.

El rey, auiendo estado atento á lo que los mexicanos pedian, y viendo ser justa su peticion, respondióles con mucho amor y benevolencia: Mexicanos: an me vencido tanto vuestras palabras y umildad, que no sé qué os responda: ay están mis hijas: para eso las tengo y fueron criadas del Señor de lo criado: yo os quiero señalar una de mis hijas muy queridas, la cual se llama *Ayauhçiuatl:* lleualda mucho de nora buena. Ellos, postrados por tierra ante el rey, le dieron inumerables graçias, y tomando á la señora hija del rey, acompañada de mucha gente de la de *Azcaputzalco*, la truxeron á México, la qual fué muy bien recebida de toda la ciudad, con todo el placer y buen recebimiento (á su modo) que pudieron. Reciuiéndola el rey con mucho amor, la lleuaron á las casas reales y le hicieron su plática de la buena venida y juntamente las cerimonias que en sus casamientos ellos tenian, que era atar con un ñudo la manta del uno con la del otro en señal de vínculo de matrimonio, y otras cerimonias de que pienso hacer adelante particular capítulo.

Casado el rey de *México* con la hija del rey de *Azcaputzalco*, *Ayauhçiuatl*, á su tiempo vino á parir un hijo, de que la ciudad reciuió gran contento y alegría, la qual quisieron participase el rey *Teçoçomoctli*, suegro del rey y padre de la parida, y así luego el dia de su parto fueron imbiados mensajeros á *Azcaputzalco*, los quales les dixeron: Señor: el rey de *México* y todos los señores del REINO te besan las manos y te hacen sauer cómo la reina, nuestra señora y

hija tuya, a parido un niño, el qual nos a sido concedido por el Señor de lo criado: venimos á satisfacer y quietar tu corazon. El rey *Teçoçomoctli* respondió: Mexicanos: mucho contento y placer e reciuido con esa nueva: descansá mientras doi noticia dello á mis grandes y señores; y mandolos llamar. Vinieron ante él los señores de *Azcaputzalco* y de *Tacuba* y de *Cuyuacan*, y dándoles noticia del parto de su hija, ellos le dieron el parabien, mostrando dello mucho contento, y pidiéndoles parecer del nombre que mandaua poner á su nieto. Ellos, viendo el tiempo en que auia naçido, segun sus agüeros y conjeturas, dixeron se deuia llamar *Chimalpopoca*, que en nuestra lengua quiere decir *Rodela humeadora;* y con este acuerdo salieron de su presencia y se fueron á los mensageros y les dieron el parabien del nacimiento de su príncipe, y les dixeron cómo el rey mandaua se voluiesen, y que de su parte saludasen á su rey y á su hija, y que el niño se llamase *Chimalpopoca*.

Luego que los mexicanos se fueron luego en pos dellos, partieron todos los señores de *Azcaputzalco*, *Tacuba* y *Cuyuacan* á México con los mexores presentes que pudieron, á su modo y usança, y fueron á dar el parabien al rey y á la parida, rogándoles de parte de su rey y señor le llamasen[1] el nombre que él le daua, y así se lo pusieron con beneplácito de toda la ciudad, y dando los mexicanos muchas gracias á los tepanecas; y enviándoselas al rey *Teçoçomoctli* se volvieron todos á sus lugares, dando las nuevas á *Teçoçomoctli* de todo lo que los principales auian hecho, lo qual les agradeció mucho.

Considerando que ya tenia en *Mexico* prenda y nieto heredero del reyno persuadido por la hija, poniéndole delante al niño y el trauajo de ser tributarios, y el gran trauajo que la ciudad padecia con tan ordinario tributo subsidio; el rey, movido por el piadoso ruego de su hija, hiço su junta y consejo con intencion de relevar y quitar el tributo y pension á los mexicanos; y ya que todo no pudiese, al menos parte: y proponiendo el negocio á sus principales, rogóles condesendesen con su determinacion y deseo, que era de aliviar á los mexicanos del tributo que en señal de vasallaje le so-

1 Impusiesen.

lian dar. Los señores y grandes de *Azcaputzalco*, no mostrando muy buen rostro á lo que su rey les pedia, por no desabrillo, condecendieron que, ya que no todo, les fuese quitada mucha parte del tributo, y así el rey *Teçoçomoctli*, viendo la voluntad de los de su reyno, determinó de alivialles la pension en las cosas mas graves, y dexalles las cosas que fácilmente pudiesen cumplir: y así invió sus mensageros á *México* y que dixesen al Rey y á los demas señores de su parte, que la causa de auer piedad dellos era justa, pues tenia su hija y nieto en aquella ciudad; y quel tributo que hasta aquel dia solian dar ordinario que él lo quitaua, y que porque los de su corte no venian en que se les quitase todo, que de ay en adelante lleuasen cada año dos patos de los que se criauan en su laguna y algunos pezes y ranas, con las demas sauandijas que se crian en la laguna, y que descansasen, quel lo tenia por bien tomasen algun resuello de lo mucho que hasta entonces auian sido molestados y afligidos. Oida la buena nueva por los mexicanos, con grandísima omildad fueron á rendir las gracias al señor de *Azcaputzalco* y agradecer un tan gran beneficio como se les haçia.

Estando ya los mexicanos mas releuados y descansados y contentos, la reyna *Ayauciuatl*, que les era protectora y favorable, murió, quedando el niño *Chimalpopoca* de edad de nueve años. Muerta la reyna, dicen que los mexicanos se entritesieron y turuaron de miedo, auiendo perdido tan buena abogada, TEMIENDO no les tornasen A IMPONER el tributo; empero confiando en el niño se quietaron, y dicen algunos que casaron á su rey con una hija del señor de *Cuauhnauac*, de quien tuvo otros muchos hijos. Otros quentan que no, sino ya que conceda que se casó con la hija del señor de *Cuaühnauac*, que en sus pinturas[1] no allan auer tenido mas hijos de[2] *Chimalpopoca*, ni yo en quantas pinturas y escrituras deste rey e visto no allo mas noticia de solo á él; porque demas de que no allamos noticia, allo por muy verdadero auer muerto este rey un año despues que su muger; el qual no reinó mas de treçe años y murió muy moço, de poco mas de treinta años.

Rigió y gobernó con mucha quietud y sociego, y fué muy querido

1 O historias.
2 Esto es, sino á.

de sus señores y de toda la demas gente comun. Empeçó á poner leyes y ordenanzas en su República, en especial en lo que tocaua al culto de sus dioses, que era en lo que sobre todo se esmerauan todos los señores y reyes, teniéndose ellos por semejança suya y teniendo que la honra que se hacia á los dioses se hacia á ellos; y así por cosa muy señalada é importante tenian entre las otras cosas el aumento de su templo y el culto de su dios y el desear la libertad de su República, aunque el tiempo de su prosperidad en aquella éra no era llegado, y ellos estauan muy apartados y encoxidos por la mucha mas liuertad y prouision que las demas gentes y naciones de que ellos estauan cercados, tenian: y aunque aflixidos, no se mostrauan pereçosos ni flacos, antes se exercitauan en hacer arcos y en las cosas de la laguna: y no solamente en tratar y contratar con ellos, andando de acá para acullá, trayendo prouision á su ciudad y en pescas, empero juntamente empauesauan sus barcos y canoas y se exercitauan en las cosas de la guerra por el agua, entendiendo adelante les seria menester estar exercitados en el tal menester, porque si se a de tratar verdad, todos los alagos y tratos y amistad que con las demas naciones sus comarcanas tratauan, eran fingidas y fundadas sobre maliçia y traycion, todo aforrado en falsedad encuvierta, para despues hacer su hecho mas á su salvo; y con esta omildad fingida con que tratauan y asegurauan á sus vecinos, hacian sus hechos tan bien, que enchian su çiudad de gente de los comarcanos y atrayan las naciones, hinchando[1] su ciudad, auecindándolos en ella y emparentándose por via de casamientos, todo lo mas que podian, todo ordenado al multiplico de su ciudad.

Tenian juntamente con esto muy ganadas las voluntades á los tezcucanos y á todas las demas gentes que podian, tratando muy bien los forasteros y caminantes y los tratantes que los convidauan á acudir á sus mercaderías, á los mercados de la ciudad, ques lo que mas enriqueçe las ciudades; y esta nacion ES DE TAL CALIDAD, que adonde les hacen buen ospedaje y los alagan y dan de comer y beber acuden de voluntad, especialmente si les muestran buen rostro, ques en lo quellos mas miran; y así, aunque en tiempo deste rey, *Vitziliuitl*, que fué el segundo deste nombre, no uvo cosa notable

2 Henchiendo, ó acrecentando.

mas de lo que atras queda dicho, tuvo, empero, gran cuidado del aumento de su ciudad y de agradar á todas las naciones y convidallas y atrallas[1] en favor de la nacion mexicana, todo endereçado á lo que adelante pretendian, haciéndose, como dicen, piés, por despues ser caueça, como lo fueron, pues todo lo mandaron y señorearon.

Tristes los mexicanos de la muerte de su Rey, y viendo que tan poco les auia turado, siéndole tan aficionados por la inclinacion y deseo que en él sentian de poner en libertad la ciudad y del aumento della, y de procurar tierras para el sustento de la república y para heredades y sementeras, sintiendo mucha pesadumbre de que todo venia de acarreto, no teniendo donde poder hacer sementeras y questauan en manos de los comarcanos, atajalles el camino y no dejalles entrar cosa de prouision, y mandar á sus vasallos que no les vendiesen maiz ni frixoles ni las demas cosas quellos comen y de que se sustentan, estauan siempre con cuidado y sobresalto los mas y mejores dellos. Tuvieron su consejo sobre la election del que auia de reynar, deseando fuese tal y con los mesmos propósitos y deseos quel pasado, que no solamente les asegurase su ciudad, pero que tambien les procurase libertad, sintiéndose ya con fuerças y aliento de ponerse en armas, si fuese menester, y solo les faltaua quien les animase y industriase en ello, lo qual no poco importa para animar los ánimos y hechos de los acouardados y temerosos, como los mexicanos estauan: y así determinaron en su ayuntamiento y consejo de elegir al hijo de *Vitziliuitl* que á la saçon tenia diez ó once años, llamado *Chimalpopoca*, nieto del rey de *Azcaputzalco*, para tenelle propicio y descuidado en lo que pretendian, como adelante diré.

1 Atraerlas.

CAPÍTULO VIII.[1]

Del tercero Rey de México, llamado *Chimalpopoca* y de las cosas que en su tiempo sucedieron.

Eleto por comun consentimiento de toda la comunidad mexicana *Chimalpopoca*, hijo de *Vitziliuitl* el segundo, mancevo de edad de diez años, con la qual election quedó la ciudad muy contenta; puesto el niño en su trono real y insignias reales que fueron, despues de ponelle la tiara en la cabeça, ungille con la uncion divina, que ellos llamauan, dándole en la mano izquierda una Rodella y en la otra un espada de nauajas, que ellos usauan, y vestille unas armas, las que ellos elexian conforme al dios cuya semejança querian representar, en señal de que prometia la defensa de su ciudad y el morir por ella; y auiéndolo así jurado y prometido, despues de algunos años que reynaua muy querido de su agüelo el rey de *Azcaputzalco*, teniendo los mexicanos por esto mas entradas y salidas en *Azcaputzalco* y tratándose con mas familiaridad los unos con los otros, los señores de México fueron á su rey *Chimalpopoca* y dixéronle: señor, todos somos de acuerdo que pues el rey *Teçoçomoctli* tu agüelo te quiere tanto y hace tanto caso de tí y entre los demas señores ay tanta familiaridad con nosotros, que le inviásemos á rogar que nos diese el agua de *Chapultepec* para de que pudiesemos beber y que nosotros la trairiamos á la ciudad: la causa de pedilla, es porque como hasta agora no viviamos sino en choças y en casas de poco valor y agora vamos edificando casas de piedra y adobes y cegando la laguna y andan barcos por las açequias, bebemos el agua muy turbia y sucia, por tanto te suplicamos invíes tus mensajeros para que se nos conceda esta merced.

Oído por *Chimalpopoca*, dixo que le parecia bien, y luego deter-

1 Véase la lámina 4ª, part. 1ª

minó de inviar sus mensajeros al rey de *Azcaputzalco* suplicándole diese el agua de *Chapultepec* para podella traer á la ciudad; y así ordenado con sus presentes y ordinarios dones de rosas y otras cosas con quellos se suelen saludar y visitar, fueron los mensajeros ante el rey de *Azcaputzalco* y propuesta su demanda les respondió que descansen y tuviesen placer, que el lo trataria con sus grandes y les daria respuesta. Llamados los grandes y tomado parecer fuéles concedido que lleuasen el agua, mucho de nora buena, pues dello *Azcaputzalco* no receuia ningun detrimento ni della auia provecho nenguno.

Los mexicanos, alegres y contentos, empeçaron con gran cuidado y priesa á sacar céspedes y hacer balsas de carriços para hacer camino por donde el agua viniere, y en breve tiempo con muchas estacas y carriços, céspedes y otros materiales, truxeron el agua á *México*, aunque con trabajo, por estar todo fundado sobre agua y desvaratárseles por momentos, por ser el golpe de agua que venia grande y el caño ser todo de barro; y así fundados en malicia con deseo de que todo viniese ya [1] en rompimiento para empeçar ya á hacer lo que tanto auia deseauan, que era ponerse en libertad, tornaron á inviar sus mensajeros al rey de *Azcaputzalco* haciéndole saver de parte del rey su nieto cómo aquella agua que se les auia dado no conseguian el efeto de goçalla á causa de que, como iba sobre barro, con facilidad se lo llevaba y lo desuarataua; que les hiciese merced de dalles madera destacas, piedra y cal y mandar á sus vasallos les fuesen á ayudar para que se hiciese un caño de cal y canto, para por donde fuese el agua segura y sin romperse.

El rey, oída la embajada, no le supo bien, aunque disimuló con ellos, y les dixo quel hablaria á los de su consejo y que visto lo que en el caso les pareciese, les responderia. El rey llamó á los de su consejo y propúsoles la demanda de los mexicanos, los quales respondieron: señor y rey nuestro: ¿qué piensa tu nieto y los demas de su consejo? ¿piensan que emos de ser aquí sus esclavos ó vasallos? ¿no basta que aposentados y admitidos en nuestras tier-

1 La lectura de este periodo en el manuscrito citado (*Origen, etc.*) es como sigue:—"tomaron de aquí ocasion los mexicanos para provocar á enemistad á los de Azcapu-"tzalco, deseando viniese ya todo, etc."

ras les ayamos permitido avitar y hacer su ciudad y dádoles el agua que nos pidieron, sino que agora quieren, sin vergüença y miramiento de tu real corona, que tú y todos le vamos á servir y á edificalles caño por donde vaya el agua? No queremos, ni es nuestra voluntad, y sobre eso perderemos todos las vidas, porque aunque el rey *Chimalpopoca* de México sea nuestro hijo y deudo de la nacion tepaneca, no por eso nos ha de querer señorear y mandar; y pues él es niño y lo que hace es incitado por sus consejos, sea norabuena, que nosotros queremos ver ques lo que les da atrevimiento para tan gran desvergüença y osadía como ésta.

Apartados de la presencia del rey tuvieron entre sí una consulta en la qual se hallaron el señor de *Cuyuacan*, que auia por nombre *Maxtlatzin* y los señores de *Tacuba*, *Aculnauacatl* y otro que se llamaua *Tzacualcatl* y *Tlacavitlaua:* en fin, algunos señores destas tres cabeças [1] que no eran aficionados á la nacion mexicana, y conjurándose contra ellos determinaron de, no solamente no dalles lo que pedian, empero de ir luego y tornalles á quitar el agua que les auian dado y la posesion que ya della tenian, y juntamente determinaron de destruyllos y acauallos sin que quedase hombre dellos, ni lugar que se llamase México; y con esta determinacion empeçaron á incitar á la gente del pueblo y á ponella en armas y indignallos contra los mexicanos, diciéndoles cómo los querian avasallar y hacer sus tributarios y servirse dellos; y para mas manifestar el enojo que dellos tenian y que la guerra se efectuase, hicieron pregonar en su ciudad que nenguno fuese osado de tratar ni contratar en México, ni meter bastimentos ni otras cosas de mercaderías, so pena de la vida: y para la execucion desto pusieron guardas por todos los caminos para que ni los de la ciudad de México entrasen acá, ni los de acá allá, vedándoles el monte que antes les era franco, donde hacian leña y todas las demas entradas y salidas que con los tepanecas tenian.

El rey de Azcaputzalco, viendo á todos los señores alborotados y que se determinauan de matar á los mexicanos y hacelles guerra, quixera mucho estoruarlo; pero viendo era cosa imposible, pidióles que les rogaua, antes que se determinasen en aquel parecer, que

1 Esto es; de los tres señoríos mencionados, Azcaputzalco, Cuyuacan y Tacuba.

le urtasen [1] al rey de México su nieto para que no padeciese con los demas. Algunos estuvieron en este parecer, ecepto *Maxtlaton* y *Tlacacuitlaua* y otros, que respondieron que no eran de tal parecer, porque aunque era de casta de tepanecas, que era por vía de muger el parentesco, y que de parte del padre era hijo de los mexicanos; y que siempre inclinaria á la parte de padre y no de la de madre: quellos no querian conceder en el tal propósito, y que antes el primero que auian de procurar matar auia de ser á él. El rey afixido con esta respuesta y muy triste de ver que no podia apaciguar á sus vasallos, deste pesar adoleció, de la qual enfermedad murió de achaque deste pesar; ademas de que ya él era viejo. Muerto el rey de *Azcaputzalco*, *Teçoçomoctli*, los tepanecas, confirmados mas en su intencion y propósito, concertaron entre sí, por el perjuicio que á los mexicanos se les seguiria, de matalles á su rey *Chimalpopoca* á traycion. Por dexar el hecho y enemistad mas firme, se conjuraron y juramentaron de estar firmes en este mal propósito, lo qual pusieron por obra, y inviando gente escondidamente de noche, estando todo en silencio, entraron los matadores en el palacio real, estando toda la guardia descuidada y durmiendo, y tomando al rey descuidado le mataron á él y á un hijo suyo, que tenia consigo acostado, que se llamaua *Teuetleuac*.

Venida la mañana, yendo los señores de México á saludar á su rey como ellos lo tienen de costumbre, halláronlos muertos y con grandes heridas á él y al niño, de lo qual los mexicanos alborotados y pesantes levantaron gran llanto, publicándose luego por la ciudad la muerte tan desastrada del rey y pusiéronse todos en arma; pero sosegados y aplacados por un señor dellos, les dixo: mexicanos: sosegaos y quietá vuestros coraçones: mirá que las cosas sin consideracion no van bien ordenadas: no os pese; que aunque nuestro rey es muerto no se acavó en él la genealogía de los grandes ni su generacion; que hijos tenemos de los reyes pasados príncipes de México: ¿qué caudillo ni que caueça teneis para que en vuestra determinacion os guie? no vays [2] tan á ciegas, ni os ciegue la pasion: reportá vuestros animosos coraçones y elexí primero rey

1 Esto es, que se apoderasen de la persona del rey de México.
2 No vayais.

y señor que os guie y esfuerce y anime y os sea amparo contra vuestros enemigos: no os engañe la pasion con que agora estays: disimulá con cordura, hacé las obsequias á vuestro señor y rey, que presente teneis muerto, que despues aurá lugar de la vengança. Y así los mexicanos, dado que auian sentido este hecho tan afrentoso, todos se reportaron y no lo dieron á entender ni á sentir á sus enemigos; antes como pasando por ello, hasta entablar su negocio, disimularon con intencion de vengallo si pudieren; por manera que haciendo las osequias á su rey y oficios funerales, convidando [1] á todos los grandes de *Tezcuco* y de *Culhuacan:*

Fenecidos y acabados los oficios formando grandes quexas de los tepanecas á los señores que al entierro se auian allado, á todos dió en rostro y pareció mal el hecho y traicion y rogándoles que se estuviesen pacíficos y que no les fuesen contrarios ni ayudasen ni favoreciesen á los tepanecas, que tampoco ellos querian su favor ni ayuda, sino sola la de su dios y la del Señor de lo criado y la fuerça de sus braços y ánimo de su coraçon y que determinaban de morir ú vengar su injuria y destruir á *Azcaputzalco.* Los señores comarcanos les prometieron de no les ser contrarios en cosa, ni dar favor ni ayuda contra ellos; y que pues los de *Azcaputzalco* les auian cerrado los caminos y todo el trabaxo y trato y contrato en su ciudad y los montes y agua, que ellos dauan sus ciudades libres todo el tiempo que turase la guerra para que sus mugeres y hijos fuesen y tratasen por agua y por tierra y proveyesèn su ciudad de todos los bastimentos necesarios, de lo qual los mexicanos reciuieron mucho contento y agradecieron el beneficio con muchas gracias y muestras de umildad rogándoles se allasen presentes á la eleccion de nuevo rey que querian elexir. Ellos concediendo con su ruego se quedaron á la election.

Juntos los mexicanos en su congregacion y cauildo para elexir nuevo rey, uno de los mas ancianos empeçó la oracion acostumbrada que en las tales eleciones se usaban, en la qual generacion los uvo grandes oradores y retóricos que á qualquier negocio y junta orauan y hacian largas y prolixas pláticas llenas de grandes sentencias y de retórica delicadísima de metáforas admirables y pro-

1 Convidaron.

fundas, como los que entienden esta lengua lo podrán decir y afirmar la profundidad y exelencia della; que oso afirmar que, despues de auer muchos años que la estudio, siempre allo cosas nuevas y vocablos nuevos y elegantísimas metáforas que deprender: puesto pues delante de todos el retórico viejo orador empeçó su oracion: Faltaos, a [1] mexicanos, la lumbre de vuestros ojos aunque no la del coraçon, porque aunque os faltó el que era vuestra guía y luz desta República mexicana, quedó la del coraçon para considerar que si mataron á uno, que quedaron muchos que puedan suplir la falta que aquel nos hace: no se feneció aquí la nobleça de México ni se aniquiló la sangre real: volvé los ojos, mirá en derredor y vereis la nobleça de México puesta en órden, no uno ni dos, sino muchos y muy ecelentes príncipes, hijos de *Acamapichtli* nuestro verdadero rey y señor: escoxé [2] éste quiero, estotro no quiero: si perdísteis padre aquí allareis padre y madre; hacé quenta, ó mexicanos, que por breue tiempo se eclipsó el sol y que se escureció la tierra y que luego tornó su luz á la tierra: si se escureció México con la muerte de vuestro rey salga luego el sol: elexí otro rey: mirá á quién echais los ojos y de quién piensa vuestro coraçon y á quién apetece, que ese es el que elixe vuestro dios *Vitzilopochtli.* Concluida esta plática todos de comun consentimiento elixieron y dieron el voto á *Itzcoatl,* hijo natural de *Acamapich;* que si no se nos a olvidado, diximos lo auia auido en una esclava suya natural de *Azcaputzalco,* el qual auia salido tan valeroso y de tan buenas costumbres, que hacia ventaja á todos sus hermanos. Eleto el rey *Itzcoatl* todos tuvieron dello mucho contento y regocijo, en especial los señores de *Tezcuco,* porque *Ixtlilxuchitl,* que entonces reynaua en *Tezcuco,* padre de *Neçaualcoyotl,* estaua casado con una hermana del dicho nuevo rey *Itzcoatl,* con cuyo favor y ayuda fué *Neçaualcoyotl* restituydo en su reyno, despues de auer andado uyendo de los tepanecas que le quisieron matar.

Asentado *Itzcoalt* en su trono, por la muerte de su sobrino, uno de los oradores le hiço esta plática: Hijo nuestro y Señor y Rey,

1 Así bien claro en el original. Debe tener este sentido:—Faltaos ha mexicanos, etc. (Nota del Sr. Vera.)

2 Diciendo. (Orígen, etc.)

ten ánimo valeroso y está con fortaleça y firmeça: no desmaye tu coraçon ni pierda el brio necesario para el cargo Real que tes encomendado: ¿quién piensas, si tu desmayas, que a de venir á animarte ni a ponerte fuerças y brio en lo que conviene al gouierno y defensa de tu reyno y república? ¿piensas, por ventura, que han de resucitar los valerosos de tus antepasados, padres y agüelos? Ya, poderoso rey, esos pasaron, y no quedó sino la sombra de su memoria y la de sus valerosos coraçones y la fuerça de sus braços y pecho con que hicieron rotos [1] á las afliciones y trauajos: ya á esos los escondió el poderoso Señor de lo criado, del ayre y de la noche y el dia: ¿has, por ventura, de dexar caer y perder tu República? ¿has de dexar desliçar de tus hombros la carga que tés puesta encima dellos? ¿has de dexar perecer al viejo y á la vieja, al uérfano y á la viuda? ¿háslos, por ventura, de dexar perecer? Anímo, ánimo, valeroso príncipe: ¿de qué pierdes el anhelito? Mirá que nos vellan [2] ya las naciones y nos menosprecian y hacen escarnio de nosotros; ten lástima de los niños que andan gateando por el suelo, los quales perecerán si nuestros enemigos preualecen contra nosotros: empieça á descoger la manta para tomar á cuestas á tus hijos, que son los pobres y gente popular, questan confiando en la sombra de tu manto y en el frescor de tu benignidad. Está la ciudad de *México Tenuchtitlan* muy alegre y ufana con tu amparo, hiço quenta que estaua viuda, pero ya resucitó nuestro esposo y marido, que vuelva por ella y le dé el sustento necesario: hijo mio, no temas el trauajo y carga ni te entristezcas, quel dios cuya figura ó semejança representas, será en tu favor y ayuda.

Los tepanecas y gente de Azcaputzalco, Tacuba y Cuyuacan, sauiendo la nueva elecion, reciuieron dello mucho pesar, y luego pusieron guardas por todos los caminos, no teniéndose por seguros de los mexicanos, poniendo guardas en la calçada de Tacuba y en la de Chapultepec y en la de Tlatelulco, no dexando entrar en la ciudad á ninguna persona de las de Azcaputzalco, ni en Azcaputzalco de las de México. Los mexicanos, viendo que ya la cosa iba

1 Rostro. (Orígen, etc.)

2 Acaso querian escribir que nos *velan:* tambien podria leerse *huellan*, pues en el Códice se leen las palabras *vebo y verfano*, en vez de *huevo y huérfano.* (Nota del Sr. Vera.)

deueras y que tan al descubierto los de Azcaputzalco se mostraban sus enemigos, y que ya allí no auia esperança de amistad, sino de venir de fuerça á las manos, empeçaron á poner su gente en arma y á tomar pareceres de guerra; y porque los mexicanos hasta entonces estauan muy acobardados y muy poco exercitados en cosas de guerra, fué necesario el ánimo de su rey y valor, para con su persuaçion poner algun aliento á la gente comun y á los demas principales: y quiso nuestro Señor, que en este tiempo auia un valeroso varon entre ellos que se llamaua *Tlacacultzin*,[1] sobrino del rey *Itzcoalt*, hijo de un hermano suyo, el cual fué príncipe de los exércitos y el mas valeroso y valiente que en toda la nacion mexicana se a allado, y el hombre de mejor parecer y consejo que en las cosas de la guerra y en ardides della se a allado entre ellos, como en el proceso[2] de esta ystoria se verá.

CAPITULO IX.[3]

De la election del Rey *Itzcoatl* y de cómo puso en libertad la ciudad de México, y de lo mas en su tiempo sucedido.

Despues de hecha la eleçion del rey *Itzcoatl*, y los vecinos de la ciudad muy alegres y consolados con la election, la qual election fué el año de *mill y quatrocientos y veinte y quatro*, luego empeçó á entablar las cosas de la guerra y á prouer en las cosas necesarias para ella. Viendo y conociendo la priesa que los de *Azcaputzalco* se daban para destruir los pobres, lo qual se velauan los de la çiudad con mucho cuidado y andauan muy sobre auiso, pero la gente comun viendo el valor y fuerzas de los tepanecas, temian y tenian imposible la uitoria y persuadian al rey y á los demas señores la paz, mostrando mucha cobardía y flaqueça, lágrimas y temor, lo qual

1 Esta palabra se lee difícilmente en el Códice.—Mas bien parece que dice *Tlacaeltzin*. (Nota del Sr. Vera.) – En el MS. anónimo (Origen, etc.), en Acosta y Torquemada se lee *Tlacaellel;* así es que la lectura propia será *Tlacaelleltzin*.

2 Esto es; en la continuacion.

3 Véase la lámina 5ª, parte 1ª.

desmayaua mucho á los señores y al Rey: y preguntándoles qué era lo que querian, respondieron, quel Rey nuevo de *Azcaputzalco* era hombre piadoso, que eran de parecer que tomasen á su dios *Vitzilopochtli* y se fuesen á *Azcaputzalco* á poner en las manos del Rey todos con toda omildad para que hiciese dellos lo que fuese su voluntad, y que quiçá los perdonarian y darian en *Azcaputzalco* lugar donde viviesen y los entretexerian entre los vecinos,[1] casi ofreciéndose por esclavos de los de *Azcaputzalco*, lo qual á nadie pareció bien de los que algun ánimo tenian.

Empero algunos de los señores dixeron, que no era mal consejo; que poco á poco, sin nota, podrian entrar en *Azcaputzalco* entre amigos y conocidos, y que así podrian meter á sus dioses en la ciudad de *Azcaputzalco* y quedarse allí, y casi lo quisieron luego poner por obra, porque llamados los ayos de su dios, les mandaron se aperçibiesen para llebar á cuestas á su dios, á la manera que se lé en el libro de *Josué, capítulo* 6º, donde mandó que los sacerdotes tomasen el Arca del Testamento en los hombros, y que toda la demas gente, puesta en órden, fuesen al rededor de la Arca, y que siete sacerdotes tocasen las trompetas que se tocauan en el año del jubileo, lo cual hicieron siete dias arreo hasta entrar en la ciudad de Jericó. Así estos sacerdotes tomauan á su dios en los hombros para contra los enemigos, lo qual pretendieron hacer para pacificar á los de *Azcaputzalco* y para vivir entre ellos, ó para con aquellos ponellos terror y espanto y atemoriçallos.

Y estando ya puniendo en efeto su ida, salió de entre ellos un valeroso mancebo llamado *Tlacaelel*, sobrino del Rey, y dixo: ¿ques esto, mexicanos? ¿qué haceis? Vosotros estais sin juicio: aguardá, estaos quedos, dejadnos tomar mas acuerdo sobre este negocio: ¿tanta cobardía a de auer que nos auenos de ir á entretexer con los de Azcaputzalco? y llegándose al Rey, le dixo: Señor, ¿qué es esto? ¿cómo permites tal cosa? Hablá á ese pueblo; búsquese un medio para nuestra defensa y honor, y no nos ofrezcamos así tan afrentosamente entre nuestros enemigos. Entonces el rey, volviéndose á la gente que presente estaua, díxoles: ¿todavía determinais de iros á Azcaputzalco? cosa de gran baxeça me parece: yo quiero dar

1 Con otros medios, que casi se ofrecian por esclavos, etc. (Origen, etc.)

un corte que sea á nuestro onor y no con tanta desonra como vosotros haceis: aquí estais todos los señores y principales tios, hermanos y sobrinos mios, todos de valor y estima: ¿quién de vosotros será osado á ir ante el rey de Azcaputzalco á sauer del la determinacion suya y de su gente? si están ya de aquel parecer de destruirnos sin poderse reuocar, si no tienen lástima de vernos en este aprieto y afliction, aquí estais; levántese uno de vosotros y vaya: perdé, mexicanos el temor. Empero por muchas veces quel rey los persuadia, ninguno uvo entre ellos que osase atreuerse ni ofrecerse á ir ante el rey á Azcaputzalco con embaxada ninguna, porque temian ser muertos de las gentes.

Visto por el rey y por un sobrino suyo, *Tlacaelel*, que ninguno se ofrecia,[1] dixo en alta voz con ánimo valeroso: Señor y rey nuestro; no desfallezca tu coraçon ni pierdas el ánimo: aquí están presentes estos señores hermanos y parientes mios y tuyos, y pues ninguno da respuestá á lo que les ruegas, mirándose unos á otros, por tanto digo, que yo me ofrezco á ir y lleuar tu embaxada donde fueres servido, sin temor de la muerte, porque si entendiera que auia de vivir perpetuamente y que nunca auia de morir, con la mesma voluntad fuera que agora voy, porque supuesto que tengo de morir, hácesele muy poco al caso que sea oy que sea mañana; y así, ¿para quándo me he de guardar?[2] ¿dónde mejor me puedo emplear que agora? ¿dónde moriré con honra y en defensa de mi patria? Por tanto, señor, yo quiero ir. El rey *Itzcoatl* le respondió: Mucho me uelgo, sobrino mio, de tu ánimo y coraçon y de tu determinacion, en pago de la qual yo te prometo de te hacer grandes mercedes y uno de los mexores de mi reyno, y que si murieres en esta demanda, de lo cumplir en tus hijos, para que de tí quede perpetua memoria y de un hecho como éste, pues vas á morir por la patria y por la honra de los mexicanos.

A nadie pareció bien el atrevimiento de *Tlacaelel*, viendo que iba en notorio peligro de la vida; empero mirándolo el rey mas principalmente entre todos, que en aventurar la vida de uno y asegurar

1 La lectura del anónimo es mas clara y precisa.—"Viendo Tlacaellel que ninguno se atrevia, dixo, etc." [*Origen, etc.*]

2 En el anónimo dice "aguardar."

la de todos, iba poco á decir que uno muriese, aunque le pesaba dello, le mandó que fuese, y aderezándose *Tlacaelel* lo mejor que pudo, partió de la ciudad, y con gran osadía llegó á donde estauan las guardas, donde alló solo un rodelero y otros sin armas que con él estauan en guarda; y llegado á ellos le preguntaron: ¿qué buena venida es esta? ¿no eres tú el sobrino de *Itzcoatl*, rey de México, y te llamas *Tlacaelel?* El les respondió que sí, quel era: pues ¿dónde vas? ¿no saues, señor, que nos es mandato espreso que no dexemos entrar á persona nacida de los mexicanos en la ciudad, sino que luego los matemos? Él les respondió: ya sé lo que os es mandado, pero ya saveis que los mensajeros no tienen culpa: yo soy enviado á hablar á vuestro Rey de parte del Rey de México y de la demas gente y señores, y así os ruego que me dexeis pasar, que yo os prometo de voluer por aquí, y que si entonces me quixeredes matar, yo me pondré en vuestras manos; empero dexáme hacer mi embaxada, y yo os prometo de que por ello no recibais pesadumbre ninguna.

Ellos, persuadidos, dexáronle entrar, y fuese al rey y puesto ante él híçole el acatamiento deuido á su uçansa. El rey, como le vido y conoció, admiróse y díjole: ¿Cómo has entrado en la ciudad que no te han muerto los guardas della? Él le contó todo lo que con ellas le auia pasado. El rey le demandó lo que queria: él propuso su mensaje, persuadiéndole con la paz y que tuviese lástima de su ciudad, de los viejos y niños y del daño que de la guerra sucederia: que aplacase el enojo de los principales y señores, pues ellos[1] querian servillos como hasta allí. El rey, inclinado con aquel ruego, díxole que se fuese norabuena, que él hablaria á los grandes de su corte y daria medio con que se les aplacase la ira, y que si no viniesen en ello, que entendiese no podia mas ni era en su mano. El animoso mancebo le preguntó que quándo queria que volviese por la respuesta. Él le respondió que otro dia. Él le pidió seguridad para las guardas, porque no le matasen, pues era mensajero. El rey le respondió que la seguridad que le podria dar era su buena diligencia en mirar por su persona.

Tlacaelel, viendo lo poco que el rey podia en aquel caso, dió vuel-

1 Los mexicanos.

ta á su ciudad, y llegando á las guardas, alló mas aparatos de guerra y gente armada, y llegando á ellos los saludó y dixo: Hermanos mios: yo vengo de ablar á vuestro Rey y traigo respuesta del para el mio: si sois servidos de dexarme pasar, agradecer os lo é,[1] porque supuesto que trato la paz y no engaño ninguno, yo e de voluer luego A uer la respuesta y resolucion deste negocio: que me mateis oy, que mañana, va en ello poco á decir, pues os empeño mi palabra de venirme á poner en vuestras manos. Ellos le hicieron lugar y le dexaron ir, el qual dió la respuesta á su rey, que no poco contento recibió de vello él y toda la ciudad, y refiriendo lo que le auia acontecido, dixo cómo otro dia le era forçoso voluer por la resolucion del negocio; donde venida la mañana, otro dia fué á pedir licencia al rey para ir á concluir el negocio. El rey le dixo: sobrino mio; agradézcote el cuidado que pones y diligencia en este negocio, donde pones tu vida á riesgo: lo que has de hacer es decir al rey de Azcaputzalco, que digo yo, que MANIFIESTE CLARAMENTE si están ya determinados en dexarnos de su mano y desampararnos, ó si nos quieren tornar á admitir en su amistad, y si te respondiese que no ay remedio, sino que nos an de destruir, tomá este betun y uncion con que unximos los muertos, y úntale con ÉL todo el cuerpo y imprúmale[2] la caueça como hacemos á los muertos, y dale esta rodela y espada y estas flechas doradas, que son insinias de señor, y de mi parte le dí, que mire por sí, porque hemos de hacer nuestro poder por destruille.

Él tomó todo el adereço que le era encomendado y fué á Azcaputzalco y llegó á las guardas, LAS CUALES, teniéndole reuerencia y por hombre de su palabra, dexáronle pasar, determinados de tomalle dentro de la ciudad y matalle. Él fué al rey, y llegado ante él, díxole: poderoso señor: tu siervo y vasallo *Itzcoatl*, señor de tus vasallos los mexicanos, te envia á decir que desea ser satisfecho de la determinacion de tus vasallos; si has de llevar adelante lo que tienes començado, y si tú, señor, has alçado la mano de amparar á tus vasallos; si los has dexado de tu mano, ó si seremos favorecidos como hasta aquí. El rey le respondió: Hijo *Tlacaelel*, ¿qué quie-

1 Os lo agradeceré.

2 Acaso por "emplúmale." (Nota del Sr. Vera.)

res que te responda? que aunque yo soy Rey, los de mi reyno quieren y es su voluntad daros guerra: ¿qué les puedo yo hacer? porque si muestro voluntad de estorballa, pongo mi vida á riesgo y la de todos mis hijos: están enojados y furiosos contra vosotros y piden que seays destruydos. Respondió *Tlacaelel:* pues, señor, tu siervo el Rey de México te invia á esforçar y que tengas ánimo y esfuerço y que te aparejes y apercibas, porque desde a ora te desafia á tí y á tu gente y se da por vuestro mortal enemigo, y que ó él ó su gente a de quedar muertos en el campo y por perpetuos esclavos, ó vosotros; que despues te pesará de auer empeçado cosa con que no has de salir. Tambien me mandó te untase y ungiese con esta uncion de muertos para que te aparejes para morir, y te da estas armas y estas rodelas y flechas con esta rodela, y me mandó que yo por mi mano te ungiese y te armase y adereçase.

El rey se permitió ungir y armar de mano DE *Tlacaelel:* despues de vestido y adereçado, le dixo diese de su parte al Rey *Itzcoatl* las gracias, y mandó á los de su palacio hiciesen un portillo por detras de su casa por donde *Tlacaelel* saliese, diciéndole: hijo *Tlacaelel,* no salgas por la puerta de la calle, porque te hago sauer que te están esperando para matarte: yo e mandado hacer un portillo por las espaldas de mi casa, por donde puedes salir seguro y irte á tu ciudad; pero porque no vayas sin hacerte mercedes, por el amistad que has mostrado y señales de valeroso, toma estas armas y esta rodela y espada con que te defiendas de los que te quiesieren hacer mal; y vistiólo de todo aquello y imbiólo el rey: dió las gracias y salió por detras de la casa, y escondiéndose por sendas secretas y no usadas, vino hasta dexar las guardas atras.

Ya que se vido en términos de México, mostróse á los cintinelas y díxoles: ah tepanecas, ah escaputçalcas, y qué mal haceis vuestro oficio de guardar la ciudad; pues aparexaos, que no a de auer escaputzalco en el mundo, porque pedaço de piedra sobre piedra no a de quedar en él, ni hombre ni muger, que todos á fuego y á sangre no perezcais: por eso aperçebios que de parte del rey de México, *Itzcoatl,* y de los de la ciudad, os desafio á todos. Ellos, oyendo lo que *Tlacaelel* les decia, espantados por dónde uviese salido, arremetieron á él para querelle matar; mas él haciéndoles ros-

tro á todos, antes que se le desenvoluiesen mató algunos dellos, y viendo que se juntaba gente, se fué retirando dellos con ánimo valeroso hasta la entrada de su ciudad, donde le dexaron y revolvieron á hacer su guarda.

Sauido ya por los de México cómo ya la guerra estaua publicada y que no se podia dexar de hacer y efetuar, la gente comun, temerosa, empeçó á temer y hacer lástimas y á pedir á los señores y al rey los dexase salir de la ciudad. Los señores consolándolos, y el rey en persona les dijo: no temais, hijos mios, que aquí os pondremos en libertad sin que os haga mal ninguno. Ellos replicaron, ¿y si no salieredes con ello, qué será de nosotros? si no saliéremos con nuestro yntento nos pondremos en vuestras manos, dixeron ellos, para que nuestras carnes sea mantenimiento vuestro, y allí os vengeis de nosotros y nos comais en tiestos quebrados y sucios, para que en todo nosotros y nuestras carnes sean infamemente tratadas. Ellos respondieron, pues mirá que así lo emos de hacer y cumplir, pues vosotros mismos os dais la sentencia; y así nosotros nos obligamos, si salis con vuestro intento, de os seruir y tributar y ser vuestros terrasgeros y de edificar vuestras casas y de os seruir como á verdaderos señores nuestros, y de os dar nuestras hijas y hermanas y sobrinas para que os siruais dellas, y quando fuéredes á las guerras de os lleuar vuestras cargas y bastimentos y armas á cuestas, y de os seruir por todos los caminos por donde fuéredes; y finalmente, vendemos y subjetamos nuestras personas y bienes en vuestro seruicio para siempre. Los principales y señores viendo á lo que la gente comun se ofrecia y obligaua, admitieron el concierto, y tomándoles juramento de que así lo cumplirian, ellos lo juraron. Entonces *Tlacaelel* contó á todos los señores lo que en Azcaputzalco le auia pasado, y dixo al rey cómo ya no auia qué esperar, porque el rey le auia dado resolucion y mandado no voluiésemos allá, sino QUE quisiesen lo que á su salud convenia, y que esto era lo último que en su parecer auia.

Visto por el rey, mandó á *Tlacaelel* el que luego mandase apercibir gente y ponerla en órden, lo qual fué hecho con toda dilixencia posible. Puestos en órden dieron las capitanías de la gente á todos los hijos de los Reyes pasados, así hermanos como sobrinos

del Rey *Itzcoatl* y á los mas prencipales deudos suyos. Puestos en sus escuadrones y ordenança, el Rey hiço una plática á todo el ejército, esforçándoles á morir ó vencer, poniéndoles por delante el nombre que siempre la nacion mexicana auia tenido en este mundo; y pues [1] aquel era el primer combate, que para salir con honra y hacerse temer y temblar á las demas naciones, era aquel: que nadie no desmayase, que la mucha gente de los tepanecas que llegauan hasta los montes no hacia al caso, sino el ánimo varonil. Y así mandó que todos siguiesen á su capitan, acudiendo á donde viesen auer mas necesidad, y que ninguno echase pié adelante si no fuese mandado. Y con esto empezaron á marchar ácia Azcaputsalco con mucha órden y concierto.

Llegados á un lugar que se diçe *Xoconochnopallitlan*, los de Azcaputzalco los salieron al encuentro con buena ordenança, llenos de grandes riqueças de oro, plata, joyas y plumería que por deuisas y armas trayan en las rodelas y á cuestas en las espaldas. Los mexicanos, como los vieron, cobrando ánimo y fuerzas *Tlacaelel*, que como general de aquella gente mexicana daua la industria de la guerra, mandó á todos los capitanes y señores y mancebos, que mostraban deseos de la guerra, que puestos en un alto, oida la señal del tambor, arremetiesen á los enemigos, y que la demas gente comun y soldados de poco ánimo, se estuviesen quedos, y que el rey los tuviese á punto para su tiempo, mandándoles que si los enemigos fuesen de vencida, se fuesen allegando poco á poco en su ordenança ácia la ciudad de Azcaputzalco.

Apregonado lo dicho en el exército y los señores todos puestos en ala contra los azcaputzalcas, con sus rodelas y espadas, el rey *Itzcoatl* tocó un pequeño atambor que á las espaldas traya, al son del qual alçaron los mexicanos todos los del exército tan gran vocería y silbos y otras algaçaras, que pusieron gran temor en toda la gente contraria, y arremetiendo los señores y todos los que estauan en ala, con ánimo invencible, mezclándose con los de Azcaputzalco, hirieron á diestro y á siniestro, sin órden ni concierto,

1 El período que sigue es mas correcto y claro en el *Anónimo* citado; dice así:—"y que mirasen que aquel era el primer combate y muy buena ocasion para salir con gran honra y hacer temer y temblar las demas naciones: que nadie, etc."

empeçaron apellidar México México, y de tal suerte los alborotaron, que empeçaron á perder el órden que trayan y á desbaratarse, cayendo mucha gente de la comun muerta, dándose los mexicanos tanta priesa y maña en los herir, que empeçaron los azcaputzalcas á retirarse á su ciudad y los mexicanos[1] ganándoles tierra. Algunos del exército mexicano que hasta entonces auian estado con algun temor y cobardía, viendo que los suyos prebalecian, empeçaron á salir, cevados de la codicia melitar, y á mezclarse entre los enemigos, de suerte que unos tras otros iban cevando de gente poco á poco su escuadron, que los azçaputzalcos no pudiéronles[2] resistir empeçaron á desamparar el campo y a meterse en su ciudad. Tlacaelel, general de aquel exército mexicano, empeçó á apellidar vitoria, entrando tras ellos en la ciudad, matando y hiriendo sin piedad ninguna. Entonces el rey mandó á todo el resto del exército que con él auia quedado, que asolasen el pueblo y quemasen las casas, y que no perdonasen á viejo ni niño, hombre ni muger y que robasen y saqueasen todo lo que en ella allasen, lo qual sin ninguna lástima, antes con la mayor crueldad del mundo, fué hecho y executado; no dexando casa en yesta[3] ni hombre ni muger ni niño á vida, saluo los que huyendo se auian acoxido á los montes y collados.

Los mexicanos, siguiendo su vitoria como perros encarniçados, llenos de furor y ira los siguieron hasta metellos en los montes, donde los azcaputzalcas, postrados por tierra, rindieron las armas prometiéndoles tierras y de hacelles y labralles casas y simenteras y de ser sus perpetuos tributarios; de dalles piedra, cal y madera y todo lo que para su sustento uviesen menester de maíz, frisoles, chía y chile y de todas las legumbres y semillas quellos comen. Ellos[4] apiadándose dellos el general *Tlacaelel*, mandó cesar el alcance y recoger su gente, haciendo jurar á los de Azcaputzalco que cumplirian lo que prometian, los quales así lo juraron y prometieron. De allí se voluieron los mexicanos vitoriosos y alegres á su ciudad con muchas riqueças y despojos que en la ciudad allaron,

1 á seguirlos. (Orígen, etc.)
2 No pudiéndoles resistir.
3 enhiesta, ó en pié.
4 Parece redundante esta palabra. En el *Anónimo* se lee: "Teniendo lástima dellos etc.

porque como estaua allí la corte, estaua allí toda la riqueça de la nacion tepaneca; demas de quellos eran mercaderes y tratantes y gente rica.

Vueltos los mexicanos á su ciudad, alegres y vitoriosos, sin auer perdido de su gente casi ninguna, apercibieron [1] á la gente comun los señores, que mirasen á lo que se auian obligado y que no se les olvidase el concierto que con ellos auian hecho de servillos y tenellos por señores si venciesen; y pues ellos habian vencido, que cumpliesen el juramento que les auian hecho. Los vecinos todos dixeron, que lo cumplirian y que les mandasen; pues que lo auian hecho con tanto valor y fortaleza, quellos estauan aparejados [2] á los seruir en todo lo que les mandasen. *Tlacaelel* fué al rey y le dixo: Señor: estos señores hermanos tuyos y primos tuyos que con valor, ánimo y esfuerço an puesto el pecho á la guerra, es bien sean galardonados: ya saues que nos prometieron los de Azcaputzalco tierras en donde pudiésemos hacer nuestras sementeras: no perdamos la cuyuntura. Vamos y repartamos la que nos señalaren entre nosotros, pues la ganamos con la fuerça de nuestro braço. Al rey le pareció bien y mandó que fuesen contados los señores que en la guerra se auian señalado para premiallos á todos conforme á sus merecimientos; y fueron nombrados los que aquí señalaré, que entre todo el exército fueron la prencipal causa de la vitoria. El primero fué *Cuatlecoatl*, el segundo *Tlacauepan*, el tercero *Tlatolçaca*, el quarto *Epcoalt*, el quinto *Tzonpantli*, los quales eran hermanos del rey *Itzcoatl*.

Luego fueron puestos en órden sus sobrinos, el uno fué *Tlacaelel*, el segundo *Veuemoteucçuma*, el tercero *Huchucçaca* [3], el quarto *Citlalcoatl*, el quinto *Aztacoatl*, el sesto *Axicoyotzin*, el sétimo *Cuauhtzitzimitl*, el octauo *Xiconoc*, los quales eran sobrinos del rey que venian por la lignia de *Vitziliuitl*, segundo deste nombre, los quales siempre fueron valerosos y esforçados en todas las guerras y entradas que hicieron, y ellos fueron los que noblecieron á México y sugetaron gran parte de la tierra aunque tiránicamente,

1 Esto es, recordaron.
2 Dispuestos ó preparados.
3 Así en la copia; mas la lectura del original será probablemente, *Huehueçaca*.

pero por fuerças de armas y defendiendo su partido. Y una cosa tuvieron buena, que en todas las guerras que en esta tierra uvo, nunca jamas los mexicanos provocaron á nadie y ellos siempre fueron provocados y encitados á ella; antes requerian con la paz, una y dos veces, y siempre salian vitoriosos y vencedores, y muy pocas veces vencidos. Pero voluiendo al punto; ellos fueron á Azcaputzalco y se entregaron [1] en las tierras del y las repartieron entre sí, dando lo primero y mejor y mas principal, á la corona Real, señalándole tierras de señorío y patrimonial; luego entre sí los señores, y lo tercero repartieron á los barrios, á cada barrio tantas braças para el culto de sus dioses, y estas son las tierras que agora ellos llaman *calpulalli*, que quiere decir, tierras dedicadas á los barrios. E desta manera vinieron á tener los señores de México, y de las demas provincias, tierras realengas y tierras de señoríos y tierras de los barrios, que eran comunes de aquellas comunidades, de donde los hijos por sucesion venian á tener tierras patrimoniales y auidas por tiranía y por guerras injustas.

Despues de que señalaron tierras á la corona Real, el primero á quien señalaron tierras fué á *Tlacaelel*, caudillo desta guerra, al qual dieron diez suertes de tierra, todas tierras de Azcaputzalco, en lugares señalados de la provincia, que por hacer poco al caso no las señalo y nombro como en la relacion lo allé nombrado. Diéronle á éste todas estas tierras y fué preferido á todos los demas porque la vitoria toda se atribuye á él y á su industria. A todos los demas de los prencipales señores que en aquella guerra se señalaron, les cupo á dos suertes de tierra á cada uno. A la gente comun que en esta guerra se alló, como á hombres cobardes y llenos de temor que se auian juramentado de seruir á los señores y vencedores por animallos y avergonçallos de su poco coraçon, no les quisieron dar tierras ni otra cosa ninguna, saluo á los que mostraron algun coraçon y brío y deseo de se mostrar; y á todos los demas los echaron por ay como á gente de poco valor, lo qual no poco sintieron y no poco hiço al caso para lo de adelante. Tambien dieron á sus barrios para el culto de sus dioses, á cada barrio una suerte, para que lo que de allí se coxiese se emplease en cosas y ornato del culto de

1 Esto es, ocuparon sus tierras.

aquel dios que en aquel barrio ó collaçion se celebraua, y lo que mas se compraua [1] era papel, oli, copal, almagro y colores de açul y amarillo con que pintauan las capas y mitras ó tiaras que ponian á sus ydolos, y en esto se espendia lo que de aquellas suertes de tierra se cojia.

Quedó Azcaputzalco desta vez tan estrecho y necesitado de tierras que no les quedó donde se poder rodear ni estender, y así como los tepanecas de Cuyuacan viesen á los de Azcaputzalco sus aliados y amigos en un estremo tan grande de destruiçion de sus casas y tierras, mostraron tener pesadumbre y enojo y deseo de salir á la vengança de tan inorme hecho y enviaron sus mensageros á los señores de Azcaputzalco para que les sinificasen la tristeça que de su pérdida y infortunio tenian y tambien ofreciéndoles sus personas y todo quanto fuese menester para la vengança. Ellos se lo agradecieron mucho rogándoles les dexasen llorar su desventura y desastrada perdida, la qual DECIAN, en muchos años no podremos restaurar, y así despidieron al mensajero, el qual fué á su ciudad y dió la nueva de la mucha afliction y tristeça en que los de Azcaputzalco estauan, y cómo tenian las casas derribadas y quemadas y todos auyentados y escondidos en los montes y los campos llenos de muertos, los templos desbaratados y violados y las tierras todas tomadas y repartidas á los mexicanos, y los que de la guerra auian escapado, hechos perpetuos tributarios del Rey de México, y quitado y derribado el rey de Azcaputzalco y mandado [2] público edito que no uviese rey en Azcaputzalco, desde aquel dia; sino que todos reconociesen al rey de México *Izcoatl*, so pena de tornallos á destruir el que otro rey conociese ni apellidase, sino que solo quedasen en señores vasallos y tributarios del reyno de México; lo qual oydo por los de Cuyuacan encendieron su ánimo rebuelto con un temor de pensar [3] no nos traten los mexicanos desta suerte y nos tomen nuestras tierras, y nos hagan sus tributarios; pongámonos en defensa, antes que mouidos ellos por su presuncion y buen su-

1 Para el servicio del culto.
2 El período que precede es mas correcto en el *Anónimo*. Dice así: Oyda la respuesta, los de Coyohuacan llenos de ira y rabia, con igual temor dixeron, no nos, etc.
3 y dijeron. Orígen, etc.

ceso nos acometan; en lo qual se engañaron, porque los mexicanos nunca jamas tuvieron tal memoria ni jamas prouocaron á ninguna nacion á guerra, ni se inquietaron antes de ser provocados y incitados, como en el proceso de ésta ystoria veremos.

CAPÍTULO X. [1]

De cómo los tepanecas de Cuyuacan mouieron guerra contra los mexicanos, y de cómo fueron vencidos.

Estando los mexicanos ya con algun descanso y aliuio de ver libre su ciudad y que ya tenian tierras para su sustento, no menos ufanos que contentos con la pasada vitoria, en este medio los señores de Cuyuacan que auian visto y considerado con gran atencion, aunque con poca consideracion antes con torpeça de juicio, aquel peligroso caso en que sus hermanos los azcaputzalcas auian caydo por su culpa y pertinaçia, como hombres indiscretos, no conociendo el daño que se procuraban y el peligro futuro, no considerando el daño comun sino el particular de no caer del estado en que los señores estauan, como vian caydos á los tepanecas sus deudos y parientes, sin propósito nenguno hacen junta y cauildo para ponerse en defensa, y el señor de Cuyuacan, cuyo nombre era *Maxtlaton*, y otro su muy priuado que se decia *Culcuelch*, propusieron una fríuola plática desta manera: hermanos los de Cuyuacan cuya libertad hasta agora a sido notoria; ya veis cómo los de Azcaputzalco son destruydos por los mexicanos y cómo les an quitado sus haciendas y tierras y señoríos y los an hecho sus vasallos y tributarios, despues de auellos muerto y destruido, sin perdonar á hombre ni muger, chico ni grande: ¿paréceos que será bueno que vengamos nosotros á la mesma subjecion y que nos tomen y repartan entre sí nuestras tierras y que seamos sus esclauos y vasallos y ellos nuestros señores? por tanto, ó tepanecas de Cuyuacan, defendé vuestro partido y mirá lo que os conviene; y si os parece, dixo *Max-*

1 Véase la lámina 5ª, parte 1ª

tlaton, que movamos los ánimos de todas las naciones á que destruyamos á los mexicanos, mirá lo que os parece y á los primeros que debemos incitar es á los injuriados, que son los de Azcaputzalco, prometiéndoles ayuda y favor y restitucion y restauracion de todos sus bienes y tierras.

Todos respondieron que sí, que era muy acertado aquel consejo, y luego elixieron allí un mensagero de los mas principales llamado *Çacancatl* para quel fuese el muvidor con engañosas astucias y persuaciones, á sulicitar los ánimos de los que moraban en los pueblos comarcanos; y al primer pueblo que fué, fué Azcaputzalco, y proponiendo sus razones, de parte de su señor *Maxtlaton*, quiso incitar los ánimos al rebelion contra los mexicanos, diciéndoles muchas palabras persuasivas para incitalles los ánimos á ello. Ellos sentidos y enojados de sus raçones, respondió el señor de Azcaputzalco, en presencia de los demas señores: mirá *Çacancatl;* ya que as propuesto tu embaxada delante de todos estos señores, yo te quiero responder, ¿qué desatino tan grande es el de vuestro señor y de los demas cuyacanos de convidarnos agora á la guerra en esta era y contra una gente tan belicosa y astuta y mañosa como son los mexicanos? ¿qué fuerças tengo yo agora auiendo perdido lo mejor de mis gentes y la flor de mis soldados y valientes hombres sin perdonar hombre á vida, sin piedad de viejos ni niños? ¿qué quiere agora tu señor? ¿que tornemos á ver las calles de nuestra ciudad bañadas en sangre y llenas de pedaços de asaduras y de tripas tendidas, de braços y caueças y piernas cortadas? hasta agora se acordó: ¿qué le mueve? ¿por qué no se determinó cuando nos vido con las espadas en las manos, si le mouia zelo de nuestra República, pues estuvo á la mira y quedo, que no se movió á darnos socorro? Agora se enoja y se muestra favorable: despues de cortada la caueça del pueblo y echado por tierra y destruydo, lo siente: ya somos esclauos y sieruos de los mexicanos, somos sus terrazgeros y tributarios, ya no queremos guerra ni contienda con ellos: dexadnos y id á *Maxtlaton* vuestro Señor con esta respuesta, que no queremos; que si él quiere guerra que la haga á su sabor y voluntad, que no le emos de ser en nada favorables; y no vuelvas mas acá con esas demandas y respuestas porque no serás bien reciuido.

Vuelto este prencipal á Cuyuacan, dió la respuesta á *Maxtlaton*, con la qual nengun gusto reciuió; empero no por eso cesando de su propósito, llamó á todos los señores y mandones de su ciudad, y díxoles: id luego y á voz de bocina y de pregonero, echad bando que sin dilacion ninguna, todos los ciudadanos aparejasen sus armas para la defensa de su ciudad y de sus personas, contra la violenta injuria que los mexicanos les querian hacer; de lo qual los mexicanos estauan muy descuidados y sin semejante propósito: y juntamente mandó se tomasen los caminos y que no dejasen pasar á ningun mexicano, hombre ni muger, ni á comprar ni vender, ni á otro trato ni contrato nenguno.

Luego que se echó este bando, fueron puestas guardas por los tres caminos que de México vienen á Cuyuacan, para no dexar pasar nengun mexicano, en lo qual hicieron muy á su daño, porque en la ley de onesta vecindad, no haciéndoles mal nenguno, deuian ser muy amigos de los mexicanos y ayudalles en sus necesidades y no hacerse de propósito sus enemigos y persegidores, tan sin propósito ni fundamento.

Viniendo, pues, un dia, como de ordinario solian las yndias mexicanas ir al mercado de Cuyuacan con sus mercaderías y cosas de prouision, para el contrato ordinario de vender y comprar, sin sospecha de ser salteadas ni enojadas, descuidadas del nuevo bando y mandato que auia, llegaron á las guardas, las quales salieron á ellas y les quitaron y robaron todo lo que lleuauan, y como manifiestos enemigos de los mexicanos las desonraron y echaron, no dexándolas entrar en la ciudad. Ellas, llorando y angustiadas, volvieron á su ciudad de México y contaron á sus maridos lo que les auia acontecido. Todos admirados del nuevo caso, mandó el rey que no por eso dexasen de acudir á su trato á los mercados, sino que porfiasen á ir, creyendo ser algunos ladrones ó salteadores que quisieron hacer aquel robo á las vecinas y matronas mexicanas; y así porfiando á querer acudir á sus mercados, eran siempre salteadas y robadas y injuriadas de los soldados que hacian la guardia.

Visto por los mexicanos que aquello iba de propósito y con mala intencion, mandó el Rey hacer junta y consejo sobre lo que se deuia hacer, el qual dixo á los suyos: ¿Ques esto? ¿qué nouedad es

esta que los de Cuyuacan an inuentado de hacernos mal? ¿pues esto a de pasar, que roben y injurien á nuestras mugeres y hijas y les quiten lo que lleuan y sobre eso las maltraten? Yo mando que ninguna persona, hombre ni muger, vaya ni entre en Cuyuacan, so pena de la vida, y nadie sea osado de hacelles mal ni daño nenguno: dexaldos, que ellos verán lo que les conviene. Con este mandato nadie era osado á pasar los términos de Cuyuacan, lo qual visto por ellos, *Maxtlaton*, señor de Cuyuacan, dijo á los de su consejo: Ya veis cómo no asoman acá los mexicanos: ellos están enojados con nosotros; por tanto estad aparexados y con auiso y cada uno tenga sus armas á punto, para que quando les sea menester: mirá que emos de pelear con los mexicanos, que no son gente como quiera, sino de mucho valor; por tanto ternemos necesidad, no solo de nuestras fuerças, pero de las de nuestros vecinos; y así envió luego sus mensageros á *Xalatlauhco* y á *Atlapulco*, para que les viniesen ayudar, la qual era gente de serranía labradora y gente del monte. Llegados los mensajeros á ellos, les dixeron: Hermanos chichimecas: el Señor de Cuyuacan os envia á saludar y os ruega le deis favor y ayuda contra los mexicanos, así de gente como de rodelas y espadas para la defensa y ofensa, y que la gente sean todos mancebos y valientes hombres, para que hagan rostro y tengan ánimo contra el enemigo. Los serranos de aquellos dos pueblos les preguntaron que para qué querian gente y espadas y rodelas: respondieron los de Cuyuacan y dixeron: para contra los mexicanos: ellos les dixeron: ¿así contra los mexicanos os quereis tomar? pues saué que nosotros no queremos ni es nuestra voluntad de ser contra ellos, ni dar favor ni ayuda en su perjuicio; por tanto os podeis volver como venisteis, y dad esta respuesta á vuestros señores que acá os inviaron, y no volvais acá mas, porque esta es nuestra última voluntad y respuesta.

Oyda por *Maxtlaton* y por los señores de Cuyuacan la determinada respuesta de los serranos de *Xalatlauhco* y de *Atlapulco*, mostrando pesar de auer començado cosa con que no pensauan salir, viendo que de todas partes les negauan ayuda y socorro, empeçó *Maxtlaton* á consolar á los suyos y á ponellos ánimo, diciéndoles que para qué eran las tierras y riquezas; que se esforçasen y ani-

masen, que quando mas no pudiesen, que con ser esclavos de los mexicanos se acauaria; pero que no por eso dexasen de lleuar al cauo lo començado: y tomando consejo con los suyos, invió por todas las provincias de Xuchimilco y Chalco y Tezcuco sus mensajeros, haciéndoles sauer cómo él queria dar guerra á los mexicanos, que si le querian dar favor y ayuda para destruillos, solicitándoles los ánimos á tomar las armas contra el comun enemigo, que eran los mexicanos; diciéndoles cómo se querian señorear de toda la tierra y alçarse con ella y hacer sus esclavos y vasallos á todas las demas naciones, y quitalles sus tierras y señoríos y riqueças, siendo gente advenediça y que estaua asentada en tierra agena sin auer ellos traido mas de sus personas, siendo gente inquieta y desasosegada.

El Señor de Culhuacan, llamado *Xilomatzin*, que fué el primero, respondió, que él se conformaria con los demas votos, que él era de parecer que se juntasen todos los señores de las prouincias y ciudades comarcanas en las casas de la comunidad de Chalco, y que allí se comunicase y saliese determinado lo que en el caso se deuia hacer, para que uviese conformidad en todo. A los mensa geros pareció bien, y pasaron con este consejo á *Xuchimilco* y á *Cuitlauac* á *Mezquic*, y de allí á *Chalco*, dando sus embaxadas y raçones, con apariençia de zelo de bien comun; convidándolos á todos á la junta que en Chalco se auia de haçer, donde todos prometieron de se hallar el dia que fuesen auisados para haçer la liga, y juramentarse contra los enemigos mexicanos. El Señor de *Mezquic*, quando oyó la embajada de los señores de Cuyuacan, el qual tenia por nombre *Quitztototzin*, les respondió: espantado estoy, tepanecas, de vuestra solicitud contra esa gente, que si no son prouocados y incitados no hacen mal á nadie: ya saueys que yo soy de la generacion y linage de los tultecas que salieron de Tullan, que segun relacion, venimos de esos mexicanos; por tanto, en nenguna manera haré lo que me decis, ni me hallaré en esa junta, ni me confederaré con los de Cuyuacan para una traicion tan grande como esa: por tanto, adayos[1] con Dios, y no voluais mas acá, porque no

1 Así claro en el original, en vez de—andá ios.... que es como en otras partes. (Nota del Sr. Vera.)

sereis bien receuidos, y decilde á vuestro Señor *Maxtlaton* que mire por sí.

Vista la desabrida respuesta del señor de Mezquic, fuese á la ciudad de Tezcuco, donde residia el rey *Neçaualcoyotl*, nuevamente elexido Rey coñ el fauor de su tio el rey de México *Itzcoatl:* y llegado ante él, haciéndole el acatamiento deuido como á tal señor, le propuso la embaxada, afeando con muchas razones los hechos perniciosos de los mexicanos, llamándolos de usurpadores de las tierras de los tepanecas y tiranos, robadores públicos y manifiestos, por lo qual le pedian favor y ayuda para destruyllos y echallos de la prouincia, como á gente maldita. El Rey *Neçaualcoyotl*, auiendo estado atento á las raçones del mensagero, se sonrió, y díxole: vení acá, tepanecas: agora inorais que su dios desos mexicanos, que es *Vitzilopochtli*, pelea por ellos y los fauorece, cosa de desatino;[1] y de poca consideracion me parece querer pelear contra los dioses: oido e que haceis junta en Chalco, en la qual junta yo no me pienso allar, ni es mi voluntad pelear contra los que á mí no me enojan: yo quiero estar á la mira y ver cómo lo haçeis y cómo salis con vuestro intento; y mirá que os auiso, que quando os veays en aprieto y vais con las manos en la caueça, que no os quexeis de nadie, sino de vosotros mesmos, y lleualde esta respuesta á *Maxtlaton*, y no vengays mas acá, porque de mí no aueis de tener ayuda.

Vueltos á Cuyuacan á su señor *Maxtlaton* diéronle la respuesta de todas las ciudades que auian andado, y cómo los chalcas y xuchimilcas y cuitlahuacas y los de Culhacan les auian dado buenas respuestas, mostrando deseo de que los mexicanos fuesen destruydos, y que dexauan concertada la junta en Chalco para la liga que se auia de hacer, y que solos los de Mezquic y los de Tezcuco no auian salido á ello, antes se mostrauan favorables á los mexicanos. *Maxtlaton*, oyda la respuesta, y como enemigo de perder tiempo, él y todos los principales se pusieron en camino para Chalco, auisando en Culhuacan, Cuitlauac, Xuchimilco, de su ida, para que todos se aprestasen. Y así se aprestaron y se allaron todos juntos aquel dia en Chalco, en las casas de su comunidad, *Toteociteuctli* y *Cuateotl*, que eran los señores de Chalco: el uno residia en la

1 Esto es,—en demasía.

principal caueça, que era lo que agora decimos Chalco Atengo, y el otro residia en Amequemecan. Los reciuieron con grande amor y honra, como á señores tales pertenecia: hechos estos cumplimientos entraron en cauildo sobre lo que deuian hacer en el negocio á que allí eran congregados, porque en efeto de verdad, como fué divulgada aquella fama de la no pensada liga y el rumor fué tanto y no podia dexar de venir á noticia de los mexicanos y de todas las ciudades y regiones comarcanas, en especial auiéndose congregado mucho número de principales y señores, no podia dexar de asombrar y poner espanto una cosa que entre ellos no se auia jamas oydo ni visto: y conociendo que la breuedad del tiempo importaba, para que los mexicanos no tuuiesen lugar de procurar socorro, los de Cuyuacan pusieron todo el calor del mundo para que con gran presteça se determinase el negocio de su interes.

Estando congregados los dos señores de Chalco, con todos los demas señores, leuantóse *Quatcotl* y dixo: Señores dignos de honor y reuerencia: los tepanecas que presentes están os an mouido y traydo á este lugar y á nosotros nos an rogado admitiésemos esta junta, por cuyo consejo somos aquí venidos: no os quiero proponer su demanda: propónganla ellos pues están presentes. Y vuelto á ellos les dixo: señores tepanecas: aquí nos teneis juntos: decí lo que quereis y pretendeis; los quales levantados en pié, propusieron su demanda, diciendo: Grandes y poderosos señores: la causa para que aquí somos venidos es ésta: ya sabeis quán perjudicial nos es la nacion mexicana y adelante lo será mas si en ello no prouemos luego, no mirando á lo porvenir; y así lo que pedimos es que todos, como estamos, nos hagamos á una y los cerquemos y los destruyamos, que no quede memoria dellos. Todos estuvieron escuchando esta breue y mal concertada plática y nenguno respondió palabra, y al fin todos dieron la mano á *Cuateotl*, señor de Amequemecan, para que respondiese y se siguiese su parecer, comprometiendo todos en que lo quel dixese se haria y guardaria: el qual dixo así: Aquí estays presentes, vos señor de Xuchimilco y vos el de Culhuacan y el de Cuitlauac y todos los demas señores y principales destas provincias nombradas: oydo aueis la pretension de los de Cuyuacan, ques destruir á los mexicanos, lo qual tengo por imposible de

todo punto podello hacer, por auer ya tantos años que reynan y estar ya tan multiplicados y emparentados con todas las naciones, que pocos pueblos ay en la comarca que no estén casados, ellos con nuestras hijas, y sus hijas con nosotros, y esta es una de las raçones que imposibilitan este hecho: lo otro, su dios los defiende, y lo otro en viéndose vencidos an de pedir misericordia y no se la emos de negar: querria yo saber agora, si pedida misericordia y concediéndosela, obligándose á ser nuestros tributarios, siendo nosotros de diferentes prouincias, como somos, ¿á quién an de reconocer vasallaje? ¿á Cuyuacan? no, porque dirán mis vasallos los chalcas que ellos hicieron la guerra y fueron la prencipal causa de la uitoria, y que á ellos an de seruir y no á otros: lo mismo dirá el de Xuchimilco y el de Culhuacan y el de Cuitlauac, y veis aquí la disencion entre nosotros. Lo que á mí me parece es, que á quien le duele la muela, como dicen, que se la saque; por tanto a mí me parece que cada uno por sí haga su guerra y el que los venciere quede por señor dellos: y así, tepanecas, á mí me parece que hagays vuestro poder y vuestra guerra por vosotros, que acá cada uno verá lo que le cumple y conviene; y pues vosotros aueis tomado vuestra inquietud con vuestras manos, enojando á los mexicanos, allá os lo aued, que nosotros no queremos ayudaros.

A todos pareció muy acertado el dicho de *Quateotl*, y así lo aprouaron todos los demas señores y respondieron á los tepanecas, que no les querian ayudar, ni dar fauor; que hiciesen su guerra, que ellos la harian por sí quando les pareciese; y así se partieron todos á sus tierras dexando á los tepanecas muy tristes y desconsolados.

Llegados los mensageros á Cuyuacan dixo *Maxtlaton:* Tepanecas: ya aquí no ay que reusar: ¿por ventura émonos de esconder? ya tenemos enojados á los mexicanos: no podemos hacer otra cosa sino morir ó vencer: por eso esforçaos, queste es el postrer remedio: y para que entiendan que no los tememos, hagámoslos una burla, y quanto á lo primero vaya uno de los señores muy bien adereçado á uer si ay algunas guardas de los mexicanos en los términos, ó algun rumor ú ruido de guerra; para lo qual inviaron á un señor muy principal y valeroso, que se llamaba *Cuecuix*, el qual armado con sus coraças que de algodon colchado usauan, y su rodela y es-

pada, en la caueça puesto su casco de la mesma colcha, la aforada[1] en la deuisa de tigre ó leon ó águila ó de otra suerte, como ellos las usauan, segun el ditado de sus alerinas[2] y renombres, fuese al lugar que llaman *Temalacatitlan*, términos de México, y mirando á una parte y á otra no vido ni oyó rumor de guerra, ni de otra cosa; y vuelto con esta respuesta á su señor, el qual les dixo: á mí me parece que los convidemos á la fiesta de nuestro dios y que vengan á honrarnos, y quando estén acá, pues tan descuidados están y tan poco caso hacen de nosotros, que les hagamos una burla y afrenta: respondió *Cuecuex* y dixo: mexor seria, señor, questando en la fiesta los matásemos á todos, que no quede ninguno.

Maxtlaton respondió, que aquello era muy gran traicion y de hombres viles y apocados; que no se auia de pensar tal maldad y traycion dello, y que serian tenidos por cobardes y los afrentarian las demas naciones: que no auian de morir á traycion sino como hombres, peleando en el campo; que lo quel queria hacer era otra cosa quel sauia: que los convidasen porque primero se adereçasen y pertrechasen lo mejor que pudiesen. Y adereçados y aperciuidos todos, llegada la fiesta de los de Cuyuacan, que era la solenidad de *Jocoteuetz*,[3] inviáronlos á convidar á los mexicanos, los quales aceptaron el convite y vinieron sin temor ninguno, solo los principales, y entre ellos el valeroso *Tlácaelel*, el qual dixo al rey *Itzcoatl*, por ser él su principal consejo; señor: no queremos que tu vayas á este convite; lo uno porque no es justo que tengas tu persona Real en tan poco, que vayas al llamado de un señor particular: seria invilecer tu persona Real y la grandeça de tu magestad y reyno de México: lo otro porque no sauemos á qué fin se endereça este convite, al qual no iremos tan fuera de auiso que no lleuáremos cuidado de lo que convenga á la defensa de nuestras personas, para si algo quisieren intentar á traycion.

Al rey le pareció muy bueno el consejo de *Tlacaelel*, y así se quedó en la ciudad y fueron los principales todos muy sobre aviso

1 Así se lee con dificultad; puede leerse: "colcha, ella aforada." Quizá querrian escribir *aforrada*. (Nota del Sr. Vera.)

2 Así se lee claro en el original. (Nota del mismo.)

3 Así en la copia. Léase *Xocohuetzi*, nombre de uno de los meses del calendario mexicano y de la festividad que en él se celebraba.

para huir de qualquiera traycion encubierta. Llegados que fueron á Cuyuacan hablaron al señor del y á todos los principales, haciéndoles grandes ofertas y ofreciéndoles sus dones de todas las cosas que en su ciudad se criaùa, de peces, ranas, patos y legumbres, muchas en cantydad, de lo qual el señor y señores de Cuyuacan mostraron mucho contento y placer, haciéndoles todas las caricias amorosas que pudieron, aposentándolos en las casas prencipales del pueblo, en donde luego sacaron el atambor y empeçaron á hacer delante dellos el areyto[1] con el canto acostumbrado, y á sacalles muchas y muy buenas comidas, donde despues de auer comido, en lugar de las rosas que por sobre comida les suelen dar, por mandado de *Maxtlaton* les sacaron á cada uno, una ropa mugeril, de un vipil y unas naguas, y poniéndoselas delante les dixeron: señores: nuestro señor *Maxtlaton* manda que os vistamos destas ropas mugeriles, porque hombres que tantos dias a que los emos prouocado y incitado á la guerra, estén tan descuidados. Ellos se dexaron vestir, y en acauandolos de vestir los inviaron á su ciudad, así vestidos, con aquellas ropas afrentosas de mugeres, los quales, así en auitos de mugeres, se fueron á México y se presentaron á su rey, contándole todo lo que les auia pasado.

El rey los consoló y dixo, que aquella afrenta era para mas onra suya; que no tuuiesen pena, que él haria vengança muy en breue con muerte y destruicion de todos ellos; y para que veays mi determinacion en vuestra vengança, pónganse luego guardas para que en todos los caminos guarden y no me dexen pasar hombre ni muger, ni niño, ni viejo á la ciudad, y el que quixere pasar sea luego muerto: y para que primero les hagamos otra burla como la que ellos nos hicieron, lleuen los guardas patos y ançares y pescado y de todo género de sauandijas que se crian en nuestra laguna, que los de Cuyuacan no alcanzan, y allí á sus puertas asen y tuesten y cueçan dellas, para que entrando el olor y suavidad de umo que

1 *Areyto* —Esta palabra se encuentra frecuentemente en Sahagun, Bernal Diaz y los antiguos historiadores de América. Segun el vocabulario agregado á la *Historia general y natural de las Indias, etc.*, por Oviedo, pertenece á las lenguas de *Cuba* y de *Haiti*, y significa: "danza y cantar de los indios, en que se celebraban las victorias y proezas de sus antepasados, ya en los funerales, ya en las declaraciones de guerra y otros momentos solemnes."

dellas saliere, malparan las mugeres, se descrien los niños, se enflaquezcan los viejos y las viejas y se mueran de dentera y deseo de comer de lo que les es vedado: lo qual fué así hecho, que lleuando gran cantidad de tortas descauite, que son de unos gusanillos colorados [1] que entre la lama de la laguna se crian, particular manjar de los mexicanos, echáuanlas en el fuego y patos y pescados, ranas, etc., y era tanto el umo que hacia, que entraua por las calles de Cuyuacan, que hacia malparir las mugeres de antojo de comer aquello que asauan los mexicanos y descriaba á los niños, pidiendo de aquello que asauan; dauan camaras á los viejos de deseo de comer de aquello, y á las mugeres se les inchauan los rostros, las manos y los piés, de que adolecian muchos y morian con aquel deseo.

Viendo *Maxtlaton* el daño que receuia su ciudad y el perjuicio que le hacian los mexicanos con aquellos umaços, llamó á su consejero *Cuecuex* y díxole: ¿qué haremos? que nos destruyen estos haciéndonos desear estas comidas quellos comen, y adrede vienen á nuestros términos á dar umaços tan suaves que perecen todas las preñadas y se mueren los niños: respondió *Cuecuex*: qué ay que esperar sino que ganemos por la mano y salgamos al campo, y yo seré el primero; y diciendo y haciendo, vístese de presto sus armas y toma su espada y rodela, y solo, sin compañía ninguna, váse á donde estauan las primeras guardas de México, que era en un lugar que llaman *Momiztitlan* y desafia á los mexicanos, diciendo quel solo venia á destruillos, diciéndoles á grandes voces muchas injurias, jugando de su espada y rodela y dando muchos saltos á un cauo y otro.

Los mexicanos, temiendo alguna celada, no uvo hombre que saliese á él, antes con auiso, mandaron luego á los peones y gastadores que hiciesen un andamio alto, el qual en un momento fué hecho, y suvido allí el general de los mexicanos *Tlacaeleltzin* [2], miró á todas partes y miró y atalayó si auia alguna celada, ó gentes escondidas, y vido que dentro los carriçales salia un poco de umo, y considerando desde allí el exército de los tepanecas, bajó y mandó que se

1 Su nombre mexicano es *Ezsahuitl.*
2 El mismo que *Tlacaelel,* compuesto con la partícula reverencial *tzin.*

suviesen allí las atalayas y que mirasen con gran cuidado y solicitud si se apartaua alguna gente del exército, y ácia donde, y á los demas capitanes mandó que no pasasen de allí ni mouiesen pié, asta quel voluiese. Y metiéndose con su espada y rodela, muy bien armado, por el carriçal, muy escondido al tino [1] donde auia visto el umo, salió á unos camellones, tierra y términos de Culhuacan, y mirando por entre las espadañas vido estar tres soldados muy bien adereçados, aunque con mucho descuido, e conociéndolos en sus raçones ser de Culhuacan y nò de los tepanecas, salió á ellos y preguntóles: ¿quiénes soys? ellos sin hacer ningun mudamiento, le dixeron: señor, somos de Culhuacan y venimos á buscar nuestra vida y á serviros. El *Tlacaelel* les dixo: antes creo que soys espías de Culhuacan y que venís á reconocer nuestro exército para tomarnos las espaldas, porque sabemos que hicisteis junta en Chalco y os confederastes con los tepanecas de Culhuacan. Ellos se sonrieron y dixeron: señor; los de Culhuacan no tratan de trayciones sino de mucha claridad y llaneça: no nos trates de esa manera. Él les preguntó sus nombres y el uno dixo se llamaua *Acaxel*, el otro dixo se llamaua *Atamal*, el otro dijo se llamaua *Quil layos* [2], los quales nombres no eran suyos sino postiços, queriéndose encubrir, porque eran principales deseosos de ganar honra y mostrarse en la guerra; y así se mudaron los nombres y se pusieron otros para disimular la calidad de sus personas.

Tlacaelel les dixo: pues hermanos, yo me llamo *Tlacaelel:* soy general de la gente de México, y pues venís á ganar honra, yo os quiero rogar una cosa, y es que no os aparteis deste lugar ni os vays de aquí, sino que me guardeis este paso hasta que yo vuelva; y si acaso llegaren por aquí algunos soldados de Cuyuacan, sin ninguna piedad los matad. Ellos se lo prometieron y él se vino á donde auia dexado su gente, donde alló á su rey *Itzcoatl* animando el exército: y en llegando díxole cómo auia allado tres hombres naturales de Culhuacan, mancebos muy dispuestos, diciendole los nombres que se auian nombrado, y cómo les rogó le esperasen allí y le guardasen aquel paso, los quales se lo auian prometido.

1 Esto es: en la direccion de

2 Así en la copia; mas la palabra está corrompida. Tal vez, *Quilayotl.*

Estando en esto llegaron las atalayas questauan en mira, y dieron auiso cómo la gente de Cuyuacan, en muy buena ordenanza, venia acercándose. *Tlacaelel* rogó al rey que se estuviese con aquella gente y que se fuese acercando ácia ellos, y que les hiciese rostro, que él queria ir con una compañía de soldados, tomando consigo dos capitanes y irse á juntar con los tres soldados que auia dexado en los carrizales de Culhuacan. El rey le dixo que fuese y que hiciese como valeroso y como de su ánimo y destreça esperaua; y así se metió con aquella poca gente por los carriçales y vino á donde auia dexado los tres compañeros, los quales le estauan esperando, y haciéndoles armar con diuisas mexicanas, dándoles nueuas espadas y rodelas, empeçaron á marchar con mucho secreto hácia Cuyuacan, tomando las espaldas á los enemigos. El rey de México se fué á juntar con los tepanecas y empeçaron el combate con tanta enemistad, dañándose quanto podian, y era tanta la vocería de una parte y de otra, que se oya mucho trecho por el ayre.

Estando los mexicanos y tepanecas en lo mejor de su contienda, no sintiéndose ventaja en los unos ni en los otros, llegó la gente de *Tlacaelel* por un lado, tan á desora y tan de repente, apellidando *México, México, Tenuchtitlan*, y haciendo matança en los tepanecas, tan sin duelo ni piedad, que viéndose salteados empeçaron á desamparar el campo, y él y sus compañeros empeçaron á hacer tales açañas y valentías, que no se les paraba hombre delante, y andaua uyendo dellos como de leones muy bravos. Los tepanecas se iban retrayendo á su ciudad con intencion de hacerse fuertes en su templo, lo qual, entendido por Tlacaelel y por sus tres compañeros, se adelantaron, é metiéndose todo lo que pudieron hasta llegar al templo y tomándoles la entrada del, mandó á uno dellos fuese y le pegase fuego, lo qual sin que se pudieran defender le pegaron fuego, prendiendo á todos los que dentro estauan. Los de la ciudad empeçaron á desmallar y acoxerse á los montes, yendo los mexicanos en su seguimiento, prendiendo y matando todos los que alcançauan.

Los tepanecas se subieron al monte en un lugar que llaman *Axuchico*,[1] y desde allí empeçaron á dar grandes voces, cruçadas las ma-

1 *Axochco;* hoy corruptamente llamado *Ajusco.*

nos y á pedir cesasen de maltratallos y herillos, y que dexasen las armas, quellos se dauan por vencidos; que descansasen del cansancio y trauajo pasado, que tomasen uelgo[1] y bastase la venganza que de ellos auian tomado. Los mexicanos respondieron: no queremos perdonaros, traydores; no a de auer en la tierra nombre de Cuyuacan; este dia lo hemos de asolar y echar por el suelo, para que no quede nombre de traydores que hacen juntas y provocan y incitan á las demas naciones á destruyrnos. Ellos turnaron á replicar: ¿qué ganareis en asolarnos? basta lo que aueis hecho: aquí teneis esclavos y perpetuos tributarios para quanto uviéredes menester; piedra, madera, cal, tierras, terrasgueros, obreros para vuestras casas, ropa, bastimento de todo género, como lo quisiéredes y demandáredes. Los mexicanos, porfiando en que no auia remision, les respondieron que se acordasen de las vestiduras de mugeres con que los auian afrentado y menospreciado. Ellos, conociendo su culpa, tornaron á pedilles misericordia, con muchas lágrimas, prometiendo de seruirles con sus personas y bienes hasta la muerte, no solamente poniendo nuestro trauajo, pero juntamente los materiales.

Los mexicanos baxaron las armas y cesaron de los erir, y mandaron retirar la gente mexicana que tan encarniçada estaua contra los tepanecas; los quales huyendo, auian llegado á *Ocuila* y á *Xalatlauco* y *Atlapulco*, y tenian llenos aquellos pueblos de gente auyentada, escondiéndose por los montes y quebradas y cuebas. Los mexicanos recogieron su gente y voluieron á su ciudad muy victoriosos y llenos de esclavos y despojos y riqueças de oro y joyas y plumas de ricas, rodelas y deuisas, ropa y otras muchas cosas de precio y valor. Tlacaelel, con sus tres compañeros, por cuya industria aquella batalla se auia vencido, auia usado de un ardid Y FUÉ, que todos los presos que iban cautiuando les cortaban un pegujal de los cauellos y los entregauan á la gente comun que los guardasen, y hacian esto para conocer despues los cautiuos que auian cautivado ellos en particular, los quales fueron dos tantos que todos los demas juntos auian preso, con lo qual se auentajaron de todos los demas, y quedaron tan honrados y tenidos por tan valerosos, que solo el nombre de mas valientes y valerosos les fuera

1 aliento.

bastante premio de su trauajo, aunque otra paga ni galardon se les diera; y ellos lo tuvieron por muy bien empleado, quanto mas que fueron premiados y mejorados en tercio y quinto mas que los otros, como adelante diré, porque este cuidado tuvo siempre la nacion mexicana, de galardonar muy por entero á los hombres de valor que en las guerras se señalauan, y á los que se dauan á la virtud.

CAPITULO XI.

De cómo los señores de México pidieron al Rey *Itzcoatl* ditados de grandes, y de cómo se los dió y repartió las tierras de Cuyuacan.

Concluyda la guerra contra los tepanecas de Cuyuacan por la manera que tenemos referida, el rey Itzcoatl vuelto á su ciudad fué receuido de los sacerdotes y de todo el pueblo con gran triunfo y honra llorando los viejos y viejas de placer, dándole infinitas gracias y bendiciones por la merced que les auia hecho de librallos de las manos de Cuyuacan, ensalçando mucho el poder, la dignidad y aumento de la potencia mexicana, la qual empresa no era de menospreciar sino de poner en ystoria y hacer memoria de la gloria della por ser cosa tan importante al nombre mexicano de donde podria redundar grandes honores y aumento de estado á toda su república. El rey agradeció á todos los de la ciudad el comedimiento y reciuimiento que se le auia hecho, y juntado á todos sus principales y vasallos delante de todo el exército, les dió las gracias de lo bien que lo auian hecho diciéndoles:

Señores y vasallos caualleros: yo conozco el trauajo grande que aueis pasado y vuestro ánimo valeroso con que resistís á vuestros enemigos: ya está hecho y concluso y éste es vuestro oficio y exercicio para engrandecer á vuestra ciudad y ensanchar las aguas y la tierra y éste es el oficio de *Vitzilopochtli* nuestro dios y á esto fué venido para recoxer y atraer así y á su servicio todas las naciones con la fuerça de su pecho y de su caueça: por tanto descansá y tomá algun aliuio y mirá cómo quereys que se haga en lo que

toca al repartimiento de las tierras de Cuyuacan y de sus posesiones: vuestras son todas: vosotros las ganastes, yo soy muy contento de que se os den y se os repartan y os entregueis en ellas como en cosa propia. Respondió el general, como persona mas preminente y dixo: poderoso Rey: todos besamos tus Reales manos por tan alta merced como nos haces con tan gran liberalidad, como con tus sieruos usas: exemplo grande para animar á los de poco coraçon y esfuerço; para los niños que agora se crian para que tomen brío á seruirte y morir por sus Reyes y por el aumento de su patria y por el prouecho de sus personas y de sus haciendas: por tanto, señor, te damos infinitas gracias y hágase lo que mandas; vayan tus sieruos y tomen sus tierras y repártanlas entre sí de la suerte y manera que tú lo ordenares; empero, señor, suplícote me perdones por lo que te quiero pedir en nombre de todos estos señores y principales. Ya saues, señor, quel premio se da por el trauajo y por la virtud: estos caualleros destruyeron á Azcaputzalco, y sabes muy bien con quánto trabajo y angustia por la resistencia que allaron en aquellos valientes tepanecas: tambien as visto quán hombres y de quánto valor se an allado en la guerra que acauan de vencer contra los de Cuyuacan; por tanto, en nombre de todos te pido que en premio y galardon de lo mucho que merecen, les dés ditados y nombres conforme á lo que cada uno merece y á la calidad de sus personas.

El Rey respondió que le placia de dalles ditados, y luego los mandó llamar á todos los señores y principales ante sí y llevólos todos consigo al lugar Real donde estaua el estrado y silla de su asiento y mandólos sentar en una sala grande y inviólos á decir con Tlacaelel un raçonamiento de esta manera: Señores y hermanos mios: el rey Itzcoatl vuestro Señor y rey y por otra parte pariente mio muy cercano de [1] todos, os envia á saludar y dice que por haceros bien y merced y honraros conforme á la calidad de vuestras personas, que os quiere dar ditados y haceros señores de título, juntamente con daros y repartiros las tierras que aueis ganado, para que tengais renta para el sustento de vuestros estados y personas segun el mérito dellas. Ellos respondieron á una que le

1 Parece debe decir, á

besauan sus reales manos por la merced que les hacia, la qual atribuyan á su mucha bondad y grandeça y no á sus merecimientos, porque eran muy pocos y que era ponelles de nuevo nueva obligacion de serville y poner sus vidas y honras, haciendas, hijos y mugeres por su seruicio y defensa: y yendo Tlacaelel con esta humilde respuesta al rey, él le dió luego una memoria de los ditados que daua á cada uno, y por que no se enfusque [1] los que estos nombres de grandes leyeren y ditados honrosos, auré de tomar trauajo de declarallos en nuestra lengua castellana, para que entendamos lo que sinifican, y bastará solo una palabra para nuestro satisfecho [2], que era decir que así como el rey nuestro señor da ditados á sus grandes de duques, condes, marqueses, vizcondes, archiduques, maestres, almirantes adelantados, y con esto auisamos [3], siguiendo al philósopho que dice, que imperfecion es decir por muchas raçones lo que con una se puede decir; así podriamos decir que eran los ditados quel rey Itzcoatl dió aquí á sus caualleros, los quales eran en esta manera:

Primeramente á su general Tlacaeleltzin dió por ditado *Tlacochcalcatltecutli.*

A Veue Moteucçuma, dió por ditado *Tlacatecatl.*

A Tlacauepan, dió por ditado *Ezuauacatl.*

A Cuatlecoatl, dió por ditado *Tlillancalqui.*

A Veueçacan, dió por ditado *Tezcacoacatl.*

A Aztacoatl, dió por ditado *Tocuiltecatl.*

A Caualtzin, dió por ditado *Acolnauacatl.*

A Tzonpantzin, dió por ditado *Hueiteuctli.*

A Epcotiuatzin, dió por ditado *Temillotzin.*

A Çitlalcoatzin, dió por ditado *Tecpanecatl.*

A Tlaueloc, dió por ditado *Calmimelolcatl.*

A Ixcuetlatoc, dió por ditado *Mexicalteuctli.*

A Cuauhtzitzimitl, dió por ditado *Huitznauatl.*

A Xiconóc, dió por ditado y renombre *Tepanecatlteuctli.*

A Tlaçolteotl, dió por ditado *Quetzaltocatl.*

1 Esto es: "para que no queden dudosos ó perplejos."
2 Es decir, para nuestra instruccion.
3 Esto es: "quedamos advertidos ó instruidos."

A Axicyotzin, dió por ditado *Teuctlamacazqui*
A Ixuauatliloc, dió por ditado *Tlapaltecatl.*
A Mecantzin, dió por ditado *Cuauhyauacatl.*
A Tenamaztli, dió por ditado *Coatecatl.*
A Tzontemoc, dió por ditado *Pantecatl.*
A Tlacacochtoc, dió por ditado *Huecamecatl.*

Todos los que aquí e nombrado que por su valor y destreça ganaron los ditados y renombres de grandes que, como dixe, son como entre nosotros nombres de condes, duques, marqueses, eran naturales mexicanos, hermanos primos y sobrinos del rey Itzcoatl, á los quales y de los quales los mexicanos, por su valor y fuerças y virtud, no solamente labró y ensalçó estatuas de piedra para perpetua memoria de sus grandeças, por el bien que á causa destos señores mientras vivieron recibió la repúbica mexicana, pero los ystoriadores y pintores pintauan con ystorias vivas y matices con el pincel de su curiosidad con vivos colores las vidas y açañas destos valerosos caualleros y señores para que su fama volase con la claridad del sol por todas las naciones, cuya fama y memoria quise yo referir en esta mi ystoria, para que conseruada aquí ture todo el tiempo que ella turare para que los amadores de virtud se aficionen á la seguir, para que su memoria sea en bendicion, pues los tales son amados de Dios y de los hombres, para ser despues iguales á los santos en la gloria, y esta es la verdadera memoria que se a de pretender.

Dados los ditados á los príncipes y señores mexicanos, salieron los tres compañeros, naturales de Culhuacan, como sintiéndose agraviados del poco caso que de ellos se auia hecho y dixeron á Tlacaelel: Señor, no has cumplido tu palabra en lo que nos prometiste, pues saues que en esta guerra no emos sido los mas pereçosos en seruir al rey Itzcoatl; razon será no seamos defraudados de lo que por nuestras manos emos merecido, poniendo nuestras personas y vidas en auentura; y no nos tengays por de uajo estado, que aunque nos veys con el disfraz presente, que no somos de linaje que NO merezcamos ditados honrosos como los demas. Visto por Tlacaelel la razon que tenian, tomólos por la mano á ellos y á los dos capitanes que consigo auia lleuado, y presentólos ante el rey

Itzcoatl, y díxole: Valeroso y poderoso señor: estos cinco son los que tomé en mi compañía quando, tomando las espaldas de nuestros enemigos, los desuaratamos; por tanto, Señor, justo es sean premiados como los demas, pues te siruieron tanto como ellos, y que les des en pago de su seruicio ditados para que sean conocidos por tales caualléros: y pareciéndole al rey ser una cosa muy justa y que aquellos lo mereçian mejor que los otros, al uno de los mexicanos dió por ditado y renombre de valiente *Quauhnochtecutli*, y al otro dió por ditado *Cuauhquiauacatl*, y llamando á los tres forasteros naturales de Culhuacan, los honró y agradeció mucho el seruicio que le auian hecho: híçoles mercedes, dándoles ropas y cosas de valor, y juntamente renombres y ditados de caualleros, y al uno dió por ditado *Yopicatltecutli* y al otro *Cuitznauatl* y al otro *Itcotecatl*. Hecho y concluido lo que dicho es, Tlacaelel despidió á todos aquellos señores y caualleros, diciéndoles de parte del rey se fuesen á descansar y á tomar aliuio del trauajo pasado, los quales, muy contentos y alegres, se fueron á sus casas.

Los de Cuyuacan, viendo el daño que auian receuido y la destruicion de su gente y ciudad, y el robo y el saco que en ella auia hecho y la multitud de esclauos que los mexicanos auian lleuado, que dicen que no quedó mexicano que no prendiese uno ú dos, por muy vil que fuese, de los de Cuyuacan, indinados desto teterminaron de vengarse de los de Azcaputzalco, y encendidos en ira contra ellos, especialmente Maxtlaton, determinó por todas vias tomar cruel venganza dellos, y así fué que, por no auer ruido de guerra, ni tener posibilidad para el aparato della, y tambien por temer que los mexicanos los fauorecian, mandó á ciertos capitanes suyos que fuesen á Azcaputzalco y le matasen los mas principales del, lo mas secretamente que pudiesen. Estos traydores, que iban á cometer esta traycion, salieron de Cuyuacan de sobre tarde y llegaron á Azcaputzalco á puesta del sol, y lo primero que hiçieron fué enegrecer y tiznar sus caras con tizne de tea, por no ser conocidos, y aquella ora entraron armados á las casas principales del Señor de Azcaputzalco, y no pararon hasta llegar al lugar donde él estaua con otros señores y principales de su ciudad, los quales como los vieron, antes que se pudiesen valer, arremetieron á ellos y allí

les dieron de puñaladas á él y á los demas y á otros de su casa que se pusieron á querellos defender. Hecho esto se salieron sin detenimiento alguno fuera del pueblo, uyendo á su ciudad, sobre el qual caso se comenzó á leuantar en el pueblo gran alboroto y alteraçion, lleuando la nueva al rey *Itzcoatl* de caso tan mal hecho, el qual queriendo averiguar quién fuesen los culpados en aquel caso, alló que fuente obejuna LO HIZO,[1] sin poder averiguar otra cosa, y así se quedaron muertos los principales señores de Azcaputzalco, desde el qual tiempo vino aquella ciudad en gran disminuiçion, auiendo sido la mayor y mas populosa de la tierra y donde auia residido muchos años la corte real, y auiendo subjetado treynta caueçeras, las principales de la tierra, antes que los mexicanos viniesen ni soñasen de venir.

Voluiendo, pues, á nuestro propósito, despues de pasados algunos dias, el rey *Itzcoatl*, cuidadoso de gratificar á sus vasallos y á los que le auian seruido, para tenellos gratos y contentos y prestos en su seruicio, mandó llamar á su consejero y capitan general Tlacaelel, que casi era tenido por redentor de México como Joseph en Egito, pues él auia puesto espíritu y calor á los que ya estauan determinados de darse y sujetarse á los de Azcaputzalco, y díxole: Señor: ya veis que los que trauajan deben ser premiados y pagado su trauajo: los señores han trauajado y sudado, es justo sean galardonados, vayan y reciban el premio en Cuyuacan, repartiendo entre sí las tierras y entregándose en ellas, de las quales les hago merced. Tlacaelel besó al rey las manos por todos y en nombre de todos diciendo: vayan y reciban el bien y merced que les haces, el qual no es de menospreciar.

Dado el auiso á los principales, partieron todos para Cuyuacan á haçer el repartimiento: los de Cuyuacan los reciuieron muy bien, haciéndoles toda la honra posible como á señores suyos, y viniendo al efeto de repartir las tierras, los de Cuyuacan hicieron dexacion de todas las tierras comunes para que fuesen repartidas entre

1 Este es un proverbio antiguo, cuyo orígen refiere Covarrúbias en su *Tesoro de la lengua castellana*, artículo FUENTE, y que esplica así:—"Quando el delito es notorio y en particular no hallan quien lo aya hecho, siendo muchos los delinquentes, dizen: *Fuente ovejuna lo hizo*."

los mexicanos, en las quales ellos se entregaron y tomaron posesion, diciendo auer sido avidas por buena guerra, y al primero que señalaron tierras fué á la corona Real de su rey, pertenecientes al señorío y para el sustento real y hacienda suya, de donde se coxiesen bastimentos para el plato y sustento de la real familia y para los señores que acudian á la corte, forasteros á negocios, y para los mensajeros que venian de fuera y correos, á los quales era costumbre que todo el tiempo que se detuviesen en la corte auian de comer á la costa Real en el palacio. Señalada tierra al rey y á su corona, señalaron luego á su prepósito Tlacaelel, al qual le señalaron once suertes de tierra: luego tras él dieron á todos los principales, á cada uno á dos y á tres suertes, conforme al merecimiento de sus hechos y dinidades, y á otros á una, con lo qual quedaron todos muy contentos y pagados, y los de Cuyuacan muy desconsolados y tristes por verse desposer de sus tierras y hechos terrazgueros y tributarios de los mexicanos sus enemigos, sometidos al imperio mexicano, sin quedarles donde poder respirar con algun reparo ni esperanza de salud ni restitucion de sus tierras ni poseciones. Es por cierto de notar quántos MALES suele traer la propia presuncion y quánto puede remediar un juicio claro fundado en razon; quánto daño SE ACARREA el presuntuoso con su temeraria presuncion, siguiendo los acelerados ímpetus de su desordenada pasion, con la qual no solamente SE destruye á sí, pero á todos sus seguidores.

Los cuyuacanos, quietos, sosegados, queridos de mexicanos y auiendo entre ellos toda paz y contrato y comunicacion, vista la destruicion de los azcaputzalcos, pensó ganar mas honra que ellos y restaurar la quellos auian perdido llenos de una varia y prejudicial presuncion, sin irles en ello cosa alguna, mouidos por su señor Maxtlaton, hombre presuntuoso y inconsiderado, pensando tomar á los mexicanos sin mucha dificultad, atrayendo á la mayor parte de su gente á esta falsa opinion y mal consejo, vinó á lo que emos visto, quedando con tanta afrenta que la mayor parte de los vecinos y moradores de su ciudad se fueron huyendo á pueblos y á ciudades estrañas, que fué constriñido á poner guardas y penas y reparos porque no se le acauase de despoblar la ciudad, los quales

lo iban maldiciendo y injuriando con grandes injurias y afrentosas palabras por el mal que les auia causado, sin causa ni ocasion que á ello les compeliese ni forçase de parte de los mexicanos, venida ni causada, y esta era la querella que contra ellos la República formaua, auiendo sido ellos causa de que por la vitoria que contra ellos tuuieron uviesen venido los mexicanos á tanta excelencia, que ya uviese señores de ditados y grandes de aquella república á costa agena, de lo qual todas las ciudades comarcanas auian sentido pesadumbre, temiendo no les viniese dello y les resultase algun daño, ensoberuecidos con tantas venturas y vitorias; y los que mas se sintieron fueron los xuchimilcas, vecinos y comarcanos de Cuyuacan, entre los quales no faltó malos terceros que los inquietaron y desasosegaron contra los mexicanos, condenando la osadía de auer hecho grandes y armado á muchos caualleros ensalçando su república con tierras y haciendas agenas, los quales ditados, pues prometí de los declarar en nuestra lengua castellana antes que acaue este capítulo y entre en la guerra que los xuchimilcas mouieron sin ocasion ninguna á los mexicanos, quiero decir la interpretacion dellos.

Primeramente es de sauer que despues de eleto rey en México elexian quatro señores de los hermanos dese rey ó parientes mas cercanos á los quales dauan ditados de príncipes y de aquellos quatro auian de elexir rey y no de otros y eran los ditados *Tlacochcalcatl* el primero que se compone de *Tlacochtli*, que quiere decir *vara ó lança arrojadiza, dardo ó açagaya*, y de *calli*, que quiere decir *casa*, y es como si dixésemos el príncipe de la casa de las lanças arrojadiças, al qual le dauan aquel ditado para él y sus descendientes, como dicen en España el príncipe de Orange ó el duque de Alua, que á los de aquel linaje llaman los de la casa de Alua.

El segundo ditado era *Tlacatecal* que se compone este ditado de *tlacatl*, ques *persona* y deste verbo *tequi*, ques *cortar* ó *cercenar*, y así llamaron al segundo señor, corta hombres ó cercenador de hombres.

El tercero ditado fué *Ezuauacatl*, el qual ditado se compone de *eztli*, ques *sangre*, y de [1] *uauana*, ques *arañar* ó *arrasguñar*, de ma-

1 Y deste verbo. (Anónimo cit.)

nera que querrá decir, el derramador de sangre, arañando ó cortando.

El quarto ditado que dieron al quarto señor fué *Tlillancalqui*, el qual ditado se compone de *tlilli*, ques *tizne ó negrura*, y *calli*, ques *casa*, y querrá decir tanto como el Señor de la casa de la negrura, y es de sauer que auia un ydolo de la negregura y de aqueste ydolo y de su casa salió el ditado para este señor.

A estos quatro señores y ditados, despues de eletos príncipes los hacian del consejo real como presidentes y oydores del consejo supremo, sin parecer de los quales nenguna cosa se auia de hacer, y muerto el rey, de aquellos auia de ser electo Rey y no de otros, y tampoco podian ser puestos en este cargo y ditados sino eran hijos ú hermanos de reyes; y así electo uno destos quatro, luego ponian otro en su lugar: y es de sauer que no ponian hijo [1] del que elexian por rey, ó del que moria, porque como ya tengo dicho, nunca heredaron los hijos, por via de herencia, los ditados ni los señoríos, sino por election; y así, agora fuese hijo, agora fuese hermano, agora primo, como fuese eleto por el rey y por los de su consejo para aquel ditado, le era dado [2], bastaua ser de aquella lingnia y pariente cercano; y así iban siempre los hijos y los hermanos heredándolo, poco á poco; si no esta vez, la otra, ó si no la otra, y así nunca salia de aquella generacion aquel ditado y señorío, eligiéndolos poco á poco. Estos señores tenian vasallos que les tributauan [3] puebleçuelos, estancias terrazgueros que les dauan de todo género de mantenimientos y ropa, lo qual pienso tratar en un capítulo particular de los grandes tributos que los señores de México tenian impuestos á todos los pueblos que les eran subjetos, juntamente con la declaracion de todos los demas ditados, en ofreciéndose ocasion de tratar de cada señor en particular, aunque [4] todos los que quedan por declarar son condes, duques, marqueses, alcaldes de corte, corregidores, alcaldes, regidores, cónsules, alguaciles, oficiales reales, em-

1 Esto es: que no heredaba, ó sucedia en el trono el hijo.

2 Esto es, se le conferia el título y cargo, bastándole, etc.

3 Aquí faltan las palabras "de sus" ú otras equivalentes, puesto que ni los pueblos ni las estancias eran materia de tributo.

4 Así en nuestra copia. Probablemente en el original dice: así que.

bajadores, cuya interpretacion de nombres tratarê, aunque en lo dicho queda suficientemente declarado, pues todos se incluyen en los ditados referidos, aunque en ofreciéndose ocasion declararé algunos dellos.

CAPÍTULO XII. [1]

De la discordia grande que se recreció entre los de Xuchimilco y los mexicanos, en que despues de auer peleado los unos con los otros, los xuchimilcas fueron vencidos con muchos daños y muertes que los mexicanos hicieron en ellos.

No pareciendo bien á los xuchimilcas la demasía que los mexicanos auian tenido en destruyr á los de Cuyuacan, e temiendo alguna novedad empeçaron á se recelar dellos cada dia mas, no porque los mexicanos les diesen alguna ocasion en señas ni en palabras ni en obras, antes mostrándoles la mesma aficion y fabilidad, conversacion y buen rostro que hasta allí iban y venian á los mercados tratos y contratos como de antes; pero algunos que siempre tercian de mal entre los que ya tienen los coraçones inquietos, levantáronse algunos mal intencionados contra los mexicanos y dixeron á los señores: señores y naturales de Xuchimilco: temerosos estamos que los mexicanos, tan vitoriosos con las vitorias pasadas, an de pretender asegurarnos y sin sentir se nos an de entrar y tomar nuestras tierras y casas, desposernos de nuestras haciendas y hacernos sus terrazgueros: de parecer somos que nos vamos [2] sin guerra ni contienda á poner en sus manos y les ofrezcamos nuestra ciudad y bienes, porque así como así lo an de venir á poser.

Los señores de allí, que eran dos, el uno de la cauecera de Xuchimilco llamado *Yacaxapotecutli* y el otro de la milpa que se llamaua *Pachimalcatltecutli*, y juntamente juntándose á ellos muchos principales dixeron: qué desatino es el que decís: no se a de hacer tal cosa, ni se a de imaginar de que nos vamos á poner en manos de los mexicanos: buenos quedariamos los señores y con buena honra que de señores vengamos á ser vasallos y seruiciales de los

1 Véase la lámina 6ª, parte 1ª.
2 Vayamos sin guerra, etc., á ponernos, etc. *Anónimo cit.*

mexicanos, y que vaya yo á barrer y á regar las casas de los mexicanos y á que me manden con el pié y que los vamos nosotros á dar agua manos: no seria honra nuestra: nosotros emos de probar ventura y ver para quánto somos ya que algo uviere de ser; y allí se confederaron todos los xuchimilcas en este parecer y dixeron á los señores que aquello querian y deseauan y que quedase aquel parecer para que se siguiese y pusiese por obra.

Dada esta determinacion y acuerdo por cosa hecha, venian las yndias mexicanas á sus ordinarios mercados, como solian, sin recelo de cosa, ignorantes de lo que se auia contra ellos pensado, y los xuchimilcas comprando, por asegurallas, de aquellas cosas que trayan á vender de pescado y aves de la laguna, quisieron los xuchimilcas hacer una junta y banquete entre sí donde se acabase de concluir la determinacion y conjuracion que contra los mexicanos hacian; y guisando entre los manjares que auian de comer de aquellas cosas que las mexicanas trayan á vender, aconteció una cosa prodigiosa y espantosa, de que los xuchimilcas quedaron espantados y atónitos, y fué, que estando todos sentados en sus lugares para comer, todos los manjares que sacauan de las yndias mexicanas, que auian comprado, se les voluian [1], puestos delante dellos, piés y manos de hombres, braços, caueças, coraçones de hombres y asaduras, tripas. Ellos, viendo una cosa tan espantosa y nunca oyda ni vista, llamaron á los agoreros y preguntáronles qué podria ser aquello; los agoreros les pronosticaron ser muy mal agüero, pues significaua la destruicion de su ciudad y muerte de muchas gentes. Los señores, alborotados, empeçaron á decir: ¡ah señores! que somos perdidos y sin remedio! por tanto, xuchimilcas, aparejaos para morir porque la nobleça de Xuchimilco a de perecer como la de Azcaputzalco y la de Cuyuacan.

En este medio tiempo los mexicanos, seguros y sin sospecha ninguna, entendiendo que la amistad que entre sí tenian estaua con la mesma fuerça que antes, ofreciéseles necesidad de una poca de piedra y madera de pino aluar para el edificio del templo del ydolo *Vitzilopochtli*, y seguros de que reciuirian mala respuesta, enviaron sus mensajeros á los señores de Xuchimilco para que les diesen

1 O trasformaban........ en piés, etc.

piedra y madera. Los mensajeros tomaron el presente[1] de todo lo que pudieron y fueron á Xuchimilco, y llegados propusieron su embaxada en esta manera: Muy altos señores: el rey *Itzcoatl*, con todos los quatro señores de México, os besan vuestros piés y manos y os invian á saludar y os ofrecen este presente y piden el socorro de vuestro señorío y grandeça y generosidad, y es que quieren edificar un aposento al dios *Vitzilopochtli*: que reciuan de vosotros este beneficio, que permitais tomar alguna piedra pesada y alguna madera de pinos aluares para ella. Respondió *Cuauhquechol*, que era señor de allí y otro juntamente que se llamaua *Tepanquizqui*, ¿qué decís, mexicanos? ¿qué pedís? ¿estáis por ventura beodos ó fuera de juicio que venís aquí con esas cosas y demandas? ¿somos aquí por ventura vuestros vasallos ó esclauos, ó vuestros moços, que os emos de prouer aquí de piedra y madera y de quanto aueis menester? ¿ó son por ventura los que acá os inviaron, nuestros amos y señores, que nos mandan como á tales? por tanto, íos luego á vuestros señores y daldes esta respuesta: que no queremos ni es nuestra voluntad darles lo que piden. Luego partieron los mensajeros para México y dieron la respuesta aspera y mal mirada de los xuchimilcas al rey *Itzcoatl* y á todos los demas señores, de que quedaron muy admirados y espantados; y en parte les pesó mucho por ver que dello no podia suceder ningun bien; y así mandó el rey *Itzcoatl* que ninguno fuese osado de traspasar los límites de Xuchimilco, muger ni hombre, porque no sucediese alguna cosa, supuesta la desgracia[2] con que les auian respondido, y tampoco queremos que vengan acá, y así lo mandaron auisar.

Los xuchimilcas, viendo que ya no venian como solian, ni auia aquella comunicacion ni trato ordinario, entraron en consejo, y tomando parecer dixeron los señores á los demas principales: ya veis cómo los mexicanos nos hán quitado la habla y no vienen como solián, ni nos quieren ver ni tratar, por auelles negado lo que nos pedian; mirá si os parece qué será mejor para tener paz; que les démos lo que piden, pues en ello no se aventura cosa ninguna, mas de tornar á su amistad; á la qual plática respondió un señor de los de

1 Esto es, el regalo que acostumbraban presentar los embajadores.
2 Esto es, la mala voluntad.

Xuchimilco, que se decia *Yacaxapotecutli:* ¿qué decís, xuchimilcas? no se ha de hacer tal, porque si agora concediésemos con ellos seriamos tenidos por infames y los macegualés y gente comun quexarse y an[1] de nosotros y con raçon, diciendo que no los defendiamos y amparáuamos de quien los quixere sugetar; y así gánenlo por buena guerra y no aurá quien se quexe de nosotros. Todos los principales fáciles de persuadir, dixeron que así estaba muy bien acordado.

Estando las cosas desta manera, puesto entredicho de la una parte y de la otra, no auiendo entre estas dos ciudades comunicacion ni trato, aconteció que unos mexicanos mercaderes venian del marquesado con cargas de algodon resgatado para vender en su ciudad, y pasando por el monte que baxa á Xuchimilco salieron á ellos algunos soldados de los de Xuchimilco y preguntándoles de dónde eran, respondieron que de México: ellos, sin mas hablar, arremetieron á ellos, y maltratándolos muy mal, quitándoles las mantas y todo quanto llevauan, sin dexalles cosa ninguna, así desnudos y robados y muy mal heridos, los inviaron á la ciudad de México. Los caminantes se fueron derechos á la casa Real y puestos ante el Rey, así heridos y maltratados, llorando con gran angustia dieron su querella en presencia de todos los grandes, diciendo: Señor poderoso: estos que presentes estamos, auiamos salido á los tratos y grangerías que solemos, y viniendo de Cuauhnauac[2] con el resgate de algodon que solemos, salieron á nosotros los xuchimilcas y nos robaron y maltrataron de la suerte que ves, diciéndonos que á nosotros andauan á buscar para dar cabo de[3] nosotros.

Oydo por el rey *Itzcoatl*, reciviendo de ello y mostrando así en el semblante como en las palabras, enojo, dixo: hermanos mexicanos: vosotros aueis padecido: sufrí y callá que vosotros sereis vengados de vuestro maltratamiento, y restituidos en vuestras haciendas; y si presentes nos alláramos pusiéramos la vida por vuestra defensa, pero estando como estáuamos ausentes, tené paciencia y callá que á su tiempo sereis satisfechos. Y luego mandó llamar

1 Se quejarian.
2 Hoy, corruptamente, *Cuernavaca*.
3 Para acabar con.

á todos los señores, y estando todos juntos en su presencia les dixo: ya veis, mexicanos, la ocasion que los xuchimilcas an dado para quebrantar la paz sin auellos nosotros ofendido; por tanto, vayan cinco caualleros de vosotros y cinco soldados con armas encubiertas y sentaros eys junto á la mas principal simentera que en sus términos allaredes, y empeçá á cojer algunas maçorcas ó cañas della, y si alguno os saliere á defender la sementera ó haceros algun daño, sin matallos, me los maltratá muy maltratados y antes que salga gente armada me echá la milpa ó sementera toda por el suelo. Luego señalaron allí cinco de aquellos señores y cinco soldados viejos, y todos diez juntos se fueron á la primer sementera questaua en los términos de Xuchimilco y empeçaron á coger de las maçoreas y á quebrar algunas cañas del maíz, segun la industria que llevauan, y estando haciendo el daño salieron á ellos algunos xuchimilcas defendiéndoles la sementera, y queriéndoles prender, conociéndolos ser mexicanos, pero ellos revolviendo sobre ellos les dieron muchos macanaços y golpes maltratándolos malamente, y luego, antes que se diese el auiso, entraron por aquellas sementeras y pusiéronlas todas por el suelo sin poder ser de provecho, de suerte que quando los xuchimilcas acudieron, ya los mexicanos iban uyendo á su ciudad y recogiéndose en ella, los quales llegaron ante su señor *Itzcoatl* refiriéndole todo lo que auia pasado y la destruycion que se auia hecho de las sementeras.

El rey tomó parecer con los grandes de lo que auia de hacer. *Tlacaelel*, príncipe de los exércitos, y los quatro del supremo consejo, dixeron: Señor: nuestro parecer es que no quiébre el descomedimiento por nosotros: enviémosles á requerir con la paz y pregúntenles si están determinados de nos hacer guerra ó si quieren nuestra amistad, y para este effeto vayan dos de nuestros hermanos de los mas principales mancebos. El rey, pareciéndole bien, llamó á uno de sus grandes, y díxole que mandase al principal, llamado *Tucultecatl*, y al otro llamado *Axicoyo*, hombres valerosos y de mucha estima, que fuesen con la embaxada á los señores de Xuchimilco, diciéndoles mirasen su determinacion quál fuese, porque ellos deseaban la paz y concordia, y que si no la quisiesen, truxesen la determinacion y conclusion de todo. Estos dos señores respon-

dieron les parecia de yr, y así se aparejaron para hacer su embaxada.

Idos y llegados á un lugar que cae en términos de Xuchimilco, que se llama Ticoa apan,[1] salieron á ellos muchos señores de la parte de Xuchimilco, todos á punto de guerra, con sus armas y devisas, espadas y rodelas, de lo qual iban los dos señores mexicanos desapercibidos, sin llevar cosa para su defensa. Los xuchimilcas les preguntaron qué era lo que querian y que adónde iban. Ellos respondieron ser de México y que iban á Xuchimilco con una embaxada á los señores. Ellos les respondieron que no eran su voluntad que entrasen con embaxada ninguna; que si algo querian, que allí lo podrian decir. Ellos tornaron á porfiar de querer entrar ante el Señor de Xuchimilco, de lo qual ellos enojados los detuvieron, amenaçándolos con la muerte, y ORDENANDOLES que se fuesen, que dixesen á su Señor que su determinacion era de destruillos y que ya no auia que replicar, y que esta era la última respuesta y resolucion de toda la tierra xuchimilca, así de los moços como de los viejos, moços y niños y mugeres, y que no auia mas que preguntar. Ellos, no osando porfiar, dixeron fuese norabuena, que ellos se olgauan de la resolucion de su propósito y que ellos se voluian; los quales vueltos á México y venidos ante su Señor, le contaron todo lo que les auia acontecido con los señores que en el camino toparon; y cómo andauan todos armados y á punto de guerra, y que su determinacion era de matallos y destruillos, y que no dexándolos entrar en la ciudad, los auian hecho voluer de ella. El rey *Itzcoatl* les dixo: ¿Es posible que siendo vosotros mensajeros y yendo sin armas no os dexasen entrar? Ellos respondieron, que no, en ninguna manera. Vuelto á *Tlacaelel*, le mandó auisase á los de su consejo que ablasen á los señores principales uviese aperciuimiento en la gente para la guerra, pues ellos estando seguros y sin voluntad de hacelles mal, se auian determinado de los destruir y matar.

Los del consejo se juntaron y mandaron llamar á todos los principales y capitanes de los exércitos, con todos los demas soldados viejos; y determinada la guerra entre ellos, empeçaron á juntar y á prevenir la gente y hacer sus pertrechos de guerra, porque por ser

1 Así en la copia; mas probablemente, *Tisaapan*, hoy *Tisapan*.

la gente xuchilmica gran número y demas deso valerosa, érales necesario el reparo. Aperceuidos ya todos y las cosas necesarias, *Tlacaelel* hiço reseña de su gente en un lugar que llaman *Teyacac*, y escogiendo la gente que mejor le pareció de los mas valerosos soldados y mas dispuestos, y á estos hiço una plática: señores y valerosos soldados: LES DIJO, toda la nacion xuchimilca está contra nosotros, que en su comparacion y número somos casi nada: no os espante la multitud: esfuerzo es y ánimo el que hace al caso: aueis de saber que nuestros enemigos están muy cerca de aquí, en un lugar que se dice *Ocolco*, y allí a de ser la batalla; por tanto, mexicanos, celebrá vuestro nombre como soleis. Ellos todos con alegría y esfuerzo respondieron estar aparejados á morir ó vencer, y luego empeçaron á marchar muy en órden, ordenadas sus ileras, siguiendo cada ilera á su capitan.

Llegados á vista de los enemigos, haciendo alto los xuchimilcas, alçaron gran alarido y vocería, diciendo: vení, vení, mexicanos, que vuestro fin es llegado; los quales era tanto el número dellos, que cubrian los llanos, y era tanta la riqueza, que en las armas y devisas y en las rodelas tenian el oro, joyas, piedras y plumas, que relumbrando con el sol, hacian gran resplandor con los rayos que dellas salia, con tantas diferencias de armas verdes, açules, coloradas, amarillas, negras, finalmente, de todas colores, quera contento vellos. Los mexicanos, acercándose á ellos, les dixeron: oh desventurados xuchimilcas; pobres de vosotros y de vuestras mugeres y hijos, ¿quién os engañó á venir á este lugar donde perdereis muy en breve el brio y gallardía y esa vana fantasía que trais y aueis de ser nuestros tributarios y terrazgueros? y diciendo estas palabras empeçaron á disparar muchas varas arrojadiças y flechas, y fué con tanta furia y priesa que cubrian el sol, y fué tanta la vocería que juntamente levantaron, que undian los valles; de SUERTE que á poco de rato los de xuchimilco empeçaron á desamparar el llano y á voluer atras, aunque poco á poco, dándoles gran ánimo y esfuerzo sus capitanes que les hacian tener el pié quedo; pero viniendo á las espadas y rodelas, los mexicanos, diestros y animosos en aquel menester, rompiendo por los escuadrones de Xuchimilco, los empeçaron á llevar poco á poco hasta un lugar que llaman Xochite-

pec: ganado este cerrillo, subióse en él *Tlacaëlel* y empeçó á decir á grandes voces, rodeando la espada y la rodela: ea, mis valerosos mexicanos, que la vitoria es nuestra; no os fatigueis mucho: poco á poco mueran, mueran, y sean destruidos los que, sin devérselo, nos an querido destruir. Y baxando del cerrillo á todo correr, poniéndose delante de su gente, que ya andaba cansada, empeçó á hacer marauillas, derrivando á quantos delante topaua, con ló qual los mexicanos, animados, y los xuchimilcas atemoriçados, se empeçaron á recoger á una cerca ó aluarrada que para defensa de su ciudad tenian hecha, y poniéndose tras la cerca y por algunas troneras que en ella tenian, hacian gran daño á los mexicanos; pero ellos arremetieron á la cerca y con las mesmas espadas, palos y coas le empeçaron á hacer grandes portillos y á echalla por el suelo.

Visto por los señores de Xuchimilco que de fuerza la ciudad auia de ser saqueda, si en ello no se proueyese, pues ya la cerca toda estaua por el suelo y la defensá era poca, á causa que los que la defendian la auian desamparado la mayor parte dellos, y los mexicanos hacian gran destroço y matança, salieron los señores, como e dicho, y sin armas y las manos cruçadas, haciendo grandes ademanes y cerimonias, se postraron en presencia de todo el exército diciendo: mexicanos y señores nuestros: veisnos aquí los que alguna culpa tenemos de vuestro enojo y trauajo y pesadumbre: executá en nosotros vuestra ira y furor y no permitais que los viejos y los niños perezcan, ni la ciudad sea saqueada ni destruyda: ya aueis vengado vuestro corazon: abaxá vuestros brazos y espadas; echá por el suelo vuestras rodelas y descansá: mirá lo que quereis, que aquí sereis servidos: de oy mas son vuestros los montes y collados, las aguas y fuentes, tierras y llanos de donde sale toda la riqueça desta ciudad, piedra pesada y liviana, madera y leña, todo está á vuestro seruicio: aplacá vuestros coraçones, pues mientras mas de nosotros hiciéredes,[1] menos, menos vasallos terneys que os siruan: descansá, mexicanos, y no aya mas contienda, que vosotros nos aueis vencido en buena guerra. Los mexicanos, para mas amedrentallos, respondieron que no querian sus promesas ni auian

1 Probablemente—"hiriéredes," esto es—"cuantos mas de nosotros hiriereis, menos, etc."

menester su piedra ni madera, que muertos ellos y borrado su nombre de la tierra, ellos harian á su voluntad, y que todo quedaua por suyo y que ellos poblarian aquella çiudad: y leuantando el alarido otra vez, tornaron á leuantar las armas para los herir, diciendo mueran los traydores; no quede hombre á uida. Los xuchimilcas tornaron á humillarse y á rogar cesase la contienda y pelea, considerando la hambre de los soldados y deseo que de saquear la ciudad tenian, diciendo: ¿qué es lo que pretendeis, señores nuestros? Valerosos mexicanos; si buscais tierras para el sustento de vuestras personas, aquí os las daremos muchas y muy buenas; aquí os iremos á seruir á vuestras casas y daremos agua manos y todo lo que uviéredes menester, y os edificaremos vuestras casas, y á donde fuéredes y camináredes y caminos que anduviéredes, os yremos siruiendo y os lleuaremos vuestras cargas, y si fuéredes á las guerras os proueremos de vituallas para ellas, y de todo lo necesario de armas y bastimentos y os ayudaremos con gente; en fin, os seremos subjetos hasta la muerte. *Tlacaelel*, mandando que todos baxasen las armas, viendo á los enemigos rendidos, mandó que cesase la contienda, y todos, sin entrar en la çiudad, diesen vuelta á la çiudad de México.

Los soldados, con pesadumbre y enojo, no mostrando buen rostro á lo que les era mandado, empeçaron á dar vuelta á la çiudad de México, quexándose no auelles dado liçencia para el saco, como en las demas ciudades se les auia dado, conociendo ser Xuchimilco de las ricas ciudades de la tierra y donde ellos podian henchir las manos muy á placer: en fin, *Tlacaelel* les prometió dalles satisfecho[1] de lo que allí perdian; pero vuelto á los de Xuchimilco les mandó que luego, sin mas tardar, mandasen á todos los de la ciudad hiciesen una calçada de tres braças en ancho desde su pueblo hasta la ciudad de México, de piedra y tierra, cegasen el agua quel término desta calçada tomase, y hiciesen sus puentes á trechos para que el agua tuviese por donde salir de una parte á otra. Los xuchimilcas baxaron la caueça y luego dieron mandato por toda la nacion xuchimilca, ques gran poblacion y trecho de tierra el que

1 Compensacion.

ocupó, pues corre mas de veinte leguas hasta un pueblo que se dice Tuchimilco, y por otro nombre, Ocopetlayucan. Oyda la voz acudió toda esta nacion á hacer la calçada, que oy en dia se anda de la ciudad de México á Xuchimilco.

CAPÍTULO XIII. [1]

De cómo despues de hecha la calçada por los xuchimilcas y tepanecas mandó el rey Itzcoatl de México ír á repartir las tierras de Xuchimilco.

Luego que los de Xuchimilco fueron vencidos y ellos subjetos á la corona real de México, como arriba diximos, fuéles mandado hiciesen aquella ancha calçada que va de la ciudad de México á la ciudad de Xuchimilco, para lo qual rogaron á los de Cuyuacan les ayudasen á la hacer, al menos lo que tocaua á sus pertenencias, los quales sin mas réplica los concedieron la ayuda y así lo hicieron, pues hicieron todo lo que tocaba á su pertenencia. El modo de hacella fué sobre mucha cantidad de estacas, piedra y tierra sacada de la mesma laguna como céspedes: hecha esta ancha calçada, no tardando en ello muchos dias por la inumerable gente que en ella andaua, mandó llamar *Itzcoatl* ante sí á *Tlacaelel*, y díxole *Tlacaelel:* ya la calçada que mandaste hacer á los xuchimilcas está hecha y la an hecho de buena voluntad; lo que agora resta es que los señores mexicanos vayan á goçar de lo que con el sudor de su rostro y con el trauajo de sus manos ganaron y con el esfuerço de su coraçon, y es mi voluntad que tú vayas en persona, con dos de los de mi consejo, y despues de dexar contentos á todos los principales y señores hermanos mios y tuyos, y que despues de auellos dado á quatrocientas baras [2] á cada uno, pues no uvo saco ni robo de que los soldados se suelen hacer pago de su trauajo,

1 Véase la lámina 6ª, part. 1ª

2 Así nuestra copia y seguramente en la que le sirvió de original; mas es muy probable que en este dijera "brazas" por ser esta la medida agraria que he visto en algunos documentos anteriores á la conquista, y porque los mexicanos no conocian nuestra vara de medir.

mando que á todos los mas señalados se les den tierras para en pago de su trauajo, y para tí escoje á tu voluntad, que caro nos cuesta, pues cuesta la sangre de nuestro cuerpo y las vidas de muchos. *Tlacaelel*, con todos los que se allaron presentes, dieron muchas gracias al rey besándole las manos y dieron luego auiso de lo quel rey mandaua para que todos acudiesen á dalle las gracias como era justo: y estando todos congregados partieron para la ciudad de Xuchimilco gran número de gente de señores y principales soldados y gente comun al repartimiento de las tierras, olgándose de ver la calçada que en tan breue tiempo auian hecho.

Llegados á la ciudad de Xuchimilco todos los señores de México, salieron todos los principales á los recibir con mucha honra, mostrándoles gran amor y aposentándolos en las casas de señorío: les dixeron fuesen muy bien venidos á aquella ciudad y que descansásen y se olgasen que tiempo auia para entender á lo que venian, y dándoles muy bien lo que auian menester, así de comida muy bastante y opulenta, como de mantas ricas, joyas y piedras de valor, proueyéndoles de rosas y de atambor, empeçaron á hacelles areytos en los quales por dalles autoridad entraron todos á baylar y cantar á su usança. Celebrado el hospedage y dada la buena venida, hicieron luego dexacion de sus tierras para que se cumpliese lo quellos mesmos auian dicho, dando sentencia contra sí en el repartimiento dellas. Los mexicanos, muy contentos, fueron con los señores del pueblo á los lugares donde podian entregarse á su voluntad y diciéndoles: señores, veis aquí tierras, tomá segun el mandato de nuestro señor y rey *Itzcoatl*, que vuestro es y vosotros lo ganastes. Luego fueron señaladas tierras á la corona Real, como ya lo tenian de costumbre, y luego á *Tlacaelel* y trasél á todos los señores y principales, á los quales dieron á dos suertes á cada uno, y luego á todos los soldados que eran de mas nombradía, á suerte.

Los de Xuchimilco, auiendo dexado sus tierras y viéndose así desposer dellas, no pudiéndose contener de lágrimas empeçaron á gemir su desventura y á decir á los mexicanos: señores: ya estareys satisfechos de auernos desposeydo de nuestras tierras y patrimonios: ya por nuestra desventura somos vuestros vasallos y emos tomado la carga y esclabonía de ser vuestros tributarios: rogamos

á nuestro señor y rey *Itzcoatl* y á vosotros que os ayais con nosotros begninamente y nos sobrelleueis nuestras flaqueças y miseria y que os compadezcays del pobre viejo y de la pobre vieja, del guerfano y de la viuda, debajo de cuya proteccion se sómete, confiando en vuestra begninidad y clemencia. Los mexicanos, movidos á compasion, los consolaron y animaron con palabras muy begninas, prometiéndoles su fauor todas las veces que lo uviesen menester; y con esto los mexicanos se vinieron á su ciudad y dixeron al rey lo bien que los de Xuchimilco lo auian hecho y la honra con que los auian tratado y con la liberalidad con que les auian dado las tierras, de lo qual el rey olgó estrañamente y mandó fuese auisado el señor de Xuchimilco como le hacia uno de los muy priuados suyo y que pudiese estar y comer en su presencia y dar parecer en todo lo que se uviese de hacer, lo qual tuvo á mucho y fué uno de los grandes favores que á señor ninguno se auia dado hasta entonces.

Fué el tribu Xuchimilco de los terceros que poseyeron esta tierra y salieron de aquellas siete cuebas donde vivieron mucho tiempo y fué gran cosa en tiempo antiguo: tuvo muchas guerras con los de Culuacan sus comarcanos sobre tierras y términos y señoríos, porque Culuacan, como fué la primera en elexir reyes y señores, antes que los mexicanos viniesen, tuvo grandes competencias con los de Xuchimilco, porque cada ciudad destas dos no querian reconocer superioridad la una á la otra, pues fué cierto que despues con las nuevas ayudas que Culuacan tuvo de los mexicanos, recienvenidos, vino á tener algunas vitorias contra los de Xuchimilco, en especial una muy nombrada donde fué concierto y determinacion que todos los que de los de Xuchimilco prendiesen y uviesen á las manos, los señalasen cortándoles una oreja, y así en aquella batalla que por agora les dieron, á todos quantos á las manos vinieron, á todos les cortaron una oreja, y vide afirmar, de mas de auellos visto en la pintura, que los de Culuacan llevauan unos cestillos en las canoas llenos de orejas de hombres, la qual vitoria fué nombrada y tan celebrada de los de Culuacan que hasta el dia de hoy la cantau en sus areytes y bayles y la soleniçan; pero como dixe, con ayuda de los mexicanos, que en aquella saçon eran re-

cien venidos á la tierra, á quien se les atribuye la vitoria y hecho; tiene, empero, esta excelencia los de Culuacan y quedaron con este nombre y de ser los mejores de la tierra, y hoy dia le tiene y lo son, de cuya çepa tienen orígen y principio los reyes de México y muchos señores principales y gobernadores de las demas provincias, pues salieron dellas señoras que engendraron estos señores, demas de que fueron los primeros que á esta tierra llegaron y poseyeron aquel lugar de Culuacan y fueron los mas prencipales en aquel tiempo de toda la generacion xuchimilca, y así hiço caueçera y señorío por sí y subjetó mucha parte de las prouincias á su seruicio, especialmente á los chinantecas sus vecinos y aliados, que se les quisieron alçar á mayores, juntamente á los xuchimilcas. Llamáuanse las señoras que fueron madres de los Reyes y çepa de todos los demas señores de la tierra y nacion mexicana, *Atotoztli* y la otra *Ilancueitl*, de quien atras hiço mencion la ystoria en el capítulo VI, aunque como allí referí, uvo opinion que la una dellas fué estéril y sus hijos quella fingió tener y ser suyos, segun la opinion de pueblo, no fueron sino de particulares concubinas del rey con quien ella era casada. Esta opinion allo no muy verdadera por lo que en una pintura ví pintado, donde daua á entender auer sido casada *Ilancueitl*, la que dicen auer sido estéril, con un señor de Coatlichan, el qual siendo muerto por un tyrano que se quiso alçar con el reyno y matar juntamente á un niño que heredaua el reyno, hijo desta señora, ella le escondió y vino huyendo con él á la ciudad de Culuacan, donde ella era natural, y esto despues de auer quedado viuda del rey de México *Acamapichi*.

CAPÍTULO XIV. [1]

De cómo los de Cuitlauac se reuelaron contra los mexicanos en tiempo del rey Itzcoatl, y de cómo fueron vencidos.

Luego qué los xuchimilcas fueron subjetos á los mexicanos, pareciôles á los del pueblo de Cuitlauac que era menoscauo de sus personas no mostrar y probar sus fuerças contra los mexicanos, pareciéndoles que era caso vergonçoso estarse quietos en libertad teniéndolos los mexicanos por particulares amigos; pero ellos bulliciosos y enemigos desta quietud, pareciéndoles quel agua de que estauan cercados les era muro y defensa de su ciudad y la hacia inespunable, y tambien confiando que la destreça que tenian en revolver las canoas á una parte y á otra les era gran ayuda, y en ello no se engañauan, porque lo que mas temor puso á los mexicanos fué el no auer campo raso para poder entrar y salir como ellos suelen, sino todo laguna. Era en aquel tiempo señor de Cuitlauac un valeroso yndio que llamauan *Xuchitlolinqui*, de coraçon belicoso y amigo de emprender alguna açaña notable, y de propósito empeçó á desgraciarse con los mexicanos y á apartarse de su amistad y conversacion, aunque no muy á la clara ni tan ascondidamente que los mexicanos no lo oliesen y conociesen el desvío, como gente astuta y resauida y que siempre miraba á las manos.

Tenida la sospecha entre los señores de México, usaron de un ardid y sutileça para acauarse de satisfacer, y fué quel rey *Itzcoatl* hiço junta de todos los mas principales de la ciudad de México, tan oculta y secreta que nadie no la entendió, á los quales dixo desta manera: paréceme que e sentido en los de Cuitlauac algun desvío y desamor, para lo qual e pensado una cosa, para quietar mi

1. Véase la lámina 7ª, part. 1ª

coraçon, y quitarme de si es no es, yo quiero inviar dos de vosotros á *Xuchitlolinqui*, que de mi parte le digan que yo quiero hacer una fiesta muy solene á nuestro dios *Vitzilopochtli*, y que para que mas señaladamente se celebre, le convido para ella á él y á todos los señores de Cuitlauac, y juntamente le suplico trayga consigo todas las doncellas hijas y hermanas de señores, para quellas con sus cantos y bayles celebren esta solenidad, y esto es lo que tengo determinado: si hiciere lo que le ruego, entenderé auerme engañado en mi sospecha, pero si no lo hiciere, él declarará su coraçon y mostrará su voluntad. *Tlacaelel*, que en todo era el primer voto y á quien se daua la mano en responder, dixo le parecia muy bueno el acuerdo que auia tomado, en el qual parecer vinieron todos los demas señores, con la qual determinacion señalaron dos de los mejores que allí estauan y enviáronlos con el mensaje dicho; los quales llegados ante *Xuchitlolinqui*, representáronle su embajada, diciendo: gran señor: el rey de México, tu gran amigo *Itzcoatl*, quiere hacer una fiesta muy solene y señalada á nuestro dios, y para mas señalarse en la celebracion della quiere que la solenices tú y todos tus principales, y juntamente los que baylen y canten sean todas las doncellas deste pueblo, hijas y hermanas, sobrinas y parientas muy cercanas de señores de alta y noble sangre, para que despues de sus dias quede esta cerimonia en el culto de su dios; juntamente te suplica que vayan acompañadas con sus ayos y amas para que no se cometa ninguna cosa que sea en desonor y deseruicio de su dios y que lleuen rosas, juncia como es uso y costumbre para esta fiesta.

Oyda la embaxada por *Xuchitlolinqui*, mostró en el semblante auer receuido enojo y pesadumbre, el qual respondió con alguna desgracia y aspereça, diciendo: mexicanos, ¿saveis lo que os decís? ¿son por ventura mis hijas y hermanas y parientas y de los demas señores de Cuitlauac, juguetes ó truanes de vuestro dios que han de cantar y baylar delante del? decilde á vuestro señor *Itzcoatl* que no tengo yo en tan poco á las doncellas de mi pueblo, aun á las de muy baxa suerte, que las e yo de inviar por solo su mandado á que sirvan de truanes á su dios: que doncellas tiene en su pueblo, que se sirua dellas, que ni en este caso ni en otro no espere ser obede-

cido de mí: que si lo hace por inquietarnos ó hacer mas guerra, que aparejados estamos para lo quel quixiere, y con esto os podeis voluer: el qual mandó no les diesen ningun refrijerio de comida ni otra cosa.

Los mensajeros voluieron tristes á su rey con esta embajada, significándole el enojo y mal recebimiento que Xuchitlolinqui con ellos auia recevido y con su embaxada. El rey y *Tlacaelel* y todos los de mas señores empeçaron entre sí á tratar de la rebelion y á dar por verdadera la sospecha del rey, entre los quales uvo quien terció de mala [1] y se puso á decir: ¿quién piensan estos de Cuitlauac que son, que en tan poco nos tienen y estiman, que con tanta osadía se atreuan á responder una respuesta tan mal mirada á un rey tan poderoso como tú? *Itzcoatl* mandó que luego en aquella mesma ora voluiesen los mensajeros y preguntasen la resolucion de su voluntad en una de dos cosas; la una, que nos an de servir y obedecer y ser subjetos á nuestra voluntad, ó que se aparejen para la guerra; la qual embaxada dieron á *Xuchitlolinqui*, la qual oyda por él, trató mal á los mensajeros de palabra y los mandó echar á rempujones de sus casas Reales y mandóles dixesen no voluiesen mas allí con ningun mensaje, porque él y los señores de Cuitlauac receuian pesadumbre y enojo de vellos, y que estauan determinados de destruillos ó morir en la demanda y quietar su coraçon y prouar sus fuerças y el valor de sus personas. Los mensajeros voluieron á México y dieron á su rey la respuesta y determinacion de los de Cuitlauac, y de cómo era de probar sus personas y de hacelles guerra, y esta era su última determinacion; y que desde aquella ora se auia pregonado en Cuitlauac y publicado la enemistad, y que ya estauan todos en arma esperando el fin de la guerra.

Oydo por *Itzcoatl*, dixo á los señores: huélgome, valerosos caualleros, de que seos ofrezca ocasion donde mostreis el valor de vuestras personas, el qual se muestra en lo mas dificultoso: dexaldos, quellos y su presuncion cairán como páxaros en la red, pues no se nos an de ir de las manos. Los señores mexicanos, sospechosos y temerosos de que los de Chalco no les armasen alguna traycion, aduirtieron á su rey dello, el qual invió un mensajero á *Cuateotl*

1 Esto es, que quiso indisponer ó exaltar los ánimos.

y á *Teteoçitecutli*, señores de Chalco, dándoles quenta de la rebelion de Cuitlauac; la qual se auia revelado contra ellos sin auelles dado ninguna ocasion; que les suplicauan, con mucha umildad, le dixesen si les auian pedido algun favor ó ayuda contra ellos, porque no era posible, mostrándose tan orgullosos y atreuidos, que confiasen en solas sus fuerças siendo tan pocas: que lo que temia era, no confiasen en el favor que de Chalco les podian inviar: que se declarasen, porque si les dauan favor, proverian de otra manera lo que á su defensa cumpliese, porque para los de Cuitlauac no era menester mucho aparato y para los de Chalco sí, porque los tenian por iguales en armas y valor.

Los señores de Chalco respondieron á los mensajeros, besauan las manos del rey *Itzcoatl* y que le dixesen que hasta aquel punto no auian tenido noticia de cosa, ni sauian nada de la guerra, dado que vian la diligencia y cuydado que los de Cuitlauac ponian en cercarse y pertrecharse por todas partes; pero que ignorauan la causa: que estuviesen seguros que de su parte no se les haria ningun daño. Los mensajeros voluieron á México y dieron su respuesta al rey, el qual mandó á *Tlacaelel*, como por via de menosprecio y escarnio de los de Cuitlauac, que mandase aperceuir solamente á todos los mancebos de la ciudad de veynte y quatro años para abajo [1] y les diesen armas colchadas de algodon, fisgas, flechas, espadas y rodelas y que los industriasen los capitanes, porque con estos mochachos queria dar guerra á los de Cuitlauac y vencellos con ellos.

Tlacaelel elixió ciertos capitanes de los mas industriosos que guiasen y enseñasen esta gente, y llamados los prepósitos y ayos de los mancebos que por los barrios auia y á los maestros de los recogimientos y colegios de moços y muchachos, los quales auia en cada barrio, á los quales se les dixo la voluntad del rey, y luego fueron traydos de todos los barrios gran número de moços, todos mancebos de á veinte y quatro años, á los quales dieron capitanes y ellos mostraron gran voluntad y codicia de morir ó vencer: y así se les dió todo lo necesario, con que se adereçaron juntamente con mucho bastimento que de los pueblos cercanos se proueyó;

1 De diez y seis á diez y ocho años. (Anónimo cit.)

y estando todo á punto se echó bando por la ciudad que dentro de aquel dia todos saliesen á un lugar que se decia *Yaualiuhcan*, donde todos se recoxieron, y vestidos todos con sus armas, espadas y rodelas, empeçaron muy en órden á marchar acia el pueblo de Cuitlauac, todos gente muy lucida, dispuesta y muy bien adereçada: y llegados á un lúgar que llaman *Tecuitlatenco*, hicieron alto y esperaron la armada de México que venian por la laguna, que eran mill canoas, muy bien adereçadas de gente y paueses con gran número de fisgas y varas arrojadiças, flechas y rodelas y de hombres para defensa de los flecheros, los quales estauan tan diestros en desviar flechas con las rodelas, que era espanto, porque en viéndola venir luego la dauan con la rodela que la echauan á traues.

Llegadas las canoas, embarcóse toda la gente del exército y pasaron un braço de laguna que no tenia calçada ni pasaje y era algo hondable, y así pasado el exército mexicano y saltando en tierra de Cuitlauac, salieron los del pueblo á ellos, todos en canoas muy adereçados con sus armas muy galanas y ricas, las canoas muy bien adereçadas de ricas rodelas y plumas con que los remeros venian cubiertos, y los que de pelea venian en ellas todos muy bien armados, cubiertas las armas de plumas blancas, coloradas, amarillas y açules y verdes, negras y de todas colores con muchas diferencias de plumajes en las caueças y á las espaldas, al cuello muchas joyas de oro y piedras engastadas, braceletes de oro muy resplandecientes, y en las gargantas de los piés unas medias calcetas de oro como por remate de las armas, de que de piés á caueça venian armados; y en haciendo señal los mexicanos, que fué luego que los descubrieron, empeçó la vocería de una parte y de otra y á disparar las varas arrojadiças, arma muy peligrosa, porque donde entra no puede salir sino por la otra parte, á causa de unas lengüetas que les hacen, como harpones, y de fuerza le an de hacer gran auertura ó a de salir por la otra parte. Destas varas se dispararon gran cantidad, así de la una parte como de la otra, las quales hicieron gran daño á ambos los exércitos, con la mucha cantidad de flechas y piedra que los de tierra disparauan, y la gente que metida en los cañauerales enviaba.

Los de Cuitlauac, viéndose muy apretados así de la tierra como

de la agua, de aquellos incansables mancebos que andauan á remuda, hicieron un sacrificio muy donoso á todas las sabandijas del agua para que les fuesen favorables, invocando á las culebras del agua y á las ranas y peces, á los camaroncillos y á las sanguijuelas, y finalmente, á todos los gusanillos y sauandijas que en ella se crian, haciéndoles una oracion deprecativa, pidiéndoles favor y ayuda; el dios de las quales sauandijas dicen que les respondió quel remedio era, si no querian perecer y ser acabados de los mexicanos, por ser gente belicosa y vengatiua y diestrísima en las cosas de la laguna, que pidiesen misericordia y que se les sugetasen. Ellos, oyendo la respuesta del dios de las aguas y pescados, ranas y culebras, camarones y sanguijuelas, voluieron al combate y vieron andar ya muchas canoas sin dueños por encima del agua, de acá para acullá, y cubierta la laguna de remos y de rodelas y de fisgas y flechas que la cubrian, y unos muertos y otros mal heridos, nadando por encima del agua.

Los mas principales, con su Señor delante, *Xochitlolinqui*, cargados con todos los géneros de pescados que pudieron auer y con gallinas, patos y otros presentes de calidad, y fuéronse á los señores mexicanos que estauan á su gente,[1] en particular á *Tlacaelel*, que le conocian por hombre piadoso, y postrados ante él le suplicaron aplacase su coraçon y que mandase cesar la gente de maltratallos; que ellos querian dalles, no solamente sus hijas y hermanas, pero tambien los querian servir y ser sus vasallos, para todo lo que les quisiesen mandar. *Tlacaelel*, en nombre de todos los demas señores, los recibió muy bien y los consoló, y luego mandó cesasen el combate, que era[2] tañer un tambor, con que luego baxauan las armas cesando la guerra. Los soldados recogieron las canoas perdidas y todas las rodelas y cosas de precio que auia en la laguna, desnudando los muertos, de que se aprovechauan todos los mas, que cada qual podia coger de aquellos despojos. Los de Cuitlauac agradecieron mucho la benignidad con que fueron admitidos á misericordia, lleuando á todos los señores á su pueblo, y aposentándolos en las casas de la comunidad, donde les fué hecho el regalo

1 Es decir, que estaban á la cabeza del ejército.
2 Esto es; cuya señal era, etc.

que á su uçança ellos suelen haçer, de comida y bebida y ropa para vestirse, y bragueros: mandó *Tlacaelel* se voluiesen todos los soldados á México, con los quales, metidos y embarcados en canoas, se voluieron á México.

Llegados los señores ante su rey, diéronle cuenta de lo que auian hecho y de cómo dexauan al pueblo de Cuitlauac sujeto á la corona Real de México con la mesma carga que los demas que auian vencido, y obligados á que todas las veces que les pidiesen las moças y doncellas para el bayle y areyto de los dioses, que las inviarian y que sirvirian en todas las demas obras y seruicios personales y tributos que les fuesen ympuestos, porque ellos no tenian tierras de que se pudiese hacer repartimiento, pero que dauan de lo que tenian. El rey *Itzcoatl*, aunque mal dispuesto, holgó de la vitoria y dió las gracias á todos los señores y principales, al qual, agrauándosele la enfermedad, entendiendo de se acercársele la muerte, mandó llamar al Señor de Tezcuco, *Neçaualcoyotl*, pariente cercano suyo, y aconsejóle que no tuviese guerra con los mexicanos, sus parientes y amigos, sino que antes se hiciese con ellos y fuese en su favor siempre: y dexó ordenado que desde en adelante fuese EL DE Tezcuco el segundo rey de la comarca y el tercero el de Tacuba, á quien llamauan el rey de *Tlaluacpan*, que quiere decir el rey de la tierra enjuta: juntamente mandó el rey *Itzcoatl*, antes que muriese, juntar todos los señores y principales, á los quales encomendó el culto de los dioses, y quel rey que fuese le rogaba mucho, pues él auia sujetado muchas ciudades, que hiciese el edificar un templo muy suntuoso á su dios *Vitzilopochtli* y á los demas dioses, y que su figura y la de los reyes sus antepasados, se esculpiesen en piedras para perpetua memoria. Y concluida la plática y testamento murió, dexando la ciudad muy triste y desconsolada con su muerte, por ser un rey muy valeroso y de ánimo invencible, y amigo del aumento de la república y ensalçamiento de su patria. Murió, segun la mas verdadera relacion, el año de 1440, y no reynó mas de catorce años.

Otra relacion y pintura hallo peregrina, que señala auer reinado diez y nuebe años y que murió el año de 1445. En ello va poco á decir, pero la mas verdadera es la primera. Tambien hallo auer

quitado el mando este rey á los señores de Chalco y á los de Cuauhnauac y al de Huexotzinco y al de Azcaputzalco, y QUE redució estos señorios y reynados en solos tres, que fué en el de México, Tezcuco y Tacuba. Tambien dicen que Coatlichan era reyno y lo quitó con los demas, y solos estos tres reynos mandaron y gouernaron la tierra, de hay en adelante, siendo el de México sobre todos ellos, y casi como emperador y monarca deste nuevo mundo.

Enterraron este rey con gran solenidad, á cuyo entierro se hallaron gran parte de las ciudades comarcanas, así señores como gente pleueya, cuyas osequias turaron ochenta dias CON lágrimas y llantos, aunque las cerimonias funerales no estauan aun instituydas como despues se instituyeron, aunque no dexó de auer las comidas quellos suelen usar en los mortuorios y ofrendas della, y dones de mantas y ropas que se dan unos á otros.

CAPITULO XV. [1]

De la elecion del quinto rey de México, llamado *Veuemotecuçuma*, [2] primero deste nombre, y del concierto y confederacion que tuvo con el rey de Tezcuco *Neçaualcoyotl.*

Fenecidas las osequias del rey *Itzcoatl*, todos los mexicanos, así señores como gente comun, elixieron por rey y señor á un hermano [3] de *Tlacaelel* que se llamaba *Veuemoteçuma* y fué primero deste nombre, primo hermano del rey *Itzcoatl* pasado, el qual era uno de los quatro del consejo real, cuyo ditado era *Tlacatecatl*, que casi en nuestro romance quiere decir príncipe ó condestable, ó otro supremo ditado; que como dixe atras, destos quatro del consejo supremo, que eran como príncipes eletos, auia de ser uno dellos rey

1 Véase la lámina 7ª, part. 1ª

2 Así en el epígrafe; pero en las primeras líneas del capítulo dice *Veuemoteçuma*, y luego de varias maneras. En la copia se ha seguido escrupulosamente al original, así en este nombre propio, como en otros. No se estrañe, pues, ver nombrado á un personaje de diferentes maneras: achâquese esta falta al original, y no á la copia. [*Nota del Sr. Vera.*]

3 Sobrino del valeroso Tlacaelel (dice el Anónimo).

y no otro ninguno; y ansí, en muriendo el rey, elexian uno de aquellos quatro y en su lugar ponian otro y dáuanle el mesmo ditado, el qual auía de ser de la lignia recta de los reyes, hermano, ó hijo, ó primo hermano del que moria.

Eleto, pues, *Motecuçuma* y jurado por rey, con las cerimonias y unciones acostumbradas, Ritos y cerimonias que en las tales eleciones á sus dioses y á los reyes soleniçaua, deshechado el luto y tristeça, y puesta la ciudad en alegría de bayles y cantos, por la nueva elecion, sauida por los reyes comarcanos vinieron luego á reconocer la superioridad del nuevo rey, reconociendo la subjecion como á supremo monarca, ofreciéndole grandes y preciosos dones de ricas mantas, armas, deuisas, rodelas y ricas plumas, joyas con otras riqueças con que los señores antiguamente se reuerenciauan unos á otros: especialmente en este presente se esmeró muy en particular el rey *Neçaualcoyotl*, señor de toda la prouincia de Tezcuco, prouincia de muchos y grandes pueblos, el qual oyendo la nueva elecion del rey *Motecuçuma*, hiço junta de todos los señores de su reyno y híçoles una plática con mucha autoridad, diciendo: ruégoos, señores y hermanos, encarecidamente, que mireis cómo tratais á los mexicanos; huí de su enemistad y de encontraros con ellos: tengamos paz perpetua y amistad inviolable con ellos: ya los conoceis; no e menester declararme mas en particular acerca de su condicion: si los topáredes en los caminos y os pidieren de lo que llevais, partí con ellos, acaricialdos, porque de hacello no perdemos nada, y del contrario ninguna cosa se gana si no es guerras y inquietudes, muertes, robos y derramamiento de nuestra sangre y desolacion de nuestra prouincia: por tanto, estad en paz y sosiego, lo qual encomendá en todos los pueblos y ciudades de mi reyno, en particular á los caminantes y mercaderes, porque estos son los que siguen y andan los caminos y corren las prouincias á buscar su vida; que yo y vosotros en nuestras casas nos estamos y no tenemos para qué dar pesadumbre á nadie, en particular á los mexicanos, que nunca lo dan si no son incitados; y no es justo que de nosotros salga cosa de ruindad, ni poco respeto, porque los maceguales son los que mueven las guerras con su inorancia y poco miramiento.

Los principales le besaron las manos por la merced que les hacia y auiso que les daua, pues su intencion era la conservacion de su tierra, ciudad y prouincia y que le suplicavan fuese á visitar al nuevo rey de México y hiciese con él perpetuas treguas para la perpetua paz que todos deseauan. El rey mandó aparejar las cosas necesarias para irse á ver con el rey *Motecuçuma* y á dalle el parabien de su nueva elecion, aperceuido y aparejado un rico presente. Él, con todos sus señores, salió de la ciudad de Tezcuco y vino á la ciudad de México, donde fué muy bien recebido de toda ciudad, así de los señores como de la gente comun, mostrándole gran reuerencia como á tal señor pertenecia se le tuviese; el qual, venido á las casas Reales, el rey le reciuió con mucho amor, sentándolo á su lado y haciéndole la honra que á deudo suyo y amigo era obligado á le hacer. Él ofreció sus dones y sus presentes, conforme á la calidad de su persona y para quien se ofrecian, porque aunque en la relacion no se señalan, nunca estos presentes baxaban [1] de joyas de oro, piedras, orejeras, beçotes, plumajes riquísimos, rodelas, armas, mantas, bragueros muy galanos.

Hecho el presente, propuso la causa de su venida á solas con el rey, no consintiendo estuviese nadie delante, y díxole: Supremo señor y monarca: no desfallezca tu magestad ni tenga afliction tu coraçon por la nueva carga que tes impuesta: ten ánimo varonil, conforme al valor de tu persona. A lo que, señor, soy venidò, es á ponerte delante de tus ojos la miseria y la aflictíon de aquella tu prouincia de Tezcuco: leuántala con favor de tu grandeça para que con tus mandamientos sea enoblecida y amparada de todas las naciones. Has de saber, señor, que todos aquellos tus vasallos, así principales como gente comun, se somete debaxo de tu sombra, pues estás puesto por árbol de gran sombra, como la sauina debaxo del qual se quieren meter y amparar para goçar del frescor de tu amistad y de tu amor, especialmente los viejos y las viejas, el uérfano y la viuda y el pobre y mendigo, los quales son como plumas de tus alas y de plumajes de tu caueça; estos y los que gatean y están en las cunas, que aun no sienten, ni oyen, ni conocen, ni entienden, ni tienen manos para su defensa, ni piés para huir de la

1 Dejaban de ser, ó eran inferiores á los dej as, etc.

ira de los mexicanos. Estos, y yo en su nombre, te venimos á suplicar y á implorar tu suma clemencia, que tengas por bien de conservarnos en tu paz y concordia y que no permitas que en ningun tiempo nos sea hecha guerra de México, porque si yo, sin propósito ni fin ninguno, me rebelase contra México y le hiciese guerra, conozco que la furia de los mexicanos es sin medida ni término; saca la gente de debaxo de la tierra, es vengatiuo y insaciable en herir y matar; y por tanto, te ruego que los reciuas por hijos y por sieruos sin guerra ni contienda, porque ellos te quieren á tí por padre y madre para su consuelo, y á toda la nacion mexicana por amigos.

El rey *Monteçuma* le respondió con rostro muy alegre y amoroso, que se lo agradecia el amor que les tenian y quel era muy contento de conservar la paz y de tener con ellos perpetua amistad; pero para questas treguas estuviesen con mas seguridad y vínculo, quel lo queria comunicar con sus grandes señores y principales y quel le daria la respuesta. El rey de Tezcuco fué aposentado á descansar en un aposento de la casa real, con mucha onra, y luego el rey mandó venir á todos los de su consejo y á los demas señores y principales, y estando presentes, luego les propuso la plática diciendo: el rey de Tezcuco *Neçaualcoyotl*, deudo y pariente nuestro, dice que se somete y subjeta debajo del amparo de nuestro dios *Vitzilopochtli* nuestro [1] y pide que le sustentemos en paz para siempre y quel con toda su prouincia quiere seruirnos y ser nuestros amigos para siempre y que jamas permitirá inquietarnos ni ofendernos para siempre; por tanto, todos los que presentes estais, respondé á esta demanda, pues sin vuestro parecer no le e querido dar respuesta, de sí ni de no. Pone por inconveniente [2] que su ciudad quieta y sosegada, si se le hiciese guerra, que teme el furor vuestro y de la nacion mexicana que atala los montes y arranca los árboles frutíferos y los magueies y simenteras, echa por tierra los tunales, desbaratan las casas, queman los templos, finalmente, todo lo abrasan y desacen hasta que vengado su coraçon descanse: por tanto, pide perpetua paz y concordia.

1 Sobra esta palabra, ó falta algun sustantivo, tal como protector, favorecedor, etc.
2 Es decir: por motivo para su sumision; que estando su ciudad quieta y sosegada, etc.

Todos dieron la mano á *Tlacaelel* para que respondiese al rey, y así dixo desta manera: poderoso señor: todos acetamos la paz y concordia y somos contentos de que se hagan las treguas, pero sean con una condicion, de que no perdamos de nuestra autoridad y derecho: no piensen ser [1] las naciones desta tierra, que nosotros acobardados y temerosos hemos procurado estas treguas, y quieran todas las ciudades cercanas y lexanas cumplir con nosotros con hacer treguas y que nos quedemos sin prouecho y autoridad: á mí me parece que para que entiendan que somos poderosos á vencer á todo el mundo y las demas prouincias, oygan que emos vencido á la de Tezcuco tan grande y larga: que salgan á nosotros en campo todas las mas gentes que pudieren y nosotros saldremos á ellos en el llano de Chicunauhtla ó de Chiquistepec, lugares de la dicha prouincia, y echemos fama que nos an desafiado, y allí, así de una parte como de otra, haremos muestras de combatirnos y á los primeros recuentros vuelvan las espaldas hácia su ciudad y seguillos emos sin herir ni matar á ninguno, fingiendo que los prendemos, siguiéndolos hasta Tequisçistlan y de allí llegaremos en su seguimiento solos los capitanes y señores, hasta Totolçinco, y de allí podrá el rey de Tezcuco pegar fuego á su templo y luego cesaremos y quedará nuestra fama y honra sin mácula nenguna, y ellos sin lision ni enojo y los macehuales sujetos á nos seruir quando lo uviéremos menester, y las demas prouincias y ciudades, temerosas y asombradas con la fama de auer destruido á Tezcuco y su prouincia. Al rey y á todos pareció muy bien el consejo de *Tlacaelel* y mandó al mesmo fuese á decir al rey de Tezcuco lo que se auia determinado; el qual fué y relató todo lo que atras queda dicho.

El rey *Neçaualcoyotl* quedó muy contento, aunque no era muy á su honra lo determinado; pero con todo eso lo acetó y se fué á su ciudad y luego dió parte á sus principales y señores del órden que se auia dado, y mandó se aparejasen muchas gentes con muchos aparatos de guerra y se echase fama de la guerra que á los mexicanos querian hacer, vedando los caminos y entradas de Tezcuco á los mexicanos, así por mar [2] como por tierra: lo mesmo hi-

1 Esto es; no juzguen ó entiendan.
2 Esto es; por el lago.

cieron los mexicanos formando quexa dellos, pero conclusa la gente y allegada con mucho aparexo de guerra, de armas y deuisas y riqueças, salieron los dos campos muy vistosos y adereçados á los lugares dichos de Chiquiuhtepec, donde empeçaron su guerra fingida; aunque algunos auian salido, ignorantes á esta guerra, del concierto y ficcion, y al principio uvo muchas demandas y respuestas desonrándose los unos á los otros, como gente enemistada, pero venidos á las manos, á los primeros rencuentros los de Tezcuco empeçaron á dexar el campo y á retirarse hácia su ciudad, segun el concierto, y llegaron huyendo á Tecaxtlan, y de allí, quedándose casi todo el exército mexicano, solos los señores y capitanes siguieron el alcance y los metieron por un puebleçuelo que se dice Totoltzinco que está á la entrada de Tezcuco.

Neçaualcoyotl QUE estaua muy á punto,[1] hiço pegar fuego al templo, y empeçando que empeçó á arder, los mexicanos baxaron las armas, dada por tomada y vencida la ciudad, lo qual se demostraua y era señal dello el quemar el templo, porque hasta llegar allí aun no se dauan los de las ciudades por vencidos. Luego salió el rey *Neçaualcoyotl* á los señores, fingiendo tristeça y pesar, á rogar á los señores de México baxasen las armas y descansasen del trabaxo de la guerra, que ellos se dauan por vencidos y sujetos á la corona Real de México. Los señores lo hicieron y despidieron la poca gente que tras ellos auia venido, y mandaron que luego el exército voluiese á México, sin hacer mal ni agrauio á nadie, ni hurtar cosa, so pena de la vida: y así los soldados, no muy contentos de guerras fingidas, se volvieron á su ciudad, y los señores fueron lleuados á la ciudad, donde les hicieron solene ospedaje y les dieron ricas preseas y dádibas de precio para ellos y su rey, y juntamente les hiço una plática el rey *Neçaualcoyotl* en presencia de todos los señores y gente de su ciudad, y les dijo: ya, mexicanos, somos vuestros vasallos y emos echado sobre nuestros hombros el yugo de la servidumbre para siempre seruiros, lo qual aueis ganado por el valor de vuestras personas y fuerça de vuestro braço; por tanto, yo os quiero señalar tierras donde coma y beba mi padre y mi madre, ques México, y los señores del y el que tiene en él el mando, ques

1 ó preparado para el caso.

el que solo con el anhelito[1] de su boca puede mandar y desmandar, destruir y desbaratar, el qual es la semejança del dios *Vitzilopochtli*, á quienes todos emos de ir á seruir y á dalle aguamanos y á barrer y á componer el lugar de su asiento donde se asienta, á esperar los que vienen de fuera á favorecerse de los agravios y injurias que les hacen.

Respondió el general del ejército *Tlacaelel:* Señor: en merced te tenemos lo que ha hecho para conservar la paz entre nosotros y esta tu provincia; pero mira adelante que por ventura tus vasallos se sentirán y no querrán pasar por lo hecho, y se arrepentirán de no auer probado sus fuerças y valor, y quando queramos acudir á pediros favor, por ventura dirán que no son nuestros criados que nos han de ir á servir: aduiértolo desde agora. Él respondió, fuesen muy quietos y sosegados, que no auria cosa que oliese á rebelion ni á murmuracion; que lo quel auia hecho auia sido con parecer de todos y muy á contento de sus vasallos y de toda la provincia, y quel daua seguridad de que jamas serian rebeldes á la corona Real de México. Con esto se partieron los señores y vinieron á México y contaron á *Veuemonteçuma* todo lo que se auia hecho, segun el concierto hecho y las conclusiones puestas, y cómo el mesmo rey de Tezcuco auia pegado fuego al templo y dada por sujeta y tomada la ciudad, y en público obligádose á todas las demas condiciones que las demas ciudades vencidas se auian obligado, y mas, de dar gente de soldados para todas las entradas y guerras que se ofreciesen, y que de su voluntad auia ofrecido tierras y gente que las beneficiase para los señores mexicanos; á lo qual respondió *Monteçuma*, questaua muy bien ordenado todo y que olgaua dello; empero que fuesen, y pues les dauan tierras, que no perdiesen la cuyuntura, y así fueron y les señalaron tierras, así á la corona real como á todos los señores, empeçando desde *Tlacaelel* hasta todos los demas señores y capitanes que tenian algun valor.[2]

1 aliento.

2 Este largo episodio de la *guerra fingida* y vasallaje de Tezcoco á México, no tiene probabilidad alguna, y debe estimarse como un rasgo de la vanidad mexicana. Así, á su vez, los historiadores tezcocanos colocan en idéntica condicion á México respecto de Tezcoco.

Esta fué la primera guerra que *Monteçuma* el viejo tuvo despues de su elecion, aunque fingida, pero con todas las circunstancias que á verdadera guerra es y son aderentes, que á pocas de las ciudades comarcanas ó á ninguna fué notoria la disimulacion, antes muy escondida, en la qual disimulacion no mostró ser *Neçaualcoyotl* de poco coraçon, sino mostró el amor que tenia á los mexicanos, sus deudos y parientes, porque segun sus historias y lo que del se lé, fué muy valeroso en ánimo y fuerças, y hiço grandes haçañas en guerras, que en persona muchas veces se halló, en especial en las guerras prolixas que con los tepanecas tuvo, antes que reinase y despues, aunque anduvo huyendo dellos y escondiéndose algunos años; y en fin, vino á tener paz con ellos y á reinar con el favor de los mexicanos y de su deudo *Itzcoatl*, en pago del qual beneficio quiso usar desta grandeça y cortesía, que pudiéndose estar quedo y quieto y tener paz con los mexicanos, y en su trono y autoridad, quiso dar esta honra á los mexicanos y engrandecelles sus nombres para que toda la tierra los temiesen y se les sujetasen con la fama de auer vencido una tan gran provincia, y para tener ocacion de partir con ellos sus tierras y dalles donde comiesen; las quales repartidas entre los señores, á unos á quatro suertes, á otros á tres y á dos, segun la calidad de las personas, oydo y sabido por *Monteçuma*, mandó que en las tierras pertenecientes á la corona Real se pusiesen mayordomos y capataces que tuviesen quenta de las labrar y beneficiar y coxer el fruto dellas y aguardallo en las troxes reales: y así mandaron á Cuyuacan y á Xuchimilco proueyese destos mayordomos, los quales dieron luego un principal de cada ciudad que fuesen mayordomos y capataces de aquellas labranças reales, los quales tenian sus preminencias y salarios, á cuyo llamado acudian los tezcucanos y todas sus provincias con gente para el beneficio dellas.

Hecho esto, el rey *Monteçuma* mandó á todos sus señores que descansasen, que harto auian trauajado y aumentado su reyno y mostrado el valor de sus personas; quel queria por algunos años dar huelgo á sus soldados y no mouer ninguna guerra, y que estos tres reynos de México y Tacuba y Tezcuco, con sus prouincias, queria se aumentasen y estuviesen en paz y quietud y sosiego, y

así lo encargó y rogó á todos los principales y señores; que si no fuese cosa muy forzosa, que no moviesen guerra á ninguna nacion ni prouincia, por quel se queria conseruar en paz y amor algunos dias.

CAPÍTULO XVI.

De cómo el rey *Monteçuma* primero, que por sobre nombre le llamaban el viejo, en el tiempo que estuvo en paz empezó á edificar el templo; y de la guerra que Chalco ordenó contra México, y de cómo fué destruydo por los mexicanos.

En el tiempo que *Veuemoteucçuma* estuvo de paz y quietud, que fueron doce ó trece años, con mucha paz y quietud y sosiego, seruido, obedecido de todas las ciudades y prouincias comarcanas, determinó de edificar el templo de su dios *Vitzilopochtli*, á imitacion de aquel pacífico rey *Salomon*, que haciendo paces con toda la tierra, siendo querido y amado de todos los reyes de la tierra y ayudado de todos ellos, edificó el templo de Hierusalen. Así este rey, viéndose en paz, amado y querido, temido y reuerenciado, determinó de edificar casa para sus dioses, y para esto llamó á *Tlacaelel* y á todos los de su consejo, y estando todos ante él les propuso su voluntad y les dixo: señores y grandes de mi reino: yo e puesto en mi coraçon de honrar á nuestro dios *Vitzilopochtli* y de edificalle una casa suntuosísima, pues veis que aun no tiene casa, teniendo ya vosotros casas y en que morar, auiendo de ser él antes preferido que nosotros: ya veis que la casa que tiene no es conforme á su merecimiento; por tanto, mirá lo que os parece que en este caso se haga y deue hacer. *Tlacaelel* respondió, que le parecia cosa muy acertada y justa, y todos los del consejo determinaron de que se hiciese; para lo qual dixo el rey que fuesen á dar auiso á los de Azcaputzalco y á los de Cuyuacan y á los de Xuchimilco y á los de Cuitlauac, Mizquic y Culhuacan y á la prouincia de Tezcuco, para que acudan luego á la obra y á hacer lo que les fuere mandado, con los materiales de cal, piedra, madera, todo lo que fuere

menester, y para esto elixan mensajeros que vayan á todas estas prouincias á apercibir á los señores que luego prouean en cómo se traiga con breuedad.

Tlacaelel respondió y dixo: señor poderoso: ya será justo que uses de tu autoridad real y que hables y trates con tus vasallos, como señor y supremo monarca. Si siempre as de inviar mensajeros, los quales de fuerça an de ser señores y gente prencipal, ¿dónde a de auer, ni qué señores bastarán? Tambien es mucho trauajo. El mejor parecer es que envies á llamar á todos los señores que aquí as nombrado, y que les mandes parezcan ante tí, sin hacer falta, y estando en tu presencia les puedes mandar que traigan sus gentes ó que las invien y que juntamente te traigan materiales y que hagan la casa y templo de nuestro dios. *Monteçuma* aprobó el consejo y dixo: predonadme, señores, que yo aunque soy rey no acertaré en todo: para eso tengo vuestro favor, para que me auiseis de lo que á la autoridad desta ciudad y nuestra conviniere, y así vayan á llamallos luego. Inviaron quatro principales para quellos los mandasen venir en nombre del rey de México, los quales fueron y llamaron al rey de Tezcuco y al señor de Culhuacan y al de Xuchimilco y al de Cuitlauac y al de Mizquic y al señor de Cuyuacan y al de Tacuba, Azcaputzalco, los quales venidos y aposentados, como era raçon, *Monteçuma* y *Tlacaelel* los mandó venir ante sí y sentados en sus asentaderos, los quales ellos usan, *Monteçuma* les habló desta manera: señores y grandes de Tezcuco, Xuchimilco, Culhuacan, Cuitlauac, Mezquic, Cuyuacan, Azcaputzalco y Tacuba, que presentes estais, que aueis acudido á mi llamado, sabed: que sois aquí venidos para rogaros encarecidamente que considereis que nuestro dios y vuestro padre y madre de todos, debaxo de cuyo amparo estamos, ques *Vizilopochtli*, no tiene casa ni donde pueda ser honrado; emos acordado de hacer un suntuoso templo dedicado á su nombre y al de todos nuestros dioses: bien sabeis que os aueis obligado á le seruir á lo que toca á su nombre, hacello por tanto: yo os mando que luego que llegueis á vuestras ciudades, mandeis á todos vuestros vasallos que acudan á esta obra con los materiales necesarios, que son piedra, cal, madera y todo lo demas que esta obra requiere: para honra vuestra es y para

vuestro consuelo; por tanto, no haya negligencia sino que todos pongan sus hombros á que se acaue muy en breue.

Luego respondieron todos: señores nuestros mexicanos; á tí en particular, señor y rey de toda la tierra, á cuyo mandato toda ella está subjeta; dado caso que esteis en este lugar del tule, que son las espadañas y carriçales, juncia donde está vuestra ciudad edificada, no tengais pena ni os inquiete eso; mirá por vuestra salud y vida y conservalda, que lo que nos mandais ya lo hemos oydo, lo qual con toda la facilidad posible se hará, pues nos obligamos á eso y á todo lo demas que nos quisiéredes mandar: hágase luego para nuestro señor, debaxo de cuya sombra y amparo vivimos y nos amparamos: por eso mirá lo ques menester, que luego se traerá. Ellos todos, el rey en particular, voluieron y rindieron las gracias á todos y agradecieron la voluntad y amor que mostrauan para la obra del templo, á los quales dixeron truxesen piedra pesada para el cimiento y piedra liuiana para el edificio, cal y madera. Ellos dixeron les placia, y con esto se despidieron del rey y de los demas señores y se fueron cada uno á su ciudad, donde luego aperciuieron todas sus gentes para que se aperciuiesen de materiales para el edificio, lo qual se empeçó á hacer con mucha diligencia.

El rey *Monteçuma* mandó llamar á *Tlacaelel* y le dixo: ya los señores de todas las prouincias an hecho lo que les emos mandado y obedecido con mucho contento, y vemos que se aperciben y empiezan á traer sus materiales para nuestra obra: querria, si te parece, inviar á la prouincia de Chalco algunos mensajeros al señor de Chalco *Quateotl* y á su compañero *Toteocitecutli*, no mandándoles sino suplicándoles con omildad, que por quanto queremos edificar para nuestro dios *Vitzilopochtli* una auitacion y morada muy suntuosa y galana y carecemos de piedras grandes para algunas esculturas y figuras que queremos hacer para hermosealle, que nos ayuden con algunas piedras, las mayores que pudieren auer y traer. *Tlacaelel* dixo que le parecia muy acertado y que poco iba en ello; que si lo quisiesen hacer que se lo agradecerian, y sinó que no auria ningun inconviniente; y así le mandó el rey quel de su mano escogiese los mensajeros y les mandase lo que auian de hacer. *Tlacaelel* mandó llamar quatro de los mas principales y les mandó que

fuesen á Chalco de parte del rey y suya, y los saludasen, así á los señores como á los demas principales, y que con mucha omildad les propusiesen la obra que entre manos tenian y la necesidad que de algunas piedras grandes tenian; que les suplicauan que de aquellos cerros les diesen algunas para lo que dicho es. Los quatro señores dixeron que les placia, y luego se aperciuieron para ir, los quàles, partidos de México, llegaron á Chalco y venidos ante el señor *Quateotl* y *Toteocitecutli*, les dixeron: señores: vuestros siervos el rey de México y su prepósito *Tlacaelel*, con todos los demas señores, os envian á saludar y á esforçar en este vuestro señorío, y dicen, que os esforceis, y lo que os suplican es que omildemente os suplican que nos socorrais con alguna piedra grande pesada y con alguna piedra liuiana, pues la teneis sobrada en estos cerros, para el edificio del templo de nuestra ciudad, que para nuestro dios emos determinado de hacer.

Los señores de Chalco, atentos á la demanda y mensaje, mostraron enojo y pesadumbre, y con palabras airadas y soberbias respondieron: ¿qué pedís, mexicanos? ¿sabeis lo que os decís? dado caso que nosotros quixésemos daros lo que pedís, ¿quién hará fuerça á los maceguales que lo hagan? ¿élo de hacer yo ni los demas señores? esperaos y daremos quenta á todos para auer la respuesta que dan, y sinó idos, que esto no se a de hacer tan sin acuerdo, que no será menester tiempo para determinallo y volued quando os pareciere, que aquí os daremos la respuesta. Ellos voluieron á México y dixeron al rey y á *Tlacaelel* la respuesta desabrida que los chalcas auian dado, y cómo les mandauan voluiesen por la resolucion del negocio. El rey les respondió que estaua bien, que descansasen y tomasen alivio del trauajo que auian tomado; y voluiéndose el rey á *Tlacaelel*, tomándole por la mano, le dixo á solas: paréceme que será bueno, señor *Tlacaelel*, que no vuelvan mas allá nuestros mensajeros, sino que los dexemos; porque si acaso nos dan alguna mala respuesta, sernos a [1] forçado tener contienda y leuantar guerra, y estoruarnos a [2] mucho para nuestro intento y propósito. A esto respondió *Tlacaelel* con denuedo airado, y dixo: oh rey poderoso:

1 Nos veremos forzados á tener, etc.
2 Nos estorbará.

¿ques lo que dices? ¿eres por ventura de otra generacion que los mexicanos son? ¿es posible que salieron esas palabras de tu generoso coraçon? ¿ques la causa por qué no an de voluer? ¿por ventura no nos ternan en poco los chalcas y harán burla y escarnio de nosotros? an de ir, poderoso rey, á tornar á saber su voluntad y determinacion, y en esto te suplico no me contradigas.

El rey, casi como avergonçado, le dixo: hermano mio: tú saues lo que mas conviene: as como tú quisieres y envíalos norabuena quando fuere tu voluntad. Luego otro dia mandó llamar *Tlacaelel* á los principales que auian ido á Chalco y les mandó que voluiesen luego por la respuesta y determinacion de los chalcas; los quales partieron luego, y llegados ante *Quateotl* y *Toteociteculli*, señores de Chalco, les pidieron la respuesta de su embaxada. Ellos les respondieron: mexicanos: aquí no emos de encubrir y callar la respuesta de toda esta comunidad de los tigres y águilas, que así llamauan á los soldados y gente valerosa, los quales responden absolutamente, que no quieren, ni es su voluntad en cosa ninguna ayudar ni seruir á los mexicanos; por tanto, id y decid á vuestro señor *Monteçuma* y á su coadjutor *Tlacaelel*, questo es lo que responde el chalcatl, y que si fuere menester tomar las flechas y el arco y la espada y rodela, que aquí está esperando lo que viniere; y con tanto os podeis ir norabuena á vuestra ciudad. Los principales de México les dieron las gracias y voluieron á México, donde llegados dieron la embaxada á su rey *Monteçuma* y á *Tlacaelel* y á los demas señores, y cómo se ofrecian á defender su partido todas las veçes que fuere menester, y que con gran liuertad decian que no eran ellos vasallos ni subjetos á los mexicanos para dalles piedras ni otra cosa; quellos eran libres, y que no querian dar nada de lo que les pedian. *Monteçuma* respondió que fuese norabuena, que descansasen, quel les agradecia el trauajo que de ir y venir auian tomado.

Despedidos los mensajeros, dixo el rey á *Tlacaelel*: ¿qué os parece, señor *Tlacaelel*, que se debe hacer, ó qué medio se a de tomar para que los chalcas no se queden riendo de nosotros? ya veis cómo nos an menospreciado y amenaçado. Si os parece, apercibámonos luego y demos tras ellos y probemos nuestra ventura; mirá

el consejo que en esto me podeis dar, porque aunque yo soy rey, no por eso me dexaré de subjetar al mejor parecer, y hago quenta que vamos andando, y que vos, como guía mia, vais delante, pues en todo os e de seguir. Respondió *Tlacaelel:* por esa merced, señor, te beso las reales manos y piés, y á lo que me pides que te dé parecer en la guerra, si se dará ó no á los chalcas, estamos obligados á ello so pena de quedar por infames y desonrados: y mas te digo, que mi parecer es que dos de los principales capitanes de tu corte vayan luego á términos de Chalco, muy bien adereçados á punto de guerra, y vean si los chalcas an puesto ya sus guardas y tienen ya sus cintinelas, y si no los tuvieren, que los desonren de descuidados, porque hombres que con tanta libertad an hablado contra los mexicanos, ya an de estar á raçon aperceuidos, pues sauen quel coraçon del mexicano no puede sosegar ni aguardar á mañana. *Monteçuma* dixo que le parecia bien aquel consejo y que señale los que auian de ir. *Tlacaelel* llamó á dos capitanes valerosos, que se llamaua el uno *Tenamazcuicuil* y el otro *Xiconoc*, y díxoles: vení acá: el rey manda que luego os adereceis de vuestras armas y rodelas, muy á punto de guerra, y vais á los términos de Chalco y mireis por todas partes, caminos y veredas, si parecen guardas ó cintinelas, ó gente de guerra, ó si ay muestra alguna de escuadrones ó de reparos para ella, y si algo viéredes no hagais mas de reconocer qué gente ay, ó qué reparos hacen, para darnos auiso dello; y si no uviere nada, desafialdos y llamaldos de descuidados y que se procuren de defender porque emos de hacer todo nuestro poder para destruillos.

Los dos valerosos mexicanos, con ánimo varonil, tomaron su camino para Chalco y llegaron á un lugar que se llama Techichco, y no allaron á nadie: de allí pasaron adelante á otro lugar que llaman Aztauacan, tampoco allando á nadie. No contentos con esto, posponiendo todo temor, fueron adelante á un lugar que llaman Cuaxomoltitlan, y llegados allí sintieron bollicio y rumor de mucha gente, y escondiéndose lo mejor que pudieron, llegáronse para ver lo que era y vieron el exército de Chalco alojado en aquel llano, muy puestos en órden, y los capitanes chalcas escoxiendo la gente mas granada y valerosa y poniéndolos por sus ileras y escuadrones.

Las espías, despues de auer considerado todo el real y el concierto del y la gente tan lucida, dieron la vuelta á la ciudad de México y dixeron al rey y á *Tlacaelel* cómo auian visto en Cuaxomoltitlan todo el exército de los chalcas puesto por mucho concierto y órden, y que los capitanes andauan escogiendo los mas valerosos soldados y desechando los visoños y no esperimentados, y que los ponian en renglera y en escuadrones y que auian entendido dellos [1] que saliesen á la batalla poco á poco, y que cuando se uviera cansado un escuadron, que saliese otro de refresco y que uviese gente para ir cebando estos escuadrones, y que era tanta la moltitud de gente, que cubrian el llano. *Monteçuma* les dixo: seais bien venidos, hermanos, descansá.

Luego *Monteçuma*, con parecer de *Tlacaelel*, mandó llamar á los de su consejo y díxoles: que luego en esa hora mandase aperceuir sus gentes, sin quedar hombre ni mancebo que pudiese tomar armas, y que se aperciuiesen y proueyesen de lo necesario y juntamente á los prouedores de bastimentos para la gente que se basteciesen de lo necesario: los del consejo mandaron llamar á los capitanes y soldados viejos y mandaron les echasen bando para que la gente se aperciuiese para la guerra que contra los chalcas se ordenaua, y que querian ver la nobleça y valentía de los tigres y águilas de México y para quánto eran. Luego toda la ciudad se revolvió y salieron todas las mas gentes que en la ciudad auia de hombres y mancebos de á veinte y de veinte y cinco años, de á treinta, de aquarenta, tantos y tan lucidos y bien adereçados, que mostraban el deseo que de ir á la guerra y á mostrar el valor de sus personas tenian, todos cargados con las armas que mas contento les daua, unos con varas tostadas arrojadiças, otros con flechas y arcos, otros con ondas y piedras labradas redondas, hechas á posta, de piedras pesadas á la medida de las ondas, otros con rodelas y espadas.

Estando todos ya á punto, dixo *Tlacaelel:* ea, soldados, salí de la ciudad y todos nos juntemos en Aztauacan; y llamando el rey á los señores y grandes en particular, les dixo: ea, señores, ya veis el

1 Esto es: que les habian oido disponer.
2 Reemplazando.

placer y gana con que la gente y soldados van hacer, como valerosos, y no aya en vosotros punta de cobardía ni temor: id en norabuena y haced como valerosos. Luego *Tlacaelel*, con todos ellos, salieron de la ciudad y llegaron á Iztapalapa: llegados allí, vinieron nuevas de cómo los chalcas estauan ya en Techichco, en aquel llano questá entre aquellos cerros de Culhuacan y Cuitlauac, á donde llegallan sus términos: luego *Tlacaelel* se vistió de sus armas, y con una espada y rodela en las manos empeçó á aperceuir la gente y mandó se adereçasen todos, con todo cuydado y priesa: aperceuido todo el exército, díxoles á todos en alta voz: Ea, mexicanos: mirá á lo que sois venidos: considerá que teneis la muerte delante, y que contra ella aueis de pelear, y que el dios de la tierra, vuestra madre, os está esperando: vendé vuestras vidas como valerosos: mirá que aquellos que allí están no son leones que os an de despedaçar, ni demonios que os an de tragar: mirá que son hombres como vosotros y que las mesmas armas que ellos traen teneis vosotros en las manos, y que ellos son chalcas y vosotros mexicanos, elegidos para este menester y exercicio militar; ea, pues, salgamos á ellos sin mostrar cobardía ni temor.

Luego salieron muy en órden al campo á vista de los enemigos, tan en órden y tan lucidos y galanos, que en viéndolos los chalcas levantaron un gran alarido y algaçara y empeçaron y decir: vení, vení, mexicanos; ó[1] a de ser, oy emos de ver y conocer quién es cada uno, y se a de dar á conocer quién son los chalcas chichimecas valerosos: veamos quién caerá debaxo, porque aun no aueis vosotros esperimentado nuestras manos: no penseis que os tomais con alguna gente de poco valor: saué que teneis delante á los chalcas. Los mexicanos, que en delantera estauan, respondieron con mucha umillacion y dixeron: sea norabuena, hermanos chalcas: no hay para qué hablar sino venir al efeto, y diciendo esto, *Tlacaelel* tocó un atambor que á las espaldas traya, y al son del levantaron los mexicanos un gran alarido y arremetieron á los chalcas con grandísima furia y ímpetu, diciendo: ea, mexicanos; que oy emos de tomar por mugeres á estas chalcas de no nada,[2] ó los emos de consumir

1 Parece que debe decir—"hoy."
2 Esto es, de poca valía, ó despreciables.

en este lugar, que no quede hombre á vida; y empeçaron una viua contienda y pelea, cayendo mucha gente de una parte y de otra, la qual pelea turó todo el dia: empeçó sin descansar, y de tal suerte se tuvieron los chalcas con los mexicanos, que en todo aquél dia no les pudieron hacer mudar pié, á causa de la mucha gente que se remudaua y de que iban çebando los escuadrones.

Venida la noche, los chalcas, viendo la entereça de los mexicanos y el ánimo con que se sustentauan, dixéronles: mexicanos, ya veis que la noche nos desparte: descansá, que bien lo aueis menester, que mañana á la mesma hora y punto nos hallareis en este lugar, y lo mismo será de aquí á quando vosotros quisiéredes, aunque ture un año, porque ya que emos empeçado, adelante lo emos de lleuar sin cansarnos; y así recojámonos á nuestros reales. Los mexicanos se retiraron y mandaron los capitanes que todos se voluiesen á México á recoger, temiendo no uviese alguna traicion de parte de Xuchimilco ó de Cuitlauac ó de Culuacan, Cuyuacan y Tacuba; y así todo el exército se recogió, y luego enviaron cuatro espías que toda aquella noche fuesen á Tacuba, Cuyuacan, Xuchimilco, Cuitlauac y Culhuacan, y que con mucha dilixencia viesen si auia algun ayuntamiento de gente ó rumor de traicion en secreto ó público, no los tomasen en medio.

Los mensajeros y espías fueron y anduvieron todos los pueblos dichos, y considerando muy bien si auia alguna liga ó propósito de hacelles algun mal, y hallaron que todo estaua quieto y sosegado y todos en mucha quietud, con las quales nuevas vinieron á su rey *Monteçuma*, el qual, sosegado en esta parte, llamó á todos sus capitanes y preguntóles: ¿qué os parece del ánimo de los chalcas y de su valor? ¿qué esperimentais de sus fuerças? ¿haceseos dificultosa la uitoria como se os haria dificultosa beuer una purga ó brebajo muy amargo? Decímelo, porque me parece que os veo tibios y sin ánimo, ó por ventura sentíslo por carga pesada el contender con ellos. Respondió uno de los que se llamaua *Ezuauacatl*, y dixo: Señor y rey nuestro, que presente estás, y en tu presencia y junto á tí *Tlacaelel* tu siervo, el qual te deuia responder, has de sauer y entender á lo que nos preguntas, ¿en qué piensas que estriba la fuerça de los chalcas? ¿por ventura es la espada que trae en la mano? no,

ni tampoco en las demas armas con que pelean, porque de la mesma suerte son las con que pelean tus vasallos: pues ¿en qué? ¿en su ánimo? no, porque mas coraçon a mostrado tu exército que no ellos: solo estriba en la multitud de gente con que renueva sus soldados, lo qual no es inconveniente, porque si nos acordamos de nuestros antepasados los antiguos en aquel aprieto, quando se vieron cercados en Chapultepec, no sòlo de los chalcas pero de toda la tierra, gente mas que langostas que vinieron sobre ellos, no por eso temieron, antes con ánimo varonil se defendieron y rompieron por todos mostrando el valor de sus personas: no hay que temer, valeroso rey, sino que luego invies tus guardas y cintinelas para que no se nos entren los chalcas por nuestras puertas y nos tomen descuydados, y esto es lo que respondo á tu pregunta en nombre de todos estos tus caualleros y capitanes: el rey dixo, yo os lo tengo en merced, valeroso *Ezuauacatl*, porque vos aueis hablado como quien sois y de la lignea de donde desendeis: bien ves que los chalchas no son tigres ni leones que nos an de comer.

Tlacaelel se voluió para el rey, sonriéndose, y dixo: pon, señor, recaudo en lo ques menester y déxate de gastar palabras; vayan luego á hacer la guardia, que tus vasallos saben lo que á ellos y á tí conviene; y lo que me parece es, que luego de mañana vayan solamente tres ó quatro esquadrones de gente á escaramuçear con ellos, y quatro ó cinco dias así de remuda los cansen, para que al sesto dia aya rompimiento cargando toda nuestra gente sobre ellos: y así fué, que cinco dias arreo uvo grandes escaramuças, cayendo gente alguna de ambas partes, aunque siempre Chalco lleuaba lo peor; pero no por eso les hacian perder paso del campo: pero al sesto dia salió toda la gente de México algo descansada y muy bien adereçada, y venidos al puesto hallaron ya á los chalcas muy á punto, y *Ezuauacatl*, poniéndose en delantera, les dixo: ¿ques esto chalcas? ¿no aueis de dexar este sitio, que tan arraigados estais en él? Los chalcas le respondieron: no lo emos de dexar, porque es término de nuestras tierras y emos de morir y no dexallo, y no nos aueis de ganar pié de nuestras tierras como aueis ganado las demas: los mexicanos respondieron: ea, que aunque os pese las aueis de dexar, y mirá no os arrepintais de vuestra pertinacia; y diciendo y

haciendo arremetieron á ellos con tanta furia, que en poco menos de media ora los lleuaron hasta un lugar que llaman Acaquilpan, haciéndoles perder gran parte del campo; al segundo ímpetu y rencuentro los lleuaron, retrayéndose hasta Tlapitzauayan.

Los chalcas, viéndose lleuar de vencida, pidieron á los mexicanos que parasen, que les querian decir cierta cosa: los mexicanos pararon para ver lo que les querian deçir, y parados, dixéronles: hermanos mexicanos: aueis de saber que de hoy en cinco dias tenemos la fiesta de nuestro dios *Camaxtli*, y queremos celebrar con gran solenidad y untalle su templo con sangre de mexicanos para que sea mas seruido y honrado; por tanto, lo que os pedimos es que el dia mesmo deste nuestro dios salgais al campo, en este mesmo lugar, porque queremos celebralle su fiesta con vuestras carnes, y dexadnos hacelle plegarias y sacrificios para ver si es seruido dello: id y descansad que no tenemos priesa, que tiempo aurá para todo: y con esto los unos y los otros se despartieron y los chalcas se fueron á su ciudad y los mexicanos á México dexando gente de guarnicion en aquel lugar. Llegados á México los señores y gente de guerra y contaron á *Monteçuma* lo que auia pasado y cómo les auian tomado gran parte de sus tierras y el ardid que los chalcas auian tenido para no quedar del todo desbaratados, viendo que ya iban de vencida, rogándoles les dexasen celebrar la fiesta de su dios y que querian rogalles les diese favor y que le prometian celebralle la fiesta con sangre y carne de mexicanos, y que este era el voto que auia hecho á su dios pidiéndole favor y ayuda contra ellos. *Monteçuma*, viendo que tanto les turaban los chalcas, sin poder ser vencidos, hiço voto á su dios que así como los chalcas auian prometido á su dios *Camaxtli* de le celebrar la fiesta con sangre de mexicanos, que así le prometia de se la celebrar con muerte de muchos chalcas y de le edificar el templo con chalcas y no con otra gente y de le hacer un sacrificio de fuego de cuerpos de chalcas solenísimo y suntuoso. *Tlacaelel* y todos juraron lo mesmo, diciendo muchas palabras soberuias y ayradas contra los chalcas.

Llegado el quinto dia que auian turado las treguas que los chalcas auian pedido, salió el exército de México con gran voluntad y deseo de vencer, aperciuiendo á todos los soldados quel que pu-

diesen auer á vida, le prendiesen para efeto de cumplir el voto que auia hecho. Salido el exército de México, mandó *Monteçuma* recoxer todos los moços de doce años arriba y recoxieron gran número dellos y híçolos armar á todos y dar sus arcos y flechas y rodelas y espadas, elixiéndoles capitanes que fuesen con ellos y luego los despachó tras el exército, para que viendo los chalcas llegar gente de nuevo pensasen era otro exército y temiesen; y así fué que auiendo llegado el primer exército y viendo los chalcas questauan ya por la alda del cerro de Tlapizauayan, empeçaron á dar grandes voces y á decir: ea, mexicanos: vení, vení; oy se a de concluir este negocio y ya está aparejada la nabaja del sacrificio y nuestras mugeres están ya con las ollas en la lumbre aguardando los pedaços de vuestras carnes para cocellos; por tanto, á la obra, y en diciendo esto alçaron el alarido y arremetieron á los mexicanos. Los mexicanos arremetieron á ellos con tanta furia, que aunque allando gran resistencia, todavia les hacian ir atras. A esta ora llegaron los mochachos, que desde lexos parecían gente muy lucida, de la qual llegada los chalcas empeçaron á desmayar y á dexar el campo, tanto que á poco rato los tenian junto á Nexticpac, en aquel llano questá frontero de la venta que agora llaman de Chalco, y allí quisieron hacer pié; pero los mexicanos no les dando lugar para reforçarse los siguieron hasta Tlapechhuacan: los chalcas, subidos en aquel cerro de Tlapechhuacan, pidieron á los mexicanos los dexasen descansar y tomar resuello: los mexicanos, no admitiendo sus ruegos, les dixeron: ea, mugercillas, no penseis de tornar á pedir treguas, porque no os las emos de conceder; ni la noche a de ser parte para despartirnos: aquí aueis de conocer quién son los mexicanos: veamos quién celebra fiesta, nosotros ó vosotros: queremos ver cómo cumplís el voto que tenis hecho á vuestro dios, y diciendo esto dieron tras ellos y siguiéronlos hasta un lugar que llaman Cocotitlan, que cae hácia la parte de Tepupula, en el qual alcance dicen que murió gran número de chalcas y que no quedó yndio ni muchacho del exército mexicano que no prendiese y cautiuase uno ó dos, ó matase algunos. Los que quedaron de los chalcas se escondieron y huyeron de tal arte que no pareció hombre dellos.

Los mexicanos, dexando allí mucha gente que guardase aquel paso, porque los chalcas no lo tornasen á cobrar y no perder lo ganado, voluieron los señores á Tlapizauayan donde fueron receuidos con mucho temor de los moradores de aquellas estancias y allí empeçaron á contar los presos que traian y allaron ser trescientos soldados valerosos, sin otra gente comun, que eran hasta ducientos, de manera que por todos eran quinientos chalcas, los quales los lleuaron á México, y luego otro dia que llegaron, con parecer de *Tlacaelel* y del rey, sin mas detenimiento fueron sacrificados á su dios *Vitzilopochtli*, cumpliendo el voto que auia hecho, y ensangrentaron el templo con la sangre de quinientos hombres, y haciendo un sacrificio de fuego, el mas terrible y orrendo que se pudo pensar, quel que uviere leido la relacion que tengo hecha destos sacrificios lo podrá notar alli, pues hacian una gran hoguera en un brasero grande hecho en el suelo, al qual llamauan fogon diuino y allí vivos los echauan en aquella gran brasa, y luego, antes que acauasen de espirar, los sacauan el coraçon y lo ofrecian á su dios, bañando todas las gradas y el lugar de la pieça con la sangre de aquellos hombres

CAPÍTULO XVII. [1]

De la cruel batalla que los chalcas dieron á los mexicanos entre Amecameca y Tepupula, en vengança del cruel sacrificio que dellos hicieron, donde murieron tres hermanos del rey de México, y al fin los chalcas fueron vencidos.

Acauado el sacrificio, hartos los mexicanos de carne umana, engolosinados con la vitoria de que estauan muy pujantes, el rey *Monteçuma* mandó á *Tlacaelel* que tornase á ordenar sus gentes, lo qual fué en un momento hecho. Ordenadas, partieron para Chalco lleuando el mesmo camino que hasta allí, y llegados á Tepupulan, y pasando de allí sin temor ninguno, llegaron á una estancia que se llama Tlaçuilocan, á las mesmas casas casi de Amecamecan, donde entonces en aquel tiempo era la caueça de aquel reyno

1 Véase la lámina 8ª, part. 1ª.

ó prouincia. Los chalcas, sentidos de tan gran atreuimiento, salieron de la ciudad de Amecamecan toda quanta gente auia, que no quedó mochacho que pudiese jugar una rodela y espada que no saliese, y por otra parte, todos los mas pueblos de la redonda, y tomándolos casi en medio, empeçaron á dar sobre ellos con tanta furia, que los mexicanos holgaran no auer entrado en tanto aprieto; pero viéndose forçados á morir ó vencer, hicieron una rueda, y los unos por vencer y los otros por no dexarse morir, fué tan grande el combate y priesa, que cayendo muertos de ambas partes tanta multitud de yndios que cubrian el campo, andando entremetidos y revueltos unos entre otros sin órden ni concierto, matándose á diestro y á siniestro con grandísima furia, de suerte que ya de puros cansados de auer trauajado y peleado todo el dia, se apartaron los unos de los otros lleuando de una parte y de otra todos los presos que pudieron auer; y recoxidos los mexicanos á Itztopatepec, en un lugar que se dice Aculco, miraron por los principales señores de su exército y allaron tres principales hermanos del rey, menos, y yéndolos á buscar allaronlos en el campo muertos y truxéronlos, los quales venian llenos de muchas heridas mortales, rodeados de gran cantidad de yndios muertos; el uno se llamaua *Chauaque*, y el otro *Tlacauepan*, y el tercero *Quetzalcuauh*, a los quales les truxeron al rey *Monteçuma* y á *Tlacaelel* que se auian quedado en Tlapechhuacan confiados de sus valerosos mexicanos.

El rey, quando les vido así muertos y tan mal heridos, y por el consiguiente *Tlacaelel*, queran sus hermanos y de los mas valientes del exército, pesóles en el coraçon, y así el rey empeçó á llorar y á lamentar sobre ellos y á decir: oh valerosos hermanos mios: dichosos vosotros que moristes mostrando el valor de vuestras personas; vays envueltos en piedras preciosas y en plumajes preciosos de vuestras haçañas, procurando el aumento de vuestra patria y la honra y defensa de vuestro hermano el rey. Y vuelto á *Tlacaelel*, questaua sin hacer mudamiento,[1] le dixo: ¿qué te parece, *Tlacaelel*, de estos tus hermanos que aquí ves muertos? *Tlacaelel* le respondió: poderoso Señor: no me espantan á mí ni me admiran esas muer-

1 Es decir, que se manifestaba impasible.

tes, que para eso se ordenan las guerras: acuérdate de *Vitziliuitl* el viejo, rey y Señor nuestro, que murió en Culuacan antes que nosotros fuésemos, y dexó eterna memoria de sí, haciendo como valeroso: ¿an de faltar á la nacion mexicana otros tan valerosos como estos que aquí ves muertos? En México estamos y otros mexores se leuantarán; ¿qué tanto emos de llorar ó hasta quándo? porque si nos ponemos á llorar dexaremos de hacer lo que mas auemos necesidad.

En esto llegado el dia DEL MES de Xocotl,[1] que era fiesta de los mexicanos, dia de los primeros de sus meses, hicieron la fiesta y celebráronla con los chalcas que auian traydo presos de aquella vez: los chalcas hicieron lo mesmo, y antes que los matasen estaua entre los presos un primo hermano del rey *Monteçuma*, muy valeroso mancebo, que se llamaua *Ezuauacatl*, de los mas principales de la corte mexicana; y estando allí preso, los chalcas, sauiendo que era de la lignea real de los mexicanos, tuvieron su consejo y determinaronse en que lo querian librar y hacello rey de Chalco; el qual quando lo supo, dióle muy gran risa y dixo á los demas presos mexicanos que con él estauan: aueis de sauer, hermanos, que los chalcas me quieren por rey y Señor suyo, lo qual hiciera yo si á todos vosotros os dieran libertad; pero faltando esto, yo e de morir con vosotros, pues no vine yo á reynar sino á pelear y morir como hombre, y vendí ya mi bida y con ella compré á los chalcas para que siruan á mis hijos y nietos y á todos sus desendientes, y lo mesmo auis de hacer vosotros.

Venidos los chalcas á *Ezuauacatl*, propusiéronle su deseo y determinacion, y él díxoles questaua muy bien, que les rogaba que antes que lo elixiesen y él diese consentimiento á su demanda, les rogaua que le truxesen un madero de veinte braças y que encima del le hiciesen un andamio para holgarse y recrearse con sus mexicanos los presos. Los chalcas luego lo mandaron traer de veinte braças, muy grueso, y hicieron en la punta del un andamio pequeño, y dándole auiso cómo estaua ya hecho, salió con todos los mexicanos presos y mandóles poner un atambor en medio, y em-

1 Abreviacion de *Xocotlhuetzi* ó *Xocohuetzi*, nombre propio de este mes

peçaron todos á baylar al rededor del palo. Despues que uvo baylado despidióse de los mexicanos, diciéndoles: hermanos, yo me voy; morí como valerosos, y diciendo esto empeçó á subir por el palo arriba, y en estando encima del tablado que en la punta del palo estaua, tornó á baylar y cantar. Despues que uvo cantado, dixo en alta voz: Chalcas; auis de sauer que con mi muerte e de comprar vuestras vidas, y que auis de seruir á mis hijos y nietos y que mi sangre real a de ser pagada con la vuestra; y en diciendo esto arrojóse del palo abaxo, el qual se hiço muchos pedaços. Los chalcas, espantados y admirados de tal hecho, empeçáronse á cuitar y temer de lo que auia dicho; empero luego tomaron á los presos y maniatados los hicieron sacrificar, asaeteándolos á todos, porque los chalcas no tenian otro modo de sacrificar, porque como su dios era el dios de la caça, siempre sacrificauan con flechas.

Sabida en México la muerte de *Ezuauacatl* y de todos los demas mexicanos, sintiéndose los mexicanos muy lastimados por la pérdida de tantos señores tan principales y valerosos, y que los chalcas les hacian gran resistencia y que perdian mucho de su valor y estima, llamó *Monteçuma* á *Tlacaelel* y díxole: ya sauemos la muerte de nuestros hermanos y deudos, no es justo que queden sin vengança sus muertes; por tanto luego se torne á juntar todo el exército mexicano y vamos á Chalco, sin que quede hombre chico ni grande; y juntos todos partieron de la ciudad. Llegados al mesmo lugar donde fué la refriega y muerte pasada, junto á las mesmas casas de Amaquemecan,[1] junto á un cerro quellos llaman Itztopatepec; llegados allí el rey *Monteçuma* y *Tlacaelel*, hablaron á todo el exército de esta manera: hermanos: aquí somos llegados, donde no ay que hacer quenta de voluer si no es con vitoria, ó quedar aquí muertos, y no a de ser como lo pasado, que ibamos y veniamos: no; sino morir ó venzer y estarnos quedos hasta que esto se concluya, y en esto no ay que replicar; por tanto, luego que se hagan en este llano muchas casas pajiças y choças donde auitemos y estemos hasta que este negocio se concluya, y yo proueré de mantenimientos: perdé cuidado y no haga nadie quenta de voluer á

1 El autor escribe este nombre de diversas maneras, mas su ortografía propia es *Amecamecan*.

México, si no es venciendo, ni haga quenta el que dexó su madre de vella mas, ni á su padre, ni patria; ya todo queda allá: por eso, mexicanos, esforçaos, y procure cada uno de mirar por sí y de hacer lo que deue: mirá la raçon grande que á esto nos mueve: no reciuais pena y enojo: ¿no echais menos á vuestros señores y grandes de nuestro reyno, la flor de los señores mexicanos, muro y amparo vuestro? ¿qués dellos, dónde están? Luego todo el exército empeçó á llorar y á jurar de no voluer á México hasta morir ó vencer y vengar á sus señores, y luego se asentó el real y se hicieron gran número de tiendas pajiças y de esteras que parecia un gran pueblo bien formado, y *Monteçuma* invió á la ciudad sus mensajeros á todos los mandoncillos de los barrios proveyesen de bastimentos para todos los dias que allí estuviesen, porque no queria voluer allá hasta dar fin aquella guerra.

Los chalcas, muy soberbios, se aperciuieron y repararon su ciudad, fortaleciéndose todo lo que pudieron, y aquella noche, estando así los mexicanos como los chalcas muy alerta y sobre auiso temiendo no diesen sobre ellos y los tomasen durmiendo, oyeron unos mochuelos que se respondian el uno al otro: en cantando el uno respondia al otro, y el uno decia *tiacan*, *tiacan*, que quiere decir *esforçado*, *esforçado*, y el otro respondia *nocne*, *nocne*, ques una ynterjecion reprensiva que usan estos yndios, que denota enojo; en lo qual advirtieron los chalcas y los mexicanos, y cobraron sobre salto teniéndolo por mal agüero, porque naturalmente estos yndios lo son agoreros, todo lo del mundo. Y estando así sobresaltados, tornaron los buhos á cantar y decir *tetec*, *tetec*, respondia el otro, *yollo*, *yollo*, que quiere decir, *cortar*, *cortar*; *coraçones*, *coraçones*: tornaron á cantar tercera vez, y decia: *quetechpol chichil*, *quetechpol chichil*, que quiere decir, *garganta sangrienta ó colorada*, y respondia el otro, *chalca*, *chalca*, que quiere decir los *chalcas*. *Tlacaelel*, quando lo oyó, leuantóse de donde estaba y fuese adonde estauá el rey y donde muchos de los mexicanos le oyeron, y dixo: oh mexicanos: mirá como los coclillos ó buos os anuncian vitoria: alguna cosa diuina mueve aquellos páxaros para que canten aquello, porque no es posible de su motivo salga: álguien le mueve el pico para que nos anuncie la vitoria: mandado es, por tanto, oh mexicanos:

ánimo y esfuerzo; no perdamos por nuestra flaqueça lo que de arriba se nos promete.[1]

Venida la mañana, los chalcas, temerosos del mal agüero que auian tenido de los coclillos aquella noche, viendo que manifiestamente los nombrauan, quisieron usar de un ardid el qual fué entendido por *Tlacaelel*, y fué, que entrados en consejo secreto salió determinado que tres hijos que tenia *Cuateotl*, señor de Amecamecan, ya hombres valerosos y valientes en guerra, todos tres como huyendo de la muerte y del mal pronóstico, hiciesen que se salian encubiertamente huyendo de su ciudad y que se fuesen al exército mexicano y que les dixesen quellos se pasauan á los seruir y á enseñarles el paso por donde se tomaria la ciudad de Amecamecan, y que ellos darian la industria para ello: el acuerdo fué puesto por obra, y así vinieron los tres hijos de *Cuateotl* muy encubiertos y ascondidos, haciendo grandes muestras de huidos y de que se pasauan al exército mexicano, los quales lleuados ante el rey *Monteçuma*, le dixeron: señor: nosotros somos hermanos y hijos de *Cuateotl* rey de Chalco, y te venimos á seruir temerosos de la ruina que á nuestra gente y patria se les promete, y pues que la ventura está de vuestra parte, yo y estos mis hermanos, dixo el uno dellos que tenia por nombre *Teoquizqui*, queremos guiar el exército para que con mas facilidad sea la ciudad destruida y tomada.

1 Parece que el autor se refiere al ave que en la lengua mexicana lleva el nombre de *Tecolotl*, vulgarmente *Tecolote*, y que temian como de infeliz agüero.—"Cuando oían cantar al buho estos naturales de la Nueva España (dice Fr. Bernardino de Sahagun), tomaban mal agüero; ora estuviese sobre su casa, ora estuviese sobre algun árbol cerca. Oyendo aquella manera de canto del buho, luego se atemorizaban y pronosticaban que algun mal les habia de venir de enfermedad, ó muerte, ó que se les habia acabado el término de la vida á alguno de su casa, ó á todos; ó que algun esclavo se les habia de huir, ó que habia de venir su casa y familia á tanto riesgo que todos habian de perecer, y juntamente la casa habia de ser asolada y quedar hecha muladar y lugar donde se echasen inmundicias del cuerpo humano, y que quedase en refran de la familia y de la casa el decir:—*En este lugar vivió una persona de mucha estima, veneracion y curiosidad, y ahora no están sino solas las paredes: no hay memoria de quien aquí vivió.*"—Esta creencia supersticiosa no existió solamente entre los mexicanos; idéntica fué la de los egipcios, segun claramente se deduce del siguiente pasaje de Horapollon:—"*Nycticorax* mortem significat: *quemadmodum enim hic derepente pullos cornicum noctu, sit et mors homines nec opinato invadit atque opprimit.* (Hieroglyphica, Lib. II, cap. 25, ed. de Paw.)"—Por lo que toca al diálogo de los *tecolotes*, es de advertir que el chirrido de varias aves tiene cierta semejanza con la entonacion de algunas voces mexicanas, y de aquí es que de ellas se derivó tambien, por onomatopeya, el nombre que se les impuso.

Monteçuma los reciuió muy bien y hiço aposentar con mucha cortesía: el rey mandó llamar á *Tlacaelel* y díxole lo que pasaba y cómo aquellos tres hermanos venian con aquella demanda. *Tlacaelel* le dixo: poderoso señor: bien creo yo quellos, temiendo el daño queśperan, vienen á buscar remedio, pero no nuestro prouecho; por que el guiarnos ellos será alguna celada ó emboscada, ó entre algunas quebradas donde nos despeñemos y de donde no podamos salir, quanto y mas que si acaso lo que prometen fuese así, dirian despues que ellos mesmos se hicieron la guerra, no dándonos nenguna gloria dello: lo mejor será, señor, que si esos caualleros se quieren estar se estén y si se quisieren ir se vayan y que sigamos nuestra ventura, pues la tenemos cierta, y que mostremos ser hombres por nuestras personas y no por auiso de nadie ni ayuda de terceros.

Al rey le pareció bien y mandó siruiesen á aquellos caualleros y que los regalasen y diesen lo que uviesen menester muy cumplidamente y que se les hiciese todo el buen tratamiento que ser pudiese y que no los dexasen salir á la batalla que aquel dia se auia de dar; y luego adereçados todos los mexicanos salieron muy en órden al lugar señalado, á donde *Tlacaelel* les hiço una plática exortatoria y animosa, exortándolos á morir ó á vencer y á que no menospreciasen sus vidas y que procurasen guardar su carne de los golpes de sus enemigos y que procurasen señalar sus personas en matar y prender, no los que iban uyendo, que esos ya iban vencidos, si no los que se mostraban mas valientes y hacian mas defensa; y con esto, ya los chalcas estauan en su puesto, y como no vieron á los hijos del rey, que segun su quenta auian de venir en delantera, entendieron los auian entendido, y arremetiendo los mexicanos á ellos, *Tlacaelel* llegó al general de los chalcas, questaua en delantera, y amagándole que le queria herir, arremetió á él y echóle mano abraçándose con él y luego llegaron de una parte y otra para querer defender á sus capitanes, de suerte que con la llegada de muchos mexicanos y señores le prendieron y le lleuaron preso ante el rey, y todos los señores con gran ánimo prendió cada uno el suyo, y dexando los presos en poder de los de la retaguarda, pasaron á herir á todos los demas, y fué tanto el ímpitu, que

les empeçaron á hacer perder el campo y lleuallos á mas andar hácia una quebrada á que ellos se iban retrayendo que se llama Cuauhtexcac, questá destotra parte de la sierra neuada.

Los mexicanos, temiendo la encenada [1], por no tener lumbre [2] de aquel camino, les cogieron el lado y les hicieron ir hácia el camino real y subir por aquella sierra arriba, ques el puerto de entre el bolcan y la sierra neuada, matando y hiriendo á quantos podian alcançar, de suerte que la gente de viejos y viejas y de niños y niñas, mugeres de todo Amequemecan, questauan ya subidos en lo alto para ver el suceso, como vieron á su ciudad entrada y robada de los mexicanos y que subian tras ellos sin perdonar hombre á vida, dieron la huida ácia Vexotzinco á donde fueron apostados los chalcas. Viendo *Tlaçaelel* la priesa que la gente lleuaua de mugeres y niños, viejos y viejas para entrarse en Vexotzinco, mandó á uno de sus capitanes que luego les atajase el paso y que á ninguno hiciesen mal, sino que los asosegasen, que no huyesen ni se metiesen en tierra estraña, quel mandaua cesar la guerra, que se voluiesen, que no queria mas vengança de la que auia hecho. El capitan, llamado *Tlacatecatl,* fué con su escuadron á toda furia, y tomando la delantera á la gente que se iba á Vexotzinco, los detuvo y dixo de parte de *Tlacaelel* que no temiesen y que voluiesen á su ciudad y que no la despoblasen, que les daua su fé y palabra de no les hacer mas mal. Los chalcas se voluieron, los quales llegaron ante *Tlacaelel* postrados por tierra, rindieron todas las armas y dixeron: mexicanos, nosotros emos hecho todo nuestro poder para defendernos y no emos podido mas: ya que estamos en vuestro poder, lo que tenemos con que os seruir es con madera para vuestros edificios, con piedra, con tierra, con canoas labradas, con terrazgueros y peones para vuestras obras, con gente valerosa y esforçada para vuestras guerras, con bastimento para ellas y no con otra cosa. Los mexicanos, apiadados de las lágrimas y llantos de las mugeres y niños, los reciuieron á misericordia y con mucha benignidad los trataron y reciuieron.

En otra relacion hallé, la qual tambien refiere esto que de presen-

1 Parece que debe decir: una celada ó emboscada.
2 ó conocimiento.

te, la que tengo por verdadera, aunque debaxo de duda, en quanto á que aquesta guerra entre los mexicanos y chalcas turó trece años y queste dia los chalcas dixeron: trece años a, mexicanos, que hacemos todo nuestro poder para no venir á vuestra servidumbre; pero, pues os es concedida la vitoria, goçá della que aquí os seruiremos en todo lo que mandáredes; y que luego fueron al rey *Monteçuma* y á todos los principales y les ofrecieron muy hermosas doncellas para que se siruiesen dellas. En este lugar, antes que los mexicanos alçasen el real, mandó el rey que á todos los que auian hecho en esta guerra su deuer, que para señalallos por hombres de valor, que les agujerasen las narices [1] y que entrasen en México todos con unas plumas y joyas de oro colgadas de las narices, á manera de bigotes, pasadas de una parte á otra por dentro de la ternilla, y así fué [2]. Tambien *Tlacaelel* mandó venir á todos los valerosos chalcas que en esta guerra auian hecho marauillas y dado muestras de valerosos, que á todos les hicieren la mesma señal, diciéndoles: hermanos; hasta agora no emos peleado con gente que tan bien se aya igualado con nosotros, como soys vosotros; por tanto, es justo, pues somos iguales en valor, lo seais en honra; y así les horadaron las narices y les pusieron aquellas insignias de valerosos. Luego mandó *Monteçuma* que se repartiesen las tierras y se repartieron dando á la corona Real su parte y luego á *Tlacaelel* y luego á cada uno de los principales, lo que cada uno merecia sin hacer agrauio á nadie, dando á cada uno lo que le pertenecia, á dos y á tres suertes, conforme á su dignidad y hechos. Repartidas, se voluieron á México, quedando muy amigos y confederados los mexicanos con los chalcas, y los chalcas con los mexicanos.

1 La ternilla de la nariz. Practicábase esta operacion dolorosa con el objeto de colocar en el horado una divisa, que constituia una singular distincion en la milicia. El P. Sahagun la menciona en el capítulo que trata—*De los aderesos que usaban los señores en la guerra.*—"Llevaban (dice) una media luna de pluma amarilla con unas llamas de "oro, colgada en las narices, etc."

2 Esto es: "y así se ejecutó."

CAPÍTULO XVIII.

De cómo los de Tepeaca mouieron guerra contra los mexicanos y de cómo fueron vencidos y muy maltratadós y traidos presos á México para sacrificar, y de las osequias que se hicieron á honra de los muertos que en la guerra de Chalco murieron.

Llegados los mexicanos á la ciudad de México fueron de toda la ciudad muy bien receuidos con muchos regocijos y fiestas de los sacerdotes que salieron con sus braseros en las manos ó ençençarios y ençençándolos, y diciéndoles muchas palabras de loor y cantares de alabança, los festejaron y lleuaron al templo donde ofrecieron grandes ofrendas de los despojos y de las cosas que de la guerra traian, juntamente ofreciéndoles de aquellos hombres que traian presos de la guerra, para que despues fuesen vítimas de los sacrificios de las fiestas; y estando ya quietos y sosegados y auiendo descansado del trauajo pasado, mandó el rey se ordenasen las honras y osequias de todos los que en la guerra auian muerto, diciendo: mexicanos: nuestros hermanos, todos los que murieron en la guerra de Chalco, bien saueis que no murieron ofendiendo á nuestro dios, hurtando ni fornicando, ni mintiendo, ni levantando falso testimonio, sino peleando como hombres varoniles derramando su sangre á honra y gloria de la patria y de la república mexicana: por tanto, luego será justo les hagamos lás osequias y honra que tan valerosos varones merecen; y mandó que todos los viejos cantores que tenian oficio de lamentar semejantes muertes, que compusiesen cantares[1] apropiados para el efeto, los quales luego compusieron los responsos, y compuestos salieron con su atambor ronco y destemplado y empe-

1 Estos cantares formaban uno de los principales ramos de la educacion que se daba en los templos: aprendíanse de memoria y se recitaban en las grandes solemnidades. Así se conservaban las tradiciones históricas, consignándose ademas en las pinturas, como un auxiliar mnemómico.

çaron á cantar aquellos doloridos y lamentables cantares, y luego tras ellos salieron las mugeres de los muertos y sus hijos y hijas y todos sus parientes, todas las mugeres con los cauellos tendidos por el rostro y al hombro las mantas y bragueros de sus maridos, y los hijos y hijas con las orejeras y plumajes y beçotes [1] en las manos; finalmente, con todas las alhajas de sus padres.

Puestos todos en órden, empeçaron á bailar y llorar juntamente con un aullido estraño: los viejos todos al rededor del atambor con sus xícaras redondas colgadas á las espaldas, á manera de cordones, vestidas unas camisas como aluas cortas con muchos rapaçejos por orla: todos los varones y parientes de los muertos, primos, tios, hermanos, padres, agüelos, todos hacian una rueda grande con sus rodelas y espadas de los muertos en las manos. Despues que bailauan gran rato, sentáuanse todos á descansar, y mientras descansauan los viejos, unos tras otros iban consolando á cada uno y á cada una en particular y animándolos desta manera: esforçaos, hermano y no desmayes: respondé al sol y dalde gracias y á la tierra nuestra señora y madre; prouée de la envoltura en que sean envueltos vuestros muertos. Luego cada una de aquellas matronas sacaua una manta teñida de colorado y dáuala al viejo y dáuale una manta, quellos llamauan *cuachtli*, y un braguero y un esclauo quellos ofrecian para que muriese juntamente y que fuese allá á seruir al muerto.

Ofrecido esto á los consoladores, que por otro nombre le llamauan la ofrenda de los que an de morir, en presencia de todos iban y hacian unos bultos de tea ó de muchos pedaços della y hacian tantos bultos quantos auian muerto en la guerra, y atáuanlos con unos cordeles, que les llamauan *aztamecatl*, que quiere decir soga blanca. Despues de hechos aquellos bultos á manera de estatuas,

1 El Diccionario Castellano dá una falsa idea de esta insignia, llamándola: "adorno ó arracada" (annulus seu fibula).—El *bezote* tiene una figura muy semejante al sombrero alto, y *sombrerito* denomina el vulgo á este objeto que suele encontrarse en los antiguos sepulcros. Portábase en el labio inferior, haciendo en éste una incision bastante para darle entrada. La parte cilíndrica salia afuera del labio y la plana quedaba adentro para detenerlo. El diámetro del cilindro solia ser aun de media pulgada castellana, ó sean 0,11.—Su nombre mexicano es *tentetl*, derivado de su destino, y compuesto de las palabras *tentli* (labio) y *tetl* (piedra). Un procedimiento semejante emplearon los españoles para la formacion del nombre *bezote*, derivándolo de la palabra antigua *bezo*, hoy *labio*.

hacíanles sus caras poniéndoles sus ojos y boca y sus narices, y entre los ojos les ponian tizne y en la boca á rededor de los labios y ponianles unas rodelas atadas al cuello y unas espadas, y ponianles á las espaldas unas deuisas de unas banderetas y plumajes, cinco banderetas á cada uno, y ponianles sus mantas muy galanas: arrimáuanlos á una pared en un aposento que para esto tenian señalado en los templos, que les llamauan *tlacochcalli* y por otro nombre *tzinacalli.*

Puestos todos los bultos en órden, los viejos tornauan á bailar y cantar sus responsos funerales, todos los parientes y parientas de los muertos, puestos en renglera, llorauan los bultos de *ocotl* que les llamauan *ocoteuctin,* que quiere decir los "señores de ocote," y los viejos bailando. En acauando el canto daban todos muchas palmadas al son del atambor y luego tomauan unos güesos que tienen hechos unos dientecillos á manera de descalerrillas, y bailauan al son de aquellos güesos, raspando por aquellos escaloncillos otros güeseçuelos, lo qual no carece hoy en dia de alguna supesticion, pues los usan el dia de sus bailes todavia. Los viejos se emplumaban las orejas y tras las orejas, para hacer este son y bailar, el qual baile turaua quatro dias, y al quarto dia, despues de auer llorado todos aquellos quatro dias y hecho las cerimonias dichas, pegaban fuego á todos los bultos. Despues de quemados, antes que se acauase de enfriar aquella ceniça, andauan los viejos lauando las caras á todos los parientes de los muertos, así hombres como mugeres, con unas ojas de laurel siluestre. Despues de auelles lauado las caras, tomauan todas aquellas ceniças y enterrábanlas: enterradas, los viejos y todos los parientes hombres y mugeres y niños ayunauan ochenta dias, todos los quales, demas de no comer mas de una vez al dia, no se auian de lavar las caras ni peinarse, y era tanta la suciedad que tenian al cabo deste tiempo en los rostros, con la tierra y polvo que se les pegaua á las lágrimas que lloraban, que parecian demonios. Al cauo de los ochenta dias venian los viejos y con las uñas quitáuanles las costrillas de suciedad que auian criado en las mexillas y envoluian aquella suciedad en unos papeles y lleuabanlos á cierto lugar que llamaban *Tzatzcantitlan* y dexáuanlos allí aquellos papeles envueltos con la sucie-

dad de las lágrimas: llamauan á esta cerimonia "las Reliquias de las lágrimas."

Venidos de dexar estas reliquias, vestian las viudas á los viejos dándoles mantas y bragueros, luego los aperceuian que otros cinco dias auia de auer de ofrendas, y así aquellas pobres mugeres hacian aquellos cinco dias comidas de pan y de puchas de maíz tostado, y ofrecian en el lugar donde se auian quemado los bultos aquestas comidas, y juntamente dando de comer á los viejos todos aquellos cinco dias, despues de los quales tomauan todas las mantas y bragueros de los muertos y quemáuanlo sin quedar cosa de la ropa que tenian de que uviesen usado; y para honrar estas mantas y bragueros comprauan vino de la tierra y derramábanlo por todo aquel lugar donde auian quemado la ropa, y así se iban todos á sus casas dando fin á las osequias de los muertos en guerra, con apercibimiento que dentro de otros ochenta dias auian de traer otras ofrendas de comida como la pasada; al cabo de los quales y de la ofrenda, los viejos hacian una plática delante de todos hablando con los muertos y diciendo en este punto: oh muertos: llegastes al resplandeciente señor y trasparente sol: ya os holgais y regocijais con él y le llamais paseándoos por sus deleitosos llanos, allá en la tierra chamuscados, pintados y rayados con diversos rosicleres y colores delante del resplandeciente sol, donde ya no os veremos mas: hacé allá bien vuestro oficio con todo cuidado y diligencia. Acauada la plática, tornauan á derramar de aquel vino por el suelo, con lo qual se concluian las osequias y hacian en creyente á todos que hasta aquel punto no iban á goçar del descanso eterno.

Acauadas las osequias, dende á pocos dias vino nueva á México de cómo los de Tepeaca auian muerto á todos los mercaderes mexicanos, tezcucanos y tepanecas que andauan en quadrillas á buscar su vida, y cómo les auian robado todas sus mercaderías y echado sus cuerpos á las bestias. Sauido por *Monteçuma*, llamó á *Tlacaelel* y á todos los demas principales y contóles la mala nueva que le auian dado, diciéndoles, si seria bueno enviar á prender á los señores de Tepeaca, y traydos los mandemos matar cruelmente, y si no los pudieren traer, que en su mesma tierra los maten. *Tlacaelel* respondió que no era suficiente aquel castigo, que luego fuesen y

los apercibiesen á la guerra y que fuesen destruydos sin ninguna piedad, por auer sido el desacato grande que auian tenido; y así salió determinado por todos, que fuesen quatro principales á los desafiar, los quales partieron luego de la ciudad y fueron á Tepeaca, y llegados ante el Señor de Tepeaca, que se llamaua *Coyolcue*, le dixeron: Señor: *Monteçuma* y *Tlacaelel* y todos los principales Señores de México te envian esta rodela y espada y estas plumas con que emplumes tu caueça, y te dicen que los esperes, que muy en breue te vendrán á vesitar, y que desde este punto te auisa que hasta queste negocio de los muertos, que aquí matastes y robastes de todas las provincias de esta otra parte de la sierra neuada, que andauan á buscar su vida, que hasta entonces no quiere que entren los desta prouincia allá, y que cierra las puertas de su ciudad para que nadie no entre en ella, so pena de la vida. *Coyolcue* y otros tres señores que con él estauan, respondieron que olgauan dello y que allí estauan aparexados para todo lo que quisiesen y en aquel caso mandasen. Vueltos á México los mensajeros, dixeron al rey la respuesta de aquellos señores y cómo querian probar su ventura mostrando mucha voluntad á ello, á los quales respondieron que descansasen, que estaua muy bien hecho.

Monteçuma mandó á *Tlacaelel* mandase ordenar las gentes y apercebillas para la guerra, y que luego enviase á todas las ciudades y pueblos comarcanos que proveyesen de mucho biscocho, que eran tortillas tostadas, y mucho maiz tostado y harina de maiz, para hacer puchas, y frijol molido, y que proueyesen de sal y chile, pepitas y de ollas, platos, metates, que son las piedras de moler, y que proueyesen de petates para hacer tiendas y casas de aquellas esteras en que auitase el campo. Luego se despacharon mensajeros á Tezcuco y á Xuchimilco y á Culuacan, á Chalco y á Cuitlauac y á Cuyuacan y Azcaputzalco, para que de todas partes proueyesen de lo dicho y de rodelas y espadas y flechas para la guerra. Todos los señores de los pueblos nombrados dixeron que les placia de muy entera voluntad y que eso era lo que deseaban, que los ocupasen en su seruicio, y haciendo muy buen ospedaje á los mensajeros, luego mandaron prouer de los bastimentos que les eran mandados y lleuallos al lugar que auia de ser la batalla. Los mensajeros

voluieron á México y dieron cuenta de cómo á gran priesa partian ya los bastimentos de todas las ciudades para la ciudad de Tepeaca, y cómo los señores con toda voluntad y cuidado lo auian proueido, y así *Monteçuma* mandó que la gente saliese, yendo el mesmo rey *Monteçuma* en persona, y *Tlacaelel* con todos los demas. Visto por los pueblos y ciudades comarcanas que los mexicanos iban á vengar la injuria que á toda la provincia se auia hecho, por ser mercaderes de todas las ciudades los que auian muerto, enviaron de todas ellas gente de guerra que acompañasen al rey y á todo el exército, y peleasen y ayudasen en la guerra, entre los quales la provincia de Tezcuco y Chalco invió lucida y valerosa gente, de que *Monteçuma* hiço mucho caso y mostró mucho agradecimiento.

Llegados á un cerro que llaman Coyopetlayo, que es en término de la ciudad y prouincia de Tepeaca, todos los valerosos hombres capitanes y soldados viejos de las provincias y de México, todos juntos enviaron sus espías para ver lo que podria auer en la ciudad de reparos y pertrechos, y si auian hecho alguna cerca ó albarrada á la ciudad, y qué gente de guerra podria auer. Idas las espías, ni hallaron cerca, ni guardas, ni vieron gente, ni rumor de guerra mas que si nunca tuvieran tal pensamiento. Enojado *Monteçuma* y su gente del poco caso que de su venida se hacia, mandó aperceuir su gente, y aperceuidos y puestos á punto, les dijo: mexicanos: no os apresureys; yd muy despacio, que esta noche, antes quel sol salga, estará todo concluso: repártase la gente y hagamos de una vez lo que auiamos de hacer en muchas; y es que unos vayan á Tecalli y otros á Cuauhtinchan y otros á Acatzinco, y tomemos estas quatro caueças para que todas queden sujetas á nuestro seruicio; y así se repartieron en quatro esquadrones; pero antes que otra cosa se determinase, pusieron y asentaron su real, armado sus tiendas y xacales, que así las llaman ellos á las tiendas de guerra, muy en órden y concierto, poniéndose el escuadron ó quartel de los mexicanos por sí, los tezcucanos por sí, los chalcas por sí, y los xuchimilcas por sí, y los tepanecas por sí. Asentado el real, repartióse la gente en quatro compañías, poniendo en cada compañía un capitan de cada ciudad con su gente, para que á todos fuese dada la gloria de aquella vitoria, porque iuan en cada compañía una bandera de

mexicanos, otra de tezcucanos y otra de chalcas y otra de xuchimilcas y otra de tepanecas, y así en anocheciendo partieron á la ciudad que le era mandado.

Y como esta ystoria y la relacion della no hace mencion de que los de Tepeaca estuviesen aperceuidos ni hiciesen defensa ninguna, ni quenta mas de que llegaron los mexicanos y que auiéndolos desafiado no allaron cosa que oliese á guerra, ni á defensa ninguna, y que hechas quatro compañías aquella noche AL quarto del alua, segun la instrucion del punto señalado, dieron sobre ellos, quemándoles el templo y las casas reales de sus señores, y haciendo en ellos estraña matança y robo, se apoderaron de las quatro ciudades, de suerte que, quando salió el sol, ya estauan en su poder, como *Monteçuma* lo auia prometido. No oso poner que los de Tepeaca peleasen ni se defendiesen ni ablasen palabra, lo qual entiendo que antes fué de propósito, viendo su poco remedio, ó por ser grande su cobardía se dexaron matar como bestias, y sácolo por lo que la ystoria dice adelante, y es, que salieron los señores de Tepeaca con su señor principal delante, que se llamaua *Coyolcue*, llorando con mucha aflicion, cruçadas las manos, postrándose delante de los mexicanos, pidiendo misericordia y perdon del enojo que les auian dado, sin haçer relacion de otra cosa; y si acaso pelearon ó se defendieron, al menos la ystoria no lo quenta, porque mi intento no a sido no[1] traducir el mexicano en nuestra lengua castellana. Lo que dixeron los de Tepeaca á los mexicanos, fué rogalles ceçasen de matallos y destruillos, prometiéndoles selles perpetuos tributarios y dalles tributos de maiz, chille, sal, pepitas, mantas, cotaras,[2] esteras de palma, cueros de venados, obligándose á illes siruiendo en los caminos de acémilas y lleualles sus cargas, comidas y matalotajes, y de illes siruiendo á las guerras haciéndoles choças y armándoles tiendas, y que desde aquel dia tomauan á los mexicanos por señores y por padre y madre para su defensa, y que desde aquel dia se les sujetauan para todo lo que quisiesen y mandasen. Respondieron los mexicanos y dixéronles; vení acá, tepanecas,[3] ¿sereis

1 Parece que debe decir—"sino."
2 Calzado.
3 Esta denominacion es manifiestamente errónea; debe decir—*tepeacas*.

hombres para prouernos de hombres que vayan á la guerra y traer esclavos? ellos respondieron que sí, y así les echaron tributo de hombres y mandaron que cada ochenta dias tributasen, demas de aquellas cosas á que ellos se auian obligado, tantos hombres esclavos auidos en guerra para el miserable y abominable sacrificio de los ídolos.

Obligados ya los tepeacas á la seruidumbre y subjecion á los mexicanos, rogáronles que descansasen en su ciudad y lleuáronlos á las casas principales de su pueblo y diéronles grandes presentes á todos, de mantas, cueros, cotaras, piedras, joyas, oro y otras cosas preciosas, de ricas plumas, rodelas, deuisas, armas, en particular al rey *Monteçuma* y á *Tlacaelel* y á los quatro del supremo consejo: lo mesmo hicieron los de Tecalli y los de Cuauhtinchan y los de Ecatzinco, que no menos ricos y grandes eran aquellos pueblos, á todos los quales les mandaron fuesen á reconocer y adorar á su dios *Vitzilopochtli* á México y á dalle la obediencia como á Supremo Señor. Todos dixeron les placia y con esto se voluió toda la gente y señores mexicanos á la ciudad de México, donde llegados los salieron todos los sacerdotes y viejos de los templos á reciuir en un lugar que se dice Acachinanco, ques á la entrada de México, los quales salieron en esta forma.

Todos los ancianos y viejos de los templos, los quales tenian sus dignidades y oficios á la mesma forma y manera que las ay en las iglesias catedrales, que despues de la dignidad suprema del arçobispo, ay dean, arzidiano, chantre, mastrescuela, tesorero, sochantre, canónigos, racioneros, curas, capellanes, capilla de cantores, monacillos, sacristanes, de ese mesmo modo y manera auia dignidades antiguamente en los templos mayores y supremos, y mas baxas y menores en esta tierra. Al supremo sacerdote llamauan con diversos nombres; unos le llamauan *Papa*, otros *Topiltzin*, finalmente, en cada prouincia tenia sus autoriçados y excelentes epitetos de mucha autoridad. A otros llamauan *Tecuacuiltin*, á otros *Cuauhueuetque*, otros *Chalmeca*, otros *Tlenamacaque*, á otros *Calmecaveuesteque*[1], á otros *Moçauhque*, á otros *Tlamacazque:* auia, finalmente, tantas dignidades y tantos nombres dellas que será ne-

1 Probablemente *Calmecaueuetque*. El alfabeto mexicano carece de la letra *s*.

cesario hacer particular capítulo de todas ellas y de su declaracion para questos nombres y dignidades no queden en confusion sin sauer lo que quieren decir y significar, lo qual haré ofreciéndose ocasion.

Y así, voluiendo á nuestro propósito, todas estas dignidades, viejos y moços, salieron todos vestidos con sus aluas ó lobas de diferentes colores y hechuras, unos hasta el suelo, otros mas cortos, unos con sus rapacejos por la orla, otros con unas tiras redondas por çanefa, con algunas borlas, todas muy labradas con ilo de diversos colores y labores: en las caueças traian todos unas guirnaldas hechas de papel, otras de cuero, y en la frente, por atadura dellas, unas rodelàs muy plegadas á manera de ojuela: eran estas guirnaldas pintadas de colores diversos: traian á las espaldas, los que llamaban *Cuauhueuetque* y los *Tecuacuiltin*, unas calauaçuelas colgadas, á manera de cordones con sus bollas y cintas de cuero: llamauan estas xicarillas redondas *yectecomatl*. Traian todos en las manos sus bordones negros: venian todos en proçiçion, los unos por la una banda del camino y los otros por la otra, muy en órden. Los que llamauan *Tlenamacaque*, que propiamente quiere decir *turibulo* y incensario en romance, venian todos con sus incensarios en las manos; y llegando que llegaron todos los presos que delante traian los mexicanos, queran gran número dellos, echaron ençienço en los ençençarios y empeçaron á los ençensar, como á vítimas de los dioses, y luego llegaron los *tecuacuiltin*, que propiamente quiere decir este vocablo Dioses, ó su semejança, porque *Tecuacuilli* quiere decir ydolo ó figura del: llegauan luego estos y partian unos pedaços de pan quellos tenian en los templos ensartados en unos ilos, que eran como pan de oblacion, y echáuanlo delante dellos ofreciéndoselo, y luego se les hacian á todos estos presos una plática desta manera:

Seais muy bien venidos y llegados á esta corte de México Tenochtitlan, en el remanso del agua, donde cantó el águila y donde siluó la culebra; donde vuelan los peces; donde salió el agua açul y se juntó con la bermeja entre estas espadañas y carriçales; donde tiene su mando y juridicion el dios *Vitzilopochtli*, y no penseis que os a traido acaso ni tampoco á buscar vuestra vida, sino á morir

por él, y á poner el pecho y la garganta al cuchillo, y á esta causa os concedió el ver y goçar desta insigne ciudad, sin cuya muerte no se os abriera la puerta de poder entrar en ella jamas á los de Tepeaca. Seais muy bien venidos, que lo que os deue consolar es que no venís por ningun acto mugeril ni infame, si no por hechos de hombres, para que murais aquí y quede perpetua memoria de vosotros. Acauadas estas pláticas, dáuanles á beber de un vino bendito que ellos tenian, que le llamauan *teooctli*, que propiamente quiere decir *vino divino*. Despues de auer bebido de aquel breva- je lleuáuanlos delante del templo, haciéndolos pasar á todos por junto á los piés del ydolo, en renglera uno á uno, haciendo á la estatua gran reuerencia.

Acauada de hacer aquella cerimonia y de ofrecellos á los dioses, iban luego á la casa real con ellos y hacíanles hacer la mesma cerimonia delante del rey *Monteçuma*, el qual estaua sentado en su trono con mucha autoridad, y hacian esto, porque á los señores teníanlos como á dioses y así los temian, acatauan y reuerenciauan como á tales. Hecha esta segunda adoracion y reuerencia, mandaua *Monteçuma* que luego los vistiesen á todos y les diesen mantas, y bragueros y cotaras á todos. Despues de vestidos y muy bien comido, mandáualos poner un atambor y al son del bailauan todos los presos en el tianges [1], encima de un mentidero [2] que en medio estaua, como royo ó picota, lo qual era umilladero [3] del tianges, en lo qual auia gran superticion; y para bailar dáuanles rodelas en las manos de pluma muy galanas y armas que se vistiesen y rosas en las manos y humaços [4] de los quellos usan de olores, con que se confortan mucho, y por la mayor parte dan y reparten entre sí estos humaços despues de comer, porque dicen el humo dellos es bueno para la disistion [5] y para asentar el estómago, y en la fiesta que no ay destos no la tienen por fiesta.

Despues de llegados á México los presos y auiéndoles hecho hacer las cerimonias dichas, entrauan tras ellos todos los señores y

1 Corrupcion de la palabra *tianquiztli*, nombre de la plaza del mercado.
2 El sitio ó lugar donde se junta la gente ociosa á conversacion. (Dic. Cast.)
3 Lugar de culto ó devocion.
4 Refiérese al uso del tabaco.
5 Probablemente, "la digestion."

caualleros de Tepeaca que venian al reconocimiento y adoracion dicha. Entró *Coyolcue*, señor de Tepeaca, y con el *Chichtli*, señor de la mesma prouincia, y luego *Chiauhcoatl*, los quales, con otros muchos caualleros, se fueron derechos al templo, y puestos ante *Vitzilopochtli* le ofrecieron muchos amoscadores[1] blancos, grandes y galanos, y ricos plumajes de diversas hechuras y muchos arcos y flechas y braceletes de güeso, muy lisos y pintados, y cueros curtidos de diversos animales y joyeles de narices para los caualleros, y luego todos á una sacauan sus nauajuelas y sangráuanse las lenguas y las orejas y luego comian tierra[2] de la questaua á los piés del ydolo; lo qual acauado, venian luego á hacer lo mesmo delante del questaua en lugar de ese dios suyo, que era el rey, y á su prepósito *Tlacaelel*.

Y puestos ante él, empeçauan su raçonamiento: Señor poderoso, á cuyo anhelito se mueve toda la tierra, seas muy bien allado: descansá del trauajo pasado y padecido: aquí son venidos tus deudos y parientes, los señores de Tepeaca, á adorar á *Vitzilopochtli*, el qual allega y trae á sí á todas las naciones, y yo, como sieruo suyo, vengo á le servir y traigo todos los mis vasallos y sieruos á que le adoren y le reconozcan por tal señor, y tambien vienen con lágrimas y con sospiros á oir de tu boca lo que deuen de hacer y á tomar sobre sus hombros la carga y esclauonía de lo que deue hacer y cumplir. El rey les respondió: seais bien venidos; aposéntenlos luego. *Tlacaelel* los mandó aposentar y que esperasen su respuesta.

Luego otro dia, *Tlacaelel* fué á ellos y de parte del rey los saludó y dixo: Mirá, señores de Tepeaca: ya llegastes y vistes esta corte y ciudad de México y aueis goçado della y de su autoridad y grandeça, la qual as de tener por señora y madre. Tambien veniste á oir lo que as de hacer de hoy mas[3] y para que esperes los mandamientos y prouisiones, allá en tu tierra, de lo que te fuese mandado por los señores della. Iten tes mandado que proueas,

1 Especie de abanico, de forma circular.

2 Los actos de adoracion, sumision y tambien el juramento, se ejecutaban tocando la tierra con los dedos, llevándolos luego á la boca. A esto llamaron los españoles, *comer tierra*.

3 ó de hoy en adelante.

pues estás en camino pasajero [1], que pongas mucha guarda en que los pasajeros de todas las prouincias, así estranjeros como naturales, nenguno sea maltratado, ni robado, ni agraviado en cosa nenguna; sino que en todos vuestros destritos tengais particular quenta con amparar los mercaderes que andan al trato de Xoconochco y de Guatimala y de toda la tierra, porque estos son los que enriquecen y ennoblecen la tierra y dan de comer á los pobres y pueblos, y esto, so pena de la vida al que los maltratase y perjudicare, de lo qual dareis luego auiso á esta corte con toda la diligencia del mundo. Iten, el rey vuestro señor manda que á todos los que quisieren, de los forasteros, ir á morar á vuestras tierras, les deis tierras donde puedan morar y ennoblecer vuestra ciudad con gente forastera para que [2] en esa ciudad de Tepeaca quiere y es su voluntad que se haga un gran mercado, en el qual paren todos los mercaderes de la tierra que el tal dia señalado aportasen á ella y se allen en él, y que se vendan ricas mantas de todo género, y piedras, joyas y plumas de diuersos colores y oro y plata y de todos metales y cueros de diuersos animales, de leones, de tigres, de gatos monteses, cacao, bragueros ricos y cotaras, y esto es lo que os manda el rey nuestro señor *Monteçuma*. Mirá que en ello no aya falta ni quiebra; y para questo mejor se cumpla, os quiere poner un gobernador de los señores mexicanos, al qual aueis de obedecer y tener en lugar de la real persona, el qual se llama *Coacuech*, y con esto os podeis ir en norabuena á vuestras tierras y ciudades porque al rey no le podeis hablar.

Ellos agradeciendo con mucha umildad la honra que se les hacia en dalles allí aquel rico mercado, sobre lo qual lleuaron mandato y poder para detener [3] los mercaderes, para fundar su tianges y entablallo, segun la instrucion de *Tlacaelel*, se fueron á sus tierras lleuando consigo á su gobernador *Coacuech*, los quales fueron receuidos en Tepeaca muy bien, haciendo á su gobernador gran honra, dándole casas en que viuiese y tierras donde morase, le obedecian y reuerenciauan ni mas ni menos que al mesmo

1 Muy transitado ó concurrido.
2 Léase, porque.
3 Así en la copia; mas tal vez querria decir—"atender."

Rey de México, el qual[1] tenia gran cuidado de recoxer los tributos reales de ochenta á ochenta dias y enviallos á su rey, con lo qual quedaron los de Tepeaca contentos y pacíficos sin guerra ni contienda, y tampoco la tuvieran ni ningun daño se les hiciera, si lo que hicieron á la postre lo hicieran al principio, pidiendo á los mexicanos perdon y ofreciéndoles subjecion.

CAPÍTULO XIX.

De la discordia grande que se recreció entre los mexicanos y los guastecos de Tamapachco y Xochpan y de Tzincoac, en que despues de auer peleado unos con otros, los guastecos fueron vencidos y muertos.

A los once años que auia que reinaua este rey, *Veuemonteçuma*, el primero deste nombre, uvo grandes nieues, tantas y tan cotidianas, que dizque por las calles de todos los pueblos llegaua la nieve á la rodilla, de suerte que la gente, temerosa y desnuda, no parecian por los caminos ni calles hombre humano; la qual nieve turó en caer seis dias arreo, sin cesar, de la qual quedaron los montes y collados cubiertos por muchos dias. En este tiempo auia estado la nacion mexicana algo sosegada, pero como la quietud tura poco á los que la desean, vínoles nueva cómo los guastecos auian muerto y salteado á todos los mercaderes y tratantes que por aquella parte andauan, sin dexar hombre dellos, así de las demas prouincias como los de Mexico, y que luego en cometiendo el delito y mouido el rebelion, auian hecho en todos sus pueblos cinco cercas, una tras otra, de recias tapias para su defensa, reforçandose todo lo posible; dando muestras de que el matar los caminantes y mercaderes mexicanos y tezcucanos y á todos los de las demas prouincias, que siempre andauan en compañía, auia sido de propósito y por mostrar su valor y fuerças con los mexicanos, y por ver si podian ellos salir con alguna mas honra que los demas; lo qual era ya notorio disparate y yerro, y tan sin tiempo,[2] que ya ningun es-

1 El gobernador.

2 ó fuera de sazon,

fuerço ni denuedo era bastante á los destruir, porque demas de ser ya gente sin número y valerosa, tanto que têmblaua ya toda la tierra; dellos[1] tan exercitados en guerra, que los muchachos de muy poca edad se preciauan de ir á ella y presumian de traer presos y cativos á sus contrarios, y de propósito se exercitauan en trauajos de sufrir hambre, sed, desnudez y dormir por los suelos, é echarse á cuestas cargas muy pesadas para podello llevar quando la necesidad les compeliese, llegándose á los capitanes señalados para deprender dellos los modos y artes militares; no tratándose ya en México de otra cosa sino de cómo se auian de auer en las guerras. Tambien era ya engaño querer contender con ellos por tener las mas principales prouincias á su mandado y en su favor, pues á su voz salian dellas diez y doce mill hombres de guerra, todos muy bien adereçados, y si pedian veinte mill se los dauan, y si quarenta mil lo mesmo, conforme á lo que en sus contrarios sentian de valor y gente; y fueron tan poderosos, que çien mil hombres que quixesen poner en campo, los ponian con mucha facilidad con solo mandallo.

Oyda esta nueva de la rebelion de los guastecos y muerte de todos los mercaderes y pasajeros y que los auian despeñado de unas grandes barrancas, las quales nuevas truxeron los de Tulancingo, *Monteçuma* se lo agradeció y los mandó descansar y dar lo necesario. Luego el Rey mandó llamar á *Tlacaelel* que inviase sus mensajeros á las prouincias de Tezcuco, Tacuba, Chalco, Xuchimilco y á todos los pueblos comarcanos, que pues la ynjuria auia sido comun, que la guerra fuese comun á todos, y que luego apercibiesen sus gentes y proveiesen de bastimentos para ella muy cumplidamente, con todo lo necesario de armas, tiendas y pertrechos de guerra que viesen era menester para su defensa. *Tlacaelel* despachó luego á todas las prouincias con toda diligencia á auisar de la determinacion del rey, lo qual oydo por los reyes de Tacuba y Tezcuco y por los señores de Chalco y Xuchimilco, Cuyuacan y Cuitlauac, Culhuacan y Mezquique, dieron su respuesta, que les placia, los quales con toda voluntad lo mandaron y hicieron aperceuir las gentes y bastimentos, armas y tiendas con el cuidado que se les auia

1 Es decir—"y ellos estaban tan ejercitados, etc."

encomendado. Oydo por *Tlacaelel* la diligencia que las ciudades y prouincias ponian en aperceuir y en hacer lo que estauan obligados, mandó á todos los capitanes que se aperciuiesen y que saliesen luego de la ciudad, los quales empeçaron á salir con sus compañías y esçuadrones para la Guasteca.

Luego que la gente empeçó á salir, los viejos superticiosos y amigos de inventar mil cirimonias, auian enseñado á las mugeres de los que iban á la guerra á hacer algunas superticiones, las quales hacian y turauan todo el tiempo que turaba la guerra, ó hasta que sus maridos voluian della; y eran estas primeramente, en señal de tristeça y luto, nunca desde aquel dia se labauan las caras y andauan con las caras muy sucias: lo segundo que hacian era leuantarse á media noche y hacer lumbre, y en ardiendo que ardia la leña, salia á la calle y barria su pertenencia aquella hora: en acauando de barrer yba y bañáuase el cuerpo sin llegar el agua á la cara ni á la caueça: en auiéndose bañado, sentáuase á moler y hacia unas tortillas pequeñitas esquinadas y otras como bollitos larguillos: luego molia un poco de mayz tostado y echáualo en una xícara onda y entráuase en un aposento, donde ellos tenian sus ydolos, que éran unas camarillas como usan agora para tener las ymágenes, que no seruian de otra cosa, como agora no sirve de mas. Estando en aquella cámara saçauan los huesos de los presos que su marido auia catiuado en la guerra, y envoluiánlos en unos papeles y colgáualos de las bigas, y luego tomaua un bracero y echaua lumbre en él y ponia incienso en la lumbre y ponia el bracero debaxo de los çancarrones y delante todos los demas ydolillos que tenian, que eran ynumerables, y saumáuanlos, y mientras se quemaua el ençienso hacian esta oracion: Señor de todo lo criado, del cielo y de la tierra, del ayre y del sol, del agua, de la noche y del dia, aued piedad de vuestro siervo y de vuestra criatura, que va por esos montes y valles, llanos y quebradas, que os va ofreciendo su sudor y resuello; vuestra águila y tigre que sin descanso ni reposo trauaja en esta miserable vida en vuestro servicio. Ruegos, Señor, y suplicos que le presteys la vida por algun tiempo para que goçe deste mundo. Oyeme, Señor: Hecha esta oracion, tornáuanse á acostar, y en amaneciendo, antes que fuese bien de dia, tor-

náuase á levantar y á barrer toda la calle. Lo mesmo hacia á medio dia y lo mesmo á la ora que se pone el sol, lo qual, como he dicho, turaua todo el tiempo que sus maridos estauan en la guerra.

Llegado el exército á la prouincia de Tulancingo, salieron los señores de aquella prouincia á receuir á los señores y principales del exército, y haciéndoles la cortesía quellos suelen, con mucha criança y reuerencia, los aposentaron en su ciudad y les dieron y proueyeron de todo lo necesario, en tanta abundançia que los mexicanos quedaron admirados y espantados de tantas diferencias de pan y de manjares de aues, como les dieron, de cacao y puchas. Luego los vistieron á todos y dieron sus mantas y bragueros curiosos y galanos, sus cotaras; finalmente, les hicieron muy solene fiesta y banquete, el cual concluido, los mexicanos rindieron las gracias y todos los demas señores de las prouincias, y mandólos que empeçasen á marchar las compañías muy en órden. Así se partió el exército de Tulancingo y caminó hasta llegar á vista de los enemigos, donde empeçaron á hacer tiendas y xacales, cada prouincia y nacion por sí; y eran tantos, que hacian una grande y vistosa ciudad muy bien ordenada.

Puestos y armados los reales, uno de los viejos y valerosos capitanes hiço una plática á todo el exército, diciendo: Valerosos soldados de todas las naciones y prouincias que aquí estais presentes; considerá y haçé quenta, despues que llegaste á este lugar y dexastes vuestro fogon y choça en que muy á vuestro contento viviades, que sois llegados al lugar donde, como quien pega fuego á un seco heruaçal, ó como el que nauega, que arreuatados de las olas son quemados y undidos en el profundo: contemplá en este punto vuestra muerte y no considereis mas de que, pues dexais vuestros padres y madres, tios y tias y parientes, que ya no los aueis de ver mas, porque mirando bien á lo que venistes, ques á esta peligrosa guerra contra gente tirana y saluaje, muy estraña de nuestra nacion y modo de vivir, qué ay que dudar sino que el que se olvidare y menospreciare su coraçon y carne que morirá. Bien veis que no venistes á mercadear ni á buscar la vida, ni á recatear lo que en la otra ciudad comprastes, sino á morir ó vencer; por tanto, la flecha y el arco, la espada y la rodela, es la que os a de va-

ler en este dia. Encomendaos á ella y al valor de vuestro braço, que eso es lo que os a de salvar. Y vosotros, moços y muchachos, que queriendo usar de aquello para que fuistes criados y nacidos, os auis auenturado á venir á esta guerra, mirá no os ciegue vuestra niñez, queriendo hacer mas de lo que vuestra edad manda. Seguí á los esperimentados en este menester: no os determineys de presto á entrar y salir; paraos primero, mirá como entran y salen vuestros capitanes y los soldados viejos; y al que le ayudare su auilidad y esfuerço, pruebe su ventura, y el que no, estese quedo y mire que para adelante le será necesario, pues este a de ser nuestro perpetuo oficio, y no será esta la primera ni la postrera guerra; y así considerá tambien que no son leones ni tigres ni demonios los que os an de combatir, ni tienen las bocas tan grandes que os an de tragar; que hombres de carne y hueso son como nosotros. Enojaos, haçé acatos[1] de ympaciencia: exasperá vuestros coraçones contra una gente que os a ynjuriado y agrauiado, para que con enojo y ira procureys la vengança; porque si no os enojais y os encoleriçais, no haceis nada, y si estays ya enojados, esforçaos y mostrá esfuerço y ánimo.

Acauada la plática, mandaron dar racion á todo el exército y comer todo lo que uvieron menester. Despues de auer comido dixeron los capitanes á todas sus cuadrillas: mirá, soldados; si ESTANDO revueltos con nuestros enemigos, alguno errare en el tino de su escuadron, para esto manda *Tlacaelel* que se lleve una bandera de cada barrio, alta, con las armas del mesmo barrio, y que tengan todos cuenta de acudir allí tras aquella bandera y señal, y vayan apellidando[3] el barrio de dónde es para que sean conocidos. Luego salieron los viejos que tenian oficios de ordenar la gente de guerra, que eran como maestres de campo, con sus bastones en las manos y unas cintas apretadas á la caueça y unas orejeras de concha, largas, y unos besotes en los lauios, muy bien armados, y empeçaron á componer la gente; y lo primero que hicieron fué tomar todos aquellos caualleros que ellos llamaban *cuachic*, que era una

1 Muestras ó señales.
2 Esto es, si no acertare á incorporarse en su escuadron, etc.
3 O repitiendo en alta voz el nombre del barrio, etc.

órden de cauallería entre ellos, que no auian de huir el rostro á veinte, ni mudar el pié atras hasta morir; con otra órden de cauallería que llamauau *otomí*, que SE cortauan el cauello por encima de las orejas y en esto se señalauan, los quales tenian el mesmo voto de no huir á diez ni á doce y antes morir. A todos estos los hicieron echar en tierra, tendidos todos en el suelo con sus rodelas y espadas en las manos, como en celada, que serian dos mill hombres de todas las prouincias, y mandaron que los cubriesen con paja á todos, que no pareciese que allí auia hombre. Luego pusieron á todos los capitanes y soldados viejos en sus escuadrones, y entre un soldado viejo pusieron un moço de aquellos bisoños que de nuevo venian á la guerra, mandando á los soldados que tuviesen gran cuenta con ellos y que no los desamparasen.

Hecho esto empeçaron á llegarse al término señalado de la batalla, y á grandes voces y alaridos empeçaron los mexicanos á decir: ea, guastecos, que nuestros auis de ser oy y nos auis de seruir y aueis de ser nuestros esclauos y tributarios. Los guastecos, eso veremos agora, respondieron, porque antes estamos determinados de hacer todo nuestro poder para que no vuelua nenguno de vosotros con las nuevas á México y de cortaros á todos las caueças: ¿no saueis que tenemos yeruas para que con solo tocaros con ellas os podemos acauar? Los mexicanos tornaron á responder, que nora buena, y diciendo esto fuéronse para ellos y los guastecos arremetieron á ellos con un ruido de cascabeles de palo que trayan por orla de las coraças, y otros con caxcaueles de metal grandes que trayan á las espaldas y á los piés, con los quales hacian un ruido estraño. Trayan las caueças emplumadas y los cuerpos Y las caras embixadas[1] con diversas colores: en las narices unos grandes y gruesos veriles atrauesados, otros piedras de valor. Venian tan feos, que solo vellos asombraua. Trayan todos sus rodelas y unos dardos en las manos, con que peleauan, con unas puntas de pedernal muy agudas y recias, y empeçando que empeçaron la batalla

1 Es decir, pintorreados. Esta palabra no es castellana, ni derivada del mexicano, sino de la lengua de Cuba. En ella se da el nombre de *bixa* á una sustancia de color rojo con que se pintaban los indios, segun dicen unos para infundir terror á sus enemigos, y segun otros para libertarse de las picaduras de algunos insectos.

los mexicanos, viéndolos tan feroces y feos y que dauan un aullido ronco, temblando la garganta, que con él hacian espeluzar el cauello, haciendo que se yban retrayendo, se fueron hácia donde estaua la emboscada de los valerosos caualleros, y ya que los tenian bien adentro, salieron los questauan debaxo de la paja, y tomándolos en medio, dieron con tanta furia en ellos que nenguno, de preso ó muerto, no escapó; donde dicen que hasta los muchachos hicieron presa y truxeron captivos á México muchos guastecos: lo mesmo hicieron los soldados y valerosos hombres de todas las prouincias, de suerte que ninguno vino sin presa de hombres ó mugeres, porque entrando por la ciudad quemaron el templo y la rouaron y saquearon, matando viejos y viejas, moços y moças, tomando á merced á todos los que la pedian, y esto con tanta crueldad y con determinacion de destruir aquella nacion y no dexar memoria della; pero los principales y señores della, con las manos cruçadas salieron á los mexicanos, suplicándoles con mucha umildad cesasen de los destruir, prometiéndoles perpetua sujecion y vasallaje, y prometiéndoles grandes y ricos tributos de mantas, cacao, oro, joyas, plumas, papagayos y de otros géneros de pájaros galanos, guacamayas, chile chico y grande, pepitas y de todo género de comidas, ropas, joyas que nosotros tenemos y de que esta tierra abunda. Entonces los mexicanos mandaron cesar la gente y baxar las armas, y dixeron á los guastecas; eso que decis areyslo así. Ellos respondieron, en ello no auria falta. Pues mirá que lo auis de lleuar á México vosotros mesmos. Ellos respondieron que les placia de lo lleuar allá y seruillos, no solo en aquello, pero en todo lo demas que mandalles quisiesen.

Cesada la gente y ellos de los matar, rogáronles se fuesen á las casas de su señorío, donde aposentaron á todos los señores de México y de todas las demas prouincias y les presentaron mucho pescado en barbacoa y muchos fardos de camarones y miel blanca, gallinas, piñas y muchos géneros de frutas: diéronles muchas cargas de mantas de diferentes lauores y colores. Hecho el presente, dixeron los mexicanos á los señores de los guastecos, que para sauer lo que en adelante auian de hacer y guardar, que fuesen á México todos y quellos se querian partir. Los guastecos les

dixeron que luego irian, que se fuesen norabuena, y así se partieron los mexicanos y los demas señores para México trayendo por delante á los presos y cautivos en la guerra, todos atadas las manos atras, y colleras á las gargantas, los quales venian cantando á grandes voces por todo el camino, llorando y lamentando en aquel canto su desventura, pues sauian que venian á morir y á ser sacrificados. A qualquiera pueblo que llegauan los mexicanos y todo el exército, los salian á recebir y los aposentaban y dauan de comer muy cumplidamente, gallinas, conejos, venados, cacao, puchas, frutas, pan de diferentes maneras, y esto en todos los lugares que llegauan hacian lo mesmo, y donde no, y auia algun descuido en prouelles de lo necesario, robauan y saqueauan los pueblos y desnudaban á quantos en aquel pueblo topauan, aporreáuanlos y quitáuanles quanto tenian, deshonrrándolos, destruíanlos las sementeras, hacíanlos mil injurias y daños. Temblaba la tierra dellos. Quando lo hacian de bien, quando se auian bien con ellos, tanto lo hacian de mal quando no lo hacian, y así á ninguna parte llegauan que no les diesen quanto auian menester y ya estauan aperceuidos ocho dias antes; y en esto eran los mas crueles y endemoniados que se puede pensar, porque tratauan á los vasallos, que ellos debaxo de su dominio tenian, peor mucho que los españoles los trataron y tratan. No los osauan responder una sola palabra.

Llegados los señores mexicanos á Coatilan, sauida en México su llegada allí y la presa grande que traian, mandó que los saliesen á receuir y á hacer lo que de constitucion tenian y de ordinario, y así luego salieron los viejos de los templos y con el mesmo aplauso que reciuieron á los mesmos señores y presos que en la guerra de Tepeaca queda dicho en el capítulo pasado, y así no será menester referillo otra vez aquí, pues allí queda dicho lo que perpetuamente hacian quando venian de la guerra con la presa y vitoria; y quando venian con pérdida y destruidos, COMO en la guerra que con los de Mechoacan tuvieron quando fueron vencidos los mexicanos, se dirá ADELANTE.

Despues de llegados á México, hecha la cerimonia de pasar delante del ydolo los presos, y despues delante de *Montezuma* y de *Tlacaelel*, y despues de auer bailado mucha parte del dia, mandó

Tlacaelel repartir los cautiuos, porque eran muchos, por todos los barrios y que cada barrio se encargase de guardar y sustentar tantos; y mirá no se os uyan ó se os mueran, mirá que son hijos del sol: daldes muy bien de comer, questen gordos y buenos para quando se llegue el dia de la fiesta de nuestro dios para ser sacrificados, para que se festege nuestro dios con ellos, pues son suyos. Los mandones de los barrios repartieron los presos á cada barrio, á como les cauia, y los regalaban y honrauan con tanta reverencia como si fuesen dioses, llamándolos hijos del sol y del señor de la tierra y merced de los dioses.

Hecho esto, mandó el rey venir á todos los soldados y grandes y valientes hombres que en la guerra se auian señalado, y venidos ante él, dióles las gracias de lo bien que lo auian hecho, y híçolos vestir á todos de muy buenas mantas y bragueros y de cotaras, todos muy galanos, de la mejor ropa que de tributos traian, todas labradas, muy galanas, que ellos llamauan sombra de reyes, y llamáuanla así, porque aquellas mantas no las traian sino reyes ó grandes señores y así las llamauan sombras de reyes, y con esta sombra honraua el rey á sus caualleros.

Despues de auellos vestido y honrado á todos sus caualleros y dado á todos las mantas que conforme á su dignidad y hechos merecia, díxoles desta manera: Mexicanos y valientes caualleros de todas las prouincias: quiero os desengañar que no se acauan aquí las guerras: adelante va: quando no os cataredes vereis como se ordena, sin pensar, otra ocasion donde sea menester vuestro favor y ayuda y donde vais á ganar honra, por lo qual no os esteis holgando. Ocupaos en adereçar vuestras espadas y en afilar vuestras nabajas y en endereçar vuestras varas y cañas para las flechas y dardos y en reparar vuestras rodelas: mirá que no sois quien quiera, sino mexicanos y muy valerosos; y con esto los despidió á todos y se fueron á sus casas muy contentos.

Idos los señores á sus casas á descansar, los viejos hacian una cerimonia con cada uno dellos, y era que desde el mas principal empeçauan y todos juntos iban á su casa y dáuanle el parabien de la venida. El señor mandáualos aposentar y dar de comer á todos y vestillos de mantas y bragueros. En acauando de comer, hacían-

le una plática desta manera: señor, ya as llegado á la tierra de adonde eres á esta tu patria de México; as nos hecho merced y limosna, por lo qual te besamos las manos, porque si te murieras en la guerra ó en el camino, no goçáramos de la vista de tu presencia ni de nuestro joyel y plumaje, que eres tú: por tanto, lloremos de contento, pues nos fué concedido este bien. Luego empeçaua á llorar: el señor los consolaua y ellos se salian. Luego otro dia iban á casa de otro señor y hacian lo mesmo, lleuando la órden de las antigüedades y estados de cada uno hasta que no quedaua nenguno; los quales viejos comian todos aquellos dias, tantos quantos señores auia, muy espléndidamente, y quedauan ricos de mantas y bragueros y cotaras, para muchos años, hasta que auia otra guerra; y esto se hacia para que aquellos viejos tuviesen cuidado de encomendallos á los dioses y para que hiciesen oraciones y penitencia por ellos.

CAPITULO XX.

Del cruel sacrificio que los mexicanos hicieron de los guastecas, llamado *Tlacaxipehualiztli*, que quiere decir desollamiento, y de cómo convidaron á todos los señores de todas las prouincias y ciudades comarcanas para el espectáculo y fiesta.

Despues de pasados muchos dias que auian venido de la guerra de la Guasteca los mexicanos, *Tlacaelel* acordó al rey *Monteçuma* la obra que del templo auia empeçado á hacer, trayéndole á la memoria cómo era menester labrar una piedra ancha que siruiese como de altar ó mesa donde se celebrasen y se matasen los que auian de ser sacrificados, porque este *Tlacaelel*, demas de ser valeroso y muy auisado en auisos y ardides de guerra, fué inventor endemoniado de sacrificios crueles y espantosos; y así dándole órden el rey *Monteçuma* para que mandase hacer la piedra, mandóle tambien que pusiese en ella y mandase esculpir la guerra que tuvieron los antepasados con los azcaputzalcos, quando se libertaron, para que estuviese allí en perpetua memoria esculpida. *Tlacaelel* se ol-

gó dello y mandó llamar á todos los canteros y entalladores y díxoles: Maestros, el nuestro señor manda que se haga una piedra grande y redonda la qual se a de llamar *Temalacatl*, que quiere decir rueda de piedra, en la haz de la qual an de estar pintadas las guerras que tuvimos con los tepanecas, la qual escultura quiere que sea perpetua memoria de aquella admirable açaña; y ruegoos que celebreis vuestros nombres y ençalceis vuestro nombre y eterna memoria en que vaya muy bien labrada y con toda la breuedad posible. Los maestros dixeron que les placia de lo hacer; y buscando una gran piedra, que tenia de ancho braça y media, la allanaron, y en ella pintaron la guerra de Azcaputzalco, muy bien esculpida, y acauáronla en tan breue que no tardaron muchos dias quando dieron auiso al rey de que la mesa del sacrificio estaua acauada, el qual mandó que se le hiciese un poyo alto donde se pusiese, y así se hiço un poyo alto y encima del la mandaron poner, que señorease[1] un gran estado de hombre.

Puesta la piedra en su lugar, llamaron á algunos manceuos de los que estauan recogidos en los templos, de los mas principales, y dieron el oficio de exercitar el sacrificio quel demonio les auia inventado y enseñado, y dixéronles: mirá que todos estos dias os ensayeis para exercitar este sacrificio, porque an de ser convidados á esta fiesta todos los señores de las ciudades y prouincias comarcanas y es menester que no nos echeis en vergüenza. Los manceuos les dieron las gracias y prometieron de se exercitar y ensayar, y así empeçaron á se ensayar conforme á la instrucion que los dieron, y ya que se acercaua el dia de las fiestas y principio de su mes, que se llamaua *Tlacaxipehualiztli*, que quiere decir desollamiento de hombres, enviaron á conuidar á los señores de toda la redonda; al rey de Tezcuco y al de Tacuba, á los de Chalco y Xuchimilco, á todos los del marquesado y á los de Couixco y Matlatzinco y los Maçahuaques; finalmente, convidaron toda la mas gente que pudieron de la redonda, para que viniesen á ver lo que aquella fiesta significaua y lo que en ella se hacia.

Llegados que fueron, luego mandó el rey sacar de sus tesorerías gran cantidad de mantas muy galanas y bragueros y vestir á todos

1 Es decir; que se elevase á la altura de.

los señores de muy vistosa ropa de muchas labores y plumería, y muy galanos y anchos ciñidores y cotaras y bèçotes de ricas piedras y orejeras de oro y nariceras: luego empeçaron á sacar muchas y muy buenas comidas de aues y diversas carnes de montería, muchas diferencias de pan, de beuidas de cacao y vino á su usança. Despues que uvieron comido y bebido, pusiéronse á unos miradores que les tenian hechos y adereçados de muchas rosas y juncia, y estando allí esperando lo que se auia de celebrar, no auiendo visto cosa semejante, sacaron los presos todos y pusiéronlos en renglera en un lugar que llamauan *Tzunpantitlan*, que quiere decir casi lo que quiere decir monte-caluario, ó lugar de calauernas, que eran unas gradas largas donde auia una paliçada, donde ensartaban las calauernas de los sacrificados, donde perpetuamente estauan por memoria y reliquias para eternal memoria. Allí pusieron en renglera estos presos y mandáronles que bailasen, y así estauan todos bailando; estos presos estauan todos embijados con yeso y las caueças emplumadas y en medio de la coronilla unas plumas atadas al cauello, blancas, tiznado todo el beço de los párpados y al rededor de los lábios de colorado.

Puestos allí, salieron luego los sacrificadores y puestos en su órden, conforme á la dignidad de su oficio; es de sauer que todos venian vestidos en áuito de los dioses: uno venia vestido con el traje de ydolo *Vitzilopochtli*, el otro en el áuito de *Quetzatcoatl*, otro en el de *Toci*, otro en el áuito de *Yopi*, otro en el de *Opochtzin*, otro en el áuito de *Totec*, y otro en el áuito de *Itzpapalotl*; otro venia en el áuito de tigre, otro en áuito de leon, otro en áuito de águila. Todos estos traian en las manos sus espadas y rodelas, todas guarnecidas de oro y de joyas, y ellos cargados de plumas y de joyeles y de mucha riqueça, á los quales tenian hecha una ramada muy galana de muchas rosas y pinturas que significauan las insignias de todos aquellos dioses. Esta ramada era de una rama y oja de un árbol que llaman *tzapotl*, y así llaman á este ramada *Çapotlcalli:* tenian de dentro unos asientos del mesmo palo del *çapotl* donde se asentaron todos por sus antigüedades. Estaua esta ramada en lo alto del templo, en un lugar que llamauan *Yopico*.

Asentados estos que representauan la semejança de los dioses y

erar los que auian de hacer el sacrificio, salieron luego los viejos que llamamos *Tecuacuiltin* y los cantores del templo y pusieron su atambor y al son del empeçaron á bailar y cantar. Salió el principal y sumo sacerdote, muy bien vestido de pontifical, con sus plumas altas en la tiara y sus vestiduras pontificales, llenos los braços de brazeletes de oro, de los quales salian grandes y resplandecientes plumas verdes y açules, y en la mano un cuchillo ancho de nauaja negra, al qual cuchillo llamaua *yxquauac*, y sentáuase en un lugar que en particular le tenian adereçado. Sentado allí, traian uno de los presos que de la Guasteca auian traido, y en una soga que del medio de la piedra salia por un aguxero que en medio tenia, atáuanle allí un pié, por la garganta, y en atándole dáuanle en la mano una espada de palo y una rodela, y la espada no tenia nauajas sino toda emplumada de arriba abajo. Leuantáuase luego el sumo sacerdote, que para este dia [1] le llamauan *Youalaua* y *Totec*, y descendia poco á poco por las gradas hasta donde el preso estaua y daua dos vueltas al rededor de la piedra y bendecíala, y al que en ella estaua atáualo y voluíase á su asiento. Luego venia uno de los viejos que andaua en áuito de leon y traia al que estaua atado en la piedra quatro pelotas, hechas de palo de tea, y dáuaselas, ó poníaselas junto á él, y decíale que se defendiese y atáuales un paño por el cuerpo y dáuale á beber un poco del vino de los dioses y con esto se iba y lo dexaua allí.

Luego salia uno de aquellos que representauan los dioses y veníase ácia la piedra, bailando con su rodela y espada en la mano, armado con sus coracinas íbase para el que estaua atado: el miserable yndio tirábale las pelotas que allí tenia, las quales, si el sacrificador ó verdugo era diestro rebatíalas, y luego el preso tomaba su espada emplumada y defendíase lo que podia, y algunos auia tan diestros que cansauan dos ó tres antes que los pudiesen herir otros: el primero [2] los heria en una pierna ó en el cuerpo ó en los braços; de suerte, que en hiriéndole, en qualquier parte que fuese, salian quatro leuitas, todos embijados de negro, los cauellos largos

1 Parece que falta la frase "estaba designado y, etc.," ú otra semejante.

2 Esto es; el primer combatiente.

y trançados, vestidas unas como casullas y subian á la piedra y echaban al herido boca arriba y asíanle de los piés y de las manos y leuantáuase el sumo sacerdote y abríalo por el pecho con aquel cuchillo, y sacáuale el coraçon y ofrecia al sol el vaho que del salia. Ya que se enfriaua, dáualo á aquellos ministros, los quales lo ponian en un lugar que llamauan *Cuauhxicalli*, que era otra piedra grande que era dedicada al sol y tenia en medio una pileta donde se hacian otros sacrificios diferentes deste.

Estas cerimonias dichas se hacian con todos los presos y con cada uno en particular, aunque auia algunos que en dándole la rodela y espada, tentauan la espada, y como vian que no tenia nauajas sino plumas, arrojáuanla por aí y echáuanse de espaldas encima de la piedra y asiéndole luego como A los demas, aquellos leuitas, el sumo sacerdote le abria el pecho y le sacaua el coraçon. No querian estos, algunos dellos, aguardar á tantas cerimonias ni á tantas muertes, sino echáuanse luego á morir, porque así como así, que se defendiesen bien, que se defendiesen mal, auian de morir,[1] pues para este efeto estauan allí todos aquellos ministros, para que cansándose uno viniese otro, y todo era media hora de mas vida. Despues de muertos todos los que se auian de sacrificar, tuviéronlos[2] todos aquellos cuerpos al mesmo lugar donde auian estado en renglera y echávanlos allí, y los que auian exercitado este sacrificio entráuanse en los lugares del templo con el sumo sacerdote y desnudáuanse de aquellas vestiduras y ponían las con mucha reverencia en lugares decentes. Los señores de las prouincias y ciudades, admirados y asombrados de semejante sacrificio, partiéronse para sus prouincias y pueblos llenos de temor y espanto.

Luego *Monteçuma* mandó llamar á los que auian sacrificado[3] y mandólos vestir de mantas y ceñidores y cotaras, y híçoles grandes mercedes por lo bien que lo auian hecho: mandóles dar maiz, frisoles, chia, cacao, todo en cantidad, todo para animar á otros á estos exercicios que á ellos les parecia eran de virtud y de honra. Otro

1 Esta tradicion no es segura. V. Clavigero, *Historia antigua de México*, Lib. VI, t. 1, pág. 258 de la edic. de Lóndres.

2 Así en la copia, mas parece debe decir—"subiéronlos."

3 Es decir, "á los sacrificadores."

dia, que fué el de la torna boda,[1] lo qual es Rito antigo el tener las fiestas torna boda; vestia el rey á todos los señores de mantas muy galanas y de zeñidores muy galanos y de cotaras y de beçotes, orejeras: dáuales rodelas, armas y deuisas muy vistosas y galanas y de precio, con sus banderetas de oro; finalmente, á todos, segun su dignidad, daua las deuisas y ynsignias que merecian, á unos mejores y á otros no tales, y así ninguno quedaua que no hiciese mercedes en semejantes fiestas y solenidades, pero era á todas las personas señaladas y aunque no lo fuese, que uviese hecho alguna cosa notable en la guerra.

Vestidos todos y hechas las solenidades referidas, desollauan todos aquellos indios sacrificados y vestíanse aquellos cueros otros indios, á los quales llamauan *Tototectin:* dáuanles sus rodelas en las manos y en la otra unos báculos con unas sonajas en ellos, y andauan de casa en casa, primero todas las casas de los señores y de los mandoncillos, y luego por todas las demas casas, á pedir limosna con aquellos cueros vestidos: dáuanles los señores mantas, bragueros y ceñidores, la demas gente comun dauan manojos de maçorcas y otras cosas de comer: andauan veinte dias estos limosneros y recogian gran cantidad de mantas y de cosas de comer: andauan vestidos sobre[2] aquellos cueros, á la manera que el dios de aquella fiesta estaua. Pasados los veinte dias dexauan aquellos cueros hediondos y enterráuanlos en una pieza del templo que auia para solo aquel effeto, y así se concluya la fiesta y se concluyó el sacrificio que de los guastecas se hiço á honra de la solenidad del estreno de la pieça, y así concluye el capítulo que en la lengua mexicana hallé escrito. Esta es la solenidad que *Monteçuma* el viejo, primero de este nombre, hiço al estreno de la piedra llamada *Temalacatl,* que quiere decir rueda de piedra, para la qual mandó llamar todos los señores de todas las prouincias, y mató en ella todos los tochpanecas y todos los que de la guerra guasteca truxeron presos, á honra de la qual fiesta hiço un gasto exceçivo y muy costoso con mucha liberalidad y generosidad, que dexó espantados á

1 Con esta frase, sumamente impropia, y que el autor repite en varios lugares, quiere significar la fiesta que se hacia al dia siguiente de la principal solemnidad.

2 Es decir, "con."

los forasteros y muy contentos y ufanos á todos los señores y populares de la ciudad. Desde entonces todos los de las prouincias y ciudades comarcanas dexaron de tratar reueliones ni contiendas con los mexicanos, viendo quán adelante estauan y cómo tratauan á sus enemigos.

CAPÍTULO XXI.

De la guerra que los de Oriçava y de todas aquellas prouincias leuantaron contra los mexicanos, y de cómo fueron destruydos y muertos.

Despues de acauadas las fiestas y solenidades pasadas, y el sacrificio terrible y espantoso que de los guastecas se hiço, creyendo los mexicanos que aquello auia puesto terror y espanto á toda la tierra, determinaron de inviar sus mensajeros y embaxadores á Cempoala, á rogar á los señores de aquella prouincia de Cuetlaxtla, questán junto á la mar, que les inviasen algunos caracoles grandes y algunas *ycoteas*,[1] y veneras y algunas cosas curiosas de las que en la ribera de la mar se cria, porque tenian noticia de ellas y las querian para el culto de su dios; y como lo pensaron el rey y *Tlacaelel* lo determinaron, y luego despacharon sus embaxadores con presentes para que con mas libertad les diesen lo que pedian. Dice la ystoria que partidos los embaxadores, que en mexicano quiere decir *trucnene*,[2] que propiamente en nuestro vocablo castellano quiere decir correo Real, llegaron á Auiliçapan, que los españoles en su vocablo corruto le llaman Oriçava, y llegados allí llegaron á pedir refresco y descanso en aquella ciudad. Los de Auiliçapan los reciuieron no de muy buena gana, empero diéronles lo que auian menester; y mientras los embaxadores comian y descan-

1 Así en el original; pero mas abajo puede leerse—*ycotlas*. (Nota del Sr. Vera.)—Ninguna de ambas palabras se encuentra en los diccionarios castellano ó mexicano, ni en Hernandez.

2 Así en el original. Tambien puede leerse—*Truenene*. (Nota del Sr. Vera.)—Ambas palabras están corrompidas: la única mexicana que se le aproxima es *Tozmene*, que, segun el Vocabulario de Molina, significa—*Papagayo que habla mucho*. Quizá por asimilacion se daba el mismo nombre á los diplomáticos.

sauan, despachauan sus mensajeros á Cuetlaxtla, auisándoles cómo los mexicanos venian á pedir de parte de su rey y señores, caracoles grandes y cotlas y veneras; questuviesen advertidos.

Aconteció que al tiempo que llegaron los mensajeros de Auiliçapan á Cuetlaxtla, estauan los señores de Tlaxcala con los de Cuetlaxtla en visita con mucho regocijo y contento, y llegados, dixéronle al señor de Cuetlaxtla, que se llamaua *Ceatonaltecultí*, cómo los mexicanos iban á Cempoala á pedir lo sobre dicho. Los señores tlaxcaltecas reciuieron sobre salto y dixeron á *Ceatomaltecutli:*[1] ¿por qué se an de atreuer los mexicanos á vosotros á veniros á pedir caracoles ni otra cosa? ¿sois por ventura sus vasallos? ¡qué menosprecio es este tan grande y osadía! mataldos y ciérreseles el camino y no pasen acá mas ellos ni otros. *Ceatomaltecutly*, y otro señor que se llamaua *Tepetecutli*, dixeron que estaua muy bien así, y mandaron á los de Auiliçapan que luego matasen á los correos, y no solamente á ellos, pero tambien á todos los mercaderes y tratantes que en esta prouincia andan, y á todos los que se an avecindado por acá y pasajeros, que no quede ninguno. Los de Auiliçapan fueron luego y mataron á los mensajeros reales y á todos quantos tratantes allaron y toparon, no solo mexicanos pero tezcucanos, xuchimilcas, chalcas, tepanecas, sin quedar hombre á uida, y así no llegaron los mensajeros á Cempoala á dar su embaxada.

Muertos, solos unos dos de Ixtapalapa se escaparon y fueron con la nueva al rey de México, el qual los reciuió muy bien y les dió de comer y vestir á su usança y se lo agradeció todo lo que pudo. Los de Tlaxcala, viendo que ellos auian sido causa de aquel reuelion, partiéronse para sus tierras y dexaron dicho á los señores, que si los mexicanos viniesen que les auisasen, que ellos les favorecerian y ayudarian: los de Cuetlaxtlan se lo agradecieron y quedaron pesantes[2] de lo que auian hecho, entendiendo que toda la tierra auia de venir sobre ellos, como en realidad de verdad vino. Los tlaxcaltecas vinieronse á Tlaxcala çargados de grandes presentes que los señores de Cuetlaxtla les dieron, de oro, joyas, piedras,

1 Así en el original, segun el Sr. Vera; mas parece que la lectura anterior es la propia.

2 Apesadumbrados ó arrepentidos.

mantas, plumas, cacao, con que se vinieron muy contentos sin pena de lo que se auia hecho.

Los mexicanos, sauida la mala nueva, el rey mandó llamar á *Tlacaelel* y díxole: paréceme, *Tlacaelel*, que los de Auilizapan an muerto á nuestros embaxadores y juntamente á todos los mercaderes y mexicanos que andauan por aquellas prouincias á buscar su vida: paréceme que les inviemos á decir lo mal que lo an hecho, y si conocieren su culpa perdonallos emos con tal que se dén por nuestros vasallos, y si no quisieren, que los desafien y emplacen para la guerra. *Tlacaelel* respondió: por cierto, poderoso señor, eso no se hará; sino que, sin mas ir ni venir, los mensajeros y embaxadores reales an de ser vengados, pues de su muerte no tuvieron culpa ni tampoco los tratantes y mercaderes; y pues nosotros la tuvimos, nosotros emos de vengar la muerte; y pareciéndole al rey que allí no auia que contradecir, mandóle que hiciese como le pareciese, y así, sin mas consejo, mandó llamar á los del consejo de guerra y que luego mandasen apercebir la gente y que les dixesen para dónde y la causa: y enviando á llamar al rey de Tezcuco y al de Tlacopa y á los señores de todas las ciudades y prouincias, les contó lo acontecido y mandó mandasen luego aperceuir sus gentes, los quales los aperciuieron gran número y suma della, y híçose con tanta presteça y diligencia, que en quince dias ya las gentes de todas las prouincias estaban á punto y fué dado auiso á México dello.

Los mexicanos, no menos diligentes, todos se allaron á punto, y saliendo el rey en presencia de todos, que pocas veces lo solia hacer, les dixo: mexicanos y hijos mios: este es vuestro oficio, no os crió el Señor de lo criado del cielo y de la tierra y de la noche y el dia para que os pongais faldellines, como mugeres, ni camisas, sino para que con la rodela y espada y flecha y vara mostreis el valor de vuestro coraçon: aueis de sauer que an menospreciado los de Auiliçapan y toda aquella prouincia de la costa, á vuestro dios *Vitzilopochtli*, para cuyo seruicio enviáuamos por caracoles grandes y por algunas ycoteas vivas y otros juguetes de los que se crian en la mar, y no solamente no dexaron llegar á nuestros mensageros á Cempoala, pero á ellos y á todos los mercaderes mataron sin

raçon ni culpa; por tanto, esforçáos: id con ánimo y coraçon como soleis todos. A una dieron gracias al rey y le mostraron gran voluntad de vengar la injuria que á su dios se auia hecho y de vengar juntamente la muerte de todos los que sin culpa auian muerto; y partiendo todos los soldados de la ciudad, mandó el rey que luego los siguiesen los mantenimientos, y así los mandoncillos de los barrios despacharon mucha cantidad de tortillas biscochadas y cacao molido y maíz molido y frisol molido, pepitas y axi, [1] mucho en cantidad, con muchas tiendas y xacales para la guerra y con otros muchos aparatos y municiones de guerra, con muchas mantas delgadas de nequen para el calor de la tierra y con muchas cotaras para los piés; lo qual, luego fué en seguimiento de la gente; lo qual no se proveia sino para el lugar donde se auia de asentar el real, porque para el camino los pueblos y ciudades proueian de todo lo necesario, como tengo dicho, so pena de ser destruidos, y así inviauan delante sus mensajeros los señores á decir cómo iban, que les aparejasen posadas y que se aparejasen los que de aquella ciudad auian de ir á la guerra, porque se auian de partir con ellos.

Los señores de los pueblos respondian que adereçado tenian y aparejadas sus gentes; que viniesen muy en norabuena, y así en llegando los salian á receuir y les dauan rosas, umaços y aguamanos á todos, y luego les ponian muchas y abundosas maneras de comidas de venados, gallinas, codornices, conejos, cacao, pan de diferentes maneras; luego los vestian y calçauan y hacian grandes fiestas como á señores que eran suyos, adereçándoles aposentos donde estuviesen, y venida la mañana partian de allí y lo mesmo hacian en todos los lugares donde llegauan, y una jornada antes que llegasen mandauan delante sus aposentadores al lugar donde auian de asentar el real y armauan sus tiendas y ordenauan las choças y los quarteles de todos los señores de las prouincias, para que luego, en llegando, no uviese mas que hacer de irse cada uno á su lugar que sus aposentadores y mayordomos les tenian adereçados, y lo mesmo era quando iban caminando donde uviesen de hacer noche. Quando no cauian en los pueblos luego les armauan sus tiendas y casas de petates, donde se aposentauan, y era tanto el cuidado

1 *Chile.* La palabra *axi*, pertenece á las lenguas de las Antillas.

que en esto se ponia, que no auia DE faltar punto. Hacíanse seruir y adorar como dioses, y en todos los caminos no parecia gente por donde iban los soldados y la gente de guerra; todos se encerraban, que no osauan andar por los caminos, porque los soldados les quitaban quanto lleuaban en sus cargas, y si acaso lo queria defender, los apaleauan y herian, y algunos mataban y iban robando las sementeras y matando quantas gallinas y perrillos topaban; iban haciendo quanto mal podian, como lo hacen agora nuestros españoles, si no les van á la mano: es tanta la desvergüença y poco temor que en esto ay y entonces auia entre estos, que entrando debaxo de bandera, todo el mundo era suyo, y así en sabiendo que auia guerra, todos los vecinos de los pueblos, por donde auian de pasar los del exército, se escondian y escondian el maíz, el chile, las gallinas y los perros; finalmente, escondian quanto tenian.

Llegados á Auiliçapan hallaron el real todo armado con sus tiendas y casas muy bien ordenado, y luego todos se aposentaron y ordenaron en cómo se pusiesen las centinelas por todas partes y fuesen espías á ver la órden que los enemigos tenian en su defensa y real; y viendo que todo era como en los demas pueblos, otro dia de mañana mandaron dar racion á todo el exército y dieron á cada uno un puño grande de tortillas bizcochadas y otro puño de maíz tostado; haciéndoles la plática acostumbrada como en las demas guerras les hacian. Salieron al campo, delante todos los señores, tan galanos y adereçados de armas y rodelas, llenas de chapas de oro resplandecientes, ricos y galanos plumajes y deuisas y braçaletes, orejeras, calcetas de oro, ricos y galanos joyeles á los cuellos, beçotes de ricas piedras verdes, beriles, cornerinas, ámbares y otras diversas piedras ricas questa nacion usaba. Puestos en sus rengleras y ordenança, los enemigos salieron al encuentro en la mesma órden que ellos, los quales auian enviado Á PEDIR á los tlaxcaltecas los viniesen á socorrer; los quales cumplieron con ellos con buenas esperanças y no vinieron ni quisieron; y así los mexicanos, como los vieron, hicieron señal y arremetieron con tan buen denuedo, que derribaron de aquel encuentro mucha gente por tierra; pero los de Auilizapan pusieron tanta vehemencia en se defender y con tanta perseuerancia se mantuvieron, que no menos estrago ha-

cian en los mexicanos, que ellos, á causa de la mucha gente que de aquellas ciudades comarcanas en su favor venia, que les ponia duda en la vitoria á los mexicanos, viéndolos tan fuertes y reparados, pero la destreça y ánimo de los mexicanos era tanta y de tanta perseuerancia su combatir y tan incansable su ligereça, que al fin los contrarios y vecinos de Auilizapan con toda la demas gente de las ciudades comarcanas, que eran Chichiquila y Teoixhuacan, Quimichtla y Tzauctla y Macuilxochitla, Tlatictla, Oceloapan y Totonaca y Cuetlaxtlan, empeçando que empeçaron á desamparar el campo, los mexicanos, feroces y encarniçados, empeçaron á seguir el alcance metiendo cuchillo á todos quantos alcançauan y topauan, viejos y viejas, moços y niños, sin perdonar á hombre ninguno.

Viendo los de Cuetlaxtla y los demas señores que sus ciudades todas iban destruidas y saqueadas y abarrisco, [1] sin que quedar hombre á vida, tomaron el remedio que los demas, de pedir misericordia y ofrecerse á perpetua servidumbre, y así salieron con las manos cruçadas, dando voces y llorando: ¡oh mexicanos valientes y valerosos hombres! tené lástima y compasion de los niños y mugeres que no saben hablar ni en nada os han injuriado; bajá las rodelas y espadas; cesá de herir y matar, que aquí os seruiremos con oro y plata y con piedras riquísimas y os daremos tributo perpetuo de todo lo que quisiéredes con todo el cuidado y voluntad que vereis: no aya mas, señores nuestros; daros emos mantas de á diez braças riquísimas, cacao, plumas, *veycaztli* [2], piedras de ambar: mirá, mexicanos, lo que quereis, que vuestra boca será medida, así en cosas de pescas como en cosas de comida y para vuestro sustento: mirá que en esta tierra se crian en los rios grandes pezes de todo género; dellos camarones y cangrejos: cesá, mexicanos, de nos matar; apláquese vuestro coraçon. Los señores baxaron las espadas y rodelas y mandaron hacer señal de recoger, y así cesó la matanza que sin ninguna piedad en ellos se hacia, y el quemar de casas y el robar y saquear de las ciudades sin dexar cosa en pié.

1 Sin distincion, consideracion ni reparo. (Dic. Cast.)

2 Léase *Veinacastli*, ó segun la ortografia moderna, *Hueinacaztli*. Es el nombre de una planta, llamada vulgarmente *orejuela*, porque *nacaztli*, en mexicano, significa *oreja*. —Usábase mucho antiguamente su flor en la composicion del chocolate.

Recogida la gente mandaron que todos se recogiesen á sus reales y tiendas, y los señores, valerosos hombres de todas las prouincias de México, Tezcuco y de Chalco y tepanecas y xuchimilcas, fueron lleuados á la ciudad de Cuetlaxtlan y aposentados en las casas de su comunidad, y dándoles aguamanos á todos, los siruieron y dieron de comer con gran abundancia de muchos géneros de comida y manjares, así de carne como de pescado y de cacao, ques la bebida quellos beben. Sacáronles á cada uno en particular piedras ricas verdes y cornerinas, ámbares y piedras de sangre, y sacáronles oro y joyas ricas, muchas plumas muy ricas, mantas, cueros de leones y tigres. Los mexicanos les dieron las gracias y les dixeron: hermanos: todos los que en estas prouincias habitais: ya veis cómo sois vasallos del rey de México *Veuemonteçuma:* nosotros queremos ir á dalle esta nueva de cómo estais á su seruicio: estad preuenidos para lo que desde allá os quixeren mandar él y su prepósito *Tlacaelel;* y con esto se partieron para México. Los de Cuetlaxtla los despidieron muy bien, suplicándoles los disculpasen con el rey.

Salidos de Cuetlaxtla los mexicanos vinieron á México y truxeron alguna presa de hombres cautivos de aquella prouincia, todos atados, y en llegando que llegaron á los términos de la ciudad de México, los viejos de los templos salieron con la órden dicha á reciuir á los presos y á los señores, haciendo las cerimonias de encensallos y hacelles la plática acostumbrada y llevallos delante de los piés del ydolo. *Vitzilopochtli,* donde hacian aquella cerimonia de comer tierra con el dedo medio,[1] y luego de allí los lleuaban delante de *Monteçuma,* y *Monteçuma* los mandaua vestir y adereçar y llamaua á los *Calpisques,* que son los mandoncillos de los barrios, y entregáuanselos para que tuviesen cuidado dellos, diciendo que eran la merced del sol, señor de la tierra, que los daua para el sacrificio. Los calpisques los receuian y los ponian en las casas de sus comunidades ó del sacerdote de tal barrio, y les dauan de comer y beber, por caueças, hasta que eran lleuados al sacrificio.

Entregados los presos y puestos á recaudo, llamó *Monteçuma* á su coadjutor *Tlacaelel* y díxole, que si seria bueno poner un gober-

1 Véase la nota 2ª de la pág. 168.

nador en Cuetlaxtlan y en toda aquella prouincia. *Tlacaelel* dixo que seria muy acertado pedir consejo sobre quién seria,[1] *Tlacaelel* dixo que un señor que se llamaba *Pinotl*, y hecha la prouision para él, *Tlacaelel* le llamó y dixo: *Pinotl:* al rey le a parecido, por el valor de tu persona, que vayas á gobernar y á tener en sujecion la prouincia de Cuetlaxtlan, y para que cobres cada ochenta dias los tributos de aquella tierra toda y los invies á buen recaudo: házlo como del valor de tu persona se espera. *Pinotl* agradeció mucho la merced que se le hacia, y tomando su muger é hijos y familia, fué á ser gobernador de aquella prouincia y fué de los cuetlaxtecas muy bien receuido y honrado, como si fuera la mesma persona del rey; á los quales les dixo: Señores: el rey *Monteçuma* me invia á esta prouincia para que tenga cuenta con sus tributos reales y para que sea padre y amparo vuestro: no es á otra cosa mí venida: no os turveis ni aflijais, que yo no vengo á quitaros vuestros señoríos ni haciendas, mas de que quiere el rey, vuestro Señor, que en su lugar me respeteis y honreis. Ellos le rendieron las gracias y sujecion, prometiéndole de le seruir con toda la honra y voluntad que pudiesen, y luego mandó recoger los tributos que se auia obligado á dar, y truxeron mucho oro en polvo, mantas, plumas, piedras ricas, joyas, cacao, cueros de animales, caracoles grandes, veneras, ycoteas, piedras de ámbar, de todos géneros de pescados secos en barbacoa, y entregáronlo al gobernador, el qual luego lo despachó á México á su rey, y fué muy bien receuido del rey, y mas que inuiara[2] y no ay mejor gouernador quel que procuraua en esto servir á su rey, y véolo en estos indios por las alauanças que les inviaban y gracias por lo bien que lo hacian en inviar el tributo diadiado[3] y muy cumplido.

1 Aquí falta un período para el enlace del siguiente. En él preguntaria el rey cuál podria ser la persona conveniente para conferirle el cargo.

2 Así en la copia.

3 Así se ve en el original. (Nota del Sr. Vera.)

CAPÍTULO XXII.

De cómo el rey *Monteçuma* mandó dar guerra á los de Coaixtlauac, porque le mataron algunos mercaderes mexicanos, y cómo los destruyó.

Coaixtlauac es en la prouincia de Misteca, el qual vocablo tienen corruto los españoles, y llámanle Cuixtlauac, como tienen corrutos todos los vocablos de los demas pueblos. Este pueblo antiguamente era de los mas principales de aquella prouincia y donde se hacia un mercado de mucha riqueça, y así acudian á él muchos mercaderes forasteros de toda la tierra de México, de Tezcuco, de Chalco, de Xuchimilco, de Cuyuacan, Tacuba, Azcaputzalco, finalmente, de todas las prouincias de la tierra, á sus grangerías, resgates de oro, plumas, cacao, xícaras muy galanas, ropa, grana, hilo de colores, que hacian de pelos de conejos; y un dia, auiendo acudido gran número de forasteros á este mercado, los señores de Coaixtlauac mandaron á sus vasallos que muy bien adereçados, en saliendo del tiangez los mercaderes mexicanos con todos los demas de aquella prouincia, fuesen muertos y robados, y entiéndese que persuadidos de algunas personas mal intencionadas y ruines, que por hacer mal y inquietar á los unos y á los otros, dieron este consejo. Los de Coaixtlauac hicieron lo que sus señores les mandaron, y salidos al camino dieron sobre ellos, y sin quedar uno ni ninguno, fueron muertos y salteados de todo lo que lleuaban, saluo los de Tultitlan, que escondidos se saluaron algunos dellos, los quales vinieron á México con toda la priesa del mundo, y entraron al rey *Monteçuma* y le dixeron: Señor poderoso: todos los mercaderes que andauan en la prouincia de la Misteca, buscando sus grangerías y ganando con su trauajo la vida, son muertos y despeñados, sin quedar uno ni mas. *Monteçuma* les preguntó qué gente seria la que auia muerto: ellos le respondieron que ciento y sesenta mer-

caderes de todas las prouincias de Tezcuco, Chalco y de los tepanecas y xuchimilcas. *Monteçuma* les preguntó: ¿de dónde sois? ellos dixeron que de Tullan, el qual mandó que descansasen y fuesen recreados y dado lo que tuviesen menester, y enviollos á sus tierras; y luego *Tlacaelel*, príncipe de la milicia, mandó en nombre del rey que fuesen aperceuidos los dos reyes de Tezcuco y Tacuba y los señores de Chalco y Xuchimilco, para que aperciuiesen sus gentes y las cosas necesarias á la guerra, lo qual fué luego dado el auiso á todas las ciudades por los embaxadores reales, dándoles quenta de las malas nuevas que de la Misteca auian venido, de la muerte de todos los mercaderes, y de cómo todos los caminos de aquella prouincia estauan tomados, y que no dexauan pasar ninguno de los de México ni sus prouincias, allá, á cosa ninguna; y dada la nueva y hecho el auiso, luego fué pregonada la guerra por todas las ciudades de Chalco, por todas las de Tezcuco y Ixtapalapa, Culhuacan, Mexicatzinco, Xuchimilco, Vitzilopochco,[1] Cuyuacan, Tacuba y Azcaputzalco y toda su prouincia, Tullan, Matlatzinco, de donde se juntaron tantas y tan innumerables gentes que cubrian el sol, y fué tanto el aparato de guerra que para esta entrada se juntó, quanto en nenguna de las demas se auian visto ni juntado.

Los mexicanos, debaxo de cuyo nombre y apellido iban las demas naciones, aprestaron sus gentes y bastimentos, tiendas y aparatos de guerra, llevando ollas, cántaros, piedras de moler, platos, los comales con que cueçen el pan, tanta provision de todo como si fueran á fundar alguna ciudad, haciendo con su ferocidad y crueza[2] juramento de no voluer á sus tierras hasta destruir aquella gente rústica y bárbara, despojándolos de quanto tenian, como en realidad de verdad lo hicieron.

Llamó el rey á un señor que se llamaua *Cuauhnochtli* y híçolo general de toda la moltitud diciéndole que *Tlacaelel* era ya viejo y que no podria ya ir á guerra tan apartada, dándole todas las exenciones y autoridad que semejante oficio requeria, y por su lugarteniente á *Tiçocyauacatl*, y mandóles que luego saliese la gente, y echado bando y pregon, luego empeçó á salir la gente, quedando

1 Hoy, corruptamente, *Churubusco*.
2 Crueldad.

la ciudad tan triste y llorosa y tan sola, que daua gran compasion de ver llorar las madres á los hijos y las mugeres á los maridos, otras á los hermanos, deudos y parientes, por ser la guerra tan apartada y tan dudosa la vuelta, por ser aquella prouincia tan larga y temer no se hiciesen á una las ciudades y los tomasen en medio y los destruyesen; pero sucediendo de otra manera, salió toda la gente de la ciudad y en el camino se les iba juntando gran número de gente de los pueblos y prouision. Fué á esta guerra toda la flor de México y de Tezcuco y todo lo mejor de Chalco, de Xuchimilco y de los tepanecas, grandes señores y muy lucida gente deseosos de ganar honra y de la riqueça de aquella tierra, y caminando con toda la prisa que pudieron, llegaron á los términos de Coaixtlauac, donde asentaron su real de tiendas y casas de petates, y reparándose y pertrechándose por todas partes lo mejor que pudieron y puestas centinelas y espías por todas partes, empeçaron á estar siempre en vela y con la espada en la mano y rodela, temiéndose de todas partes viéndose en tierra estraña y cercados de sus enemigos; y lo que mas temian eran los *hochones*, [1] gente endemoniada y saluaje.

Sentado el real y todo muy á punto, no queriendo perder tiempo ni ocasion, luego otro dia que llegaron mandaron poner en arma toda la gente, los quales muy bien armados y adereçados con ricas armas de plumas de diversos colores, sobre los jubones estofados, con que de piés á caueça estauan armados toda la nobleça de México y de Tezcuco, y de Chalco y de los tepanecas, con toda la riqueça del mundo, lo qual sacauan á las guerras y allí se las ponian mostrando el valor de sus personas, y mientras mas señor, mas piedras y mas joyas y oro lleuaba encima; y así todos muy bien adereçados y muy en órden, uno de aquellos viejos, que tenia oficio de exortar con voz alta, empeçó á decir; mexicanos: ¿son por ventura estos bárbaros mas valientes que nuestros hermanos y deudos los chalcas? no; porque ya os acordareis que se mantuvieron diez ó doce años contra los valerosos mexicanos, donde perseverando murió la flor de México y de Chalco, hasta que en fin los vencimos

1 *Chuchones*, ó, *chochos*, denominacion de una antigua tribu distribuida entre los Departamentos de Veracruz y Oajaca.

y sujetamos; pues si aquella prouincia tan poderosa se rindió, ¿por qué no rendiremos una bárbara y torpe nacion como ésta? ¿en qué nos tienen estos çafios y baxos hombres? Esforçaos, oh mexicanos, y trauajad de que no se nos igualen ni presuman otra vez de inquietarnos. Y venidos á vista de los enemigos, los quales venian muy loçanos, salieron los mexicanos á ellos con gran alarido y vocería, diciendo, á ellos, á ellos, de golpe, de golpe, oh mexicanos; no se quede nadie atras; rompé, rompé; no quede hombre á vida; y diciendo esto dieron con tanta furia entre ellos, que revoluiéndose con los enemigos empeçaron á diestro y á siniestro á herir y matar en ellos sin ninguna piedad, y tanta prisa les dieron que empeçaron á dexar el campo, y metiéndolos en la ciudad, quedando el campo lleno de muertos y heridos, ganáronles el templo y pegándole fuego empepeçó á arder, así el templo como todas las casas de la ciudad, que huyendo la gente de la ciudad del fuego caian en manos de los mexicanos, los quales los maniatauan y prendian, matando los que no podian prender de viejos y viejas y niños.

Los señores, viendo su ciudad destruida y la gente muerta y huida y presa en mano de los mexicanos, salieron al encuentro con las manos cruçadas y con lágrimas, haciendo grandes cerimonias, pidiendo cesasen de matallos. Los mexicanos, diciendo que no, que no auia de auer piedad dellos sino matallos á todos, como á gente bárbara y boçal, ellos mostrando gran lástima y gran humildad y arrepentimiento de lo pasado, en fin, los mexicanos mandaron cesar el combate y pelea, que todauia andaua muy encarniçada. En cesando que cesó, que baxaron todos las armas, dixeron á los mistecas, ¿ques lo que decís, mistecas? Ellos respondieron, señores nuestros y valerosos mexicanos: apláquense vuestros coraçones; mirá lo que quereis que hagamos en vuestro seruicio, que todo se hará como quisiéredes y mandáredes. Ellos dixeron que no querian mas de que en reconocimiento de que eran perpetuos vasallos del rey de México, mirasen el tributo que podrian dar. Ellos se obligaron á dar mantas de á diez braças, fardos de chile y fardos de algodon y sal de la mar y diuersos géneros de colores para teñir y pintar. Los mexicanos dixeron que fuese norabuena y que se obligasen á traello á México y que no fuese necesario enviar

por ello, y así se obligaron, y luego los mexicanos entraron en las casas del señor de Coaixtlauac y allí les hicieron gran fiesta y banquete y les dieron mantas y ceñidores á todos, de las mas ricas y galanas de la tierra, y de allí partieron luego para México contentos del mucho despojo y riqueça que traian, y era tanto el contento que de ir á la guerra tenian, que ya no se hallauan [1] los soldados en las ciudades, deseando la guerra con gran voluntad, por lo bien que en ellas les iba.

Llegaron á México los mexicanos con la presa de esclauos, todos atados, los quales entraron en la ciudad cantando y bailando á grandes voces: salieron los viejos á reciuillos, como era uso y costumbre, vestidos á la manera que para esta cerimonia se solian vestir, y ençensáuanlos como á hombres dedicados á dios y dáuanles á beber de aquel breuaje diuino, que ellos llamauan, haciéndolos pasar por delante de la imágen del ídolo, y despues comer tierra del suelo y pasar por delante del rey como á segunda persona del dios; y no es fábula decir que á sus señores tenian por dioses, porque en realidad de verdad los adorauan como á dioses. El rey les dixo á los presos; seais bien venidos, ofrenda de los dioses y del que cerca el mundo con su poder cada dia y pasa por encima de nuestra caueça, señor de la tierra y de todas las cosas. Ellos, por sus intérpretes, les dieron las gracias, alabando mucho al señor que los auia hecho dignos de velle la cara y su venerable presencia, sin ellos lo merecer; y así luego fueron entregados á los mandoncillos para que fuesen aposentados y repartidos como los demas y curados con mucho cuidado y quenta, para que, quando viniese el dia de la fiesta, estuviesen gordos y buenos para ser sacrificados.

Entregados los presos, dixo *Tlacaelel* á *Monteçuma;* señor: hagamos una piedra que sea semejança del sol y ponella emos en un lugar alto y llamale emos *Cuauhxicalli*, que quiere decir, vaso de águilas, porque *xicalli*, en la lengua MEXICANA, es un lebrillo, ó como batea que se hacen de unas calauaças grandes, y *cuauhtli* quiere decir, águila, y así le llamauan *cuauhxicalli*, que quiere decir vaso ó lebrillo de águilas. Algunos entendian (y yo el primero) que queria decir lebrillo de palo, pero venido á entender, no quie-

1 Es decir, no estaban contentos ni gustosos.

re decir sino vaso de águilas; y así el rey, persuadido por *Tlacaelel*, mandó que la piedra se hiciese y que en su asiento y solenidad se sacrificarian los presos de Coaixtlahuac. *Tlacaelel* mandó hacer la piedra, la figura de la qual pondremos en el siguiente capítulo por que hagamos particular relacion della, aunque en el libro que de los ritos tengo hecho, hice particular mencion della y de las cerimonias que el dia de su fiesta se hacia, y dixe allí cómo esta piedra se sacó del lugar donde agora se edifica la iglesia mayor, y está á la puerta del perdon. Dicen que la quieren para hacer della una pila del bautismo santo; bien es que se emple esta piedra en servicio de nuestro dios y que la que fué pila de sangre humana, sacrificada al demonio, sea agora pila del Espíritu Santo donde se alimpien las ánimas de los christianos y reciuan el agua del bautismo. Y para que contemos lo que á esta piedra pertenece y á esta solenidad, fuera necesario repetir el capítulo que [1] de los caualleros de las águilas, que era una órden de cauallería que en México auia, los quales celebrauan esta fiesta; y aunque en el libro referido de los sacrificios le tengo puesto, todavía será necesario referillo aquí, aunque no todo Y SÍ UNA parte, para que nuestra obra y ystoria no quede confusa y manca, pues pertenece al capítulo presente.

CAPITULO XXIII. [2]

De la solenidad y sacrificio que á la piedra llamada *Cuauhxicalli* se hiço en semejança del sol y de cómo fueron sacrificados en ella los presos de Coaixtlauac.

Determinado por el rey *Veuemonteçuma* que se labrase en una piedra muy grande la semejança del sol y que se le hiciese una gran fiesta, mandáron á los canteros que se buscase una gran piedra, y buscada, se pintase en ella una figura del sol, redonda, y que en medio della hiciesen una pileta redonda y que del bordo de la pileta saliesen unos rayos para que en aquella pileta se recojiese la

1 Parece que sobra esta palabra.
2 Véase la lámina 8ª, part. 1ª.

sangre de los sacrificados, para que la semejança del sol goçase della, y que desta pileta saliese un caño por donde se derramase aquella sangre, y mandaron que al rededor della, por orla ó çanefa, pintasen todas las guerras que hasta entonces auian tenido y que el sol les auia concedido de que las venciesen con su favor y ayuda.[1] Tomada la obra á cargo de los canteros, buscaron una piedra gruesa y hermosa y en ella esculpieron la semejança del sol, pintaron en ella las guerras que auian vencido de Tepeaca, de Tochpan, de la Guasteca, de Cuetlaxtlan, de Coaixtlauac, todo muy curiosamente labrado; y para no tener maços ni escoplos de hierro, como los canteros de nuestra nacion usan, sino con otras piedras sacar las figuras pequeñas tan al natural, era cosa de admiracion y aun de poner en ystoria, la curiosidad de los canteros antiguos y particular virtud que con otras piedreçuelas labrasen las piedras grandes é hiciesen figuras chicas y grandes, tan al natural como un pintor con un delicado pincel ó como un curioso platero podria con un cincel sacar una figura al natural.

Hecha y acabada la piedra fué dada noticia al rey, y vista por él, mandó se le hiciese un asiento alto de la estatura de un hombre, y que tuviese quatro escaleretas por donde se subiese á ella por todas quatro partes, ácia el Norte, ácia el Sur, ácia Oriente y Poniente, segun sus consideraciones y sus relaciones y sueños del demonio. Puesta ya y asentada la piedra con la reuerencia posible,

1 Hasta aquí conviene, exactamente, la descripcion á la piedra circular que existia antiguamente enterrada dentro del atrio de la catedral, en el ángulo S. O., y que durante la presidencia del Sr. Arista se trasladó á la Universidad, donde hoy se conserva; mas por lo que sigue, parece que se engañó el autor atribuyendo á Motècuhzoma I la dedicacion y escultura de este monumento histórico y religioso. Si, como él dice, "alrede- "dor de ella, por orla y çanefa, pintaron............ las guerras que auian vencido de " *Tepeacas*, de *Tochpan*, de la *Guasteca*, de *Cuetaxtlan* y de *Coaixtlahuac*," hay muy justos motivos de duda, puesto que *uno solo* de estos nombres; el de *Cuetlaxtla*, se ve allí esculpido simbólicamente, y, sobre todo, que el carácter figurativo-simbólico del nombre del rey vencedor de esos pueblos, es el de *Tizoc*, que reinó despues de *Axayacatl*, sucesor inmediato de *Motecuhzoma I.*—La tradicion histórica, comprobada por otro precioso monumento lapidario de que dí noticia en una de mis notas á la Historia de la Conquista de México por Prescott, nos dice que *Tizoc* emprendió la construccion del *Templo mayor* de esta ciudad, que hizo un grande acopio de materiales, pero que sorprendido por la muerte no pudo aprovecharlos, llevando al cabo la obra su sucesor *Ahuizotl*. Es, por tanto, probable que uno de los dos fuera el que erigió ese monumento histórico-religioso.

mandó el rey *Veuemonteçuma* que fuesen convidados todos los señores de la prouincia, el de Tezcuco y el de Tacuba, y los señores de Chalco y los de Xuchimilco, Marquesado, y de Culuacan, Cuitlauac, para que todos se hallasen á la solenidad y fiesta de la semejança del sol. Luego fueron enviados los mensajeros á todos los señores dichos y de parte del rey llamados para la solenidad y fiesta, los quales acetaron el convite con agimiento de gracias, inviando grandes ofertas al rey *Monteçuma* por la merced que les hacia, y aparejándose todos vinieron el dia señalado, los quales llegaron á la ciudad de México y fueron muy honradamente receuidos y aposentados en las casas reales, dándoles todo lo necesario y festejándolos con todos los modos de bayles y cantos quellos usan y con que se recrean. Despues de auer descansado el rey y *Tlacaelel* con todos los señores de la corte, lleuaron á estos señores todos á mostralles la piedra y la curiosidad con questaua labrada y asentada, y vista por ellos, quedaron muy contentos y admirados de ver su figura y pintura y la facilidad con que los mexicanos hacian todo lo que querian, y díxoles el rey: ¿veis aquí las semejança del sol y la figura del que os calienta con su calor y fuego, señor excelente de lo criado? para la solenidad y honra desta figura soys aquí venidos y para esto os e llamado. Ellos humillándose á esta merced, dixeron: Señor poderoso; sea mucho de norabuena: mucho te deue la ciudad de México, pues la ennobleces con tantas insignias y marauillas; gocemos norabuena de la grandeça, de la qual no somos dignos ni merecedores.

Llegado el mesmo dia de la fiesta, el mesmo rey *Monteçuma* y su coadjutor *Tlacaelel*, se tiznaron todo el cuerpo con una tizne muy atizne,[1] muy atezada, y pusiéronsela tan bien puesta y acicalada, que resplandecia desde lexos en el rostro, ni mas ni menos que parecian negros atezados; en la caueça se pusieron unas coronas de plumas muy galanas, todas guarnecidas de oro y piedras muy ricas: en los braços se pusieron unos braçeletes de oro, que les tomaba desde el codo hasta casi el hombro, en ambos braços: pusiéronse unas sandalias muy ricas en los piés, de cueros de tigre, guarnecidas de oro y piedras: luego se pusieron unas ricas mantas

1 Así en el original. (Nota del Sr. Vera.)

reales y unos ceñidores muy anchos y galanos, á la mesma manera que las mantas: echáronse á las espaldas unas olletas hechas de piedras verdes muy ricas, donde sinificauan que no solamente eran reyes, pero juntamente sacerdotes: poníanse en las narices unos joyeles atravesados y luego les dauan á los dos sendos cuchillos, en las manos, de navaja, y luego salieron en público el rey y *Tlacaelel*, juntos, y pusiéronse encima de la piedra que era semejança y figura del sol. Puestos allí ambos, el uno por una de las escaleretas, el otro por la otra, vinieron luego los ministros del sacrificio, que eran cinco, para las manos y piés y caueças, y venian todos embijados de almagra hasta los bragueros y ceñidores y almáticas, que[1] trayan en las caueças unas coronas de papel con unas rodelillas por remate, que les daua en medio de la frente, tambien todas pintadas de almagra, y en las coronillas de las caueças trayan unas plumas largas, atadas al mesmo cauello en yestas,[2] y en los piés unas cotaras comunes y valadies, todo lo cual tenia su significacion y misterio. Estos baxaban y tomauan uno de los presos questauan en renglera en el lugar de las calauernas, y subíanlo al lugar donde el rey estaua, y encima de la piedra, figura y semejanza del sol, echáuanlo de espaldas y asíanle aquellos cinco ministros, uno de la una mano y el otro de la otra, y el uno de un pié y el otro del otro, el quinto le echaua una collera y teníanle que no se podia menear. El rey alçaua el cuchillo y cortáuale por el pecho: en abriéndole, sacaua el coraçon y ofrecíaselo al sol, con la mano alta, y en enfriándose, echáualo en la pileta y tomaua de la sangre con la mano y rociaua ácia el sol. Desta manera mataua cuatro, arreo, y luego por la otra parte venia *Tlacaelel*, y á la mesma manera mataua otros quatro, y así andauan á veces de quatro en quatro hasta que se acauaron los presos, todos los que truxeron de la Misteca.

Acauado el sacrificio sacaron del lugar de donde estaua *Vitzilopochtli* una como serpiente hecha de papel, revuelta en un palo, todo de plumas, que oy en dia la e visto sacar en algunos bayles de México y de junto á México, y sacada aquella culebra, retuerta en aquel palo, trayala un sacerdote, encendíala y rodeaba la pie-

1 Parece que sobra esta palabra, ó falta alguna frase.

2 Así en el original; mas, claro es, que debe leerse *enhiestas*.

dra á la redonda ençensándola con aquel humo, y ençensándola subíase encimà la piedra y así ardiendo la echaua sobre toda aquella sangre con que la piedra estaua bañada, y trayan luego una gran manga, hecha toda de papel, y echáuanla allí encima y ardia juntamente, hasta que se acauaba y consumia y tostauan aquella sangre que allí estaua. Acauada de quemar baxáuase el rey *Monteçuma* y *Tlacaelel* y el rey de Tezcuco y el de Tacuba y íbanse á los asientos reales, todos quatro juntos, y ungian á los dos reyes y vestíanlos y dáuanles sus coronas y mantas, braçaletes y ceñidores y nariceras, á la mesma manera que los sacrificadores se auian vestido, á los cuales y á todos los demas, hicieron solene banquete y fiesta por la estrena de la piedra, figura y semejança del sol.

Otro dia, por tornaboda, los caualleros y comendadores del sol, que se llamauan *Cuacuauhtin*, que quiere decir águilas, hacian la fiesta del sol, quellos llamauan *Nauholin* quen[1] romançeamos en el calendario que en el libro de las idolatrías hize, QUE QUIERE DECIR, quarto curso del sol, y la fiesta que hacian, como allí conté, era sacrificar un indio en nombre del sol, todo embijado de colorado. Dáuanle un báculo y una rodela, cargáuanle á cuestas, en una carguilla, pedaços de almagra y pedaços de tizne y plumas de águila y papel y otras mill burlerías, y enviáuanlo con un mensaje al sol que se pusiese,[2] que sus caualleros quedauan á su seruicio y que le dauan infinitas gracias por los beneficios grandes que le hacia en favorecellos en las guerras y en prestalles su socorro y ayuda. Este indio tomaba su carguilla del presente que los caualleros del sol inuiaban con el báculo y rodela y empeçaba á subir por el templo arriba, muy poco á poco, respresentando el curso quel sol hace de Oriente á Poniente, y en llegando que llegaua á lo alto del templo, puesto de piés en la piedra del sol en el medio della, que era hacer[3] el medio dia, llegauan los sacrificadores y sacrificábanlo allí, abriéndole el pecho por medio, y sacándole el coraçon ofrecíanselo al sol, y rociando con la sangre, hácia arriba al mesmo sol, luego

1 Así en la copia, y tambien el período siguiente; mas para que éste forme sentido es necesario leer "que," y suplir las palabras escritas de versales. Esta correccion concuerda con el pasaje á que el autor se refiere.

2 Así en la copia; probablemente—"para que supiese."

3 Es decir,—figurar.

para representar la cayda del sol hácia Ocidente, dexauan caer el cuerpo muerto por las gradas abaxo.

Acauado el sacrificio, todos aquellos caualleros hacian aquel dia gran areyto y bayle, con tantas riqueças y plumería, que era cosa de ver. Llamauan á la casa donde estos caualleros se juntauan, *Cuauhcalli*, que quiere decir la casa de las águilas, y era como un recogimiento donde auia exercicio de armas. No podia entrar en aquella casa ni cauallería, nenguno que no fuese hijo de señor conoçido: comian en aquella fiesta mucha carne humana [1] y hacian grandes ayunos y cerimonias, como las podrá ver, el que fuere curioso, en el libro sobre dicho de las cerimonias y ritos.

Acauada esta fiesta los señores de las ciudades se fueron A SUS prouincias y reynos y dieron en querer imitar á los mexicanos y así empeçaron á hacer y edificar templos y á sacrificar con aquel modo y aparato hombres, y á tener y elexir sacerdotes y hacer aquellas cerimonias y ritos, á ordenar órdenes de cauallería y á tener exercicios de armas, colegios y escuelas de cantar y dançar y de todos los exercicios que en la ciudad de México auia y á diferenciar los grandes de los caualleros y á los caualleros de los escuderos y á los escuderos de los que eran oficiales y gente plebeya, y á los unos hacian particulares mercedes y á los otros de otra manera, conforme á su estado, y así se conocian quién eran los unos y quién los otros, y para esto auia tanto órden y buen concierto, que en las casas reales auia salas para cada género de personas; y así, cuando iban á palacio, ya cada uno sabia su lugar y allí se iba derecho. La gente comun no tenia para que entrar en las casas reales ni jamas entrauan sino era quando le cauia su tanda del seruicio personal de fregar, barrer y hacer lo que le mandasen. Solo los señores y personas de suerte y principales caualleros se ponian çapatos en los piés; los demas, ni por imajinacion, so graves penas, y(si no miente la ystoria) pone que tenian pena de muerte, lo mesmo el que de baxa suerte osase traspasar ni poner el pié en el umbral de las casas reales, porque para sus pleytos tenian sus particulares lugares y audiencias donde pedian su justicia, de donde venia de mano en mano al supremo consejo para quellos lo sentenciasen.

1 Entiéndese que era la de las víctimas que ellos ofrendaban para el sacrificio.

Estos caualleros del sol tenian sus insinias y sus señales en que se conocian y diferenciaban de los otros, y solo ellos celebrauan la fiesta del sol y de comer carne humana y deter[1] muchas mugeres todas las que pudiese sustentar. Muchas cosas y priminencias pudiera contar en esta historia de las grandeças de estos y de otros caualleros, pero auiéndolo escrito en otra parte, allí se podrá ver que viene mas á propósito, si el señor lo sacase á luz.

Acauado el sacrificio y despedidos los güéspedes, *Tlacaelel*, con consejo del rey, envió un virey á Coaixtlauac para que tuviese cargo de aquella prouincia y de los tributos reales, el qual se llamaua *Cuauxochitl*, el qual agradeciendo la merced que se le hacia, se fué á aquella prouincia, y cada ochenta dias venia él en persona con el tributo por delante á ver á su rey, el qual le hacia grandes mercedes.

CAPÍTULO XXIV.

De cómo se tornó á reuelar la prouincia de Cuetlaxtla por consejo de los tlaxcaltecas y cómo fueron segunda vez destruydos.

Andauan los de Tlaxcallan tan deseosos de competir y quebrar con los mexicanos y era tanto el odio que les tenian, que andauan procurándoles su inquietud y desasosiego para tener ocasion de manifestarse ser su enemigo y que no gustauan de su conuersacion ni amistad. Para esto, como Cuetlaxtla y su prouincia es cercanía de Tlaxcalla, fuéronse los quatro señores de Tlaxcalla allá á ver los señores de Cuetlaxtla y á olgarse con ellos, tomando esto por achaque para derramar despues su ponçoña; y así fué que estando en visita en regocijo y contento, como compadeciéndose de ellos, les dixeron qué cosa es ni dónde se sufre que los mexicanos desentrañen y roben esta prouincia y saquen della el oro, el cacao, la ropa, las plumas de todo género y el pescado y los caracoles y beneras y las tortugas; ¿por qué se ha de consentir tal cosa? Los señores empeçaron á llorar y á hacer gran sentimiento y á decir que

1 Así en la copia; mas parece un descuido de pluma y que debe decir: "detener."

tenian raçon, pero que ya vian que los auian vencido, y que, pues eran sus vasallos, que no podian hacer otra cosa. Los tlaxcaltecas, conviene á saber, un señor dellos que se llamaua *Xicotencatl*, les dixo: mirá, no temais: haced lo que os diré, que nosotros os favoreceremos y os guardaremos las espaldas: no les invieis mas el tributo: mataldes á este gouernador que aquí os tienen puestó, y si vinieren otros á pedir el tributo, mataldos á todos, y en sabiendo que vienen, dadnos auiso, que yo moueré todas mis gentes y tomallos emos en medio y no voluerá nenguno vivo á México.

Los desventurados, no acordándose de la falta que les auian hecho la guerra pasada, creyéronlos y luego mataron al gouernador y dieron á los señores de Tlaxcallan grandes presentes de todo lo que pudieron, los quales se voluieron á su ciudad muy contentos del daño que auian hecho.

Los mexicanos, viendo que se tardaba el tributo real y que no venian los tesoreros, dieron auiso á *Tlacaelel*, el qual dixo al rey: señor: los de Cuetlaxtla no an acudido con su tributo, ni el gouernador que allá está auisa: enviemos á sauer lo que sea este descuido. El rey mandó fuesen sus mensajeros y correos luego, y fueron despachados en un momento, los quales llegados á Cuetlaxtla fueron llegados á las casas de los señores á sauer del gouernador, y ellos los reciuieron muy bien y les dixeron que descansasen y fuesen bien venidos, que querian dar auiso al gouernador de su venida: los señores de Cuetlaxtla mandaron cerrar la puerta del aposento donde estauan y luego traer un gran fardo de chile y ponerlo junto al aposento, DE MANERA que entrase todo el humo dentro, y pegalle fuego. Pegado fuego al fardo de chile, fué tanto el humo que entró que los aogó sin poderse valer ni salir de allí. Muertos los mexicanos, entraron los señores con sus vasallos y alláronlos muertos: luego mandaron que los abriesen por las partes traseras y que les sacasen por allí las tripas, y así se las sacaron y se las revolvieron por la garganta; y luego los mandaron henchir de paja y sentar en unos asentaderos, y por hacer escarnio dellos vistiéronlos de mantas muy galanas y pusiéronles delante mucha comida y rosas y humaços,[1] y haciéndoles grandes reuerencias les decian: comé,

1 Sahumerios.

señores muertos y holgaos: cata aquí comida y bebida y fruta y suchiles;[1] ¿qué mas quereis? Comé, ¡cómo[2] no comeis? Entonces, *Tepetecutli*, viendo que no comian, dixo: ¿cómo no comeis? deueis de estar enojados: echaldos por ay; y así los tomaron y los echaron á las aues y bestias y luego despacharon sus mensajeros á Tlaxcalla á dalles auiso de lo que auian hecho. Los tlaxcaltecas dixeron que auian hecho muy bien, dándoles las gracias del auiso que les auian dado, diciéndoles que no tuviesen pena; que ellos lo sabrian, que á su tiempo lo verian.

Un pasajero, natural de Tepeaca, vido á los correos reales muertos, las tripas al pescueço y las entrañas por aquel suelo. Sin mas detenerse, á todo andar, vino á México á dar auiso y puesto ante el rey, le dixo: gran señor: una cosa a acontecido muy espantosa, y es que tus mensajeros reales que enviastes á Cuetlaxtla, los aogaron con chile y les sacaron las tripas y los bofes por detras y están comidos de las bestias en esos campos echados. El rey, espantado de tal hecho, le preguntó de dónde era: el le dixo que de la ciudad de Tepeaca, y mandándole descansar y dar lo necesario, llamó á *Tlacaelel* y contándole el caso mandó que luego llamasen á los del consejo, y venidos ante él les dixo: mi voluntad es que un hecho tan atroz sea rigurosamente castigado, y quiero que apercibais las gentes de mis exércitos y que Cuetlaxtla sea destruyda; que no quede piedra sobre piedra, ni hombre á vida y que no aya Cuetlaxtla en el mundo, para escarmiento de esos traydores y de los demas; y para esto, dése auiso al rey de Tezcuco y al rey de Tacuba y á los señores de Chalco y de Xuchimilco y de todas sus prouincias, y aperciuan sus gentes luego con todo lo necesario.

Luego partieron todos los mensajeros á todas partes á dar auiso, y en dando el auiso luego fueron apercibidos los que tenian cargo de aquello y mandaron que con toda la priesa y dilixencia posible se apercibiesen los exércitos, y así fué puesto luego por obra; y era tan fácil, que en echando el bando, luego salian veinte mil combatientes con sus armas, espadas y rodelas, que era cosa de ver el

1 Ramilletes. El ceremonial mexicano exigia se presentaran á los superiores en señal de sumision.

2 ¿Por qué, etc.

deseo y la voluntad que en aquello mostrauan, porque auia gente que no comia sino quando auia entradas y estáualas esperando como agua de Mayo, como dicen. Los señores, con los dos reyes de Tezcuco y Tacuba, vinieron á México á dar al rey *Monteçuma* el pésame de la rebelion, á los quales dixo: ¿que os parece, señores, de los cuetlaxtecas, con qué escarnio y oprobio an escarnecido de nosotros, que no se contentaron con matar á nuestros mensajeros, sino que para mayor escarnio y burla les sacaron las tripas por las partes traseras y los hígados y los echaron á las bestias? contándoles por entero la burla que de ponelles comidas y bebidas delante dellos auian hecho. Los señores muy pesantes [1] deste negocio, tan mal hecho, dixeron que ya las gentes estauan á punto y aparejadas; que quando los mandasen partir, partirian, y con esto se voluieron á sus ciudades.

Monteçuma dixo á *Tlacaelel:* Señor *Tlacaelel:* mi determinacion es que los cuetlaxtecas sean del todo desolados y que no quede mas memoria dellos. *Tlacaelel* le respondió que no mandase tal, sino que si los venciesen y desvaratasen, que les doblasen el tributo y que con esto quedarian castigados, porque el destruyllos á todos era imposible y gran inconveniente destruyr pueblos de tanta riqueça y que para poblallos no auia gente, ya que los quixeren tornar á poblar. A *Monteçuma* le pareció bien el consejo y dixo, ¿qué tributo le parecia que se les pusiese? *Tlacaelel* dixo que hasta agora dauan las mantas de á diez braças, que desde en adelante las diesen de veinte braças; y que si hasta agora dauan piedras de yjada verdes, que de oy mas las diesen blancas y coloradas; y que si hasta agora dauan cueros de tigres y leones manchados, que desde en adelante los diesen blancos, y que tributasen culebras vivas y otras mill sauandijas, que solo por dalles molestia y pesadumbre y onerallos [2] mas se las impusieron y inventaron; y así *Monteçuma* mandó llamar á los capitanes y al general de toda la gente, y les mandó que no los acauasen de destruir ni asolar, sino que si vencidos pidiesen misericordia, que se la concediesen y otorgasen.

Llegados á Cuetlaxtla los capitanes, ordenaron sus gentes y ar-

1 Apesadumbrados.
2 Es decir, hacerles mas oneroso el tributo.

maron su real. Los cuetlaxtlas, viendo quán presto y con quánta solicitud los mexicanos eran ya sobre ellos, dieron aviso á Tlaxcalla pidiéndoles el favor prometido. Los tlaxcaltecas les dixeron que luego mandarian aparejar sus gentes y que les tomarian las espaldas y los destruirian; que los entretuviesen y no les diesen tan presto batalla: pero los mexicanos, luego otro dia que llegaron, mandaron que todos se aperciuiesen y diesen luego en la ciudad, temiendo lo que podia suceder, y así aperciuidos y puestos en órden les hicieron una plática, poniéndoles por delante que la guerra era como quien enciende un campo de yerba seca, que con el aire arrebatadamente se quema y queda todo abraçado, ó como un torbellino que arrebata las ojarascas y las lleva con aquella fuerça y furia á lo alto, que así auian de entender que era aquel lugar á donde eran venidos, á donde encendidos sus coraçones como fuego, auian de abrasar y lleuar por delante aquellas bárbaras naciones que presentes tenian, que eran los de Auiliçapan y los de Quimichtla y Teoixuacan, Chichiquilan, Macuilxutlitla, Tlatectla, Oceloapan y á Cuetlaxtla, los quales todos puestos en órden, salieron al encuentro á los mexicanos, y no BIEN los uvieron visto, quando los mexicanos salieron á ellos con tanta furia, que leones muy encarniçados no salieron con tanto furor á la mansa ovejas, y lançándose entre ellos, empeçaron á herillos con tanta priesa y ánimo, que luego los cuetlaxtecas mostraron su poco valor y ánimo, y puestos en huida mataron tantos dellos y prendieron, que no auia número.

Visto por los maceguales, ques la gente comun, el daño que recibian, sin señor ni principal ninguno,[1] empeçaron á decir: señores mexicanos, ¿por qué nos matais? ¿qué culpa tienen estos pobres inorantes y simples, sin malicia ni interes? ¿por qué os vengais en nosotros que no os emos enojado, ni injúriado, ni inquietado, y dexais vivos á estos malditos ladrones de nuestros principales y señores, que ellos son los que nos traen y acarrean la muerte? Nosotros ¿no os damos vuestros tributos? ¿dánlos por ventura ellos? ¿todo no sale de nuestro sudor y trauajo? si damos mantas, ¿dánlas ellos ó íbanlas ellos á texerlas? Nosotros y nuestras mugeres ¿no las hacemos? Si dan cacao, oro ó piedras, plumas y pescado,

1 Parece faltan las palabras—"que les dirigiera ó mandara, etc."

¿nosotros no lo damos y ofrecemos á nuestro señor *Monteçuma* y á nuestros señores los mexicanos? Çesá, mexicanos, de nos herir y maltratar y dexadnos hablar y oid lo que os queremos pedir. Los mexicanos mandaron çesar la gente, que animosamente peleaba, los quales, oida la señal pararon, baxando las espadas y rodelas, cesando las hondas y fisgas y flechas y dardos con que los destruian, y en auiendo cesado, dixeron los mexicanos: decí lo que aueis de decir. Los maceguales dixeron: lo que queremos decir es, que pedimos justicia contra nuestros señores y queremos sean muertos y destruidos y castigados, pues ellos han sido causa de estos males; y mirá, señores, lo que quereis, que nosotros somos los que os tributamos y de nosotros sale todo lo que os dan: mirá lo que quereis, que de nuevo tributaremos, que todo se os dará. Los mexicanos principales dixeron, bien vemos que vosotros no teneis culpa y que vuestros señores os invian á este lugar, ¿por qué no vienen ellos á responder por vosotros y á ofrecerse á la muerte como deuen? Ellos respondieron, aquí vereis como se les da poco por nuestra salud; por tanto queremos que los mateis á ellos y nos dexeis á nosotros. Los mexicanos respondieron: nosotros no traemos autoridad para matar á nadie sino es en guerra: vuestros señores no han parecido en esta guerra ni los emos visto, pero no por eso se escaparán, pues vuestras razones y deseo y lo que pedís, se dirá al rey nuestro señor *Monteçuma*, y él mandará que se execute lo que nosotros dexaremos ordenado, y luego sin mas dilacion los traed aquí á todos ante nosotros y á muy buen recado.

Los maceguales de aquellas prouincias los fueron á buscar y los hallaron escondidos en unas cuevas y los truxeron maniatados ante el general del exército. El general los reprendió y afrentó delante de toda la multitud, y mandó á todos los de la ciudad, por mandado público, que presos y á buen recaudo los tuviesen y que mirasen por ellos con tanta solicitud y cuidado y que no se les fuesen, so pena de que los vendrian á destruir otra vez hasta tanto quel Rey *Monteçuma* les mandase lo que auian de hacer; y así presos y á buen recado los tuvieron con gente de guardia hasta su tiempo; pero vueltos á los mexicanos los indios cuetlaxtecas, los metieron en la ciudad y los honraron y dieron muy bien todo lo que

auian menester, y los vistieron de mantas y bragueros, y hecho lo que con ellos se podia hacer, los mexicanos mandaron lo que en adelante auian de tributar, conviene á saber: mantas de á veinte brazas, piedras blancas y coloradas, doblado oro y cacao, y plumas excelentes y cueros blancos preciados. Los pobres cuetlaxtecas lo reciuieron mostrando buen semblante y voluntad.

Oydo por los de Tlaxcala cómo los mexicanos auian desbaratado á los cuetlaxtecas con toda su prouincia, cesaron de hacer sus gentes y estuvieronse quedos. Los mexicanos salieron de aquellas prouincias y vinieron á la ciudad de México, y puestos ante su rey le besaron las manos y dixeron cómo toda aquella prouincia quedaua á su seruicio quieta y sujeta con los tributos doblados, como lo auia mandado, y dixéronle cómo los prencipales quedauan presos y que los maceguales pedian justicia contra ellos, porque ellos solos, por consejo de los tlaxcaltecas, auian sido los autores de aquella rebelion, y que la gente particular y comun no auia sido sauidora de tal hecho, y que los señores auian sido incitados por los tlaxcaltecas, prometiéndoles que les darian favor, y ellos, creyéndolos y confiándose dellos y de su favor, auian hecho aquel mal hecho de matar á los señores y mensajeros reales, negándole los tributos que les deuian como á verdaderos señores, los quales tributos salian dellos y no de los señores y que los maltratauan y tiraniçauan con mucha crueldad haciéndoles grandes injurias y poniéndoles excesivos tributos, y que todo su oficio era comer y beber á costa del comun, jugar y olgar y placeres y pasatiempos muy ordinarios, y que aquella mala costumbre seria mala de olvidar; que le suplicauan y pedian les hiciese justicia en que fuesen muertos.

Monteçuma se voluió *aciauacoatl, Tlacuelel,*[1] que le auia puesto por renombre y grandeça aquel nuevo ditado que ¿qué le parecia, si se haria justicia de aquellos principales? porque, como eran señores y semejança de los dioses, si se ofenderian en ello ó cometerian algun sacrilegio. *Tlacaelel* respondió que aquellos se auian reuelado contra el supremo dios y su semejança y que así

1 Así en la copia y seguramente en el original, por descuido de pluma. Su lectura propia es, á *Ciuacoatl Tlacaelel.*—*Cihuacoatl* era el título de una dignidad suprema en la milicia y en la administracion de justicia. De sus sentencias solo podia apelarse para ante el rey.

merecian castigo: que los maceguales pedian justicia y que no se les podia negar; y así mandó *Monteçuma* que los degollasen cortándoles el pescueço por detras y no por la garganta, para el qual efecto y execucion de justicia, enviaron á *Cuaunochtli* y á *Tlilancalqui*, QUE ERAN de los mayores oydores del consejo supremo, para que executasen aquella justicia, y así fueron estos dos señores á Cuetlaxtla y executaron esta justicia degollándolos ellos mesmos con unas espadas de nauaja por el çeruiguillo, con lo qual los maceguales quedaron muy contentos, y luego elixieron otros nuevos señores y juntamente los pusieron un gouernador mexicano que tuviese quenta de sustentar aquella gente en justicia y los amparase y cobrase los tributos y los enviase á México, y con esto se voluieron los ejecutores de aquella justicia á México y dixeron á su señor cómo la execucion quedaua hecha y todo muy quieto, sosegado y puestos señores de nuevo, muy á la voluntad de la república, y juntamente puesto un gouernador mexicano, del mesmo nombre del muerto, para que tuviese cuenta con amparar á los yndios de los agrauios que sus señores les hiciesen y para traer los tributos que eran obligados á dar. *Monteçuma* les dixo, seays muy bien venidos, descansá y aué placer.

Desde á pocos dias vinieron los de Cuetlaxtla á traer su tributo, así el reçagado como el presente, y truxeron muchas riqueças y lindeça de oro, plata, joyas, plumas, piedras, cueros, ropa, culebras gruesas y terribles, cacao, algodon, pescado de muchos géneros de lo que en aquella costa se mata y todo lo que se les auia mandado. Despues de auer ofrecido su tributo ante el rey, le hicieron su plática diciendo: señor, ves aquí lo que con el sudor de tu rostro y fuerça de tu braço as ganado y esta es la racion del dios *Vitzilopochtli* y tambien la merced de tus vasallos, pues lo ganan con la sangre salida de su cuerpo; y pues los que se mostraron contrarios á la corona real deste pueblo ya son muertos, no por eso dexaremos de venirte á seruir con lo que tuviéremos, pues ya ellos no tienen que ver con nosotros ni ellos dauan lo que aquí te damos, sino nosotros, y te lo daremos sin ellos hasta la muerte. *Monteçuma* se lo agradeció, y saliendo de la presencia del rey fuéronse al templo, y allí llegando ante la imágen de *Vitzilopochtli* puestos en colochi-

llas,[1] tomaron con el dedo de la tierra santa y comiéronla y luego ofrecieron delante del ydolo gran ofrenda de mantas de á veinte braças y de plumas y de algodon, y luego joyas y piedras ricas blancas y coloradas y tomaron algunas de aquellas culebras que traian gruesas y haciéndolas troços las sacrificaron allí. Hecha la ofrenda y oracion luego voluieron á la casa real y fueron muy honradamente aposentados y dado todo lo que uvieron menester, y luego vestidos de muy ricas mantas y ciñidores. El rey les dixo: hijos cuetlaxtecas, mirá que os tengo en mucho y os amo entrañablemente: estaos quietos y sosegados y no admitais dichos de los tlaxcaltecas, y si ellos quisieren alguna cosa aquí estamos; vengan ellos á pedir lo que quisieren y mirá que os engañan en aconsejaros y prometeros ayuda; y para que lo creais mirá si os ayudaron ó favorecieron. Los cuetlaxtecas se lo agradecieron y partieron muy alegres y contentos de México para su ciudad.

Idos los cuetlaxtecas, el rey mandó llamar á todos los principales de los que auian ydo á la guerra, los mas valerosos y grandes señores, y repartióles todos los esclauos, dando á cada uno, uno y una manta de las de á diez braças y repartiéndoles de todo lo que le auian traido, ecepto piedras, ni plumas, ni coronas de oro, porque aquello no se repartia sino entre el rey y *Tlacaelel* y se guardaua lo demas en los tesoros y hacienda Real. Al rey le cupieron de su parte quince esclauos, y á *Tlacaelel* cinco, con lo qual todos quedaron muy contentos y satisfechos, entregándose todo lo que sobró al tesoro real.

1 Así en el original, segun el Sr. Vera; mas debe decir "en cuclillas."—Esta era la postura de respeto entre los mexicanos, equivalente á nuestra genuflexion.

CAPÍTULO XXV.

De los grandes tributos y riqueças que entrauan en México de las prouincias y ciudades, que por via de guerra auian subjetado.

(La historia mexicana) hace en este lugar una digresion y particular memoria de los grandes tributos y riqueçás que entrauan en la ciudad de México y con que seruian á los que con su trauajo y sudor iban á las guerras y derramauan su sangre por el aumento de sus personas y por honra de su rey y defensa de su patria, y hace particular memoria de los que, como principales causas del engrandecimiento de su república y de auer sujetado tantas ciudades y prouincias y tantos géneros de gentes y naciones, como valerosos y valientes capitanes, eran DE estos tributos Reales participantes, y nómbralos por sus nombres, por la grandeça de sus hechos como en Francia los doze pares ó como en España el Cid Bernardo del Carpio, el conde de Fernan Gonçales, Diego García de Paredes, ó otros valientes y valerosos varones de cuya destreça y valentía están las escrituras llenas; á la mesma manera la ystoria quenta y dice los valerosos varones que por grandeça y valentía y por los grandes y eçesibos trauajos que padecieron y sufrieron en ganar y sujetar á Azcaputzalco, á Cuyuacan, la prouincia de Xuchimilco, á Cuitlauac, á Culhuacan, á Chalco y á la prouincia de Tezcuco, á Tepeaca y á Auiliçapan y á Cuetlaxtlan con toda su prouincia y á Coaixtlauacan y toda la prouincia mizteca, la prouincia de Poctla, Guaxaca, Tecuantepeque, Xoconochco y Xolotla, Amaxtlaixochtla, Ixhuatlan, Cuextlan, Tziuhcoac, Toçapan, Tochpan, Matlatzinco, Tuluca, Maçahuacan, Xocotitlan y Chiapan, Xiquipilco, Cuauhuacan, Cillan, todos estos pueblos y prouincias y ciudades populosas vencieron y desbarataron los valerosos varones que aquí nombraré que son el gran *Tlacaelel*, *Cuatleuatl*, *Tlacahuepan*, *Tla-*

tolçaca, Epcouatl, Tzonpantli, Veue Monteçuma, Veueçaca, Citlalcoatl, Aztacoatl, Axicyo, Cuautzitzimitl, Xiconoc, por cuya causa fué México engrandecido y temido y reuerenciado y el nombre mexicano seruido y acatado, y estos empeçaron y dieron principio á las guerras para ser subidos, [1] como lo fueron, y á quien dauan grandes riquezas y tributos; conviene á sauer, gran cantidad de oro, así en polvo como en joyas, gran cantidad de piedras verdes de hijada y de piedras de cristal y cornerinas y de sangre, piedras de ambar y de mill géneros de piedras A que aquesta gente es aficionada en gran manera; y así su principal ydolatría siempre se fundó en adorar estas piedras juntamente con las plumas á las quales llamauan "sombra de los dioses," y destas plumas tributaban gran cantidad de todo género de plumas de todas colores, verdes, açules, coloradas, amarillas, moradas, blancas y entreueradas, cacao sin número, algodon, grandísima cantidad de fardos, así de lo blanco como de lo amarillo, mantas, quera cosa despanto; de ellas de á veinte braças, dellas de á diez, dellas de á cinco y á quatro y á dos braças, conforme á como cada prouincia podia; mantas de señores riquísimas, de diferentes labores y hechuras, tan ricas y tan vistosas que unas tenian grandes açanefas labradas de colores y plumería, otras grandes descudos, otras tenian caueças de sierpes, otras de leones, otras de figura del sol, otras tenian pintadas calauernas, çebratanas, ydolos, todos labradas de ylo de diuersas colores y matiçadas de plumas de patos y anzarones, de la pluma menudita y muelle, muy vistosas y curiosas, [3] porque aunque en esta tierra no tenian seda, en la ropa de algodon, labrada y pintada, uvo gran curiosidad y lindeça, pulideça y galanía; juntamente las mantas de nequen que los chichimecas tributaban, delicadísimamente labradas y pintadas de colores, en ellas escudos con águilas doradas y con otras mill armas, y deuisas en ellas, y destas muchas y gran cantidad; pájaros vivos tributaban estas naciones á los mexicanos de los mas preciados y de ricas plumas, unos verdes, otros colorados, otros açules, papagayos grandes y chicos, y de todo gé-

1 Es decir, "ascendidos á puestos honoríficos."
2 Es decir, de las mantas, las unas de 20 brazas, etc.
3 La labor de la manta era un distintivo de la calidad y rango oficial de la persona.

nero de aues galanas y pintadas águilas, buarros, gauilanes, cernícalos, cuervos, garzas, ánzares, anzarones grandes, animales campesinos de todo género, dellos les tributaban leones, tigres vivos y gatos monteses, de todo género de animales brauos los trayan en jaulas; pues culebras grandes y chicas ponçoñosas y no ponçoñosas, brabas y mansas, era cosa de ver los géneros de culebras y sauandijas que tributaban en ollas, hasta ciento piés, alacranes, arañas, les hacian tributar, haciéndose señores de todo lo criado y que todo era suyo y les perteneçia, pues los de la costa, nenguna cosa de concha cria la mar que no la traygan de tributo, veneras, caracoles grandes y chicos, guesos curiosos de pescados, conchas de galápagos, tortugas chicas y grandes, piedras de la mar, perlas y ámbares y berruecos, colores de almagra, de amarillo, de verde, de açul, morado, y presado[1] de todo género de colores gran,[2] alumbre *nacazcolotl çacatlaxcatli*, que son unas yerbas de que hacen color, asije brasil.[3]

Tributauan de otras prouincias xíçaras, hondas grandes y chicas, unas llanas, otras labradas, otras doradas y pintadas de ricas y curiosas pinturas, que hasta el dia de oy turan y las ay muy curiosamente labradas; tributauan otras xícaras grandes y llanas, que las tenian como acá tenemos las fuentes de plata ó platos grandes para sacar la comida á la mesa y para dar agua manos; daban tambien unas xícaras con sus asas muy curiosas como caldaretas; en fin tributauan de todo género destas xícaras grandes y medianas y chicas y mas chicas de diferentes hechuras y maneras y modos y colores: otros tributauan ropas de mugeres, de camisas y naguas, tan curiosas y galanas como á su modo se podian hacer, llenas de anchas[4] açenefas muy curiosamente labradas de diuersas colores y pinturas y plumería en los pechos, anchas; armas[5] pintadas con

1 *Presada:* color verde entre oscuro y claro. (Dic. cast.)

2 Así en la copia; probablemente—"grana."

3 Así en el original. (Nota del Sr. Vera.) El Diccionario castellano de 1783 dice que *acije* es lo mismo que *aceche*, y este el nombre de una tierra con que se hace tinta para escribir, llamada tambien *tierra de Sevilla.*—Segun el Diccionario de Terreros es "una tierra negra de que se hace tinta."—El Diccionario vulgar le da por sinónimo la *caparrosa*. Segun estas nociones, la lectura propia será—"acije y brasil."

4 Tal vez—"muchas."

5 Esto es, armaduras.

ylo de colores y á las espaldas en otras ponian rosas labradas, en otras águilas ymperiales, otras quaxadas de flores labradas, tan matiçadas de plumería que era contento vellas: naguas riquísimas de precio y valor texidas curiosamente y con excelentes artificios, la cual ropa se gastaua en las señoras y mugeres de los señores y grandes. Auia otra diferencia de ropa mugeril que tambien tributauan, y era toda blanca, la qual seruia para las mugeres moças y viejas que seruian en los templos: otra diferencia de ropa mugeril auia que era de nequen, con que seruian las seruiciales de casa y á estas se repartian.

De otras prouincias trayan de tributo esteras de diferentes maneras y pinturas, de palma unas, otras de juncos marinos, otras de unas pajas anchas y muy relumbrantes, otras esteras de cañas, otras de juncos de la laguna: juntamente tributauan asentaderos de la mesma materia que las esteras y espaldares, muy pintados y muy galanamente obrados. De otras prouincias tributauan maiz y frisoles y chia, uauhtli, chile de diferentes especies y maneras que ay dello y se cria en esta tierra, que á ellos les sirue para diferentes modos y maneras de guisados que guisan, con lo qual los diferencian y nombran. Tributaban cantidad de pepitas de calabaças: de otras partes tributauan leña, cortezas de árboles, ques leña de señores por la hermosa brasa que hace, y tambien tributauan gran cantidad de carbon, y esto tributauan todos los pueblos que tenian montes: otros pueblos tributaban piedra, cal, madera de tablas y vigas para edificar sus casas y templos: de otros lugares y prouincias trayan venados y conejos, codornices, dellos frescos dellos en barbacoa: tributaban topos, comadrejas, ratones grandes, que nosotros llamamos ratos, que se crian en los montes. Tributaban langostas tostadas y hormigas destas grandes que crian alas, y cigarras grandes, chicharras y de todas las sauandijas que cria la tierra: tambien los que tenian lagunas tributauan de todo cuanto cria la laguna, hasta lama y mosca que andan por encima della, hasta aradores del agua y gusanillos, pues en los pueblos que auia frutas, como era en la tierra caliente, tributauan de todos cuantos géneros de fruta ay en aquellas prouincias, piñas, plátanos, anonas, mameis, de otros mill géneros de çapotes y golosinas que en aquellas pro-

vincias se crian de guayauas, peruétanos, çapotes amarillos y negros y blancos, aguacates, batatas de dos y tres géneros: tributauan destas prouincias todos los dias desta vida grandes cargas de rosas hechas y adereçadas de mill diferencias de rosas, porque las ay en esta tierra caliente muchas y muy olorosas, unas mejores que otras de delicado olor: juntamente trayan de los árboles destas rosas con sus raices para plantar en las casas de los señores, y esto todo era tributo no mas de para mostrar la grandeza y autoridad mexicana y para llamarse y ser tenidos por señores de todo lo criado, así en el agua como en la tierra.

Esto es quanto á lo que tocaua y á lo que pertenecia al vestido y comida, pero auia prouincias que tributauan armas de algodon, muy bien estofadas y colchadas, tan tupidas que una flecha ni una vara arrojadiza no la pasaba; rodelas de varas tostadas, tan recias y tan tupidas que un espada no les hacia nenguna mella: estas rodelas por la haz eran muy galanas de plumería de todas colores, en ellas pintadas de la mesma pluma y de chapas de oro bruñido; muy galanas armas y reseñas de hechos antiguos y de ydolos y de sus señores antiguos, que aun el dia de oy las usan y las guardan para memoria de sus antiguallas y hechos pasados y [1] señores: tributauan arcos grandes y gruesos, flechas de diuersos géneros y maneras; tributauan piedras redondas muy bien labradas para las hondas y hondas de nequen sin número, nauajas blancas y negras para espadas, pedernales para puntas de flechas y dardos, en fin, imagínese todo lo que se puede imaginar que en esta tierra podrá auer, que tanto se tributaba á México, hasta panales de miel y las mesmas abejas en sus colmenas, grandes cántaros de miel blanca y de esotra prieta, resina de los árboles, tea para alumbrar, tizne para tiznarse y embijarse, y las prouincias que carecian de bastimentos, ropa y de todo lo dicho, tributauan moças, mochachas y mochachos, las quales repartian los señores entre sí, y aquellas llamauan esclauas, y así casi todas las tomauan por mancebas y éstas parian, y son los hijos de esclauos que algunos dicen. En sus pleytos y pretensiones, cuando mas no pueden, salen y acotan con decir era

1 Parece que faltan aquí algunas palabras, tales como las de—"gloria, fama, etc., de sus"

hijo de esclaua, y son los que parian estas mancebas que tributauan algunos pueblos antiguamente.

Todos estos tributos que aquí e contado y muchas cosas mas que (la ystoria) pone así en confuso debaxo de una generalidad, que incluye y cifra todas las cosas criadas, tributauan las prouincias, ciudades, villas y pueblos de la tierra al rey de México, y la causa que pone para que oviese obligacion de tributar dice de esta manera: tributaban las prouincias todas de la tierra, pueblos, villas y lugares, despues de ser vencidos y sujetados por guerra y compelidos por ella por causa de que los valerosos mexicanos tuviesen por bien de baxar las espadas y rodelas, y cesasen de los matar á ellos y á los viejos y viejas y niños por redemir sus vidas y por euitar la destruicion de sus pueblos y menoscauos de sus haciendas. A esta causa se dauan por sieruos y vasallos de los mexicanos y les tributauan de todas las cosas criadas debaxo del cielo, de oro, plata, joyas, piedras, plumas, armas, mantas, cacao, algodon, maiz, frisoles, uauhtli, pepitas, chile de todo género, harina de todas semillas, petates, asentaderos, leña, carbon, loça de tódo género, cotaras, piedras, madera, cal, caça de todo género, gallinas, volatería, águilas, leones, tigres, gatos monteses, de todo género de animales bravos y domésticos, cueros de animales curados y ricos, culebras grandes y chicas, bravas y mansas, pescados frescós y en barbacoa, de todo tanta cantidad, que no faltaua dia desta vida que no entraua en la ciudad de México gente forastera con gran cantidad de todas estas cosas, así de prouision como de riqueça para el rey y para los grandes señores, lo qual ganaron con su sudor y trauaxo y con la fuerza de su pecho y de su caueça y braço, sujetando todas las naciones y trayéndolas en perpetua esclavonía y seruidumbre; el qual exereicio y oficio les dexó el dios *Vitzilopochtli*, prometiéndoles su fauor y ayuda.

Viéndose *Monteçuma* tan gran señor y la ciudad de México tan rica y próspera, tan aumentada y tan llena de bienes y tan acompañada de caualleros y grandes señores, tan llena de gente, así dé forasteros como de domésticos y ciudadanos della, que ya no cauian, y que se hacian algunos insultos y agrauios y que no se guardaua aquella pulicía que era raçon, determinó de poner leyes

y premáticas y mandatos muy rigurosos para que todos viuiesen en su estado como era raçon vivir con el decor y buen modo, régimen y concierto que á tan gran ciudad, tan rica y tan populosa pertenecia, y tambien para que á la autoridad Real de su persona se tuviese aquel respeto y reverencia que se deuia y á los grandes de su reyno, para que fuesen conocidos y respetados por tales; para lo qual ordenó lo que EN el capítulo que sigue diré.

CAPÍTULO XXVI.

De las leyes y ordenanças, premáticas y otros mandatos que el Rey *Monteçuma*, primero de este nombre, puso en la ciudad de México.

Aunque la corte real de México estaua en pulicía, órden y concierto, y se vivia con gran criança y temor y con gran cuidado de que no uviese males ni desórden, quiso y fué la voluntad del rey que uviese ordenanças y leyes y premáticas particulares por donde los demas reyes se rigiesen y gouernasen, dexando ordenado lo que en adelante se auia de guardar, las condiciones y maneras de vivir que cada uno en su estado auia de guardar y cumplir, ordenando su república quanto mejor fué posible, conforme á sus antiguas costumbres; y para mejor ordenar esto tuvo su consejo con los grandes de su corte, ó por mejor decir, hiço cortes y junta general de todos los grandes de su reyno y de todas las prouincias comarcanas, con los quales se ordenó la onra, el respeto, el temor, la reuerencia que se auia de tener á los reyes y luego á los grandes señores, que fué ordenar los adorasen por dioses y los tuviesen por tales.

Y así, lo primero que se ordenó, fué que los reyes nunca saliesen en público, sino á cosas muy necesarias y forçosas: que solo el rey se pusiese corona de oro en la caueça, en la ciudad, y que en la guerra, todos los grandes señores y valientes capitanes se la pudiesen todos poner, y fuera de allí, no; los quales en la guerra representauan la persona real, y así podian en la guerra ponerse co-

ronas de oro y ynsinias Reales. Ordenóse que solo el rey y su coadjutor *Tlacaelel* pudiese traer çapatos en la casa Real y que ningun grande entrase calçado en palacio, so pena de la vida, y solo ellos pudiesen traer çapatos por la ciudad, y ningun otro, so pena de la vida, ecepto los que uviesen hecho alguna valentía en la guerra, á los quales, por su valor y señal de valientes, les pudiesen permitir á traer unas sandalias de las muy comunes y baladies, porque las doradas y pintadas solo los grandes las podian traer. Tambien se determinó que solo el rey pudiese traer las mantas galanas de labores y pinturas de algodon y hilo de diuersos colores y plumería, doradas y labradas con diuersas labores y pinturas y diferenciallas quando á él le pareciese, sin auer ecepcion en traer y usar las mantas quel quisiese; y los grandes señores, que eran hasta doce, las mantas de tal y tal labor y hechura, y los de menos valía, como uviese hecho tal ó tal valentía ó açaña, otras diferentes; los soldados, de otra menos labor y hechura, no pudiendo usar de otra preciosa labor ni diferencia, mas de aquella que allí se le señalaba con sus ceñidores y bragueros, que aludian y seguian la hechura de la manta que le era permitida. Toda la demas gente, so pena de la vida, salió determinado que nenguno usase de algodon ni se pusiese otras mantas sino de nequen, y questas mantas no pasasen mas de quanto cubriesen la rodilla, y si alguno la trujese que llegase á la garganta del pié, fuese muerto, saluo si no tuviese alguna señal en las piernas de herida que en la guerra le uviesen dado; y así, quando topaban alguno que traia la manta mas larga de lo que la premática ordenaba, luego le miraban las piernas si tenia alguna señal de herida que en la guerra le uviesen dado y no hallándosela le mataban, y si la tenia le dexauan y se la permitian para cubrir la ferida que por valiente le auian dado en las piernas, y decian, que pues no huyó el pié á la espada, que era justo con aquella la galardonasen y fuesen aquellas piernas onradas.

Salió ordenado que ninguno fuese osado á edificar casa con altos, sino solo los grandes señores y valientes capitanes, so pena de la vida, y que nenguno osase poner xacales puntiagudos ni chatos ni redondos en sus casas, sino solo los grandes señores, so pena

de la vida, porque aquellos eran particular grandeça y merced de los señores, concedida de lo alto por los dioses á solo ellos. Salió determinado que solo los grandes señores pudiesen usar de beçotes[1] de oro y de piedras preciosas y de orejeras y nariceras de oro y de piedras ricas, y no otros, ecepto que los valientes hombres, capitanes y soldados de valor y estima podian traer beçotes y orejeras y nariceras de hueso, ó de palo, ó de otra materia baxa y no preciosa. Iten, que solo el rey y los reyes de las prouincias y grandes señores pudiesen usar de braçaletes de oro y de calcetas de oro á las gargantas de los piés, y ponerse en los bailes cascabeles de oro á los pies y guirnaldas y cintas de oro á la caueça con plumas, á la manera quellos quixesen y no otros: á estos les fué concedido sacar cadenas de oro al cuello y joyeles de oro y piedras de rica hechura y usar de piedras quellos llaman *thalchiuites*[2] y no otros. A los demas valientes hombres, que no entrauan en el número de los grandes señores, les dauan licencia para usar de guirnaldas baladies y para ponerse plumas de águila en la caueça y de guacamayas y de otras plumas bastas y baladies y para ponerse collares de huesos, como eran de caracoles pequeñitos, de veneras pequeñitas y de guecisuelos de culebras y de piedrecillas baladies, las quales pulian y pintauan y labrauan de tal suerte, que parecian muy bien y estauan muy galanas.

Salió ordenado que en la casa Real uviese diversas salas donde se juntasen diferentes estados de gentes, y que, so pena de la vida, ninguno fuese osado á entrar ni revoluerse con los grandes señores, sino que cada uno acudiese á la sala de los de su igual: ordenose que uviese justicias á quien acudiesen EN los pleitos y quejas y agrauios. Despues de los oydores, que eran del supremo consejo, ordenaron que uviese alcaldes de corte y alcaldes ordinarios, corregidores y alguaciles y regidores, y que ninguno destos pudiesen sentenciar á muerte sin dar parte al rey, el qual auia de dar la sentencia de que muriese ó no; que hasta en esto quixeron ser como dioses. Ordenaron que uviese en todos los barrios escuelas y reco-

1 Véase la nota de la pág. 154.

2 Parece que debe decir *Chalchihuites*, nombre de una piedra fina verde (*Chalchihuitl*), mas estimada de los mexicanos que aun el oro.

ximientos de manceuos donde se exercitasen en religion y buena criança, en penitencia y aspereça y en buenas costumbres y en exercicios de guerra y en trauajos corporales, en ayunos y en disciplinas y en sacrificarse,[1] en velar de noche y que uviese maestros y hombres ancianos que los reprendiesen y corrigiesen y castigasen y mandasen y ocupasen en cosas de ordinarios exercicios y que no los dexasen estar ociosos, ni perder tiempo, y que todos estos moços guardasen castidad, con grandísimo rigor, so pena de la vida.

Tambien pusieron rigurosa ley á los adulteros, que fuesen apedreados y echados en los rios ó á las auras; á los ladrones que fuesen vendidos por el precio del hurto que hiciese, eçepto si el hurto era graue y muchas veçes cometido, porque los tales tenian pena de muerte. Dieron grandes previlegios y eçenciones á los que quisiesen seguir la religion y á los templos de los dioses, y á los sacerdotes grandes preminencias y autoridad y reverencia, y dice la ystoria en este lugar, que este *Monteçuma*, primero de este nombre, quedó tan glorioso y tan pujante y tan contento[2] señorío y en tanta opinion de los hombres, por tan discretas leyes y ordenanças, que lo tenian mas por hombre diuino que humano, y decian que aquello que auia ordenado auia sido mas ordenacion de los dioses que no de hombre de la tierra, pues auia causado tanto bien en aquella república y en todas las demas, pues luego se pregonó aquel edito y mandato por todas las prouincias y ciudades, villas y lugares, para que se guardasen y cumpliesen sin ninguna violacion, como cosas maravillosas y necesarias á la conservacion de todas las Repúblicas, como centellas salidas del diuino fuego que el gran Rey *Monteçuma* TENIA sembradas en su pecho para la entera salud de su reyno, como las medicinas, que dadas en tiempo y saçon, hacen gran provecho á los cuerpos humanos y son causa de su salud por entero, como lo son las leyes bien ordenadas para la conservacion de las repúblicas.

1 Esto es, en hacer ásperas penitencias, punzándose con espinas de maguey, hasta hacer brotar la sangre.

2 Así en la copia; mas parece que debe decir "con tanto."

CAPÍTULO XXVII.

De cómo viéndose el rey *Monteçuma* primero en tanta gloria y magestad, envió á buscar el lugar de donde sus antepasados auian venido, y á ver las siete cuevas en que auian morado y auitado, y de los grandes presentes que envió para que ofreciesen allí y los diesen á los que allí allasen.

Despues de lo suso dicho cuenta la ystoria que viéndose *Monteçuma* tan gran señor y en tanta gloria y con tantas riqueças, que determinó de inviar á saber en qué lugares auian auitado sus antepasados y qué forma tenian aquellas siete cuevas, de que la relacion de sus ystorias hacian tan particular memoria, y para esto mandó llamar á *Tlacaelel* y díxole: determinado e de juntar mis valientes hombres y enviallos muy bien adereçados y aperceuidos con gran parte de las riqueças que el Dios de lo criado y Señor por quien vivimos, del dia y de la noche, nos a comunicado para que las ofrezcan allí y las den á los que hallaren en aquellos lugares; y tambien tenemos noticia que la madre de nuestro dios *Vitzilopochtli* quedó viva; podria ser que lo fuese todavía, y ASI ofrecelle y an [1] lo que lleuasen y decilla y an que goçase de lo que su hijo auia ganado con la fuerça de su braço y pecho y con la fuerça de su caueça.

Tlacaelel respondió: poderoso Señor: no es gouernado y mouido tu real pecho por tu propio motivo, ni se mueve tu corazon por negocios humanos, sino, sin ninguna duda, por alguna deidad eterna, causa de todo bien en esta naturaleça criada, por cuya prouidencia, sapientísimo Señor, te mueves á querer emprender una cosa tan grande, á lo qual te quiero responder, y perdóname que parece que siempre te quiero sobre pujar con mis raçones: has de saber, gran Señor, que esto que quieres hacer y determinas, no es para hombres de fuerça ni valentía, ni depende de destreça en ar-

1 Es decir, "han de ofrendarle, ó le ofrendarán."

mas para que envies gente de guerra, ni capitanes con estruendo, ni aparato de guerra, pues no van á conquistar, sino á saber y ver donde auitaron y moraron nuestros padres y antepasados y el lugar donde nació nuestro dios *Vitzilopochtli;* y para esto antes auias de buscar bruxos ó encantadores y hechiceros que con sus encantamientos y hechicerías descubriesen estos lugares, porque segun nuestras ystorias cuentan, ya aquel lugar está ciego con grandes xarales, muy espinosos y espesos, y con grandes breñales, y que todo está cubierto de grandes médanos y lagunas, y que está cubierto de espesos carriçales y cañauerales, y que será imposible hallalla, si no es por gran ventura; por tanto, tomá, señor, mi consejo y parecer, y buscá esta gente que te digo, quellos irán y la descubrirán y te traerán nuevas della, porque aunque nuestros padres y aguelos la auitaron, estaua muy viciosa[1] y amena y muy deleitosa, donde tuvieron todo descanso y donde vivian mucho, sin tornarse viejos ni cansarse, ni tener de ninguna cosa necesidad; pero despues que de allí salieron todo se volvió espinas y abrojos, las piedras se volvieron puntiagudas para lastimallos y las yeruas picaban, los árboles SE HICIERON espinosos: todo se volvió contra ellos para que no supiesen ni pudiesen volver allá.

Monteçuma, viendo el buen consejo de *Tlacaelel,* acordó de llamar al ystoriador Real, que se llamaua *Çuauhcoatl,*[2] viejo de muchos años, y venido ante él, le dixo: padre anciano: mucho querría sauer qué memoria tienes en tu ystoria de las siete cuevas donde auitaron nuestros antepasados padres y aguelos, y qué lugar es aquel donde auitó nuestro dios *Vitzilopochtli* y de donde sacó á nuestros padres. Respondió *Cuauhcoatl:* poderoso Señor: lo que yo, tu indigno siervo, sé de lo que me preguntas, es que nuestros padres moraron en aquel felice y dichoso lugar que llamaron *Aztlan,* que quiere decir blancura: en este lugar ay un gran cerro, en medio del agua, que llamauan *Culhuacan,* porque tiene la punta algo retuerta hácia abaxo, y á esta causa se llama *Culhuacan,* que quiere decir. "cerro tuerto."[3] En este cerro auia unas bocas ó cue-

1 Asi en el original; mas parece deberia decir "vistosa." (Nota del Sr. Vera.)
Léase *Cuauhcoatl.*
3 Es decir, "torcido, ó encorvado.

vas y concauidades donde auitaron nuestros padres y aguelos por muchos años: allí tuvieron mucho descanso, debaxo deste nombre *Mexitin* y *Azteca:* allí goçauan de mucha cantidad de patos de todo género, de garças, de cuervos marinos y gallinas de agua y de gallaretas; goçauan del canto y melodía de los paxaritos de las caueças coloradas y amarillas, goçaron de muchas diferencias de hermosos y grandes pescados; goçaron de gran frescura de arboledas que auia por aquellas riberas, y de fuentes cercadas de sauces y de sauinas, y de alisos grandes y hermosos: andauan en canoas y hacian camellones en que sembrauan maiz, chile, tomates, uauhtli, frisoles y de todo género de semillas de las que comemos y acá truxeron; pero despues que salieron de allí á la tierra firme y dexaron aquel deleitoso lugar, todo se volvió contra ellos: las yeruas mordian, las piedras picauan, los campos estauan llenos de abrojos y de espinas, y allaron grandes xarales y espinos, que no podian pasar, ni auia donde asentarse, ni donde descansar: todo lo allaron lleno de víboras y culebras y de sauandijas ponçoñosas y de leones y tigres y otros animales que les eran perjudiciales y dañosos, y esto es lo que dexaron dicho nuestros antepasados y en mis historias antiguas tengo escrito, y esta es la relacion que de lo que me preguntas, poderoso rey, te puedo dar.

El rey respondió que así era verdad, porque *Tlacaelel* daua aquella relacion mesma, y así mandó luego que llamasen y buscasen por todas las prouincias á todos los encantadores y hechiceros que pudiesen hallar, y fueron traydos ante él sesenta hombres que sauian de aquella arte mágica, ya gente anciana, y díxoles: padres ancianos: yo e determinado de sauer dónde es el lugar de donde salieron los mexicanos y qué tierra es aquella y quién la auita, y si es viva la madre de nuestro dios *Vitzilopochtli;* por tanto, apercibíos á ir allá con la mejor forma que pudiéredes y lo mas breue que ser pueda; y mandó luego sacar gran cantidad de mantas, de todo género dellas, y de vestiduras de muger y de piedras ricas de oro y joyas muy preciosas, mucho cacao y teonacaztli, algodon, rosas de vainillas negras, muchas en cantidad, y plumas de mucha hermosura, las mejores y mas grandes; en fin, de todas las riqueças de sus tesoros, lo mejor y mas precioso, y entregalos á aquellos hechi-

ceros, dándoles á ellos sus mantas y paga para que lo hiciesen con mas cuidado, con mucha comida para el camino.

Ellos partieron, y llegados á un cerro que se dice *Coatepec*, que está en la prouincia de Tulla, allí todos juntos hicieron sus cercos y invocaciones al demonio, embijándose con aquellos ungüentos que para esto los semejantes suelen hacer, y oy en dia usan, porque ay grandes bruxos entre ellos y yndios endemoñiados. Diranme, ¿pues cómo no se descubren? porque se encubren unos á otros y se guardan de nosotros mas que nacion en el mundo, y es que en nada no se fian de nosotros, y así están los delitos encubiertos de nosotros y secretos entre ellos, que por marauilla se alcança alguna cosa, y si alguna cosa acaso sabemos, luego no falta quien solicita solapallo y que se calle. Así que, en aquel cerro invocaron al demonio, al qual le suplicaron les mostrase aquel lugar donde sus antepasados vivieron; el demonio, forçado por aquellos conjuros y ruegos, y ellos voluiéndose en forma de aues unos, y otros en forma de bestias fieras, de leones, tigres, adibes, gatos espantosos, llevolos el demonio á ellos, y á todo lo que lleuauan, á aquel lugar donde sus antepasados auian auitado.

Llegados á una laguna grande, en medio de la qual estaua el cerro *Culhuacan*, puestos á la orilla tomaron la forma de hombres que antes tenian, y (cuenta la ystoria) que vieron alguna gente andar en canoas en pescas y en sus granjerías y que los llamaron. La gente de la tierra, como vió gente nueva y que hablaban su mesma lengua, llegáronse con las canoas á ver lo que querian y preguntáronles que de dónde eran y á qué venian. Ellos respondieron: señores: nosotros somos de México y somos inviados de nuestros señores á buscar el lugar á donde auitaron nuestros antepasados. Ellos les preguntaron ¿qué dios adorauan? Ellos dixeron que al gran *Vitzilopochtli*, y que el gran rey *Monteçuma* y su coadjutor *Tlacaelel* les auian mandado viniesen á buscar á la madre de *Vitzilopochtli*, que se llamaua *Coatlicue* y el lugar de donde salieron sus antepasados, que se llama Chicomoztoc, y que le traian cierto presente á la señora *Coatlicue*, si era viva, y sino á sus padres y ayos que la seruian. Ellos les mandaron esperar y fueron al ayo de la madre de *Vitzilopochtli* y dixéronle: señor venerable: unas gen-

tes an aportado á esta riuera, los quales dicen que son mexicanos y que los inviaron acá un gran señor que se dice *Monteçuma* y otro que se llama *Tlacaelel*, y que traen cierto presente y ofrenda para la madre de su dios *Vitzilopochtli* y que les fué mandado se lo diesen ellos propios. El anciano viejo les dixo: sean bien venidos: traeldos acá.

Luego volvieron con sus canoas y metiéndolos en ellas á ellos y á lo que lleuauan, los pasaron al cerro *Culhuacan*, el qual de la mitad arriba, dicen que es de una arena muy menuda, que no se puede subir por estar tan fofa y onda, y entrando en una casa quel viejo tenia al pié del cerro, saludáronle con mucha reuerencia y dixeron: venerable viejo y señor: aquí somos llegados tus sieruos al lugar donde es obedecida tu palabra y reuerenciado el anhelito de tu boca. Él les respondió: seais bien venidos, hijos mios: ¿quién os envió acá? Ellos dixeron: señor: envionos *Monteçuma* y su coadjutor *Tlacaelel*, que por sobre nombre tiene *Çiuacoatl*. El viejo dixo: ¿quién es *Monteçuma* y quién *Tlacaelel*? no fueron de acá tales nombres, porque los que de acá fueron SE LLAMABAN *Teçacatetl*, *Acacitli*, *Oçelopan*, *Ahatl*, *Xomimitl*, *Auexotl*, *Uicton*, *Tenoch*, y estos eran siete varones, y estos siete iban por caudillos de cada barrio. Sin estos fueron quatro ayos de *Vitzilopochtli*, marauillosos, los quales se llamauan *Cuauhtloquetzqui* y *Axoloua* y otros dos. Ellos le respondieron: señor: nosotros te confesaremos que no conocemos ya á esos señores, ni los vimos: ya no ay memoria desos que mientas, porque todos son ya muertos: oídolos emos mentar alguna vez. El viejo, espantado, respondió haciendo gran admiracion, ¡oh Señor de lo criado! ¿pues qué los mató?; por qué en este lugar todos somos vivos los quellos dexaron: nenguno se a muerto. ¿Pues quién son los que viven agora? dixo el viejo. Ellos le dixeron que los nietos de aquellos quel nombraua: preguntóles á quién tenia agora por padre y ayo el dios *Vitzilopochtli:* dixéronle que un gran sacerdote que se llamaua *Cuauhcoatl*, al qual hablaua y decia lo que queria y á quien reuelaua su voluntad. ¿Vísteslo vosotros, dixo el viejo, agora quando partites? ¿díxoos algo? Ellos respondieron que no, y que los que los añian inviado era el rey y su coadjutor, pero que él no les auia mandado ni dicho nada. Dixo el

viejo, pues ¿no auisará quándo a de volver? por acá dexó dicho á su madre que él volveria, y está la pobre hasta el dia de hoy en espera, tan triste y llorosa, que no ay quien la consuele. ¿No fuera bien que le viérades y le habláredes? Ellos respondieron: señor; nosotros hicimos lo que nuestros señores nos mandaron y traemos un presente á la gran señora y nos mandaron que la viésemos y la saludásemos y le diésemos á ella mesma de los despojos y riqueças de que su hijo goça. El viejo les dixo: pues tomá lo que traes y andá acá.

Ellos echáronse á cuestas el presente y fuéronse tras el viejo, el qual empeçó á subir por el cerro arriba con gran ligereça y sin pesadumbre: ellos IBAN tras él çahondando por la arena, con gran pesadumbre y trauajo. El viejo, voluiendo la caueça, vídolos que la arena les llegaua casi á la rodilla y que no podian subir, el qual les dixo: ¿qué aveis? ¿no subís? daos priesa. Ellos, queriéndole seguir, quedaron metidos y atascados en el arena hasta la cintura, y no pudiendo menearse, dieron voces al viejo, que iba con tanta presteça que parecia que no tocaua á la arena. El viejo voluió y dixo: ¿qué aueis auido, mexicanos? ¿qué os a hecho tan pesados? ¿qué comeis allá en vuestras tierras? Señor, comemos las viandas que allá se crian, y bebemos cacao. El viejo les respondió: esas comidas y bebidas os tienen, hijos, graues y pesados y no os dexan llegar á ver el lugar donde estuvieron vuestros padres y eso os a acarreado la muerte; y esas riqueças que trays no usamos acá dellas, sino de pobreça y llaneça, y así, daldo acá y estaos aí, que yo llamaré á la señora destas moradas, madre de *Vitzilopochtli*, para que la veais; y tomando una carga de aquellas en los hombros la subió como si lleuara una paja, y voluiendo por las otras, las subió con gran facilidad.

Acauado de subir todo lo que los mexicanos trayan, salió una muger, ya de grande edad segun mostraua en su aspecto, y la mas fea y sucia que se puede pensar ni imaginar: traya la cara tan llena de suciedad y negra, que parecia cosa del infierno, y llorando amargamente les dixo a los mexicanos: seais bien venidos, hijos mios: auis de sauer que despues que se fué vuestro dios y mi hijo *Vitzilopochtli*, deste lugar, estoy en llanto y tristeça esperando su tor-

nada, y desde aquel dia no me e lauado la cara, ni peynado mi caueça, ni mudado mi ropa, el qual luto y tristeça me turará hasta quel vuelva: ¿es verdad, hijos mios, que os inviaron los señores de aquellos siete barrios que lleuó de aquí mi hijo? Ellos alçando los ojos y viendo una muger tan abominable y fea, llenos de temor se le humillaron y dixeron: grande y poderosa señora: Á los señores de los *calpules* [1] no los vimos ni nos hablaron: el que nos envia acá es tu sieruo el rey *Monteçuma* y su coadjutor *Tlacaelel Ciuacoatl*, para que te viésemos y buscásemos el lugar donde auitaron sus antepasados, y mandáronos te besásemos de su parte las manos; que seas sauidora como el reyna agora y rige á la gran ciudad de México, y que sepas que no es él el primer Rey, que él es el quinto y quel primero que reynó fué llamado *Acamapichtli*, y el segundo *Vitziliuitl*, y el tercero *Chimalpopoca*, y el quarto *Itzcoatl*, y que yo, su indigno sieruo, soy el quinto y que me llamo *Veue Monteçuma*, y quedo muy a su seruicio; y que sepas que los quatro reyes pasados pasaron mucha hambre y pobreza y trauaxo, y que fueron tributarios de otras prouincias, pero que agora ya está la ciudad próspera y libre, y se han abierto ya y asegurado los caminos de la costa y de la mar y de toda la tierra, y que ya México es ya señora y princesa, caueça y reyna de todas las ciudades, pues todos están á su mandar, y que ya se an descubierto las minas de oro y de plata y de piedras preciosas, y que ya se a hallado la casa de las ricas plumas; y para que lo veas te invia esas cosas y presente, que son los bienes y riqueças de tu hijo marauilloso *Vitzilopochtli*, el cual con su braço y pecho, caueça y coraçon a adquirido, lo qual nos concedió el Señor de lo criado, del dia y de la noche, y con esto damos fin á nuestras raçones.

Ella les dixo, ya algo aplacada de su llanto, sea nora buena, hijos mios; yo se lo agradezco á esos mis hijos: decime, ¿son vivos los viejos que llevó de aquí mi hijo? Ellos le respondieron: señora, no son ya en el mundo; muertos son, y nosotros no los conozimos: no a quedado mas de su sombra y memoria. Ella tornó á su llanto, y dixo que los mató, [2] pues acá todos son vivos sus compa-

1 Dábase el nombre de *Calpul* á las habitaciones que circundaban el Templo mayor y tambien á los barrios de las poblaciones.
2 Parece debe decir, ¿quién los mató?

ñeros; y decime, hijos, esto que trais ¿es de comer? Ellos le dixeron: señora, dello se come y dellos se bebe: el cacao se bebe y lo demas se revuelve con ello, y algunas veces se come. Eso os tiene apesgados, hijos mios, y a sido causa de que no hayas podido subir acá: pero decíme, el traje de mi hijo ¿es de la manera que muestran estas mantas y plumas y riqueças? Ellos le dixeron, señora, sí; así se compone y adereça, y así se atauía con esas riqueças y galanías, porque es señor de todas ellas. Respondió *Coatlicue:* está muy bien, hijos; mi coraçon queda quieto, pero decilde que tenga lástima de mí y del gran trauajo que sin él paso: miradme qual estoy, en ayuno y penitencia, por su causa: ya saue que me dixo, quando se partia: madre mia, no me deterné mucho en dar la vuelta, no mas de quanto lleuo á estos siete barrios y los aposento en donde an de auitar y poblar aquella tierra que les es prometida; y auiéndolos asentado y poblado y consolado luego volueré y daré la vuelta, y esto será en cumpliéndose los años de mi peregrinacion y el tiempo que me está señalado, en el qual tiempo tengo de hacer guerra á todas las prouincias y ciudades, villas y lugares, y traellos y sujetallos á mi seruicio; pero por la mesma órden que yo los ganare, por esa mesma órden me los an de quitar y tornar á ganar gentes estrañas, y me an de echar de aquella tierra; entonces me vendré acá y me volueré á este lugar, porque aquellos que yo sujetare con mi espada y rodela, esos mesmos se an de voluer contra mí y an de empeçar desde mis piés a echarme caueça abaxo, y yo y mis armas irémos rodando por el suelo: entonces, madre mia, es cumplido mi tiempo y me volueré huyendo á vuestro regaço, y hasta entonces no hay que tener pena; pero lo que os suplico es que me deis dos pares de çapatos, los unos para ir y los otros para voluer, y dadme quatro pares,[1] dos para ir y dos para voluer; y yo le dixe: hijo mio, id norabuena, y mirá que no os detengais, sino que en cumpliendo ese tiempo que dezís, os vengais luego. Parézeme, hijos mios, que él se deue de allar bien allá y está,[2] se quedó y no se acuerda de la triste de su madre, ni la busca, ni hace caso della: por tanto, yo os mando que le digais

1 Así en la copia. Por la repeticion puede conjeturarse que falta algo en el texto.
2 Parece debe decir— "puesto que."

ques ya cumplido el tiempo, que se venga luego; y para que se acuerde que le deseo ver y que soy su madre, dalde esta manta de nequen y este braguero ó ciñidor de lo mesmo para que se ponga.

Ellos tomaron la manta y braguero y se voluieron á dencendir del cerro. Estando en la falda del empeçó la vieja á llamallos y decir, esperá aí y vereis como en esta tierra nunca envejecen los hombres: ¿veis á este mi ayo viejo? pues dexaldo dezendir y vereis, quando llegue allá á donde vosotros estais, qué moço llega. El viejo, muy viejo, empezó á dezendir, y mientras mas baxaba, mas moço se iba voluiendo, y quando llegó á ellos, llegó mancebo de veinte años, y díxoles: veisme mancebo; pues mirá lo que pasa: yo quiero tornar á subir, y no subiré mas de hasta la mitad del cerro y volueré de mas edad. Tornó á subir, y desde la mitad del cerro se voluió, y viéronle el aspecto como hombre de quarenta años; y tornó á voluer y subió muy poquito, quanto veinte pasos la alda del cerro; tornó á voluer y tornó viejo, muy viejo, y díxoles: auis de saber, hijos, queste cerro tiene esta virtud, que el que ya viejo se quiere remoçar sube hasta donde le parece y vuelue de la edad que quiere: si quiere voluer mochacho sube hasta arriba, y si quiere voluer mancebo sube hasta un poco mas arriba de la mitad, y si de buena edad hasta la mitad, y así vivimos aquí mucho y todos son vivos los que dexaron vuestros padres, sin auerse muerto ninguno, remoçándonos quando queremos. Mirá: todo ese daño os a venido y se os a causado dese cacao que bebeis y desas comidas que comeis; esas os an estragado y corrompido y vuelto en otra naturaleza; y esas mantas y plumas y riqueças que truxistes y de que usais, eso os a echado á perder; pero por que no vais sin retorno de lo que truxistes á [1] vuestros señores hiço traer de todos los géneros de patos y ánsares y garças y aues marinas que en aquella laguna se crian, y de todos los géneros de pescados que en ellas se crian, y de todos los géneros de legumbres que en aquella tierra se dan y de todos los géneros de rosas que ay en ella, y haciendo grandes sartas dellas se las dió, y juntamente les dió mantas de nequen y bragueros, uno para el rey *Monteçuma* y otro para

1 Parece que debe decir,—"de vuestros—ó—á nuestros."

Tlacaelel, dioiéndoles les perdonasen, quel no tenia otra cosa que les inviar, y con esto los despidió.

Ellos tomaron su presente y vueltos á hacer los cercos y conjuros y embijándose, como á la venida, se volvieron en las mesmas figuras y especies de animales que á la venida, y caminando en aquella forma llegaron al çerro *Coatepec* y allí se juntaron y tornaron en su figura racional, llegando unos antes y otros despues y contándose, mirando los unos por los otros, hallaron veinte menos, y admirándose de verse así dezmados y que faltaua la tercia parte, dixeron algunos que las bestias fieras con que auian topado los auian comido y las aues de rapiña, y no deuió ser sino quel demonio los tomó y dezmó en pago de su trauajo, porque (dize la ystoria) que fueron en diez dias y que voluieron en ocho, (camino de trescientas leguas) y aun tardaron mucho porque en mas breue los pudiera lleuar y traer el que truxo á otro en tres dias desde Guatimala por el deseo que una dama vieja tenia de velle aquella buena cara, como se relató en el primer auto que en México se celebró de la santa Inquisicion.

Llegados á México todos los bruxos y hechiceros lleuaron el presente que auian traydo delante de *Monteçuma* y dixéronle: Señor; nosotros emos cumplido lo que nos mandaste y tu palabra se pagó con auer uisto lo que deseabas sauer y hemos visto aquella tierra de Aztlan y de Culhuacan, donde auitaron y donde salieron nuestros padres y abuelos, y traymos de aquellas cosas que allá se dan y crian; y sacando las sartas de maçorcas frescas y las sartas de semillas y rosas de toda diferencias de las que en aquella tierra se crian, y tomates, chile y las mantas de nequen que aquella gente les ynbiaba, y bragueros, diéronle relacion de todo lo que con la madre de *Vitzilopohtli* les auia acontecido y con su ayo el viejo, y de cómo lo auian visto moço y viejo y de buena edad, y de cómo en aquella tierra eran vivos todos los que sus antepasados auian dexado y de las quexas grandes que *Coatlicue* tenia de *Vitzilopochtli* su hijo, y de cómo lo esperaua y lo que le dexó dicho, que en oumpliéndose cierto tiempo auia de ser echado desta tierra y que se auia de volver á aquel lugar, porque por la mesma órden que auia de sujetar las naciones, por esa mesma órden le auian de

ser quitadas y priuado del dominio y señorío que sobre ellas tenia. El rey mandó llamar á *Tlacaelel* y hiço tornar á referir delante del todo lo que les auia acontecido y dar la parte que á él, en particular, del presente le inviaban, y contándoles la gran fertilidad de la tierra y frescura de arboledas y el modo que de buscar lo necesario para el sustento tenian, y cómo andauan en canoas y hacian camellones encima del agua para sembrar y criar aquellas legumbres que comian, la gran abundancia de muchos géneros y diferencias de pescado que auia, como en el presente que trayan podian notar la gran multitud de aues marinas de todo género, la suavidad y melodía que de cantos de aues auia de diferentes paxaritos, grandes y pequeños, la diferencia de simenteras que allí auia, unas para coger ya saçonadas, otras en maçorca fresca y en leche, y otras que entonces empeçaua á estar en cierne y otras que nacian, de suerte que en aquella tierra jamas no podia auer hambre. Contáronles cómo no auia podido subir á lo alto del çerro y cómo auian quedado metidos en el arena hasta la cintura, y quel viejo andaua por ella muy diligente y auia subido todo lo que auian llevado y lo auia dado á la Señora de aquel lugar y madre de *Vitzilopochtli*, y que la causa de no auer podido llegar allá, les dixeron auia sido el auer comido de aquellas cosas pesadas y corrutas de cacao y frutas de las que acá se crian, y la pena y espanto que auian receuido en sauer la muerte de los viejos que de aquella tierra auian venido. *Monteçuma* y *Tlacaelel* empezaron á llorar y hacer gran sentimiento, acordándose de sus antepasados y del deseo que de ver aquel lugar les dió; y diziendo á los que auian ydo que descansasen, que se lo agradecian, mandáronles dar á todos de vestir y algunas cosas por su trauajo y hacelles mercedes y lleuar la manta de nequen y braguero al templo, y que se le diese á *Vitzilopochtli*, pues su madre se lo inviaua.[1]

1 Las personas medianamente versadas en la historia, no extrañarán esta narracion fabulosa, pues las de su género, y aun mas prodigiosas, se encuentran en las antiguas tradiciones de todos los pueblos.—Ellas son de grande interes para el estudio filosófico, porque conducen al conocimiento del estado intelectual y moral de la nacion que las profesa como creencia.—La que nos ocupa da bastante luz para esclarecer un pasaje algo oscuro de los últimos dias del reinado de *Motecuhçoma II*.—Bien sabido es cuánto le preocupó y aterrorizó la noticia del arribo de los españoles á la costa de Veracruz, y que una de sus inspiraciones fué la de huir, ofreciéndole sus "nigrománticos y encantadores

CAPÍTULO XXVIII.

De cómo los de la ciudad de Guaxaca mataron los mensageros reales que iban á Guaçaqualco, [1] y cómo los mexicanos les dieron guerra y asolaron la ciudad y la poblacion de mexicanos y tescucanos y xuchimilcas.

Quieto ya *Monteçuma* y *Tlacaelel* de lo que deseauan, y sabido el lugar de donde auian procedido, aunque temerosos y llenos de cuidado de lo que la madre de *Vitzilopochtli* auia dicho, de que auian de ser echados de la tierra su dios y ellos, por el mesmo órden quellos auian sujetado y echado las naciones y desposeido de sus tierras y haciendas, y que su dios se auia de voluer al lugar donde auian salido, sobre lo qual quisieron inquirir y saber quiénes auian de ser los que auian de prevalecer contra ellos, y haciendo inquisicion con toda la diligencia posible, mirando y revoluiendo sus antigüedades y escrituras y profesías, hallaron que ciertos hijos del sol auian de venir de Oriente á echar de la tierra á su dios y á ellos destruillos. Desta inquisicion se hace mas particular mencion en el tiempo que reynó el segundo *Monteçuma*, por lo qual quedará para aquel lugar, porque como ya en aquel tiempo se iba cumpliendo, uvo señales y cometas que pronosticaron la venida de los españoles; y así, tornando á la intencion de la ystoria, dice que EN este tiempo determinó *Monteçuma* de enviar á Guaçaqualco sus mensajeros á pedir á los señores le hiciesen merced de invialle al-

(dice Sahagun), que si queria ir á la casa del sol, que ellos le llevarian, y si queria ir al Paraíso terrenal, ellos le pondrian en él; y si queria ir al infierno, ellos le guiarian, y si queria ir á un lugar muy secreto y muy bueno, que está cerca de esta ciudad, que se llama *Cincalco*, que ellos le internarian allá."—La caverna de *Cincalco* se presentaba á la mente de los mexicanos bajo formas enteramente diversas. Quién veia allí un lugar de tranquilidad, de delicias y de inmortalidad, como la de *Chicomoztoc*, residencia de la madre de *Huitzilopochtli* y de los progenitores del pueblo mexicano; y quién la describe como un lugar de privaciones, de pesadumbre y de tormentos; en suma, como el infierno, segun la denomina *Tezozomoc.*—El autor resume sus noticias mas adelante (cap. LXVII) en la relacion de los sucesos correspondientes al reinado de *Motecuhzoma II.*

1 Adelante escribe *Coatzacualco*, y esta es la ortografía propia.

gun oro en polvo y de algunos güesos y conchas, caracoles y otras cosas que en la costa de la mar se crian, y para esto envió sus mensajeros que para este efeto estauan nombrados en su corte, que no servian de otra cosa sino de correos y postas y embaxadores, los quales tenian particular racion y salario. Idos á Coatzacualco, dieron su embaxada. Los de Coatzacualco, sin ninguna réplica y con toda voluntad, haciendo grandes ofertas, mostrando auer receuido p articular merced, dieron todo lo que los señores les pidieron en nombre del gran rey *Monteçuma* y á los mensajeros hicieron toda la onra posible; los quales, voluiendo á su ciudad con el recaudo y buen despacho muy alegres, llegaron á un pueblo que está antes de llegar á Guajaca,[1] que se llama Mictlan. Llegados allí, los de Guajaca tuvieron noticia de su llegada, y saliéndoles al camino, á la salida del pueblo de Mictlan, los mataron y les quitaron todo lo que traian de oro y joyas y cosas de concha, de mucha curiosidad, y güesos de pescado y otras curiosidades que los de Guazacualco enviaban al rey *Monteçuma*, y muertos los dexaron fuera del camino para que fuesen comidos de las aues, y así fué que allí fueron comidos de las auras.

Viendo el rey *Monteçuma* que sus mensajeros se tardauan y que no auia nueva dellos, tuviéronlo por mala señal, y queriendo inviar á buscallos y á sauer dellos, llegaron unos mercaderes que andauan en sus tratos, que venian de Coatzacualco, naturales de Amecameca, de la prouincia de Chalco, y fuéronse derechos á México y llegados ante *Monteçuma*, le dixeron: poderoso señor: nosotros tus sieruos y vasallos somos los que de noche y de dia andamos por los montes y collados á buscar nuestra vida: as de sauer, poderoso señor, que pasando por Mictlan, á un lado del camino allamos unos cuerpos de hombres comidos de auras, que solo auian dexado los uesos, y aunque ya no tenian figura de hombres, sino solo los uesos, conocimos ser tus mensajeros Reales, á los quales mataron los de la ciudad de Guajaca, aquellos bárbaros y gente inteligible[2] y malvados, y les quitaron todo lo que los de Coatzacualco te enviaban. Oido por *Monteçuma* fué grande la pena que reciuió, y disimulando su

1 Propiamente *Huaxac* ó *Huaxyacac*.
2 Esto es; "sin entendimiento ó discernimiento."

enojo, preguntóles, ¿de dónde soys? ellos dixeron que de Chalco. El rey mandó hacerLES mercedes y dar lo necesario y que se fuesen á sus tierras, y luego mandó llamar á *Tlacaelel* y contole lo que auia pasado, y tomó parecer con él si se les daria luego la guerra. *Tlaçaelel* respondió que le parecia que se difiriese hasta acauar de edificar el templo, y que despues de acauado, para la fiesta del estreno del templo, seruirian de vítimas los de Guajaca todos los que de allí truxesen presos, si tuviesen vitoria. El Rey, pareciéndole bien este consejo, hiço llamar sus mensajeros y por ellos invió á llamar á todos los señores de las prouincias y al rey de Tezcuco y al de Tacuba, y desque fueron venidos y juntos ante él, propúsoles la voluntad que tenia de acauar el templo del dios *Vitzilopochtli* y les rogaua quel fuesen favorables, de suerte que se acauase lo mas pronto que se pudiese, Y QUE la causa que á esto le mouia, que estando acauado se la diria. Los reyes y señores de toda la tierra le dixeron que dello reciuian mucho contento y que lo harian de voluntad. Visto por el rey la buena voluntad con que se ofrecian, mandó al señor de Tezcuco quel y su prouincia tomase Á cargo la delantera del edificio, y al de Tacuba, que él y su reyno todo tomase la parte trasera, y á Chalco encomendó un lado, y á toda la *Chinapan*,[1] ques la nacion xuchimilca, dió el otro lado, y á los maçauaques, ques la nacion otomí, conviene á sauer, chapanecas, xiquipilpas, xocotlancas, cuauhhuanecas, maçauacanecas, ques los que llaman *cuauhtlaca*, mandó que su oficio no fuese otro sino traer arena para el edificio, y á los de la tierra caliente, con toda aquella prouincia, mandó siruiesen con cal, y para esto les hiço una solene plática á todos los señores diciendo:

Reyes y grandes señores: es tan breue la vida, que si mientras nos tura no procuramos ençalçar nuestros nombres, quedará nuestra fama muerta, porque lo que hicieron nuestros predecesores eso no se nos agradecerá y de aquello ninguna gloria se nos seguirá, ni tampoco gozaremos de vello, porque, ¿quien muere, que despues de muerto, venga á ver y á goçar de lo que acá se hace, ni sabrá quién es rey ni señor de acá? allí fenece su mando y gouierno; por tanto, señores y grandes, no es justo que lo que pudiéremos hacer

1 Así en el MS. Adelante dice *Chinampa*.

en nuestros dias, con honra y gloria nuestra, lo dexemos para que la gane el que viniere: ya saueis que fué inviado nuestro dios, el admirable *Vitzilopochtli*, para sujetar á todo este mundo, como veis que lo ha sujetado ya: con su poder sustenta á toda la mayor parte de la tierra, da y reparte de sus bienes y grandeças, como veis; y pues estais aquí juntos y veis quán justo es que engrandezcamos á nuestro dios y le edifiquemos su templo, que luego, sin mas detenimiento, se recojan los materiales de piedra, cal, arena y madera para el edificio; de suerte, que vos, señor *Neçaualcoyotl*, rey de la prouincia de Tezcuco, os encargueis de la frente y delantera del edificio, y vos, señor *Totoquiuaztli*, rey y señor de la prouincia tepaneca, hagais la parte de las espaldas y trasera del templo, y los señores que de Chalco estais presentes, os encargareis del lado derecho, y la señora de toda la chinampa, ques Xuchimilco con toda su prouincia, hareis el lado izquierdo: los maçauaques acudirán con arena, y los de tierra caliente, con toda su prouincia, acudirán con cal y lo que les fuere mandado, y esto se a de hacer con tanta breuedad que, casi no a de ser empeçado quando a de ser acauado, porque lo que luego ay que hacer es cosa de importancia y cosa que no requiere dilacion.

Todos mostraron gran voluntad: dixeron que les placia y que aquello era lo que esperauan y que para aquello los auia sujetado y puesto en su seruiçio la grandeça del dios *Vitzilopochtli*. El rey los vistió á todos y hiço grandes mercedes, conforme á su usança, dándoles mantas y ceñidores y beçotes, orejeras de oro y joyas de valor, y á los reyes mandó poner en la caueça unas cintas de oro que se las ceñian á manera de coronas, con unas ricas plumas al colodrillo, con que aquella cinta hacia remate, que ellos llamauan *quetzaltlacpiloni*. Híçoles poner unos braçeletes de oro que les tomaua los molledos y unas medias calcetas de oro que les tomaba desde auaxo de la pantorrilla hasta la garganta del pié, y con esto, despues de auellos hecho seruir á todos de todo lo necesario con toda la abundancia del mundo, se despidieron todos del rey y de su coadjutor *Tlacaelel* y se vinieron á sus ciudades y reinos, donde en llegando, cada uno dió noticia á su regimiento [1] de lo que los era

1 Es decir; á su consejo ó cuerpo consultivo.

mandado por la magestad de México, y mandaron que sin ninguna dilacion acudiesen á la dicha ciudad con sus materiales, cada uno segun la obra que le era encomendado. La gente comun, no pereçosa de hacer lo que sus señores les mandauan, porque eran estrañamente obedecidos, luego, unos á traer piedra, otros á traer tierra y arena, otros á traer cal y madera, fueron y acudieron tan diligentes, que en muy poco tiempo recojieron en la ciudad de México gran suma de materiales; los quales recojidos fueron llamados los maestros para que midiesen el sitio y hiciesen y mirasen la traça y asiento del edificio, y dieron por respuesta que seria acertado hacer sobre estacas una plancha y cimiento de cien braças en quadro, donde se fundase lo del edificio y circunferencia del templo, lo qual fué así recibido por el rey y por todos los de su consejo, y luego, midiendo las cien braças en quadro, hicieron la estacada, y haciendo sobre ella una plancha de argamasa siguieron el edificio, y empeçó á crecer con tanta presteça, que en muy poco espacio lo subieron en gran altura. Pero qué ay que marauillarnos, pues dice la ystoria que andaua gente de todas las prouincias, casi como ormigas.

Viendo el rey *Monteçuma* la priesa con que su templo se hacia, mandó á todos los señores de la tierra que para que su dios fuese mas honrado y reverenciado, que se recogiesen por todas las ciudades mucho número de piedras preciosas, de piedras de yjada verdes, que ellos llaman *chalchiuites*, y beriles y piedras de sangre, esmeraldas y rubies y cornerinas; en fin, de todo género de piedras ricas y preciadas joyas y muchas riqueças, y que á cada braça quel edificio ereciese fuesen echando, entre la mezcla, de aquellas piedras preciosas y ricas joyas, y así echando por caueças aquel tributo, cada ciudad acudia con sus joyas y piedras á echar su lecho de ellas por su rueda y tanda, de suerte que á cada braça del edificio echauan tanta cantidad de piedras y joyas ricas que era cosa de admiracion, diciendo que pues dios daua aquellas riqueças, que no era inconviniente se empleasen en su seruicio, pues era suyo. Concluido el edificio en ciento y veinte grados de alto, pareciéndoles que bastaua, edificaron sobre lo alto la cuadra donde auia de estar la imágen del ídolo, toda edificada de grandes estatuas de pie-

dra y de bestiones [1] de diferentes figuras y maneras, las quales seruian de lumbrales, esquinas y remates, todas puestas á fin y contemplacion de ciertas supersticiones, porque á unos llamauan *ichuicatzitquique*, [2] que quiere decir, los que tenian el cielo; questauan puestos de suerte que parezia que toda la quadra estriuaua sobre ellos: á otros llamauan *petlacontzitzquique*, que quiere decir, los que tenian los vasos y insinias diuinas, que eran unas mangas de plumas muy ricas, que eran como mangas de cruz y eran como guiones ó muestras de que aquel templo era de *Vitzilopochtli*. Los que quixeren ver estas estatuas y bestiones, en las casas Reales las verán fijadas por aquellas esquinas.

Concluido el edificio y perficionado para la estrena del, antes que los señores de las ciudades se fuesen, dióles noticia de cómo los de Guaxaca auian muerto á sus embaxadores y echado á comer á los cuervos, los quales iban á Coatzacualco con sus embaxadas, y que, para castigo de tan gran atreuimiento, auian mandado acauar su templo, para que luego fuesen á destruillos, y que con lo que de allá truxesen, estrenase y soleniçase la entrada en él; para execucion de lo qual, que luego apercibiesen sus gentes, porque queria que con toda breuedad fuesen castigados, y de tal suerte que echando toda la ciudad de Guaxaca por el suelo, no quedase memoria della; lo uno porque siendo tan lexos, si otra vez se les revelasen, les seria penoso á todos el voluer allá, y lo otro para temor y escarmiento de todas aquellas prouincias. Todos lo acetaron, y partidos á sus tierras echaron bando y dieron sus pregones, de lo qual los soldados que auian estado ociosos y pobres reciuieron gran contento, porque no comian ni tenian mas descanso de mientras iban á las guerras, porque lo uno eran seruidos por los caminos de todas las ciudades, villas y lugares de todo lo que auian menester de comer, beber, vestir y calçar, y lo otro auian licencia de robar, donde no se lo dauan, y demas deso los despojos de riqueças y esclauos no auia quien se los quitase, porque todo era suyo; y aunque el Rey algunas veces se los quitaua para los sacrificios, dábales al doble de riqueças mas de lo que valian. Aprestóse esta gente con tanta

1 Voz anticuada: hoy "bastion."

2 *Ilhuicatzitzquique.*

presteça, que mas estuvieron en mudarse que en recogerse, y partidos de la ciudad de México inumerables gentes con valerosos capitanes llegaron á Guaxaca, y poniendo y armando sus tiendas, choças y bohios, asentaron su real, de suerte que toda la ciudad quedó cercada, que ninguno podia salir de ella ácia la parte de México.

Visto por los de Guajaca el cerco, tan sin pensar y de improviso, quedaron admirados y no menos temerosos por verse cercados de gente tan belicosa y que eran mas que arenas y tan adereçados y lucidos que era contento bellos, y así los capitanes poniendo su gente en órden, haciéndoles la animosa plática que para animallos solian, apercibieron el combate para otro dia. Venida la mañana del dia siguiente que llegaron, mandaron dar prouision á todo el exército y despues de auer comido pusieron su gente muy en órden y sus escuadrones muy concertados y dándoles el órden que auian de tener, yendo poco á poco y muy á punto, y que nadie se desmandase ni apartase de sus banderas y señales, que para conocer los de cada nacion lleuauan alta, dixeron los capitanes Mexicanos á los de las demas gentes; señores: la voluntad de la magestad real de *Monteçuma* es questa ciudad sea destruyda y asolada y que no quede piante ni mamante, y que los árboles y frutales, casas y edificios sean derribados y asolados, y que todos los que vivos pudiéredes auer á las manos, no los mateis, sino poneldos á recado para la estrena y fiesta de nuestro templo donde ha de ser puesta la imágen de nuestro dios *Vitzilopochtli:* no hay otra cosa que os auisar. Y con esto, hecha la señal acostumbrada, empeçaron el combate y fué la arremetida tan recia y con tanta furia que entraron en la ciudad, dado que los de dentro la defendieron valerosamente; pero desamparándola llegaron á los cues [1] y templos y pegáronle fuego: la demas gente, discurriendo por la ciudad, fué tanto el destroço y matanza que hicieron, que á ninguna casa llegaban que no la derribasen y juntamente matasen niños y mujeres, viejos y viejas, quantos dentro allaban, aues y perros y quantas sauandijas tenian, quebrando y arrancando los frutales que era grandísimo dolor y compasion.

1 Los españoles dieron el nombre de *Cu* á los templos americanos. Tal palabra no es castellana ni mexicana.—Parece tomada de la lengua maya ó yucateca.

Viendo los señores de Guaxaca la destruycion de su ciudad, vinieron llorando y las manos cruzadas á pedir misericordia y perdon de su yerro, diciendo, cesase la intolerable crueldad que con ellos se usaua, y que ellos querian ser sujetos y tributarios de México; pero en lugar de oillos les respondieron, andad, malditos, crueles y sin piedad, que matastes á nuestros hermanos y padres y los echastes á las auras, sin haceros mal ninguno: sabed que no a de haber misericordia para vosotros, porque está ya dada la sentencia que no a de auer ciudad que se llame Guaxaca, ni memoria a de quedar della; por tanto no ay lugar de ruegos; y diciendo esto arremetieron á ellos, y sin poderse valer los mataron, y discurriendo de unas partes á otras, quedó la ciudad toda destruida, sin parecer en ella hombre ni muger ni niño ni aue ni perro, sino toda llena de cuerpos muertos y todo robado y destruido, y las casas y templos y edificios Reales de los señores todos por el suelo, quemado y abrasado hasta los cimientos; lo qual concluido enviaron sus mensajeros á Cuilapa y á los demas pueblos comarcanos CON EL ENCARGO DE ADVERTIRLES que mirasen lo que hacian, que viuiesen con sosiego y quietud, y poseyesen sus tierras y señoríos con paz y quietud, porque ellos no les querian hacer mal; pero que si se inquietauan y hacian alguna traicion, que lo mesmo se haria dellos que de los de Guaxaca auian hecho. Los mistecas y çapotecas, humillándoseles, dixeron que les placia; quellos estauan prestos y aparejados á los seruir y obedecer como á señores; y con esto partió el exército con gran número de esclauos catiyos que de allá truxeron, y fué tanto el alarido y llanto con que salieron atados, todos con sogas á las gargantas asidos unos de otros, puestos en renglera, que sus clamores subian al cielo.

El dia que partieron despacharon sus correos al rey *Monteçuma* para dalle la nueva de la vitoria y buen suceso de la guerra y del gran número de gente que para el sacrificio trayan presa, dándole nuevas de cómo toda la ciudad quedaua asolada y por el suelo, y que todo el exército, así la gente mexicana como la tepaneca y tezcucana, chalcas y xuchimilcas y cuauhtlalpanecas y tlaluicas lo auian echo valerosamente, no quedando nenguno en todo el exército que no truxese un preso y dos, y muchos de los señores á tres

y á quatro. Oydo por *Monteçuma* reciuió mucho contento y alegría, y mandó á sus camareros que, en albricias, diesen á los mensajeros de las mejores mantas y ceñidores quel tenia, y así fueron muy bien vestidos y tratados con todo el regalo del mundo, y luego invió el Rey á hacer saber á los sacerdotes y dinidades de los templos la vitoria y buen suceso, para que ofreciesen sacrificio á *Vitzilopochtli*, y le diesen gracias por tan gran merced y beneficio, y tambien para que luego se aparejasen para el receuimiento acostumbrado. Los sacerdotes se adereçaron y hicieron su sacrificio con grandes cerimoñias y çalemas, haciendo grandes y prolixas pláticas á su dios, de grandísima eloquencia y elegancia, de ricas metáforas y retórica, las quales pláticas, en ofreciéndose ocasion, las pondré á la letra para que veamos quán ecelentes eran los oradores de aquel tiempo.

Desde á pocos dias llegaron los señores de la guerra, y tras ellos toda la demas moltitud con los catiuos. Los sacerdotes, adereçados y vestidos con sus vestiduras y insinias sacerdotales, los salieron á receuir, y con sus encensarios en las manos, puestos muy en órden, cantando cantares en alabança de su dios, encensaron á los presos, haciéndoles una plática y dándoles rosas á todos y humaços á su usança: los presos empeçaron un alarido estraño á la entrada de México, con grandes siluos y aullidos que ponian temor, los quales fueron derechos al templo, aunque no al nuevo, porque aun no estaua hecha la cerimonia que ellos acostumbran, teniendo por agüero [1] entrar en casa nueua donde no está hecha la cerimonia acostumbrada, quel dia de oy usan hacer: luego fueron traidos delante el Rey á besalle los piés, pasando uno á uno, como delante del ídolo auian hecho, saluo que la çerimonia de comer tierra no la hacian aquí como delante del ídolo, que como iban pasando mojaua el dedo en la tierra y comíanla. Acauados de pasar delante del Rey, llamó á sus tesoreros y fatores, y mandó que aquellos hijos del sol fuesen guardados y puestos á recado, dándoles todo lo necesario hasta su tiempo: luego fueron repartidos entre los barrios y encomendados á los mandoncillos.

Luego *Monteçuma* mandó llamar á *Tlacaelel*, y díxole: paréce-

1 Es decir, creyendo que es peligroso y ocasion de desgracias.

me que será bueno que luego se haga la estrena de nuestro templo, y questos hijos del sol sean sacrificados, y para ello que convidemos toda la tierra, porque no se sufre menos para una cosa de tanta autoridad. *Tlacaelel* le respondió: señor, la estrena y entrada del templo no se puede hacer tan presto, porque faltan muchas cosas en él que perfeccionar. Lo uno no está acauada la piedra puntiaguda donde an de ser echados los que se an de sacrificar; ni están acauados muchos de los bultos que an de ser ornato y sinificacion de nuestras cerimonias: tampoco está acauado el espejo relumbrante que a de representar el sol: ¿de qué tienes pena? déxalo, señor, acauar, que tiempo ay para todo, y si quieres y es tu voluntad, sacrifíquense esos hijos del sol, que no faltarán hombres para estrenar el templo quando estuviese del todo acauado, porque yo e pensado lo que de hoy mas se a de hacer; y lo que se a de venir á hacer tarde, vale mas que se haga desde luego, porque no a de estar atenido nuestro dios á que se ofrezca ocasion de algun agrauio para ir á la guerra, sino que se busque un cómodo [1] y un mercado donde, como á tal mercado, acuda nuestro dios con su exército á comprar vítimas y gente que coma; y que bien, así como á boca de comal, [2] de por aquí cerca halle sus tortillas calientes quando quixere y se le antojare comer, y que nuestras gentes y exércitos acudan á estas ferias á comprar con su sangre y con la caueça y con su coraçon y vida las piedras preciosas y esmeraldas y rubies y las plumas anchas y relumbrantes, largas y bien puestas, para el seruicio del almirable *Vitzilopochtli.* Este tiangez y mercado, digo yo *Tlacaelel,* que se ponga en Tlaxcala y en Vexotzinco, y en Cholula y en Atlixco, y en Tliliuhquitepec y en Teeoac, porque si le ponemos mas lexos como en Yopitzinco ó en Mechoacan, ó en la Guasteca ó junto á esas costas, que ya nos son todas sujetas, son prouincias muy remotas y no lo podrán sufrir nuestros exércitos: es cosa muy lexana, y es de advertir que á nuestro dios no le son gratas las carnes desas gentes bárbaras, tiénela en lugar de pan baço y duro, y como pan desabrido y sin sa-

1 Es decir, un medio cómodo y expedito.

2 Metáfora vulgar, equivalente á las locuciones castellanas—*á la mano; á pedir de boca.*

çon, porque como digo, son de estraña lengua y bárbaros, y así será muy acertado que nuestro mercado y feria sea en estas seis ciudades que e nombrado; conviene á sauer, Tlaxcala, Vexotzingo, Cholula, Atlixco, Tliliuhquitepec y Tecoac, la gente de los quales pueblos terná nuestro dios por pan caliente que acaua de salir del horno, blando y sabroso. La causa es, porque están cerca, aquí junto, que no abrán ido nuestras gentes quando luego vuelvan con la presa, los quales vendrán calientes, hirviendo y tenello an nuestros soldados en lugar de como quien se va á olgar ó á caça, y a de ser esta guerra de tal suerte, que no pretendamos destruillos, sino que siempre se esté en pié, para QUE cada y quando que queramos y nuestro dios quiera comer y olgarse, acudamos allí como quien va al mercado á mercar de comer, y para esto debes mandar, poderoso señor, juntar tus grandes, y que se haga con consejo y parecer de todos.

CAPÍTULO XXIX.

Del consejo que se tuvo entre el rey y sus grandes, sobre la perpetua guerra que contra Tlaxcala, Vexotzinco y Cholula, Atlixco y Tecoac y contra Tliliuhquitepec se auia de tener, para traer indios al sacrificio en las solenidades y para exercitarse los soldados é hijos de grandes.

Despues que *Tlacaelel* era viejo y no podia ya ir á la guerra, aunque su consejo en ella era el prencipal, dió en ençalçar y honrar las cosas de los dioses y en que muy á menudo se sacrificasen hombres, y tambien porque auian gustado de la carne humana que muy frequentemente la comian, y lo que mas camino trae, es el ser persuadido y alumbrado ó cegado del demonio para inventar mil géneros de crueldades y muertes, como dexó ordenadas antes que muriese, y era tan seguido y creido su consejo, que no se hacia mas de lo quel decia y ordenaua; y así poniendo en plática al rey *Monteçuma* lo que en el capítulo pasado empeçamos á proponer, sobre que se ordenase cómo los dioses fuesen seruidos con sacrificios de hombres, con la frequencia necesaria, y que uviese

donde los hijos de los grandes y los aficionados á la guerra se exercitasen y mostrasen su valor y destreza, el rey, tomando su parecer, mandó juntar sus grandes señores, los quales estando juntos, les dixo cómo su voluntad era ordenar una feria militar, donde, como quien va al mercado de tantos á tantos dias, se acudiese á comprar honra y gloria humana con su sangre y vidas, para que los hijos de los grandes no estuviesen uciosos y el exercicio militar no se perdiese; y que lo que mas á esto le mouia era la honra y ençalçamiento de su dios *Vitzilopochtli*, el qual, pues tenia ya templo, era justo uviese vítimas que ofrecerle, y que ningunas le eran tan agradables como las de Tlaxcala y Vexotzinco y Cholula y Atlixco y Tecoac y Tliliuhquitepec, las quales seis ciudades elexia para su seruicio y comida, porque las demas naciones bárbaras y de estraña lengua, él no las aceptaua ni queria; y que supuesto que ya gran parte de la tierra estaua sujeta y que nadie no se osaua ya desmandar, que si estuviese su dios esperando reuelion y desafuero para ser seruido, que era nunca seruille ni agradalle, y que yendo tan cerca irian los soldados muy alegres, como quien se va á bodas y á recrear, sobre lo qual quiero que todos de mancomun lo digais y determineis para que yo libremente pueda hacer de hecho. Todos de comun parecer y consejo, auiendo sobre ellos grandes demandas y respuestas, se vino á determinar que era cosa muy bien acordada y necesaria.

El rey, viendo que á todos les parecia así, dixo á *Tlacaelel* que relatase las preminencias que, á los que en esta guerra se mostrasen valerosos y truxesen algunos presos para el sacrificio, les concedia y daua. *Tlacaelel*, poniéndose en pié, dixo desta manera: hijos y hermanos y sobrinos que presentes estais ante la magestad de nuestro rey *Monteçuma;* yo, *Tlacaelel*, quiero animar á los de valerosos coraçones y poner algun brio á los cobardes para que se animen con el premio de sus hechos, y para esto os quiero poner una comparacion: quando vais á un mercado y veis una galana joya para las orejas ó para las narices, ó veis unas galanas y ricas plumas ó una rica y dorada rodela, unas galanas armas de ricas plumas, por ventura ¿no os acudiciais á ellas y dais todo lo que os piden por ella? pues auis de saber que vuestro rey, que presente está, es su volun-

tad que estas preseas de beçotes, guirnaldas de oro y plumas de diferentes colores, orejeras, braçaletes, rodelas, armas, deuisas, mantas y ceñidores ricos, que los valerosos y esforçados hombres, de hoy mas no las compren, sino que los reyes se las den en pago y premio de sus valentías y memorables hechos, y que CADA CUAL haga quenta que yendo á la guerra y haciendo en ella como valeroso, que fué á un mercado donde halló todas estas cosas preciosas, pues de vuelta que vuelva, [1] le serán dadas conforme á sus merecimientos, para que pueda usar dellas en pago de sus trauajos; y así, el que no osase ni atreuiese á ir á la guerra, aunque sea hijo del mesmo rey, le privamos de hoy mas de todos estos beneficios; y use de los vestidos y trajes que usan los hombres baxos y de poco valor, para que se conozca su cobardía y poco coraçon y no le sea permitido vestir ropas de algodon, ni usar de plumas, ni le den rosas como á los demas señores, ni humaços de olor, ni beba cacao, ni coma comidas preciadas y sea tenido por hombre baxo y sirua en las obras comunes aunque sea de sangre real; agora sea hijo ó hermano del rey ó nuestro, de qualquiera de nosotros, ó qualquier parentesco cercano que nos tenga; y esta sea la ley inviolable, quel que no supiere á la guerra, que no sea tenido en nada, ni reuerenciado, ni se ajunte, ni hable, ni coma con los valientes hombres, sino sea tenido como hombre descomulgado ó como miembro podrido y sin virtud, y aguarde á que coman y beban los valientes y valerosos hombres y despues coman ellos de lo que les sobrare.

Tambien ordenamos que el rey coma solo, y despues de auer comido, que de los mismos manjares que comió se den y repartan á los valientes hombres como reliquias del rey y sobras de su boca, con que sean honrados los valerosos hombres. Tambien ordenamos en esta nuestra junta, que COMO entre nuestros hijos, así del rey como nuestros y de todos los señores, nacen algunos hijos de nuestras esclauas y criadas, bastardos, juntamente con los legítimos, que aunque son bastardos y hijos de esclauas, son, en fin, nuestra sangre y nacidos entre los legítimos y hijos de grandes señores, ordenamos que destos bastardos hijos nuestros, que salieren

1 Esto es; "cuando vuelva ó retorne."

valerosos y valientes y se señalaren en las guerras, y los legítimos y bien nacidos cobardes, questos bastardos puedan ser herederos de nuestras haciendas, y se siruan de los legítimos y los manden como á viles vasallos y los traigan atropellados en su servicio; y su padre ni madre no ose voluer por ellos, sino que los dexen maltratar como á hombres baxos y de baxo coraçon, y la honra de ser de sangre real y de alto linaje, se la dé y la tenga el hijo de la esclaua y la herede y la tenga por propia, y el otro la pierda, y no se nombre hijo de tal señor, ni hijo de tal señora; y la gloria y honra y grandeça mandamos que no se herede por vía de nacimiento de grandes, sino por vía de guerra y de valentía que en la guerra de Tlaxcala, Vexotzinco, Cholula, Atlisco, Tecoac, Tliliuhquitepec, de hoy mas se hiciere y exercitare, y á estos les den insinias de valientes una y muchas veces, y se reparta con ellos del oro y de la plata, piedras y joyas y plumas, y estos usen dellas para siempre y no otros, y con esto se acordarán de nosotros, despues de muertos, nuestros hijos y nietos y todos nuestros predecesores,[1] y este es el real parecer y voluntad, lo qual se guardará de hoy mas.

El rey confirmó todo lo que *Tlacaelel* auia dicho, y así lo asentaron todos los grandes señores, y luego inviaron á llamar los dos reyes comarcanos, conviene á saber, á *Neçaualcoyotl* y á *Totoquiuaztli* y á todos los señores y grandes de Chalco y Xuchimilco y de la tierra caliente y de toda la Ca auhtlalpa[2] y maçauaques, los quales congregados y juntos, como llamados á cortes, les fué pronunciada la nueva ley y determinacion y de que DE aí en adelante quando fuesen llamados para la guerra de Tlaxcala, Vexotzinco, Cholula, Atlixco, Tecoac, Tliliuhquitepec, que luego, sin ninguna dilacion, acudiesen á ganar las preminencias que en la nueua ley se auian pregonado, y que en sus reynos y prouincias las pregonasen con toda diligencia y honrasen por el mesmo órden y concierto á todos los que con alguna haçaña y presa de cativo se señalase. Todos muy alegres de ver que ya tenian dónde sus hijos y parientes se exercitasen y ganasen honra y engrandeciesen sus nombres, dieron muchas gracias al rey y á su coadjutor *Tlacaelel*, el qual les

1 Así en la copia, en lugar de—"sucesores."
2 Tal vez—*Ouautlalpa.*

dixo: señores: pues estais aquí juntos y sauis cómo la ciudad de Guajaca quedó destruida y asolada y por el suelo, no es justo que aquel sitio quede así, por la gran fertilidad del y buen asiento; por tanto, quiero y soy de parecer, que luego se junte alguna gente de todas las prouincias para que la pueblen, y quel rey *Neçaualcoyotl* acuda con sesenta hombres casados con sus mugeres y hijos de toda su prouincia, y que el rey *Totoquiuaztli* acuda con otros sesenta vecinos de toda su prouincia, y que los de Xuchimilco y Chalco, y los de tierra caliente y maçahuaques, todos acudan con los que pudieren, y yo acudiré con el número que mi sola ciudad pudiere dar y seré el primero, y el número que quiero que vayan, sean seiscientos vecinos casados, con sus mugeres y hijos, y les doy y hago donacion de aquella tierra, que la repartan entre sí, y hago señor y virey dellos á mi primo *Atlaçol*, hijo de mi tio *Ocelopan*, el qual mataron los chalcas en la guerra, y con esto le quiero satisfacer lo mucho que su padre mereció y trauajó.

Idos los señores á sus lugares mandaron luego buscar los vecinos que á cada pueblo le era encomendado, y en muy breue tiempo fueron recogidos y traidos á la ciudad de México. El rey los hiço una plática y dixo no tuviesen pena ni fuesen tristes por dexar su patria, que á tierra iban buena y de mucho descanso, y que él los hacia libres de todo tributo y pension, y quel mandaria á las naciones cercanas que acudiesen con todo lo que tuviesen necesidad y les proueyesen de ollas, platos, escudillas y vasos y piedras de moler y les ayudasen á edificar sus casas; que fuesen consolados. Todos á una le besaron las manos y dixeron que ellos eran maçehuales y vasallos suyos, y que donde quiera los esperaua la muerte, y que morir aquí ó allí que todo era morir; que ellos iban de muy buena gana y acetauan la merced y libertad que les daua. *Monteçuma* llamó á su primo *Atlaçol* y le hiço virey de toda aquella gente, y mandó que ordenase la ciudad de tal arte, que los mexicanos estuviesen por sí, y los tecuzcanos por sí, y los tepanecas por sí, xuchimilcas por sí, y todos por sí en sus barrios, y que para señores y mandoncillos escogiese los mas ancianos y los que á él le pareciese que lo merecian, y que ordenase aquella república con el órden y concierto que la de México tenia, y que fuese padre y madre

de aquella gente, y que siempre estuviese aparejado y aperceuido y sobre auiso, pues iba á donde estaua cercado de gente bárbara y maluada, y que si algo le aconteciese, que diese auiso, que luego seria socorrido; y despachándole dióle muchos señores con que fuese acompañado y le dexasen en el lugar donde auia destar, y delante invió sus aposentadores para que donde quiera que llegasen fuesen receuidos y regalados, especialmente las mugeres y niños; y así les dauan en los pueblos donde llegauan, muy bastante prouision para todos, y los vestian á ellos y á ellas conforme á su estado.

Llegados á Guajaca asentaron su ciudad y pobláronla conforme á la instrucion que les dió el rey, poniendo á cada nacion en su barrio. Los señores que auian ido á acompañar al viso rey de Guajaca, se voluieron y dieron nueva y relacion del órden y concierto con que la ciudad de Guajaca se auia tornado á reedificar y del buen gobierno de su primo, de lo qual el rey olgó mucho, y preguntando qué gente los auia receuido á la llegada y les auia dado recado de todo lo necesario, dixeron que los de Teotlilan y los de Tochpan y los de Cuauhtochco, y finalmente, todos los que vivian y habitauan aquella costa auian venido á los seruir con mucho contento y abundancia de lo necesario, haciéndoles grandes reciuimientos de bailes y otros regocijos que ellos usauan y usan, ofreciéndoles presentes de diferentes especies de cosas, como son ropa, joyas, plumas de diferentes colores. *Monteçuma* agradeció el trauajo á los acompañadores y mandó se fuesen á descansar.

CAPÍTULO XXX. [1]

De la gran hambre que uvo en esta tierra por tiempo de tres años, reinando *Monteçuma* el primero, y del socorro que hiço á los de la ciudad de México para que no pereciesen los pobres y se despoblase la ciudad.

En el año de *mill e quatrocientos* y *cinquenta* y *quatro*, quando los yndios por la quenta de sus años contauan *Cetochtli*, [2] que quiere decir *un conejo*, y los dos años siguientes fué tanta la esterilidad de agua que uvo en esta tierra, que cerradas las nubes, casi como en tiempo de Elías, no llouió poco ní mucho, ni en el cielo en todo este tiempo uvo señal de querer llouer, lo qual queriéndolo encarezer la ystoria dice en el proceso della, [3] que siendo tanta la esterilidad, los manantiales se secaron, las fuentes y rios no corrian, la tierra ardia como fuego, y de pura sequedad hacia grandes hendeduras y grietas, de suerte que las raices de los árboles y de las plantas, abrasadas con el fuego que de la tierra salia, se les caya la flor y hoja y se les secauan las ramas, y que los magueis no dauan su acostumbrado jugo de miel, ni los tunales podian frutificar, volviéndosele sus gordas ojas ácia abaxo, inclinándose sin fuerça ninguna, casi cocidas con el calor: el maiz, en naciendo, se ponia luego amarillo y marchito y todas las demas legumbres. Empeçó la gente á desfallecer y á andar marchita y flaca con la hambre que padecian y otros á enfermar, comiendo cosas contrarias á la salud: otros, viéndose necesitados, desamparauan la ciudad, casas, mugeres y hijos, íbanse á lugares fértiles á buscar su remedio.

El rey *Monteçuma*, viendo que su ciudad se despoblaba juntamente con las ciudades comarcanas de su reyno, y que de todas

1 Véase la lámina 9ª, part. 1ª

2 Esto es; el año que en su sistema cronológico se designaba con el carácter crónico *Ce-tochotli*, correspondiente al nuestro, 1454.

3 En su narracion.

partes venian á clamar y á dalle auiso de la gran necesidad que se padecia, mandó llamar á sus mayordomos, fatores y tesoreros que tenia puestos en todas las ciudades del reyno, y mandó sauer dellos la cantidad de maiz, frisol, chile, chia y de todas las demas legumbres y semillas que auia en las troxes reales, que en todas las prouincias auia recoxido y guardado para su sustento real, especialmente en la de Chalco, que era de la que mas caso se hacia por ser allí grande el tributo de maiz que cada año dauan; luego la de Tezcuco, en la de Xuchimilco y en las demas prouincias (que por euitar prolixidad no las nombro). Los mayordomos y fatores dixeron auer en las troxes gran cantidad de bastimento conque se podia suplir alguna parte de la necesidad que la gente pobre padecia; entonces *Tlacaelel*, como hombre piadoso, dixo á *Monteçuma;* señor: no se dilate el remedio porque la ciudad se despuebla y no somos poderosos á los detener, ni será justo detenellos, supuesto que no les damos remedio: por otra parte, enferma la gente y se mueren comiendo cosas nocivas; lo que me parece es, que de ese bastimento, que dicen que ay recogido, se mande hacer cada dia tanta cantidad de pan y otra tanta de puchas, que ellos llaman *atole*, lo qual metan en la ciudad tantas canoas señaladas: QUE deste bastimento se reparta solamente á los pobres y gente necesitada, por que los prencipales y mercaderes, esos, troxes y haciendas tienen y bienes con que se sustentar, porque los que nos dan lástima y por quien se hace este beneficio son los viejos y viejas, niños y niñas pobres que no tienen de donde les venga.

Monteçuma, viendo el buen consejo que *Tlacaelel* le daua para que no se acauase de despoblar la ciudad, mandó á todos los mayordomos que presentes estauan, que por el órden de sus prouincias y ciudades, acudiesen cada dia á la ciudad de México con las canoas de pan señaladas y otras tantas canoas del *atole* dicho, y quel pan viniese hecho en tamales, y que cada tamal fuese tan grande como la caueça de un hombre, y que no inviasen maiz en grano, ni uviese saca de ello para otra parte, so pena de la vida. Dado este auiso y mandato empeçó á entrar en la ciudad de México veinte canoas de pan y diez de atole, hecho de harina de maiz tostado y chia revuelto: el rey puso regidores y repartidores deste pan, los

quales recogian la gente pobre de todos los barrios, viejos y moços, chicos y grandes, y repartialles el pan conforme á la necesidad de cada uno y á los niños aquel atole, dándoles á cada un una escudilla grande dello. Pasado un año quel Rey daua este sustento vino á tanta estrechura el año siguiente y diminucion de sus troxes, quel Rey ya no se podia sustentar, y así auisado de sus mayordomos, cómo ya sus graneros Reales se iban acabando, mandó juntar todos los de la ciudad, viejos y moços, hombres y mugeres, y híçoles un último banquete de lo que restaua de maiz y de las demas semillas: despues que uvieron comido mandólos vestir á todos de mantas y bragueros, y á ellas de camisas y faldellines, y alcabo híçoles una lastimosa plática exortatoria y consolatoria, la qual acauada empezaron los indios á dar grandes gemidos y á derramar muchas lágrimas, siendo las palabras de mucho sentimiento y lástima, la qual decia de esta manera:

"Hijos y hermanos mios: encomiendos encarecidamente la paciencia y sufrimiento que en estos tiempos es necesario, pues no peleamos contra enemigos en el campo, porque si con nuestros enemigos lo ouiéramos, pusiéramos nuestras vidas por defendernos, y muriendo cumpliamos con lo que éramos obligados; pero el que nos hace la guerra es el Señor de lo criado, de la noche y del dia: ¿quién podrá hacer contra ella pues quiere y es su voluntad que las nubes no lluevan y que la tierra abrase y eche humo de sí, y el aire queme las plantas, cosa nunca oyda ni vista por los presentes ni pasados? Por tanto, hijos mios, pues auis visto que e hecho todo lo á mí posible por remediaros hasta agora, y ya ESTÁ consumido todo el bastimento; lo que resta es, pues la voluntad del Señor de las alturas es ésta, QUE cada uno vaya á buscar su remedio."

La gente llorando y postrados por tierra, dieron un alarido lastimoso que llegaua al cielo, y dixeron de esta manera: Señor poderoso; bien vemos el socorro que nos as hecho y el amor con que nos as favorecido: tambien vemos que ya no puedes mas; por tanto, besamos tus reales manos y admitimos la licencia que se nos da de ir á buscar remedio para suplir nuestra miseria y hambre, la qual supliremos con vender nuestros hijos y hijas á los que las

puedan sustentar, porque no perezcan ni mueran de hambre. Y llorando el rey con todos los demas señores, no pudiendo sufrir la lastima de tan lastimosas palabras, despidieron la gente, los quales llorando amargamente empeçaron á salir de la ciudad y á acudir á diversos lugares, donde sentian que auia algun alivio y á donde sauian que auia gente rica, y allí vendian sus hijos y hijas á los mercaderes y á los señores de los pueblos que tenian que dallos de comer, y dauan por un niño un cestillo muy pequeño de maiz á la madre ó al padre, obligándose á sustentar el niño todo el tiempo que la hambre turase, para que si despues el padre ó la madre lo quixesen rescatar, fuesen obligados á pagar aquellos alimentos.

Los de Totonacapan alláronse en aquel tiempo muy abundosos de maiz, y oido la gran necesidad que en toda la tierra y prouincia mexicana auia y cómo se vendian unos á otros, por vengarse de los mexicanos acudieron con mucha cantidad de maiz á la ciudad de México á comprar esclauos, y á todas las demas ciudades, como fué á la de Tezcuco y á la de Chalco y á la de Xuchimilco y á la de Tepaneca, [1] de las quales ciudades y prouincias rescataron con aquel maiz gran cantidad de esclauos, y echándoles colleras á las gargantas, así á chicos como á grandes, todos puestos en ylera los sacauan de las ciudades con grandísima lastima, dexando el marido á la muger y el padre al hijo y la agüela al nieto, iban llorando, que su clamor subia al cielo, y así sacaron grandísimo número de gente de todas estas naciones. Otros, sin ser llevados, se iban á aquella prouincia de Totonacapan con sus mugeres y hijos, donde hicieron morada perpetua, donde se quedaron hasta el dia de oy. Otros, queriendo ir á estos mesmos lugares, se caian muertos por los caminos, arrimados á las cargas que llevauan; cosa nunca vista en esta tierra.

Pasados los tres años del hambre con que Dios castigó á esta nacion, por sus grandes abominaciones, se empeçaron á abrir las nubes y el cielo á echar su rocío, con tanta abundancia, que vino el año tan abundoso que empeçó la gente á revivir y resucitar y á cobrar algun ánimo de la mucha miseria pasada, y salian los hom-

1 No existiendo ciudad de este nombre, parece que deberá leerse—"y á las de la Tepaneca, ó bien—de los tepanecas."

bres y las mugeres á los mercados, tan flacas y tan descoloridos como si salieran de alguna graue enfermedad, y fué tanta la fertelidad, que empeçaron á sobrar los mantenimientos y los padres y madres á rescatar sus hijos y hijas, y algunos á voluer á sus ciudades y á recobrar sus casas y haciendas, ecepto los que salieron para la prouincia de Totonacapan, por questos nunca mas voluieron á las ciudades de donde auian salido, y así se hallan oy en dia en aquella tierra barrios de mexicanos, chalcas, tezcucanos, xuchimilcas, tepanecas, que desde aquel tiempo se fueron á vivir allí y permanecen hasta el dia de oy. No quisieron voluer mas á su natural,[1] temiendo otro semejante suceso y sauiendo que la prouincia mexicana carecia de tierras para poder sembrar y que todo el bastimento les auia de venir de fuera; y á esta causa se quedaron en estos lugares y en muchas partes remotas de la tierra donde se hallan avecindados.

CAPÍTULO XXXI.[2]

De cómo el rey *Monteçuma* se hiço esculpir en una peña en el cerro de Chapultepec, y de su fin y muerte.

Pasados los tres años del hambre y venidos los años abundosos, sintiéndose el rey *Monteçuma* ya muy viejo y que sus dias eran pocos, deseoso de dexar su memoria y figura para siempre, mandó llamar á *Tlacaelel*, su hermano, que no menos viejo quel era, y díxole: hermano, ya veis los trauajos y aflixiones con que hasta el dia de oy emos sustentado esta república y cómo emos ensanchado y engrandecido la nacion mexicana, venciendo muchas guerras, justo será quede memoria de vos y de mí, para lo qual tengo determinado de que se labren dos estatuas, una mia y otra vuestra, dentro en el cercado de Chapultepec, y que allí en la piedra que mejor pareciere á los canteros, quedemos esculpidos para perpetua memoria, en premio de nuestros trauajos, para que

1 Esto es, á su tierra natal.

2 Véase la lámina 9ª, part. 1ª

viendo allí nuestra figura se acuerden nuestros hijos y nietos de nuestros grandes hechos y se esfuercen á imitarnos. *Tlacaelel* respondió al rey que le parecia muy bien el acuerdo que auia tomado, y q̃uel tomaua á su cargo el mandallo hacer, pues su gran valor era digno de semejante memoria; y luego mandó llamar todos los mas primos entalladores y canteros que en todas las prouincias se pudieron hallar, para que muy al vivo esculpiesen la figura del rey y suya, á los quales dixo desta manera: el gran rey *Monteçuma*, mi hermano, viéndose ya viejo y que sus dias y los mios son ya pocos, quiere y es su voluntad, para que de ambos quede memoria, que esculpais nuestros retratos en las mejores piedras que en Chapultepec se hallaren, y en esto no halla detenimiento, sino que luego se ponga por obra, y juntamente señaleis el año de *Çetochtli*, donde empeçó la gran hambre pasada: id luego y buscad la piedra que mejor os pareciere para el efeto.

Respondieron los canteros que les placia de entera voluntad hacer lo que se les mandaba, diciendo que aquel era su oficio y lo que esperauan, que les besauan las manos por ello, y salidos de su presencia, fuéronse sin ninguna dilacion al cercado de Chapultepec, y vista la piedra ser muy apropiada para el efeto, empeçáronla á labrar y á esculpir en ella la figura de los dos hermanos, las quales esculpieron muy al propio y con tanta presteça, que casi no fué sentido. Acauadas las figuras vinieron al rey á dalle noticia de cómo las figuras eran acauadas, diciéndole desta manera: poderoso señor: á estos tus siervos y vasallos les fué mandado esculpir tu real figura y la de tu hermano *Tlacaelel*, las quales estatuas están hechas y acauadas con toda la perfeccion que émos podido, aunque no conforme á tu merecimiento: si fueres servido de las ir á ver, podrás todas las veces que quisieres. El rey se espantó de la breuedad con que se auia hecho una obra, que á su parecer se le hacia dificultosa, y agradeciéndoselo los mandó vestir y dar algunas preseas de honra en pago de su trauajo y solicitud, y les dió ditados de honra como entre ellos hasta el dia de oy turan. *Tlacaelel* dixo al rey: señor: vuestros vasallos han hecho lo que les mandaste, justo será que vamos á ver nuestras estatuas la hechura que tienen: y una mañana, sin ser vistos de nadie y sin ninguna compañía,

salieron de la ciudad y se fueron al cercado de Chapultepec á ver y considerar las estatuas, y allaron que estauan muy al propio, así en el adereço como en el modo de sus personas, y así dixo el rey: hermano *Tlacaelel*, contentádome an estas figuras, las quales serán memoria perpetua [1] de nuestra grandeça, como tenemos memoria de *Quetzalcoatl y de Topiltzin*, de los quales está escrito que, quando se fueron, dexaron esculpidas sus figuras en palos y en piedras, en quien adoran la gente comun, y sauemos que eran hombres como nosotros; lleuémonos nosotros esta gloria por delante.

Vueltos á la ciudad, estando los dos hermanos juntos, sin ser vistos de nadie, dixo el rey: hermano, yo quiero hacer un concierto contigo, y es que, pues ambos á dos emos gouernado y sustentado esta nacion mexicana y la emos engrandecido, que si yo muriere primero que tú, te quedes por rey de la tierra, pues tus hechos tan antiguos lo merecen, y que ningun hijo mio. ni hermano, ni deudo cercano lo pueda pretender, pues lo tienes tan merecido; y si tú murieres primero que yo, lo herede uno de tus hijos, el que tú señalares, y quel se siente en la silla y trono de nuestros antepasados, el rey *Acamapich*, *Vitziliuitl*, *Chimalpopoca*, *Izcoatl*, reyes y señores deste mundo tan grande, de dichosa memoria, los quales con no menos trauajos fundaron esta ciudad y la ennoblecieron derramando su sangre en este lugar de las espadañas y carriçales, librándola de la servidumbre y tributo en que los de Azcapuçalco nos tenian, donde en la qual libertad nos allamos tú y yo presentes y en todas las guerras que hasta el dia de oy an pasado; pues justo será que nuestros hijos gocen del premio destos trauajos, y que desde luego los dexemos en ylado [2] para que la nacion mexicana, siendo como es tan belicosa, no se atreva despues de nuestros dias á hacer lo contrario; y bastaba auer hecho y edificado el templo á nuestro dios *Vitzilopochtli* para que la nacion

1 No lo fueron, porque la ignorancia y estúpido fanatismo de un gobernante necio, las destruyó.—Nuestro distinguido anticuario D. Antonio de Leon y Gama dice que la de *Motecuhzoma* se conservó hasta hácia el año de 1753 ó 1754, en que se mandó borrar. Era un alto relieve esculpido en una roca de Chapultepec que dá vista al Oriente. De ella solo existen restos enteramente desfigurados, tanto de la figura como de la fecha. De ésta, únicamente se percibe con claridad el carácter *Ce acatl*, correspondiente al año 1467, *trece* despues del en que comenzó la grande hambre.

2 Es decir; en camino ó vía de progreso y mejora.

mexicana nos fuera grata y conocida en leuantar nuestros hijos y generacion.

Tlacaelel le rindió las gracias al rey su hermano y le besó las manos por la merced que le hacia y díxole: señor: otra memoria deseo que dexes en este mundo, no menos digna de alauança que las que hasta aquí as hecho, y es que la prouincia de tierra caliente, como es Cornauac,[1] Yauhtepec, Uastepec, tengo noticia que son muy abundantes de aguas y fuentes y TIERRA muy fértil y abundosa, especialmente unas fuentes muy nombradas que ay en Uastepec, que para recreacion y desenfado tuyo y de tus sucesores, será cosa muy deleitosa, será justo que se haga una pila ó alberca grande donde aquel agua se recoja y suba todo lo que pudiere subir, para que se pueda regar toda la tierra que alcançare, y que luego enviemos á la prouincia de Cuetlaxtla, donde es virey y gobernador en tu nombre *Pinotl*, y que luego, oydo tu mandato, haga traer plantas de cacao y de xuchinacaztli, plantas de yoloxuchitl, cacauaxuchitl, yzquixuchitl, vacalxuchitl, cacaloxuchitl y de todos los géneros de rosas que en aquella costa calidísima se da; quiçá se darán en aqueste lugar de Uastepec, pues cuesta poco proballo. Al rey le pareció muy bien el consejo, y que si lo dicho se efectuase que no menos gloria se le recreceria y alauança despues de sus dias, y así despachó luego sus mensajeros á Cuetlaxtla para que todos aquellos géneros de plantas se truxesen con mucho cuidado y solicitud, y que viniesen juntamente yndios agricultores para que ellos mesmos con sus manos los pusiesen y plantasen, conforme al tiempo y modo que ellos en sus tierras guardauan, mientras acá se cercauan las fuentes. El gobernador, oyda la embaxada de su rey y el mandato, mandó luego se hiciese y cumpliese sin ninguna dilacion, y luego, puesto por obra, sacaron todos los géneros de plantas que producian estas flores y rosas, toda la mas cantidad que pudieron, con su tierra á la raíz, envueltas con galanas mantas y las despacharon á México: el rey, quando vido el recaudo tan bueno de lo que auia pedido y que venia todo tan fértil y sin lision y que venian labradores para lo trasponer, mandó se lleuase á Uastepec y que se plantase al rededor de aquellas fuentes con las cerimonias quellos

1 Cuauhnahuac, hoy corruptamente Cuernavaca.

en semejantes actos usaban, para lo qual mandó se les diese todo el recaudo que les fuese menester.

Los labradores cuetlaxtecas lleuaron las plantas á Uastepec y las pusieron en el lugar que les fué mandado, sobre las quales ayunaron ocho dias, sacrificándose [1] la parte alta de las orejas y untando las plantas con la sangre que se sacauan de las orejas; y pidiendo á los mayordomos gran cantidad de papel y de inçienço, y de ule hicieron un gran sacrificio al dios de las flores, ofreciéndole mucha cantidad de codornices muertas, rociando con la sangre dellas las plantas y el lugar donde las auian plantado, haciendo encreyente [2] á los de aquella tierra que haciendo aquellas cerimonias ninguna planta se perderia, y que en muy en breve darian sus flores y fruto; y así fué quel demonio, para engañallos y traellos á la ceguedad en que oy en dia deuen algunos de permanecer, permitiéndolo nuestro Dios por sus grandes pecados, ninguna de aquellas plantas se perdió, antes al tercer año dieron flores en abundancia, de lo qual espantados los cuetlaxtecas, dixeron que en su tierra no daban las flores con la presteza que acá se auian dado, y que conocian ser aquella tierra de Uastepec mejor y mas apropiada para aquellas plantas que la suya. *Monteçuma* alçó las manos al cielo y dió gracias al Señor de lo criado que les auia concedido sus bienes, y empeçaron á llorar él y *Tlacaelel* de contento de auer salido con su intento, teniéndolo por particular merced y beneficio del Señor de las alturas, del dia y de la noche, pues dejauan á la nacion mexicana y á todas las naciones de la prouincia el refrigerio y deleite de la rosas de que hasta allí auian carecido.

En este medio tiempo enfermó el rey de la enfermedad de la muerte, la qual le fué creciendo cada dia mas, de la qual vino á morir, dexando de sí loable memoria de justísimo y piadosísimo Rey. Murió el año de *mill y quatrocientos y sesenta y nueve*, auiendo reinado treinta años loablemente, el qual dicen questando en la enfermedad dió guerra á la prouincia de Tlatlauhquitepec, y que antes que muriese le vinieron nuevas de cómo la auia sujetado su exército, la cual relacion la hallé en una pintura peregrina. Muerto este

1 Esto es, haciéndose incisiones.
2 Haciendo creer.

Rey, se le hicieron las osequias acostumbradas que á semejantes señores se hacian, acudiendo á ellas todos los Reyes y Señores de la comarca con sus ofrendas y presentes, segun su uso y costumbre, matando muchos esclavos y gente de su servicio, á contemplacion de que le fuesen á seruir á la otra vida, enterrando con él gran parte de sus tesoros, enterrándole en el patio de su propia casa, que era donde agora son las casas reales, dondel Marques del Valle se aposentó quando entró en esta tierra y donde estuvo cercado muchos dias, de donde salió huyendo él y su gente para Tlaxcala, donde despues, á la vuelta, despues de ganada la ciudad, escogió aquella casa para edificar la suya, como vemos que edificó.[1]

CAPÍTULO XXXII.[2]

De la eleccion del rey *Axayacatzin* y de las cosas sucedidas en su tiempo.

Concluidas las osequias del rey *Monteçuma* primero, *Tlacaelel* mandó venir á todos los principales y señores de México al lugar donde ordinariamente se juntaban á sus juntas y cabildos, y estando todos juntos díxoles de esta manera: ya os es notoria la muerte de mi hermano, el qual, así como el que lleva una carga á cuestas á algun término señalado, a traido la carga del señorío mexicano hasta el término y fin de sus dias, haciendo su oficio como esclavo que está sujeto á su amo, amparando y defendiendo las cosas que á esta república tocaban, lo qual mañana ó esotro dia acontecerá por mí y por los que aquí estamos, pues el goçar desta vida, sus placeres y contentos nos es solamente prestado y tura muy poco, y ya veis cómo son acauados todos mis hermanos y que solo yo e quedado; y diciendo estas palabras empeçó á llorar. Los principales, movidos á compasion, le empeçaron á consolar y á poner por delante el valor de su persona y el ánimo de su coraçon para sufrir semejantes trauajos, aunque acordándose todos de su buen rey

1 Véase la nota 5ª al fin de la obra.
2 Véase la lámina 10ª, part. 1ª

y señor no pudieron estar sin hacer sentimiento; pero reportándose *Tlacaelel* les dixo: señores, pues estais presentes y para este efecto nos emos aquí juntado, señalá quién es el que de vuestra voluntad quereis que sea caudillo y caueça desta república. Todos á una respondieron que la voluntad suya y de todos los de la ciudad era quel los rijiese y gobernase y que á él querian por amparo y arrimo, pues en vida de los demas reyes lo auia sido, y que esto pedian los viejos y los moços y mugeres y niños, y que esta carga le querian echar lo poco ó mucho que viviese. *Tlacaelel* respondió: mexicanos: yo os agradezco la honra que me quereis dar; pero ¿qué mas honra puedo yo tener que la que hasta aquí e tenido? ¿qué mas señorío puedo tener del que tengo y e tenido? pues ninguna cosa los reyes pasados an hecho sin mi parecer y consejo en todos los negocios civiles y criminales, y ya yo no tengo edad para la carga que me quereis echar, y hacé cuenta que con el mesmo cuidado os serviré y ampararé hasta que se me acaue la vida, y así no tengais pena, que yo os señalaré quién a de ser rey y señor vuestro, y vayan á llamar al rey *Neçaualcoyotl*, de la prouincia de Aculuacan y al rey *Toloquinztli*[1] de la nacion tepaneca, porque con ellos quiero consultar mi parecer y consejo. Todos á una comprometieron en él y en los dos reyes, para que LO QUE los tres hiciesen lo dauan por muy bien hecho.

Venidos los dos reyes *Tlacaelel* se encerró con ellos y trató de la elecion del nuevo rey, dándoles quenta de cómo le auian eleto y que su edad no lo requeria, que él estaua determinado de elexir un mancebo valeroso para que reynase en su lugar, y quel que mejor le parecia era un hijo del rey pasado, que se llamaua *Axayacatzi*, sobrino suyo. Los reyes le respondieron: ecelente señor: mostrado as en esta obra que haces el gran valor de tu persona y tu gran umildad, pudiendo ensalçar tu persona y la de tus hijos y no querello hacer; pero una cosa nos parece, que para el consuelo desta república se mande al rey que tu elixes, que sin tu parecer no haga cosa ninguna, como tus antepasados lo hicieron. El rey lo acetó y dixo: que aunque su edad era ya muy cargada, quel haria todo su deuer, y así mandaron llamar á todos los principales

1 Léase *Totoquihuaztli*.

y señores y juntamente juntar el pueblo, mugeres y hombres, chicos y grandes, y estando juntos, el rey *Neçahualcoyotl* de Tezcuco, señaló con el dedo al eleto y lo sacó dentre todos los demas señores y lo hiço sentar en su trono real, poniéndole las insinias de rey, con las cerimonias acostumbradas, y le hiço una larga y retórica plática dándole el parabien de su elecion y ofreciéndole ricos y preciosos dones de mantas, plumas y joyas y piedras de mucho valor, de lo qual venian apercebidos: lo mesmo hicieron el rey de los tepanecas y todos los señores que presentes se hallaron, y le dieron la obediencia y le reconocieron por señor superior. El pueblo que presente estaua, oyendo la nueva elecion la acetó y dió por muy buena, rindiendo las gracias á los eletores, y luego se dió aviso á todas las prouincias de la elecion del nuevo rey, de donde acudieron todos los señores á dar la obediencia y á ofrecer sus acostumbrados dones, mandando hacer regocijos y fiestas de bailes y cantos apropiados á la elecion.

Estando ya el rey *Axayaca* en su trono empeçó á tratar de las cosas tocantes á su república, mandando de nuevo se guardasen las leyes que sus antepasados los reyes auian dexado ordenadas, no osándose de mandar sin el parecer de su coadjutor, como le auia sido encomendado. Y estando en mucha quietud y sosiego, con mucha paz y concordia con las prouincias comarcanas, en el quinto año de su reinado se levantó en la ciudad contra él, sin pensar, UNA REBELION entre los mexicanos y tlatelulcas, que le puso en mucha aflicion por ser todos deudos y parientes y amigos. La causa desta rebelion fueron unos mancebos trauiesos, hijos de los señores, los quales saliendo un dia al mercado que en la plaça de México se hacia, allaron en él algunas moças, hijas de señores de Tlatelulco que acaso auia allí venido, y requebrándolas y diciéndolas algunas palabras jocosas de burla, y ellas respondiéndoles al mesmo tono, no pensando que pasara tan adelante, les rogaron los dexasen ir en su compañía, y ellas admitiendo la compañía, antes que llegasen á los términos de Tlatelulco, las trataron con mucha desonestidad, y violándolas la puridad y entereça de sus personas. Ellas, vista la violencia y mal término que con sus personas se auia osado, quexáronse á sus padres, hermanos y deudos, los quales sin-

tieron mucho la afrenta; juntamente con esto les hicieron otra injuria con que se acauaron de indignar, y fué, que haciendo los de Tlatelulco una acequia para que las canoas llegasen á sus términos, una mañana amaneció toda deshecha y cegada, lo qual visto por los señores de Tlatelulco, recibieron mucho enojo y pesadumbre, y dixeron entre sí mesmos: estos mexicanos imaginan que nosotros somos de diferente generacion quellos; no saben que somos mexicanos, parientes y deudos y amigos venidos del mesmo lugar quellos vinieron: ¿pues qué novedad es ésta de querernos así afrentar?

Auia entre ellos un valeroso cauallero que se llamaua *Moquiuixtli,* y sin mas consejo ni parecer, mouidos por indignacion, lo alçaron por rey, haciendo caueça por sí, auiendo estado hasta entonces sujetos á la corona real de México, el qual Rey nuevo, teniendo á todos sus prencipales presentes, les dixo: ¿qué os parece? señores; ¿no reciuís enojo y pesadumbre del mal tratamiento que nuestros parientes y cercanos nos hacen, como si fuéramos sus siervos ó vasallos? ¿No somos, por ventura, tambien mexicanos y el mesmo brío que tienen no tenemos nosotros? Por tanto, mexicanos, los que vivimos en el Tlatelulco esforçaos y destruyamos á los tenuchcas, [1] para lo qual usaré de un ardid y cautela muy buena y muy á nuestro prouecho, y es que yo enviaré mis mensageros á los de la otra banda de la Sierra Neuada, que son los guajocingas, [2] tlaxcaltecas, tliliuhquitepecas, dándoles auiso de cómo los tenuchcas se han conjurado contra ellos de dalles perpetua guerra y traellos para víctimas de sus sacrificios y para comellos en sus bodas y banquetes, y que nosotros, de la parcialidad del Tlatelulco, no hemos consentido en semejante conjuracion: que si son seruidos de dalles guerra, quellos serán en su favor, y que no quieren mas que les guarden las espaldas; que ellos les harán rostro.

Con este consejo despacharon luego sus mensageros al señor de Guejocingo, [3] de Tlaxcala y de las demas ciudades contra quien México se auia conjurado, á los quales los mensageros propusieron su embaxada y respondieron todos á una, que ellos no querian con-

1 Véase respecto de esta denominacion lo que se dice en la nota 8ª

2 Huexotzinca.

3 Huexotzinco.

tiendas ni revueltas con los mexicanos, porque hasta entonces no les auian hecho mal; que quando les enjuriasen ellos voluerian por sus personas; la qual respuesta dieron á su señor, especialmente le sinificaron auer mostrado los señores de aquellas ciudades temor de ruido hechiço, [1] diciendo cómo auer sido posible unos mexicanos con otros auer quistion y contienda, siendo todos unos. Un prencipal de los presentes, que se llamaua *Teconal*, dixo á su nuevo rey, ¿an os [2] de asombrar las flechas y dardos de los tenuchcas? ¿no somos hombres para podernos defender de ellos? Enséñense los mancebos y impónganse [3] los tlatelulcas, que tan poderoso es nuestro braço como el suyo; y si los venciéremos, ya que del todo no los destruyamos, al menos quedará en nuestra parcialidad el señorío y mando. Y con este acuerdo mandaron recoger todos los mancebos y imponellos en los exercicios de la guerra, como adelante diremos.

CAPÍTULO XXXIII. [4]

De la brava batalla que uvo entre los mexicanos del Tlatelulco y los de Tenochtitlan.

Despues que el nuevo rey de la parcialidad de los mexicanos del Tlatelulco oyó la respuesta que los guajoçingas y tlaxcaltecas y todos los de la parte de la Sierra Nevada le auian dado, de que no le querian dar fauor en la guerra que pretendia hacer á sus mesmos hermanos, antes reprendiéndoles el mal propósito y consejo que tomaua, por no perder tiempo y oportunidad en los negocios arduos que pretendia, no desfalleciendo su coraçon, ni mostrando dársele nada, propuso de lleuar adelante su indinacion, lo qual estos indios tienen de costumbre por ser gente interesal y vengativa; y así tomó consejo con sus principales, diciéndoles: bien auis

1 Es decir, de que la desavenencia entre mexicanos y tlaltelolcas fuera fingida, ó simulada.

2 ¿nos han de, etc.

3 Instrúyanse, ó ejercítense.

4 Véase la lámina 10ª, part. 1ª

visto la respuesta de los de la otra parte de la Sierra Nevada, y cómo no nos quieren prestar su favor; ¿qué es lo que os parece que hagamos? ¿qué acuerdo deuemos tomar para esta guerra, la qual querria concluir con toda diligencia? Entonces respondió un principal con mucha osadía y altivez, el qual se llamaua *Teconal*, y dixo: Señor poderoso, ¿ános de asombrar los mexicanos? ¿no somos hombres como ellos? por tanto, magnánimo señor, mandá que se exerciten tus vasallos los de Tlatelulco, pues saues que las açañas que los mexicanos atribuyen á sí, son praticadas de nuestras fuerças y ánimo. *Moquiuixtli*, viendo el buen consejo y que no era tiempo de dormir en semejante oportunidad, viendo á todos los principales de su parte y propósito, mandó luego en aquella ora que juntasen todos los mancebos de veinte años para arriba, los quales recogidos los mandó encerrar en el patio de sus aposentos Reales y díxoles de esta manera: mexicanos valerosos de la parcialidad tlatelulca: estad atentos á mis palabras: aquí sois venidos solo para encomendaros que os exerciteis en las cosas de la guerra, haciendo algunas pruebas que á semejante exercicio conviene, y la primera es que se haga una estatua de piedra y que en ella os enseñeis á tirar la honda, y el que mejor tiro hiciere, á ese se le da la honra y gloria y primado entre todos vosotros, al qual exercicio me quiero hallar presente para dar la corona al que la mereciere.

Respondieron todos le besaban las manos, y que aquel era su deseo exercitarse en las cosas de la guerra, y sin ningun detenimiento truxeron una estatua de piedra á la hechura y altura de un hombre, con una espada y rodela en la mano, amenaçando querer herir con ella, la qual pusieron á un canto de la plaça, contra la qual salieron gran multitud de mançebos, que pasauan de dos mill, deseósos de ganar el premio que su nuevo rey les prometia, los quales todos eran hijos y parientes muy cercanos de señores, todos con sus hondas y piedras rolliças en las manos, y unos á porfia de otros empezaron á combatir la estatua, sobre la qual cayeron tantas piedras que á poco rato estaua toda deshecha á pedradas. El rey, viendo la buena maña que su gente se auia dado en deshacer la estatua, con rostro alegre, mostrando mucho contento, dió á todos las gracias de lo bien que lo auia hecho, de lo qual todos me-

recian la corona, pues nenguno se auia señalado mas que otro, y así queria ver si en otra prueba auia quien se aventajase para dalle el premio de lo uno y de lo otro; y así mandó hacer una estatua de palo, á la mesma manera que la de piedra pasada, y puesta en el mesmo lugar, mandó que saliesen á la prueba de la estatua con fisgas y flechas, contra la qual salieron todos los mancebos dichos y empeçaron á tirar unos á profia de otros, que á poco rato estaua la estatua pasada de muchas flechas y fisgas, tantas que cubrian el palo y muchas dellas la auia pasado de la otra parte, con tener, segun la ystoria dice, un palmo de grueso. Viendo el rey la buena maña que aquellos mancebos se daban y el deseo que mostrauan de ganar honra, ordenó, ó por mejor decir, fingió queria hacer una caça de aues marinas y mandó adereçar muchas canoas, y que todos aquellos mancebos, pues tan certeros se auian mostrado en la estatua de palo y de piedra, que queria ver en las aues que vuelan cómo lo hacian; lo qual luego fué puesto por obra y entrando en la laguna toda aquella multitud de gente, á los quales mandó el rey que ninguno tirase á pato ni garça questuviese posada en la tierra ni en el agua, sino solamente á las que fuesen volando, porque en aquello queria ver su gentileça: luego puestos todos á punto con sus fisgas en las manos, levantaron mucha cantidad de caça questaua asentada en el agua, y tirándole al vuelo con mucha destreça y galanía, dice la ystoria que mataron gran multitud de patos y ánçares, garças y de todo género de caça marina, las quales, pasadas con las fisgas y flechas, venian cayendo por el aire de lo alto, en el qual exercicio ocuparon todo aquel dia, y mandándolos juntar el rey, les hiço esta plática: Tlatelulcas: mucho me e olgado de ver la destreça de vuestras personas: bien entendereis questo que se a hecho no es acaso sino muy de propósito, porque quiero que entendais que si alguna vez os viéredes con vuestros enemigos, que sepais que sus carnes no son piedra, ni son de palo, y que pues vuestro valeroso braço deshace las piedras y palos, que mejor despedaçareis sus carnes, como leones ó tigres ferozes: tambien quiero que sepais que no son páxaros que vuelan para que se os puedan ir de las manos, pues en este dia pocos se os an ido de los páxaros que vuelan; por tanto esforçaos, que presto aureis menester las manos y vereis

engrandecida vuestra parcialidad mexicana del tlatelulco y que todas la naciones están sujetas á él y que goça de lo que a goçado la parcialidad mexicana de Tenochtitlan. Ellos se le humillaron y dieron gracias, no entendiendo á qué fin lo decia, mas de que los mandó apercibir y adereçar para el punto que fuesen avisados.

Los principales en quien este negocio estaua secreto, dixeron al rey no se apresurase ni inquietase, que lo mejor era callar y hacer con cordura el negocio determinado, sobre lo qual ellos darian parecer, y el parecer fué ordenar una traicion, que á media noche y de sobre salto diesen sobre los tenuchcas, diciendo quel rey *Axayacatl* era moço y que muertos sus valientes hombres en quien él confiaua, que no auia QUE hacer caso del: QUE *Tlacaelel* ya era viejo, que tampoco auia POR QUE temelle mas que una mugercilla que estaua siempre sentada. Pero como estos negocios nunca se hacen tan secretos que por una parte ó por otra no se sepa,[1] alguna de las principales que esto ordenauan no lo viniesen á entender, y aconteció que, un dia antes que esto se efectuase, vinieron algunas mugeres de los tenuchcas al mercado de Tlatelulco y sobre cierta compra ó venta uvo alguna contienda con las mugeres de Tlatelulco, y rompiendo en palabras las dixeron que presto verian el pago de su atrevimiento, con lo qual dieron mala sospecha á los mexicanos que lo oyeron, de lo qual dieron auiso á su rey *Axayacatl*, y advirtiendo sobre los exercicios de guerra en que veia emponer[2] á los mançebos, confirmó su sospecha, sobre lo qual hiço junta de los señores de su reyno, y acordado entre ellos, mandaron poner guardas de secreto en la ciudad y juntamente á ciertos capitanes que se fuesen al tianguez[3] de Tlatelulco, como que se ibán á olgar y que con toda disimulacion fuesen escuchas[4] de todo lo que se tratase; y así discurriendo por todo el tiangez con toda disimulacion, oyeron muchas palabras de escarnio que contra ellos se decian, especialmente oyeron decir, mirá estos cómo se pasean con tanto descuido; dexaldos, quellos nos la pagarán; las quales palabras re-

1 Aquí faltan algunas frases, tales como — "tampoco pudo evitarse que, etc."
2 Instruir.
3 Nombre corrompido de la plaza del mercado; en mexicano *Tianquiztli.*
4 O espías.

lataron á su rey, el qual invió á llamar á *Tlacaelel* su coadjutor, y venido le dió quenta de todo lo que pasaua, especialmente que ciertos mercaderes auian preguntado á las escuchas que ¿qué mercadería traian á vender? que si les querian vender sus tripas, asaduras y coraçones; de lo qual se temia alguna rebelion ó traicion que los tlatelulcas les tuviesen ordenada.

Tlacaelel respondió: ¿es posible que nuestros deudos y parientes intenten semejante negocio? esfuérçate y no temas, quel Señor de lo criado, del cielo y de la tierra y de la noche y del dia, te librará de las manos de tus enemigos; pues no puedes oir lo que está determinado, ni es lícito esconderte, pues para esto fuiste escogido entre tus hermanos; y no solo esto as de esperimentar el tiempo que vivieres, como yo e esperimentado antes que esta ciudad tuviese manos y piés y el resuello y descanso que agora tiene, y as quenta que te viene esta tribulacion para principio de tus grandeças; y para que se entienda la poca culpa que en este negocio tenemos, despacha luego tus mensageros al rey de Tacuba y al de Tezcuco y á los señores de Chalco y á los de Xuchimilco y Cuyuacan, á Culhuacan, Iztapalapa, no para que nos favorezcan y ayuden, sino para que si los tlatelulcas nos quixeren hacer mal y los venciéremos y desbaratáremos, sepan y estén auisados no auer sido nosotros la causa, por ser caso vergonçoso que unos hermanos contra otros se maltraten y den guerra; y si fuéremos vencidos y muertos, al menos la gloria será nuestra de no auelles dado ocasion. Los quales mensajeros luego fueron inviados á todas las prouincias, y concluyendo el viejo con la plática, mandó que con todo secreto se aperciuiese la gente de mancebos y soldados viejos, de armas, rodelas y espadas, hondas y otros adereços de guerra y que esperasen el suceso.

El señor del Tlatelulco estaua casado con una hija ó hermana del rey de México *Axayacatl*, la qual estando durmiendo, dice la ystoria, que soñó un sueño y fué que soñaua que sus partes impúdicas hablaban y que con voz lastimosa decian: ¡ay de mí, señora mia, y qué será de mí mañana á estas oras! ella despertando del sueño con mucho temor, contó á su marido lo que auia soñado, y importunándole le dixese qué queria sinificar aquello, él le contó

lo que tenia determinado de hacer, y que podia ser sinificar lo que otro dia auia de acontecer. Ella llorando amargamente con lo quel rey le auia descubierto, le dixo: señor: cosa ardua as emprendido: ten lastima de las mugeres y niños que por tu causa an de perecer y de las muchas muertes que de ambas partes a de auer: mira que tienes hijos pequeños, considera quáles quedarán si tú y yo les faltamos, pues serán esclauos perpetuos si acaso fueremos vencidos. El rey se levantó de la cama y dió un gemido mostrando pesar de lo que auia intentado, y escusándose, dixo que *Teconal* auia sido el prencipal mouedor de aquella rebelion y que ya no era poderoso para lo poder evitar por estar tan determinados. Ella tornó á replicar, ¿cómo, señor, siendo tú caueça y señor desta gente, es posible que no podrás aplacalles los coraçones? dame licencia para que yo les hable; quiçá oirán mis femeniles palabras y se conformarán con los tenuchcas y voluerán á la amistad pasada: no te acobardes: háblales, vete á tu hermano *Axayacatl;* apacíguale, abráçale, hazme este placer y dame este contento.

El señor de Tlatelulco salió acá fuera para ver si en su casa auia algun rumor de gente y alló que en la cocina de su casa estaua un viejo de muchos dias, que á su parecer nunca le auia visto, el qual estaua hablando con un perrillo y el perrillo le respondia á todo lo que le preguntaua, y que en el fuego estaua una caçuela hirbiendo, junto al viejo, y dentro de ella unos pájaros baylando, lo qual tuvo el rey por muy mal agüero; y que una máscara questaua colgada en una pared empeçó á quexarse muy lastimosamente, la qual el rey tomó y hiço pedaços. Viendo el rey todas estas cosas quiso consultar á los dioses y hacelles fiesta para que aquellos agüeros fuesen contra los tenuchcas, para lo qual convidó á sus vecinos los de Azcaputzalco, Cuautitlan y Tenayuca, á los quales hiço un solene banquete y bayle, los adereços del qual fueran todos pertrechos de guerra, espadas, rodelas, flechas, dardos, hondas, arcos, con las quales insignias celebraron aquel solene bayle, y todos los presentes que aquellos señores ofrecieron fueron de lo mesmo, juntamente con las ofrendas de su dios.

Acauado el banquete, queriendo cantar algunos cantares de lamentacion contra los tenuchcas, casi como llorándolos ya muertos

y destruidos, se les trastocauan las palabras, y por nombrar tenuchcas nombrauan tlatelulcas, sin poder hacer otra cosa; y así *Teconal*, autor desta rebelion, porque no se acobardasen viendo tantas señales y agüeros, dixo á *Moquiuix*, ya todo está á punto: quando fueres servido podremos dar fin aquestos leoncitos que están cerc a de nosotros. *Moquiuix* envió sus espías á México para ver lo que en la ciudad. pasaua, y allaron al rey *Axayaca* que con sus grandes y señores estaua jugando á la pelota, descuidado al parecer de ningun mal suceso, lo qual fué hecho de propósito y para desvelallos y dalles á entender no tener ningun auiso de lo quellos tenian determinado; lo qual era al contrario, porque la hija del rey auia dado auiso á su padre *Axayaca* que aquella noche tenian determinada la traicion. Las espías del Tlatelulco voluieron con mucha alegría á su señor, diciéndole el descuido que de aquel hecho y determinacion tenian los mexicanos, y luego mandó poner la gente en órden y encomendó á *Teconal* diese la traça en el negocio que á él mejor le pareciese. *Teconal*, de la mitad de la gente hiço una çelada escondida junto á los términos de México, la qual fué sentida por las espías que *Tlacaelel* tenia puestas, y dado auiso secreto dello; de la otra mitad hinchó las albarradas y tomó todos los caminos y sendas por donde los mexicanos podian huir, los quales no se dormian en aquella ora, pues todos aperceuidos y muy á punto estauan esperando la señal que los del tlatelulco auian de hacer para entrar en la ciudad á dar el saco, como lo tenian ordenado, la qual señal se hiço á media noche en punto, y entrando los de Tlatelulco en Tenuchtitlan con gran alboroto y vocería, salieron los mexicanos tomándolos en medio por muchas partes de la ciudad: fué tanto el alboroto y matança que en ellos hicieron y murió tanta gente de ambas partes, que apenas los de Tlatelulco pudieron voluer á cobrar el camino por donde auian entrado, y los que escaparon fué echándose á nado en las lagunas y escondiéndose entre los carriçales, de lo qual los tlatelulcas quedaron muy acorridos y afrentados, y con tanto enojo y rancor, que propusieron de dalles pública batalla, y mandaron que toda la gente se apercibiese de nuevo, así niños como hombres, y que todos se exercitasen y prouasen en esta guerra.

Sabido por los mexicanos el nuevo mandato y pregon y la porfia inconsiderada de *Moquiuix* y sus principales, teniéndolos por traidores y que sus hechos eran de noche, en escuras, pusieron guardas públicas en todas las calles de la ciudad, y lo mesmo hicieron los del Tlatelulco, temiendo la vengança que de semejante traicion les podia venir. Puestos estas guardas de una parte y de otra, el Rey *Axayacatzin* llamó á sus principales y tomó consejo de lo que se debia hacer, deseando euitar las muchas muertes que se auian de recrecer, y mas prencipalmente la notra [1] burla y escarnio que desta guerra las naciones cercanas auian de hacer; y así tomando su consejo se dió de parecer que fuesen á aplacar la ira y enojo de *Moquiuix* y de los demas principales, con palabras y raçones que le obligasen á ello, poniéndoles por delante la union de parentesco, consanguinidad y afinidad y amistad que entre ellos auia, y la vergüença que seria sabiéndolo las demas naciones, holgándose del bando y rancor que entre ellos auia. Con por [2] esta determinacion llamaron á un prencipal, que se llamaua *Cueyatzin*, para quel fuese con la embaxada, al qual dixeron desta manera: Vé ante la presencia de mi hermano *Moquiuix*, y díle que por qué no mira lo que hace; que si tiene por burla emprender una cosa de donde tantos daños se an de recrecer; que mire lo que hace y no se rija por hombres apasionados; que junte su gente y tome parecer y acuerdo, porque no es posible que en una cosa tan desordenada aya conformidad: que llame á los viejos y viejas, hombres y mugeres y les dé parte dello, porque si todos están deste parecer, que en tal caso no le pondrán ninguna culpa, sino solo á algun particular; que no siga su mal consejo. El embaxador fué con esta embaxada á *Moquiuix*, señor del Tlatelulco, el qual quedó espantado DE auer podido entrar; el qual, oyda la respuesta, [3] díle al rey tu señor, que la respuesta que se le da es que se aperciba, porque esta es la determinacion de los del Tlatelulco, vengar las muertes de los de la noche antes, y que en nombre de todo el pueblo le desafio á él y á toda su gente, y que tengo esperança en el Señor de

1 Probablemente—"notoria."
2 Tal vez—"conforme á"
3 Falta la frase, "le contestó," ú otra semejante.

lo criado, del dia y de la noche, que a de ser la ciudad de Tenuchtitlan muladar y secreta de los tlatelulcas. El embaxador voluió con esta embaxada á su Rey, de lo qual uvo gran risa y mofa.

CAPÍTULO XXXIV. [1]

De la segunda batalla que los mexicanos dieron á los de Tlatelulco, y de cómo los vencieron.

Oyda la respuesta del señor de Tlatelulco, estando todos los señores presentes, despues de auer reido y mofado de respuesta tan arrogante, *Tlacaelel* se voluió al Rey con una ira quel coraçon parezia saltalle del cuerpo, deseando en aquel punto ser moço de muy poca edad para poder vengar y abaxar la soberbia de hombres tan arrogantes y altivos; y leuantándose en pié mostrando el enojo que tenia, dixo: poderoso Rey: si mis fuerças fueran bastantes para ir solo á mostrar mi persona y el valor della, como lo hice en la entrada de Azcaputzalco, aunque todo el mundo me lo estoruara yo diera á entender á *Moquiuix* su mucha locura y atreuimiento; pero pues yo no puedo, vuelua allá *Cueyatzin*, y lléuele las unciones y insinias de los muertos, y haga lo que yo hice en Azcaputzalco; [2] lo qual fué luego puesto por obra; y llegado *Cueyatzin* ante *Moquiuix* dixo desta manera: Señor: el Rey de México, tu siervo y hermano, te invia estas insinias funerales, y que te ungiese con este betun de muertos y te aparejes para morir. *Moquiuix* se leuantó del asiento en que estaua, dando de rempujones al mensagero, y tratándole con mucha asperеça lo echó del aposento diciendo: díle á tu señor que esas unciones á él pertenecen: y estando diciendo esto llegó *Teconal* con una espada en la mano y dando á *Cueyatzin* un golpe con ella en el pescueço le derrivó la caueça, y tomándolo en braços lo echaron en los términos de Tenuchtitlan, donde luego los tlatelulcas alçaron un alarido muy grande, apelli-

1 Véase la lámina 11ª, part. 1ª

2 Vide pág. 74.

dando este nombre de Tlatelulco. *Tlacaelel* tomó una espada y una rodela, y subióse en lo alto del templo y mandó tocar los atambores y bocinas, al són de los quales se recogió gran número de soldados y gente de guerra, á los quales en alta voz dixo: hijos y hermanos mios; no desmayeis, que la justicia es de nuestra parte, pues nos an muerto á nuestro embaxador, tan sin raçon y justicia; no teneis necesidad de salir de vuestros términos, pues á las espaldas de vuestras casas están vuestros enemigos: no ay que subir cerros ni que decendir quebradas, ni que correr valles: hacé quenta que echais moxcas de vuestra pertenencia; por tanto meteos debaxo la rodela, apretá bien el espada, estendé bien vueso braço, porque desde aquí quiero ver y goçar del valor de vuestras personas.

A este punto salió el Rey *Axacayatl* armado de sus armas con ricos adereços y deuisas de mucho oro, joyas y plumas, con una rodela y espada en la mano, mostrando valor y gentileça, cercado de todos sus señores y principales, que no menos galanos y vistosos venian, al qual dixo *Tlacaelel:* ea, valeroso mancebo: poco á poco; no te apresures, aguarda á la señal que yo te hiciere y ten atencion á quando yo alçare la rodela en alto, que aquese es el tiempo de acometer; y con esto el rey y su exército empeçaron á marchar, y llegados al término señalado allaron la gente del Tlatelulco no menos apercibida y á punto, con el mesmo órden y concierto quellos trayan, estando en delantera *Moquiuix* y *Teconal*, animando y esforçando su gente. El rey *Axayacatl*, puestos los ojos en *Tlacaelel* para aguardar la seña que le auia de hacer para empeçar el combate, vido alçar la rodela y el espada, haciendo amenaça de herir, y luego mandó á su gente que acometiese, y fué con tanta furia, que los de Tlatelulco se vieron muy apretados, del qual rencuentro les ganaron los mexicanos mucha parte de tierra, haciéndoles retraer á mal de su grado, trauajando los mexicanos de cobrar la plaça del Tlatelulco, que era la prencipal donde se hacia el mercado, al cauo de la qual estaua el gran templo del Tlatelulco, donde los tlatelulcas auian jurado á su dios de ensangrentalle las gradas del templo y su estatua con la sangre de los mas principales mexicanos.

Empero los de Tlatelulco lo resistian con todas sus fuerças y po-

der, sobre lo qual uvo en aquel punto una porfia y batalla muy reñida, muriendo mucha gente de ambas partes. En aquel punto *Tlacaelel*, desde lo alto del templo mandó tocar los atambores y bocinas, caracoles y otros instrumentos quellos tocauan en las batallas, con muchos silbos y aullidos temerosos que usauan, al sonido de los quales los mexicanos cobraron ánimo y esfuerço, y apretando á los de Tlatelulco los hicieron mouer hácia atras y perder el lugar que tenian, y encerrándolos en la plaça de su mercado, haciéndose los tlatelulcas fuertes, no dexauan entrar á la plaça nenguno de los mexicanos en ella. El rey *Axayacatl* mandó cesar á los suyos, los quales todos baxaron las espadas, arcos y soltaron las hondas y fisgas, y en alta voz empeçó á decir: hermano *Moquiuix*, ya veis quán poco nos falta para ser señores desta plaça y templo: rendios y baxá las armas; tené lástima de vosotros mesmos y de vuestros hijos. *Teconal* respondió: eso haremos nosotros de buena gana, si atadas las manos os poneis en nuestro poder para ensangrentar con vuestra sangre nuestro templo, como lo tenemos jurado y prometido á nuestro dios *Vitzilopochtli*. *Axayacatl*, viendo lo poco que sus comedimientos aprouechauan, mandó á los suyos voluiesen al combate, y fué con tanto ímpitu esta arremetida, que desbaratándolos entraron á la plaça donde los tlatelulcas empeçaron á retraerse sin ninguna órden ni concierto. *Moquiuix* y *Teconal*, viéndose perdidos y que la gente huya, mas que peleaua, subiéronse á lo alto del templo, y para entretener á los mexicanos y ellos poderse reacer, usaron de un ardid, y fué que juntando gran número de mugeres y desnudándolas todas en cueros y haciendo un escuadron dellas, las echaron hácia los mexicanos que furiosos peleauan, las quales mugeres, así desnudas y descubiertas sus partes vergonçosas y pechos, venian dándose palmadas en las barrigas y otras mostrando las tetas y esprimiendo la leche dellas y rociando á los mexicanos. Junto á ellas venia otro escuadron de niños, todos en cueros y embijadas las caras y emplumadas las caueças, haciendo un llanto lamentable. Los mexicanos, viendo una cosa tan torpe, mandó el rey *Axayacatl* que no hiciesen mal á muger ninguna, empero que fuesen presas y los niños juntamente, y así siguiendo la vitoria y dexadas las mugeres, el rey subió á lo alto del templo

con otros caualleros suyos, aunque con mucho trauajo por la mucha resistencia que halló; pero CUANDO subió halló que *Moquiuix* y *Teconal* se auian acogido al altar donde estaua *Vitzilopochtli.* El rey entrando osadamente, junto al mesmo ídolo y altar, los mató y sacó arrastrando y echó por las escaleras abaxo del templo.[1]

Los tlatelulcas, viendo á sus caudillos y señores muertos, desampararon la plaça, y metidos por las acequias y tulares, unos hasta las gargantas, otros hasta los pechos, se escondian lo mejor que podian para no ser muertos de sus mesmos deudos y hermanos que furiosamente los perseguian, no dexando hombre á vida. A este punto salió un gran señor de los tlatelulcas, ya viejo muy anciano, tio del rey de México, que se llamaua *Cuahuauhtzin,* y postrado delante de su sobrino le suplicó mandase çeçar su gente y que bastase la vengança que de sus ofensores auia tomado. El rey, viendo las venerables canas de su tio postradas ante él, mandó cesar á los suyos y reprendiéndole el mal acuerdo que auian tomado, el viejo se escusó diciendo no auer sido en el parecer. El rey le mandó, que pues auian sido traidores á su corona real, que de allí adelante queria y era su voluntad que aquella parcialidad mexicana del tlatelulco le fuesen tributarios y pecheros como las demas ciudades y prouincias, y que les quitaua todas las libertades y eçenciones que los mexicanos tenian, y mandóle tributasen mantas, ceñidores, plumas, joyas y piedras, armas, esclauos, de ochenta en ochenta dias, y que con esta condicion los perdonaria, y que luego quitasen la estatua de *Vitzilopochtli,* porque queria que aquel templo fuese secreta y muladar de los mexicanos, como ellos auian jurado de hacer el de la ciudad de México; y que nenguno de los questauan metidos en las acequias osase salir dellas hasta que, saqueada la ciudad de Tlatelulco, sus soldados quedasen pagados y satisfechos de su trauajo. Todos así lo concedieron.

Tambien les mandó que, por oprobio y escarnio, cantasen en las acequias donde estauan y en los carriçales metidos, como tordos y

1 Segun la narracion del *Anónimo* mexicano, que forma la tela de esta historia, *Moquihuiz* fué despeñado vivo por *Axayacatl,* pereciendo en la caida. Conforme *Torquemada* en el hecho principal, difiere solamente en la persona que lo despeñó. Los indios, intérpretes del *Códice Mendozino,* dicén que él se precipitó voluntariamente, "viéndose apretado en la batalla."

graznasen como urracas y que arremedasen á los patos y ansares; y luego que fué mandado empeçaron á graznar como tordos y como urracas y como patos y ansares, de lo qual los mexicanos leuantaron gran risa y burla, y hasta el dia de oy los llaman graznadores y arrendadores[1] de aues marinas y tordos, con lo qual los afrentan, y el dia de oy nenguna vez riñen ni se desonran que no les den con esto en la cara. Al son destos graznidos mandó *Axayacatl* que fuese saqueado el tlatelulco, lo qual fué hecho en un punto y las casas rouadas de todo quanto en ellas auia, hasta lleuar ollas y cántaros y platos y escudillas, y lo que no podian lleuar lo hacian pedaços, procurando amedrentallos y escarmentallos para siempre. Desde aquel dia los hacian pechar y tributar y ir á las obras públicas y comunes, y hacíanlos ir con las cargas y mensajes á las partes que se ofrecian, especialmente á las guerras les hacian llevar el fardaje y bastimento á cuestas, auiendo sido libres hasta entonces de todo aquel trauajo y subsidio; y hacíanlos ir á la casa real á barrer y regar y acarrear agua y leña para el servicio real, y dauan de tantos á tantos dias guardas para el seruicio personal y las casas reales: traíanlos tan sugetos y avasallados que les dauan á entender el mal que auia hecho. A *Teconal*, mouedor desta rebelion, empalaron y pusieron á la entrada del Tlatelulco para exemplo y escarmiento de los demas.

Fecho esto mandó el rey que aquella plaça y mercado que ellos ganaron, pues los tlatelulcas no tenian mas tierra, que fuese repartido entre los señores y que la parte que á cada uno cupiese, que de todos los tlatelulcas que allí hiciesen asiento, de todo lo que vendiesen les diesen alcauala, de cinco uno, y así se repartió la plaça entre todos, de donde cada uno cobraua alcauala de lo que en el lugar que le auia cauido se vendia.

Este primer tributo, que fué á los ochenta dias, no truxeron esclauos, como les auia sido mandado, y escusándose DE no los auer podido auer, el rey y *Tlacaelel* los reprendieron y en penitencia y castigo les mandaron que, hasta que otra cosa se les mandase, todos los grandes y principales de aquella parcialidad se quitasen las mantas ricas y usasen mantas viles de nequen, como gente vil y

1 Probablemente—"arremedadores."

apocada, y que no usasen çapatos, ni beçotes, ni orejeras, ni plumas galanas, ni saliesen al tianguez ó mercado, ni se sentasen en las encrucijadas, ni á las casapuertas,[1] sino que, como mugeres, estuviesen recogidos en sus casas y que les turase esta penitencia y castigo hasta los ochenta dias del segundo tributo; los quales, PARA NO VERSE afrentados, se esforçaban y acudian á las guerras ciuiles que con Tlaxcala, Vexotzinco y Tliliuhquitepec, Cholula, Çacatlan, tenian, de donde traian presos y esclauos para tributar, y así les quitauan aquellos entredichos que e contado, los quales, en faltándoles, eran tornados á poner. E fué tanta la pertinacia de los mexicanos, que hasta que los españoles vinieron á la tierra no les dexaron tornar á libertad ninguna, ni á tener templo particular, sino que acudiesen al de México; y así dice la ystoria questuvo hasta entonces lleno de yerba y de basura y caidas las paredes y dormitorios del.

CAPITULO XXXV.[2]

De cómo los de Tenantzinco pidieron socorro á los mexicanos contra los de Toluca y Matlatzinco, y de cómo se le envió y fueron destruidos.

En Toluca y Matlatzinco, que se quenta sola una prouincia, reynauan ó eran caueça della dos señores muy valerosos y de mucha autoridad, que se llamauan el uno *Chimaltecuhtli;* éste regia la parcialidad de Toluca, y el otro se llamaua *Chalchiuhquiauh*, el qual regia la parcialidad de los matlatzincas. El que era señor de Toluca tenia tres hijos muy valientes, moços atreuidos y osados para acometer qualquier cosa por ardua que fuese. En Tenantzinco gobernaua un señor que se llamaua *Teçoçomoctli*, el qual tenia otros tres ó quatro hijos mançeuos, que no menos presumian de su gentileça y gallardía. Entre estos moços de ambas las partes empeçó á auer coxquillas y envidias y á tener entre ellos bandos y contiendas,

1 Zaguanes.
2 Véase la lámina 11ª part. 1ª

todo fundado en niñerías y cosa, que aunque la historia las cuenta, por ser de tan poco momento y niñerías de indios no las cuento; pero es de sauer que los moços tolucanos amenaçauan muy á menudo á los de Tenantzinco, jurándoles el hacelles guerra y hacelles esperimentar su valor y fuerças. El señor de Tenantzinco, agrauiado desto, viendo que *Chimaltzin*[1] no iba á la mano á sus hijos y los reprendia, antes creyendo daua consentimiento á estos desafios y bandos, determinó de buscar modo para castigar este atreuimiento, antes que le sucediese alguna desgracia: y fué, que tomando consejo con sus principales se fué á México él en persona, y puesto ante el rey *Axayacatl* le contó todo lo que con los señores de Toluca le pasaua y la mala vecindad que le hacian, corriéndole sus tierras y amenaçandolos muy á menudo; y que pues él era vasallo de la corona real de México, le suplicaua tomase aquella injuria por propia y le favoreciese y le prestase su ayuda contra ellos. El rey de México le consoló y honró todo lo que pudo y le prometió de le favorecer y defender de los de la prouincia de Toluca, y dióle una rodela y una espada y unas armas muy galanas, y mandóle estuviese sobre auiso y aperceuido para quando él le auisase, con lo qual este señor se fué muy contento y alegre, entendiendo tenia hecho su negocio como deseaua, como en efeto le sucedió.

Ido *Teçoçomoctli* á Tenantzinco, el rey de México *Axayacatl* estaua ocupado en edificar el lugar de la piedra del sol, la qual auian labrado por su mandado los canteros, muy curiosamente, esculpiendo en ella los valerosos mexicanos pasados y las guerras que vencieron y las prouincias remotas de las costas que ganaron, donde pasaron grandes trauajos, y los indios que de aquellas partes truxeron y sacrificaron en ella, la qual tenia en medio los rayos del sol y una pileta donde se degollauan los presos y una canal por donde se escurria la sangre.[2]

Tambien estaua ocupado en labrar la piedra famosa y grande, muy labrada, donde estauan esculpidas las figuras de los meses y años, dias y semanas, con tanta curiosidad que era cosa de ver, la

1 El mismo que *Chimaltecuhtli*, substituida la terminacion *tecuhtli* (caballero ó señor) por la partícula reverencial *tzin*.

2 Véase lo que respecto de esta piedra dije en la nota de la pág. 194.

qual piedra[1] muchos vimos y alcançamos en la plaça grande, junto á la acequia, la qual mandó enterrar el Illmo. y Rmo. Señor Don fray *Alonso* de *Montufar*, dignísimo arzobispo de México de feli-ce memoria, por los grandes delitos que sobre élla se cometian de muertes. Tenia, pues, *Axayacatl* labradas estas dos piedras para mesas de sus sacrificios y oblaciones, y estaua edificando en lo alto del templo los lugares donde se auian de asentar, de lo qual tomó ocasion de atravesarse con los de Toluca y Matlatzinco, y fué, que luego que *Teçoçomoctli* partió de México, envió sus mensageros á los dos señores de aquella prouincia, haciéndoles sauer cómo él auia edificado unas pieças en su templo y santuario para asentar las mesas de sus sacrificios, y que tenia necesidad de su favor; que luego le mandasen traer madera de cedro y de pino para cubrillas; no porque le faltase madera, pero fué consejo y industria de *Tlacaelel*, para tener ocasion y entrada para lo que pretendian.

Los mensageros fueron con esta demanda al señor de Toluca, el qual oido el mensage, no entendiendo la simulacion con que venian les respondió, parece que venís á mandarnos mas que á rogarnos: yo hablaré á mis principales y veré lo que les parece en lo que pedís; y haciendo junta y tomado parecer salió determinado, dè comun consejo, que ellos no tenian en sus montes y pertenencias la madera que les pedian; que les perdonasen, que no la podian dar. Los mensageros volvieron con esta respuesta al Rey, el qual, airado, envió á llamar á *Tlacaelel*, al qual truxeron en unas andas encima de los hombros, porque era ya muy viejo, y llegado que fué, el rey le contó la respuesta de los de Toluca y Matlatzinco, el qual, con rostro sosegado, respondió: hijo, no te alborotes: as de sauer que antes de agora fuí de parecer, en tiempo de mi hermano *Monteçuma*, de que se sujetase esa prouincia por guerra, temiendo no se hiciese[2] con los de Mechoacan y nos diese algun sobre salto y sinsabor algun dia: veislo aquí lo que de no auellos sujetado sucede; el no querernos obedecer ni tenernos en nada, y tie-

1 Trátase, segun parece, de la conocida con el nombre de *Calendario mexicano*, colocada hoy al pié del cubo de una de las torres de la Catedral. Descubrióse el 17 de Diciembre de 1790.—Gama da una noticia de la invencion, en su *Descripcion de las dos piedras*, etc., pág. 10 y siguientes.

2 Coligase.

nen en parte raçon, pues emos disimulado con ellos; por tanto, valeroso mancebo, vea yo, antes que me muera, sujeta esa prouincia á la corona mexicana como las demas. El rey mandó luego llamar á su consejo de guerra y á los que tenian cargo y mando en ella, y díxoles que luego aperciuiesen sus gentes y todo lo necesario para ir á la prouincia de Toluca y Matlatzinco, y juntamente envió sus mensageros al rey de Tezcuco y á Tacuba rogándoles viniesen á México, que tenia que tratar con ellos un negocio de importancia. Los dos reyes vinieron á su llamado con todos los Señores de las prouincias cercanas, á los quales mandó aperciuiesen sus gentes, porque queria ir á castigar la inobidiencia de los matlatzincas y traer gente de esclavos para hacer la estrena de las piedras y mesas del templo que auia hecho para sacrificios. Los reyes y señores dixeron les placia, y luego en llegando á sus tierras mandaron aperceuir sus gentes con toda la priesa posible.

El Señor de Tenantzinco en este tiempo no se dormia, antes aperciuiendo sus gentes, ya que estuvo á punto, dió la vuelta á México y halló que ya el rey estaua aperceuido, y venido ante él, besándole las manos á su modo, le pidió saliese el exército porque ya no podia sufrir tantos oprobios como los matlatzincas le hacian; y así mandó el rey saliesen la gente de la ciudad y que se juntasen todos al tercer dia en un lugar que se llama Iztapaltetitlan: llegados allí envió el rey á decir á *Teçoçomoctli*, Señor de Tenantzinco, cómo él y su gente auia llegado allí y asentado su Real, que pusiese su gente en ordenança y que á la hora que él alçase un farol de fuego en alto, que por la via del monte, con gran alarido de voces y silbos, acometiesen y quel acometeria por el camino que entraua á la ciudad y que los tomarian en medio; que por ninguna via ni manera consintiese matar ningun matlatzinca, sino que todos presos y á buen recado los guardasen, porque queria ensangrentar su templo y mesas del santuario, que auia hecho, con ellos y hacer una fiesta y sacrificio solene con la gente matlatzinca.

Teçoçomoctli, oido el órden y industria de lo que auia de hacer, dixo así lo haria; y vueltos los mensageros el rey mandó armar muchas tiendas y aposentar á todos los principales de las prouincias y dar el recaudo necesario conforme á la calidad de sus per-

sonas, y mandó se aperciuiesen y pusiesen en órden los tezcucanos por sí, y los tepanecas por sí, y los chalcas por sí, y los xuchimilcas con toda la Chinampa por sí, poniendo á sus mexicanos siempre en delantera, porque así como en las vitorias lleuan la gloria y se les atribuia, aunque las demas naciones fuesen la principal causa, así siempre eran puestos en el mas peligroso lugar de la batalla y donde mostrasen su valor; y así este dia, para mas señalarse, tomó el camino real y á lós demas mandó que cada prouincia tomase la senda que mas á su contento fuese. Puestos todos en órden salieron con la mesma ordenança hácia la ciudad, y llegados á un lugar que se dice *Cuazpanoliayan*,[1] descubrieron á los matlatzincas que venian en la mesma ordenanza, y adelantándose el Señor de Toluca con sus hijos y algunos señores, todos bien armados de coraças, á su modo, y espadas y rodelas, y puestos como un tiro de piedra de los mexicanos, les dixeron: ¿ques esto, mexicanos? ¿á qué a sido vuestra venida, quién os fué á llamar? ¿venís á vender vuestras vidas? engañados debis de venir; no deueis de sauer el valor de los matlatzincas: alguna persona diuina os encaminó acá para que todos quedáredes acá: no sauis que no tenemos igual, ni hay fuerças que nos sobrepujen. Los mexicanos, oyendo estas palabras, casi como atemoriçados los mas principales y generales de los exércitos, pidieron al rey *Axayacatl* que hiciese una plática á todo el exército, el qual, como era moço y de poca edad, no quiso por su propia persona hacella, pero encomendóla á los viejos ancianos que de su parte lo hiciesen; y estando él presente junto al retórico que hacia la plática, por dar autoridad á sus palabras, le dixo de esta manera:

Ilustres mexicanos, tezcucanos, tepanecas y chinampanecas y las quatro señorías de Culhuacan, Iztapalapan, Mexicatzinco y Vitzilopochco, que presentes estais y auis venido en favor de la corona real y ayudar á los tenantzincas; saued que sois aquí venidos al repartimiento y obra servil de la muerte, y si no lo advertistes cuando salistes de vuestras casas y dexastes vuestras mugeres é hijos, advertidlo agora que la teneis presente y no se os hará nue-

1 Parece debe leerse—*Cuauhpanohuayan.*

vo, pues sois soldados viejos y esperimentados en semejantes guerras, pues auis vencido otras muchas: levantad de nuevo esos ánimos: ¿de qué tiembla vuestro coraçon que parece que os quiere saltar del cuerpo y estais todos descoloridos? ¿erades por ventura mas valerosos ayer que oy? salí, corré, arremeté, mostraos hombres valientes y esforçados y no mugeriles: ¿para qué sois? vendé CARO vuestras vidas, que NO auis de vivir para siempre, y muriendo oy antes que mañana, mas ayna [1] se os acauará el trauajo y miseria desta vida y ireis á descansar á la otra: no penseis en ótra cosa ni se os ponga otra cosa por delante, sino que en este punto os auis de morir ó vencer; y para no morir tené cuenta con la rodela y con la espada, la una para ampararos y la otra para herir, no voluiendo pié atras: mirá que no son leones ni tigres que os an de comer vivos, ni águilas que volando an de caer sobre nosotros y arreuatarnos, ni son diablos salidos de la tierra que nos an de asombrar, sino hombres como nosotros: encomendaos y umillaos delante del Señor de lo criado, del dia y de la noche, del aire y del fuego, para quel os preste su favor, y esto es lo quel gran señor que presente está os encomienda, y con que esfuerça y anima vuestros coraçones: hacé como valerosos; y en particular lo encomienda á los capitanes y caudillos, para quellos guien y lleven su gente á las partes do de mas necesidad uviere, no dejando perecer á unos mas que á otros, aunque sean de otras provincias. Y en diciendo esto mandó alçar el farol de fuego en alto, el qual visto por *Teçoçomoctli*, él y su gente leuantaron gran alarido y vocería y silvos que subian á las nubes: el rey mandó marchar el exército poco á poco y que requiriesen á los matlatzincas se rindiesen y que tuviesen lastima de los viejos y viejas y de los niños, pues sauian que los mexicanos eran como fuego que abrasauan y talauan las mieses y frutales, magueis y casas; que se rindiesen en paz y que los reciuirian con benignidad sujetándose á la corona real, y dió auiso quel y sus valientes hombres querian quedarse á la vera del rio metidos en una emboscada, y que si los matlatzincas no viniesen en la paz, que poco á poco se viniesen retrayendo hasta pasallos destotra parte del rio, porque mas á su salvo,

1 Mas pronto.

antes que pudiesen tornallo á pasar, los tomarian por las espaldas y los prenderian y destruirian con mucha facilidad.

Y quedándose en celada el rey, metidos entre las ramas y otros debaxo de la tierra escondidos todos los soldados viejos y principales valerosos, empeçó el exército á pasar el rio, y pasados de la otra parte, los matlatzincas pensaron la mesma maliçia que los mexicanos, y fué QUE mandaron á un valeroso capitan de su exército que con mill hombres se quedase en una emboscada y que harian que se retirauan hasta metellos en la emboscada y que saliese de refresco y sobre salto con su gente y que no perdonasen hombre á vida. Esta gente se metió entre los magueyales y tras los matorrales, de suerte que no parecian, y saliendo al encuentro á los mexicanos, auiéndoles requerido con la paz y no la queriendo admitir, empeçaron á combatirse de suerte que, como la voluntad de cada exército era engañar al contrario y traelle á la emboscada, no fué la remetida tan deueras que entrasen rompiendo como solian, pero los mexicanos la disimularon de tal suerte que los matlatzincas, como gente mas simple, creyendo era flaqueça y temor de los mexicanos, empeçáronlos á seguir y á pasar el rio de la otra parte: los de la emboscada estuvieron esperando á que pasasen todos, y desque los vieron desta otra parte, el rey fué el primero que se levantó y apellidando *México, México*, ea, valientes mexicanos, mueran, mueran esos traidores, dieron sobre ellos de suerte, que así los que fingian huir como los que salian de la emboscada, ninguno quedó en aquel punto, antes que los matlatzincas pudiesen pasar el rio, que no prendiese uno ó dos, especialmente el rey, que aunque moço y de muy poca edad, por su propia mano prendió algunos caualleros de los mas principales y entregó á los de su guarda, y siguiendo á los contrarios tornaron á pasar el rio tras ellos matando y hiriendo todos los que alcançauan, y yendo así desbaratados llegaron á donde tenian la emboscada, y yendo el rey *Axayacatl* vitorioso tocando un tambor de oro que á las espaldas llevaba, lo qual se usaua quando iba en alcance, yendo corriendo á toda furia sin aguardar á los de su guarda, salió el capitan de los de la emboscada, questaua tras un maguey, y viéndole ir tan descuidado y presuroso y conociendo ser el rey, pensando que los de su parte le se-

dole hecho una solene y larga plática, dándole el para bien, trayéndole á la memoria los grandes hechos de sus antepasados, le metieron en la ciudad con gran regocijo y fiesta, qual á otro Rey no se le auia hecho; y yendo derecho al templo fué ante la estatua de *Vitzilopochtli* á dar gracias á su dios de la vitoria que le auia dado, y de auelle librado de la muerte y manos de sus enemigos. Luego se sacrificó ante él las orejas y los muslos y las espinillas y ofreció muchas codornices, degollándolas por sus propias manos; y venido á su casa vino el rey de Tezcuco á le dar el para bien de la venida y vitoria, y ofreciósle muchas joyas y mantas: lo mesmo hiço el de Tacuba con sus principales, diciéndole quel auia sido honra y ensalçamiento de su linaje y que auia resucitado el valor de los reyes pasados, especialmente de *Itzcoatl* su padre. Acauadas estas ofrendas entró el señor de Tenantzinco y truxo todos los presos que por su parte auia auido, y juntamente truxo otros muchos presentes y dones al rey y á su coadjutor, y todos fueron aposentados. El rey mandó traer ante sí los presos quel por su mano auia auido en la guerra, y los hiço vestir con sus armas para que fuesen conocidos y vistos, y para que los honrasen y bailasen en los areytos comunes, lo qual hacian hacer á todos los presos cada dia en la plaça del Tlatilulco.

CAPÍTULO XXXVI. [1]

De cómo se asentaron las dos piedras y cómo sacrificaron á los matlatzincas en la fiesta y estrena dellas.

En la ystoria que hice de los sacrificios [2] conté muy á la larga de la fiesta de *Tlacaxipeualiztli*, que quiere decir, desollamiento de hombres, y el modo que en celebralla tenian, que era atar á los presos con una soga al pié, por un agujero que aquella piedra por medio tenia, y desnudo en cueros le dauan una rodela y una espada, de solo palo emplumada, en las manos y unas pelotas de palo con

1 Véase la lámina 12ª, part. 1ª

2 Encuéntrase adelante en la Segunda parte.

que se defendia de los que salian á combatir con él, que eran quatro muy bien armados, á los quales llamauan *tlauauanque*,[1] que quiere decir, curtidores ó raedores de cueros, de los quales algunos se defendian por alargar un poco mas la vida, otros por concluir luego se dexauan matar luego, dándoles encima de aquella piedra las heridas, y luego pasándolos á la piedra del sol, allí los acababan de sacrificar con todas las cerimonias que allí referí. Acauada, pues, la guerra de los matlatzincas, y traydos mucha moltitud dellos presos á México, llegóse esta fiesta de los desollados, y hablando *Tlacaelel* al rey le dixo: hijo mio, ya ves mis canas y vejez; suplícote no aguardes á mas tarde á poner las mesas y piedras del sacrificio, pues saues se llega la fiesta del desollamiento de hombres, porque si la dilatas morirme e mañana ó esotro dia, y no llevaré este contento de auer goçado della; lo qual hacia el maluado viejo porque no se veya harto de carne humana. El rey le respondió, que le placia de luego las mandar poner; y así fué que, convocadas todas las prouincias, se juntó en México gran número de gentes, como para mover semejantes piedras convenia, las quales fueron puestas en lo alto del templo. Despues de puestas y perficionado todo lo mas curiosamente quellos supieron, dixo *Tlacaelel* al rey: ya está hecho lo mas; lo que falta es que envies á convidar huéspedes para que se hallen á la solenidad y fiesta. El rey le respondió, que á qué gente le parecia que convidase, que fuese dina deste sacrificio y fiesta. Él le respondió, que deuia de convidar á los nonoualcas, cempualtecas y quiauiztecas, dos prouincias que residen junto á la costa, las quales hasta entonces no se auian conquistado; y á esta causa dixo el viejo *Tlacaelel*, la causa de advertirte que convides á estos, es para ver si nos obedecen y vienen á nuestro llamado, porque si no, ternemos ocasion para mouelles guerra y para destruillos, y esta es mi intincion; los quales, si vinieren, entenderemos están á nuestro seruicio y hacelles emos honra.

Al rey le pareció bien el consejo del viejo y luego, por no perder tiempo, mandó llamar sus correos y embaxadores para que fuesen

1 El Vocabulario de Molina dice—*Cuetlaxuauanqui*, en singular, y ésta parece ser la ortografía propia, pues *Cuetlaxtli* significa—"piel curtida."—El mismo Vocabulario da á la palabra *Tlauauanqui* la significacion de—"rayador, reglador, etc."

á conuidar los señores de aquellas prouincias, y venidos ante él les mandó fuesen con toda la brevedad á Cempuala y á Quiauiztlan, y que de su parte convidasen para la solenidad á los señores de aquellas ciudades. Los mensajeros fueron, y llegados á Cempuala fuéronse al señor de aquella prouincia, que se llamaua *Tleuitzilin*, y dixéronle cómo su rey y señor *Axayacatl*, que gouernaua y regia la gran prouincia de México y su comarca, los inviaua á les suplicar que por quanto él hacia la fiesta de la estrena de las mesas del sacrificio, que se llamaua *Tlacaxipeualiztli*, que se allase presente á ella, porque queria honrarse con él. *Tleuitzilin* le respondió que le placia de muy entera voluntad, porque él auia estado y estaua á su seruicio, y que de este convite y fiesta reciuia él mucha honra, y mandó aposentar á los mensajeros y dar lo necesario abundantísimamente, y haciéndoles mucha honra los despidió; los quales vinieron á Quiauiztlan y fuéronse al señor de aquella prouincia, que se llamaua *Quetzalayotl;* y haciéndole sus cumplimientos y ofertas le dixeron la mesma embaxada que al de Cempuala, convidándole para la solenidad de parte del rey *Axayacatltecutli*, el qual, oyda la embaxada, humillándose mucho dixo: que besaua las manos al rey su señor y quel estaua aparejado á le seruir y quel iria á goçar de aquella fiesta y que en ello reciuia mucho fauor y merced; y mandando aposentar á los mensajeros y honrar con toda la honra posible, dándoles de comer y beber abundantísimamente, al cabo los mandó vestir con ricas mantas, ceñidores y cotaras y apretadores de oro á las caueças, y beçotes de oro y orejeras, y mandóles atar á las manos piedras de ambar y dar mucha cantidad de veneras y otras pedreçuelas y gueceçuelos que en la ribera de la mar se crian. Los mensajeros con mucho contento se vinieron á México y dixeron al rey su señor lo sucedido, de lo qual reciuió mucho contento. Los señores de aquellas prouincias se aprestaron y vinieron á México muy acompañados de gente y de principales y con gran carruaje [1] de riqueças para presentar al rey, los quales llegados á México y sabido por el rey, los salió á receuir al aposento primero de su casa y les hiço mucha honra. Ellos, á su usança, luego le pusieron delante sus presentes de mantas ricas, de cacao, de plumas

1 Cantidad y variedad.

de páxaros preciados y plumas galanas, de caracoles grandes y chicos, veneras de muchas colores, joyas, piedras, ambar y de todo lo que en aquella prouincia se cria. El rey lo reciuió y se lo agradeció con mucha afabilidad, y mandólos aposentar en casa de un señor que se llamaua *Ciesteaxtecatl*, [1] y que allí les proueyesen de todo lo necesario con mucha abundancia; lo qual fué hecho con la liberalidad questos lo suelen hacer, dándoles de diferentes manjares y de diferencias de pan y bebida de cacao, lo qual era la mas preciada en aquel tiempo.

Aposentados los guespedes y auiéndoles dado todo lo necesario y llegado el dia de la celebracion de la fiesta de *Tlatlauhquitezcatl*, que por otro nombre así le llamauan, [2] que quiere decir, espejo encendido, y llegada la ora del sacrificio sacaron todos los presos y pusiéronlos en renglera en el lugar de las calauernas (que así le llamauan) y pusiéronles unos bragueros de papel pintado y embijáronlos de piés á caueça con yeso blanco y las caueças untáronselas con ule derretido y emplumáronselas con plumas de gallinas y las caras se las untaron con el mesmo betun de ule. Puestos estos en renglera, que eran los matlatzincas, luego salieron los sacrificadores que eran quatro señalados para aquel oficio, los dos vestidos en figura de tigres y los dos en figuras de águilas, á uno de los quales llamauan tigre mayor y al otro tigre menor y al otro águila mayor y al otro águila menor. Salian luego los dioses, todos juntos, ó su semejanças, [3] vestidos todos á la manera que ellos, y los diferenciauan en sus vestidos; los quales todos se subian en lo alto del templo y luego sacauan los cantores un instrumento de palo quellos usan para tener [4] en sus areytos que se llama *teponaztli*, y ponían lo en medio del patio del templo y empeçaron á tañer y cantar cantares compuestos á la fiesta y apropiados en alauança de la nueva piedra: llevauan todos á cuestas unas figuras como pie-

1 Así en la copia, incorrectamente; mas *Tezozomoc*, que menciona este incidente, escribe *Cuetlaxtecatl*.

2 Segun Tezozomoc era un *nuevo* Dios (*Crónica Mexicana*, cap. 50, MS.), y su nombre se traduce por—*colorado espejo* (ibi. cap. 49.)

3 Quiere decir que los sacerdotes se revestian con los ornamentos de las deidades que representaban. Así lo prescribia el ritual.

4 Así en la copia, mas parece que debe decir—"tañer."

dras de molino redondas con un agujero en medio, todas de pluma blanca y por el agujero metidas unas sogas hechas de pluma blanca: llamauan á estos que baylauan y cantauan, los cantores de la piedra redonda: llevauan todos en las caueças una hechura de cauelleras que ellos llaman *yopitzontli*, que quiere decir cabellera del dios *Yopi*, las quales cauelleras oy en dia las usan, y de todas las diferencias de los dioses que tenian, porque cada dios tenia una diferencia de cauellera, y esas oy en dia USAN en los areytos, quando diferencian los bayles y los sones que entonces hacian á cada dios.

En empeçando á baylar y tañer luego venia uno en áuito de leon, vestido, y haciendo al son del instrumento sus mudanças, iba á los presos y desatauan uno, porque todos estauan atados por los molledos, y traíalo á la piedra; y puesto allí, atándolo por un pié de una soga que la piedra tenia atrauesada por el agujero que en medio tenia, dáuanle una rodela y una espada de palo emplumada y poníanle junto á él quatro troços de palo de tea para que con aquellos se defendiese: salia luego el que le auia de combatir, el qual venia baylando y cantando y rodeaua dos y tres veces la piedra á la redonda, baxando y alçando la espada de nauajas que en la mano traia y la rodela. El desventurado preso empeçaua á dar grandes voces y silbos y á dar grandes saltos y á darse con la mano grandes palmadas en los muslos y hacer grandes visajes acia el cielo y tomaua su espada de palo y su rodela y mostráuala al sol y empeçaua su combate, al modo que en la relacion de los sacrificios dixe, donde á la larga verán el modo y manera con que se celebraua, en la qual celebracion murieron sacrificados todos los presos que de la guerra de los matlatzincas truxeron, los cuerpos de los quales los ponian en renglera en el lugar de las calauernas; y fueron tantos, que por que no se haga increible y me tengan por hombre que me precio de escreuir demasías, no diré el número de los que allí murieron: basta decir que de aquella vez quedó la nacion matlatzinca muy desmenuyda y apocada, porque fueron muchos los que en aquel sacrificio murieron. Ponianlos en aquel lugar tendidos para que cada uno conociese su preso y cativo, para dárselo que lo comiese y tuuiese los guesos, por grandeça, en su casa en palos puestos, y así vinieron estas naciones indianas á perder el miedo á

los muertos y fantasmas y á no dárseles nada de dormir en ciminterios ó en iglesias, solos ó acompañados, ni á dárseles nada de ver visiones, ni de oir gemidos ni otras cosas grimosas, como gente bárbara insensata; y así vereis una vieja ó un viejo, agora en este tiempo, de los de aquel tiempo, estarse toda la noche sentado en cuclillas, solo, cabe [1] un difunto, sin dalle ningun sobre salto ni temor, y en un ciminterio, solo, guardando el patio, sentado cabe un poco de lumbre, lo qual no haz ninguno de nuestra nacion española sin mucho sobresalto, por mucho que se quiera esforçar.

Los señores y principales que fueron llamados para esta fiesta y sacrificio, estauan espantados y fuera de sí de ver matar y sacrificar tantos hombres, y tan atemoriçados, que casi no osauan de [2] los quales estauan en un mirador muy curiosamente adereçado de rosas y ramos, con las quales estauan hechas muchas labores y açenefas de rosas de diferentes colores. Tenian por defensa del sol, amoscadores de ricas y grandes plumas: estauan sentados en asentaderos altos, aforrados en cueros de tigres, muy lucidos y bien curtidos por la parte de dentro. Antes queste sacrificio se empeçase los auia el rey revestido de ricas mantas y auíales puesto guirnaldas de oro en la caueça con unos ricos plumajes á las sienes: auíales dado bracelete de oro y beçotes y orejeras y nariceras, muchas diferencias de rosas y perfumes olorosos; finalmente auíales hecho toda la honra y fiesta posible, la qual acauada los mandó llamar, y ellos entrando ante él, les dixo: teneos por muy dichosos por auer visto y goçado de la fiesta y solenidad de nuestro dios y que auis visto á esta ciudad de México donde él es honrado: lo que os ruego es que permanezcais en vuestra quietud y que os esteis quedos y sosegados, porque mientras lo estuviéredes goçareis de nuestra amistad y sereis de nosotros favorecidos; y así podeis ir en paz y voluer á vuestras tierras mucho de norabuena. Ellos le dieron las gracias y se voluieron á sus tierras admirados y espantados de lo que auian visto y de la grandeça y magestad de la ciudad de México.

Idos los guespedes, el viejo *Tlacaelel* tornó á hablar al rey y á

1 Cerca, inmediato á

2 Así en el original, segun dice el Sr. Vera, quien justamente advierte que la frase no forma sentido. Quizá su lectura sea— "que casi no sabian de sí; los cuales, etc.

decille: hijo mio, ya as goçado de la fiesta con que as engrandecido tu nombre y te as pintado con los colores y pincel de la fama para siempre: resta agora que lleues adelante este nombre y grandeça que as cobrado: ya saues que la piedra del sol está acauada y que es necesario que se ponga en alto y que se le haga la mesma solenidad que á esta otra se a hecho, para lo qual invia tus mensajeros á Tezcuco y á Tacuba, á los reyes y á los demas señores de las prouincias, para que vengan á edificar el lugar donde se asiente, el qual a de ser de veinte braças en redondo donde esté en medio esta insigne piedra. *Axayacatl*, rey de México, mandó luego fuesen sus mensajeros á las ciudades y diesen mandado[1] de lo que se auia ordenado y que se truxese el recaudo de piedra, cal y arena para el edificio, lo qual oydo por los reyes y señores de las prouincias, vinieron á la ciudad de México con todo el recaudo necesario; y vino tanta gente de Tezcuco y de la prouincia y nacion tepaneca y de las demas prouincias, que tomando cada nacion su parte que le cauia, en un solo dia fué perficionada la obra y edificio y puesta la piedra encima; al poner de la qual se tocaron en los templos muchos atambores y bocinas y caracoles, cantáronse muchos cantares en alabança de la piedra del sol, y se quemaron gran cantidad de enciensos por mano de los turibulos que tenian aquel solo oficio de encensar, á los quales llamauan *tlenamacaque*, que propiamente quiere decir turibolario ó encensador. Puesta la piedra determinaron de poner en plática, con todos los señores presentes, del modo que se auia de tener para la celebracion y estrena de la piedra del sol, y de dónde se auian de traer las gentes para aquel sacrificio, y mandándoles esperar hasta otro dia, determinaron el rey y *Tlacaelel* de proponer á los señores la guerra de Mechoacan, y con esta determinacion lo dexaron para otro dia.

1 El aviso ó noticia.

CAPÍTULO XXXVII.

De cómo se determinó de dar guerra á los de Mechoacan, y de cómo los mexicanos fueron vencidos y destruidos y los mas dellos muertos.

Otro dia de mañana, llamados *Neçaualcoyotl* y *Totoquiuaztli*, reyes de las dos prouincias, y juntamente á todos los señores de la Chinampa y Chalco y los de tierra caliente, propuso el rey la plática que la tarde antes entre él y *Tlacaelel* auian pasado, que era quel determinaua de dar guerra á los de Mechuacan; dado que sus antepasados les auian dexado dicho que eran sus parientes y de la parte mexicana; pero que con todo eso, que él queria probar el valor de los tarascos y experimentar sus fuerças, si igualauan con las de los mexicanos; y que la principal causa por qué se queria probar con ellos era para ver si podria con ellos hacer la fiesta de la estrena de su piedra, que era semejança del sol, y ensangrentar su templo con la sangre de aquellas naciones. Los señores todos dixeron que fuese mucho en orabuena, y que ellos estauan prestos y aparejados para enviar sus gentes al socorro y ayuda de la gente mexicana; y así partidos á sus tierras y prouincias mandaron apregonar la guerra, para la qual se juntó mucha cantidad de soldados de todas las naciones, y inviados á México con todo lo necesario de armas y bastimentos, y toda gente muy lucida de soldados viejos y bisoños, que iban de muy buena gana á semejantes entradas por el prouecho que de semejantes guerras se les recrecia, y por la honra que ganauan y con que eran honrados. Visto por *Axayacatl*, Rey de México, el buen socorro que los reyes y señores le inviauan, y la gente tan lucida y señores que venian entre ellos, mandó que de sus gentes que él tenia aperceuidas, todas y de las que de fuera venian, se hiciese alarde y reseña general, y que fuesen contados los unos y los otros, porque queria sauer qué número de gen-

te lleuaua; y hecho su mandado allaron que auia veinte y cuatro mill combatientes, y creyendo era suficiente exército para sujetar á Mechuacan y á otra mayor prouincia, mandó partiese el exército de la ciudad y que en sus capitanías fuesen á los términos de los matlatzincas, y que allí se hiciese junta de la gente entre estos términos de Matlaltzinco y Tlaximaloyan, junto á una laguna que está junto á Tzipécuaro, donde á tercer dia se juntaron todos los soldados y gente de guerra con toda la priesa posible y mandaron asentar el real, el qual asentaron con muchas tiendas y casas de esteras, quellos usauan en sus guerras y oy en dia las usan en los mercados, que son unos tendejones [1] de juncos que echan las espadañas. Destas tiendas hicieron y armaron gran cantidad para en que el exército se recogiese, y especialmente para el rey armaron una muy solene tienda, muy entapiçada de mantas galanas y de muy galanos asientos para los señores que con él venian, porque donde él en persona iba, iban todos sus grandes con él, así de la ciudad de México, como de las demas prouincias.

Asentado el real envió sus espías para saber del exército tarasco, el cual descubrieron unas espías matlatzincas, y dando auiso de cómo estauan alojados en un llano junto aquella laguna, mandó el rey que con mucho secreto se procurase sauer qué gente era la que traia y qué modo tenia y concierto en su exército, pues no sauia qué órden tenia esta gente de pelear, y que mirasen qué armas traya de que se deuiese de hacer caso. Los exploradores fueron muy ocultamente y llegados junto al exército hiçieron una secreta caua [2] que llegaua asta las tiendas de los mechuacanos, y haciendo una hendedura secreta y sotil, ponian por allí el oydo y escuchauan todo lo que en el exército se trataua; y alcançaron á sauer cómo el tarasco traia quarenta mill hombres de guerra y que las armas en que mas estribaua eran las hondas y varas tostadas arrojadiças, arcos y flechas y macanas con cuchillos de navajas, porras y otras armas ofensivas con muchas y muy galanas rodelas y deuisas de oro y plumas. Oydo por el rey no le plugo mucho dello, y llamando á sus grandes les dixo: sauido e que este tarasco trae quarenta

1 Tiendas de campaña.
2 Un socavon, ó *Túnel*, como hoy se le denomina, olvidando el castellano.

mill hombres; todos gente robusta, alta y valiente: ya veis que nos sobrepuja en diez y seis mill hombres; ¿qué os parece que deuemos hacer? Los grandes, viendo la flaqueça que el rey mostraua, lo animaron y esforçaron dándole un consejo bestial, diciendo que nunca la nacion mexicana auia temido ninguna multitud de gente que sobre ellos viniese, ni auia huydo el rostro á armas, ni á otros pertrechos de guerra de mas calidad; y que si agora la voluiesen, auiendo venido sin ser llamados ni provocados, que qué dirian las demas naciones; y que supuesto auian venido hasta allí, que no convenia hacer otra cosa sino acometer y probar la ventura de morir ó vencer.

El rey, viendo esta determinacion, mandó poner la gente en órden y que poco á poco se fuesen llegando á los enemigos; y yendo el campo caminando muy en ordenança, yendo los moços de campo, que ellos llaman *Cuauhueuetl*, que quiere decir, águilas viejas y esperimentadas, componiendo la gente, auiendo puesto en delantera todos los soldados viejos y señores y capitanes y todos aquellos que ellos llamaban *Cuachic*, que eran una órden de caballería que no auia de voluer pié atras ó morir, descubrieron la gente tarasca muy en órden y lucida con todos los señores delante, tan llenos de oro y joyas y plumas, tan resplandecientes y relumbrantes con el oro, de braçeletes y calcetas y orejeras y beçotes y apretadores en las caueças, de oro, que á la salida del sol, que era la ora que los descubrieron, que con el resplandor quitauan la vista. El rey, mas arrepiso[1] que contento, mandó se les hiciese la ordinaria plática á los del exército y que los animasen, lo qual fué hecho con el énfasis y encarecimiento que á tan medrosos coraçones convenia; la qual acabada hicieron seña de acometer, y en este punto dice la historia, que llegaron algunos tarascos muy bien adereçados al rey y le dixeron: gran señor: ¿quién te truxo acá, á qué fué tu venida? ¿tú no te estauas quieto en tu tierra? ¿quién te fué á llamar y te truxo engañado? ¿truxéronte por ventura los matlalzincas, á los quales poco a destruiste? mirá, señor, lo que haces, que as sido mal aconsejado. El rey se lo agradeció y mandó se fuesen, quel queria prouarse con ellos y que á aquello era venido. Vueltos los tarascos y

1 Arrepentido.

dada esta respuesta, arremetió el exército tarasco con tanta furia, que en breue tiempo el exército mexicano empeçó á desmayar y voluer las espaldas. El rey, que á la mira estaua, empeçó á ceuar el exército con gente que de todas las prouincias tenia á punto, y ceuado el exército desta manera les sustentó la guerra todo el dia hasta puesto el sol, no sintiendo en los tarascos punta de flaqueça, antes mucho valor y destreça. Despartiéndolos la noche vinieron los señores y caualleros todos ante el rey, que dice la historia que traian los rostros y narices, boca y ojos, con el sudor y polvo que se les auia pegado de pelear todo el dia, que apenas los conocia quiénes fuesen para podellos llamar por sus nombres, especialmente aquellos que tenian de profesion de no volver pié atras, entre los quales venian muchos muy mal heridos, unos de flechas, otros de piedras, otros de golpes de espadas, otros pasados con varas arrojadiças, que el Rey tuvo gran lástima y piedad dellos, sin gran multitud que quedauan de todas las naciones muertos en el campo; y así los mandó llamar á todos y dar á beber un berbaje que ellos usauan para el aliuio de las guerras, que llamauan *yolatl*, que en nuestro romance quiere decir—"caldo esforçado." [1]

Aquella noche descansó lo que restaua el exército, ocupándose en rehacerse de armas y cosas para su defensa: venida la mañana el

1 No se puede reconocer en esta traduccion vulgar la enérgica y pintoresca idea que, en su original, representa la palabra *Yolatl*. Compónese de *yoli* que, segun su calidad, tiene las acepciones de vivir, animar, resucitar, cosa que contiene vida, etc.; y de aquí los derivados *yoliliztli*, "vida," *yollotli*, "corazon," y *teyolia*, ó *teyolitia*, el alma. Estas últimas palabras traen á la memoria la simbólica egipcia, que hacia inseparable él alma del corazon, pues Horapollon [*Hieroglyphica*, *Lib. I*, *cap.* 7], nos dice que la figuraban en el gavilan por la significacion de las dos palabras que formaban su nombre, BAIETH, compuesto de *bai*, "alma," y de *eth*, "corazon;" y así, agrega, en el sentir de los egipcios el corazon es la envoltura, ó circunvalacion de la vida [*animæ ambitus*]. De conformidad con estas ideas y sentimientos, los sacrificios humanos terminaban siempre en México, con la ofrenda de los corazones de las víctimas, símbolos de la vida y del alma.—El otro componente de la palabra es *Atl*, "agua;" de manera que traducida literalmente la palabra *yolatl*, significa *agua de vida*, y metafóricamente, de esfuerzo y de valor.—Esta pocion, que tambien recuerda los bálsamos prodigiosos de las leyendas de Caballería, debia relacionarse con alguna de las creencias, que aunque supersticiosas, influyen decididamente en la suerte de los hombres y de las naciones. Segun el Vocabulario mexicano de *Mōlina*, la *yolatl* era—"una bebida de maíz crudo molido, para los que se desmayaban;" y no es indiferente advertir, que el maíz *ya desgranado*, se llama en mexicano *tlaolli*, *tlaulli* y *tlayolli*, y que él constituia, y aun constituye el alimento principal de los mexicanos. Es su pan de vida.

señor de Matlatzinco vino ante el rey, mostrando pesar del mal suceso del dia pasado, le hiço una plática consolatoria y alcauo le ofreció mill cargas de flechas y de rodelas y espadas y hondas y otros géneros de armas que ellos usauan, ofreciéndole gente de guerra si la uviese menester. El rey se lo agradeció y mandóle truxese algun socorro, el qual luego fué á juntar mucha gente, muy bien armada y adereçada, como gente que estaua en sus términos y tierra. El rey repartió aquellas armas por los mas menesterosos, y juntamente los animó y esforçó para que no desconfiasen ni desmayasen por lo del dia pasado, poniéndoles por delante que el Señor de lo criado sabia lo que auia de ser de ellos y que confiasen en él, que él los ayudaria; y así acometieron á los tarascos, y fué tan sin provecho la arremetida, que como moscas, dice la historia, que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos, y fué tanta la mortandad que en ellos hicieron, que los mexicanos tuvieron por bien de retirar la gente que quedaua porque no fuese consumida y acauada. En este rencuentro mataron los tarascos muchos valerosos mexicanos y especialmente de los de la órden de caballería, que llaman *Cuachic* y de otros que llamauan *Otomí*, y entre ellos mataron un señor de los principales que era pariente muy cercano del rey, y uno de los del consejo real de los quatro que era escogido para la elecion de rey, al qual los tarascos, conociéndole en la deuisa ser de sangre real, lo lleuaron á su real, así muerto, para con esto mostrar su valor y menos preciar á los mexicanos; con lo qual los tarascos, haciendo mucho escarnio y burla de los mexicanos se voluieron á su real, no queriendo lleuar adelante la vitoria que el tiempo les concedia.

El rey *Axayacatl* mandó alçar su real, y casi como huyendo y medio afrentado, con la poca gente que le auia quedado, todo desbaratado y lo mas de la gente herida, que á muchos lleuaban á cuestas, vinieron á un lugar que llaman Ecatepec, y allí mandó llamar á todos los capitanes y señores de las prouincias el rey, y díxoles que á aquello estauan sujetos para lleuar con prudencia la adversidad, como se holgauan de la prosperidad quando el Dios de lo criado, del dia y de la noche, se lo concedia; y empeçando á llorar con ellos, todos lo consolaron con piadosas raçones y que no por

eso auian de desmayar ni mostrar couardía; y mandando á todos contasen los que de la guerra auian escapado de todas las prouincias, allaron que de los mexicanos auian escapado solo ducientos, y de los tezcucanos quatrocientos, y de los tepanecas otros quatrocientos, y de los chalcas otros quatrocientos, y de los xuchimilcas y de toda la Chinampa otros quatrocientos; de los otomites, que es la *Cuauhtlalpan*, no auian escapado sino trescientos, pocos mas, y de toda la tierra caliente, muy pocos; de suerte que se halló que auian muerto en la guerra veinte mill hombres, antes mas que menos. Hecha la cuenta y visto el número de los que faltauan, enviaron luego sus mensajeros á *Tlacaelel* para que supiese las tristes y desgraciadas nuevas y el mal suceso de la guerra. El rey despidió toda la gente de las prouincias y los invió en paz á sus tierras, prometiéndoles de presto dalles ocasion donde restaurasen lo perdido; y despedidos del se fueron á sus tierras. *Tlacaelel* puso guardas á la ciudad y mandó tocar atambores y caracoles y imbocar á los dioses sobre el caso, y cantar encima de los templos cantares tristes y lamentables, mouiéndose en la ciudad gran dolor y tristeça, poniéndose toda en luto y lágrimas. Llegado el rey á Chapultepec con sus ducientos hombres, sauiéndolo en la ciudad, le salieron á receuir todos los viejos y sacerdotes del templo, vestidos y adereçados de la mesma manera que quando venia con vitoria y los encensadores por la mesma órden, dándole el parabien de su venida y haciéndole grandes ofertas y pláticas consolatorias; y esto se hacia, segun entiendo, de ordinario á los reyes todas las veces que iba fuera de la ciudad, por muy cerca que fuese como pasase de tercer dia, porque como los tenian por hombres diuinos y semejanças de los dioses, hacíanles aquellas cerimonias pertenecientes á dioses. Llegados á la ciudad luego fué al templo á hacer su lamentacion y á ofrecer sacrificio, de sí [1] y de las codornices que ordinariamente ofrecian, y luego fué á verse con *Tlacaelel*, y llorando el uno con el otro, el rey dixo: señor: en mi suerte a caido que aya sido tanta mi desgracia, que lo que no a acontecido en tiempo de mis antepasados, aya sucedido agora en una pérdida tan grande y destroço como los tarascos an hecho en nosotros. El viejo lo consoló

1 Es decir, "de su persona," punzándose las orejas, brazos, etc.

Y LE dixo: hijo, no desmayes ni desfallezca tu coraçon; esfuérçate, que no murieron tus vasallos tras los tizones, ni hilando como mugeres, sino en campo, peleando por el engrandecimiento de tu corona y por la honra de su patria, y tanta honra ganaron ellos muriendo, como otras veçes venciendo: yo doy gracias al Señor de lo criado que me dexa ver tantas muertes de mis hermanos y sobrinos: no sé para qué me guarda, y diciendo esto empeçó á llorar amargamente, y llegando todos al viejo le consolaron, el qual mandó que luego se tratase de las honras y osequias de los muertos, el modo de las quales trataré en el capítulo que se sigue, donde veremos las osequias que á los que morieron y morian en guerra se hacian, que no aurá poco que notar.

CAPÍTULO XXXVIII. [1]

De las largas y prolixas osequias que hicieron los mexicanos á los que murieron en la guerra, en especial á los principales.

Acauado el receuimiento del rey y dado el pésame de la mala suerte que en esta guerra auia tenido, los señores todos pidieron al rey que mandase hacer las osequias de los que en la guerra auian muerto y que se hiciese con la solenidad posible; y así el rey mandó llamar á los que tenian el cargo de las osequias funerales y mandóles que luego empeçasen á hacer las honras de todos los que en la guerra auian muerto, y que ninguna cosa faltase de lo que se solia hacer, sino que antes se aventajasen en lo que se podia y sufria conforme á sus ordenanças y estatutos. Los *Cuauhueuetques*, que eran los maesos de campo, [2] fueron por todas las casas donde las mugeres de los muertos estauan, porque ellos las conocian y hacíanles la plática presente: hija mia, no te consuma la tristeça y te

1 Véase la lámina 12ª, part. 1ª

2 *Maesso*, *Maesse*, voces anticuadas, y abreviacion de *Maestro* y de *Maestre*.—Segun el gran Diccionario de la Academia, el grado de *Maese de Campo*, correspondia al de coronel.

acaue los dias de la vida: aquí os traemos y pasan por vuestra puerta las lágrimas y los sospiros de aquellos que eran vuestro padre y madre y todo vuestro amparo: esforçáos y mostrad sentimiento por aquellos nuestros hijos, los quales no murieron arando ni cauando, ni por los caminos buscando su vida, sino por la honra de la patria son idos, todos asidos de las manos y con ellos el gran señor *Vitznauatl*, deudo muy cercano de nuestro rey y señor, el qual con los demas goçan de aquellos resplandecientes aposentos del sol, donde andan en su compañía arreados[1] de aquella luz suya, de los quales aurá eterna memoria; por tanto, matronas yllustres y señoras mexicanas, llorá vuestra desgracia y afliction.

Acauada esta plática salian á la plaça los cantores de los que morian en guerra, los quales eran cantores particulares diputados para solo este oficio, y salian todos atadas las caueças con unas cintas de cuero negro y sacauan un instrumento y tocauan un sonido triste y lloroso, y empeçauan á lamentar y decir sus responsos á su modo. En empeçando á tañer y cantar salian las matronas mugeres de todos los muertos, con las mantas de sus maridos á los hombros y los ceñidores y bragueros rodeados al cuello y los cauellos sueltos y todas puestas en renglera, al son del instrumento, dauan grandes palmadas y llorauan amargamente y otras veces bailauan inclinándose hácia la tierra y andando así inclinadas hácia atras. Tambien juntamente salian los hijos de los muertos, puestas las mantas de sus padres y con las caxuelas de los beçotes y de las orejeras y de las nariceras y de las joyas á cuestas, los quales dauan las mesmas palmadas que las madres y llorauan los parientes de los muertos: los hombres estauan todos en pié, sin mudarse, con las espadas y rodelas en las manos de cada uno de los muertos, ayudando á llorar á las mugeres, y despues de auer llorado un gran rato, decíanle los viejos, descansá un poco y consueleos el grande y resplandeciente sol, el qual pasa y rodea el mundo por encima de nuestra caueça, á quien auis hecho este llanto y honra. Luego venian los amortajadores parientes destas viudas: en entrando paráuanse y empeçauan á llorar, haciendo gran sentimiento, y luego tornauan á tañer los cantores y á cantar lamen-

1 Es decir—"ataviados y hermoseados."

taciones, y tornaua otro llanto de nuevo y hacian tal aullido que ponian gran lástima y temor, dando grandes palmadas al son de los instrumentos; y dexauan de tañer estos cantores y de cantar otro poco, y los amortajadores poníanse en renglera y unos tras otros iban saludando á las viudas y dándoles el pésame del suceso y á los viejos que estauan presentes, y decíanles, muchas gracias os damos, señores, por la honra que haceis al sol, Señor de la tierra, producidor de todas las cosas, y á sus hijos los muertos en la guerra. Tambien les decian otras muchas raçones y agradecimientos por la honra que se les hacia.

Pasados quatro dias que hacian esta cerimonia, al quinto dia hacian de palo de tea, hecho rajas, los bultos de los muertos, y hacíanles sus piés y braços y caueça: poníanle su cara, ojos y boca, y de papel poníanle sus ceñidores y bragueros y sus mantas, y á los hombros poníanles unas alas de plumas de gauilan: decian que era para que anduviese bolando delante del sol cada dia. Emplumáuanles las caueças y poníanles sus orejeras y beçotes y sus nariceras: ponian estas estatuas todas en una pieça que llamauan *Tlacochcalco*, y luego entrauan las viudas: ponian cada una á su estatua un plato de comida de un guisado que llaman *tlacatlacuali*, que quiere decir, comida humana, y unas tortillas quellos llaman *papalotlaxcalli*, que quiere decir, pan de mariposas, y una poca de harina de maiz tostado desleyda en agua, para bebida. Luego que ponian esta comida tomauan el atambor los cantores y empeçauan á cantar cantares de luto y de la suciedad quel luto y lágrimas traen consigo, y trayan los cantores vestidos unas mantas muy sucias y manchadas y unas cintas de cuero atadas á las caueças, muy llenas de mugre: llamauan á este canto *tzocuicatl*, que quiere decir, cantar puerco ó de porquería.[1] Untáuanse todos las caueças con una corteça de un árbol, molida, quellos usan para matar los piojos: traian luego cada una una xícara del vino blanco [2] quellos beben, poniéndosela delante á la estatua, y llamauan á los vasos en que ponian aquel vino *teotecomatl*, que quiere decir, xícara diuina, y ponian delante

1 Propiamente—"Cancion ó canto de la mugre."—Palabra compuesta de *tzotl*, "sudor craso, ó mugre," y *cuicatl*, "canto."

2 Pulque.

la estatua rosas y humaços muchos, y poníanle delante un canuto grande y grueso para con que bebiese: á este canuto llamauan, bebedero del sol. Luego los cantores de muertos tomauan aquellas xícaras de vino en las manos y alçáuanlas en alto delante de las estatuas, dos y tres veces, y despues derramauan aquel vino delante dellas en quatro partes á la redonda de la estatua. Acauada esta cerimonia á puesta de sol, las viudas vestian á los cantores todos de mantas comunes y bragueros ó ceñideros y sendas coas [1] á cada uno para cauar. Luego mandauan los viejos que juntasen aquellas estatuas y les pegasen fuego, y juntas pegáuanles fuego y ardia aquella tea y papel con que estaua revuelta, con mucha furia, y todas las viudas, mugeres de aquellos muertos, estauan al rededor del fuego llorando con mucha lástima.

Acauados de quemar salian los viejos y dauan á todos gracias, en particular á las mugeres, diciéndoles: hermanas mias y hijas mias, esforçaos y hacé ancho el coraçon: ya emos dejado á nuestros hijos los tigres y las águilas, y no penseis de tornallos á ver ni imagineis que es como quando se salia de vuestra casa mohino y enojado, que no voluia en tres ni en quatro dias, ni como quando iba á buscar su vida, que voluia desde apoco: imaginá que ya se fueron para siempre. Mirá; lo que deueis hacer es de tu parte [2] en tus exercicios mugeriles de uso y del telar, de barrer y regar, de encender tu lumbre y estarte en tu recogimiento, y esperar en el Señor de lo criado, Señor del dia y de la noche, del fuego y del aire. Con estas razones, eran tantas las lágrimas de las mugeres, que ponian espanto y lástima, y desde aquel dia se ponian de luto y no auian de lavarse las vestiduras, ni la cara, ni la caueça hasta pasados ochenta dias, las quales estauan en aquel luto y tristeça y lágrimas, y era tanta la suciedad que tenian y se les pegaua en las mexillas, que al cauo de los ochenta dias enviauan los viejos á sus ministros, diputados para aquel oficio, que fuesen á casa de aquellas viudas á traer las lágrimas y tristeça al templo, los quales iban y raspauan aquella suciedad de los rostros de aquellas mugeres y echá-

1 *Coa.* Palabra tomada de la lengua mexicana y nombre de un instrumento formado de madera sólida, endurecida al fuego.

2 Así en la copia: tal vez—"es ocuparte," etc.

uanlo en unos papeles y lleuáuanlo á los sacerdotes.[1] Los sacerdotes mandauan lo echasen en un lugar que llamauan *Yaualiuhcan*, que quiere decir, lugar redondo. A estos que iban á echar por sí el lloro y tristeça á este lugar, que era fuera de la ciudad, les dauan de vestir las mesmas matronas, las quales iban al templo al cauo de todas estas cerimonias y hacian oracion y ofrecian sus ofrendas de papel y copal y sacrificios ordinarios, con que quedauan li-

1 El estilo vulgar y frase desdeñosa con que el autor describe estas prácticas fúnebres, las desfavorecen y dan asunto á las críticas, tambien vulgares, para presentarlas como testimonio de la ignorancia y barbarie de los pueblos americanos. Sin embargo, no eran mas singulares, ni aun, segun se califican, mas sucias, que las de algunos antiguos del viejo mundo, que han dejado un nombre imperecedero en la historia, y con las cuales presentan raras congruencias. Veamos lo que Herodoto y Diódoro de Sicilia nos dicen de las de los egipcios. "He aquí las prácticas que observan en el luto y en los funerales. Cuando muere alguna persona de cierta importancia, todas las mujeres de la casa *se untan con fango la cabeza y aun el rostro;* en seguida abandonan el cadáver en su habitacion, y *desnudándose hasta la cintura*, atándose en ella el vestido, y *dejando el seno descubierto*, recorren así la ciudad, acompañadas de sus parientes, dándose golpes en el pecho. Los hombres, desnudos en la misma forma, se dan tambien pechugones. (Herod. II, 85.)"—"No es menos de admirar la sigularidad de las costumbres que se observan en este país respecto á los difuntos. Cuando un egipcio muere, sus parientes y los amigos del finado, despues de untarse la cabeza con *fango*, recorren diariamente la ciudad lamentándose, hasta el momento en que el cadáver queda depositado en su sepulcro. Durante este periodo no toman ningun alimento exquisitò, no se bañan, no toman vino, ni visten ropas de color sobresaliente. (Diod. II, 91.)"—Este luto duraba setenta dias, diez menos que el de los mexicanos, y cada una de las operaciones relativas á la inhumacion se ejecutaba, así como las de los mexicanos, por oficiales públicos especialmente destinados al efecto. Wilkinson [*Manners and customs of the ancient egyptians*, 2.ª Ser., t. II, pág. 402) describe menudamente estas prácticas; dice que en gran parte aun se guardan, y modifica la limitacion de Herodoto, por lo que toca al rango, observando que tales honores fúnebres se tributaban á toda persona por los miembros de su familia, distinguiéndose los de las personas de calidad por la asistencia de los extraños. No era mas limpio el luto de los hebreos que se cubrian de ceniza la cabeza. Del uno y del otro participaba el de los griegos de los tiempos homéricos, pues vemos á Aquiles encenizándose, á manos llenas, al saber la muerte de Héctor (*Iliada, XVIII*, 22 y sig.); y al desventurado Priamo arrastrarse por el fango con la noticia de la de Patroclo. [*Ibi, XXII*, 413.] En tiempos posteriores las damas sustituyeron la tierra á la ceniza, con su acompañamiento de lágrimas, lamentos, arañazos y rasgadura de vestidos. (Lucianus, Dial. L, *De luctu*, § 12, ed. Didot); y las damas romanas, adoptando en todas sus partes esas prácticas, agregaron otra que presenta una singular congruencia con alguna de las que nos ocupan.—El dia señalado para la incineracion del cadáver arrojaban á la hoguera que consumia al esposo ó pariente difunto, el vestido [*Ricinium vel ricinus*] que habian portado (Pomey, *Libitina, seu de Funeribus*, cap. III, § 3), ó mejor dicho, los vestidos, pues llevaban puestos muchos, unos sobre otros, para hacer mas solemne y fastuosa la ceremonia. [Adam, *Antiquités romaines*, t. II, pág. 217.]—Forzoso es convenir en que todos esos ilustres dolientes, no por denominarse egipcios, judíos, griegos ó romanos, estarian mas aseados que los mexicanos, durante los dias del luto, y que á su término tampoco les seria inútil el ministerio de los rascadores de lágrimas y de *teocuitlatl*.

bres del llanto y luto y de toda tristeça, y enviáuanlas á sus casas alegres y consoladas, las quales, como si no hubiera pasado nada por ellas, así creyan ir libres de todo llanto y tristeça.

Acauada la cerimonia y el llanto de la ciudad y echado ya el lloro fuera de ella, envió *Tlacaelel* á decir al rey que no uviese descuido en lo que convenia á la estrena de la piedra y semejança del sol, que aunque auia sucedido mal, que no por eso se le auia de dexar de hacer la fiesta y solenidad que convenia: que se diese órden de ir á otra entrada para traer hombres para sacrificar; y es el caso que en semejantes solenidades no podian sacrificar otra gente si no era auida en guerra, y así determinaron de ir á la prouincia de Tliliuhquitepec, uno de los pueblos señalados para semejantes solenidades, y dado auiso á las prouincias, todas juntaron de todas ellas mucho número de soldados y toda gente nueva y mancebos muchos que enviaban á probarse y exercitarse en la guerra, los quales entretexian en las compañías de los soldados viejos, aperceuidos y adereçados con todo lo que les era necesario. Salieron de la ciudad de México cada compañía y provincia, por sí, y con ellas los tres reyes de las tres caueceras, México, Tezcuco y Tacuba, con los quales salió y fué toda la caualleria[1] y señores destas tres prouincias. Llegados á los términos de aquella tierra, que creo es á los llanos de Otumba y Tepepulco, asentaron su real. Los de Tliliuhquitepec, viendo sèr aquella guerra forçosa y que no la podian escusar todas las veces que se la representasen, aperciuieron sus gentes y salieron al encuentro: los mexicanos hicieron sus ordinarias cerimonias y pláticas exortatorias al exército, y venidos á las manos, luego se revoluieron y entretexieron unos con otros, tan sin órden, que matándose y hiriéndose con mucha crueldad pugnauan de se prender unos á otros, y los mexicanos empeçaron á maniatar tantos presos, que pensando auer lleuado lo mexor de la batalla, venidos á la quenta allaron menos quatrocientos y veinte soldados que de aquel rencuentro les auian lleuado, y contados los que en su poder auia, allaron setecientos, y aunque les pesó y tuvieron gran dolor de sus hijos y hermanos, pero consolóse el rey con decir á la gente del exército, que de ambas partes auia querido comer el sol. A este

1 Esto es, el cuerpo de caballeros.

punto llegaron los señores de Tliliuhquitepec ante el rey y le dixeron: señor poderoso: ya emos jugado y recreádonos un poco en esta escaramuça, y si vosotros vais llorosos, nosotros lo quedamos mas; empero consolámonos que no a sido sino por vía de hecho de hombres: cesen por agora vuestras espadas y andá; ios enorabuena. El rey los envió [1] con mucho amor y les dixo que le placia, hasta otra vez que los dioses tuviesen necesidad dellos.

Luego enviaron á *Tlacaelel* sus mensajeros y le mandaron al mensajero diese relacion de lo sucedido; el qual, llegado á la ciudad, dió su embaxada á *Tlacaelel*, el qual quando lo oyó, dixo lo mesmo quel rey; callá, hijos, que el sol es EL que a querido comer de ambas partes, y á eso fueron los mexicanos sujetos á qualquier riesgo; y mandó tañer luego los atambores de los templos y los caracoles y bocinas, y que luego se aperciuiesen para el recibimiento ordinario, eceto que los que salieron á receuir esta vez al rey, los que iban en señal de la vitoria y empresa, iban ceñidas las caueças, y los sacerdotes trançado el cauello con ylo colorado en señal de alegría y vitoria, pero la otra mitad llevauan todas las cauelleras sueltas y tendidas en señal de luto y tristeça, por auer perdido aquellos quatrocientos y veinte hombres; y haciendo todas las cerimonias que solian, haciendo pasar á los presos por junto al ydolo y comer de la tierra de sus piés, y despues hacelles dar una vuelta en redondo por el lugar de las calauernas, que llamauan *tzonpantli*, fueron traidos á las casas reales donde les dieron muy escogidamente de comer y beber y *xuchiles* [2] y humaços. Luego mandó llamar el rey á su mayordomo mayor y mandóle fuesen puestos en cobro [3] los hijos del sol y mercedes del, lo qual tenian por don y merced quel sol les hacia en dalles presos para sacrificar.

Despues de apoco que el rey entró en la ciudad, empeçó á entrar el exército, y venian todos en ordenança con sus rodelas en las manos y sus espadas todas por bordones y vestidos con sus coraças y deuisas, como gente que venia de la guerra, á los quales salieron á receuir y hicieron los viejos una sentida plática dándo-

1 O despidió.
2 Ramilletes.
3 En lugar seguro.

les el para bien de su venida, y lleuáronlos así en ordenança y hiciéronlos hacer un caracol á todos los capitanes y soldados al rededor de la nueva piedra del sol, en señal de honra á la semejança del sol: de allí vinieron á palacio, donde *Tlacaelel* los recibió con mucho amor y les dixo: hijos mios, seais bien venidos á vuestra ciudad, donde teneis vuestra morada entre estos espadañales y cañaberales, donde seruís á vuestro dios *Vitzilopochtli:* descansá y tomá alivio de vuestros trauajos: acordaos de aquellos grandes señores que murieron en Chalco y del que agora poco a murió en lo de Mechuacan, todos de sangre real y vuestros hermanos y parientes que en esta guerra son muertos y presos, por los quales es justo se haga el llanto acostumbrado. Luego se puso por obra el hacelles las osequias, á la mesma manera y modo que en este capítulo queda referido, eceto que en estas osequias se añade, que despues de quemadas aquellas estatuas, los sepultureros recogieron las ceniças y las enterraron en un aposento.

Acauadas estas osequias, *Tlacaelel* y el rey determinaron de concluir con la solenidad de la figura del sol, y tomándose parecer el uno al otro sobre los que deuian de ser convidados, determinaron de inviar á llamar á los señores de Vexotzinco y de Cholula y al señor de Metztitlan, y con este acuerdo, *Tlacaelel* tomando el cargo de enviallos á llamar, escogió seis de los mas principales embaxadores y enviando dos á Cholula y dos á Vexotzinco y dos á Metztitlan, les dixo desta manera: Id y decid á sus señores: "De parte del rey *Axayacatl* somos venidos ante vuestra presencia y os hace sauer cómo la fiesta y solenidad de la semejança del sol se a llegado y desea mucho honralla con vuestras presencias, y dice que os suplica encarecidamente que os alleis á ella." Los mensajeros salieron de la ciudad para hacer su embaxada.

Llegados los mensajeros á Vexotzinco dieron su embaxada á *Quiauhtzintecutli*, que así se llamaua, y los que iban á Cholula dieron su embaxada á *Colomoxcatl*, que así se decia, los quales mensajeros fueron bien receuidos y proveidos de todo lo necesario, así de comida, como de mantas y ceñidores y cotaras, y mientras ellos comian, los señores de aquellas dos ciudades se apercitieron y adereçaron para venir, y así aparejados fueron á los mensajeros

y les dixeron; ya estamos aperceuidos, vamos á ver lo que manda nuestro sobrino, y así partieron, casi á una, de sus ciudades, y llegados á México entraron en la ciudad de noche, sin ser vistos, y fueron muy bien receuidos del rey y muy bien aposentados. Luego llegó el señor de Metztitlan, que se decia *Cozcatlotli*, el qual entró de noche como los demas, ordenado así por el rey, porque como eran enemigos y contrarios de los mexicanos, no quiso el rey fuesen vistos ni conocidos de donde fuesen, y así toda la honra que se les hacia era ocultamente con mucho secreto. Venidos estos tres señores y juntamente el DE Tlaxcala, segun al cauo refiere este capítulo, mandaron aperceuir y adereçar la piedra y los que auian de sacrificar, para lo qual se adereçó el rey, que fué el principal en este oficio, y luego su coadjutor *Tlacaelel;* y luego los que representauan los dioses todos, como eran *Quetzalcoatl* y *Tlaloc, Opochtli, Itzpapalotl, Youalaua, Apantecutli, Vitzilopochtli,* y *Toci, Ciuacoatl, Izquitecatl, Ycnopilli, Mixcoatl, Tepuztecatl*, vestidos todos estos dioses para sacrificar[1] encima de la piedra, todos subidos. Auiéndose adereçado, antes que amaneciese salió el rey muy galano, y junto á él *Tlacaelel* al mesmo modo vestido, y sus cuchillos de nauajas en las manos y subíanse encima de la piedra: luego sacauan los presos, todos embijados con yeso y las caueças emplumadas y unos beçotes largos de pluma, y poníanlos en renglera en en lugar de las calauernas, y antes que los empeçasen á sacrificar salia un encensador del templo y traia en la mano una gran hacha de encienso, á manera de culebra, que ellos llamauan *xiuhcoatl*, la que venia encendida, y daua quatro vueltas al rededor de esta piedra, encensándola, y al cauo echáuala así ardiendo encima la piedra y allí se acauaba de quemar: hecho esto empeçauan los sacrificios, matando el rey, hasta que se cansaua, de aquellos hombres presos, y luego le sucedia *Tlacaelel* hasta que se cansaua, y luego aquellos que representauan los dioses suçesivamente, hasta que se acauaron aquellos setecientos hombres presos que de la guerra de Tliliuhquitepec auian traido; los quales acauados, quedando todos tendidos junto al lugar de las calauernas y todo el templo y el patio ensan-

1 Es decir, vestidos como estos dioses, ó con sus ornamentos, para ejercer las funciones de sacrificadores.

grentado, que era cosa de gran espanto y cosa que la mesma naturaleça aborrece, fué el rey y ofreció á sus guespedes muy ricas mantas y joyas y muy ricos plumajes. Auiéndoles dado muy bien de comer, envióles á sus tierras, los quales espantados y asombrados de una cosa tan orrenda se fueron á sus tierras. Idos estos señores el rey cayó malo del cansancio de aquel sacrificio y del olor de la sangre, que era, segun cuenta la historia, un olor acedo y malo, el qual viéndose así enfermo, rogó á *Tlacaelel* que, antes que muriese, lo hiciese esculpir junto á *Monteçuma*, el rey pasado, en las peñas de Chapultepec. *Tlacaelel* lo mandó esculpir, y acauado fué el rey auisado dello, y así malo se hiço llevar á ver su estatua, y vista se despidió de los señores todos, sintiéndose muy al cauo, y dice la historia que no pudo tornar á México vivo y que murió en el camino en las mesmas andas que le traian. Murió moço y de muy poca edad. Reinó trece años, y antes que muriese murió *Neçaualcoyotl*, señor y rey de Tezcuco, á cuyas honras se halló, las quales fueron muy solenes. Fué eleto por rey de Tezcuco su hijo *Neçaualpiltzintli*. En tiempo de este rey *Axayacatl* uvo grandes revueltas entre las naciones cercanas, especialmente una reñida guerra y enemistad que uvo entre los de Ocuila y Cuauhnauac, saliendo vencedores los de Ocuila. Tambien se reueló Vexutla y quiso dar guerra á los tezcucanos. Reuelóse Xiquipilco y dió guerra á sus mesmos hermanos y vecinos, con lo qual se da fin á este capítulo.

CAPÍTULO XXXIX. [1]

De la eleccion del sétimo Rey, llamado *Tiçoçicatzin*, y de los presentes que truxeron los señores al rey muerto y pláticas que le hicieron.

Murió el rey *Axayacatl* el año de *mill y quatrocientos y ochenta y uno*, al qual hechas las osequias y ordinarios presentes y cerimonias prolixas, luego se entendió en elegir nuevo rey, y ese mismo año fué eleto, de comun consentimiento y lexítimamente por voto

1 Véase la lámina 18ª, part. 1ª

de los Señores y por todo el pueblo, el rey *Tiçoçicatzin*, del qual antes que empecemos á tratar, por ser su vida breue y hechos muy pocos, quiero decir del modo que se tuvo en las honras y osequias deste rey *Axayacatl*, por contallas la ystoria de este lugar muy á la larga.

Antes que elixiesen al rey *Tiçoçicatzin*, *Tlaçaelel* envió al rey de Tezcuco *Neçaualpiltzintli*, aunque otra ystoria y relacion dizque no sino á *Neçaualcoyotl*, que aun era vivo, á le hacer sauer cómo el rey de México era ya muerto; lo mesmo al rey de Tacuba y á los señores de todas las prouincias; la qual muerte sabida por todas las prouincias, en todas las ciudades se leuantó gran llanto y sentimiento, especialmente los reyes, delante los mensajeros, empeçaron á llorar y á mostrar gran pesar y tristeça por la muerte de un rey tan moço y tan valeroso, y levantándose de su asiento mandó á los de su casa que luego aparejasen lo necesario para ir á dar el pésame al muerto, y así salió luego de su ciudad y vino á la ciudad de México, y saludando á todos los principales fuése al aposento donde estaua el cuerpo muerto y ofreciéndole quatro esclauos, los dos varones y dos hembras, y un beçote de oro y unas orejeras y una naricera y una corona de oro de las que ellos usauan, y dos braceletes y dos calcetas de oro y un arco muy galano con sus flechas y muy galanos plumajes de plumas verdes y galanas, y otro de plumas de águila y una rica manta muy galana y un rico ceñidor y sus çapatos muy galanos y un rico collar de piedras con una joya de oro al cauo, y puesto todo este recaudo junto al cuerpo, así en pié junto al difunto, le empeçó á hablar desta manera, llorando: "hijo mio; mancebo muy valeroso y ecelente *Axayacatl tecutli:* esta será la última vez que veré tu cara: ya as llegado al lugar donde allarás á tus padres y parientes y señores tus antepasados, donde como un paxarito que vuela as ido á goçár del Señor de lo criado, del dia y de la noche, del aire y del fuego: aquí te traigo este pequeño don con que puedas allá pasar el tiempo con descanso."

Acauado quel rey de Tezcuco hiço su plática, entró el rey de Tacuba Y DIXO: "hijo mio: solo y desamparado as dexado y sin consuelo á esta tu república y ciudad de México, sujeta á lo que el

Señor de lo criado querrá hacer della, mañana ó esotro dia: ya te a dejado este cuydado para siempre, pues no podrán tener el recurso y amparo que solian en tí: ya as llegado al lugar de tus parientes y antepasados, los Señores: ya estás acostado y descansando á la sombra de los prados sombríos de las nueve bocas de la muerte y en la casa de la lumbre resplandeciente del sol, donde tus antepasados están: descanse agora, hijo mio, tu cuerpo;" y ofreciéndole otra ofrenda de esclauos y joyas y mantas, como el pasado, llegaron los señores de Chalco y hicieron el raçonamiento siguiente:

"Señor poderoso: seas muy bien allado: descanse tu cuerpo y tome sosiego con esta muerte, pues nos prestó el Señor de lo criado por algunos dias tu preçencia y valor y á nosotros tus vasallos los chalcas;" y ofreciéndole cinco esclauos y ricas mantas y ceñideros de lienço, muy galanos y labrados, y muchas joias y plumas y gran cantidad de corteças de árboles y tea, que eran para quemar los cuerpos de los señores, y así tenian á aquel género de leña en gran reuerencia.

Luego llegaron los de Cuauhnauac y de toda la tierra caliente, y haciendo la mesma lamentacion, le dixeron: "Señor poderoso: la triste muerte te cortó el ylo de este señorío que dinamente te auia el Dios de lo criado, del dia y de la noche emprestado: ya as dexado á estos señores y deudos tuyos solos y desconsolados, y as llegado á los que antes de tí fueron y pasaron á la otra vida: aquí venimos ante tu presencia á someternos á las lágrimas y á la tristeça, juntamente con toda nuestra prouincia, como es justo que toda la tierra haga el mesmo sentimiento, pues perdió tan buen rey y señor, el qual tenia las veces de nuestro dios *Vitzilopochtli*, por lo qual todos quedamos huérfanos y desamparados."

Luego llegaron los de Yauhtepec y los de Huaxtepec, Acapichtlan y Tepuztlan, y ofrecieron, despues de auer hecho cada uno en particular su raçonamiento al muerto, quatro esclauos, á los quales esclauos llamauan *tepantlacaltin*, y por otro nombre *teixpanmiquiztenicaltin*, que el uno y el otro quiere decir, "los que iban tras el muerto á tenelle compañía;" y porque sepamos qué gente eran estos esclauos, estos eran los esclauos domésticos del seruicio de los señores, comprados ó auidos por justicia, porque los de la guerra no ser-

uian mas de para los dioses. Truxeron mucho papel y cargas de mantas y plumas, y otras muchas joyas y preseas.

Luego llegaron los de Xuchimilco y hiciéronle su raçonamiento de esta manera: "Gran Señor: gran dolor siente nuestro coraçon y escozimiento de ver que as perdido tu hablar y que no nos puedes ya responder: tambien nos as escondido tu cara para poder goçar de ella: no nos resta sino llorar y gemir tu ausencia, que para siempre la muerte nos a quitado: aquí te traemos este pequeño presente para seruirte en este trance;" y ofreciendo sus esclauos y mantas y joias, hiciéronse afuera y llegaron los señores de Tepeaca, y haciéndole su raçonamiento le ofrecieron esclauos, mantas ricas, joyas, plumas y muchas camisas de mugeres y faldellines, para que lleuase á repartir á la otra vida.

Luego llegaron los señores de Cuetlaxtlan, y haciendo su raçonamiento, ofreciéronle cinco hombres y cinco mugeres y mantas, plumas, cacao, joyas, braçeletes, coronas, beçotes y orejeras, todo de oro, y ricos amoxcadores y páxaros galanos de plumas verdes, açules y coloradas. Dixéronle que aquello le ofrecian para que allá se siruiese dello en el lugar que el Señor de lo criado le auia puesto.

Acauados estos llegaron los de Tlaxcala, Vexotzinco, Cholula, de noche por no ser vistos, y entrando de secreto al retraimiento donde estaua *Tlacaelel*, le consolaron y dixeron que á ellos les auia pesado de la muerte del rey *Axayacatl*, y que traian las lágrimas y tristeça de todos los de sus prouincias, porque lo auian sentido mucho, y que allí trayan de lo que en su ciudad auia para el entierro y honras del rey *Axayacatl*, y ofreciéndole muchos arcos y flechas y mantas de nequen y bragueros ó ceñideros de lo mesmo, cueros y otras cosas de plumas de águila y caxcaueles para los piés, despues de auer todos ofrecido y hecho sus lamentaciones, todas las prouincias y ciudades por sí, y hechos sus raçonamientos al cuerpo muerto, todos los principales de México, y *Tlacaelel* con ellos, les dieron las gracias con largas pláticas y prolixas, diciendo cada uno por sí, como ellos suelen: mandaron luego traer de comer á toda aquella moltitud de señores que auian venido, lo qual se les dió muy cumplidamente y en tanta abundancia, que no solamente uvo para los señores, pero para todos los criados, y sobró mucha can-

tidad de pan y majares de aues y bebida de cacao y rosas y humaços, donde despues de auer comido sacaron del tesoro del Rey muchas mantas y bragueros, ó ceñideros, y vistieron á todos los señores de muy ricas y galanas mantas, eceto que á los tres señores, los contrarios de México, que eran los de Cholula, Tlaxcala y Vexotzinco, demas de dalles mantas, les dieron unas armas muy galanas y una rodela á cada uno y un espada, con lo qual ellos muy contentos, así adereçados, salieron de la ciudad para sus tierras, dando muchas gracias á los señores de México.

Acauados de ir los señores de la otra parte de la Sierra Neuada, quedándose los demas en la ciudad, hacian una ramada muy grande, á la qual llamauan *tlacochcalli*, que quiere decir casa de descanso ó de reposo, y en aquella ramada hacian una estatua que era semejança del rey muerto, y esta estatua era de astillas de tea, atadas unas con otras, y haciéndole su rostro como de persona, emplumáuanle la caueça y poníanle unas plumas que llaman *ichcaxochitl*, que quiere decir flor de algodon, y otras que llaman *malacaquetzalli*, que quiere decir plumas ahusadas, y un peto de plumas colgado al pecho, y cubríanle con una ropa muy galana, con la qual representaua al dios *Vitzilopochtli.* Luego sobre aquel vestido le vistieron las ropas del dios *Tlaloc*, para que representase aquel dios con aquellas vestiduras, y pusiéronle una corona de plumas blancas de garça con muchas berdes que salian dentre las blancas, y una rodela muy galana, y en la otra mano un palo labrado, á manera de relámpago, como el dios *Tlaloc* tenia, con el qual representaua ser dios de los relámpagos y aguaceros; y luego le vestian una ropa como sobrepeliz ó como un roquete. El tercero vestido que le ponian era del dios que llamauan *Youalahua*, y poníanle en la caueça otra corona de diuersas plumas ricas y una rodela en la mano, y en la otra mano poníanle un báculo con unas sonajas al cauo. El cuarto vestido que le ponian era del dios *Quetzalcoatl*, poníanle en la caueça una máxcara de tigre con un pico de pájaro, á manera de ganso de los del Perú, y como á dios del ayre le ponian una ropa roçagante á manera de alas, redonda por abaxo, y un ceñidor con los remates redondos y una mantilla pequeña encima, que la llamauan manta de mariposa.

Vestido con el adereço de estos quatro dioses, cuya presencia representaua, empeçauan los cantores á cantar los responsos y cantos funerales: luego empeçando á cantar, todas las mugeres que tenia salian, tendido el cauello, con vasos y platos de pan y otros manjares que ellas auian guisado y poníanlo delante esta estatua de *Axayacatl* y sus xícaras de cacao. Luego venian los principales, todos con sus rosas en las manos y sus humaços á su usansa, y poníanlos delante la estatua del rey. Venian luego los encensadores y encensaban la estatua unos tras otros. Acauada esta cerimonia vestian á los tristes esclavos que auian de morir para ir á servirle al otro mundo, y á las esclavas juntamente, vistiéndoles camisas nuevas y galanas y faldellines muy galanos, y poniéndoles á cuestas las caxuelas y cestillas en que el rey tenia las joias con que se adornaua, de orejeras, y beçotes y nariceras y todas las mantas ricas quel rey se ponia, ceñidores y todos los demas adereços de que se auia seruido, todos los liauan á los cuerpos de aquellos esclauos y esclauas que auian de morir. Luego traian los esclauos, todos quantos el rey tenia, y las esclauas, y á todos los vestian y adereçauan como á esclauos de rey, y á los corcobados y corcobadas y enanos de quien se seruian, á los quales adereçauan con joias y plumas y braçeletes de oro y otras piedras, y çarcillos y sonajas á los piés, y dáuanles las cebratanas con que el rey tiraua, y el arco y las flechas y la bodoquera, lo qual acauado empeçauan á cantar los cantores funerales, diputados para este effeto, y luego empeçaua el llanto de todo el pueblo, el qual turaua un buen rato. En el entretanto venian los sacerdotes con xícaras del vino que ellos bebian y derramáuanselo delante y á los lados y á las espaldas y en los rincones de aquel lugar. Luego hecho esto, los mas principales alçauan aquella estatua y lleuábanla delante del ydolo *Vitzilopochtli* y ponian el cuerpo muerto junto á él y pegáuanle fuego, y mientras ardia andauan á la redonda del unos atiçadores, que eran diputados para aquel oficio, con unos palos meneando la lumbre para que ardiese presto.

Acauada de quemar la estatua y el cuerpo hecho ceniça, trayan los sacerdotes unas xícaras verdes llenas de agua y unos ysopos hechos de laurel, y á todos los señores y principales y caualleros, soldados y valientes hombres echávanles agua con aquellos ysopos

en la cara, en renglera á cada uno por sí, y luego á las mugeres del rey y á las demas señoras que presentes estauan. Despues de rociados voluíanse los señores á los esclauos y decíanles: hermanos mios: id en paz á servir á vuestro amo y señor y rey nuestro, *Axayacatl;* ídle consolando y animando por donde fuere: mirá no le falte algo de sus joias, no se os caigan por el camino, seruilde con mucho cuidado y dalde todo lo que uviere menester, así desta comida como de su bebida: mirá no os falte algo y caigais en alguna falta. Los pobres dauan las gracias á los señores y empeçauan á llorar despidiéndose dellos. Luego se voluian á los corcobados y á los enanos y domésticos de su casa, y les encomendauan tuviesen gran cuenta y cuidado de dar aguamanos á su señor y de administralle el vestido y el calçado, como hasta allí auian hecho, y de dalle el peyne y el espejo que lleuaban, y de dalle la cebratana quando la uviese menester y el arco y flechas; mirá no os falte algo en el camino: id y seruí con todo cuidado á vuestro rey y señor; y poniendo junto á las ceniças un *teponaztli*, que es el instrumento con quellos tañen quando baylan, echáuanlos junto aquel *teponaztli* de espaldas y cortáuanles el pecho, y sacándoles á todos el coraçon y la sangre, cogíanla en unos vasos y derramáuanla en la lumbre donde el cuerpo del rey estaua ardiendo, la qual el fuego juntamente la consumia.

Acauados de matar todos los esclauos y corcobados y enanos y todas las esclauas, que acontecia pasar de cinquenta y de sesenta personas las que allí matauan, y echada la sangre en el fuego, con la qual se apagauan aquellas ceniças ardiendo, coxíanlo todo los sepultadores y hacian un hoyo delante los piés de *Vitzilopochtli* y enterráuanlo allí con todos aquellos coraçones de los muertos y las joyas y plumas y mantas que le auian ofrecido. Venian luego los cantores con aquellas xícaras de agua y ysopos y tornauan á rociar y dar ysopaços de agua á todos y á todas las presentes, no dexando á nenguno. Acauadas todas estas cerimonias leuantáuanse los mayores señores de México, que eran los quatro del consejo real, y dauan las gracias á todos los presentes, besándoles las manos de parte de toda la ciudad y senado della, diciéndoles cómo el Señor de lo criado auia apagado la candela y escondido la luz de México y que auia escondido la voz de aquel que todo lo man-

daua y regia con ella, de lo qual tornauan á llorar todos, con lo qual dando el retorno de las gracias, los señores se fueron todos á sus tierras y quedaron los mexicanos todos juntamente con las mugeres y parientes del muerto en ayuno de ochenta dias, al cauo de los quales hicieron otra estatua y la vistieron á la mesma manera que queda dicho y mataron otros tantos esclauos, con las mesmas cerimonias de cantos y bayles, comidas y bebidas y rocíos de agua, quemando la estatua, derramándole encima aquella sangre de los muertos y enterrando los coraçones con las ceniças y todas las joyas y riqueças quel rey tenia, lo qual llamauan cauo de año, como acá decimos, y desta manera honrauan antiguamente á los reyes y señores que morian, haciéndoles las cerimonias dichas.

Acauadas estas cerimonias y honras del rey *Axayacatl*, divulgóse luego al quarto dia la nueva election de *Tiçoçicatzin*, que por otro nombre le llamauan *Tlachitonatiuh*, que quiere decir, el sol baxo, [1] la qual election divulgada y sauida en Tezcuco y en Tacuba y por todas las demas prouincias, luego sin ninguna tardança se mouieron á venir á México á hacer sus cumplimientos y á dar la obediencia, como es uso y costumbre y lo era entre ellos; y así vinieron á México el rey de Tezcuco con todos sus principales; el de Tacuba con todos sus señores; los de Chalco, Xuchimilco, con toda la chinampa; de Cuitlauac, Mizquic, Culhuacan, Mexicatzinco y Itztapalapan, los matlatzincas, los mazauaques, los coatlalpanecas, todos los señores de la tierra caliente, los quales, despues que le uvieron todos besado las manos y ofrecídole grandes dones y riqueças, el rey de Tezcuco le dió el grado desta manera: que estando el nuevo rey eleto en pié, el rey de Tezcuco tomó una corona de piedras verdes, toda guarnecida de oro y púsosela en la caueça, y oradándole las narices por la ternilla, le puso atrauesada una esmeralda verde, del grueso de un grueso cañon de escribir, y en las orejas unas dos esmeraldas redondas guarnecidas de oro, y en los molledos, que le tomauan del molledo al hombro, dos braceletes de oro muy resplandecientes, y en las gargantas de los piés unas calcetillas con caxcaueles de oro al cauo, y calçóle él mesmo con

1 Conformándonos á esta significacion, podria escribirse, *Tlalchitonatiuh*.—Así se lee en *Ixtlilxochitl*, al hablar de los *cuatro soles*, ó grandes períodos cíclicos.

sus manos unos çapatos en los piés, de cuero de tigre, todos dorados muy galanos y vistióle una manta muy preciada de un nequen, que ellos llaman pita,[1] muy delgada y resplandeciente, toda dorada y pintada de galanas pinturas, y púsole un ceñidor de lo mesmo, y tomándolo por la mano lo lleuó á un trono que ellos llamauan *Cuauhicpalli*, que quiere decir, asiento de águila, y por otro nombre le llamauan asiento de tigre, y la causa era porque estaua guarnecido de plumas de águila y de cueros de tigre, y tomándole los demas señores en los hombros, así en su asiento como estaua, lleuáuanlo á lo alto del templo y poníanlo junto á la estatua de su dios *Vitzilopochtli:* luego le ponian una espina de tigre ó de leon en la mano, guarnecida de oro, y punçáuase las orejas y las espinillas y los molledos.

Acauado de sacrificarse tornáuanlo á leuantar de allí y traíanlo delante la piedra del sol, que llamauan *Cuauhxicalli*, que quiere decir, la piedra de las águilas, y allí se tornaua á sacrificar en los mismos lugares, y traíanle muchas codornices y descaueçáualas todas con su mano, encima de la piedra, y echaua la sangre en la pileta questaua en medio della. Luego le dauan un encensario en la mano y encensaua las quatro partes del mundo, conviene á sauer, á Oriente, á Poniente, al Norte y á Medio dia. Luego le llevauan al dormitorio de los ancianos y entraua en una cámara oscura donde tenian á la diosa *Ciuacoatl*, que le llamauan *Tlillan*,[2] que quiere decir negregura, y allí se tornaua á sacrificar en los mesmos lugares que antes, y mataua otras tantas codornices delante de la diosa, y tornaua á encensar el aposento oscuro donde estauan todas las estatuas de los dioses recojidas. Acauada esta estacion luego iba á un lugar que llamauan *Yopico*, donde estaua un dios que llamauan *Yopi*, y allí se tornaua á sangrar de orejas y braços y espinillas y matar codornices y encensar aquel lugar, y desta manera andaua cinco estaciones de los mas principales dioses, sangrándose y sacrificando codornices y encensando las estatuas y aposentos; y lue-

1 Los mexicanos no le daban este nombre, porque la palabra *pita* no es mexicana, ni tampoco castellana; es una de tantas introducidas á México de las lenguas de las Antillas ó de la América del Sur. Si nos atenemos á una reminiscencia del cronista Herrera, parece pertenecer á la lengua de la Nueva Granada.

2 Refiérese á la cámara.

go, acauadas las cinco estaciones, traíanle á su casa á donde le tornauan á sentar en su aposento [1] Real y leuantáuase el rey que le auia dado las insinias reales, que era el de Tezcuco, y hacíale la plática siguiente: muy poderoso señor y valeroso mancebo: heredado as el estrado real de muy ricas y hermosas plumas y el aposento de piedras preciosas que dexó el dios *Quetzacoatl* y el gran *Topiltzin* y del marauilloso y admirable *Vitzilopochtli*, el qual no se te da mas [2] de prestado, no para siempre, sino por algun tiempo. Este asiento dexaron illustrado y engrandecido aquellos Reyes valerosos tus antecesores, especialmente tu aguelo de alta y suprema memoria *Monteçuma*, el qual con su larga vida lo dexó tan en la cumbre, que nunca hasta allí tal auia estado; por tanto, señor, mirá no sea abatido en tu tiempo; no te descuides: mirá lo que haces, ten cuenta con el guerfano y con la viuda, con el viejo y con la vieja que ya no pueden trauajar, porque son las plumas y las pestañas y cejas de *Vitzilopochtli*, especialmente las águilas y tigres, los valientes y valerosos hombres, que son muro y defensa tuya y de tu república, y estos la engrandecen con el derramamiento de su sangre; y con esto, valeroso señor, doy fin á mi plática.

Luego salia el rey de Tacuba y hacíale su plática, y así sucesivamente le iban haciendo sus pláticas todas las demas ciudades y prouincias, que querellas aquí poner cáda una por sí, aunque segun su elegancia y metáforas no fuera tenido por prolixo, y sé que dieran mucho gusto de ver las metáforas y maneras de hablar que estos tenian tan admirables; pero por no ser molesto las dexo de poner, pues todas venian á concluir en encomendalle el buen gouierno y cuidado de los pobres, y de honrar y fauorecer á los buenos y valerosos, y la defensa de la patria y el honor y reuerencia y culto de los dioses; y poniéndole delante las mesmas insinias que al otro rey, todos á una sin discrepar, y ofrecelle grandes preseas y dones, unos mas que otros, acauadas las pláticas se fueron todos á sus tierras dexando ya al rey en su trono.

1 Quizá—"asiento."
2 Esto es, "se te dá solamente de prestado, etc.

CAPÍTULO XL. [1]

De cómo los mexicanos ordenaron dar guerra á los de Metztitlan para traer gente para hacer fiesta en la coronacion de su Rey y ungimientos.

Despues de idos todos los señores y reyes comarcanos, los mexicanos muy contentos y ufanos con su rey, uvo parecer entre los señores de hacer una solene fiesta á su Rey en honra y honor de la uncion que le hacian y de su coronacion, y inventando que para ello, y el dia que se le quitase la uncion, uviese un gran sacrificio de hombres; y determinaron de ir á probarse con los de Metztitlan y á traer gente de aquella tierra para sacrificar, lo qual no se podia hacer sin guerra, porque de fuerça auian de ser presos en guerra y por vía de armas los que auian de ser sacrificados; y así con esta determinacion enviaron á los de Tezcuco y Tacuba y Chalco y Xuchimilco y á los de toda la tierra caliente y á todas las demas prouincias de la *Cuauhtlalpan* y de la Matlatzinca que se aperciuiesen para ir á la guerra que para honra de su rey ordenauan contra Metztitlan; lo qual oydo por los señores de todas estas prouincias dixeron les placia, y luego puesto por obra el hacer gente, fué con tanta priesa, que desde á pocos dias uvo auiso en la ciudad de México, de todas partes, cómo ya la gente estaua hecha; que mandasen lo que se auia de hacer. El rey, que mientras le turaua la uncion y estar velando sobre sus insinias y en ayuno y penitencia, no mandaua aun nada, acudieron á *Tlacaelel*, el qual les mandó que toda la gente que estuviese aperceuida y aparejada se recogiese en Atotonilco, y que allí aguardasen todos al demas exército y en Itzmiquilpan. Vueltos con este recado de [2] los mensageros, luego mandaron los señores que saliesen todos los soldados, sin que

1 Véase la lámina 18ª, part. 1ª

2 Parece que sobra esta palabra.

quedase hombre, y así fué que dentro de tercero dia no quedó ninguno que para aquella guerra se auia aperceuido y determinado á ir.

Sauido en México que ya todos eran partidos, los de la redonda,[1] mandaron luego saliesen los de la ciudad de México, y así todos, muy bien adereçados, salieron y tomando los señores al rey consigo le lleuaron á la guerra, el qual como era moço y no se auia allado en semejantes negocios, *Tlacaelel* se lo encomendó muy encarecidamente, que mirasen por él y que no lo dexasen de la mano, sino que siempre estuviese acompañado con su gente de guardia, y así partieron de la ciudad y llegaron á Teçontepec donde el rey de Tezcuco lo esperaba con su gente, y saliéndolo á reciuir le hiço muy buen ospedaje y teníanle aperceuida muy buena y solene comida para él y para sus principales, y despues de auer comido salieron de allí y vinieron á Atotonilco, donde lo mas del exército estaua esperando; y llegados, el rey mandó llamar á los señores de aquel pueblo y de Itzmiquilpan, y díxoles: hermanos, yo vengo á ver y probar mis fuerças con estos de Metztitlan: quiero que hagais una cosa y es, que salgais á dalles guerra vosotros solos, porque piensen que vosotros solos les haceis esta guerra, para que si os truxeren de vencida, auiendo peleado con ellos, saldremos de refresco y prenderemos los que pudiéremos; y ellos haciéndolo así salieron al encuentro á los enemigos, y haciendo todo su poder, no pudiendo resistillos, empeçaron á voluer atras; las quales nuevas llegaron[2] al rey y á los señores, cómo los atotonilcas y iztmiquilpas voluian atras y que venian de vencida, echaron todo el exército para que rompiese con ellos, chalcas, tezcucanos, tepanecas, xuchimilcas, tlaluicas, mazauaques. Los metztitlancalques auian llamado en su fauor á los huaxtecas, y viendo la multitud que sobre ellos venian, salieron y los huaxtecas al encuentro, y hiciéronles grandísima resistencia y matáronles trecientos hombres, de lo qual los mexicanos afligidos, no sauiendo qué se hacer para salir con alguna empresa, echaron un escuadron de moços mochachos de á diez y ocho ó veinte años, que siempre lleuauan á la guerra no mas de para

1 Esto es, — de los lugares inmediatos.
2 "llegando,"

que mirasen y perdiesen el miedo para adelante, y dándoles armas á todos mandáronles que entrasen con ánimo y que hiciesen lo que pudiesen y que cobrasen nombre de valerosos, y dándoles á ellos y á los que salian á descansar una escudilla de *atol* de chia, entraron estos mochachos con tanto ánimo entre los enemigos, que prendieron entre todos quarenta valientes hombres de los de Metztitlan y de los guastecas que les quixeron hacer rostro, y presos estos casi los desbarataron y hicieron pasar un rio que se dice *Quetzalatl.* Los de Metztitlan, casi como corridos, aunque ellos auian lleuado lo mejor, de que los mochachos los uviesen hecho recular, lo que no auian podido los valerosos hombres y valientes soldados, alçaron el real y fuéronse á sus lugares.

Los mexicanos, viendo que ya no auia qué hacer y que con aquello auian los contrarios recogídose á sus lugares, mandaron recoger la gente y vinieron á las tiendas: llegados allí, el rey mandó llamar á su tienda todos los señores de las prouincias, los quales venidos á su llamado, les dixo: Señores y valerosos soldados y capitanes: ya emos hecho de nuestra parte lo que somos obligados y no se a podido hacer mas: veo que nos faltan trescientos hombres de nuestros hijos y hermanos y sobrinos: á esto venimos sujetos, tambien como á vencer, y si alguna honra en esta guerra emos ganado, á estos mochachos se deue atribuir y ellos pueden gloriarse que por ellos voluemos vivos á nuestras tierras, y á ellos doy la honra de esta batalla. Los presos son muy pocos; yo os agradezco lo que auis hecho y ios con Dios cada uno á su lugar, pues no ay aquí mas que hacer. Ellos dieron las gracias, y luego tomó cada uno la vía que mejor le pareció. Los señores tomaron á su rey y partieron con él, y llegados á un pueblo que se dice *Chicunautlan*, enviaron á decir á *Tlacaelel* cómo la guerra era acauada con daño de los mexicanos, de los quales y de todas las demas prouincias faltauan trecientos hombres, de solo un encuentro, y que quarenta presos que trayan, los mochachos auian sido en prendellos y que á ellos se les deuia la honra y gloria.

Tlacaelel sintió mucho la pérdida, y mandó que luego tocasen los atambores y los caracoles y cornetas y que uviese en los templos atalayas, para quando fuese tiempo de salir á receuir á su se-

ñor y á los presos, y venida la ora, los viejos y sacerdotes se adereçaron, y por el órden que solia salieron á receuir á su señor y al exército, poniéndose todos en ala de una parte y otra con sus encençarios en las manos, y los viejos que ya no podian ir á la guerra, que llamauan *Cuauhueuetque*, que quiere decir, las águilas viejas, hartos de ir á entradas, jubilados [1] de las guerras, salian todos armados con sus rodelas y espadas, por bordones, con cintos de cuero en las caueças y sus plumajes de plumas de águila, todos puestos en la mesma órden; y los primeros que llegaron fueron los presos, todos atados en renglera, y los muchachos que los auian preso venian junto á ellos, cada uno junto á su esclauo aparte, y saludándoles empeçaron á hacelles las cerimonias que solian, de encençallos como á merced y don del Sol y de *Vitzilopochtli*, los quales presos empeçaron á cantar y á hacer sus lamentaciones y á dar silbos y voces, y así entraron en la ciudad hasta el templo; y lleuados ante el ydolo pasaron por delante del tomando tierra con el dedo y comiendo. Despues que acauaron de pasar lleuáronlos al palacio real, donde despues de auer saludado á *Tlacaelel*, les fué dado muy bien de comer y beber, rosas y humaços y entregados á los mayordomos para tener cargo de ellos.

Desde á poco rato llegó el rey con todos los señores, y haciéndole el reciuimiento ordinario, los viejos empeçaron á llorar por la pérdida que auian tenido de los suyos, lo qual era cerimonia, y haciendo á su señor y á los señores todos, que con él venian, una larga plática; así llorando los unos y los otros, venian hasta el templo, y los viejos hasta llegar allí á los piés de *Vitzilopochtli* venian diciendo á voces: ó desdichados mexicanos, que dexaste á vuestra ciudad de México para no vella mas; pero qué se a de hacer, pues fuistes al exercicio de la muerte por honra de vuestro dios *Vitzilopochtli*, y allá fuistes todos asidos de las manos á goçar y á ver el modo que tiene la casa del sol, delante de quien andais volando: y diciendo esto y otras muchas lástimas con que prouocauan á llorar á la gente, pasauan delante los piés de la estatua y rodeauan la piedra del sol á la redonda. Y yéndose al palacio real, el rey se sentó en su asiento y luego llegaron á le saludar todos los señores

1 Esto es, exentos del servicio militar.

que en guarda de la ciudad auian quedado. Acauado de hacer estas salutaciones y cumplimientos con el rey, luego iban los viejos á dar el pésame á las viudas, cuyos maridos auian quedado en la guerra muertos y presos, y haciéndoles pláticas consolatorias, prolixas y largas, cada uno por sí, las quales pláticas consolatorias acauadas, las viudas se lo agradecian y les dauan de comer y vestir, y estos erán sus percances.

Sosegada toda la ciudad y todos ya en quietud, *Tlacaelel* mandó llamar á los señores y díxoles: Hermanos; concluyamos con la solenidad y lavatorio real de nuestro Rey, y esto no lo a de hacer él sino nosotros, para lo qual llamemos y convidemos á todos los señores de la redonda; conviene á sauer, al rey de Tezcuco, al de Tacuba, á los señores de Chalco, á los de Xuchimilco y de toda la Chinampa, Culhuacan, Ixtlapalapan, Mexicatzingo, Vitzilopochco, á todos los de la tierra caliente, á todos los de la Cuauhtlalpa, Matlatzinco y Toluca y á la Coatlapa, lo qual luego, de consentimiento de todos, fué luego hecho y convidados para la fiesta, y juntamente enviaron á todas las ciudades, villas y lugares, donde tenian sus mayordomos y gobernadores los mexicanos, á decilles que prouellesen de todo lo necesario para esta fiesta de lo que en aquellas prouincias auia, y que todos se allasen á esta fiesta; y así luego empeçó á entrar en la ciudad gran multitud de cargas de mantas muy galanas, unas mejores que otras, joyas, plumas, que no tuvieron número, cacao, rosas, frutas, gallinas y gallos, sin quento ni medida, pan y maiz de todo género, conejos, codornices, venados y de todo género de caças, pescados de las partes donde lo auia, todo en tanta cantidad y abundancia que era cosa despanto, con lo qual venian los calpixques y factores que en los pueblos auia, pues vino á la ciudad á traer lo necesario para este convite y fiesta el gouernador de Cuetlaxtla y el de Tochtla y el de Tziccoac y el de Tuçapan y el de Cuauhnauac y el de Yautepec y el de Oaxtepec, el de Acapixtlan y el de Couixco y el de Uitzoco y el de Tepecuacuilco y el de Tlachmalacac y el de Youallan y el de Tepetlan y el de Nochtepec y el de Teotliztac y el de Tlachco y el de Tzacualpa y el de Iztapan, y los señores y gouernadores de los Totoltecas, el de Chiauhtla, el de Piaztlan, el de Teotlala, el de Cuitla-

tenanco y el de Cuauhapazco y el de Xochuenetlan y el de Olinallan, el de Tlalcoçauhtitlan, el de Matlatzinco, el de Toluca y el de Tzinacantepec y el de Tlacotepec y el de Calimaya y el de Tepemaxalco y el de Teotenanco.

Luego entraron los de la serranía, vino el de Malinalco y el de Ocuila y el de Coatepec, el de Capuloac, el de Xalatlauco, el de Atlapulco, en fin, todos los de la prouincia y los lugares sujetos á la corona Real de México, los quales todos, con todo el carruaje y prouision que trayan, vinieron á parar á casa del mayordomo mayor, que se llamaua *Petlacalcatl*, el qual nombre quiere decir, mayordomo mayor que tiene cargo de la despensa Real, ó tesorero que tiene cargo de la hacienda Real, el qual tomó á todos los mayordomos de todas las ciudades y prouincias dichas, y guiándolos él se fué con ellos delante el rey, el qual estaua sentado en su trono y junto á el viejo *Tlacaelel*, y entrando ante el rey le dixeron: Señor, todos tus mayordomos y tesoreros de los pueblos y prouincias son llegados y vienen á besarte tus reales manos; el qual los mandó entrar ante él, y postrándose todos por tierra ante su rey, le hicieron las çalemas y cumplimientos y umillaciones que ellos hacen, pues son gentes que la saue muy bien fingir y disimular tanta umildad, que el suelo no es mas baxo quellos, quando se ven delante de su superior, y ofreciéndole presentes de todo lo que en sus cargos y corregimientos ó alcaldías mayores auia, porque así las podemos llamar, pues eran proueydas para aquellos cargos; unos trayan oro, otros joyas, otros braçaletes, rodelas, mantas, armas, beçotes, çapatos, cueros de tigres y aues, gatos monteses, otros trayan ricas plumas, y poniéndolo delante del, el rey se lo agradeció y preguntó si auian proueydo de lo necesario para el banquete y comida general que queria hacer: ellos dixeron que sí, que todo estaua muy á punto, sin faltar nada. El rey les mandó que hiciesen adereçar todos los aposentos, y que se adereçase toda la casa Real y prouer de asientos y esteras y rosas y ramos, todo lo que se pudiese, y así se adereçó toda la casa, sin faltar cosa, con tanta solenidad y solicitud, que andaua toda la ciudad revuelta y ocupada, y con tanto bullicio de gente de fuera que auian venido, así con la prouision, como al effeto de adereçar el palacio y casa Real, que no cauian

en la ciudad; y pusieron todas las casas reales tan enramadas y vistosas y tan galanamente enrosadas, que no pudo ser mas, como gente que lo saue bien hacer.

Despues de todo á punto, llegado el dia que se auia de hacer la coronacion pública y fiesta y el lauatorio que ellos llamauan, que era ungille, los mas principales de México, por mandado de *Tlacaelel*, tomaron una corona de oro y dos braçeletes y dos calcetas de oro y unas orejeras de oro y un beçote y una naricera muy rica y una manta y un ceñidero muy por estremo galano y fueron al rey de Tezcuco (*Neçaualpiltzintli*) y poniéndole delante todo aquello, le dixeron: señor poderoso: tu hacedor *Tlacaelel* te envia este presente y te hace sauer cómo *Tiçoçic Tlalchitonatiuh* es rey desta ciudad de México y te suplica que salgas á baylar á esta su coronacion; y poniéndole delante muchas y muy galanas rosas y plumas, respondió: la elecion sea mucho de norabuena, por la qual á mí me place de me regocijar y bailar, pues mi venida fué á eso. Luego fueron al rey de Tacuba y diciéndole lo mesmo y dándole otro presente de todos sus adereços, de piés á caueça, le hicieron sauer cómo era eleto *Tiçoçic*, que reciuiese aquello y que le rogauan baylase. El dixo le placia y que A aquello auia venido, y desta manera anduvieron por todos los señores de uno en uno de los que de toda la tierra auian venido, dándoles mantas y ceñidores muy galanos y ricos de mucho precio, y orejeras y beçotes y nariceras y cintas de oro, como guirnaldas, con sus plumas en ellas y cotaras muy galanas, dándoles á todos sus rosas y humaços y haciéndoles sauer á cada uno en particular, en dándole las preseas, cómo el señor *Tiçoçic* era rey de México, que lo supiesen y que aquello se les daua para que regocijasen aquella fiesta y solenidad, y baylasen y en aquello mostrasen el contento que dello auian receuido.

Luego los cantores reales sacauan, antes que amaneciese, un atambor y ponianlo en el patio real que ellos llamaban *Tlatocaitualli*, que es lo mesmo, todos vestidos muy curiosa y galanamente vestidos para aquel efeto, aquel dia con mucho oro y joyas y plumas, y empeçauan á tañer y cantar un canto aseñoreado y muy graue, al son del qual salian todos aquellos señores y reyes y hacian un solene bayle y muy pausado y graue, al qual saldrian sus dos mil

señores y caualleros y principales, todos vestidos y adereçados muy curiosamente á costa del rey y de sus tesoros. Despues de[1] todos ya en el bayle, sin quedar ninguno, salió el rey con una corona de oro en la caueça con muchas piedras preciosas engastonadas en ella y un rico plumajé en ella lleno de muchos pinjantes de oro y en las orejas unas muy ricas orejeras FORMADAS de dos piedras verdes redondas engastadas en oro muy relumbrantes y en la boca una muy rica esmeralda[2] engastada en oro y en las narices otra piedra verde muy trasparente, la qual traia atrauesada en las narices, y á los cauos dellas unas plumitas açules de pabon, que con el verde y el açul salia la piedra verde y hacia unas aguas muy galanas. Traia unos braceletes de oro, muy galanos, que le tomauan del hombro á la sangradura y en las piernas unas calcetas de oro muy bruñido y unos çapatos de tigre, todos guarnecidos de oro y piedras verdes y açules: traia dos mantas al desgayre echadas por debaxo del braço, las mas ricas de lauores y plumería que se podian pintar y un ceñidor tan ancho y tan labrado y rico que la orla del ceñidor ó braguero le cubria todos los muslos hasta las rodilleras y toda la trasera: traia en la mano derecha un encensario lleno de lumbre: tras él venian todos los grandes de la corte y unos dellos traian la bolsa en que venia el encienso y los demas traian codornices y otros las insinias reales, unas armas, una rodela, una espada, un arco y flechas, y llegando el rey al atambor echáuanle encienso en el encensario y encensáualo, andando al rededor quatro veces. Acauado de encensar tomáuale un señor de aquellos el encensario y luego le administrauan las codornices y sacrificáualas él con su mano al atambor,[3] al dios de los bayles, que por la mayor parte y siempre le tenian pintado en el atambor ó en el pié del instrumento que ellos llaman *teponaztli*.

Acauado de sacrificar sus codornices voluíase á su aposento y trono real y mandaua traer sus mantas, las mas galanas que auia, y él mesmo por su mano vestía á los señores de mantas, bragueros ó ceñidores, y decíales que aquello era lo que por sus valerosos bra-

1 Aquí falta un verbo. Parece que la lectura es—"Despues de *estar* todos ya en el baile, sin *faltar* ninguno, etc.

2 Esto es, un *bezote* de esmeralda. Véase la nota de la pág. 154.

3 Parece que debe decir—"en, ó sobre el atambor."

ços auian ganado y merecido; que goçasen dello; y pues es vuestro y os costó vuestra sangre, olgaos con ello: y poniéndoles él mesmo las orejeras y las nariceras y los beçotes de oro y ricas piedras y plumajes, con cintas de oro en las caueças, y dándoles rosas y humaços, salian todos muy adereçados á baylar. Mandó llamar luego el rey á todos los valientes hombres de la órden de caualleria del sol, de quien emos tratado, que no auian de voluer pié atras en la guerra ó morir; y venidos ante él los vistió á todos de ricas mantas en su género y les hiço otra plática, diciéndoles goçasen de lo que sus valerosos braços auian ganado y los de sus antepasados, y dándoles joyas y preseas y piedras ricas para las orejas y bocas y narices, mandáuales dar á todos rosas y humaços y que fuesen á baylar. Luego mandó llamar á otro género de caualleros, que era otra órden de caualleria, quellos llamauan *tequiuaque*, y hiço con ellos lo mesmo, vistiéndolos de otro género de mantas, y dándoles deuisas, joyas y rosas y humaços, mandó que fuesen á baylar y regocijarse con lo que ellos y sus antepasados auian ganado. Vino luego por su llamado otro género de soldados que ellos llamauan *Otomi*, que para conocerse este género de caualleros andauan todos tresquilados un dedo ó dos por encima de las orejas, con una tresquila redonda hecha á nauaja; á estos vistió con otro género de mantas conforme á su dinidad y les dió las joyas conforme á lo que ya estaua en la premática señalado de lo que podian usar, y dándoles rosas y humaços les mandaua fuesen á baylar y á regocijarse con lo quellos y por sus fuerças traian á la ciudad de tributos. Luego vistió á todos los sacerdotes antiguos y modernos y dió de todo lo que á ellos pertenecia; vistió á todos los ministros de los templos, chicos y grandes, y á todos los seruiciales y guardas dellos y á los capellanes y curas de los barrios; finalmente á todos los que en los templos tenian algun oficio: vistió á todos los viejos y ancianos de los quatro barrios, para lo qual los mandó buscar y recojer y á los guerfanos y pobres, todos los quales le besaron las manos y agradecieron la limosna y bien que les hacia, á los quales todos mandó dar el rey rosas para que se olgasen y bailasen, en lo qual se empleó todo aquel dia.

Otro dia, antes que amaneciese, se leuantó *Tlacaelel* y fuese al

aposento del rey y despertándole lo hiço adereçar como el dia antes, y ambos á dos salieron á baylar con algunos señores, diciéndole que ya sus dias eran pocos y que los queria emplear en su contento y alegría, pues en el otro mundo ya no auia de bailar ni cantar ni goçar del olor de las rosas y humaços, de lo qual estauan privados los señores que ya auian pasado. Luego en saliendo, vinieron los grandes de la corte con ricas rosas muy galanamente obradas y sartas de rosas y humaços galanos y dorados y diéronlos á los dos los[1] reyes de las dos prouincias, y todos los señores y grandes de las prouincias se leuantaron, y para mas soleniçar la fiesta comieron todos de unos hongos monteses, que dicen que hacen perder el sentido, y así salieron todos muy adereçados al bayle. Despues de auer un rato baylado, tornó el rey á vestir á todos los señores y á dalles ricas mantas y joyas, á la mesma manera que queda dicho, el qual baile y fiesta y comida, y el repartir mantas y joyas á todos los arriba dichos, turó quatro dias. Al quarto dia mandó el rey llamar á todos los ministros de los templos y tornólos á vestir á todos, como el primero, y ese mesmo dia mandó llamar á todos los corregidores y alcaldes mayores de los pueblos y prouincias y á todos los mayordomos y cobradores de tributos que en ellos tenia, y vistiólos á todos y dióles muy galanas mantas, dióles muchas joyas, á cada uno por sí y por su antiguedad, conforme á cada uno la dignidad en que eran constituidos.

Luego, el dia que ellos llamauan *Cipactli*, que era el primero[2] del mes, figurado con una caueça de sierpe, en el qual dia se coronauan siempre los reyes, sacaron todos los presos que de Metztitlan auian traido, aunque pocos, y encima de la piedra del sol los sacrificaron. Acauado el sacrificio, la ciudad se desocupó de los señores y guespedes y quedó sola y con su rey, el qual, dice la ystoria, que en quatro ó cinco años que reynó, que su exercicio era estarse encerrado, sin mostrar brío en cosa nenguna, antes mucha pusilanimidad y cobardía y que propuso, por importunaciones de *Tlacaelel*, de acauar de edificar el templo, que no estaua acauado un gran pe-

1 Parece redundante esta palabra.

2 Esta prioridad es muy controvertida, y su determinacion una de las mas sérias dificultades que presenta el calendario mexicano.

daço del edificio, pero que antes que lo empeçase, viéndole los de su corte tan para poco, y no nada republicano, ni deseoso de engrandecer y ensanchar la gloria mexicana, que creen que le ayudaron con algun bocado, [1] de lo qual murió muy moço y de poca edad. Murió el año de *mill* y *quatrocientos* y *ochenta* y *seis*, la qual muerte luego fué divulgada por todas las prouincias y le fueron hechas las osequias al mesmo modo y manera que al rey pasado, viniendo á ellas todos los reyes y señores con sus esclauos y presentes, las quales osequias turaron quatro dias, y despues, al cauo de ochenta, el cauo de año con la mesma solenidad que antes, otros quatro dias, matando otros tantos esclauos y corcouados y enanos, con todos los esclauos de su casa, sin quedar ninguno, para que allá le fuesen á servir, enterrando con sus ceniças á todas sus joyas y riqueças.

Lo que ay que notar deste entierro es, que despues de auer vestido al cuerpo en semejança de los quatro dioses, al tiempo de quemalle delante de la estatua de *Vitzilopochtli*, los que salieron á atiçar el fuego salieron en cueros, todos embijados de negro y las caras tiznadas con tizne muy negro y los cauellos encriçados, [2] muy negros, y unos ceñidores de papel con que cubrian sus partes verendas, con unos palos de hencian [3] muy puntiagudos con que traian al cuerpo de aquí para allí en el fuego, los quales palos venian embijados de almagre colorado: juntamente salió tras ellos el rey y señor del infierno, vestido á la manera de un demonio muy fiero: traia por ojos unos espejos muy relumbrantes y la boca muy grande y fiera, una cauellera encriçada con unos espantables cuernos y en cada hombro traia una cara con sus ojos despejos y en los codos sendas caras y en la barriga otra cara y en las rodillas sus ojos y caras, que parecia con el resplandor de los espejos que en estas partes traia por ojos, que por todas partes miraua, y estaua tan feo y abominable que no le osauan mirar de temor. Este que representaua al señor del infierno traia en la mano otro palo enalmagrado, y andaua al rededor de la lumbre como mandando á los otros, que se diesen priesa á voluer aquel cuerpo, y algunas veces, dice la ys-

1 Con veneno.

2 Tal vez— "encrasados."—Los sacerdotes y empleados en el templo confeccionaban esta pintura con sustancias grasosas.

3 Así en la copia; tal vez—"encina."

toria, que tambien daua él su hurgonaço: tambien añade en este entierro, quel que andaua con la xícara verde en la mano y con el ysopo de hojas de laurel, rociando á la gente y señores, que andaua vestido á la semejança de la diosa de las aguas que ellos llamauan *Chalchiuhtlicue*. Acauado de enterrar el cuerpo, *Tlacaelel* y los demas principales dieron las gracias á todos los señores y les dixeron que todos se fuesen norabuena á sus tierras y que estuviesen con auiso, que presto tendrian señor y Rey: que esperasen el auiso, que muy en breue lo oyrian, y con esto los señores se fueron cada uno á su ciudad y prouincia.

CAPITULO XLI. [1]

De cómo despues de hechas las osequias de *Tiçoçic*, rey de México, elixieron á un hermano suyo menor, y de la contradicion que en su elecion uvo.

Al quarto dia despues de la muerte del rey *Tiçoçicatzin* uvo junta en la ciudad de México de todos los señores y grandes y de todos los principales y caualleros de la corte y con ellos todos los mandoncillos de los barrios y personas constituidas en qualquier género de oficio, porque era grande el número de oficiales questa nacion tenia para cada cosita, y así era tanta la quenta y raçon que en todo auia que no faltaua punto en las quentas y padrones, que para todo auia asta oficiales y mandoncillos de los que auian de barrer: auia y era el órden que nenguno auia de entremeterse en el oficio del otro, ni hablar palabra por que luego era rechaçado, como el dia de oy lo sustentan en lo que pueden, y así no les falta niño que en naciendo no esté empadronado por los oficiales de los barrios y capitanes, para lo qual auia centuriones y quinquajenarios y quadrajenarios, y era que uno tenia cargo de veinte casas, otro de quarenta, otro de cinquenta, otros de ciento y así tenian repartida toda la ciudad y todos los barrios, porque el que tenia cien casas á cargo escogia y constituia otros cinco ó seis de los que tenia por

1 Véase la lámina 14ª, part. 1ª

suditos y repartia entre ellos aquellas cien casas, para que aquellos, á las veinte casas ó quince que le cauian, las guiase y mandase y acudiese con sus tributos y hombres de seruicio á las cosas públicas; y así eran los oficiales de las repúblicas tantos y tan inumerables que no tenian quenta. Todos estos acudieron este dia á la elecion y confabulacion de quién auia de ser eleto, á lo qual precedía *Tlacaelel*, como persona que siempre auia sido la segunda persona en la corte; y venidos á tratar de quién auia de ser Rey de México, uvo entre ellos muchos pareceres, y casi como controversia, porque *Tlacaelel* queria que fuese un hermano del muerto, el menor dellos, que como á sobrino suyo le deseaua el reynado y porque era hijo de *Monteçuma* el viejo su hermano, y porque decian que siempre se auia usado heredar los hermanos unos á otros, y que á este le venia de derecho, supuesto que *Axayacatl* y *Tiçoçic* auian reynado, sucediéndose el uno al otro, y queste era el tercer hermano y que á él le venia de derecho, y quel auia prometido al rey *Monteçuma*, á la hora de su muerte, de que hasta que sus tres hijos, arreo, [1] reynasen, no permitiria que otro tomase el mando, y que ya los dos eran muertos; que aquel solo faltaua, que aquel auia de reinar. Los principales y el demas pueblo decia que no, que aquel era muy niño y que no tenia aun edad para reynar; que no querian, porque la grandeça de México y su grauedad y autoridad requeria una persona vieja y venerable á quien las naciones tuviesen temor y reuerencia y á quien ellos pudiesen respetar y quien tuviese juicio para honrar al bueno y premiar al que lo mereciese, y atraer así con su benivolencia y con su liberalidad á todos los que le quixesen seruir, y socorrer á los necesitados y consolar á los viejos y tristes y animar á los de poco coraçon y castigar á los delinquentes y malhechores.

Tlacaelel, viendo que todos estauan de contrario parecer del suyo, replicó y dixo que para eso estaua él allí y le auia sustentado y dado vida la Diuina Prouidencia, y quel, como coadjutor que siempre auia sido, auia suplido con sus canas y presencia lo que á los reyes faltaua; que lo mesmo haria agora: y auiendo sobre esto grandes demandas y respuestas, salió determinado que se diese quenta

1 Es decir, "el uno en pos del otro."

al rey de Tezcuco y que lo quel dixese eso se hiciese. *Tlacaelel* llamó luego sus mensajeros y enviándolos á Tezcuco les mandó lo siguiente: id al rey de Tezcuco *Neçaualpiltzintli* y decilde que yo he determinado de hacer rey de México á mi sobrino *Auitzotzin*, hermano de *Axayacatl* y de *Tiçoçic*, difuntos, y que la tacha que le allan y el inconveniente es ser pequeño y de poca edad, á lo qual yo me profiero de le tener á mi cargo y industriar en lo que á las cosas de su repúlica convenga, para lo qual nos sujetamos á su parecer todos; pero que sepa que esta es mi voluntad, por la promesa que á mi hermano hice á la hora de su muerte, de que sus tres hijos reynarian si los alcançase por dias, y pues soy vivo, que antes que me muera quiero ver á mis sobrinos reyes y señores de México, pues les viene de derecho.

Llegados los mensajeros ante el rey de Tezcuco y refiriéndole su embaxada, queriendo en esto acertar y no dar desgusto al honrado viejo *Tlacaelel*, ni enojar á los mensajeros ni mexicanos, avido su consejo con los grandes de su corte, respondió que lo quel sentenciaua en aquel negocio era, y su parecer, que elixiesen por Rey á *Tlacaelel*, que era persona que lo merecia, y que por auer sido hermano del rey *Monteçuma* le venia de derecho, y que pusiesen á su lado á su sobrino *Auitzotzin*, que por ser niño tomaria las costumbres del tio y deprenderia, y que muerto el viejo podria tomar el reyno y que seria ya para poderlo gouernar.

Con esta respuesta voluieron los mensajeros á la ciudad y, sin mas aguardar, los señores entraron á *Tlacaelel*, y con ellos todos los demas principales y todos los que entrauan en esta elecion, y casi [1] entraron diciendo á voces, como acá decimos, viva el rey, viva el rey *Tlacaelel*. Oydo por *Tlacaelel* les dixo, oy os,[2] mexicanos, oy os, ¿qué voceria es ésta? ellos le dixeron cómo el rey de Tezcuco auia dado por parecer que le elixiesen por rey y que ésta era su voluntad dellos y de todos los demas, y que esto queria el viejo y la vieja, el moço y la moça y el muy niño y la niña, hombres y mugeres, maceuales y señores, y esta es su voluntad que tú los mandes y gouiernes y te asientes en lo que justamente te viene

1 Parece que debe decir — "y así"
2 Oigo os; ó, os he oído.

de derecho y es tuyo. *Tlacaelel* les respondió: por cierto, hijos mios, yo os lo agradezco y al rey de Tezcuco, pero vení acá: yo os quiero que me digais, de ochenta años á esta parte, ó nouenta que a que pasó la guerra de Azcaputzalco, ¿qué e sido? ¿en qué lugar e estado? ¿luego no e sido nada? ¿pues para qué me e puesto corona en la caueza, ni e usado de las insinias reales que los reyes usan? ¿luego no a ualido nada todo quanto e juzgado y mandado? ¿luego injustamente e muerto al delinquente y e perdonado al inocente? luego no e podido hacer señores, ni quitar señores como e puesto y compuesto: mal hecho a sido el auer yo quebrantado las leyes de la república, en usar de mantas y de ceñideros y cotaras, braçeletes y calcetas de oro y beçotes de oro y de esmeraldas y orejeras y nariceras, y de entrar calçado en los palacios reales y en el templo como hasta aquí e usado, lo qual no pueden hacer sino solos los reyes; mal e hecho en vestirme las vestiduras y semejanças de los dioses y mostrarme sus semejanças, y como tal dios tomar el cuchillo y matar y sacrificar hombres; y si lo pude hacer y lo e hecho ochenta ó noventa años a, luego rey soy y por tal me auis tenido; ¿pues qué mas rey quereis que sea? y así como así tengo de tener el mesmo oficio y exercicio, hasta que me muera: ¿de qué os inquietais ni de qué os da pena que lo sea mi sobrino *Auitzotl?* pues así como así e de estar á su lado siempre para aniquilar al malhechor, por muy señor y estirado que sea, y metello debaxo de la estera de mis piés y de mi asentadero y trono, y para honrar al bueno y para receuir á los guéspedes y forasteros y honrar á los reyes y señores y ordenar las guerras y dar órden en ellas. Sosegaos, hijos mios, y hacé mi voluntad, que ya yo soy rey, y rey me seré hasta que muera; pero yo quiero que se cumpla lo que prometí á mi hermano, que hijos tengo yo para podello honrar; pero yo quiero que mis sobrinos se acauen, y luego, si fueredes seruidos, mis hijos vosotros los honrareis y en ello me pagareis lo mucho que e hecho por mi patria y por vosotros.

Ellos oyendo lo que auia dicho y que en todo decia verdad, y que así como así se quedaua para ser su protector y amparo, concedieron con sus ruegos, y todos á una dixeron que acetauan la election de *Auitzotl*, yendo todos los grandes y principales, con todo el

pueblo, al lugar y colegio donde los hijos de los reyes y grandes estauan recogidos, y donde los industriauan y emponian en las cosas de virtud y en las cosas de las armas y buena criança; y llegados le sacaron de entre todos y le lleuaron al palacio real y le asentaron en el trono y silla donde se sentaron los reyes antepasados. Sentado allí, *Tlacaelel* envió luego á todas las partes de la tierra á dar noticia cómo ya en México auia tornado á resplandecer el sol que se auia escurecido, y que ya auia reçucitado y cobrado el habla el que la auia perdido; que viniesen á sentalle en el trono real y á ungille y coronalle y á reconocelle por Rey y Señor, y que supiesen que era *Auitzotl*, hijo de *Monteçuma* el viejo su hermano, y hermano de los dos reyes que de próximo auian muerto. Los mensajeros fueron y hicieron su embaxada y luego partieron de sus ciudades con sus presentes acostumbrados á la coronacion y uncion de su Rey y Señor, á quien todos eran sujetos y reconocian vasallaje, y venidos los dos reyes y todos los grandes señores de las ciudades y prouincias á México, tornaron á lleuar al rey *Auitzotl* al lugar donde se auia criado, antes que los reyes y señores le viesen, y yéndose al palacio real todos, hallaron al viejo *Tlacaelel* sentado con mucha autoridad, y haciéndoles su acatamiento deuido les dixo:

Señores poderosos, por cuyo anhelito se postran vuestros súbditos, cuyo poder es grande, auis de sauer que por mis ruegos se a eleto por rey y señor deste reino un sobrino mio, que se dice *Auitzotl*, hijo de mi hermano *Monteçuma* el viejo: yo veo que es verdad ques moço y muchacho; pero por esto estoy yo de por medio para suplir su niñez: lo que me a mouido es una promesa que á mi hermano hice de que si alcançase por vida á sus hijos, que ellos sucesivamente le heredarian; y pues el Señor de lo criado me lo a dexado ver cumplido y éste es el menor de todos, y sus hermanos no an tenido ventura, quiçá está en éste lo que á los dos pasados les faltó, que fué goçar de su reino muy poco y al mejor tiempo auelles la muerte cortado el hilo de su mocedad. Todos los señores le dieron las gracias y dixeron dauan por muy buena y acetada la eleccion, y que luego fuesen y querian ir á coronalle al lugar donde estaua; y yendo todos en órden y lleuando el rey de Tacuba en la mano la corona real, entraron á los aposentos donde se criaban los

hijos de los reyes y señores, que se llamaua *Tlillancalmecac*, que quiere decir, el dormitorio ó aposentos del templo de *tlillan*, que quiere decir, negregura ó oscuridad, y entrando allí lo sacaron á una larga sala que allí auia, y el primero que le llegó á besar la mano fué el rey de Tęzcuco, el qual le hiço una solene platica, diciendo:

Hijo mio: oy en este dia te dan estos señores y principales de todo tu reino una arquita cerrada en las manos para que la abras, y lo que hallarás en ella es una sáuana en que envueluas la carga que te es dada y te la eches á qüestas y la sepas llevar y traer de acá para acullá, y no te canses ni descuides y la dexes caer al mejor tiempo: este dado [1] una llaue para que sepas y deprendas á abrir y á cerrar: tomas el mesmo cargo que tiene el dios *Vitzilopochtli* de prouer y sustentar esta machina mundial en lo que toca al sustento de la comida y bebida, pues están [2] puestos los ojos en tí las quatro partes del mundo: dánte una espada y una rodela para que pongas la vida por tu república, dándote cargo este dia de los montes, de los collados, de los llanos, de las cuevas, de las quebradas, de los rios y mares, de las fuentes y manantiales, de las peñas y árboles, todo finalmente se te encomienda oy y todo lo as de mirar y prouer que no se desaga ni aniquile; y aunque tú con tu mano no lo ayas de hacer, al menos LO DISPONDRÁS con tu mano [3] y advertencia. Hasta agora tu cuidado era barrer y regar delante los dioses y luego jugar y recrearte como niño; pero agora, de todo lo criado debaxo del cielo, as de tener quenta y cuidado, para lo qual tienes á tu lado al poderoso señor *Tlacaelel:* sigue sus pisadas y mira cómo lo rige, para que no yerres, y á él se le da el cargo de tu gouierno para que no des en tierra con esta carga que aquí te dan; y con esto, hijo mio, doy fin á mis raçones.

El rey de Tacuba llegó luego con la çorona en la mano, y haciéndole casi el mesmo raçonamiento, aunque difirió en algunas cosas, trayéndole á la memoria el buen gouierno de sus antepasados y otras muchas raçones por donde se deuia animar y dexar el brío pueril y cobralle varonil, le puso la corona en la caueça y le

1 Se te ha dado
2 ó tienen
3 Tal vez — "mando"

oradó las narices y le puso los braçeletes y orejeras y nariceras y beçotes, y le puso un rico plumaje en el braço, engastado en una piedra verde muy rica, y le vistió las mantas reales y le calçó unas calcetas de oro y unos çapatos muy ricos, y le ciñó un ceñidor muy galano y ancho. Acauado de vestille y coronalle y de dalle todas las ynsinias reales, lo tomaron los grandes en los hombros y lo lleuaron delante la imágen de *Vitzilopochtli*, donde hiço su estacion y sacrificio, y en las otras quatro partes que del pasado rey diximos, y luego le llevaron al palacio real, y sentándole en el trono real, llegaron sucesivamente todos los señores á le besar la mano y dar la obediencia y tras ellos todo el pueblo, ofreciendo sus dones y presentes. Luego llegaron los viejos y ancianos, maestros de los dormitorios y colegios, donde el rey se auia criado y le auian enseñado las buenas y loables costumbres que allí enseñauan, le llegaron á besar las manos y le hicieron una larga y retórica plática, dando gracias al Señor de lo criado que un niño, quellos auian criado y dotrinado, le viesen Rey y Señor de un reino tan poderoso, y esforçándole y animándole para que no desfalleciese con la nueva carga. El rey se lo agradeció y hiço gran comedimiento como á padres suyos: luego llegaron todos los sacerdotes de los templos, los oficiales del con todos los moços que en ellos se criaban, á le hacer el acatamiento deuido; los maestros y capitanes, los quales le hacian sus pláticas, y él con mucho sosiego y reposo estuvo escuchando á todos con una grauedad y mesura, no de niño como era, sino de viejo muy anciano; y despues de que todos, por el orden dicho, con sus presentes y pláticas le auian dado el parabien de su election, con una magestad estraña respondió á todos en general, diciendo: poderosos Reyes y yllustres y exelentes señores, padres y deudos míos: yo os agradezco mucho el auiso y consuelo que me auis dado; bien conozco que no soy nada ni valgo nada para la dinidad en que me an puesto: lo que os pido es que todos, como padres, me ayudeis para que yo con mi poca edad no afrente á mi patria y señorío y á mis tios y parientes, que presentes están, y destruya lo que mis agüelos, padres y hermanos án edificado y adquirido: ¿dónde merecí yo tanto bien, ni qué méritos fueron los míos tan grandes para que me sentase yo en este lugar, pues ayer esta-

ua á los pechos de mi madre y jugando con la tierra y lodo con los demas niños? Los presentes empeçaron á llorar, y el rey concluyó su plática; y así despidiéndose del todos los señores forasteros, se fueron á sus lugares, quedando la ciudad con mucho contento y alegría por su nuevo rey.

Idos los reyes y grandes, *Tlacaelel* mandó llamar á los señores y díxoles, que mirasen como se auia de ordenar la fiesta de la coronacion de su rey, para que supiesen todas las naciones cómo *Auitzotl* era rey y señor de México, y que de dónde auian de traer gente para el sacrificio. Ellos le respondieron, que, quién mejor lo podria saber y entender que él; y así acordó de que se diese guerra á la prouincia de Chiapa, que eran siete pueblos muy poderosos y grandes, todos de gente serrana, conviene á saber, Chiapa, Xilotepec, Xiquipilco, Xocotitlan, Cuauhuacan y Cilan, Macauacan, la qual prouincia estaua algo rebelde y alçada, y obedecia y seruia á los mexicanos de muy mala gana, y mas por fuerza que de grado, de lo qual los mexicanos estauan muy sentidos y yndianos[1] contra ellos; y para castigallos y sugetallos, *Tlacaelel* mandó se les diese guerra, y que con los que desta prouincia se truxesen presos podrian soleniçar la fiesta al nuevo rey; lo qual determinado dieron auiso desta determinacion á los Reyes y á los señores de toda la comarca y prouincia, para que luego apercibiesen sus gentes, las quales fueron apercibidas y salieron de sus tierras para ir á un lugar que se dice Cilucan, donde se juntaron los mexicanos, tezcucanos, tepanecas, tlaluicas, xuchimilcas, chalcas y las quatro caueceras de Culuacan, Mexicatzinco, Ixtlapalapan y Vitzilopochco y los mizquitecas y los coatlalpanecas y toda la serranía de Malinalco, Ocuila y los de Tlayacapan y Totolapan, los matlatzincas, tzinancatepecas y Calimaya, Tepemaxalco y tlacotepecas: finalmente, juntóse en aquel lugar, contra estas siete ciudades un gran exército, y asentando su Real como ordinariamente hacian, cada nacion por sí. Por no perder tiempo el rey *Auitzotl*, que á esta guerra le auian llevado sus grandes señores, no se auiendo allado en otra, le vistieron y pusieron sus armas y ynsinias reales y le sacaron en público; el qual por un intérprete mandó al presente hacer una plática

1 Probablemente "indignados."

exortatoria á todo el exército, á la qual estuvieron todos muy atentos, y acauada, con mucho ánimo muy en órden salieron al campo y empeçaron á combatir á Xiquipilco, al qual á poco rato le entraron y destruyeron y robaron, y luego tras él á Xocotitlan, al qual por lo consiguiente desuarataron y destruyeron, y luego á Cuauhuacan y luego á Cillan y luego á Maçauacan, las quales destruidas y muerta mucha gente y otra auyentada y presa, salieron los señores dellas á pedilles misericordia, con grandes presentes y promesas de seruir y tributar todo lo que se les pidiese, con lo qual los mexicanos pararon de los seguir y matar.

Acabados de vencer estos cinco lugares, mandó el rey *Auitzotl* que ninguno fuese osado, so pena de la vida, de se huir ni ausentar del exército y que mirasen unos por otros, y el que faltase, por muy principal que fuese, que luego le matasen, hasta que la guerra fuese acauada, porque faltaua de conquistar las dos principales ciudades de aquella prouincia, que era Chiapa y Xilotepec, y así ninguno osó desamparar el campo, por el cuidado que los soldados tenian de mirar unos por otros; y aquella noche empeçó el campo á seguir la via de Chiapa, y llegados, á aquella mesma ora que llegaron, fueron sentidos de los guardas los que iban á dar de improuiso en la ciudad, y siendo auisados los de la ciudad acudieron á la defensa, y entre los unos y los otros se trabó una braua escaramuça; pero los mexicanos que siempre eran mañosos y usauan de mill engaños y ardides de guerra, hicieron de la gente tezcucana y de la tepaneca, xuchimilca y chalca el cuerpo y rostro de la batalla, y ellos, haciéndose afuera con todo secreto, tomaron una senda que los vecinos de aquella prouincia les enseñaron, y entrando en la ciudad hiciérense fuertes en el templo, apoderándose del, que era siempre la principal defensa de los de la ciudad. Apoderados del, prendieron á los sacerdotes todos y á todos los oficiales del templo, moços y viejos, y maniatándolos, pusieron fuego á los aposentos del.

Sauido por los que peleauan, desampararon el campo y empeçaron á huir: la gente de las prouincias los siguieron prendiendo muchos dellos y matando los que se defendian por no ser presos, y así entraron tras ellos por la ciudad robando lo que allauan: luego vinieron á la obediencia, como los demas, las manos cruçadas y de-

xándolos así con aquel ímpetu, acudieron á combatir á Xilotepec, y fué tan sin órden, que no aguardauan los soldados sus banderas ni compañías, antes el que antes podia llegar ese se daua mas priesa, porque tenian por cierta la vitoria y mucho el prouecho; y así empeçaron á porfia á quererlos desbaratar; pero los xilotepeças, viendo la multitud de gente que sobre ellos venia, que casi eran como langostas que cubrian los campos, vínose á dar sin querer reçiuir daño, viendo la imposibilidad que de vencer auia; y así entraron libremente los soldados de aquel inumerable exército y empeçaron á robar las casas y saquear, sin dexar cosa auida de quanto auia. Los otomies, rogando con lágrimas al rey *Auitzotl* mandase cesar el robo y saco, mandó á los capitanes y caualleros mandasen y detuviesen á los soldados. Ellos respondieron que aquellos eran sus percances y pagas y que á aquello venian y no á solo morir, y por aquello ponian sus personas á riesgo; que los dexasen goçar de sus percances de la guerra. Oydo por el rey mandó á los grandes acudiesen á defender los otomies, los quales entrando por las calles del pueblo, unos por una parte y otros por otra, á palos los echaban de las casas, cargados de maiz, frisol, chía, gallinas, ropa, joyas, plumas, el que mas podia lleuar y así los echaron de la ciudad, la qual quedó asolada y muchas casas derribadas, que quando esto escribia se me ofreció el saco de Roma y aquella destruicion que nuestros españoles en ella hicieron.

Ganadas estas siete ciudades luego les impusieron tributos de maiz, frisoles y de todo género de legumbres y semillas quellos comen, madera y otras cosas de que ellos en aquella prouincia se aprovechan, mandándoles truxesen á México gente de seruicio para el edificio de las casas de los señores, y esclauos auidos en guerra para sacrificar quando les fuesen pedidos, los quales se sujetaron á la nueva impusicion y dixeron así lo harian; y luego de presente, de todas las siete ciudades, truxeron grandes presentes al rey *Auitzotl* y á los señores, los quales los reçiuieron con agimiento de gracias y luego enviaron á sus mensajeros que se supiese en la ciudad de México y diesen cuenta á *Tlacaelel* de la vitoria que auian tenido; el qual luego que lo supo, mandó tañer bocinas y caracoles y tocar atambores y mostrar regocijo de vitoria acostumbrado y poner

guardas encima de los templos para que, en viendo venir el exército, se aperciuiesen al reciuimiento acostumbrado. Y así, partiendo el rey *Auitzotl* acompañado de sus grandes y de todos los señores y reyes de las dos prouincias, vino á la ciudad de México, donde fué reciuido él y los presos con el acostumbrado reciuimiento de los viejos y sacerdotes, haciéndole pláticas largas, dándole el parabien de su venida y de la buena ventura que auia tenido, lleuándole al templo y de allí á su casa, donde sentado en su trono Real, llegó *Tlacaelel* el viejo, que ya le trayan en hombros por su mucha vejez, y dando á su sobrino la buena venida, le hiço otra larga plática. Lo mismo hiço el rey de Tezcuco y el de Tacuba y todos los señores de las prouincias que con él auian venido, anunciándole su buena dicha y buen suceso de su reynado, que si las uviera de contar aquí segun son estas pláticas de largas y curiosas y elegantes, sé que darian gusto y contento, pero fuera ampliar la ystoria y gastar mucho papel y tiempo: podria ser que al cabo de este libro haré un epílogo dellas, de cada una en particular, para el curioso que las quixere ler, y aun en la lengua no harian poco prouecho á los curiosos predicadores que, conforme al frasis destos, la quixesen deprender.

Acauadas las pláticas y salutaciones los señores de todas las prouincias pidieron licencia para ir á sus tierras: el rey, con mucho amor y agradecimiento se la dió y ellos se partieron, á los quales auisó y convidó *Tlacaelel* para el dia de *Cipactli*,[1] que era el primer dia del mes, donde se auia de hacer la solenidad y fiesta de la coronacion; que les suplicaua viniesen á la honrar y que truxesen de lo que en sus prouincias auia, para el regocijo y comida, que era como una contribucion para el gasto, acudiendo todos con gallinas, gallos, venados, conejos, liebres, codornices y todos géneros de caças y carnes de todo género y de pescados, especialmente los de las costas, frutas, chile de todo género, cacao para la bebida, mantas, joyas, plumas, armas, rodelas, leña, carbon, asentaderos, esteras, finalmente de todo lo que para aquel menester era necesario, porque, como vimos en la coronacion del rey pasado, juntáuanse todos los señores y caualleros de la comarca y reyno y venian de muy lejos á esta fiesta y reconocimiento.

1 Véase la nota de la pág. 321.

CAPÍTULO XLII.

De la solene fiesta que en la coronacion del rey *Auitzotl* se hiço, y de los muchos hombres que en ella sacrificaron.

La intencion destas gentes mexicanas, en hacer esta fiesta, era (segun por las palabras de la ystoria se colige) dar á conocer al Rey y para que los enemigos, que eran los enemigos tlaxcaltecas y vexotzincas y cholultecas y las demás ciudades de aquella prouincia, y los de Mechuacan y Metztitlan entendiesen la grandeça de México y se asombrasen y cobrasen temor y conociesen, con la fama de la grandeça y prodigalidad de joias y presentes que en estas solenidades se dauan y gastauan, quanta era la abundancia de México y su valor y exelencia; todo finalmente fundado en obstentacion y vana gloria, y para hacerse tener y temer y dar á entender eran señores de todas las riqueças de la tierra y de todas las mejores prouincias della; á este fin hacian estas fiestas y solenidades tan espléndidamente; y así conuidados todos los grandes y auisados de que uviese quenta con la prouision, especialmente dauan este auiso á los prepósitos, mayordomos, fatores y tesoreros que auia en todas las ciudades, amenaçándolos que si en alguna cosa hiciesen falta, que serian priuados de sus oficios, desterrados de la tierra ellos y sus deudos y parientes, juntamente á los lapidarios que se diesen priesa á labrar las piedras preciosas que para esta fiesta eran necesarias, á los plateros para las joyas, á los oficiales de componer plumas para los plumajes galanos y para los bailes, á los olleros para la loça necesaria, á los oficiales de hacer humaços, á los componedores de rosas, á todos aperciuian y amenaçauan, si en algo faltasen, de les castigar y desterrar de la ciudad, á ellos y á toda su generacion, y que de todo uviese gran abundancia. Andaban sobre ellos muchos mandoncillos, que no los dexauan

descansar ni parar, tan solícitos y diligentes, que parecia irles la vida en ello, y causáualo el gran temor que tenian á sus señores y reuerencia; porque cierto estas naciones quieren reconocer superioridad, y á los que los rigen algun temor, con el qual temor seruir [1] andauan tan deligentes, que no auia descuido en cosa. *Tlacaelel* mandó llamar á todos los mandoncillos de los barrios para que por su parte acudiesen con esteras y cestillos para el pan que ellos usan: para asentaderos mandó llamar á los albañiles y carpinteros para que reparasen y adereçasen lo que estaua derrumbado ó mal puesto; á los encaladores para que encalasen y remendasen lo que estaua descostrado y mal encalado: mandó llamar á los entalladores para que uviese abundancia de ramos y de juncia; finalmente, toda la ciudad andaua este dia tan ocupada en adereçar, prouer y reparar que era cosa despanto; y entendido por el Rey que los mayordomos y provedores de las ciudades, unos acudian mejor que otros, mandó á sus vedores que ninguna cosa reciuiesen los mayordomos en su poder sin que primero le fuese mostrado lo que cada provedor traya en particular, lo qual sauido por las prouincias, cada uno se esmeraua, todo lo que podia; y viendo que no podia faltar, auido consejo y parecer entre todos los señores y el rey, enviaron á convidar al señor de Mechuacan y al de Metztitlan y al de Tlaxcallan y al de Vexotzinco y al de Cholulan y al de Tliliuhquitepec y Yopitzinco, las quales ciudades y prouincias estauan enemistadas con México, y nunca las auia podido sujetar y siempre tenian guerras y enemistades, aunque por otra parte decian que no las querian sujetar, á causa de que los soldados tuviesen donde se exercitar y que fuesen ocasion las guerras para que cada uno procurase ganar honra y dinidades por la milicia.

Convidados los señores estraños, no mas de por mostralles sus grandeças y atemoriçallos con el fausto y aparato, el señor de Tlaxcala dixo y respondió que no queria allarse á sus fiestas; que él haria fiesta en su ciudad quando á él se le antojase: el de Tliliuhquitepec respondió lo mesmo: el de Vexotzinco prometió de ir, pero despues no fué: el de Cholula envió algunos principales y él dixo que le perdonasen, questaua ocupado y no podia ir: el de Metz-

1 Tal vez — "servil."

titlan echó á los mensajeros con desgracia y enojo, y les dixo que mirasen por sí, que los de su pueblo y guardas de su prouincia podria ser que los matasen si los conociesen: el señor de Mechuacan, quando oyó la embaxada y demanda que traian, se rió y dixo: ¿qué se les antoja á vuestros señores? ¿es el antojo que les tomó de venirnos á dar guerra para volver con las manos en la caueça, como volvieron con pérdida de inumerable gente? vosotros debeis de ser locos y YA quereis guerra, ya quereis paz; ¿con qué seguridad comeré yo y beberé entre vosotros auiendo os tratado como os tratamos? Los mensajeros le respondieron: poderoso señor: ay tiempos donde se a de tratar de enemistades y tiempo donde se debe tratar de la obligacion natural que nos tenemos; y así, dice el rey mi señor, que dexada agora la guerra y enemistad á parte, que eso su tiempo y lugar se tiene, que no por eso se pierde su cuyuntura; que te suplica que, como á deudo y pariente, convida á tí y á tus principales que le vaias á honrar en su coronacion, y que porque no piensen los valerosos mexicanos ques maña y concierto entre los dos, que entres de noche en su palacio, que él te receuirá en él con la honra que tú mereces. El señor de Mechuacan le respondió, que se coronase nora buena, que él no queria ir ni que nadie de su corte fuese, y con esta respuesta se volvieron los mensajeros á dar la respuesta á su señor *Auitzotl.* Los que fueron á Yopitzinco truxeron á todos los señores de aquella ciudad, exceto al señor, que no lo truxeron ni se alló para venir. Á estos y á los de Cholulan aposentaron muy honradamente y les dieron muy espléndida y largamente todo lo que uvieron menester, y les hicieron tanta y mas honra que á los dos reyes de las dos prouincias que en la ciudad estauan, y á vestillos de joyas y mantas y bragueros riquísimos y á dalles braçeletes, ceñidores ó apretadores de caueça, de oro, que ellos mucho usauan, con plumas á los lados, de águilas, lo qual tenian ellos por gran honra, porque dalle los reyes plumas de águilas ó cueros de tigres, era decilles y señalallos por valerosos y hombres de linaje y fuerças y valor.

Llegado el dia, antes de media noche, empeçaron los cantores á tocar sus instrumentos con que ellos bailan y hacen sus arreytos, y aquella ora empeçaron á dar mantas y joias á los reyes y á todos

los señores y principales; y rosas y humaços, en tanta abundancia y tan ricos y galanos, que era cosa de mucha grandeça, porque antes que amaneciese, dice la ystoria, que se repartieron y dieron á todos los grandes y caualleros, quatro veces, mantas y joyas, y á los reyes coronas y braçeletes y calcetas de oro y orejeras y beçotes y naricera, y cada vez les decian, esto se os da para que sepais que *Auitzotl* es Rey y Señor de la gran ciudad de México y su señorío, y para que baileis y os regocijeis. Para estos bailes y regocijos, siendo como eran de noche y auia tantas lumbres y candelas en el patio Real y tantos braseros de mano, quellos usauan, que parecia ser de dia, y eran tantos los indios que estauan arrimados á las paredes, con estos braseros en las manos llenos de tea ardiendo, que no parecia sino que se ardia la casa. A aquella ora fué el rey en persona muy bien adereçado y vestido con su corona Real en la caueça, lleno y cargado de joias y de piedras, de braçeletes y gran riqueça, como del pasado queda dicho, y con él *Tlacaelel* el viejo, y fueron al aposento de los cholultecas y al de los yopitzincas sus enemigos, y diéronles mantas riquísimas y ceñidores y joias, plumas, braçeletes, çapatos, guirnaldas ó cintas de oro para la caueça y sus rosas y humaços y rogáronles que saliesen al baile, antes que amaneciese, los quales salieron entre los demas señores, ascondidos, porque no todos supieron su venida ni llamada, sino algunos particulares. Turó este sarao y baile quatro dias con sus noches, donde se repartió y dió, así á señores como á principales caualleros y soldados, sacerdotes y ministros de los templos y á todos los prepósitos, fatores y vedores y mayordomos de las ciudades y barrios, gran suma de mantas y ceñidores de gran riqueça y magestad, gran cantidad de piedras muy ricas y preciosas y mucha cantidad de joias, braçeletes, calcetas, orejeras, naricera, beçotes, todo de oro y de piedras, rosas, humaços, que no tuvieron número, comidas increibles de tantas diferencias de ellas, así de pan, como de guisados y bebidas de cacao; y e notado una cosa en toda esta ystoria, que jamas hace memoria de que bebiesen vino de nengun género, para embriagarse, sino solo los hongos monteses, que los comian así crudos, con los quales, dice la ystoria, que se alegrauan y se regocijauan y salian algo de su sentido, y del vino nunca hace

memoria, sino es para los sacrificios ó mortuorios; solo hace memoria de la abundancia de cacao que se bebia en estas solenidades.

Despues de concluidos los quatro dias de bayles y comidas venian al sacrificio, adereçados todos los sacerdotes con sus vestiduras sacerdotales, conforme á la fiesta que era, y sacaron á los presos que de aquellas siete ciudades de la prouincia de Xilotepec y Chiauhtla auian traido, y estando todos presentes, la multitud de señores y grandes, juntamente los enemigos de México (en una ramada por sí sin ser vistos entre unas celosías de rosas que les tenian hechas), sobre la piedra del sol los sacrificaron á todos, y por no me alargar, pues la ystoria así lo quenta, entiendo fueron casi mill los que allí murieron en la coronacion del Rey *Auitzotl;* lo qual concluido, otro dia se despidieron los reyes y señores y todos los grandes de las prouincias para irse á sus tierras, y así se fueron despidiéndose del rey: y e notado una cosa en este capítulo y en el proceso del, que todo quanto tributauan las ciudades y prouincias, en todo el año, se lo tornauan á llevar los señores y principales en un dia, y para esto lo estaban adquiriendo y recogiendo todo el año, para hacer una grandeça y manificencia como ésta, y lo mesmo usauan con todos quantos mensajeros y embaxadores venian de fuera y con quantos los venian á visitar. Acauados de ir y DE desembaraçar la ciudad DE todos los señores de las prouincias, fuéronse á los que estauan retraidos, QUE ERAN LOS señores de Cholula y de Yopitzinco y dándoles las gracias de su venida, haciéndoles grandes ofrecimientos, les dieron para que lleuasen á sus reyes y señores (que en fin eran como reyecillos en sus tierras) unas armas y una rica rodela á cada uno, y una macana y un arco y flechas y una corona de oro para cada uno, y braceletes y orejeras y nariceras y beçotes con sus calcetas de oro y sendas mantas y ceñidores reales, y mandáronles que diesen aquel presente á sus señores y les dixesen les dauan infinitas gracias por la merced de auellos venido á honrar, y que aquel presente les enviaban por que no se les olvidase que auia guerra entre ellos y enemistad campal. Los señores, mostrando mucha umildad, lo reciuieron y prometieron de lo dar á sus señores, besándoles las manos de su parte, los

metieron encubiertamente en unas canoas y así toda la noche caminaron y los desembarcaron en Ayotzinco; y de allí con sus guardas y seguro fueron á sus tierras, dando su presente á los Reyes y señores suyos, contándoles la grandeça de la ciudad de México y de su riqueça y exelencia y de aquella magestad con que se seruian y triunfaban y la abundancia que auia de que iban espantados.

Despues de muchos dias DE pasada esta fiesta advirtió *Tlacaelel* al rey, cómo los guastecos y toda aquella prouincia, auia muchos dias que se auia tornado á reuelar y questauan encerrados sin querer acudir á la obediencia, como solian, ni querer dexar entrar á los tratantes y mercaderes que de acá iban, y cómo se estauan como hombres sin rey ni reconocimiento de cosa; que seria bien illos á vesitar y hacer algun exercicio contra ellos, pues éste era el oficio de los mexicanos y para esto auian sido venidos á aquel lugar. El rey se lo agradeció mucho y le dixo le advirtiese siempre de lo quel no uviese noticia; y así, llamando á los señores, trató con ellos el negocio, diciéndoles que su voluntad era ir á la Guasteca y á toda aquella prouincia de Cicoac, Tuçapan y Tamapachco, las quales estauan reueladas sin acudir como solian á la obediencia y reconocimiento de la corona Real de México. Los señores le respondieron seria muy acertado y que se pusiese en efeto; lo qual, siendo determinado, luego fueron llamados á México los dos reyes comarcanos *Neçaualpiltzintli* y *Totoquiuaztli*, con todos los demas señores de las demas prouincias comarcanas; los quales venidos, fueles mandado aperceuir sus gentes para ir á conquistar la Guasteca, questaua alçada y auia sido en favorecer á los de Metztitlan quando los mexicanos la quisieron conquistar, con cuyo favor fueron los mexicanos muy mal tratados, como arriba auemos dicho, y visto todos los presentes, así los reyes dos, como los demas principales y señores de las comarcas y prouincias nombradas, dixeron les placia de los aperceuir, y que no faltarian en cosa de lo á la guerra necesario, pues aquel era su oficio y exercicio y por donde ellos valian y tenian algun ser.

Y así vueltos á sus ciudades, se mandó apregonar la guerra y RECOMENDÓ la breuedad con que se mandaua aperceuir, porque los

enemigos no tuviesen lugar de pertrechar ni aperceuir con defensas; y así en muy breue tiempo fueron todas las gentes aperceuidas, tan á punto y con tanta presteça, que fué casi no oido ni visto, y luego fué auisado el rey de México de cómo las gentes estauan ya á punto, á las quales mandó salir de sus ciudades acompañados de sus capitanes y señores, haciéndoles sauer cómo él en persona queria ir á aquella guerra, y que todos fuesen encaminados á Cuauhchinanco, y que allí queria hacer reseña y alarde de su gente para sauer la gente que tenia y que allí le esperasen todos. Sauido en México cómo todos los soldados y gente de guerra auia salido, así de Tezcuco como de Tepanecapan y Xuchimilco y Chalco y de todas las prouincias, el rey mandó salir la gente que en México se auia hecho, y él con todos los demas principales señores salió de la ciudad para Cuauhchinanco, y llegado que fué, salieron el señor de Cuauhchinanco con todos los principales á receuir al rey *Auitzotl*, con grandes presentes y mucho regocijo, y metiólos en su ciudad y aposentólo á él y á todos los demas principales y señores muy honradamente, dándoles todo lo necesario. Despues de auer comido y bebido muy á contento, mandó llamar al Señor de Cuauhchinanco que se decia *Xochitltecutli*, el qual venido ante él, le dixo que le diese alguna gente de aquella prouincia para su ayuda y defensa. El Señor de Cuauhchinanco le dixo le placia de le ir á seruir en aquella guerra él en persona y la parte de sus gentes que quixesen ir, y así mandó luego aperceuir sus gentes y que á su costa se hiciese toda la prouision que fuese necesaria para la gente que de su tierra y prouincia saliese, los quales aperceuidos dió auiso al rey de su aperceuimiento. El rey le dió las gracias y le mandó dar unas armas suyas y una rodela y espada para que con ellas se honrase en la guerra y las tuviese por perpetua deuisa. El Señor de Cuauhchinanco le besó las manos por ello y por la honra que le hacia.

Partieron de Cuauhchinanco toda la gente muy en órden: llegaron á los términos de los guastecos donde asentaron su real, y muy en órden cada nacion y prouincia aparte, acompañados con sus reyes y señores, donde luego mandó el rey que fuesen sus esploradores y corredores de la tierra para que la considerasen y vie-

sen los reparos[1] que los guastecos tenian y por donde les podian entrar, para lo qual envió doscientos soldados viejos de la nacion mexicana y docientos de la tezcucana y docientos de la tepaneca y ciento de la chalca y ciento de la xuchimilca y ciento de las quatro caueceras y señoríos de Ixtlapalapan y de Mexicatzinco, Culhuacan y Vitzilopochco, á los quales mandó corriesen la tierra y la considerasen y mirasen todas las sendas por donde los guastecos pudiesen ser ofendidos. Los esploradores salieron todos juntos en quadrillas, sin apartarse mucho los unos de los otros para que con facilidad pudiesen ser los unos auisados de los otros, y así escondiéndose lo mas que podian, llegaron á puesta del sol á vista de la ciudad, y sintiendo ruydo de gente, todos hicieron alto, poniéndose en celadas, y despues de anochecido salieron de las celadas, y muy sobre auiso entraron los mas animosos en la ciudad, huyendo de las lumbres y candeladas que las centinelas de la ciudad tenian en muchos lugares: anduvieron toda la ciudad mirando y considerando los lugares mas guardados y mas aperceuidos de guardas y albarradas, por donde los guastecos temian ser entrados, y dándose auiso los unos á los otros, viendo á los guardas con algun descuido, dieron por todas las partes sobre ellos, y sin podérseles escapar nenguna guarda, las prendieron á todas, sin auer hombre que diese voz ni grito, ni hiciese el menor ruido del mundo, y lleuando á los guardas así maniatadas, pasaron por los arrauales de la ciudad, y á todos los que entraban en sus labranças y granjas y huertas descuidados, los lleuaron presos sin dexar muger ni hombre ni niño ni niña; todo sin hacer ningun ruido, sin dar voz ni sonido, por temor que los de la ciudad no saliesen, y así fueron á amanecer á su Real con la presa de gente que lleuauan, y presentándolos al rey les dió las gracias de lo bien que lo auian hecho. Ellos le dixeron convenia que luego mouiese el exército, porque ya sabian todas las sendas por donde muy fácilmente ganarian la ciudad, y así luego mandó tocar al arma y en un momento acudió muy en órden al combate.

Los guastecos, viéndose salteados y robados todos los arrauales, cobraron gran temor y luego se pusieron al arma para esperar el suceso. *Auitzotl* envió á los reyes y señores á decir, que pues eran

1 Fortificaciones ú obras de defensa.

venidos á tierras estrañas, que cada uno hiciese lo questaua obligado, porque se ternia CUENTA con los que floxamente peleasen, y que serian priuados de sus oficios por algun tiempo; que no se ternia quenta con rey ni con grande, porque para todos corria la ley. Los reyes le inviaron á decir que harian todo su poder para salir con su intincion y que le besaban las manos. Juntamente mandó que cada nacion siguiese su camino y senda y que no fuesen todos apeñuscados. El rey escogió docientos hombres y enviólos delante para que trauasen escaramuça con los guastecos, los quales llegados, empeçaron á travar escaramuça. Los guastecos fueron echando y cebando gente á los que escaramuçauan, de suerte que traian á mal traer á los mexicanos. El rey questaua atento, como vido la mucha gente que en la escaramuça se acrecentaua de los guastecos, empeçó á inviar gente, de suerte que á poco rato se auian juntado á la una parte y de la otra gran número de gente; tanta, que ya casi andaua la mas della, así de la una parte como de la otra, en la batalla. *Auitzotl* mandó á los que quedauan, que se pusiesen en celada y así lo hicieron, que escondiéndose entre las matas y arboledas muchos soldados, mandó *Auitzotl* que hiciesen que se retirauan, y haciéndolo así, los guastecos empeçaron á seguillos con grandes gritos y siluos y otros aullidos roncos, quellos usan, y viniendo con mucho contento en el alcance llegaron á donde les tenian puesta la celada, y saliendo los mexicanos, unos por el lado, otros por las espaldas, y revolviendo los que huian sobre ellos, diéronles tal priesa, que no sabiendo á qué parte acudir, fueron muertos y presos gran número de gente y tomada la ciudad y quemado el templo y robados y saqueados, sin quedar cosa; lo qual visto por los guastecos, vinieron á pedir misericordia, obligándose á los tributos y á todos los demas seruicios personales que les quisiesen emponer, y vista por el rey su umildad mandó cesasen de los matar y rouar.

Luego que cesaron, lleuaron al rey á las casas principales del pueblo y á todos los señores y allí les presentaron gran cantidad de ropa, así de hombres, como mugeriles y cacao, plumas, papagayos, guacamayas, chile, pepitas, y juntamente sus hijas para que se sirviesen dellas. El rey lo reciuió y les dió las gracias y repartió á sus principales: diéronles comidas y bebidas muy bastantes y

presentes de rosas y humaços con gran abundancia. Recreados y aposentados los mexicanos determinaron de luego volver á México y primero inviaron sus mensajeros á *Tlacaelel* para que la ciudad reciuiese la alegría que en semejantes vitorias solian receuir, y partieron los mensajeros y luego tras ellos partió el exército y la gente del, muy ufanos y contentos, lleuando todos los presos y cativos por delante, á los quales metieron unos cordeles por unos agujeros que estos guastecos tienen en las narices, y así iban en ylera ensartados por las narices en muchos y largos cordeles, por ser mucha la gente que auian captivado, y presos, iban cantando á grandes voces y llorando su desventura en aquel canto ó aullidos lastimosos que iban haciendo. A las moças, hijas de los guastecos, que les fueron presentadas y los niños y moços que no tenian las orejas ni las narices horadadas, les echaron colleras de palo á las gargantas, de las quales venian asidos todos. Los mensajeros llegaron á México y dieron la nueva de la vitoria, con la qual se regocijó la ciudad por todo estremo, haciendo grandes alegrías y regocijos, como ordinariamente emos contado en los capítulos pasados se hacian, de atambores y bocinas en los templos, y lumbradas y candeladas en las cumbres de los templos, lo qual turó y siempre turaba hasta que los soldados y gente de guerra y los presos y el rey llegaba á la ciudad; los quales[1] llegados y haciéndoles el recevimiento que solia toda la ciudad, así eclesiásticos como seculares, hechas las cerimonias ordinarias de comer tierra ante la presencia del ydolo y rodear las piedras y lugares consagrados, llegauan á las casas reales, y de allí, repartidos los presos por los barrios, todos se iban y despedian para sus tierras y casas.

1 Los prisioneros.

CAPÍTULO XLIII. [1]

De cómo el rey *Auitzotl* acauó de perficionar el templo y dar fin al edificio, y de la solene fiesta que en honra y estrena del hiço y muchos que sacrificó.

Luego que dió fin á esta guerra el rey *Auitzotl*, de que emos venido tratando, el año segundo de su reinado, que fué de *mill y quatrocientos y ochenta y siete*, que ellos contauan *ocho Cañas*,[2] determinó de dar fin al edificio del templo y acauallo de perficionar y hacer en su fin y perficion, y en la estrena de lo que se acauase una solene y suntuosa fiesta, de lo qual tomó parecer con solo *Tlacaelel* el viejo, y dándole quenta de su determinacion, el viejo, deseoso de goçar desta perficion y de ver esta obra acauada, no solo le dixo que de ello era contento; empero dándole muchas gracias y llorando muchas lágrimas, le mostró el contento que dello receuia y el deseo que de vello, antes de sus dias, acabado tenia. El rey viendo que en ello le hacia placer, mandó llamar á su mayordomo mayor, al qual aperciuió que luego auisase á todos los demas mayordomos de todas las prouincias para que proueyesen de mantas y de todo lo necesario, que de los tributos reales tenian recogido por todas las prouincias y ciudades, para que se proueyese de lo necesario, lo qual el mayordomo luego puso por obra para que estuviesen apercebidos para quando les fuese pedido, dando auiso á todas partes de lo que auia sido mandado por su rey. Luego mandó llamar todos los canteros, á los quales mandó que luego se pusiese por obra el acauar el templo de su dios, con toda la diligencia posible, los quales sin ninguna tardança empeçaron á labrar las piedras que faltauan y pusieron todas las figuras que en la pintura vimos, que fué la piedra sobre que auian de sacrificar, puntiaguda,

1 Véase la lámina 14ª, part. 1ª

2 Esto es, que en el Calendario mexicano se designaba con el carácter crónico *Chicuei Acatl*, ó sea 8 *Cañas*.

y junto á ella una figura de una diosa que llamauan *Coyolxauh* y á las esquinas dos figuras que tenian dos mangas como de cruz, todas de ricas plumas: pusieron otros bestiones[1] que llamauan *tzitzimites;* en fin, dieron fin á todo el edificio, sin quedar cosa por hacer, lo qual despues de acauado y perficionado, el rey mandó que fuesen sus embaxadores á todas las prouincias y ciudades á convidar á todos los reyes y señores dellas para que todos se allasen á la fiesta y solenidad de la estrena del templo, y que juntamente truxesen todos el tributo de esclauos que eran obligados á traer en semejantes solenidades para el sacrificio, los quales embaxadores fueron luego despachados; y á la primera ciudad y prouincia que llegaron fué á Tepeaca, la qual tenia de juridicion cuatro pueblos muy principales sujetos á sí, que eran Cuauhtichan, Tecalli, Acatzinco, Oztoticpac, los quales tenia debaxo de su sujecion el señor de Tepeaca. Llegados allí los mensajeros convidaron al señor de aquella prouincia, de parte del rey de México, mandándole lleuase todos los presos auidos en guerra que de tributo deuian á la corona real de México: ellos acetaron el convite, y dixeron lleuarian los presos que eran obligados á dar, y así luego pusieron por obra su ida y lleuaron muchos presos que tenian, naturales de Tlaxcala y de Cholula.

De allí fueron á Tecamachalco, donde convidaron al señor del y le mandaron lleuase todos los presos que eran obligados á dar, y de allí fueron á Quecholac y hicieron la mesma embaxada, los quales luego despacharon los presos que les cauian de su tributo, los quales eran de Tecoac y de Tlaxcala y de Cholula: de allí vinieron á Cuauhquechula y convidaron al señor de aquella ciudad, el qual tenia debaxo de su mando seis ciudades, que eran Acapetlauacan, Atzitziuacan y Yaoteuacan, Veiapan, Tetelan, Tlamilulpan, caueceras sujetas solo al mando y régimen del señor de Cuauhquechullan, donde acudian con los tributos reales, debaxo de cuya bandera y protection iban á la guerra; á los quales pueblos, dado auiso de lo que se les mandaua, reciuiendo muy bien á los emba-

1 *Bestion*, en arquitectura ó pintura, son unos pilastrones con unas figuras de la media coluna arriba, que parece sustentar el edificio que está encima, y entonces será de la misma raíz griega *bastazo*. [COVARRUBIAS. *Tesoro de la lengua castellana.*]

xadores, dándoles todo lo necesario, respondieron irian á la fiesta, como les era mandado, y que lleuarian el tributo desclauos que eran obligados á dar; y así lleuaron los esclauos todos en colleras, toda gente de Atlixco y de Vexotzinco, con quien esta prouincia siempre tenía guerra para cumplimiento de sus tributos.

Daquí vinieron á Chalco y hicieron su embaxada: dallí volvieron á Atlatlauhcan, á donde entonces estauan sujetas al mando del señor de Atlatlauhcan siete caueceras de las mas cercanas que por allí ay, en las quales entraua Tlayacapan y Totolapan: de allí vinieron á Xuchimillco y á Cuitlauac y á Mizquic, á Culhuacan y á las quatro señorías, del que eran Ixtlapalápan y Mexicatzinco y Vitzilopochco, donde hicieron lo que en las demas; de todas las quales ciudades y señoríos fueron los señores á esta solenidad y lleuaron sus tributos de presos y esclauos para el sacrificio, allándose en México toda la nobleça y señorío de los grandes señores y reyes de la tierra,[1] lo estauan.

Concluido lo que desta prouincia está dicho, los embaxadores dieron noticia al rey de cómo auian concluido con lo que les era mandado, y cómo auian andado ueinte ciudades que les auia cauido por suerte, y cómo todos los señores de ellas eran ya venidos y con ellos la multitud de presos que de tributo debian para el sacrificio. El rey los reciuió amorosamente y mandó regalar y que se fuesen á descansar del trauajo pasado. Luego llegaron los embaxadores que la via de Toluca y Matlatzinco y Callimaya y Tepemaxalco, Tlacotepec y Teotenanco, Metepec, Capoloac y Xochiacan, Çoquitzinco, Tenantzinco, Malinalco y Ocuilan, auian lleuado para convidar á los señores de aquellas ciudades y para pedir el tributo de hombres esclauos que eran obligados á dar para estas solenidades, los quales luego vinieron con la gente que deuian de su tributo, y los embaxadores dieron respuesta y raçon de lo que auian negociado, de lo qual se holgó el rey. Luego tras estos voluieron con su respuesta los que auian lleuado la via de Maçauacan, Xocotitlan, Xiquipilco, Cuauhhuacan, Cillan, Chiapan, Xilotepec, dando respuesta de cómo los señores de aquella prouincia venian con sus presos y esclauos para el sacrificio.

1 Parece que sobran las palabras siguientes.

Este dia llegó á la ciudad de México el rey de la prouincia de Tezcuco *Neçaualpilli*, con la multitud de sus señores y grandes de su reino muy acompañado, mostrando su grandeça y nobleça: venian con él todos los señores de las ciudades y villas á él sujetas, como era Uexutla, Coatlichan, Coatepec, Chimalhuacan, Itztapalucan, y por la otra parte de hácia el norte, Tepetlaoztoc, Papalotlan, Totoltzinco, Teccitlan, Tepechpan, Aculman, Chicunauhtlan, Çacatzontitlan, Oztoyocan, Tecoac, Calpulalpan, Tlatzcayucan, Apantepepulco, Tlalanapan, Teçoyocan, Otompan, Achichilacachocan, Tzacuallan, Cempoallan, Uitzilan, Epaçoyocan, Tulantzinco, Tlaquilpan, Teçontepec, Ueitiuacan y todos los demas pueblos á la nacion tezcucana sujetos, de los quales señores y principales, que eran gran número dellos, vino acompañado el rey *Neçaualpiltzintli* con gran magestad y truxo gran número de esclauos que de todas aquellas ciudades y pueblos mandó recoger para el sacrificio de esta solenidad y presente [1] que era obligado á traer para el reconocimiento que la superioridad de México le obligaua. Algunos an querido decir quel reyno de Tezcuco era libre de todo reconocimiento y parias al monarca, y que en nada le era sujeto, lo qual allo al contrario en esta ystoria mexicana; porque aunque á la verdad no tributauan á México mantas ni joias ni plumas ni cosas de comida, como otras prouincias tributauan, hallo empero á los mexicanos metidos en las tierras tezcucanas donde sembraban y cogian, y algunos dellos hechos terrasgueros de los señores de México; y allo que en ofreciéndose estas fiestas y solenidades, daban tributo desclauos para ella, de lo qual ninguno estaua esento ni reseruado. Tambien allo que en ofreciéndose dar guerra á alguna ciudad y prouincia, al primero que llamauan y acudian para que apercibiese sus gentes, era al rey de Tezcuco, y como abremos notado en esta ystoria, le hacian venir á México todas las veces que se ofrecia ocasion, lo qual no era poca sujecion, dado que tuviese sus preminencias y libertades de rey y señor de aquella prouincia de Aculuacan; el qual en llegando que llegó á México, se fué al palacio Real donde fué muy bien receuido del rey *Auitzotl*, haciéndole la cortesía que á semejante Rey y pariente muy cercano con-

1 ú ofrenda,

venia, aposentándole en un lugar que ellos llaman *Teccalli*, que quiere decir, palacio Real. Él ofreció sus presos al rey *Auitzotl* y le hiço su raçonamiento de muy elegantes raçones, ofreciéndole juntamente su voluntad y deseo que de seruille tenia: luego le truxeron agua manos, que era costumbre muy celebrada entre ellos traer agua manos á los guéspedes y caminantes, y despues de auerse lauado le pusieron los ordinarios majares reales, con la bebida acostumbrada de cacao, y rosas y humaços, no solo á él pero á todos sus grandes señores y principales, que en otros lugares estaban aposentados, segun la calidad de sus personas, á todos los quales fué dado muy bastante recaudo de todo lo que ubieron menester, en todo cumplimiento, y á los presos entregaron á los sacerdotes para que se tuviese cuenta con ellos.

Luego llegó el rey de Tacuba con todos sus principales y señores de la parte de su prouincia, que no es menos larga que la que queda referida, y juntamente truxo todos los presos y esclauos que á esta solenidad estauan obligados á dar, á quien no menos honra y cortesía se hiço que al de Tezcuco, poniéndole en el mesmo palacio junto á *Neçaualpilli*, y aposentando á sus señores en los lugares que les pertenecian, fueron proueydos de todo lo necesario con toda la abundancia dicha.

Acauado que el rey reciuió [1] á los señores y reyes, y de aposentallos con el aplauso y cortesía que merecian tan altos príncipes y señores, venidos y juntos á su mandado y ruego, *Tlacaelel* el viejo abló al rey *Auitzotl*, y díxole: Ya te acordarás, poderoso príncipe, cómo en la fiesta de tu uncion y coronacion no quisieron acetar nuestro ruego y convite los tlaxcaltecas y sus consortes nuestros enemigos, ni los de Metztitlan ni mechoacanecas; paréceme que no será cosa fuera de raçon tornallos á llamar para la solenidad presente, porque aunque quanto á las guerras que entre nosotros ay aya enemistad, al menos, quanto á participar de nuestras solenidades y goçar de nuestras fiestas, no ay por que sean excluidos y priuados, pues somos todos unos, y para estos tiempos será raçon aya treguas y conversacion entre los señores. Al rey le pareció ser justo, y luego mandó escoger tres valerosos capitanes, de los de mas ánimo y

1 Es decir,—"despues de haber recibido el rey, etc."

valor, que no temiesen la entrada por las guardas que siempre auia en las guardas y centinelas que velauan de dia y de noche en estàs fronteras, temiendo ser salteados; y escogidos estos tres mensajeros mandolos fuesen á Tlaxcala y á Vexotzinco y á Cholula y á Tecoac y á Tliliuhquitepec y á Çacatlan para que de su parte convidase á todos los reyes y principales de aquellas ciudades y prouincias. Los mensajeros respondieron harian lo que les era mandado; empero encomendaron al rey sus hijos y mugeres, manifestándole el peligro en que iban, siendo la vuelta tan incierta; pero con todo eso, posponiendo todo peligro, partieron de la ciudad caminando toda la noche, llegaron cerca del dia á Vexotzinco, y entrando á escondidas en la ciudad fuéronse á las casas reales, donde el señor estaua, y en los aposentos de acá fuera hallaron los porteros durmiendo, y despertándolos les rogaron dixesen al señor *Xayacamacha*, que así se llamaua, cómo estauan allí unos mensajeros que le querian hablar. Preguntados de dónde eran, respondieron: que si no era al mesmo señor, que no lo podian decir: los porteros entraron á su señor, y diciéndole lo que pasaua, mandó que si primero no dixesen quién eran y de dónde, que no los dexasen entrar. Ellos tornaron á replicar les suplicauan los dexasen entrar, y que ellos venian á seruille y besalle las manos, y sin armas ni defensa; que eran gente de paz, que querian descubrírsele y decille á lo que venian.

El rey y señor de Vexotzinco, aunque temeroso, los mandó entrar, los quales venidos ante él se le umillaron y postraron por tierra haciéndole las cerimonias reales que ellos usaban hacer delante los reyes, y hecha la humillacion, le dixeron cómo ellos eran mexicanos y que venian de parte del rey *Auitzotl* de México á suplicalle se allase en la solenidad del templo y del dios *Vitzilopochtli*, cuya casa era acauada, y questo con toda seguridad y treguas; que le prometian lo podia acetar, pues los valerosos mexicanos no usaban de traiciones ni de atos [1] mugeriles ni cobardes, sino con la espada en la guerra y en campo, mostrando cada uno la fuerça de su braço, lo qual por agora, dexando esto aparte, en quanto amigos y señores deudos y de una generacion, le suplicaban

1 Cautelas ó perfidias.

se allase á esta festividad de su dios. El señor de Vexotzinco acetó el convite y dixo le placia de ir á goçar de aquella solenidad y fiesta, y que besaba las manos al rey *Auitzotl* por la merced de acordarse de él y de hacelle participante de su solenidad y fiesta; y haciendo aposentar á los mensajeros, les mandó dar todo lo que uviesen menester, así de comida como de bebida para de presente y para el camino y vestir de mantas y ceñidores, donde despues de auer comido y bebido se despidieron del y fueron á la ciudad de Cholula, llevando mucho contento del buen recaudo que lleuaban.

Llegados á Cholula dieron la mesma embaxada al señor de aquella ciudad, e no fueron menos receuidos que con mucho amor y benevolencia y con refrigerio de comida y bebida y mantas, rosas y umaços, como en Vexotzinco auian sido receuidos, dándoles la mesma respuesta, acetando el convite con el mesmo agimiento de gracias quel pasado y lo mesmo hiço el de Tlaxcala. Los mensajeros, auiendo negociado como deseauan, partieron de Tlaxcala y vinieron al monte para esperar allí á los señores y principales que viniesen, para entrar con ellos en la ciudad y para dalles el órden que auian de tener para no ser conocidos, y así estuvieron toda la noche en vela, porque no se pasasen sin vellos; y así antes que amaneciese vinieron á aquel lugar los señores y principales de las ciudades dichas y mudándoles el vestido y traje que usauan, los vistieron con el traje mexicano, y para mas disimular su venida, hiciéronles cojer rosas y ramos y juncia, con que iban ocupados como gente que iba á enramar ó adereçar los lugares del templo ó casas reales, mandándoles y auisándoles no respondiesen ellos á los que les saludasen ó hablasen, á causa de la diferencia del frasis[1] que tienen de hablar, diciéndoles que ellos responderian por todos; y así fué que á quantos por el camino topauan los mexicanos, respondian á lo que les era preguntado, y desta manera entraron en Mexico ocultamente.

Llevados al palacio real, donde les tenian aparejado un retraimiento oculto y escondido, muy bien adereçado, y dado auiso al camarero del rey de su llegada, luego en aquella ora de la noche

1 O del acento.

fué el rey auisado de su venida, el qual mandó llamar á *Tlacaelel*, y venido, le dixo cómo los mensajeros que auian ido á Tlaxcala y Vexotzinco, eran llegados y que creia traian buen recaudo; y mandados llamar, parecieron ante ellos, y dando raçon de lo que auian hecho y el buen suceso de su mensaje, el rey los recibió con mucho contento y mandó descansasen y fuesen proveidos de lo necesario; y sauido cómo los señores todos de aquellas tres ciudades estauan ya aposentados en el lugar secreto que se les auia señalado, y mandado aparejar, mandó á su camarero que con todo secreto fuesen proveidos de la comida real, como para su persona propia y con aquella abundancia que á su honra y grandeça convenia, y que fuesen luego vestidos de ricos adereços y proveidos de rosas y humaços y enviándoles á decir muchas palabras de cumplimiento agradeciéndoles la merced que le auian hecho; que perdiesen todo sobresalto, que en llegando todos los demas señores que de Mechoacan y de Tzinccoac y de Metztitlan y de Tliliuhquitepec y Tecoac y Çacatlan esperaua, que él los iria á visitar en persona; que en el entretanto descansasen y se olgasen como en su propia casa y reyno se podian recrear, y enviándoles mucho pescado y ranas y de todas las sauandijas de la laguna que ellos comen y juntamente patos, ansares, garças, alcatraces y querbos marinos, gallaretas y de todo género de caças, les mandó decir que aquello era lo que producia su ciudad, que no tenia otra cosa con que servillos. Ellos lo agradecieron sumamente y rindieron muchas gracias.

A media noche, despues de lo susodicho, llegaron los señores de Mechuacan y los de Metztitlan y los de Yopitzinco y juntamente los aliados y consortes de los tlaxcaltecas, conviene á saber, los de Tecoac y de Çacatlan y Tliliuhquitepec, todos los quales fueron aposentados en el mesmo lugar que estauan los tlaxcaltecas y vexotzincas y cholultecas, los quales, sabido por el rey, mandó á su camarero fuesen muy cumplidamente proveidos de todo lo necesario y de mantas y ceñidores de mucha riqueça y de rosas y humaços, con todo el secreto del mundo, y que solos aquellos los sirviesen que los auian ido á llamar, y que otra persona no entrase donde ellos estauan. La causa de este secreto era por no dar sospecha á la gente comun, de soldados y capitanes, que los reyes y señores

se aliauan y concertauan y hacian amistades á costas de sus vidas y derramamiento de su sangre, así de los unos como de los otros; y para quitar esta sospecha y ocasion de murmurar y por ventura de algun alboroto, los tenian ocultos y escondidos á los reyes y señores de aquestas provincias dichas, y esta es la raçon que la historia da deste recogimiento.

Despues de todos ospedados, juntaron á los mensajeros, todos los que auian ido á todas las prouincias, y uno á uno les preguntó el rey del receuimiento, del modo y manera con que de sus enemigos fueron receuidos en aquellas ciudades, y todos contaron lo bien que con ellos se auia hecho y el buen receuimiento y buen rostro que se les auia mostrado; empero los que auian ido á Yopitzinco contaron el suceso de su receuimiento, y fué, que dada su embaxada, fueron aposentados en un aposento muy bien adereçado, y que dándoles agua manos, vino el rey de aquella prouincia en persona con un baston en la mano y tras del todas sus mugeres y damas de palacio, muy bien vestidas y adereçadas, las quales traian muchas diferencias de comidas y géneros de fruta que en aquella prouincia ay, y que poniéndoles aquella comida delante los saludaron y que tras ellas venian los señores con las xícaras de cacao y se las pusieron delante, luego tras estos llegaron otros y pusiéronles muchas diferencias de rosas y umaços, á todo lo qual estuvo el rey siempre presente con su baston en la mano, y mandóles comiesen y se olgasen y descansasen: despues de auer comido, mandólos vestir de muy ricas mantas y ceñidores, despues de lo quál entraron por el patio donde ellos estauan, un escuadron de gente armada y muy bien adereçada, á punto de guerra, y combatiéndose los unos á los otros, hicieron una galana escaramuça y torneo con grandes voces y alaridos, como ellos usan cuando pelean; lo qual acauado, el rey dixo á los mensajeros: no temais, que todo esto se a hecho para daros solaz y alegría y volué á vuestros señores, que luego somos allá á le seruir. El rey se admiró del modo con que sus mensajeros fueron receuidos, diciéndoles auer sido los mejores librados y mas dichosos, y mandólos vestir á todos los mensageros de mantas y bragueros y dar particular dones y mercedes por lo bien que auíanse guiado, y tornó á encargar el rey que con aquella gente

toda se tuviese mas quenta que con toda la demas, porque no se fuesen quexando que, por ser enemigos, los auian tratado mal y que los auian traido engañados para aquel efeto; y para que estuviesen con mas seguridad, mandó el rey *Auitzotl* que se pusiese gente de guardia en el palacio donde estauan, para que nadie fuese osado á entrar, y así se pusieron docientos soldados que guardauan la entrada de aquel aposento para que nadie presumiese de ver ni saber lo que dentro estaba.

Hecho esto y puesto recaudo en todo, mandaron poner en órden los presos y captivos que de todas las ciudades auian traido para el sacrificio y que fuesen puestos en rengleras los de la prouincia de Tezcuco por sí, y los de la prouincia de Tacuba por sí, y los de Xuchimilco y Chalco por sí, y los de la prouincia de los maçauaques y cuauhtlalpanecas por sí, para que se supiese el número que auia dellos, lo qual fué luego hecho, y se alló que auia entre vetxotzincas y tlaxcaltecas y atliscas y tliliuhquitepecas y cholultecas y tecoacas y çacatecas, çapotecas y guastecas, tzincoacas y tuçapanecas y tlapanecas, *ochenta mill y quatrocientos* [1] hombres que sacrificar en la estrena del templo de México y solenidad del, de lo qual satisfecho el rey, sentándose en su trono Real, quiso mostrar su grandeça á todas las naciones y la autoridad de su reyno y mucho valor, y sentando á los dos reyes caue [2] sí, en lugar donde los enemigos pudiesen ver sin ser vistos, mandó á sus oficiales reales mandasen á los mayordomos de todas las prouincias, fatores y tesoreros, que delante su persona entrasen con todo lo que de sus tributos reales auian recogido, y poniéndose en órden empeçaron á traer los prepósitos y mayordomos, de uno en uno, cada uno con lo que auian recogido, y los primeros que entraron fueron los de la mesma ciudad de México con sus tributos y alcabalas y pechos, con mucha riqueça, luego los xuchimilcas, chinampanecas, luego los chalcas, luego los de Coaixtlauacan, que eran los mistecas, á quien toda aque-

1 Parece muy exagerado este guarismo y aun el de 72.844 á que lo reduce Torquemada. La pintura histórica conservada en el Códice Telleriano Remense, designa con los caracteres numéricos que usaban los mexicanos, la cantidad de 20,000, que todavía parece excesiva.—El Códice del Vaticano designa con los mismos caracteres 400 menos; tal vez por descuido del copiante.

2 cerca ó junto á

lla prouincia acudia entonces como á metropolitana, luego los tochpanecas y tochtepecas, luego los tzincoacas, luego los tlatlauhquitepecas, luego los tepeacas, tras ellos los piaztecas y los tlapanecas, luego los de Tlalcoçauhtitlan, luego los chiapanecas y couixcas y tepecuacuilcas, tras estos los uitzocoas y youaltecas y tlaxtecas[1] y teotliltecas, los nochtepecas y tzacualpanecas; luego entraron los de tierra caliente, conviene á saber: cuauhnauacas, yauhtepecas, oaxtepecas y acapichtecas, matlatzincas, xocotecas, xilotepecas, atocpanecas y otras ciudades que, por no causar fastidio no declaro; todas las quales acudieron con sus tributos de oro, joias, adereços y plumas, piedras, todo de mucho valor, precio y mucho en cantidad, ropas y adereços, así de hombres como de mugeres, tantas y de tanta riqueça, que no tenian número ni quento; cacao, chile, pepitas, frutas de todo género, aues, caças, que era cosa de admiracion, todo hecho y ordenado de industria para manifestar su grandeça y señorío á sus enemigos y guéspedes y gente forastera y ponelles temor y espanto, viéndolos señorear á todo este mundo y reino, tan amplo y abundoso, y que tenian sujetas á todas las naciones y á su mandar, de lo qual atonitos y espantados los guéspedes, de ver tanta riqueça y abundancia y tanto mando y señorío, estauan con grandísimo temor y espanto, lo qual todo fué entregado al tesorero Real ó mayordomo mayor para quel lo repartiese conforme á la órden que le estaua dada, especialmente proveyese de todo lo que los sacerdotes pidiesen para el culto de los dioses y solenidad presente, y segundo á los oficiales de plateros y lapidarios y á los componedores de plumas que se les diese todo lo necesario para las joias y plumajes, coronas y cosas preciosas que á los Reyes y grandes señores se auian de dar y presentar, para que con ello no solamente mostrasen la grandeça y suntuosidad de México, pero tambien para que soleniçasen la gran fiesta de la renovacion y fin del templo.

1 Así en la copia.

CAPÍTULO XLIV. [1]

De cómo se empeçó la solenidad y sacrificio, y de cómo mandó *Auitzotl* se állasen á ella todos los hombres y mugeres y viejos y viejas de la comarca, para que quedase perpetua memoria della.

Junta toda la nobleça de la tierra en México, donde era la corte principal de toda esta Nueva España, apartáronse á consejo los tres reyes y entre ellos el viejo *Tlacaelel*, segun relacion de esta ystoria, y dada la mano como siempre se le daua al rey de Tezcuco para que hablase, dixo desta manera: Poderoso Señor y rey deste poderoso reino de México: ténte por muy dichoso y bienaventurado en auerte el Señor de lo criado concedido goçar desta solenidad y de que acauases tú y dieses fin á este exelente y bien edificado templo, lo qual no les fué concedido al rey *Acamapich*, ni á *Vitziliuitl*, ni al rey *Chimalpopoca* ni á su sucesor, deudo ó pariente nuestro muy cercano, *Itzcoatl*, ni al viejo *Monteçuma*, tu padre, ni á nenguno de tus hermanos *Axayacatl·tecutli*, ni á *Tiçoçicatzin*, de lo qual fueron y pasaron desta vida con mucho pesar y cuidado por no auer podido goçar de lo que tú este dia goças; por tanto, pues eres, aunque de poca edad, rey de tan poderoso reino, el qual es la rayz, el ombligo y coraçon de toda esta machina mundial, as de suerte que la honra mexicana no vaya á menos, sino á mas, por lo qual te ruego que luego me mandes llamar aquí todos los Señores y regidores desta ciudad para mandalles lo que an de hacer para el cumplimiento de lo que me es encomendado; y luego siendo llamados todos los principales y señores, regidores y prepósitos de México y mandoncillos de todos los barrios, venidos ante *Neçaualpiltzintli*, rey de Tezcuco, les mandó mirasen lo que hacian, y que aquel dia era dia señalado y donde entreueia mucha honra ó deshonra, que man-

1 Véase la lámina 15ª, part. 1ª

dasen todo estuviese á punto y todos los templos muy adereçados, encalados y pintados y todo renovado, así los templos principales como los medianos y ermitas de los barrios, colegios y escuelas y recogimientos, así de hombres como de mugeres, pues aquella fiesta era como dedicacion de los templos y ensalçamiento dellos, y toda la solenidad se endereçaua á aquello. Los señores respondieron lo harian así, humillándosele con mucha reuerencia, lo qual fué luego puesto por obra.

Despues de auer mandado esto se voluió [1] al rey *Auitzotl* Y LE DIXO, que inviase á mandar á todos los de la comarca, que luego para el dia siguiente de la fiesta mandasen venir toda la gente de las ciudades, de chicos y grandes, mugeres y hombres, viejos y moços, para que de aquella solenidad quedase perpetua memoria. El rey *Auitzotl* mandó se le notificase aquel mandato á todos los señores de las ciudades cercanas, como era la de Tezcuco y la de Chalco, la de Xuchimilco, la de los tepanecas, que eran las que con menos trauajos podian venir, y así fueron luego auisados y enviados mensajeros para que, so pena de la vida, no quedase en estas ciudades hombre ni muger, ni niño, viejo ni moço, que no se allase á esta solenidad y sacrificio, y así acudió á la ciudad de México gente que era cosa espantosa, que no cauia en las calles ni en las plaças ni en los mercados ni en las casas, que parecian mas que hormigas en hormiguero, todo endereçado á la magestad y aplauso de la fiesta y grandeça de México. Venida la gente y el dia de la fiesta, antes que fuese de dia, sacaron los presos que auian de ser sacrificados y hicieron dellos quatro rengleras, la una renglera estaua desde el pié de las gradas del templo y seguíase hácia la calçada que va á Cuyuacan y Xuchimilco, y era tan larga que casi tomaba una legua de renglera: otra iba ácia la calçada de nuestra Señora de Guadalupe, no menos larga que esotra: la otra iba derecha por la calle de Tacuba, á la mesma manera: otra iba ácia Oriente asta que la laguna los impidia. Estas quatro rengleras y cada una dellas venian fronteros de quatro sacrificaderos que para quatro señores auia adereçados; el primero y principal quera delante de la estatua del ydolo *Vitzilopochtli*, cuya dedicacion de templo y re-

1 Parece que continúa hablando *Nezahualpilli*, y bajo tal supuesto hago la adicion.

novacion se celebraua, era donde el rey de México *Auitzotl* auia de sacrificar: el segundo era donde el rey de Tezcuco *Neçaualpiltzintli* auia de sacrificar: el tercero era donde el rey de Tacuba auia de sacrificar; y el quarto era la piedra del sol donde tenian adereçado que sacrificase el viejo *Tlacaelel.*

Puestas estas rengleras, los tres reyes se pusieron sus coronas en las caueças y sus orejeras de oro y piedras ricas y sus nariceras y beçotes y sus braceletes de oro y calcetas de lo mesmo; pusiéronse sus mantas Reales y sus çapatos y ceñidores, juntamente con ellos el viejo *Tlacaelel,* á la mesma manera, al qual, dice esta ystoria, respetauan como á rey. Con estos señores se vistieron muchos sacerdotes con las semejanças [1] de todos los dioses y diosas que auia, los quales, aunque la historia los nombra, va poco á decir. [2] Todos juntos salieron á la cumbre del templo, y cada qual de los señores, acompañados de aquellos que representauan á los dioses, se fueron á su lugar donde auian de matar todos, con sus cuchillos en las manos. Estando los señores todos de las provincias y los enemigos mirando desde grandes miradores y ramadas, que para este efeto auia hechas, y empeçando á traer presos de aquellas hileras, los señores, ayudados por los ministros que allí auia, que tenian á los desventurados que morian de piés y manos, empeçaron á matar abriéndolos por los pechos y sacándoles el coraçon y ofreciéndolo á los ydolos y al sol, donde despues de cansados los reyes, mudáuanse, tomando el oficio satánico un sacerdote de aquellos que representauan los dioses. Dice la historia que turó este sacrificio quatro dias arreo, desde la mañana hasta puesta del sol, y que murieron en él, como dexo dicho, *ochenta mill* y *quatrocientos* hombres de diversas provincias y ciudades, lo qual se me hiço tan increible, que si la historia no me forçara y el auello allado en otros muchos lugares, fuera desta historia escrito y pintado, no lo osara poner, por no ser tenido por hombre que escribia fábulas; dado que el que traduce alguna historia no esté mas obligado de volver en romance lo que alla en estraña lengua escrito, como yo en esta hago; y eran tantos los arroyos de sangre humana que corrian por las gradas abaxo del

1 Ornamentos ó vestiduras.
2 Esto es; "no hay necesidad de mencionarlos por sus nombres."

templo, que caida á lo baxo y fria, hacia grandes y gordas pellas y quajarones que ponian espanto. Desta sangre andauan cogiendo muchos sacerdotes en xícaras grandes y con ella andauan por todas las hermitas de los barrios y umilladeros que ellos tenian, untando todas las paredes, umbrales y quiciales dellas: untauan los ydolos, untaron todos los aposentos del templo de dentro y de fuera, y era tanto el hedor de la sangre que no auia quien lo sufriese, del qual quenta la historia y dice que era un hedor acedo, abominable, que no lo podian sufrir los de la ciudad.

Acauados de sacrificar los captivos, que por ser tantos auian tardado quatro dias en sacrificallos, el quinto dia mandó el rey vestir de grandes riqueças á todos los reyes y señores y principalmente á los que eran sus enemigos; conviene á sauer, á los de Tlaxcala, Vexotzinco, Cholula, Tecoac, Tliliuhquitepec, Çacatlan y á los de Metztitlan y á los de Mechuacan y Yopitzinco, á los quales y á cada uno dellos dieron unas armas y rodela con sus ricas deuisas y ricas mantas y ceñidores y muy ricas coronas de oro, muy bien obradas, y sus orejeras y nariceras y sus beçotes de oro y piedras, braceletes, calcetas de oro, çapatos muy galanos y á cada uno un cuero de tigre y otro de leon y una carga de mantas para que repartiesen con sus seruidores y allegados: destas preseas fueron cargados todos los mas principales de la ciudad y el rey *Auitzotl* delante dellos, á los quales despues de auellos presentado aquel presente, les dixo: señores: en gran merced os tengo el auerme venido á vesitar y á honrar con vuestras personas la fiesta de mi templo: este presente se os da, el qual es auido y adquirido por la fuerça y valor de nuestro poderoso braço, no hurtado ni auido con mala guerra, sino muriendo como valerosos, poniendo el pecho y caueça á qualquier peligro y trauajo, de lo qual goçamos por permision de nuestro dios *Vitzilopochtli*. Acauada la plática, los despidió para que libremente pudiesen ir á sus tierras y casas, para lo qual tenia apercebidas canoas para que, así á ellos como á los presentes [1] que les auia dado, los pasasen con todo secreto, poniendo pena de la vida y destruicion de sus mugeres y hijos y casas á los remeros, ORDENÁNDOLES que no descubriesen el caso, ni diesen noticia de cosa, y mandando á

1 Los regalos.

los mesmos que fueron por ellos, que voluiesen con ellos hasta ponellos en saluo junto á sus términos.

Ellos agradecieron mucho este comedimiento y merced y fueron muy contentos y seguros y no menos espantados de ver la magestad de México y la muchedumbre de cativos que auian muerto y de la riqueça que aquellos dias se auia repartido con tanta liberalidad: no menos espantados fueron los de Mechuacan, Metztitlan y Yopitzinco, aunque muy contentos del buen ospedaje que se les auia hecho: tambien salieron a media noche con gente de guarda para su aseguramiento. Despedidos estos, se despidieron los demas de las provincias, todos los quales fueron muy vestidos y adereçados y contentos. Despues de todos idos y despedidos quedó la ciudad en fiesta y regocijo en la tornaboda, donde el rey dió y repartió á sus grandes, preseas de mantas y joyas y ceñidores, juntamente á todos sus soldados y capitanes señalados, á todos los mayordomos y prepósitos, á todos los ministros de los templos, á todos los viejos de la ciudad y pobres, repartiendo gran suma de mantas y ceñidores, donde despues de acauado el repartimiento y tornaboda, el rey mandó se renouase la paliçada y lugar de las calauernas, y que las que asta entonces auian estado, fuesen quemadas; y así fué hecho, que trayendo las *ochenta mill* calauernas y *quatrocientas* mas, fueron puestas en la recien hecha paliçada, todas espetadas por las sienes, y todas las que quitaron quemaron y hicieron ceniça, de suerte que en esta festividad nenguna cosa quedó por renouar de los lugares que eran dedicados á los dioses, chicos y grandes.

Auiendo pues cumplido con todos los de la ciudad, mandó el rey juntar todos los oficiales, así de México como forasteros que en esta fiesta auian ayudado con sus oficios, plateros, lapidarios, componedores de plumas, pintores, entalladores, canteros, encaladores, aluañies, carpinteros, olleros, oficiales de hacer esteras y asentaderos, los que hacian humaços, á los caçadores, así de aues como de caça monteça, pescadores, en fin, de todos quantos géneros de oficiales auia en la ciudad, así venidos de fuera como de los propios ciudadanos, á los quales mandó el rey muy escogidamente prover de mantas y de ceñidores galanos, conforme al oficio de cada uno,

diciéndoles que les agradecia el servicio que le auian hecho en le ayudar con sus oficios en aquella festividad con tanto cuidado, alabándolos que ellos eran los que sustentauan la ciudad y eran como piés y manos della, pues sin ellos no valia nada. Ellos, reciuiendo sus mercedes que les eran hechas, agradecieron al rey con muchas cerimonias la merced que les hacia: dándole muchas gracias, manifestando con mucha umilldad su poco valor, se despidieron y fueron muy contentos por la quenta que se auia tenido con ellos, con lo qual el rey tenia muy ganadas las voluntades á todos los de su corte y reino, y le amauan y seruian con mucho amor y voluntad, mostrándose piadoso padre á todos y repartiendo con mucha liberalidad de sus aueres y riqueças, con pobres y ricos, mostrándose muy begnigno y afable; el qual, acordándose que los de la prouincia de Teloloapan no auian acudido á esta festividad, sospechando algun reuelion, envió sus mensajeros á sauer la causa de su ausencia; y llegados los mensajeros á un pueblo que se dice Teticpac, fueron auisados cómo se auian reuelado y que auian cerrado los caminos y veredas para que nadie pudiese entrar allá; y queriéndose satisfacer desto los mexicanos, siguieron el camino real, el qual hallaron cegado con piedras y troços de palo y con magueyes y tunales y ramas, que no se podia andar como solia; lo qual visto por los mexicanos voluieron á dar noticia á su rey, de cómo aquella prouincia estaua reuelada y cómo auian cegado los caminos y veredas, de suerte que no era posible entrar allá.

El rey, sin mas detenerse ni sin mas esperar consejo, mandó aperceuir sus gentes y de las prouincias vecinas de Tezcuco, Tacuba, Chalco, Xuchimilco y de todas las demas á México sujetas, juntando muy gran exército y fué él en persona á esta entrada, procurando animar á sus soldados; el qual llegado á aquella prouincia, le dió guerra y los venció y destruyó y tornó á sujetar, de tal suerte que nunca mas se le osaron reuelar, á los quales puso muy ecesivos tributos en castigo de su reuelion, á los quales, segun la ystoria, mandó le tributasen cada ochenta dias quatrocientas cargas de cacao y diez cargas de mantas y otras tantas de ropas mugeriles, con otras cosas de frutas y comidas y de todo lo que en aquella prouincia se cria y produce la tierra; y quexándosele los telolotecas que

auian sido mal aconsejados y provocados de sus vecinos los Alauiztecas y los de Oztoma, el rey mandó destruyllos y vengallos de la quexa que sinificaban tener dellos; lo qual, acompañados de los de Teloloapan, fué hecho con mucha diligencia; donde llegados á sus pertenencias fueron requeridos se diesen, sin que fuese menester guerra ni combate, los quales no queriendo, mandó el rey fuesen del todo destruydas y desoladas aquellas dos ciudades, sin que quedase hombre ni muger á vida, sino que todos fuesen metidos á cuchillo, eceto los niños, á los quales mandó el rey fuesen cativos á la ciudad de México, y que viejo ni vieja no quedase ninguno que no muriese; y así fué que requiriéndoles con la paz y no la queriendo admitir, fueron destruidas aquellas dos ciudades y puesta á cuchillo y destruida por el suelo, sin ninguna piedad, ecepto los moços y moças, niños y niñas, questos fueron guardados para lleuar á México, de los quales lleuaron quarenta mill y docientos moços y moças y niños y niñas, los quales se repartieron por todas las prouincias y ciudades de la comarca de México. Los de la ciudad de Teloloapan empeçaron á llorar una destruicion tan dolorosa y lastimosa y pidieron al rey *Auitzotl* que mandase dar y repartir aquellas tierras: él dixo que sí haria; que llegado que fuese á México proveria en aquello que le pedian, no mas de por amor á los cacauatales y algodonales, frutales de todo género que en aquella tierra auia.

Partió el rey *Aüitzotl* con todo el exército de aquella prouincia, el qual venia parándose por los pueblos muy poco á poco, donde le hacian grandes receuimientos, dándole todo lo que auia menester hasta que llegó á la ciudad de México, ofreciéndole gran cantidad de mantas muy galanas y preciosas y sus ceñidores con ellas, y gran número de cántaros de miel de abejas y otros presentes de valor, haciéndoles grandes pláticas muy retóricas y largas donde quiera que llegaua, dándole el parabien de la vitoria. Sauido en la ciudad de México cómo se acercaua á ella, empeçaron los regocijos acostumbrados de luminarias y candeladas, atambores y bocinas y caracoles, bayles y cantos, y todos los sacerdotes en procision y todos los viejos ancianos de la ciudad salieron hasta Chapultepec á recebir á su señor y rey, con mucho contento y regocijo hasta metello

en la ciudad, donde le hicieron grandes y retóricas pláticas. Luego que llegó el rey empeçaron á entrar los captivos de aquellas prouincias y con ellos todos los que los auian preso, y hecha la cerimonia á los piés del ydolo, de comer tierra y rodear el templo á la redonda, pasáronlos por delante el rey, el qual mandó les diesen todo lo que uviesen menester; donde despues de auérselo dado, mandó repartir mucha ropa de mantas (que entiendo debian de ser los despojos de aquellas ciudades que quedaron yermas y asoladas) entre todos los soldados, así de los de la ciudad, como de los de todas las prouincias, los quales muy contentos se fueron á sus ciudades y los captiuos fueron sacrificados en la primera festividad que cayó despues de su prision, y el sacrificio fué el quellos llamauan desollamiento de hombres.

CAPITULO XLV.

De cómo enviaron gente de todas las prouincias mexicanas y otomies á poblar las dos ciudades que quedaron despobladas de Alauiztla y Oztoman.

Despues de pasados algunos dias que, segun quenta la ystoria, fueron mas de seis meses, ocupado el rey en algunos negocios que importauan á su real corona, no dándole lugar á hacer lo que le auian demandado los de Teloloapan, acabo deste tiempo, desocupado de toda ocupacion y estorbo, mandó que los señores de Tezcuco y Tacuba viniesen á los acostumbrados consejos y pareceres, sin los quales nunca se hacia ni determinaba nada; y aunque en aquesto mostraua tener sujecion el rey de Tezcuco á México, parece por otra parte tener algun mando y superioridad en la mesma ciudad de México, porque siempre era el primero que hablaba, y lo quel decia se guardaua, y en las eleciones su voto se seguia; y que esto sea así, en lo que de presente vamos tratando, se verá auerse seguido su parecer absoluto y no la voluntad del rey *Auitzotl* de México, ni el de *Tlacaelel* su coadjutor.

Venidos, pues, á México los dos reyes *Neçaualpiltzintli* y *Totoquiuaztli*, solos con el rey y *Tlacaelel* entraron en su consejo, y pro-

poniéndoles *Auitzotl* la causa de su venida, les dixo: Señores: ya sauis cómo de la guerra pasada que con los de Teloloapan, Oztoman y Alauiztla tuvimos, sucedió quedar las dos ciudades despobladas y todos los frutales, cacauatales, algodonales y todas las tierras yermas y desiertas, que seria gran lástima que aquello se perdiese y destruyese; por tanto, yo e determinado de inviar gente que la pueble y que goze de aquello y lo beneficien; por tanto, yo e pensado en ello, y considerando ser aquellas ciudades populosas y grandes, quiero enviar de mi ciudad quatrocientos vecinos casados, que de mi parte vayan, y que cada uno de vosotros envie de su prouincia otros quatrocientos, que sean por todos mill doscientos, y que de todas las demas prouincias vayan cada veinte vecinos que se juntarán, otros ochocientos, de suerte que vayan dos mill vecinos, mill para cada ciudad. El rey de Tezcuco replicó, que le parecia bien su determinacion y que aquello no era cosa nueva en enviar á poblar tierras desiertas, que ya otras veces se auia hecho; pero que sacar quatrocientos vecinos de la ciudad de México, que le parecia inconviniente y mucha quiebra para la república mexicana; que no era su voluntad ni parecer que se sacasen della tantos vecinos, y que lo quel determinaba era que solamente se sacasen docientos, y que estos docientos, para que no se echase de ver la falta, se echasen por los barrios repartidos y que diese cada barrio cinco y que nenguno fuese forçado á ir, sino que proponiéndoles la fertilidad de la tierra y la mucha riqueça della y que no iban á ser tributarios ni pecheros, sino solo á goçar de aquellos cacauatales y algodonales y frutales, y á ser señores dello, que el que se mouiese á ir de su voluntad, esos fuesen y no mas; y si alguno otro, como sobresaliente de su voluntad, despues de cumplido el número quixese ir, que siendo casado y persona pública, no se le diese licencia si no fuese mancebo soltero, que como moço quixese ir á probar su ventura y á buscar su vida, y que otros tantos irian de Tezcuco y otros tantos de la prouincia tepaneca, y que de las demas prouincias cada prouincia señalase conforme á su posibilidad, y todos de su voluntad, sin ser forçados.

El rey *Auitzotl* y el de Tacuba y *Tlacaelel*, visto el parecer de *Neçaualpiltzintli*, nenguno osó contradecillo, antes callando y dan-

do por bueno el parecer, dixeron que asi fuese, y llamando luego allí al embaxador mayor, le mandaron que luego enviase sus embaxadores á todas las prouincias; conviene á saber, á Chalco, á Xuchimilco, á Cuitlauac, á las quatro señorías de Culuacan, á la prouincia de tierra caliente, y á los maçauaques y á los cuauhtlapanecas, finalmente, á todas las ciudades y prouincias sujetas á la corona real de México, para que todas proueyesen de gente casada, para que todas fuesen á poblar aquellas dos ciudades que auian quedado desiertas, proponiéndoles, como queda dicho, la abundancia, riqueça y fertilidad de la tierra y la libertad con que van á ser señores de todo aquello, y que nenguna ciudad baxase de veinte; que los que de mas de veinte vecinos quisiesen ir, que les dauan licencia para ello.

El embaxador salió de palacio y mandó llamar sus correos y embaxadores, sobre quien tenia jurisdiccion y mando, y luego los despachó con toda diligencia á las quatro partes dichas, los quales sin ninguna tardança fueron á hacer sus embaxadas, unos á Cuautlalpan, otros á tierra caliente, otros á Chalco, otros á Xuchimilco, otros á Cuitlauac, á Mizquic, á las quatro señorías, otros fueron á Matlatzinco y á toda aquella prouincia, otros fueron á la Cuautlapa, tierra de otomites, Xilotepec, Chiapa, Maçauacan y Xocotitlan, Xiquipilco, Cuauhhuacan, Cillan, Ocuilan, no dexando cauecera de todas estas partes y prouincias que no anduviesen y de donde sacasen veinte casados de cada una dellas, diciendo cómo el rey *Auitzotl* mandaua se enviasen á México, y cada veinte indios lleuasen su principal y caueça para que en aquellas ciudades, puestos por sus barrios y ordenados, estuviese cada parcialidad y generacion por sí, con su mandoncillo y á quien reconociesen sujecion, para que todos acudiesen á una caueça que iria de los señores de México, como virey y gobernador de toda aquella gente. Dando, pues, sus embaxadas á todos los señores de todas las ciudades, villas y lugares, eran muy bien receuidos y seruidos de comidas y regalos de rosas y umaços y vestidos de ropas muy galanas, conforme al uso de cada ciudad, donde despues de auellos muy bien aposentado y servido, les dauan la gente que de su uoluntad queria ir á poblar aquella tierra, donde demas de los veinte que eran obligados á dar, se ofrecian

otros muchos mas á querer ir á goçar de aquella tierra, tan fértil y abundosa y tan rica, á los quales algunos admitian y á algunos no. Vueltos los mensajeros á México dieron estas nuevas de todo lo que auian hecho, diciendo auer negociado muy bien con los señores de las prouincias y pueblos á donde llegaron, dando relacion de los buenos tratamientos que les hicieron y de los muchos que se mouian á querer ir á poblar aquella tierra, especialmente de los que la auian visto y conocido y de los que auian estado en la guerra y alládose en los despojos y saco de aquellas ciudades, y otros por verse libres de los tributos y trabajos y seruicios personales que acá tenian.

Recogidos, pues, en la ciudad de México todos los que auian de ir á poblar á aquellas ciudades, así hombres como mugeres, mandó el rey *Auitzotl* vestir de ropas nuevas á todas las mugeres y niños, lo cual con diligencia fué cumplido, y mandando que todos se recogiesen en un lugar, á todos les fué hecha una larga y elegante plática consolatoria, por uno de los del consejo, con la qual pretendieron consolar á los que dexando su patria y propio natural, sus casas y tierras, mostrauan algun sentimiento, y á los que dexando padres y madres, hermanos ó parientes cercanos, mostrauan sentimiento; dándoles esperanças de consuelo y prosperidad, con el qual olvidarian el amor de la patria y el paternal y todo lo que acá dexauan; y haciéndoles creer ser aquella la voluntad de sus dioses y del Señor de lo criado, por quien todas las cosas se gouiernan, y la mucha envidia CON que los que acá quedaban, andando el tiempo, les auian de tener, pues iban á goçar de libertad, y que quando mas descuidados estuviesen los auian de ver, á los deudos que acá dexaban, entrar por sus puertas envidiosos de su pujança, y esto forçados de la mucha miseria que en la ciudad de México se padece. Tambien en el discurso desta plática les encomendaron á todos aquellos que iban por mandoncillos y prepósitos y amparo destas gentes, á cuya sujecion iban todos sometidos, que á los embaxadores y correos Reales que de la ciudad de México fuesen enviados, que los reciuiesen y honrasen con todas las caricias y buen tratamiento que entre ellos era uso y costumbre, especialmente quando fuesen á coger las sementeras de cacao que quedauan seña-

ladas para la corona Real de México, las quales auian de sembrar en comun, dando y señalando á cada nacion las que pudiese beneficiar, conforme á la gente que tuviese, lo qual llevaban como por tributo y pension.

Mas les auisaron estuviesen siempre sobre auiso y apercebidos con gente de guarnicion, á causa de que tenian muy á los términos á los de Mechuacan sus capitales enemigos, de quienes les convenia guardarse con toda la vigilancia posible, por ser gente que aborrecia mucho á los mexicanos y les tenian mortal odio.

Acauada esta plática que de parte del Rey *Auitzotl* les fué hecha, todos, á una, dieron las gracias leuantando un clamor de consuelo; los quales, con muchas lágrimas, empeçaron á salir de la ciudad de México, yendo en delantera doce principales de los muy venerables de la ciudad, á los quales el Rey encargó no les dexasen hasta que puestos y ordenados en sus lugares y sitios, y repartidas entre ellos todas las tierras, quedasen aposentados con mucha paz y quietud y poblados en sus estancias y sitios, como en el Real consejo se auia determinado, y que los llevasen muy poco á poco, por la flaqueça de las mugeres y niños, y que siempre enviasen delante sus aposentadores para que los pueblos por donde pasasen estuviesen auisados y apercebidos de todo lo necesario, y que los saliesen á recebir con los regocijos que pudiesen, para hacelles olvidar el trauajo del camino. Estos doce principales se vistieron unas camisas largas, como roquetes, y á las espaldas colgaron unas calauaças pequeñas llenas de çahumerios molidos, y atándose los cauellos con unas cintas coloradas y poniendo en la atadura las plumas que ellos usaban poner, tomaron sendos báculos en las manos y en las otras sus auentadores: tomando la delantera salieron de la ciudad, capitaneando aquella gente, y empeçaron á caminar, los quales con toda la gente referida llegaron aquel dia al pueblo de Xalatlauhco, donde fueron muy bien recibidos de todos aquellos pueblos comarcanos, recibiéndolos con todo el género de regocijos que pudieron y regalándolos con el refresco de rosas, humaços, el qual es á ellos muy agradable; juntamente los vestian á todos de ropas nuevas, segun la posibilidad de las ciudades, villas y lugares donde llegaban, hasta llegar á la prouincia de Teloloapan donde

iban á poblar, de la qual gente hicieron tres partes; la una y mas principal fué á Oztuman, y la otra fué á Alauiztla y la otra se quedó en Teloloapan, como por guarnicion de aquella ciudad, por no estar tan despoblada de los naturales, como estaban las otras.

Puestos en los lugares y poblados en aquella tierra, les repartieron tierras á todos y les dieron casas y señalaron pertenencias, repartiéndoles maiz, chile, frisol, chia y de todas las demas semillas y legumbres que ellos comen, para el sustento del año presente, todo lo qual fué traido á aquellos lugares por mandado del rey *Auitzotl*, porque tuviesen que comer hasta la cosecha del año venidero; lo qual hecho, los que auian ido por guardas y guías de aquellas compañías, dexándolos quietos y consolados, haciendo sus pláticas consolatorias, se voluieron á la ciudad de México, donde llegados dieron cuenta al rey de todo lo sucedido y del buen viaje que todos auian llevado y de cómo aquellas ciudades quedaban pobladas y todos muy contentos y alegres, de lo qual el rey uvo mucho placer.

No tardó muchos meses quando, despues de poblados, entraron todos en sus cabildos y consultas y elixieron un gobernador de los mas principales que entre ellos auian ido, la qual election truxeron al Rey *Auitzotl* con un gran presente de mantas, plumas y cacao y mucho algodon, con muchos géneros de fruta de la que en aquella tierra se da, con lo qual el Rey se tuvo por muy seruido y los reciuió con mucho placer y les confirmó la election del gouernador, enviándole unas muy ricas armas y deuisa con que le armaua caballero, enviando á los demas señores un presente de rodelas y plumas y armas de mucho valor, en retorno del presente que le auian enviado, rogándoles encarecidamente la paz y hermandad y juntamente la guarda de aquellas ciudades, y así quedaron aquellas ciudades pobladas de mexicanos hasta el dia de oy y sujetas á México.

CAPÍTULO XLVI.[1]

De cómo los mexicanos dieron guerra á los de Tequantepec y á los de Izuatlan y Miauatlan y Amaxtlan, prouincia muy famosa, y de cómo los vencieron.

Muchas ueces emos referido que los mexicanos nunca jamas representaron ni mouieron guerra contra nacion nenguna sin ser incitados y provocados della, recitándolos[2] las mesmas naciones con inovediencia ó con muertes de algunos que matauan por los caminos, y así la escusa que los mexicanos dauan y oy en dia dan, y en esta ystoria á cada paso hallo, con que se justificauan, era decir: nosotros no los fuimos á buscar; ellos nos incitaron y llamaron; atribuianse así la culpa, que nosotros no emos de sufrir injurias de nadie: y á sí viéndose la prouincia de Tequantepec y Xolotla, Izuatlan y Miauatlan y Amaxtlan, tan apartadas y remotas de la prouincia mexicana, y confiando en su grandeça y multitud y fortaleça, fueron de parecer de atajar el paso á los de la nacion mexicana para que no viniesen cada año, como venian, á desnatar y sacar la riqueça que de aquellas ciudades sacauan con las golosinas y cosas baxas que trayan, para voluer con oro y joias y plumas y otras cosas ricas que lleuaban, de que voluian cada año cargados, y eran tantos los que acudian, que en todo el año no se vaciauan los caminos de estos mercaderes y grangeadores, porque no solamente seguian este camino meros mexicanos, seguíanlo, empero, tezcucanos, tepanecas, xuchimilcas, chalcas, tlauicas, tlaxcaltecas y chulultecas, finalmente de todas estas prouincias cercanas y comarcanas al volcan, y no uno ni dos de cada ciudad, sino de ciento en ciento, cargados de cosas baxas, conviene á sauer, de quesos quellos hacen de la lama de la laguna, tortillas de gusanillos, costales de ueuezuelos,[3]

1 Véase la lámina 15ª, part. 1ª

2 Así en el original; mas parece deberia decir "incitándolos," ú otro verbo semejante. (Nota del Sr. Vera.)

3 *Huevecicos.* Refiérese probablemente á los de mosco que se recogen en estos lagos de México, y á que se da el nombre de *ahuaútli.*

de moxcas marinas, que ellos llaman *auautli*, patos en barbacoa y otras muchas golosinas de que aquellas gentes carecen y otras muchas maneras de juguetes que ellos inventauan para traer cacao, oro, plumas, piedras preciosas; lo qual advirtiendo los de aquellas ciudades, auido sobre ello su consejo, determinaron de defender la saca tan ordinaria que de sus riqueças se hacia para enriqueçer las ciudades mexicanas y prouincias, quedando ellos con solas aquellas golosinas y cosas de poco valor.

Con este acuerdo, puesta gente de guarnicion, empeçaron de saltear los caminos y á matar la gente que de la nacion mexicana y de todas las naciones acudia al trato dicho, y primero que se uiniese á sauer en México, fué grande la matança que de los mercaderes hizieron, que á cada paso hallauan los caminos llenos de muertos y comidos de fieras y de auras, de lo qual cobrando pavor y miedo no osauan ya venir ni seguir aquel camino; lo qual entendido en México por los reyes de México, Tezcuco y Tacuba, y auiéndose juntado sobrello, uvo determinacion de que luego, sin dilacion ni demora, se juntasen gentes para ir á uengar la muerte de los tratantes que, tan sin raçon y con tanta sin justicia, auian muerto aquellas naciones, lo qual determinado fueron enviados correos por todas las prouincias para dar auiso de la determinacion, pregonando por todas ellas la guerra que contra Tequantepec y las demas ciudades nombradas el Rey *Auitzotl* queria haçer; lo qual pregonado fueron juntas muchas gentes, mouidas por la golosina de las riqueças que aquellas ciudades tenian, todos gente muy lucida y bien adereçada de armas de todo género de las que ellos usauan, y juntamente gran cantidad de bastimentos, como era maiz tostado y otro molido y hecho harina, frisol molido, pan biscochado, tamales mohosos y curados al sol, grandes fardos de chile, cacao molido hecho en pellas, de todo gran cantidad, porque demas de lo que los reyes proueyan de sus grandes trojes y graneros, cada soldado llevaua á questas su particular comida, todo lo que podia lleuar, atada á la carga el espada y la rodela y las armas con que auia de pelear, con lo qual suplia la ordinaria racion que en comun se daua; y fué tanta la gente que á esta guerra acudió, que dice la ystoria que quedaron las ciudades y uillas tan solas, despues de

partidos los soldados dellas, que acaso se topauan hombres por las calles, sino todas las mugeres y niños muy pequeños, las quales mugeres, al quarto dia que la gente auia partido de la ciudad para la guerra, todas salieron cubiertas de paños de luto y tristeça, y con polvo y ceniça sobre los cauellos por la ausencia de sus maridos, hijos y hermanos, las quales no lauaron sus rostros ni caueças ni ropas hasta que tuvieron nuevas de la vitoria, las quales leuantándose cada dia, antes que amaneciese, ofrecian sacrificio á los dioses que en una pieça particular todos tenian, y el sacrificio era encender lumbre en aquella pieça, encensar á los ydolillos, á cada uno en particular, y á ofrecelles comida de pan y uino y de todos los géneros de comida que ellos usauan offrecer á sus dioses, y sentándose delante dellos llorauan y gemian con mucho dolor y hacian la siguiente lamentacion:

¡O gran Señor de lo criado! ten, Señor, memoria de aquel tu siervo que es ydo á ençalçar tu honra y la grandeça de tu nombre y á ofrecer su sangre en el sacrificio de la guerra en tu servicio: mira, Señor, que no fué á buscar el remedio mio ni de sus hijos, ni fué al trato ordinario para el sustento de su casa, con el *mecapal* en la caueça, ni con la *coa* en la mano; por tí fué y en tu nombre y á obra de la gloria tuya; por tanto, Señor, compadéscase tu coraçon piadoso del, y de su trauajo y afliction con que ua por los montes y ualles, cerros y quebradas, ofreciéndote en sacrificio el vaho de su rostro y sudor; dale vitoria en esta guerra para que vuelua á goçar del descanso de su casa y veamos yo y sus hijos su cara y presencia. Esta oracion hacian todas las mugeres de los que auian ydo á la guerra, cada dia en amanesciendo, hasta que sus hijos ó maridos, hermanos ó parientes voluian de la guerra.

Llegado el exército á la ciudad de Oaxac fueron muy bien recibidos de la gente mexicana y de todos los del ualle, y asentando en él su real estuvieron allí algunos dias descansando y rehaciéndose de bastimentos; y el rey *Auitzotl*, que en persona auia uenido á aquella guerra, mandó llamar á todos los señores de aquellos pueblos y ciudades comarcanas, los quales venidos ante él les pidió le diesen ayuda con alguna gente y con bastimentos, los quales le obedecieron de voluntad y le dieron mucha gente y muy bien adere-

çada, con mucha cantidad de bastimentos, lo qual sauido por el señor de Tequantepec los mandó amenaçar con grandes y soberuias amenaças. El rey de México agradeció el fauor y aiuda, y lo tuvo en mucho y prometió la gratificacion dello.

El Rey con sus grandes tuvo su consejo, sobre la ciudad que primero se auia de combatir, y SALIó determinado fuese la de Izuatlan y Otlatlan, contra las quales con público pregon se mandó todos fuesen pasados á cuchillo y que ninguno se ocupase en prender á hombre dellos, porque lo que se auia de conquistar era mucho, y que la distancia que de estas prouincias ay á México era mucha, y el inconveniente de traellos de acá para acullá era grande; qúe todos los que uviesen á las manos pasasen á cuchillo, lo qual publicado y auisado el exército, leuantando el real empeçaron á marchar muy en órden hácia Izuatlan, y llegados la combatieron y destruyeron y tras ella á Miauatlan; y dado que hallaron alguna resistencia, luego fueron tomadas y vencidas las gentes dellas, los quales vinieron las manos cruçadas á pedir el ordinario perdon, ofresciendo sus personas y bienes á la sujecion de México, los quales luego fueron receuidos con amor y amistad, y haciendo luego sacrificio á los dioses de algunos presos y poniendo y señalando tributos á los vencidos, el rey mandó á los de Miauatlan los guiasen desde allí y les enseñasen el camino que iua á Xolotla y Amaxtlan y á Tequantepec, lo qual prometieron de voluntad, y guiándolos desde allí llegaron á vista destas prouincias, y dando auiso al rey dello, mandó todos se aperciuiesen, y temiendo á los de Tequantepec hiço una larga plática á todo el exército, esforçándolos con palabras de mucho ánimo y valor, rogándoles se ofreciesen á la muerte muy de coraçon, sin temor ninguno, pues esperauan el premio del Dios de lo criado, persuadiéndoles no hiciesen caso de su vuelta á México, sino que con coraçon varonil se dedicasen á aquel sacrificio, con las quales palabras todo el exército empeçó á llorar y hacer gran sentimiento, y abraçándose y despidiéndose unos de otros, padres de hijos y hijos de padres con grandes suspiros, se armaron todos de sus armas y se pusieron muy en órden, cada nacion en su sitio y lugar, tiznándose las caras con la tizne divina, quellos así llamauan, y el rey *Auitzotl* vestido de ricas man-

tas y debaxo muy bien armado con unas armas açules con sus braçeletes de oro y medias calcetas de oro, y una rica corona de muy ricas plumas en la caueça y á las espaldas un atambor de oro, con que los reyes hazian señal al arremeter y en el retirar, de suerte que los reyes servian de atambor, ó sus generales, los quales tocauan al arma y á recoger [1] de los exércitos.

Adereçado el rey y los grandes y todos los demas soldados con las diferencias de armas que sus grandeças les permitian, segun sus leyes, puestos á vista de los enemigos, los quales no menos ufanos y bien adereçados venian haziendo grandes amenazas, los unos á los otros, se empeçaron á juntar con tanta furia y enojo, que por muchas oras no se entendia ni sentia mejoria de la una parte ni de la otra; empero como los mexicanos eran tan exercitados en semejantes refriegas y su ánimo era invencible, acompañado con grandes ardides, empeçóse á conocer lleuar ellos lo mejor, á causa de que estauan muertos en el campo gran número de los señores que acaudillauan el exército de los contrarios, los quales conociendo la mejoria empeçaron á apretar de tal suerte, que los de Tequantepec y las demas caueceras empeçaron á desmaiar y á desamparar el campo y á acogerse á los lugares ásperos, huiendo la ira de los mexicanos, que sin ninguna piedad los yban matando sin perdonar ninguno. Los señores de las ciudades, viendo el destroço y que no auia resistencia, determinaron pedir misericordia postrados por tierra ante el rey *Auitzotl*, que no menos encarniçado andaua entre ellos, el qual mouido por estos ruegos, tocó su atambor haciendo señal de recojer, y haciéndose la gente del exército sordos, no cura [2] de la señal, antes con gran voceria y alarido seguian el alcance entrando por las casas de la ciudad, saqueándolas y matando á todos quantos topauan. Los capitanes, sargentos y maesos de campo, vista la voluntad del Rey, corriendo á unas partes y á otras, á palos y cuchilladas, lo estoruauan y hizieron cesar á la gente, que como leones iuan destruyendo la ciudad, de lo qual los soldados enojados juraron de no voluer á guerra tan apartada y remota, pues no les dauan el campo franco y las ciudades para su aprouecha-

1 á retirada
2 No hace aprecio

miento; pues solo el interes los auia mouido á dexar sus casas y tierras y sus mugeres y hijos, especialmente auiendo conquistado todas aquellas quatro prouincias, tan apartadas unas de otras, siendo aquella de Tequantepec la postrera, donde empeçaron emplear todo el resto, teniéndose por agrauiados y mal pagados del trauajo que auian padecido; lo qual uiniendo á oydos del Rey les prometió satisfacion de lo que allí perdian.

El Rey recibió á los señores de Tequantepec y á todos los de aquella tierra muy beninamente, y les concedió todo lo que le pidieron, los quales en recompensa de tanta merced y beneficio lo llevaron á su ciudad y lo aposentaron muy honradamente á él y á todos los señores de todas las prouincias y allí le ofrecieron un muy rico presente, obligándose á dalle parias [1] de ochenta en ochenta dias, en recompensa y conocimiento del bien que les auia hecho en perdonalles su atrevimiento: tambien juraron de reconocelle sujecion y tenelle por superior. El Rey entregó el presente á uno de los grandes y mandó lo repartiese entre todos los señores, no queriendo para sí cosa ninguna. Hecho esto se despacharon correos á México á dar nuevas de las vitorias que en aquellas prouincias auian tenido, conquistándolas todas, aunque con gran trauajo y pérdida de algunas gentes, de lo qual uvo en la ciudad grandes alegrías y regocijos; las quales nuevas se enviaron luego á Tezcuco y Tacuba, á Chalco, á Tierra caliente y á todas las demas prouincias, para que todos participasen del contento y se aparejasen para el recibimiento del Rey y señor y de todos los principales de sus prouincias, el qual fué tan solene qual á nenguno otro rey se auia hecho, pues se movieron todas las prouincias, con muchos géneros de regocijos y de presentes de grandes riqueças, á le festejar y dar el para bien de la vitoria; pues de tener aquellas prouincias sujetas y conquistadas se seguia mucho bien y provecho á la tierra. Llegado á México el rey *Auitzotl*, dió su llegada grandísimo contento y alegría, al qual se le hizo el recebimiento en la ciudad de mucho estremo y grandeça y turaron los regocijos por muchos dias, teniendo el rey consigo á los dos reyes; conviene á saber, al de Tezcuco y Tacuba y á todos los señores de Itzucan y de Chalco y de Tierra

1 A pagar tributo.

caliente y de las demas prouincias, festejándolos y haciéndoles todo el regalo posible, vistiéndolos cada dia de mantas muy ricas y dándoles joyas de mucho valor, dándoles opulentísimamente de comer y beber, con mucha abundancia, todo endereçado para mostrar su magnificencia y grandeça y para agradallos y tenellos propicios en su servicio quando los uviese menester.

CAPÍTULO XLVII. [1]

De cómo el rey *Auitzotl*, despues de venido de la guerra visitó todos los templos, y de las grandes ofrendas y sacrificios quen agradecimiento de la uitoria, offreció, y de las mercedes que hizo á sus uasallos.

Despues de auer descansado el rey *Auitzotl* del trauajo, así de la guerra y conquista tan larga, como del prolixo camino, determinó de acudir á dar gracias á sus dioses y agradecelles la mucha merced que de auelle dado vitoria le auian hecho, para lo qual hiço aparejar gran aparato de ofrendas y apercebir á todos los sacerdotes de los templos para que estuviesen avisados y apercebidos de su determinacion, y ansí fueron enviados mensajeros á Chalco y á Iztapalapan y á Mexicatzinco y á Vitzilopochco, porque á estos lugares determinó hacer su estacion y visita como á lugares mas devotos y sanctos; y así avisados, quiso empeçar por el templo de la ciudad de México, para lo qual todos los sacerdotes y guardas de los templos se apercibieron, vistiéndose al modo que solian y tenian de ordenacion quando los reyes voluian de las guerras; todos con sus camisas ó roquetes y sus calabacillas á las espaldas, que servian como de cordones de almatica, atados los cauellos de manera de trançado de muger, que colgaban á las espaldas, todos embijados de negro, y con sus encensarios en las manos llenos de lumbre, todos puestos en ala, por una parte y por otra, desde la puerta de las casas reales hasta el patio del templo, el qual estaua muy bien enramado y adereçado lo mas curiosamente que pudieron, á donde salió el rey con toda su guardia delante, de muy lucidos y

1 Véase la lámina 16ª, part. 1ª

bien adereçados soldados, todos caualleros y de noble sangre y todos con sus bastones en las manos, sin llevar otra arma, con sus insinias de caualleros en las cabeças, que eran dos y tres plumas verdes ó açules atadas en el cauello con unas cintas coloradas en medio de la caueça: algunos destos llevauan estas plumas enhiestas, y dellos caidas sobre las caueças, y tantas borlas á las espaldas quantas haçañas y valentías en guerra auian hecho, las quales borlas pendian de las ataduras del cabello con que iban presas las plumas: tras estos salieron todos los grandes señores de la corte, vestidos de preciosas y ricas vestiduras, todos con sus cintas de oro en las caueças, con las quales las traian ceñidas á manera de guirnaldas, todos con sus orejeras ó çarcillos de oro, y de ricas piedras y beçotes de lo mesmo y en las narices atrençados unos beriles blancos, agujereados, por los quales metian algunas plumas de la color que mas contento les daua, con las quales quedaua el beril de la color que era la pluma que por él metian, y así eran de diferentes colores, con grandes manojos de plumas en las cabeças que de las cintas de oro salian: otras plumas largas y anchas salian de unos braceletes de oro que á los molledos traian: en las gargantas de los piés llevauan sus joyas atadas y caxcauelitos de oro y á las gargantas de las manos y al cuello ricos joyeles con piedras engastadas en ellos.

El Rey salió detras de toda esta cauallería con sus mantas reales vestido, con una corona muy preciosa y rica en la caueça, con sus braceletes y calcetas de oro, con sus orejeras y beçotes y con sus nariceras, todo de oro y piedras preciosas, con grandes sartas de joyas y piedras ricas al cuello, que les seruian como de tuson. [1] Llevaua detras de sí muchos enanos y corcobados, los quales seruian de pajes á los reyes y grandes, y de enucos que mirauan por las mugeres y mancebas de los reyes y grandes. Estos enanos llevauan un rico vestido de mantas muy galanas y unos braceletes de oro y calcetas de lo mesmo y ricas plumas y joieles de mucho precio y muchos cueros de tigres y de leones, de los que auian traido de la conquista de Tequantepec y de las demas prouincias, con otras muchas cosas de los despojos que dellas truxeron; donde luego

1 Palabra antiouada; la misma que *Toison*.

quel rey salió, los sacerdotes questauan en la ordenança dicha, á una parte y á otra de la calle, echando encienso en sus encensarios, lo empezaron á encensar con la mesma cerimonia que á sus dioses, con la qual cerimonia llegó al templo, y en entrando que entró por el patio, empeçaron á tocar atambores y caracoles, flautas y otros ynstrumentos de bozinas que ellos usauan, todo lo qual cesó en llegando que llegó á la cumbre del templo, donde todos se humillaron ante él, haciendo la cerimonia á manera de querelle besar las manos. Él recibió á todos con rostro benino y alegre y los saludó con mucha cortesía y reuerencia, como á ministros de los dioses y les dió las gracias del seruicio que le auian hecho, y luego pidió un encensario, el qual le fué dado muy rico y de muy curiosa hechura, todo dorado, y echando encienso en él, encensó á los dioses que de palo y de piedra auia en aquel templo, y acauado de encensar le administraron las codornices que auia recogidas, y poniéndole delante mucha cantidad dellas, con su propia mano las descabeçó, y derramando la sangre al pié del altar, echaua el cuerpo al pié de los dioses, especialmente delante de la estatua de *Vitzilopochtli*, ante quien se ofrecian estas ostias pacíficas; donde despues de acauado este sacrificio, pidió le truxesen un ueso de tigre, el qual le fué dado luego muy agudo, y sangrándose las puntas de las orejas, por la parte de arriba, y los molledos y espinillas, puesto en coclillas, como ellos usan sentarse sin llegar las asentaderas al suelo, lo qual tenian en señal de reuerencia el no llegallas, y el llegallas al suelo por muy gran irreuerencia, el qual modo de sentar era como quien se hinca de rodillas; estando así sentado, llegó el dedo al suelo y cogiendo tierra en él lo metió en la boca, á la qual cerimonia llamauan comer tierra sancta. Acauadas, pues, todas estas cerimonias y sacrificios, puesto en pié y vuelto al pueblo, empeçó en alta voz la plática siguiente.

Omnipotente y poderoso Señor de lo criado; Señor por quien vivimos, cuios vasallos y esclavos somos; Señor del dia y de la noche, del ayre y del agua, con cuyo poder todos vivimos, yo te doy infinitas gracias por el beneficio que de tí he recibido en auerme traido y vuelto á esta tu ciudad de México con la vitoria que tu me as concedido, en la cual ciudad de Tenuchtitlan nuestros pa-

dres y aguelos, los chichimecas y aztecas, con el sudor de su rostro y trauajo de sus personas allaron la dichosa águila asentada en el tunal, lugar donde se sustentaua y descançaua, junto á los maniantales de agua açul y bermeja, llena de peces voladores y de culebras blancas y ranas blancas, misterio grandísimo, por sí solo obrado, para darnos á entender la grandeça de tu poder y de tu voluntad, para hacernos señores deste bien que agora posemos: hágote, Señor, infinitas gracias, que no miraste á mi poca edad y á mí que soy niño y muchacho, ni á mis pocas fuerças, ni á la flaqueça de mi pecho, pues sujetastes aquellas bárbaras naciones tan apartadas y remotas, debaxo de mi mando y señorío: tú lo ganaste, todo es tuio, para tí se ganó y para honra y alabança tuia, y así ¡oh poderoso y haçañoso *Vitzilopochtli!* que para este effeto y exercicio militar nos encaminaste á este lugar, el qual todo era agua y nuestros antepasados la cegaron y edificaron por tu mandado, en agradecimiento deste bien por tí recibido, te ofrezco parte de los despojos que con la fuerça de nuestro pecho y de nuestro braço ganamos con tu favor.

Acauada la plática se llegó á la estatua de *Vitzilopochtli*, y con mucha reverencia, quitándole los vestidos que tenia, le vistió el que los corcobados y enanos trayan, el QUAL era de los que de las prouincias ganadas auia traido, ofreciéndole de cada prouincia alguna presea para que participase de lo que de todas auia ganado; conviene á saber, muchos cueros de tigres y de leones, muchas joias y piedras ricas, y plumas hechas de diferentes modos y hechuras, lo qual puesto ante él se salió del templo y volvió á su casa con el mesmo órden y aparato que auia venido; lo qual hiço con todos los templos de los dioses que auia en la ciudad, visitando cada dia el suyo, los quales acauados determinó de salir á visitar los mas solenes templos de la redonda, como por via de romería; y así acompañado de muchas gentes, así de la ciudad como de los señores de las prouincias cercanas, partió para Chalco, donde auia un templo muy solene y de mucha auctoridad, en un lugar que llaman Tlapitzauayan, donde toda la prouincia de Chalco acudia á sus ordinarios sacrificios y ofrendas, el qual templo era muy reverenciado y suntuoso, en el qual se reverenciaba la estatua de *Vitzilo-*

pochtli y de *Tezcatlipuca*, los dos principales dioses de la tierra, aunque la principal vocacion era la de *Tezcatlipuca*. Llegado el rey á Chalco, fué recibido con mucho regocijo y con la honra y reverencia que siempre los recibian, que era en estremo grande, y por no gastar tiempo puso luego por obra el exercicio á que venia.

Con la mesma solenidad y órden que en México se auia hecho, acompañado de su guardia y de todos los señores, vestidos á la manera dicha, con el mesmo aparato de encensarios y de instrumentos, entró en este templo, y subiendo á la cumbre del, despues de auer encensado á los dioses, delante la estatua de *Tezcatlipuca* ofreció muchas codornices muertas por su mano, y pidiendo un ueso de águila se sacrificó las orejas y los molledos y las espinillas, y ofreciendo otro vestido al ydolo, conforme á los que aquel ydolo usaua, con otras cosas muy preciosas de los despojos que auia traido, hiço una larga, deuota y elegante plática y oracion; lo qual acauado volvió á las casas reales, donde despues de auelle dado muy bien y opulentísimamente de comer, le ofrecieron todos los señores de la prouincia de Chalco un muy rico presente de mantas y joias, y de todas las cosas que pudieron recojer y auer de sus tesoros y comunidades, y agradeciéndole el seruicio con obras y palabras y mouimientos y çalemas esteriores partió de Chalco y vino á *Itztapalapan*, donde hiço segunda estacion y los mesmos sacrificios y oraciones, con muchas ofrendas que á los ydolos ofreció. De allí vino á Mexitcatzinco, donde hiço lo mesmo, concluiendo con *Vitzilopochco*, donde con gran solenidad, tanta y mas que en México, hiço su sacriffìcio y ofrenda, de donde volvió á México con la compañía de señores y grandes que auia salido y de otras muchas gentes que le acompañauan.

Luego otro dia, despues de llegado á la ciudad, vinieron ante él los fatores y tesoreros de las ciudades, y de todas las prouincias, con los tributos que del año presente tenian recogidos, que era grandísimo tesoro, de mantas de diferentes modos y labores, gran suma de cargas y fardos dellas y de ceñidores, oro, joias, plumas, rodelas, armas, deuisas, pájaros de las costas de ricas y vistosas plumas, cacao, que no tenia número; en fin, el tributo era tan ecesiuo y tan rico y de tantos géneros de cosas y en tanto número, que era

espanto de ver y increible de escriuir, pues de cada prouincia y ciudad venian, de ochenta en ochenta dias, á traer el tercio de su tributo un millon de indios cargados, con quantos géneros de cosas y savandijas la tierra produce; y no será encarecimiento, pues se lee de *Monteçuma* el postrero (de quien luego trataremos), que hasta piojos y pulgas hacia tributar, [1] en lo qual mostraron estos reyes grandísima tiranía, diciendo que para eso ponian sus vidas en condicion y á riesgo de la vida sus personas, para tener con que sustentar sus reinos, y así entre estos tributos trayan ropas que solo seruian á señores, y otras para gente de todos estados, porque las mantas que trayan eran conforme á la dignidad de cada uno. Puestos estos tributos delante de su presencia y entregados á los que tenian cargo de guardallo, uno de los que tenian cargo de lo recoger, le hiço una larga plática diciendo:

Poderoso Señor: no sea causa nuestra venida de inquietar tu poderoso corazon y ánimo sosegado, y seamos causa de algun repentino sobresalto de que se te cause alguna enfermedad. Bien saues que somos tus vasallos, los quales en tu presencia somos tierra y uasura, y si algo valemos y algun caso de nuestras personas se hace, emana y procede de tu poder y voluntad, como de fuente y manantial excelente; y con este conocimiento somos venidos ante tu presencia á traerte los tributos que de toda la redondez de la tierra tus vasallos te son obligados á dar, los quales aunque los buscan y adquieren con su sudor y trauajo, con el bordon en la mano por las sierras y quebradas, por los valles y largos llanos, con el *me-*

1 Esta es una fábula destituida de toda verosimilitud, no obstante lo que, para acreditarla esponen dos historiadores estimables. *Herrera* [*Déc. II, Lib. VI, cap.* 18.—*Libro VIII, cap.* 5], la atribuye á *Alonso de Ojeda*, presentándola como una muestra de la severidad fiscal de *Motecuhzoma* y vasallaje de sus súbditos; mas no comprendiéndose cuál pudiera ser la utilidad y conveniencia de tal tributo, necesario es desecharlo. Algun viso de probabilidad tendria si, como asienta el propio *Herrera*, "no faltaba quien dije-"ra que eran *gusanillos*," y no *piojos*. Tal vez era la langosta recogida en los campos que se cultivaban para el rey, y á la cual aun se da el nombre de *piojo*, por la tal cual seméjanza que con éste tiene. *Torquemada* [*Monarquia Indiana, Lib. II, cap.* 74] esplica el caso como un testimonio relevante del celo con que el monarca perseguia la ociosidad, pues manteniendo ocupadas á todas las clases, segun su aptitud y estado,—"á los "que por muy pobres ó enfermos, no se podian ocupar en nada, hacia que se ocupasen "en coger piojos y que esto tributasen, porque no les faltase en que entender."—No hay duda que podia asignarles otra ocupacion mas útil y provechosa para el Estado y para sí mismos.

capal en la cabeça y con la *coa* en la mano, buscando y grangeando el tributo que te son obligados á dar y el sustento de sus mugeres y hijos, comiendo y bebiendo mal y durmiendo por los montes con las cargas de sus grangerías junto á la cabeça, por solo seruirte lo dan por muy bien empleado, y se tienen por muy dichosos, de que tú te tengas por bien seruido. El Rey le agradeció á él y á los demas la plática y les respondió amigablemente, y recibió sus tributos con mucho contento.

Despedidos los fatores y tesoreros y mayordomos de las ciudades y villas y lugares, mandándoles dar todo lo necesario muy cumplidamente mandó llamar á todos los grandes de su corte, los quales venidos á su presencia, les dixo: no es justo que lo que con derramamiento de vuestra sangre y trauajo de vuestras personas y con la fuerça de vuestro braço y coraçon y sudor de vuestro rostro auis ganado, que solo yo goce dello; y así llevólos á todos al lugar que ellos llamauan *petaca*, que quiere decir como tesorería, donde estaua recogido el tesoro y todos los tributos, y repartióles á todos de aquellas ricas mantas y ceñidores, joyas y piedras ricas, armas y rodelas muy galanas hechas de ricas plumas de diferentes colores. Despues que uvo hecho mercedes á los grandes, mandó llamar á todos los hijos de señores y caualleros de su corte y á todos los capitanes y caudillos de sus exércitos y soldados viejos y á todos los que se auian señalado en la conquista de aquellas quatro prouincias, á todos los quales mandó repartir de aquellas riqueças, conforme á la calidad de sus personas y merecimientos como en Tequantepec se lo auia prometido, quando les vedó el saco y destruycion que iban haciendo, quedando todos muy contentos y pagados, agradeciendo á su rey y señor la merced que les hacia, quedando muy aficionados á le seruir, viendo quán bien les gratificaua sus trauajos, como señor generoso y magnánimo.

CAPITULO XLVIII.

De la muerte de *Tlacaelel* y de cómo el Rey *Auitzotl* pidió al Señor de Cuiuacan el agua de Acuecuexco y de la escusa que le dió, por la qual le mandó matar.

Luego que el rey *Auitzotl* voluió desta conquista referida, que por no ser prolixo no quise poner lo que en cada prouincia aconteció, pues el fin de todas fué quedar sujetas y tributarias á la corona real de México; acabadas las estaciones y sacrificios que en agradecimiento del beneficio hizo, auiéndole concedido la vitoria de gente tan fiera y valiente, estando ya con quietud y sosiego, desde á pocos dias adoleció el valeroso *Tlacaelel*, de quien la historia atras a hecho larga mencion, y así por la fuerça de la enfermedad como por ser ya muy viejo y faltalle la virtud, de la qual enfermedad vino á morir, dejando encomendados á sus hijos al rey *Auitzotl* su sobrino, que pues eran sus primos hermanos y todos auian salido tan valientes y valerosos en las cosas de la guerra, donde auian señalado el valor de sus personas en muchas azañas y valentías, por lo qual estauan señalados con las insignias y señales que sus leyes mandauan, el Rey le prometió tener con ellos la mayor quenta que pudiese, y para que viese el deseo que tenia de lo cumplir, antes que espirase, llamando al hijo mayor, con parecer de todos los grandes, lo puso en la mesma dinidad que el padre auia tenido, que era ser segundo despues del Rey en la corte, y mandó fuese honrado con la mesma veneracion que su padre auia sido, jurándoles todos por príncipe de México, al qual le fué puesto el nombre de *Ciuacoatl*, que el padre tenia; el qual era ditado de mucha grandeça eredado de los dioses; y así desde aquel dia le llamauan *Tlilpotonqui Ciualcoatl*, que era sobre nombre diuino, con lo qual el viejo murió muy contento y satisfecho; el qual despues de muerto, su cuerpo fué quemado y sus ceniças enterradas junto á los sepulcros de los Re-

yes, haciéndole las osequias conforme á persona tal se deuian, de la mesma manera que á los reyes se hacian y sus grandeças pedian, porque fueron tantas y tan dinas de memoria como atras queda dicho, y otras muchas mas que la historia calla, especialmente una que otros autores refieren, que es que despues de muerto lo embalsamaron los mexicanos, y poniéndolo en unas andas con su espada y rodela atada á las manos, con solo su apellido y nombre vencieron los mexicanos una batalla contra los de Tliliuhquitepec.[1]

Enterrado con la honra dicha el valeroso *Tlacaelel*, viendo el rey *Auitzotl* que toda la hermosura de México y su fertilidad consistia en tener la ciudad abundancia de agua, á causa de que los mexicanos auian hecho algunos camellones, cada uno en sus pertenencias y guertos para goçar de algunas frescuras, en los quales por su recreacion sembrauan maiz, chía, calabaças y chile, bledos, tomates, rosas de todos los géneros que podian, las quales hermoseauan las pertenencias y la ciudad con su frescura, lo qual con la falta de agua, se secauan y marchitauan. Para conservacion desta frescura quiso el Rey traer el agua de Acuecuexco, que es la que el Exc. Virey don Martin Enriquez quiso traer á México, la qual obra, por defeto del ruin oficial, despues de auer gastado mucho dinero se quedó imperfeta, y sin prouecho. Esta fuente fué antiguamente

1 El P. José Acosta menciona en su *Historia natural y moral de las Indias* todos los sucesos principales que en ésta se refieren á *Tlacaelel*, así como el sacrificio generoso del hermano de *Motecuhzoma I*, que hemos visto en la pág. 146. *Torquemada* impugna una y otra tradicion como desnudas de fundamento; no obstante, transigiendo con la segunda, dejándola como punto controvertible, dice respecto de la primera:—"pero lo "que no concedo, ni tengo por verdad, ni hallo color con que darle entrada, es todo lo "que dice (Acosta) de un capitan general á quien llama *Tlacaelel;* porque hombre tan "de cuenta como él lo pinta y tan gran guerrero y menospreciador del señorío y pro-"piedad del imperio mexicano........ y tan sabio en consejos habia de ser muy cono-"cido y celebradó de todos los escritores de aquellos tiempos, del cual ni de cosa que "huela á el tal, no he oído ni sabido, ni ha habído que tal haya nombrado: perdóneme "el P. Acosta, que este capitan yo le tengo por fingido ó imaginario, y no tiene él la "culpa, sino la mala y falsa relacion que de esto tuvo, que yo la tengo en mi poder es-"crita de mano, *con el mismo lenguage y estilo que él la imprimió*, etc."—Esta reminiscencia y la colacion que he hecho de muchas páginas de la historia de Acosta con el *Anónimo* que forma la tela de la del *P. Durán*, no se puede dudar que es el mismo á que se refiere *Torquemada*. Solamente en *Tezozomoc* he encontrado aquella tradicion; mas parece que éste, Durán y el Anónimo, bebieron en una misma fuente. Torquemada (Monarquía, etc., Lib. II, cap. 54) conjetura que *Tlacaelel* era el famoso guerrero que antes habia ocupado el trono de México con el nombre de *Itzcohuatl;* pero tampoco parece mejor fundado.—El dá fin á sus noticias con el reinado de *Motecuhzoma I.*

muy famosa, con otra que está junto á ella, que le llaman *Tlilatl*, no mènos grande y de mucha y muy buena agua, á lo qual mouido el Rey, porque en tiempo de seca se secauan y menguauan las acequias, (que apenas por ellas podian andar las canoas) y quedaua la ciudad tan seca y sin frescura que con el agua se causaua, que daua pesadumbre á los que se preciauan de republicanos, muy mas en particular al Rey que se preciaua dello; y así tomando consejo con los grandes y con los que regian y gobernauan las cosas de la república, pareciéndoles á todos que las causas que el rey daua y eran suficientes y de provecho para la ciudad, tuviéronlo por cosa acertada, y con el parecer de todos el Rey envió dos principales de la corte para que de su parte dixesen al señor de Cuiuacan dexase traer aquel agua, queriendo usar deste comedimiento, pues de hecho pudiera mandar se truxera; pero no queriendo sino hacerlo á contento de sus vasallos, envió estos mensajeros al señor de Cuiuacan y á todo el regimiento para que con su voluntad se truxese.

Los principales fueron y propusieron su demanda á *Tzutzumatzin*, que así se llamaua, el qual oydo lo quel Rey pedia, haciendo las cerimonias de obediencia, que como acá usamos poner sobre la cabeça y besallas con la boca,[1] así ellos tenian sus humillaciones y palabras en que mostrauan obedecer los mandatos de sus señores; y así *Tçutzumatzin*, despues de auer propuesto la embaxada á todos los señores de su ciudad, respondió á los mensajeros, que él estaua presto y aparejado á le dar el agua, porque él y toda su república eran sus vasallos y obligados á le obedecer, y que aquel agua antes les era partido dársela; pero que primero que la llevase le queria advertir que aquellas fuentes de quando en quando reuasauan y salian de madre, y que esto hacia sin tener presa ni violencia ninguna y que se derramaua y hacia mucho daño en la ciudad, y así temia que haciéndole fuerça y violencia subiria demasiado y que anegaria la ciudad de México y que forçaria á los vecinos á desamparar la ciudad y que despues se quexaria del por no auelle auisado, porque el agua de las dos fuentes era mucha, y que llena la laguna no tendria por dónde desaguar y que forçosamente auia

1 Este era el ceremonial establecido bajo el gobierno español, al recibo de las Cédulas y Reales Provisiones, para manifestar que eran obedecidas.

de anegar á México; que se contentase con el agua que tenia de Chapultepec, que no tratase de llevar el agua de Cuiuacan. Oydo por el Rey *Auitzotl* esta respuesta, encendido en yra y enojo, no considerando que era aviso saludable, enojado de la respuesta, con palabras de menosprecio y arrogancia, empeçó á denostar al señor de Cuiuacan, llamándole débil, apocado y hombre de baxa suerte, maldiciéndose á sí mesmo por auer usado de tanto comedimiento con *Tzutzumatzin*, pues era su vasallo; y jurando de le destruir y raer su generacion de la haz de la tierra, y traer el agua á pesar de los de Cuiuacan, y si se lo defendiesen, de los meter á todos á cuchillo y destruir la ciudad, teniéndose por menospreciado y denostado de todos. Los grandes señores, viendo al rey tan ayrado y enojado, procuraron aplacalle con palabras blandas y escusas que del buen zelo de *Tzutzumatzin* se colegian y de sus raçones, lo qual no era negar el agua, sino advertir de algun mal suceso que podia suceder; con lo qual aplacado el Rey en alguna manera, mandó á dos principales justicias de la corte que luego sin mas dilacion fuesen y le cortasen la caueça, ó que le ahogasen con una soga al cuello dentro de su aposento, porque se auia atrevido á respondelle, y por otro no fuese osado á responder ni dalle consejo quando no se lo pedian.

Viendo los grandes que aquella sentencia era imposible tener apelacion y irrevocable, y que aquel era hijo del rey de Azcaputzalco; á quien se le deuia todo honor y veneracion, enviáronle avisar mirase por sí porque le yban á matar; que se pusiese en cobro. Él confiando en unas hechizerías y artes magias que sabia, que como la ystoria cuenta era bruxo, ó sabia algunos encantamentos, en lo qual era muy abil, estúvose quedo y dándole nuevas cómo la justicia de México era venida y que le querian hablar, conociendo que aquellos eran los que le venian á matar, mandó á sus porteros que los dexasen entrar; los quales en llegando que llegáron al reitraimiento donde estaua, allaron una grande y disforme águila reuoleando encima de un sentadero ó silla real que los señores usauan. Los mexicanos, quando vieron el águila tan feroz y espantosa, cobrando temor y espanto, los quales saliendo del aposento preguntaron á los porteros la causa de auellos engañado: los porteros, no

sauiendo lo que era, dixeron ellos no saber de tal águila, sino que su señor estaua allí en aquel aposento y que allí lo auian acauado de dexar; y voluiendo á entrar todos allaron á la puerta del aposento un feroz y espantoso tigre, que con manos y boca amenazaua con grandes visages querer arremeter, los quales, como lo vieron, salieron huiendo á gran priesa, y teniéndose por afrentados de las burlás que se les auian hecho, voluieron á México y dieron quenta al Rey *Auitzotl* de lo que les auia acontecido.

El Rey, espantado de cosa tan inaudita y teniéndose así mesmo por menospreciado, mandó voluiesen otro dia al mesmo effeto, con doblada gente, para que sin temor de nengun animal acometiesen á le matar; los quales llegados, y siendo avisado *Tzutzumatzin*, señor de Cuiuacan, mandó los dexasen entrar, como el dia pasado lo auia hecho, y en entrando que entraron en el aposento, vieron en medio del una grande y gruesa víbora enroscada y la caueça encima del lomo, la qual como los vido se empeçó á desenroscar y á acometelles, los quales como la vieron, aunque temerosos, amagaron para la herir como les era mandado: en un momento se levantó en el aposento un fuego tan grande que parecia arderse, y eran tantas y tan continuas las llamas que salian, que forçó á todos los presentes á salir huiendo, como el dia antes auian salido; los quales voluieron á México y contaron al Rey la imposibilidad que auia en matalle, por sus artes mágicas. El rey, enojado y porfiando en su determinacion, envió á decir al cabildo de los señores de Cuiuacan que le entregasen á *Tzutzumatzin*, su señor, luego; donde no, que les haria guerra y los destruyria como reueldes á sus mandamientos; lo qual visto por *Tzutzumatzin* y que era imposible poder escapar, y que por él no destruiese el Rey *Auitzotl* á Cuiuacan y padeciesen tantos ynocentes, mandó llamar á los mexicanos, y díxoles: veisme aquí: yo me pongo en vuestras manos; pero decilde á vuestro señor *Auitzotl* que yo le profetizo quenantes de muchos dias México será anegado y destruydo, y que á él le pese de no auer tomado mi consejo: los mexicanos le echaron una cuerda al cuello y lo ahogaron y lo echaron en el pedregal, donde agora dicen que mana una fuente desde aquel dia.

Lo dicho trata esta historia de que yo voy sacando; pero otra

relacion dize (y esta es de los de Azcaputzalco) que en aquel tiempo que yban y venian á buscalle los mexicanos, para matalle, murió su padre en Azcaputzalco, y que le elixieron por señor y que le truxeron y que reynó en lugar de su padre y gouernó á Azcaputzalco siete años; pero la historia mexicana, y la relacion de Cuyuacan, dizen lo contrario, que es que realmente lo mataron, y es mas verdadero por lo que adelante diremos.

Muerto el señor de Cuiuacan, el Rey *Auitzotl* envió á Tezcuco y á Tacuba, á Xochimilco y á Chalco, y finalmente á todas las ciudades de las prouincias, así de tierra caliente como de tierra fria, á decir á los señores dellas, que él queria traer el agua de Cuiuacan á México; que luego le acudiesen con gente y con piedra, cal y estacas para hacer presa y caño por donde viniese encañada á México, lo qual oydo en las prouincias luego fué puesto por obra; y acudiendo á esta obra inumerable gente, hizièron á estas fuentes una presa fortísima de argamasa, que violentando el agua la hicieron subir con mucha fuerça, porque mandaron venir los mejores maestros, que en todas las prouincias se hallaron, y así acudieron grandes maestros y buzos que baxauan á los manantiales del agua para limpiallos y alegrallos y á cerrar todos los desaguaderos y venas por donde desaguauan: juntamente acudieron todos los de Tezcuco y de toda su prouincia, mucha gente con piedra pesada y liviana; tambien la gente tepaneca vino con toda su prouincia con piedra pesada; acudió todo Chalco con madera de morillos y estacas para el cimiento y con arena, quera tierra de *teçontle:* acudió la nacion xuchimilca con instrumentos para sacar céspedes, y con muchas canoas de tierra para cegar el agua: acudió á esta obra toda la prouincia de tierra caliente con inumerables cargas de cal, juntamente acudió toda la nacion otomí, que es la prouincia de Xilotepec, con toda la Cuauhtlalpan, que ellos llaman. Fué tanta la gente y materiales que acudieron á esta insine obra, que con ser trecho de dos leguas largas, no fué oyda ni vista segun la breuedad con que se acabó, pues cada prouincia, en su tarea y pedaço que le cupo, andauan á porfia, unos contra otros á quien mas ayna acabase, y ansí cada uno acabó con tanta breuedad y diligencia su tarea, que en menos de ocho dias no auia qué hazer; porque segun de la ys-

toria se colige, desde la fuente de *Acuexco* hasta la entrada de México estauan todas las prouincias y pueblos repartidos á trechos en sus tareas, cada uno en las braças que le cabian, trauaxando con mucha vozería y contento, á porfia como e dicho, y así no le parescerá encarecimiento al que considerare que andaua en esta obra, gente como hormigas en hormiguero, que no tienen número.

Acauada la insine obra y seco el edificio, mandó el Rey *Auitzotl* se soltase el agua y se cerrasen todos los desaguaderos, y que para la venida del agua se aparejasen los niños necesarios para sacrificar en cada alcantarilla, y se vistiesen y aderęçasen los sacerdotes para las ofrendas y sacrificios, y para las cerimonias que á la diosa del agua se auian de hazer, lo qual fué con mucha diligencia aparejado y puesto á punto, de lo qual fué avisado el Rey *Auitzotl*, el qual con el gran deseo que tenia de ver aquella obra acauada y el agua en México, creyendo con aquello enoblecia su ciudad y la engrandecia, hizo gracias á los dioses y mandó que uno de los grandes de su corte se vistiese, á la forma y manera que representase á la diosa del agua, el qual desde que el agua se soltase por el caño donde auia de venir encañada, viniese delante della, en cuya presencia se hiziesen las cerimonias y sacrificios.

CAPÍTULO XLIX. [1]

De cómo el agua entró en México y del gran recebimiento que se le hizo, y de cómo se anegó México y huió la gente de la ciudad.

Mucho pesó á los de Cuiuacan de la muerte de su señor porque era dellos muy querido y amado, por ser republicano [2] como era y tan amoroso y afable y de mucho valor; pero viendo que no les convenia otra cosa sino callar, disimularon todo lo que pudieron y esperaron á que la agua vengaria su muerte, como su señor auia prophetizado. No menos sintieron esta muerte los de Tezcuco y Tacuba, especialmente el rey de Tacuba porque era su deudo muy

1 Véase la lámina 17ª, part 1ª

2 Es decir, "buen ciudadano."

cercano, los quales la murmuraron y gruñeron entre sí, diziendo auia sido injusta y sin ninguna raçon y sin fundamento; y de tal manera se trató, que casi se levantó cisma ó rebelion sobrello; pero considerando que á lo hecho ya no auia remedio y que lo mejor era callar, así se disimuló y calló, que nadie fue osado de hablar al Rey *Auitzotl* sobrello, aguardando tiempo y cuiuntura, especialmente porque los hijos y parientes del muerto no quedasen dados por traydores inobedientes á la corona Real, sino que fuesen premiados segun el valor y méritos de su padre, como despues lo fueron, conocida la sin raçon; pues su escusa no fué desobediencia, sino dar aviso voluiendo por el bien comun, temiendo lo que sucedió; pero no conociendo su buen zelo, le costó la vida, y á México mucho menoscabo de gente y trauajo de tornallo á edificar, como adelante diremos en el proceso deste capítulo.

Descuydado el Rey de todo mal suceso, llegado el dia determinado, mandó se soltase el agua, la qual como empeçó á correr hácia la ciudad de México, salióle al encuentro un principal vestido á la semejança de la diosa de las aguas y de las fuentes, con una camisa açul y sobrella un superumeral á manera de Sambenito, todo sembrado de piedras verdes y açules de mucho valor: traya una corona en la caueça á manera de tiara, toda hecha de plumas blancas de garça, la cara embijada con ule derretido y la frente toda de color açul y en las orejas dos piedras verdes y en el labio baxo otras y en las muñecas de las manos muchas sartas destas piedras açules y verdes, en las manos llevaua unas sonajas hechas á manera de tortugas, juntamente llevaua una bolsa de harina de maiz azul, las piernas llevaua azules y unos çapatos azules, todo denotando la color del agua. Con este principal salieron todos los ministros de los templos, todos embijados los rostros de negro, y unas guirnaldas de papel en las caueças, con unas estrellas grandes en las frentes que servian de lazadas á aquellos apretadores, todos desnudos en cueros, con unos bragueros de papel con que cubrian sus partes uerendas: trayan en las manos unas flautas y otros unos caracoles grandes y otros bocinas con que yban tañendo delante del que representaba á la diosa dicha.

Venian otros ministros con muchas jaulas de codornices y otros

con muchas manos de papel, otros con ule derretido, otros con copal, los quales, como llegaron al punto que el agua empeçó hazer su curso y á correr por el caño, uno de los sacerdotes empeçó á matar de aquellas codornices y á derramar la sangre á la lengua del agua, la qual como la sangre era mucha y el agua la traya por delante, venia toda ensangrentada: juntamente el que traya el copal derretido y el ule derretido, venian derramando en el agua muchas gotas de él y otras en el encalado del caño por donde auia de pasar, y por el consiguiente echaban encima del agua muchas tajadas de aquel copal y pedaços de ule, y en los encensarios con los quales venian encensando el agua, todo lo qual se hacia al son de aquellas flautillas y caracoles, que con gran ruydo venian delante tañendo; y de cada en quando el que venia en semejança de la diosa tomaba del agua còn la mano y bebia della, y derramaba della á un lado y á otro de fuera del caño, y habláuale con mucha reverencia, diziendo: preciosa señora: vengais muy en norabuena por vuestro camino; mirá que éste es el que auis de seguir de oy mas, y así, yo que vengo representando vuestra semejança os vengo á recebir y á saludar y á dar el parabien de vuestra venida: mirá, señora, queste dia auis de llegar á vuestra ciudad de México Tenuchtitlan; y diciendo esto sacaua de aquella harina açul que en la bolsa llevaua de maiz, y echáuasela encima, y en derramando que derramaba la harina, tomaba las sonajas y tañendo con ellas, metido dentro en el caño, daba grandes saltos y vueltas delante del agua, y despues que cesaua veníase al paso del agua, y al remanso quella traia.

Venian por el camino todos los cantores del dios *Tlaloc,* que era el dios de las pluvias y rayos, y los de la diosa del agua, todos tañendo, baylando y cantando cantares apropiados en loor del agua: al mesmo punto llegaron muchos viejos con lebrillos en las manos llenos de peces vivos y de culebras de agua, y otros con ranas y sanguisuelas; en fin, trayan en aquellos lebrillos de quantos géneros de sauandijas el agua produce, y ofreciéndoselas al agua, echáronselas dentro en el mesmo caño, diciéndole que aquello era lo que yba á criar á México y que para aquel effeto la llevauan.

En llegando que llegó á la primera alcantarilla principal, que estaua en un lugar que llaman *Acachinanco*, tenian junto á ella quatro niños de á seis años, todos embijados de negro, y la frente azul, con sus apretadores de papel en las cabezas, con sus estrellas en las frentes á la manera que de los sacerdotes diximos, desnudos en cueros con sus bragueros de papel, con muchas sartas de piedrezuelas azules á los cuellos; al primero de los quales, luego como llegó el agua, encima del mesmo caño le tendieron y abriéndole por el pecho, y sacándole el coraçon se lo ofrecieron al agua, escurriendo la sangre dentro en el caño: luego adelante sacrificaron otro en el lugar que agora es *San Antonio*, á la punta de una gran canal que allí pusieron, de la qual caya el agua en la acequia, de la qual cojian agua todos los de aquel barrio de *Sant Antonio* y *Sant Pablo*, en sus canoas. El agua pasó adelante con la mesma solenidad y mucha mas, porque de la ciudad auian salido al receuimiento gran número de gente con muchos géneros de danças, bayles y cantos, con diferentes vestidos y personages, y esta agua fué á caer en otro repartimiento y alcantarilla á un lugar quellos llaman *Vitzilan*, de la qual agua se aprovechaba otro principal barrio, donde sacrificaron otro niño: de allí fué el agua á otra alcantarilla que llaman *Pahuacan*, donde sacrificaron el quarto niño: dallí entraua el agua en la laguna, al qual lugar como llegase, el rey *Auitzotl*, que ya con todos sus grandes y principales caualleros, así de la corte como forasteros, estaua aparejado, dixo: señores: ya el agua a llegado á sus repartimientos de la ciudad: vamos á saludalla y á dalle para bien de su venida; el qual salió de palacio con todas sus insinias y vestiduras reales y con la corona en la caueça, á la manera que en las grandes solenidades se solia adornar: lo mesmo llevauan todos los grandes sus adereços de corte y festiuales, todos muy bien adereçados y galanos, con muchas joias y piedras á los cuellos.

Llegado que fué el rey á donde el agua con gran ruido caya, el Rey y los demas que con él yban se humillaron ante ella, haciendo la cerimonia de comer tierra con el dedo, que á todos los dioses se hazia quando llegauan en su presencia: luego que comieron tierra, administrando muchas rosas al rey las ofreció al agua, poniéndolas al rededor de la canal y por el suelo: luego le ofreció munchos hu-

maços encendidos, de los quellos chupan en los banquetes y fiestas: luego le administraron munchas codornices, las quales con propia mano descaueçó y ofreció al agua, y tomando un ensensario en la mano echo en él cantidad de ençienço y empeçó á encençar el agua á la boca de la canal, lo qual acabado con el sacrificio y ofrenda, puesto en pié y la mano derecha alta, dixo en voz alta:

O diosa poderosa del agua: seas muy bien venida á tu ciudad, cuio protector y abogado es el dios *Vitzilopochtli*, prodigioso y admirable en sus azañas y hechos: mirá, señora y diosa poderosa, que vienes á ser favorable á los mexicanos tus siervos y á suplir sus miserias y necesidádes en esta vida temporal que viuimos, lo uno para que beban de tí, pues sin tí nenguno podrá vivir, y lo otro para que en tí hallen el remedio de sus grangerias y sustento ordinario, con el género de sauandijas que tú con tu supremo poder criais, lo qual te es ya muy anexo y ordinario, y tambien para que esos mesmos peces y animales que tú criares guarden el lugar del agua: por tanto empieça desde hoy á hazer tu ofizio.

Acauada esta plática echó en el lugar donde el agua hazia el golpe que de la canal caya en el acequia, munchas joias de oro, en figuras de peces y ranas, y muncha cantidad de piedras labradas á la mesma hechura, y todos los prencipales, juntamente con él, echaron de aquellas joias y piedras, cada uno conforme á su estado y posibilidad.

A cabo de pocos dias el agua, con las fuertes y rezias presas que á aquellas fuentes se les hicieron, empeçó á crecer en tanta abundancia que á cabo de quarenta dias que entraua en la ciudad, el agua de la laguna empeçó á crecer y á voluer y á entrar por las acequias de México y á anegar algunos de los camellones sembrados. *Auitzotl*, viendo el daño que el agua empeçaua hacer, acordándose de lo quel señor de Cuyuacan auia dicho quando se entregó á los mexicanos, y viendo el daño que el agua empeçaua á hacer, tomando parecer con los de su consejo, mandó se hiciese una grande albarrada para que la agua que entrase á la laguna no pudiese tornar á reuosar házia México; y así, convocadas las ciudades y pueblos cercanos, se hizo la albarrada un quartó de legua mas acá del Peñol, por todos los arrauales de México; pero la albarrada fué

de nengun effeto, porque mientras mas reparos se le hacian mas daño hazia, de suerte que ya entraua el agua por munchas de las pertenencias de los vecinos, los quales desamparauan las casas y se salian temerosos de la ciudad, y vino á tanto, que los prencipales y mandones de la ciudad y barrios, tuvieron necesidad de acudir al rey pidiéndole remedio, y atajase el daño y mal que se seguia de la muncha agua que en la ciudad entraua, la qual auia anegado todos los camellones de las pertenencias, y que se auian perdido todos los mayzales, con la espiga[1] en leche, con todos los chilares y tomatales y bledos y rosas y todas las frescuras que tenian, de lo qual todos los de la ciudad hacian gran sentimiento, de ver sus frescuras y legumbres anegadas y secas, de lo qual afligidos desamparauan la ciudad y sus casas y se iban á vivir á los pueblos cercanos y se avecindauan en ellos, por lo qual le suplicaban pusiese remedio.

El rey viendo la afliction de la ciudad y el yerro que auia cometido en auer traido tanta agua á la ciudad, mandó llamar al rey de Tezcuco y al de Tacuba, para que diesen parecer en aquel negocio de lo que se deuia de hacer; los quales venidos y viendo la ciudad, que ya no se podia andar sino en canoas, fueron espantados y pronouiéndoles[2] el Rey el peligro en questaban, él y toda la gente de la ciudad, y los daños grandes que auia hecho, el Rey de Tezcuco, viendo la ocasion en la mano para hablar libremente y decir su parecer al Rey *Auitzotl*, sobre la desgraciada muerte de *Tzutzumatzin*, habló desta manera:

Poderoso rey: tarde as acordado á pedir parecer: mas temprano te lo daba el señor de Cuiuacan *Tzutzumatzin:* tarde te vino el temor y el sobre salto, que de la perdicion tuia y desta insigne ciudad de México agora tienes, auiendolo de auer prevenido y considerado antes: bien ves que la contienda no es contra tus enemigos que te tengan cercado, porque á estos con tu valeroso ánimo los desvaratarás y echarás de tí y de tu ciudad; pero contra un elemento tan brauo como es el agua, ¿qué remedio ni resistencia se le puede hacer?: bien te lo aconsejó el gran príncipe de Cuiuacan *Tzutzuma-*

1 con el grano
2 Así en la copia: tal vez "proponiéndoles."

tzin, y no solo no admitiste su parecer y consejo, el qual como fiel vasallo te daba, pero por ello le quitaste la vida. Y diciendo esto empeçó á llorar, y á mostrar gran sentimiento y á decir: ¿qué hiço *Tzutzumatzin?* ¿EN qué pecó? ¿en qué ofendió? ¿por qué tan sin piedad le quitaste la vida? ¿por ventura fué traydor ni aleue á tu corona Real? ¿fué por ventura fornicario ni ladron? Conoze, poderoso señor, auer ofendido y pecado contra los dioses, cuia semejança representaba aquel gran señor, á cuyo cargo ellos auian dado el gobierno de aquella república, y á esta causa permite el Señor de lo criado que se destruya y despueble esta ciudad. ¿Qué parecerá delante de los ojos de nuestros enemigos, de que estamos cercados, quando despoblado México seas forçado á huir tú y tus grandes, dándoles de tí y dellos eterna venganza? ¿qué dirán, sino que lo que tus antepasados edificaron con tanto sudor y trauajo, tú lo as destruydo en quarenta dias? De parecer soy que luego se desagan las presas de las fuentes, y que el agua haga su antiguo curso, y que se le haga á la diosa de las aguas un solene sacrificio, para que aplaque su ira que contra tí tiene, con muchas joias y plumas, y con muchas codornices y copal y ule y papel, y que se cieguen los manantiales y juntamente se traygan algunos niños para sacrificar: quiça con esto la aplacaremos y detendrá sus manantiales, para que no echen tanta agua como echan.

Con esta plática movido el Rey *Auitzotl* y todos los demas á lágrimas y sentimiento, envió luego sus mensajeros á todas las prouincias de la redonda y á todos los lugares, para que acudiesen con las ofrendas y cosas necesarias al sacrificio, de joias, plumas, codornices y copal, para aplacar á la gran diosa de las aguas, que se llamaua *Chalchiuhtlicue*. Ido este mandato por todas las partes á las ciudades y villas, acudieron con diligencia y presteza, con muchas ofrendas y sacrificios y juntamente algunos buzos exercitados á entrar en el agua, los quales venidos, los tres reyes con toda la gente de señores y caualleros de la redonda, todos vestidos con sus vestiduras Reales y coronas en sus caueças, se fueron á Cuyuacan, y puestos al rededor de las fuentes, haciendo grandes humillaciones y cerimonias y sacrificando algunos niños y codornices y muncho copal, ule y papel y otras cosas preciosas, entraron los buzos á

lo hondo de la agua, lleuando á cuestas munchas joias y plumas y munchas piedras preciosas, los quales entraron á los manantiales, y allí ofrecieron toda aquella riqueça, enterrándolo en los mesmos manantiales: tambien les administrauan otras muchas piedras grandes hechas ydolos, especialmente una hecha á la figura de la diosa de las aguas, con las quales cegaron en alguna manera los ojos de agua, donde despues de menguada mandó el Rey deshaçer las presas para que el agua siguiese su curso antiguo, y así fué luego hecho.

Los sacerdotes, que hasta aquella hora auian estado con sus encensarios y tañendo sus flautillas y caracoles, cesaron, y tomando todos sus nauajuelas empeçaron á sacrificarse y á sacarse sangre de las orejas y de los molledos y espinillas, todo para aplacar á la diosa del agua: pareciéndoles que ya estaria aplacada, y haciéndolo en creyente así al pueblo, sacrificaron otros dos niños, lo qual hecho, el Rey *Auitzotl* se fué á aposentar con los demas Reyes y Señores á la ciudad de Cuyuacan, donde pidiendo perdon de la muerte de su señor, elixió y señaló por legítimo eredero del señorío á un hijo de *Tzutzumatzin*, lo qual hecho, mandó que de la prouincia de Chalco y Tezcuco y de Tacuba y Xuchimilco y de toda la tierra caliente, acudiesen luego á México con tributo de canoas y balsas de madera, las mayores que se pudiesen labrar, á causa de que ya la ciudad no se podia andar á pié enjuto, porque estaban los patios de las casas y templos con dos palmos largos de agua cubiertos: las casas Reales y de Señores ya no se podian habitar: muchas casas de la gente plebeia estauan ya delante del agua.

Y así, con toda presteça se truxeron mucho número de canoas y balsas, y repartiéndolas entre los señores y todo el comun, echauan en ellas su hato: y todo lo que tenian allí se estauan de noche y de dia, porque las casas estauan inauitables, para cuio reparo mandó el rey que de toda la redondez de la tierra y de las prouincias sujetas á México, acudiesen á él á le redificar, lo qual fué luego puesto por obra, á donde acudieron todas las prouincias y naciones con estacas, céspedes, tierra, piedra, con lo qual cegaron toda el agua en los lugares que auia entrado, quedando debaxo del agua muchos de los edificios antiguos y tornaron á redificar á México, de me-

jores y mas curiosos y galanos edificios, porque los que tenia eran muy antiguos y edificados por los mesmos mexicanos, en tiempo de su pobreça y poco valor, y así auia cosas muy viles y sueces; empero desta vez edificaron los Señores, y los que no lo eran, á su voluntad, á causa de que edificauan por mano agena, dando á cada principal un pueblo y dos de repartimiento para edificar su casa, y así pintauan como querian, conforme á la premática, cada uno en su estado, y así quedó de aquella vez México muy illustrado y muy curioso y vistoso, con casas grandes y curiosas, llenas de grandes recreaciones de jardines y patios muy galanos, las acequias muy estancadas y cercadas de arboledas de sauzes y álamos blancos y negros, con munchos reparos y defensas para el agua, que aunque fuesen muy llenas no hiciesen nengun perjuicio; todo lo qual el rey *Auitzotl* lo mandó pagar y satisfacer á todos los oficiales y comunidades, dándoles mantas, ceñidores, cacao, chile, frisol, esclavos, todo sacado de sus tesoros, con lo qual todos quedaron muy satisfechos y la ciudad de México muy illustrada.

CAPITULO L. [1]

De cómo vino nueva á México que los de la prouincia de Xoconochco, Xolotla y maçatecas, maltrataron á los de Tequantepec, porque se auian rendido á México, y de la guerra que los mexicanos les dieron.

Luego que se acauó el reparo de la edificacion de México y lo demas que en el capítulo pasado se a contado, siendo la suerte de los mexicanos tal, que pocas veces les daua muncho reparo ni quietud, víñoles nueva cómo los de la prouincia de Xoconochco y la de Xolotla, y la prouincia de Maçateca maltrataron á los de Tequantepec y les auian hecho munchos daños, por auerse dado á los mexicanos, llamándolos de gente cobarde y poniéndoles otros nombres afrentosos y mugeriles, los quales entre los munchos daños que hacian, era matar munchos mercaderes de las prouincias de México

1 Véase la lámina 17ª, part. 1ª

que iban á sus grangerías ordinarias, porque andauan las gentes destas prouincias por los caminos y por los montes en munchas quadrillas como salteadores, despojando y robando á todos los pasajeros y robando los pueblos comarcanos de la prouincia de Tequantepec. Venida esta nueva á México y pidiendo los tequantepecas socorro para atajar el daño que por aquella parte se les hacia, á causa de los mexicanos, oydo por el rey, mandó juntar sus consejos de guerra y quiso que en ellos se hallasen los señores comarcanos todos, con el Rey de Tezcuco y Tacuba, los quales uenidos, el Rey *Auitzotl* dixo desta manera:

"Ya veis, poderosos reyes y señores, quán poco sosiego nuestra suerte y ventura nos da para el descanso corporal, y bien veo para todo teneis pecho y valor, pues en mayores trabajos lo aueis mostrado; y así yo espero en la fuerça y vigor de vuestros coraçones que en esta que se nos ofrece no desmayareis, porque yo confio en el Dios de lo criado, del dia y de la noche, que el que siempre les auia dado victoria, que en ésta no se la negaria." Y contándoles el daño que los de Xoconochco hacian en las provincias recien ganadas de Tequantepec y las demas, por auerse sujetado á su corona Real, encareciéndoles el negocio y afeándoles la muncha libertad y menos precio y el atrevimiento que aquellas gentes auian tenido, procuró con sus largas raçones indagar y provocar los coraçones y voluntades de todos, para que con mayor voluntad se moviesen á ir á aquella guerra, poniéndoles por delante el mal y daño que de estar aquellas provincias reueladas se seguia á todas las naciones mexicanas, por el trato de oro y piedras, plumas y cacao y otras muchas riqueças de que por aquella vía gozaban, de lo qual carecian si no se allanase y conquistase con la brevedad posible; porque las provincias conquistadas de aquellas costas ternian bastantes escusas para no acudir con los tributos que eran obligados á dar, diciéndoles tenian atajados los pasos, y defendidos los caminos, y que los robaban y afligian, y que si no acudian con socorro al señor de Tequantepec, que por ventura se tornaria á revelar contra México y que seria el trabajo doblado y la victoria dudosa juntándose con los otros.

Oydas estas raçones por los reyes y grandes señores que presen-

tes estaban de todas las provincias comarcanas, salió determinado entrellos que la guerra luego se apregonase, y se hiciese la mayor junta de gente que se uviese hecho muchos años atras, y para ello mandaron que todos los moços de diez y ocho años pararriba fuesen á la conquista destas provineias, y que se les diesen armas de todos géneros á las quellos mas se aplicasen y pidiesen; lo qual fué luego divulgado por todas las provincias con la diligencia posible, y la gente luego recogida y muy á punto, de lo qual fué dada noticia al Rey *Auitzotl*, cómo todas las gentes estaban muy á punto y que hallaban auria juntos docientos mill soldados, sin otra mucha gente de carga que iba, y muchachos que se holgaban de ir con el exército, toda gente muy lucida y deseosa de ganar honra y de buscar su aprovechamiento.

Luego que el Rey supo cómo la gente estaba ya á punto con todo lo necesario, mandó que partiese para la provincia de Xoconuchco, y que cada provincia fuese por sí, para que se pareciese la gente que de cada provincia iba, y así partió la gente de toda la provincia tezcucana por sí, y la de Tacuba por sí, y la de Chalco por sí, y la de Tierra caliente por sí, y la de Xuchimilco con toda la Chinampa por sí, y la de toda la Cuauhtlalpa por sí, todos en sus capitanías y compañías, muy en órden, todas las quales pasaron por la presencia del Rey, que los salió á esperar á Chalco; y viendo que los reyes se quedaban y no iban á esta guerra y conquista tan insigne, usó de un ardid, y fué que tomando de su recámara sendas rodelas y espadas y unas armas muy galanas con sus deuisas, de las quales armas y deuisas solos los reyes usauan, y envióselas á cada uno la suya, sin envialles á decir cosa nenguna de que fuesen ó no. El Rey de Tacuba, entendiendo lo que en aquello le daba á entender el Rey *Auitzotl*, él se envió á escusar, diciendo que ya él era muy viejo y que ya no podia ir á guerra tan lejos y conquista tan larga; que le suplicaba le perdonase, que él holgara de le ir sirviendo, pero quel enviaba en su lugar dos hijos suyos, muy valerosos, por generales de la gente de su parcialidad, los quales suplirian por él; y así dió al mayor dellos las armas y deuisas que *Auitzotl* le auia enviado.

El rey *Neçaualpilli* de Tezcuco, dicen algunos autores que fué

á esta guerra y que se mostró en ella muy valeroso; otros dicen que no fué, ni esta historia mexicana lo declara, solo dice que fueron los mas valerosos tetzcocanos acompañados de sus señores todos, gente de mucho valor, á prouarse en tan señalada ympresa y conquista; y no es de maravillar que no fuese *Neçaualpilli*, porque esta historia le pinta hombre flaco y afeminado y de pocas fuerzas y flaco y tenido mas por propheta, que decia lo porvenir, que no por guerrero, aunque en una pintura tezcucana le ví pintado con sus armas y un espada y rodela en las manos, y un yndio asido de los cauellos, y un retulo á los piés que decia, "aquí prendió *Neçaualpiltzintli* á éste capitan en la guerra de Vexotzinco," y estaba señalado el año; y como la historia mexicana no cure de hazañas agenas sino de las suyas, pasa por las que no le tocan; solo le va notando de hechicero y que fué encantador ó bruxo, á él y un gran señor que uvo en Cuitlauac, que llamaron *Tzunpantecutli*, á quien los de Cuitlauac honraron como á dios, porque les dixo las cosas por venir: en particular alcançó la venida de los españoles, y se la dexó prophetizada, aunque en confuso y con muchas fábulas y mentiras.

Partió, pues, el exercito, y iendo con él el rey *Auitzotl* en persona, para poner ánimo á su gente, por los lugares donde pasaban les hacian muy grandes recibimientos, proveyéndoles de todo lo necesario, y al Rey ofreciéndole ricos presentes de sus riquezas y comunidades, el qual luego partia con los grandes y caualleros del exército, de todas las compañías; en lo qual siempre el Rey *Auitzotl* se mostró muy generoso y magnánimo, y así era muy querido y servido, el qual con su exército llegó á la ciudad de Oaxac, donde halló al señor de Tequantepec con todos los señores y caualleros de aquella comarca, que le estaban esperando, al qual hicieron un solenísimo recibimiento, ofreciéndole grandes riqueças, de oro, joyas, piedras, plumas, mantas, cueros; haciéndole largas y retóricas pláticas y oraciones en agradecimiento de su venida personalmente á favorecellos: ofreciéronle muchas rodelas y armas de mucha curiosidad y riqueça, obradas de ricas plumas, las rodelas todas guarnecidas de chapas de oro en diferentes labores y insignias. El Rey se lo agradeció mucho, y delante dellos las repartió á los capitanes para que los sirviesen con ellas en aquella guer-

ra, lo qual tuvieron, así los unos como los otros, á mucho favor y merced, donde juraron todos al Rey, viéndose tan honrados y favorecidos del, de no volver á sus tierras ni casas, sino morir en su servicio en aquella conquista, sobre lo qual alçaron todos las manos á lo alto, que entre ellos auia de ser modo de jurar, ó prometer, como lo usauan los cartaginenses, que alçauan las manos á los dioses para hacelles votos y promesas; lo qual jurado, agradeciéndoselo el Rey, mandó partiese la gente muy en órden en sus quadrillas y parcialidades, como hasta allí auian venido, y que no parasen hasta Tequantepec, donde llegó muy en breve, llevando los señores y gente principal de Tequantepec al Rey *Auitzotl* en hombros, sentado en una hamaca cubierta de muy ricas mantas y cueros de tigres.

Llegado que fué le salió á recibir el Rey de aquella tierra, con muncho aplauso y magestad, acompañado de grandes señores, que DE todas las ciudades y lugares comarcanos se auian recogido para el effeto, los quales, postrándose ante él, le pusieron una corona en la caueça, de oro, y en los braços unos braceletes y en las piernas unas calcetas de lo mesmo, y en las orejas sus orejeras y en el labio baxo una rica esmeralda y en las narices un rico beril, vistiéndole unas reales mantas, todo al uso mexicano, con los quales adereços le metieron en la ciudad en unas andas, todas aforradas de cueros de tigres y á trechos unas ataduras de oro con muncha plumeria que de las ataduras salia, donde se le hizo una larga oracion dándole el parabien de su venida. El Rey rindió muchas gracias al señor de Tequantepec y le puso asiento á su lado, á quien los señores mexicanos sirvieron como á la mesma persona real, haciéndole dar *Auitzotl* un vestido real tan precioso y rico como el que á él le auia dado, de lo qual todos los señores de aquellas prouincias quedaron muy satisfechos y alegres de ver la honra que á su Rey se le auia hecho, obligándose al Rey y á su servicio; donde reposó y descansó por algunos dias, y todo el exército, aunque fuera de la ciudad en tiendas y casas levadiças, á todos los quales sustentaron aquellas prouincias todos los dias que allí estuvieron aloxadas.

Despues de auer descansado el Rey mandó llamar al señor de Tequantepec y le rogó le diese toda la mas gente que pudiese: lo

mesmo pidió á todos los demas señores de las prouincias cercanas, los quales lo tenian ya prevenido, y juntó gran número de soldados, todos muy bien adereçados, todos muy ricamente adereçados, que con sus riqueças y atavios se señalauan entre toda la demas gente. Luego partió todo el exército, que entre todos yrian trecientos mil hombres, con los que de aquellas prouincias se les áuia juntado, todos los quales fueron á hacer alto en términos de una ciudad sujeta á Xoconochco, que se dezia Maçatlan, á vista de la qual se asentó el Real; los mexicanos en su parcialidad por sí, tezcucanos por sí, tepanecas por sí; en fin, todas las naciones en su sitio y lugar, á todos los quales le fué hecha una plática en su quartel y parcialidad y lengua, y en ella todo fué exortallos á salir con vitoria ó morir en la demanda como valerosos, y que supuesto que tenian ya las vidas vendidas y estauan entre sus enemigos, que no auia que tratar de uolver la caueça atras ni pensar de poder huir ni uolver, si no se tornasen páxaros; y que supuesto esto lo mejor era morir como hombres animosos y vender bien sus vidas. Acauada la plática mandó el rey *Auitzotl* se pusiesen guardas y centinelas á la redonda de todo el exército; porque aquellos bárbaros, tomándolos en medio, estando en lo mejor de la batalla, no se voluiesen contra él y le matasen á él y á toda su gente; y así fueron luego puestas, las quales toda la noche y dia andauan con mucho cuidado en cuadrillas velando el Real: luego de mañana el Rey mandó tocar al arma con muncha priesa, y en un momento fueron todos puestos á punto.

Los de la ciudad viendo tanta multitud de gente como sobrellos venian, que cubrian los campos, uvieron muy gran temor, y esforçándose los unos á los otros, viendo que les era forçoso pelear, pues ellos auian dado la ocasion y forçado á los mexicanos á venir á aquella guerra, procuraron hacer todo su poder por defender su partido, y así se vinieron los unos contra los otros con muncho ánimo, lo qual tiene esta gente destas partes, que acometen con ánimo invencible, y en mostrándoles ánimo y rostro y fatigándolos un poquito luego desmaian. Los mexicanos, como conocian esto aun en sí mesmos y lo experimentauan, acometieron con mucha vozeria y alarido, que parecian subir al cielo su alarido, y resonar todos aque-

llos montes y collados con las grandes voces y silbos que yban dando, unos apellidando México, México, otros Tezcuco, otros la Tepaneca y otros á Chalco, otros la tierra caliente, finalmente cada nacion apellidaua su tierra y parcialidad: lo mesmo hicieron los contrarios, y fué tan furiosa esta arremetida, que de ambas partes empeço á caer gente muerta y mal herida en el campo, atrauesados de munchas flechas y fisgas y atormentados de las ynnumerables piedras que con hondas por el ayre volauan; y así asidos unos con otros, unos á los braços, otros á macanazos, mostrándose todos muy valerosos, por mucho tiempo se mantuvieron los maçatecas sin mostrar punto de flaqueça; pero á esta sazon llegó la gente de Tequantepec, por un lado, que como gente injuriada venia á vengar su injuria, entró con tanta furia y con tanto tropel entre los enemigos, que los empeçaron á desuaratar y hazer perder su ordenanza y á encerrallos en su ciudad, matando munchos dellos, los quales aunque retirándose siempre, les yban haziendo rostro; pero poco les aprovechó, pues fué la ciudad tomada y todos ellos muertos y presos, y la ciudad saqueada.

Dalli partió el exército á Xolotla y la conquistaron y sujetaron y luego á los Ayotecas, y así fueron conquistando todas estas prouincias hasta llegar á Xoconochco, que fué la postrera que conquistaron, donde como gente ya cansada y harta de pelear y afligida de los largos caminos, los mexicanos no mostrauan tanto ánimo; á lo qual el Rey *Auitzotl* acudió reprehendiéndoles su floxedad y cobardía con que aquellos dias se auian auido, porque si el favor de los çapotecas les uviera faltado, fueran sin duda todos vencidos y muertos, trayéndoles á la memoria las grandes victorias que auian ganado contra gentes mas valerosas, avergonçándolos de que unos bárbaros burlasen dellos; y amonestándolos á todos en comun y en particular salieron á esta batalla con muncho ánimo, y no solo vencieron, pero pusieron por el suelo muncho número de casas y mataron munchos viejos y viejas y niños y munchas mugeres, y comenzaron á robar sin ninguna piedad.

Los de Xoconuchco se rindieron y sujetaron á la corona Real de México, antes que los mexicanos pasasen adelante con los males y daños que yban haziendo, conociendo su yerro ante el rey *Aui-*

tzotl, pidiéndole perdon, los quales postrados por tierra lo alcanzaron, y el rey los reciuió benignamente á todos á su seruiçio y mandó çesase el maltratallos y perseguillos. La gente del exército empeçó á clamar y á pedir al rey que aquellas prouincias eran muy remotas y la gente malvada y traydora, que le suplicauan asolase aquella prouincia y la poblase de gente mexicana, porque con aquello ternia segura toda aquella tierra. El Rey, mostrando piedad y clemencia, mandó çesase el maltratallos, y así contra la voluntad de todos çesó y se empeçó la gente á recoger á sus aloxamientos, en sus compañías. El Rey *Auitzotl* mandó á todos los señores de aquellas prouincias que auia conquistado, que pues los auia fauorescido y quitado á los soldados el robo y saco de las ciudades (que de derecho les venia, pues otra paga no les daua), que les satisfaziesen con algunas cosas porque no voluiesen quexosos á sus tierras del: los señores lo pusieron por obra y truxeron munchas cargas de ropa y de bragueros ó ceñidores de todo género, muncho oro, cacao, plumas, joias y piedras, todo lo qual puesto ante el Rey se repartió entre todas las compañías, dando á cada parcialidad su parte; y fué lo que se repartió tanto, que todos quedaron contentos y satisfechos.

Antes que el Rey partiese de aquella tierra, los de Xoconochco le dieron noticia de cómo ellos partian términos con unas prouincias muy grandes y muy ricas, que eran las de Cuauhtemallan y la de Atlpopoca y la de Popocàtepetl y con la de Tlatlatepec, prouincias muy pobladas de gente y de riqueças con quien perpetuamente tenian guerra; que si era servido pasar adelante á las conquistar, que ellos le ayudarian: el Rey *Auitzotl* les dixo, que no queria pasar adelante, lo uno porque aquellas gentes no le auian agrauiado en nada ni hecho cosa en su deseruicio, y lo otro porque él traya la gente ya muy cansada y con muncho menoscabo; que él tenia por tales á los mexicanos, que andando el tiempo ellos lo conquistarian todo; y así partió de aquella tierra dexándolos á todos muy consolados y empeçó á caminar con su exército házia México, acompañado de sus grandes, á todos los quales se les hacian grandes recibimientos en todos los lugares que llegauan.

Llegado que fué á México hizo luego gracias á los dioses, como

lo tenia de costumbre, ofreciendo grandes ofrendas y riqueças traydas de aquellas prouincias; y al cabo sacrificándose las orejas y molledos y espinillas y la lengua, tomó el encensario, encensó á sus dioses, ofreciendo munchas codorniçes muertas por su mano: esto hizo luego el mesmo dia que á México llegó, el qual baxado del templo, se fué á sus casas Reales, las quales estauan muy bien adereçadas y enramadas con munchos arcos triunphales, rosas y ramadas muy curiosas, á donde llegado despidió á todos los señores, así de todas las prouincias como de los de la ciudad, dándoles las gracias de la ayuda que en aquella conquista le auian dado, quedando él muy triunphante y glorioso por las vitorias que auia alcançado, pues auia acrecentado á su corona Real grandes prouincias y rentas, la qual vanagloria y contento le turó muy poco, porque luego desde á muy pocos dias adoleció de una grave enfermedad, el qual como vió y sintió su fin, se mandó esculpir junto á su padre en una peña en el cerro de Chapultepec, donde fué esculpido, como los curiosos lo podrán allí ver, pues tura hasta el dia de oy su estatua y figura,[1] lo qual hazian para que su memoria fuese perpetua; y así dende á pocos dias que le esculpieron, murió dexando munchas mugeres y hijos y munchas mancebas, y la ciudad tan triste y llorosa, quanto en el capítulo que viene, á la larga trataremos de su entierro y osequias de gran magestad.

CAPÍTULO LI.[2]

De la muerte del Rey *Auitzotl*, y de las solenes osequias que le hicieron, y de las munchas riqueças que con él enterraron.

Dende á pocos dias que el Rey *Auitzotl* voluió de la guerra de Xoconochco y de toda aquella conquista, cayó malo de una grave enfermedad, tan grave, que no entendida de los médicos se creyó auer procedido y auerse causado de algun bocado[3] que en aquella

1 Ya no existe. Fué destruida con las de los otros Reyes. (Véase la Nota de la página 251.)

2 Véase la lámina 18ª, part. 1ª

3 Veneno.

tierra le dieron, porque como en el capítulo de su election tratamos, era moço y de muy poca edad y demas deso muy robusto, así en lo esterior como en el ánimo y fuerças, con la qual enfermedad se fué secando, que faltándole la virtud natural vino á morir con solo el cuero pegado á los uesos, no sabiendo remedio que hacelle, el qual se le procuró por todas las vías y modos posibles; y fué tanta la lástima que puso, y dolor que su muerte causó, que hasta los niños hicieron sentimiento, movidos por el grandísimo llanto y aullido que en la ciudad se levantó, de las quellos llamauan lloraderas,[1] que las auia para las muertes de los reyes y grandes y para los que morian en la guerra y señaladamente auian de ser todas las del linaje de aquel Rey, y con ellas todas sus mugeres y mancebas, y otras muchas viejas que deste oficio se juntaban, todas las quales aunque no echasen lágrima ni tuviesen gana de llorar, auian empero de dar aquellos aullidos y voces llorosas y lamentables, y dar muchas palmadas y hacer muchas inclinaciones hácia la tierra, baxándose y levantándose, como ya en otra parte lo dexo dicho.

Las nuevas tristes de la muerte deste Rey fué divulgada por todas las prouincias sujetas á la corona Real de México, las quales no menos entristecieron á toda la tierra, especialmente á *Neçaualpilli* Rey de Tezcuco, y al Rey de Tacuba, porque era estrañamente querido de todos ellos por su llaneza y afabilidad, y por ser tan generoso como era; por lo qual si la muerte no le atajara, fuera el mayor señor que en esta tierra a auido y empleara sus rentas y tesoros, y sujetara todo lo que sus antepasados no auian podido, por ser de coraçon tan altivo como era y deseoso de aumentar su reyno; y así luego que los mensajeros llegaron, despues de auelles hecho la honra que siempre se les hacia en proveelles de comer y vestir, luego el Rey *Neçaualpilli*, con todos sus grandes señores, partió para la ciudad de México á dar el pesame al cuerpo, llevando diez esclavos, que ellos llamauan los acompañadores del muerto, y juntamente llevó otras muchas riqueças de oro, joias, mantas, á las quales llamauan la mortaja, para la qual llevauan dos y tres cargas de mantas riquísimas; por lo menos eran mas de cien mantas: llevó muchas plumas y piedras de mucho valor y de todas las riqueças

1 Plañideras.

que ellos podian auer, lo qual servia de ofrenda para el muerto, pero principalmente servia de ajuar para la otra vida, con que allá se honrase, y así el que mas podia dalle mas le daba, lo qual solo se usaba con Reyes y grandes señores, porque la gente comun, como no lo alcanzaba, quando mucho la mugercilla y los parientes le dauan alguna comidilla y le ofrecian algunas quentecillas de barro ó de piedras baxas y viles.

El Rey de Tacuba *Totoquiuaztli* con toda su corte acudió, así mesmo, á consolar á la ciudad y á dar el pesame al cuerpo, con otros diez esclavos para que acompañasen al muerto en la otra vida, y con otras tantas mantas y joias, piedras y plumas, aventajándose en todo lo que podian: lo mesmo hicieron todos los señores de la prouincia de Chalco y de Xuchimilco con todos los de la Chinampa, y luego los de la Tierra caliente, que agora decimos marquesado: tambien vino la prouincia de Xilotepec, con toda su Cuauhtlalpa, prouincia de Otomies, las quatro señorías de Culhuacan, Ixtlapallapan y Mexitcatzinco y Vitzilopochco, que en este tiempo pasado fueron quatro señorías de mucha estima y cuenta: todas estas prouincias y ciudades, (ó por mejor decir, los señores dellas) acudieron á dar el pesame al cuerpo y á la ciudad y á los parientes y grandes della, llevándole los esclavos ó acompañadores que ellos usaban llevar, y las demas riqueças de mantas y joias y piedras y plumas que solian ofrecer á los muertos, haciendo cada señor y cada prouincia, por sí, una plática al cuerpo, muy larga, dándole el pesame de su muerte, lo qual era uso y costumbre hablar con el cuerpo muerto, como si estuviera con algun sentido, lo qual no carecia de alguna bestialidad; y así, el Rey de Tezcuco luego que llegó con sus grandes señores, se fué al aposento donde el cuerpo estaba tendido,[1] y ofreciéndole los esclavos y toda la demas ofrenda que llevaba, con un semblante lloroso, sentado en coclillas junto al cuerpo, le empeçó á hablar en esta forma: "hijo mio y valeroso mancebo, señor y rey poderoso; seais muy bien hallado y el descanso y sosiego sea contigo: ya, señor, as dexado la pesada carga de Mé-

1 Es decir—"espuesto."—Los mexicanos no daban á los cadáveres la posicion orizontal que hoy se acostumbra. Su postura era la que llamamos *en cuclillas*, y así los inhumaban ó quemaban.—Las estampas de esta historia presentan varias muestras,

xico y la pesadumbre de sus trauajos, donde te era forçoso ospedar y recibir á los que acudian á la grandeza del dios, *Vitzilopochtli* y á esta insigne ciudad: as dexado guerfanos á los señores y grandes de tu Reyno y á los viejos y viejas, guerfanos y viudas y á todos los pobres que tenian puestos los ojos en tí para remedio de su pobreça: aste ido á descansar con tus padres y aguelos, y aste apartado de tus queridos y amados que te ayudaban á llevar el trabajo del gobierno deste mundo, que son tus hermanos, primos y tios y parientes muy cercanos: as dexado guerfanos á tus hijos y hijas y á tus mugeres desamparadas: quedó esta ciudad en oscuridad con la falta del sol que se escondió con tu muerte: queda el asiento real sin la luz que le alumbraba y esclarecia con tu magestad y grandeça: queda lleno de polvo y de vasura el lugar y aposento del omnipotente dios, que tú mandabas barrer y alimpiar, cuya semejança representabas, y cuyo gobierno tú gobernabas, arrancando las espinas y malas yerbas que nacian en él: ya se te acabó este oficio y cativerio y esta obra servil: ya se quebraron las ataduras con que estauas atado y ligado, con el cuidado y quenta que te forçaba á ello de pensar siempre en proveer sobre esto y sobre lo otro: descansá, pues, hijo mio, en paz, y aquí te traigo estas criaturas de Dios y siervos tuyos para que vayan delante de tí y te sirvan allá en el lugar del descanso."

Luego entró tras él el rey de Tacuba, y haziéndole otra lastimosa y sentida plática al difunto, no menos dolorosa y compasiva, hablando con él como si estuviera vivo, le ofreció otro presente como queda dicho, de esclauos y joias, y de plumas y mantas, y piedras: luego la prouincia de Chalco, con todos sus señores, entró á hazer su plática y oracion: luego entraron los de la *Chinampa*, que es Xuchimilco, Cuitlauac y Mizquic, á los quales antiguamente llamauan *Chinampaneca*, que en nuestra lengua quiere decir, "la gente de los setos ó cercas de cañas," y hizieron su plática y ofrenda: tras ellos entraron los de Cuauhnauac, con todos los señores de tierra caliente, con mucha riqueça de esclauos y mantas, joias y piedras y plumas muy preçiosas, y hicieron su oracion y raçonamiento como los demas: luego los Matlatzincas con todos los Cuauhtlalpas y Maçauaques y toda la nacion Otomí de Xocotitlan, Chiapanecas

y Xiquipilcas, Xilotepecas y de Tepexi, Apazco y Tulla, Tepotzotecas y los de Cuauhtitlan y Tultitlan, Tenayuca y Ecatepec, todos los quales y cada uno por sí, en nombre de sus lugares y pueblos, le hicieron su oracion muy retórica al cuerpo, y le ofrecieron gran número de esclauos, que pasauan de dozientos los que tenia al rededor de sí, los quales auian de morir para ir á acompañalle á la otra vida. Tenia gran número de joias de oro, de piedras muy ricas y preciosas, de munchos géneros: mas, tenia junto á sí gran monton de plumas de diversas hechuras y colores, braçeletes y calçetas de oro y medias calçetas y coronas de la hechura que ellos las usauan, dc oro y pedrería, muchos vasos de oro, escudillas y platos, todos de oro, porque en esta tierra no fué conocida la plata,[1] ni se usó otro metal que oro: tenia junto á sí el cuerpo de este Rey gran suma de mantas de ricas labores y de diferentes colores y hechura, y por el consiguiente para cada manta su ceñidor ó braguero, que eran con que ellos cubrian sus uergüenzas y parte de los muslos; juntamente munchos çapatos ricos de diferentes colores. Acauadas estas pláticas y oraciones del pésame, sacaron todas las mantas y ceñidores de que el Rey auia usado en su uida, y todas las demas joias y piedras que tenia en su recámara y para el ornato de su persona, de todo lo qual uistieron y adornaron todos aquellos esclauos acompañadores, que auian de morir delante del cuerpo muerto, y todo lo que sobró, despues de vestidòs los esclauos, echáronlo en unas petaquillas pequeñas y pusiéronselas en las manos á los esclauos para que se las lleuasen al otro mundo, y poniéndolos todos en rengleras por una parte y por otra, como en procesion, todos vestidos de vestiduras reales, porque segun su opinion ciega iban aquellos esclauos á la otra vida á servir de grandes señores y de acompañar á aquel Rey y á tener los mesmos oficios y preminencias que los grandes acá tenian, y lo mesmo creyan los esclauos desventurados, y así se ofrecian á la muerte con tanta voluntad.

1 Sí la conocian, aunque en proporcion mucho menor que el oro; solo aprovechaban la que los mineros llaman *plata virgen ó nativa.* Entre los objetos que Cortés envió á Cárlos V, figuraba "*una rueda de plata grande que pesó cuarenta y ocho marcos de plata,*" y algunos otros mas que se mencionan en el inventario que publicó el Sr. Navarrete en el tomo 1º de la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, pág. 469.

Todos los señores y reyes presentes tomaron sobre sus hombros el cuerpo del Rey *Auitzotl* y lleuáronlo á un lugar de descanso, que ellos llamauan, que era como primera pausa y estacion, donde los cantores empeçaron á tañer y cantar los cantares funerales ó responsos que en semejantes mortuorios cantauan; y acauados los cantos los mesmos señores lo alçaron, lo llevaron á otra estacion, que llamauan *Tlacochcalli*, y allí le puso el Rey de Tezcuco unas mantas reales, que fué como investidura real, y le puso la corona en la caueça con mucho número de plumas atadas al cauello: púsole sus çarcillos y en las narices su joiel, y en el labio baxo otro, con sus braçeletes y medias calçetas de oro y unos çapatos, y embijáronle todo el cuerpo con el betun divino, con lo qual quedó el Rey *Auitzotl* consagrado en dios y canonizado en el número de los dioses. Acabado de ungir lo pusieron en unas andas, y tomándolo en sus hombros lo subieron junto á los piés del ydolo, á donde lo salieron á recibir todos los sacerdotes del templo, vestidos con sus adereços saçerdotales y con sus encensarios en las manos, y empeçaron á encensar el cuerpo: salieron todos los capitanes de las guerras y los demas oficiales de los exércitos, en sus esquadrones, todos vestidos á modo de pelear, con sus insinias de guerra, acompañando el cuerpo, puestos todos en muy buena ordenanza: yban todos los señores y grandes de México y los forasteros todos acompañando el cuerpo con ropas todas de tristeça. Luego que llegó el cuerpo á los piés del ydolo *Vitzilopochtli* tocaron los ynstrumentos funerales, aquellos tañedores que tenian este oficio, los quales tocauan un son muy diferente del que se tocaua en las fiestas y solenidades.

A este punto, ya el brasero divino estaua ardiendo con mucha leña de cortezas de árboles, que era leña de los dioses, la qual haze muy hermosa brasa y muy turable, á donde los señores arrojaron el cuerpo, así adereçado y compuesto como estaua, donde luego en aquel punto los sacerdotes tomaron sus cuchillos de sacrificar, y uno á uno sacrificaron todos aquellos esclauos que los reyes y grandes señores auian ofrescido, echándolos despaldas sobre el atambor de palo con que auian venido tañendo los sones y cantos funerales, encima del qual les abrian los pechos y les sacauan el

coraçon y lo echauan encima del cuerpo que ardia, donde junto con el cuerpo ardian toda la noche, hasta que hecho ceniça, ellos y todo lo que llevauan encima de grande riqueça, las cogieron en una olla nueva y la enterraron junto á la piedra del sol, que ellos llaman *cuauhxicalli*, que quiere decir "xícara de águilas;" y esta piedra es la QUE oy dia está á la puerta de la yglesia mayor: junto á él enterraron el demas tesoro que no se quemó, que era todo lo que los grandes le auian ofrescido, y todo quanto el Rey *Auitzotl* tenia en su recámara, como era uso entrellos; y con esto, acauadas las solenes osequias que auemos oydo, hallándose á ellas toda la nobleça de la Nueva España, el Rey de Tezcuco mandó que nengun señor saliese de la ciudad, hasta que la election de nuevo Rey fuese hecha, porque queria fuese hecha con beneplácito de todos.

CAPÍTULO LII.[1]

De la junta solene que se hizo sobre la election del nuevo Rey de México, y de cómo salió electo el poderoso y gran Señor *Monteçuma*, segundo de este nombre, y de sus grandeças.

Luego el siguiente dia que las ceniças del Rey *Auitzotl* fueron enterradas, y acauadas las obsequias y cerimonias de tanta magestad, el Rey *Neçaualpilli* de Tezcuco y el de Tacuba con todos los señores de las prouincias y ciudades sujetas á la corona Real de México, y las sujetas á la corona de Tezcuco y de Tacuba, y juntamente todos los grandes señores de México, entraron en su consejo sobre la election del nuevo Rey y monarca de la tierra, sobre lo qual el Rey de Tezcuco *Neçaualpilli*, como principal elector, tomó la mano, y hizo la oracion y raçonamiento siguiente:

1 Véase la lámina 18ª, part. 1ª — "En el original de esta estampa y en uno de sus ángulos superiores, escribieron con letra muy pequeña y borraron despues lo que sigue, que se lee clara y distintamente:

Motecçuma Emperador
tiene por propio apellido
el rei menospreciador
gran señor esclarecido.

La letra es del tiempo. (Nota del Sr. Vera.)

"Valeroso Rey de Tacuba y grandes señores de México y de las demas prouincias de Chalco, Xuchimilco y tierra caliente que presentes estais, con todos los demas señores con cuyo voto y parecer se a de escojer una lumbrera que, como rayo de sol nos alumbre, y un espejo donde todos nos miremos, una madre que nos recoja en su regaço y un padre que nos traiga sobre sus hombros, y un señor que rija y gouierne el Señorio mexicano y que sea amparo y refugio de los pobres, de los huérfanos y viudas, y se compadezca de aquellos que con grandísimo trauajo andan de noche y de dia á buscar, por montes y quebradas, el sustento de sus casas; y pues vosotros (o poderosos señores) lo aueis de elexir, estended los ojos, que bien teneis házia donde los poder estender, pues teneis presente toda la nobleza mexicana que SE COMPONE de plumas riquísimas caydas de las alas y colas de aquellos excelentes pauos, de aquellos Reyes pasados joias y piedras preciosas, desatadas de sus cuellos y de las gargantas de sus manos: aquí están aquellas çejas y pestañas caydas de los ojos de aquellos valerosos príncipes de México[1] con que esta corte está ennoblecida: es ded[2] la mano al que mas gusto os diere: hijos dexó *Axayacatl*, rey valeroso; hijos dexó su hermano *Tiçoçic*, todos príncipes de muncha estima y señalados en valor y grandeça de su ánimo; y si estos no os agradan, allegaos á los grandes, que entre ellos hallaréis nietos y uisnietos, sobrinos y primos de aquellos Reyes, antiguos fundadores desta ciudad: mirá que no teneis necesidad de salir deste aposento donde estamos: estendé la mano, apuntá entre todos el que mas gusto os diere, que de nen-

1 Las locuciones metafóricas forman uno de los rasgos característicos de la lengua mexicana, siendo tambien su traduccion, propia, sumamente dificil y algunas veces imposible, porque el único vocabulario que poseemos no comprendió, en lo general, mas que las voces comunes, necesarias para la instruccion religiosa. Frecuentemente hemos visto en esta historia muchas de aquellas locuciones, que si bien chocan por sus términos vulgares de comparacion, nos hacen pensar y dejan indecisos, reflexionando que ellas se encuentran, casi á la letra, en los libros de una antigua nacion, justamente respetada por su cultura intelectual y elevacion de su espíritu.—Conversando uno de los muy antiguos emperadores de la China con sus íntimos confidentes, pidiéndoles consejo para bien gobernar, les dijo, despues de haberlos oído:—"Vosotros sois mis ojos y mis "orejas; vosotros sois mis piés y mis manos, y formais conmigo un solo cuerpo...... "Si el ojo no vée, si la oreja no oye, si los brazos y los piés no se mueven; ¿qué pueden "hacer la cabeza y el corazon, por mas ilustrados que sean?" [MOYRIAC DE MAILLA. *Histoire generale de la Chine*, tom. I, pág. 114.]

2 Así en la copia; probablemente—"extended."

guno echareis mano que no sea muralla muy fuerte contra nuestros enemigos."

Acauada la plática respondió á ella el príncipe *Çiuacoatl,* hijo de *Tlacaelel,* que entonces presidia, y dixo: Poderoso Rey: dicho nos as todo lo que á esta república conviene y aun á toda la tierra, por lo qual te besamos las manos, pues procuras nuestro bien y el engrandecimiento de nuestra república: bien veo, poderoso Señor, que donde quiera que nos uolvamos y echemos los ojos, hallaremos piedras y joias preciosísimas que nuestros padres y aguelos nos dexaron; pero pido y suplico á todos los presentes que no elixan niños ni moços de poca edad, que los áyamos de envoluer y desenvoluer, sino persona que nos envuelua y nos desenvuelua, ni tampoco sea tan viejo que mañana sea menester elexir otro: bien saben todos los que presentes están, que mi primo el Rey *Axayacatl* dexó seis hijos, todos los quales son ya capitanes y muy señalados príncipes de los exércitos, donde an hecho munchas y muy señaladas valentías, á quien el Rey *Auitzotl,* su tio, tuvo en muncho viendo su valor y valentía, los quales son seis, y estos son los mas señalados entre otros munchos que dexó; pero son aun niños y de poca edad, y por eso no los quiero aquí nombrar, para que de aquellos seis puedan escoger el que mejor les pareciere; y si no, el Rey *Tiçoçic* dexó siete hijos, primos hermanos destos, que todos son valerosos príncipes y capitanes; y si no les da gusto tomar de los dichos, el Rey *Auitzotl* dexó tres hijos, que todos tres son ya hombres de muncho valor, de qualquiera de los quales podrán elexir uno, pues son todos nietos de *Veuemonteçuma,* mi tio, á quien esta república deue tanto, por su gran valor y excelentes hechos. A estas palabras advirtieron todos y vieron que entre los que auia señalado, auia hombres de muncho valor. Empeçaron entre todos á tratar de las costumbres de cada uno, como cosa muy ordinaria en las electiones, y esto PASA en todas las naciones PARA descubrir allí los uesos, que son sus bienes ó males;[1] donde tratando deste ó destotro vinieron todos á poner los ojos en el gran príncipe *Monteçuma,* hijo del Rey *Axayacatzin,* á quien todos de conformidad acudieron con sus votos, sin contradicion nenguna, diciendo ser ya

1 Es decir, las buenas y malas calidades de los candidatos.

de muy buena edad y muy recogido y virtuoso y muy generoso y de ánimo ynvencible y adornado de todas las virtudes que en un buen príncipe se podian hallar, cuio consejo y parescer era siempre muy acertado, especialmente en las cosas de la guerra, en las quales le auian visto ordenar y acometer algunas cosas que eran de ánimo ynvencible.

Publicada esta election entre todos los electores y auiendo señalado á una voz á *Monteçuma* por rey de México, miraron por él[1] entre todos los que estauan en el aposento y no le hallaron; el qual viendo que todos se inclinauan á él se auia salido de la junta. El Rey de Tezcuco lo mandó buscar luego, y que en el entretanto se encendiese el brasero que estaua en el aposento donde elexian, para hazer las cerimonias acostumbradas[2] junto á él; donde pusieron unas vestiduras Reales y la corona y un ençensario con cantidad de ençienso, y unos uesos de tigre y de una águila y de leon, y unas sandalias reales y un ceñidor muy galano, todo al derredor del brasero. Los grandes que salieron á buscar á *Monteçuma*, como le tenian por hombre religioso, fuéronse al templo, donde le hallaron en el adoratorio de las águilas, en un retraimiento que él allí tenia señalado, donde siempre estaua recogido, los quales como llegaron le saludaron y dixeron, cómo los Reyes y los demas señores le suplicauan se llegase á donde ellos estauan: él leuantándose á ellos les hiço la mesma cortesia y se fué con ellos, al qual como llegó, todos se leuantaron y le hizieron muy gran humillacion: él haciendo lo mesmo á todos con el semblante muy sosegado y grave, como siempre lo auia tenido, mandáronle se sentase junto al brasero, en un sentadero que junto al brasero estaua, y junto á las insignias reales. Luego que se sentó se puso ante él su tio *Ciuacoatl*, hijo de *Tlacaelel*, y le hiço este raçonamiento:

Señor: oye lo que de parte de todos estos señores te quiero dezir: bien sabes que todos los mas que presentes estamos somos tus hermanos y deudos muy cercanos: ellos y yo, en nombre del Dios de lo criado, Señor por quien vivimos y cuias criaturas somos; Aquel que por solo su parescer y voluntad se mueve sin ser mo-

1 Esto es, "lo buscaron."
2 Conforme á una de ellas debia mantenérsele constantemente con incienso.

vido, bien así como verdadero lapidario, así como á piedra muy preciosa te a escogido entrellos y te a bruñido y adelgazado para joya de su brazo y joiel de su cuello: lo mesmo an hecho todos los señores que presentes están, como verdaderos plateros ó lapidarios que conocen el valor del oro y de las piedras preciosas, y así ansado [1] á luz un uaso, una joya preciosa de entre otras munchas de la tierra, y aquí todos á una voz lo an pronunciado y dicho ser tú la prima [2] de la virtud, y te an hecho digno del primado de México y de toda su grandeça; lo qual pues ellos así lo confiesan, así deue ser; y pues en tí caió la suerte, toma tu asiento y dexa ese ínfimo y baxo, y goza de lo que el Dios de lo criado te concede.

Luego se levantaron los dos reyes y tomándole, como de braço, le sentaron en el trono Real y supremo, donde sentado le cortaron el cabello y se lo pusieron á la forma Real que ellos usaban, y horadándole las ternillas de las narices le atravesaron en ellas una piedra delgada, á manera de un canutillo, que por lo menos debia de ser alguna esmeralda. Luego le pusieron un beçote en el labio baxo y en las orejas unos ricos çarcillos, y poniéndole las mantas Reales que ellos usaban por investidura Real y juntamente un rico ceñidor muy labrado, con unos çapatos Reales, y á la postre de todo una rica corona de oro en la cabeça y mandándole hiciese el oficio para que era electo, se levantó y tomó el encensario que estaba junto al brasero y el enciènso y empeçó á encensar á los dioses, andando á la redonda del brasero, y en particular al dios del fuego; el qual en acabando de encensar tomó las tres puias de ueso que allí estauan, ó punçones, y con las de tigre se sangró las orejas y con la de leon los molledos y con la de águila las espinillas, y dándole munchas codornices las descabeçó y ofreció sacrificio al fuego, y saliendo del aposento le llevaron al templo, y subiéndose el electo sobre la piedra que llamaban de las águilas, con las mesmas puias se tornó á sangrar los mesmos lugares, y sacrificó otras tantas codornices y de allí se fué á su casa real acompañado de todos aquellos señores, donde le aguardaua todo el pueblo con todos los regi-

1 Tambien puede leerse en el original — "y así an dado á luz un uaso, etc." (Nota del Sr. Vera.)

2 Voz anticuada — "primacía."

dores y justicias de la ciudad y todos los mandoncillos, prepósitos y centuriones de los barrios, el qual sentado en su trono real, todos uno á uno le llegaron á saludar y á dar la obediencia, dándole el parabien de su election, mostrando todos contento della; donde despues que todos le uvieron saludado, *Neçaualpilli*, Rey de Tezcuco, le hizo la plática siguiente:

"Señor, poderoso sobre todos los de la tierra: ya se an desecho las nubes y se a desterrado la obscuridad en que estauamos: ya a salido el sol: ya la luz del dia nos es presente, la qual obscuridad se nos auia causado por la muerte del Rey tu tio; pero este dia se tornó á encender la candela y antorcha que a de ser luz de México: asenos hoy puesto delante un espejo, donde nos emos de mirar: ate[1] dado el alto y poderoso Señor su Señorío, y atę enseñado con el dedo el lugar de su asiento: ea, pues, hijo mio, empieça á trauajar en esta labrança de los dioses, así como el labrador que labra la tierra, saca de su flaqueça un coraçon varonil, y no desmayes ni te descuides; mirá que no se te da para que te eches á dormir, en el descuido de la ociosidad y contento: el sueño aslo de tomar de oy, mas con sobresalto porque al mejor tiempo te a de despertar el sobresalto y cuidado de tu Reyno, y as de salir á ver las estrellas, para conocer los tiempos y signos dellas y sus influencias y lo que amenaçan y tener quenta con el lucero de la mañana, para que en saliendo hagas la cerimonia de bañarte y limpiar las máculas y luego ungirte con el betun diuino, y luego sangrarte y tomar el encensario y ofrecer tus enciensos y sacrificios á los dioses, y luego contemplar los lugares abscondidos de los cielos y los nueue dobleses[2] del, y juntamente as de descender al lugar del abismo y centro de la tierra donde están las tres casas del fuego: as de tener quenta con los montes y desiertos donde acuden los hijos de dios á hacer penitencia y á vivir en la soledad de las cuebas; as de tener quenta con las fuentes y manantiales diuinos, todo lo as de prover y tener presente, y esto es lo que tengo que te encomendar; y muy mas en particular las cosas del culto diuino y reuerencia de los dio-

1 Te ha dado, etc.

2 Móviles ó esferas, segun los denominaban los astrónomos antiguos.—No deja de ser curioso hallar en México el reflejo de sus sistemas.

ses, y honra de los sacerdotes, y que su penitencia vaya muy adelante, á la qual los deues animar y dar el fauor necesario; con lo qual doy fin á mi plática."

Luego, tras *Neçaualpilli* se leuantó *Totoquiuaztli*, Rey de Tacuba, y haciéndole otra admirable plática, dixo desta manera: "Ya as oydo, hijo mio, las raçones que te a dicho el Rey de Tezcuco; pero mira que otras munchas cosas te son encomendadas en el oficio que as tomado y sobre la carga QUE te as echado á cuestas: acuérdate de los viejos y viejas que gastaron el tiempo de su mocedad en servicio de la república y agora vueltos los cabellos blancos, no pudiendo trabajar, mueren de hambre: ten quenta con los pobres maceguales, que estos son las alas y plumas, piés y manos de las ciudades: mira no sean maltratados ni oprimidos ni perezca su justicia, por no tener quien hable por ellos: ten quenta con honrar á los señores, questos son las fuerças contra Tlaxcalla, Mechuacan y Metztitlan y todas las demas fronteras enemigas de los mexicanos, contra los quales as de estar siempre remendando tus armas, enderezando tus flechas y componiendo la espada: guárdate de la ociosidad, y mira que estés siempre velando para que verdaderamente parezcas señor: en todo as de entender, de todo te as de doler y compadecer y por todo as de dar gracias al Señor de lo criado, y este es el oficio Real en que te an puesto, en el qual ni la bebida ni la comida te a de saber bien con el cuidado en que siempre as de estar metido y ocupado, viendo que toda la redondez deste mundo pende de tu gobierno: no te inquietes ni turbes: ve poco á poco tentando, que la esperiencia te enseñará lo que as de hacer y cómo te as de gouernar; pues as de ser pobre con los pobres y llorar con los afligidos, y poderoso con los poderosos, y abstero [1] con los malos y pecadores, y piadoso y misericordioso con los que se humillaren á tí; y aun te digo que as de tener quenta y saber si los caminos están limpios: encomiéndote las escuelas y colegios y las casas de recogimiento que ay en la ciudad, de donde salen instruidos los moços para guerras y culto diuino; CUIDA de que siempre vayan en aumento y no en diminucion; y con esto doy fin á mi plática."

Luego, tras este Rey, por sus antiguedades salieron los señores

1 Austero ó severo.

de las prouincias, y cada uno en particular le hizo una plática, dándole el para bien de su reynado y diciéndole lo que estaba obligado á hacer y la dignidad en que era constituido; á todos los quales, despues de auellos oydo con rostro muy sereno y apacible, aunque de su propio natural le tenia graue y seuero (en especial desde este dia de su election) les respondió diciendo: "¿Dónde merecí yo, poderosos señores, de auer sido causa que se abriese la caja del precioso tesoro que estaua encerrado en vuestros pechos, y que en mis orejas ayais derramado, bien así como piedras preciosas y joias de mucho valor, el número de palabras con que me aueis adornado, las quales an caydo en mis orejas como gotera que an traspasado mi coraçon? Dichoso yo y bien aventurado si lo tomare y me abrasare con ello; y diciendo esto, dice la historia que empeçó á llorar muy de coraçon, y á invocar al Dios de lo criado, muy de coraçon, pidiendo el diuino favor; y voluiéndose á todos, les dió las gracias y se despidió dellos y se entró en sus aposentos ocultos, de donde los señores se salieron y todos partieron para sus prouincias y casas, quedando México muy consolado con la nueva election; y cierto con raçon, porque fué tan gran señor y engrandeció tanto la nacion mexicana en su tiempo, quanto jamas auia estado ennoblecida, pues la puso en el punto de grandeza y señorío que pudo subir; el qual fué tan temido y reverenciado, que de solo oyr su nombre se postrauan los hombres por el suelo, como adelante diré.

CAPÍTULO LIII.[1]

Del órden y concierto que puso el Rey *Monteçuma* en el seruicio de su persona y casa, y de otras cosas que ordenó, dignas de tan gran Señor.

Luego que este gran Señor fué electo y se sentó en la silla Real de México, quiso mostrar la grandeza de sus pensamientos, y en lo que se a de tener un Rey, y en lo que a de estimar la grauedad de su persona; y aunque sea verdad que en las cosas sobrenaturales y divinas les faltó la luz y conocimiento de Dios, en las cosas, empe-

1 Véase la lámina 19ª, part 1ª

ro, de pulicía y buen gobierno eccedieron á munchas naciones y les hicieron munchas ventajas; y así electo este gran príncipe (como he dicho), llamó al príncipe gouernador su tio *Tlilpotonqui*, que como e dicho, era la segunda persona en el Reyno y por cuia mano pasaban todas las cosas tocantes al régimen y gouierno del; el qual venido ante él, encerrándose los dos en el aposento real, trató con él lo que determinaba hacer acerca de lo que convenia á su servicio y á la auctoridad de su persona; y era que él queria poner nuevos oficiales, así en el servicio de su casa y persona, como en el régimen de la prouincia y reyno, y mudar todos los que su tio *Auitzotl* auia puesto y de los que se auia servido, porque munchos dellos eran de baxa suerte y hijos de hombres baxos, lo qual era gran menoscabo y gran baxeza de los reyes, servirse de gente baxa, y quel queria servirse de otros tantos buenos como él, lo uno para honrar su persona, y lo otro para que estando á su lado y siempre en su presencia, los hijos de los grandes Señores y sus primos y hermanos deprenderian el término cortesano y el modo de gouernar, para que[1] quando les cupiese;[2] lo qual no se les deuia de hacer duro ni pesado, el priuar de los cargos á todos los que los tenian, porque él queria ser servido á su voluntad y gusto, y entablar su república y Reyno á su voluntad, y lleuar las cosas de su gouierno por la via que á él le diese mas contento y por otra via de lo que su antecesor lo auia gouernado; para lo qual le rogaba que fuese luego á los lugares donde se criaban los hijos de los grandes Señores, así de los de México como de los que uviese de los señores de las ciudades comarcanas y reynos de Tezcuco ó Tacuba, de los quales auia munchos constituidos debaxo de ayos, en los lugares que para criallos y enseñallos auia en México, á los quales enviauan sus padres para que se criasen en aquellos recogimientos, á los quales todos mandó se los truxesen, porque dellos se queria servir y no de la gente baxa que su tio se auia servido; y ORDENÓ que entre ellos no viniese nengun bastardo, sino todos legítimos, aunque fuese su hermano hijo de su mesmo padre *Axayacatl;* porque como fuese hijo de muger baxa, ó esclaua, siempre tendria así resabio

1 Parece supérflua esta palabra.
2 Es decir,—"para cuando llegaran á servir cargos de gobierno."

de acudir á la baxeça de la madre y que no lo queria en su servicio, sino que demas de ser hijos de señores, fuesen legítimos y hijos de señoras muy principales y de sangre muy limpia, los quales yo los quiero criar y hacer á mis mañas y costumbres, y conformes á mi voluntad y corazon; y tampoco quiero de los ya muy hombres, sino todos mancebos de poca edad, porque á estos se les imprime con mas facilidad qualquier buen consejo y tienen mas habilidad para hacer lo que se les encomienda y enseña. Y porque sé que me as de preguntar qué es la causa de esta novedad, yo te la quiero decir: as de saber que los que an servido á algun gran Señor y Rey, como mi tio *Auitzotl* lo era, qualquiera cosa que yo quiera innouar, ordenar ó mandar, mas ó menos de lo que mi tio hacia, les a de parecer mal, y luego an de murmurar y detraer dello y condenallo por malo, y an de dezir que su Señor *Auitzotl* no haria aquello, y siempre me an de hacer vivir con sobresalto; y así no quiero tenellos conmigo, y te ruego que hagas lo que te e encomendado: mira que estos que aquí están no recibirán mis palabras y correccion y mi doctrina con el ánimo y benevolencia que yo se la daré; y como las palabras reales son de mucho valor y estima y palabras de grandeza, no es justo que anden en bocas baxas y caygan en orejas seruiles, sino que los que las lleuaren y truxeren, sean tan buenos como el que las da y envia; porque así como las piedras preciosas parescen mal entre las baxas y ruines, así los de sangre real parescen mal entre la gente baxa; y por el consiguiente, si las plumas viles parescen mal entre las ricas, así las plumas que salieron de los grandes señores parescen mal entre los labradores y entre sus hijos; y así como las mantas labradas y preciosas y ceñidores se diferencian de las baxas y de nequen,[1] así HAY esta diferencia de los que son señores, á los que no lo son. Y así, quiero que estos me sirvan, para que mis reales preceptos y palabras uaian en bocas de Señores, como en vasos de grandeza, y sean pronunciados por anhelito[2] yllustre y excelente y no por boca vil y baxa, pues an de

1 *Nequen.* Planta textil de la familia del maguey, y de la cual se saca hilo y hacen tejidos ordinarios. La palabra pertenece á la lengua de Yucatan.

2 aliento; es decir, por un vehículo ilustre, etc.

ser representadas á Señores y grandes: la razon es, porque la torpeça del rústico trastrueca, con su mal frasis, el sentido de las palabras que le son encomendadas y muda la sentencia, añidiendo ó quitando parte de lo que le dizen; y así quiero que mis pajes, mis camareros y maestre salas y mis mayordomos y porteros, y todos los que sirvieren en mi Real casa y anden en mi presencia, y los que uvieren de barrer y regar los aposentos della y los que an de encender y atiçar la lumbre que a de arder en los aposentos della, quiero que sean hijos de grandes y escogidos y de solar conocido, y que tú por tu propia mano los escojas.

El príncipe *Ciuacoatl*, viendo la voluntad del Rey, maravillado de una cosa tan nueva y que la contradicion era escusada, le dixo: Poderoso Señor: paréceme tan acertado tu parecer que no me atrevo á contradecir cosa de las que me mandas, y así cumpliré luego tu voluntad; el qual saliendo de su presencia mandó llamar á todos los grandes señores y principales caualleros de la corte, y manifestóles la voluntad del Rey, y mandóles que luego todos diesen sus hijos ó hermanos ó sobrinos para el servicio de la magestad Real: lo mesmo mandó á todos los ayos que en los colegios auia, á cuio cargo estaban los hijos de los señores, así forasteros como de los de la ciudad, lo qual fué luego cumplido, pues sin dilacion truxeron muchos hijos de grandes, á los quales les fué declarada la pretension del Rey en esta forma: "Hijos mios: teneos por dichosos y bien auenturados, pues el Rey nuestro señor os quiere para su seruicio, y dize que os quiere para piés y manos de su persona, y para que asistais en su presencia y para hacer lo que él por su persona no puede ni le será lícito, y para que deprendais el modo y manera de regir y gouernar, y el modo de recibir y de despedir que los grandes tienen, pues vosotros aueis de ir sucediendo en el reyno, y él quiere enseñaros y instruiros como padre y maestro."

Estando *Ciuacoatl* haziendo esta plática á los mancebos, llegó uno de los del consejo con una vara en la mano y púsosela en la mano y díxole: señor: el Rey nuestro señor te envia esta medida para que con ella midas á todos los que an de entrar en su seruicio, y que no les quiere mayores ni menores; el qual la tomó y

empeçólos á medir, y todos los que hallaua á la medida ivalos poniendo aparte, de los quales halló cien hijos de grandes, todos á un tamaño y medida, y lleuándolos á palacio, antes que los presentasen al rey, les hicieron esta plática. "Mirá, hijos, y abrí los ojos: no os descuideis en hacer alguna cosa ni en caer en algun descuido que ofenda los ojos del gran señor: mirá que el intento de llamaros es para honraros y ocuparos en las cosas que tocan á su seruicio, y en los oficios de su casa, á lo qual conviene acudais con la diligencia posible, unos á la limpieça del vestido y calçado, otros al seruicio de la mesa el traer y lleuar de manjares á quien os fuere mandado, el barrer y regar y sacudir la pieza y asiento real, la composicion del rostro en la presencia del Rey y de los grandes, y la modestia y umildad en el hablar y en referir lo que os fuere preguntado, el reposó en andar pasito y sin ruydo."

Acauados los documentos [1] que para cada oficio á todos dieron, poniéndoles gran temor que la pena de su descuido y pecado seria muerte, fué el Rey *Monteçuma* auisado, cómo los hijos de señores que mandaua llamar estauan allí: él los mandó entrar á la primera sala y salió á ellos; los quales, como le vieron, postrados por tierra le saludaron, y él conociéndolos á todos, que los mas dellos eran sobrinos suyos ó primos ó tios, y entrellos algunos hijos de grandes señores, él de nuevo les declaró á lo que á su casa venian, y cómo él se queria seruir de su sangre y de sus deudos y parientes y comunicar con ellos sus secretos y pláticas, y fiar dellos su persona y hacienda Real, lo qual auian de tratar con miramiento y buen término, y con la criança deuida, siruiendo á los grandes y á todos los que á su palacio acudiesen, así á los de la ciudad, como á los forasteros, y el regalo y buen tratamiento que auian de hacer á los mensajeros, recibiéndolos con muncho contento, porque nenguno saliese quexoso de su casa y corte; el respeto que auian de tener á las Reynas y mugeres suyas y á las manceuas y á las demas mugeres de su palacio y seruicio; la onestidad que entre ellas y con ellas auian de tener, el cuidado que en la limpieça de toda la casa se auia de procurar, de que siempre estuviese limpia y aseada; el mirar

1 Las instrucciones.

muncho el que los mandados y mensajes que les fueren encomendados no los trastocasen, ni mudasen las palabras ni el sentido dellas; el hablar sin tartamudear, ni con turbacion ni apriesa, sino muy baxo y con sosiego y despacio y con mucha grauedad, y el reposo en el andar; el nunca jamas tratalle mentiras ni dezille ningun falso testimonio contra nadie; huir de hacer mal á nadie, ni que nadie se viniese á quejar déllos, porque si hiciesen lo contrario los haria asaetear ó quemar vivos. Ellos le respondieron con gran humildad, agradeciéndole el beneficio de querer servirse dellos, ofreciéndose que en todo cumplirian su mandado, á los quales repartió los oficios en que se auian de ocupar; y dize la historia que cada dia los mandaua juntar el Rey en un aposento, y los enseñaua y instruia en las cosas de virtud, dándoles munchos auisos y documentos de modos de tratar y de hablar, y así andauan todos tan mortificados y tan modestos y bien criados y tan cortesanos, que parecian otra gente distinta de hasta allí.

Luego que encomendó los oficios á estos moços despidió el Rey á todos los oficiales que el Rey *Auitzotl*, su tio, auia tenido, que no quedó uno ni nenguno: tambien mandó mudar todos los oficiales reales de la ciudad y los encomendó á illustres y caualleros: tambien mudó todos los prepósitos y mandoncillos de los barrios y los centuriones y puso gente nueva que lo siruiesen; y si no es falsa otra relacion que en la ciudad de México me dieron, diré que los mandó matar á todos, que nenguno quedó vivo de quantos siruieron al Rey *Auitzotl*, y no me marauillaria que uviese usado de esta crueldad, porque fué desde que empeçó á reynar el mayor carnicero que auiá auido, solo por ser temido y reuerenciado, del qual hallo escrito que, por solo alçar los ojos é miralle, como fuese hombre baxo, luego le mandaua matar, porque decia que los hombres baxos no se auian de atreuer á mirar al que estaua en lugar de Dios; y así le adorauan como á Dios, postrándose en el suelo hasta que él pasase; y así quiero contar aquí lo que me respondió un yndio á quien yo preguntaua por la fisonomía de *Monteçuma* y por su estatura y manera, el qual me respondió: Padre; yo no te e de mentir ni e de decir lo que no sé: yo nunca le vide la cara. Preguntán-

dole por qué, dixo, que si él se atreviera á miralle que tambien muriera, como los demas que se auian atreuido á miralle.

Quando alguno cometia algun defeto en su casa, ó delito, con lo que mas agravaua el delito era con decir, que ¿cómo en la casa de Dios se atreuian á cometer semejantes descuidos? y llamaua á su casa, casa de Dios, y el castigo que daua era muerte, por aquella irreuerencia. Empeçó á reynar este gran señor, el año de *mill y quinientos y tres*, el qual año entraron los españoles en la Isla de Cuba y la conquistaron. Este mismo año fué coronado el gran turco Celin.

Acauando el Rey de poner su casa y corte en el conocimiento dicho, trataron los grandes de la corte de las fiestas y regocijos que en la coronacion pública se auian de hazer, y en la uncion divina que tenian de ley, para lo qual eran necesarias vítimas para sacrificar, porque semejantes unciones y coronaciones no se podian hacer sin muerte y sacrificio de munchos hombres, como hemos visto en las coronaciones y unciones pasadas de los demas Reyes; y á la saçon sucedió que estaua reuelada contra la corona Real de México una prouincia que se dezia Nopallam y otra que se dezia Icpatepec, contra las quales prouincias se envió gran número de gente mexicana y tezcucana y tepaneca y chalca y xuchimilca, y de todas las demas prouincias, á la qual conquista fué el mesmo Rey *Monteçuma* en persona con toda la mas y mejor gente que pudo; y porque le fué dado aviso que aquellas prouincias tenian las ciudades cercadas con grandes, altas y anchas albarradas de madera y piedra y tierra, muy fuertes y apisonadas, mandó hazer munchos géneros de escalas, así de palo como de cuerda, y muncho número de coas, que son los açadones de que ellos usan para labrar las tierras, y picos para deshazer las cercas, lo qual fué tan en breve apercebido que no fué cosa dificultosa; y así pasó el exército á estas prouincias y las conquistaron con mucha facilidad, porque *Monteçuma*, con sus ardides, dió órden cómo llegando de noche, enviando sus exploradores y acechadores, hallaron las guardas del muro principal durmiendo, á las quales cortaron las caueças, y traidas al Rey mandó arrimasen las escalas y empeçasen á subir y otros á des-

hacer las albarradas, y subió tan de improuiso tanta gente sobre ella, que dexándose descolgar dentro de la ciudad mas de sesenta mil soldados, con las espadas y las rodelas atadas á los cuellos, empeçaron á hazer lo que solian, que era matar y robar, tan sin piedad y con tanta voceria y alarido, que penetrauan los cielos.

Los que desuaratauan las cercas se dieron tan buena maña, que en poco mas de media hora la tenian toda por el suelo y hechos grandísimos portillos, y así fué tomada aquella ciudad, viniendo las demas á darse, las manos cruçadas, porque tomada la cabecera principal todas las demas villas se dauan sin nengun premio,[1] poniendo en colleras á todos los que podian prender, y haziendo grandísimo daño en los frutales y en las sementeras y cacauatales, talándolo todo por el suelo, y robando todo lo que podian robar, lo qual mandó el Rey cesasen, y que la gente se recogiese á sus reales y dexasen de correr las villas y lugares, á pedimento de los señores rendidos, de aquella tierra. El rey fué recebido en las Casas Reales de aquella ciudad, con todos los señores y principales, donde fué muy regalado y tratado conforme á la Real persona convenia; donde despues de auer conquistado y rendido todas aquellas prouincias, amenazándolas que no se tornasen á reuelar, porque las destruiria por el suelo, sin que quedase memoria dellos, les dexó un gouernador y partió para México con todo su exército, llevando los presos por delante, los quales eran cinco mil y ciento, los que entre todas las compañías auian captivado, repartiendo todos los despojos á los soldados y á los señores, con munchos presentes que allí le dieron.

A la llegada de México se le hicieron grandes recibimientos, casi adorándole como á dios, al qual trayan en una hamaca los caualleros, hasta llegar á la prouincia de Chalco: y llegado á Tlalmanalco mandó avisasen á los guardas del peñol de Tepepulco (que es un peñol de recreacion que agora llamamos del Marqués, de donde se saca y a sacado muncha cantidad de piedra liuiana para los edificios de México), el qual dixo se queria ir allí á descansar, y avisadas las guardas y alcaides de aquel peñol, tuviéronlo muy adereçado para el recibimiento de su señor, creyendo estaria allí algunos

1 Probablemente — "apremio."

dias, de lo qual dieron noticia á la ciudad; donde oydo por el gobernador de México *Ciuacoatl*, envió muncho repuesto[1] con los caballeros y otros munchos señores y gente comun para que allí le recibiesen, el qual llegando á Tlapilzahuayan, todos los señores de aquellas comarcas salieron con grandes presentes de aves marinas y de la tierra, y munchos géneros de peces y sauandijas de la laguna, así de salobre como de la dulce, que es el trato y grangeria de aquellas gentes cercanas á la laguna: él los recibió y agradesció y mandó llamar á todos los viejos y viejas, viudas y guérfanos de aquellas costas, y como á gente pobre los hiço vestir á todos y á todas, sin quedar nenguno ni nenguna que no fuese vestido, de la ropa que por el camino le auian ofrescido los pueblos y ciudades.

De allí fué llevado en una canoa muy entoldada al peñol, donde se holgó algunos dias con aquellos caualleros, descansando del trauajo de la conquista y haciendo allí sacrificios y gracias en los adoratorios que allí tenia. Tornó á voluer á tierra, y poniéndolo en su hamaca partió para México, á donde á la entrada de la ciudad le estauan esperando los esclauos y toda la gente de la ciudad, con la órden y concierto que otras veces emos contado de los recibimientos que se hazian á los demas reyes y exércitos, quando venian de la guerra; y entrando los presos con el alarido y canto acostumbrados en la ciudad, les fueron dadas rosas y humaços en las manos, encensándolos los sacerdotes como á víctimas divinas: fuéronse todos al templo, donde hicieron las cerimonias de comer tierra con el dedo mayor de la mano, y el rey haziendo lo mesmo se sangró las orejas y los molledos y los muslos, en agimiento de gracias: de allí se fué á su casa, donde fué muy bien recibido con el triunpho y señorio acostumbrado, mandando poner en cobro[2] los presos, repartiéndolos por los barrios, dando á cada barrio tanto número dellos para que los sustentasen y engordasen, encomendando á los prepósitos y mayordomos dellos tuviesen quenta con que no cayesen malos, ni se muriesen, ni les fatase cosa de lo necesario y mirasen no se huiese alguno. Luego despidió la gente y á los se-

1 Bastimento, ó provisiones.
2 En lugar seguro.

ñores de todas las ciudades y prouincias, agradeciéndoles á todos el favor y aiuda que le auian dado, y gratificándoselo muy bien se despidieron del muy contentos, y cada uno partió para su prouincia, quedando la ciudad ocupada con la coronacion del Rey.

CAPITULO LIV. [1]

De las solenes fiestas que se hicieron en la coronacion y uncion pública del Rey *Monteçuma* y de los munchos hombres que sacrificaron.

Despues de llegado el poderoso Rey *Monteçuma* de la guerra y recibido con el triunfo dicho, como á tan alto señor pertenecia, atribuyéndole á él toda la honra y gloria de la victoria, determinaron los señores, entre todos, de que se hiciese la fiesta y coronacion pública del Rey *Monteçuma*, y para que su election fuese notoria, así á hombres como á mugeres, y á quien hauian de acudir con sus necesidades, y especialmente estando suspensos, esperando ver la coronacion como era ya uso y costumbre; lo qual determinado, pues auia ya recaudo de vítimas, embiaron á llamar al Rey de Tezcuco y al de Tacuba; el qual era recien electo por muerte de *Totoquiuaztli*, el qual tenia por nombre *Tlaltecatzin*, y juntamente embiaron á llamar á todos los demas príncipes y señores de todas las prouincias, para que viniesen á gozar de la solemnidad y á hallarse presentes en esta coronacion pública del Rey su señor; todos los quales luego empeçaron á venir y á entrar en la ciudad acompañados de toda su caualleria. [2]

Sabido por el Rey cómo los cauildos y consejos tratauan de su coronacion, y cómo los grandes acudian ya á su corte, mandó llamar á todos los principales, en secreto, y rogóles tuviesen por bien de que conuidase á los tlaxcaltecas y vexotzincas y cholultecas, sus enemigos, y á los de Mechuacan y Metztitlan, los quales viendo su voluntad y que el Rey usaua con ellos de aquel comedimiento, di-

1 Véase la lámina 19ª, part. 1ª

2 Es decir, de los caballeros.

xeron que á ellos les placia dello, y así despachó luego sus mensajeros y los envió á convidar á todas las partes dichas, rogándoles se hallasen á la fiesta de su coronacion, y que con sus personas le honrasen, enviándoles seguridad y treguas por el tiempo que las fiestas turasen, declarándoles que las guerras tenian su tiempo y lugar, y pues entre ellos no auia enemistad formada, sino solo por via de exercicio y recreacion y para solaz de los dioses, de una parte y de otra, y comida; que bien sabian que en lo demas, que eran hermanos y deudos y parientes, y todos unos, y que les suplicaua que, sin nengun temor ni recelo, viniesen, que él les daua su fe y palabra de que serian muy bien tratados y servidos como su mesma persona, pues la grandeza y calidad de sus personas lo merescia.

Para esta embaxada escogió el Rey gente muy prencipal; y demas de ser muy señores, era gente animosa y gente que tenia la vida en nada, de mucho ánimo y esfuerzo; y fué así menester, porque se yban á meter entre enemigos y llevauan las vidas en condicion,[1] á causa de que en los términos que dividian estas ciudades y prouincias, auia grandes atalayas y atalayadores con muncha gente de guarnicion que los guardauan, la qual se remudaua de ochenta en ochenta dias, y era gente que siempre estauan velando, que ni un páxaro volando no podia pasar sin ser visto dellos, y hacíanlo porque conocian los ardides de los mexicanos y traiciones, y por no ser salteados de improviso por su descuydo: y estas guardas tenian expreso mandato de sus reyes, que ningun mexicano entrase en ninguna ciudad, ni le dexasen pasar de los términos, sin ser catados y registrados y examinados de lo que querian, ó muertos, y lo mesmo auia de la parte de México; y así el Rey *Monteçuma* escogió gente ualerosa y atreuida y cautelosa, que supiesen hablar el frasis de todas las lenguas y le fingiesen estrangero y estraño, de allá de sus prouincias y ciudades, sin darse á conocer ser mexicanos, hasta estar delante de los señores á quien lleuauan el recaudo y mandato; como lo hicieron los que fueron á Tlaxcala, que llegando á prima noche, ya que escurecia, viéndolos los guardas preguntaron qué gente eran: respondieron en lengua y frasis chululteca, dixeron que eran mensajeros del Señor de Cholula y que

1 En peligro.

trayan cierto recado de su Señor y auiso á los Señores de Tlaxcala, los quales eran quatro los que gouernauan aquella prouincia.

Los guardas, sin mas examinar, creyendo ser de los suyos, dieron aviso al Señor que entonces tenia la gouernacion de Tlaxcala, el qual los mandó entrar, y poniendo ante él las rosas y presentes que lleuauan, hallándose á las solas con él, hablando en su frasis mexicano y quitándose los trajes chulultecas, le dixeron: Poderoso Señor: no te turbes ni te ynquietes, porque nuestra venida no es á darte sobresalto ni alboroto, sino á te seruir, y emos entrado á tí debaxo desta cautela, creyendo que los tujos no nos dexarian parescer delante de tu presencia; pero usando desta cautela de parte de nuestro muy alto y poderoso señor *Monteçuma*, te venimos á convidar, el qual humildemente te suplica, que dexada toda enemistad aparte y las guerras para su tiempo, que te halles á su coronacion debaxo del seguro de su palabra: que solo pretende honrar su persona con tu presencia, la qual palabra te guardará hasta que vueluas á tu asiento real. El señor de Tlaxcala se maravilló y les dixo: grande a sido vuestro atreuimiento, y agora digo que vosotros los mexicanos sois poderosos para emprender todas las cosas que quereis: y mandándoles que tornasen á fingirse chulultecas, los mandó aposentar y dar lo necesario, y llamando otro dia á los de su corte, en secreto les comunicó la embaxada, y tomando parescer de lo que auia de responder; los quales le aconsejaron que no fuese él en persona, sino que enviase uno de los mas principales que entre ellos auia, en su lugar, acompañado de algunos principales; y teniendo este parescer por acertado, llamó á los mensajeros y díxoles que dixesen á su señor *Monteçuma* que le tenia en gran merced la que le hacia en acordarse del, que él yria si se hallase en disposicion para ello, y si no, que él enviaria en su lugar uno de sus grandes señores, acompañado de sus principales, para que le fuesen á servir.

Con esto tornaron los principales á salir de Tlascalla, encubiertos como auian entrado, los quales fueron á Vexotzinco y entraron con el mismo engaño, fingiéndose de Tlaxcala y ser mensageros del Señor de Tlaxcalla y convidándole por la misma manera: fueron á Cholula y se fingieron ser mensajeros del Se-

ñor de Vexotzinco, y lo mesmo hicieron con Tliliuhquitepec, dexándolos á todos convidados para la fiesta de México, acetando todos el convite: lo mesmo hicieron los que fueron á Mechuacan y á Metztitlan y á la Huasteca, fingiéndose todos forasteros y hablando lenguas estrañas, por no ser molestados de los guardas, y así truxeron á su Rey muy buen recaudo, pues todos acetaron el convite y quedaron de venir á la coronacion real y á servlle, para lo qual *Monteçuma*, muy alegre y contento, hizo juntar munchas y muy grandes riqueças, para mostrar la grandeza de México, y así hiço hacer luego en su mesmo palacio real una muy curiosa sala, muy bien edificada y galana, con munchas pinturas con las grandezas de México y de todas las prouincias de donde eran los convidados; juntamente la hizo adereçar de asientos y de esteras muy galanas, poniendo asientos particulares para los grandes señores que viniesen, y estaua este aposento edificado por tal forma que podian goçar de las fiestas y sacrificios sin ser vistos de la gente de la ciudad.

Llegado pues el dia señalado de la coronacion, los señores y Reyes empeçaron á entrar en la ciudad, muy acompañados de caualleros y señores de sus cortes, algunos en persona, otros enviando en su lugar personas muy señaladas: fueron todos muy bien aposentados en aquella sala, la qual estaua tan adereçada de rosas y juncia con munchos géneros de plumajes y rodelas colgadas, de diuersas hechuras y modos galanos, que es de lo que esta gente gusta muncho y se precia, y en que á las veces pone toda su felicidad; los quales aposentados y proueidos de lo necesario con toda abundancia, rogaron al maestre sala que los servia, dixese á su magestad cómo ellos traian gran deseo de velle y besalle sus reales manos, que les concediese licencia para entrar en su presencia; á los quales mandó entrasen, y abriéndoles una puerta falsa, que para el efecto se auia hecho, por ella entraron á donde estaua, y cada prouincia, por sí, con su señor delante, entró y le hiço una larga oracion y le presentaron grandes presentes y riquezas, dándole el parabien de su election y reynado y esto con muncha autoridad y reuerencia; á los quales el gran señor iba rindiendo las gracias con rostro muy apacible y alegre y recibia á cada señor en particular

con muncha cortesía, y hacíalos ir sentando junto á sí por sus antiguedades como iban entrando, á los quales despues que estuvieron todos juntos, les hizo una retórica oracion, porque era naturalmente retórico y orador, y tenia tan galano frasis en el hablar que á todos atraya y enamoraua con sus profundas raçones; y así quedaron estos muy pagados y contentos de su apacible conversacion, y haciéndolos voluer á su lugar, por mano de *Ciuacoatl*, luego los mandó seruir á todos de mantas muy galanas y ceñidores y de cotaras ricas, que ellos llamauan çapatos reales, poniéndoles á cada uno delante la manta, conforme á lo que le pertenecia á cada uno, con sus joias y collares muy galanos y piedras de muncho ualor, todo lo qual se hacia sin dar nota á los dos Reyes de Tacuba y de Tezcuco, porque segun la historia da á entender, fueles oculto esta uenida, porque dice que el Rey *Monteçuma* mandó, por expreso mandato, que nadie fuese osado á los descubrir, ni dar noticia dellos á los demas señores forasteros, de que estaua la ciudad llena, y así no tuvieron ninguna noticia dellos y eran proueydos y seruidos con todo secreto, que munchos de la ciudad tampoco no lo entendieron, porque llegada la noche que se auian de empeçar las fiestas, despues de vestidos, como e dicho, por mano del mesmo Rey, de vestiduras reales, coronas y otras joias preciosas y plumas, salian al bayle que en el patio Real se hacia, apagando por aquel tiempo que baylauan, todas las lumbreras y luminarias que en el palacio auia, las quales eran tantas que parecia ser mediodia; y para que aquellos señores no fuesen vistos ni conocidos, al mesmo punto que salian á baylar, con disimulacion dexauan apagar las lumbres, donde en acabando de bailar, ó que se enfadauan, y entrauan á su aposento, luego en aquel punto tornauan á encender las lumbres, que en un momento se ponia el patio con la mesma claridad que antes estaua; el qual turó quatro dias con sus noches.

Juntamente proveió á los señores de Tezcuco de vestidos Reales, de coronas y braçaletes de oro, de orejeras y beçotes y nariceras de oro, de lo qual se les proveió todos quatro dias arreo, para cada dia el suio: tambien mandó dar mantas y ceñidores, joias y piedras, braçaletes y orejeras, á todos los señores de las prouincias de Chalco, Xuchimilco y Tierra caliente y de todas las demas de

la comarca, y esto cada dia un vestido y adereço diferente: lo mesmo se hizo con todos los señores de México y de Tlatilulco y con todos los de su casa, con tanta liberalidad y grandeça y en tanta abundancia repartia de aquellas riqueças, que mostraua bien el valor de su persona, y no solo en esto, pero en la abundancia de la comida, de la qual, quenta la historia, que entrauan cada dia, de mil indios para arriba cargados, en México, de venados que era principal carne que comian y de conejos, liebres y codornices, gallos y gallinas y de todos los géneros de animales que ellos comian, y de todo género de aves, así marinas como terrestres, domésticas y monteses, de todo género en cantidad, y gran suma de fardeles de chile y de pepitas para especia de los guisados, munchas cargas de cacao para la bebida, pescados de todos quantos géneros auia en la tierra y en las costas, frutas de todo género; en fin, de todo género de prouision que se pudo auer, de mas de ciento y cinquenta leguas á la redonda; lo qual todo fué muy necesario para banquete tan señalado, y á donde tantos señores y grandes acudieron.

Al quarto dia que se acabaron las fiestas fué ungido *Monteçuma* y coronado públicamente por mano de los dos Reyes y del sacerdote supremó, á quien se le hicieron todas las cerimonias y ritos y superticiones que sus leyes mandauan, las quales se concluian con untalle ó embijalle con el betun diuino, lo qual era como consagralle en dios, en lo qual prometia fauor á las cosas diuinas y defender sus dioses y ley y en el vestille las vestiduras Reales y ponelle la corona y todas las demas insignias de Rey, juraua y prometia de guardar sus leyes civiles y fueros y previlegios y preeminencias de la ciudad, y de sustentar las guerras y defender la República ó morir en la demanda.

Acabadas las cerimonias, sentado *Monteçuma* en el mas supremo lugar, que era un lugar diuino, lugar de dioses, sacaron todos los que auian traido presos de la guerra y á la honra de su coronacion los sacrificaron á todos, cosa de grandísimo dolor, siruiendo aquellos malauenturados de vítimas á *Monteçuma*, lo qual era tan ordinario y tan comun entre ellos el matar y sacrificar hombres en cada fiesta, como es ordinario el matar en la carnicería carneros ó uacas, y no lo encaresco muncho, pues auia dias de dos mil, tres mil hom-

bres sacrificados, y dia de ocho mil, y otros de á cinco mil, la qual carne se comian y hacian fiesta con ella despues de auer ofrecido el coraçon al demonio.[1]

Acabado el sacrificio, y quedando las gradas del templo y patio bañadas de sangre humana, de allí iban todos á comer hongos crudos, con la qual comida salian todos de juicio y quedauan peores que si uvieran bebido muncho uino; tan embriagados y fuera de sentido que muchos dellos se matauan con propia mano, y con la fuerça de aquellos hongos, uian visiones y tenian revelaciones de lo poruenir, hablándoles el demonio en aquella embriaguez; todo lo qual acabado y ellos vueltos en sí, los señores de Tlaxcala y de Vexotzinco y de Cholula y de Tliliuquitepec, pidieron el beneplácito Real para irse, lo qual les fué luego concedido, y les fueron dadas algunas joias y cosas ricas á cada señor y unas armas y rodelas con sus deuisas en ellas de ricas plumas, con lo qual salieron de la ciudad lleuando consigo muncha gente y soldados de guardia de México, para que nadie se les atreviese á hacer algun agravio; y siempre salian de noche y por lugares ascondidos para no ser conocidos ni vistos, no los dexando la guardia hasta ponellos en saluo, que era ponellos en sus mesmos términos donde los dexaron y voluieron á dar quenta á *Monteçuma:* lo mesmo hicieron á los de Mechuacan y Metztitlan y con los guastecos y yopitzincas, á causa de que no fuesen injuriados de los pueblos sujetos á México, topándolos en sus términos.

Desde este dia, quenta la historia, que tres veces en el año convidaua *Monteçuma* á los reyes y señores enemigos y les hacia gran fiesta; la una era en la fiesta que ellos llamauan de los Señores, y la otra en la gran fiesta de las uanderas, y la otra quando comian todos hongos, que le llamauan la fiesta de las reuelaciones, las quales

1 Paréceme que el P. Durán no quiso decir en este período lo que él suena; esto es, que *en cada fiesta* sacrificaban de dos á ocho mil víctimas: tal especie seria aun absurda, pues conocemos el ritual y sabemos cuál era el número ordinario, segun la festividad.—Tal vez quiso decir que, despues de una guerra y en solemnidades como la presente, solian hacerse *en un dia* ó mas, sacrificios tan numerosos como los que menciona: bien que siempre habrá de rebajarse bastante.—Los sacrificios, en las festividades ordinarias, eran generalmente de personas reducidas al estado de esclavitud, y la carne de estas víctimas no se comia: solamente era permitido comer la del enemigo hecho prisionero en una guerra pública.

fiestas hallarán en la segunda parte deste libro escritas á la larga. Este órden tomó *Monteçuma* de conuidar á sus enemigos, el intento del qual no lo pone la historia, empero concluiré con decir que *Monteçuma* convidaua á sus enemigos, lo qual no hicieron los demas Reyes sus antepasados, sino solo su aguelo, el primer *Monteçuma*, la qual costumbre turó mientras reynó y lo mesmo guardaron los tlaxcaltecas en convidalle á él á sus solenidades y las veces que iba ó enviaua sus grandes, iba sin ser sentidos de sus gentes ni de la de los tlaxcaltecas, aunque segun la historia, muy pocas veces fué él en persona, ni se halló en estas fiestas ni solenidades; y así acauada la fiesta mandó *Monteçuma* vestir á todos los sacerdotes y leuitas [1] y guardas de los templos y á todos los prepósitos y mayordomos, merinos y centuriones de todos los barrios y á todos los oficiales de la ciudad y luego á todos los viejos y viejas, guerfanos y viudas y á todos los pobres de la ciudad, haciendo á todos grandes mercedes por honra de su coronacion.

CAPITULO LV. [2]

De cómo *Monteçuma* conquistó la prouincia de Cuatzontlan y la de Xaltepec, y de cómo mandó matar á todos los viejos y viejas y reservar toda la gente moça.

Icpatepec y Xaltepec son pueblos ó, por mejor decir, prouincias grandes y de munchas gentes, los quales como supiesen que en México auia Rey nuevo, creyendo no seria hombre belicoso ni tan astuto ni riguroso como era, quisieron hazer de las suyas, porque son gente que luego tientan á los recien electos y procuran tomalles el pulso para ver el brio que tienen, y son en esto tan avisados y astutos, que el que ven de buen coraçon y blandas entrañas, como ellos dicen, hacen muy poco caso del, y en lugar de agradalle le hacen beber mil hieles; y así queriendo estas prouincias ver y experimentar el brio con que *Monteçuma* entraua á reynar, manda-

1 Ministros inferiores del templo.
2 Véase la lámina 20ª, part. 1ª

ron matar á todos los mexicanos y á todos los de su parcialidad que en sus términos hallasen, y así lo hicieron sin que quedase uno ni mas; y luego como lo tenian de costumbre, arauan los caminos y veredas y cerrauan todas las entradas y ponian grandes derrumbaderos, cercando sus pueblos con grandes y altas albarradas y pusieron sus defenças, lo mejor que pudieron, para reparo de sus ciudades, creyendo poderse sustentar y eximir como se sustentauan los de Mehuacan y los de Tlaxcala y los de Metztitlan y Uastecos, no mirando que la raçon que daua este poderoso Rey á los que le preguntauan, como no queria sujetar á Tlaxcalla y á las demas prouincias, dezia que las guardaua para exercicio de sus gentes y onra de sus caualleros, porque el exercicio de la milicia no se perdiese y para comida de los dioses; lo qual parece querer imitar á lo de la Escritura sagrada, que dize, que dexó Dios á los Gebuseos para exercicio de milicia, á los hijos de Israél, para que se exercitasen en las guerras.

Creyendo estos de Icpatepec evadirse de la servidumbre de México, creyendo ser tiempo oportuno, reueláronse contra los mexicanos, lo qual sabido en México, deseoso[1] el Rey de semejantes nueuas, mandó luego llamar á los dos Reyes sus comarcanos y á todos los demas señores de todas las demas prouincias, los quales venidos uvo junta real y dióles parte del negocio que se ofrescia, como siempre hacia, porque sin el ayuda y favor de todos estos señores y reynos, *Monteçuma*, ni su gente, no valian nada. Acauado el consejo y parecer de que se les diese guerra, mandó *Monteçuma* que luego en todas las ciudades se les diese noticia á los soldados y que luego se apercibiesen y que fuese la mas que se pudiese juntar, y juntamente muncha cantidad de mantenimientos, porque para tierras tan apartadas de México y de las demas prouincias, era necesario llevar bastante provision, aunque en los pueblos donde llegaban les proveian de bastante provision, y ellos que no se descuidauan de buscallo, quando se descuidauan de no dárselo, á uso de soldados; y así no se escandaliçan estos de que los soldados españoles roben y hagan mal, por la noticia que tienen de que su

1 Así en la copia: quizá con esta palabra se queria decir que la nueva habia complacido al rey.

oficio es hurtar, en siendo soldados, y hazer desafueros; y como esta gente indiana si no anda siempre con el pan en el seno trauaja mal, así el Rey *Monteçuma* conociendo en ellos esta flaqueza, procuraua llevar bastimento que no les faltase y desmayasen al mejor tiempo; y es de sauer que estos tenian un órden en las guerras y era, que se dividian en escuadrones, y mientras tantos escuadrones peleaban, los que estauan quedos comian mientras aquellos peleaban, y cansados aquellos de pelear, salian estotros, y los que auian peleado, el descanso que tomauan era sentarse á comer de lo que los prouedores les tenian aparejado, y á aquello llamauan tomar resuello, y era quando los enemigos les turauan [1] muncho.

Acauado el consejo y determinacion, los Reyes partieron para sus ciudades y todos los demas señores, y empeçaron á hacer la gente, para la qual guerra se movió tanta, que fué menester ir á la mano á todos los que querian ir, porque no quedasen las ciudades despobladas; y no solamente se movian los mexicanos y sus amigos y parciales, pero tambien se les juntauan algunos soldados de los tlaxcaltecas, sus enemigos, y cholultecas y vexotzincas, los quales, por solo robar y otros por exercicio, se entretexian en las compañías, encubiertos ó como podian, y así jamas la ystoria pone el número cierto de los que iban á las guerras, y así debaxo de una generalidad dize siempre que iba gente sin número, comparándolos unas veces al hormiguero y otras á la arena del mar, y así por marauilla [2] pongo el número de combatientes que estos Reyes sacauan para la guerra, por no poner cosa incierta en lo que la ystoria no pone número ni relacion. La causa porque se mouian así tantos á la guerra, aunque la principal era su propio interes y ganancia de honra y bienes, lo segundo era no tener su vida en nada, y tener por bien auenturados á los que en la guerra morian; y así llamauan á la guerra *xuchiyaoyotl*, que quiere decir *guerra florida*, y por el consiguiente llamauan á la muerte del que moria en guerra *xuchimiquiztli*, que quiere decir *muerte rosada, dichosa y bien auenturada*.

Partió esta gente de México y de las demas ciudades un dia se-

1 Esto es, "les resistian."
2 por casualidad, ó accidente

ñalado, con tanta alegría y contento quanto la ystoria lo puede significar, y mientras mas lejos iban, mas alegres y contentos iban: partió con ellos el Rey *Monteçuma* y el Rey de Tacuba, del qual hace mencion la historia y no del rey de Tezcuco: la causa de ir el Rey de Tacuba debió de ser, que como era recien electo queria ganar honra y mostrar su valor y ánimo: partió con *Monteçuma Ciuacoatl*, hijo de *Tlacaelel*, príncipe de México, y con ellos todos los grandes, al qual á la primera jornada le mandó *Monteçuma* se voluiese á México, encomendándole la gouernacion del reyno, y mandóle que luego en llegando cortase la caueça á todos los aios de sus hijos y á todas las amas que estauan en compañía de sus mugeres y mancebas y que pusiese otros de nuevo. *Ciuacoatl* holgara ir á esta guerra y así, muy pesante, volvió á México acompañado de los consejos Reales y de las justicias de la ciudad y de los Señores que eran ya jubilados [1] de poder ir á la guerra; el qual luego en llegando executó lo que el Rey le auia mandado, degollando á todos los ayos de los príncipes y á todas las amas y demas que estauan con las reynas y mancebas de *Monteçuma*, y así *Monteçuma* envió tras él unas espías para saber si se executaua su mandado; lo qual visto por los espías, le fueron á dar noticia de la execucion del caso. En esto se señaló muncho este Rey, en que se cumpliese lo que él una vez mandaua, y que sin réplica se ejecutase luego, no admitiendo ruegos ni terceros. La causa porque mandó matar á estos ayos y amas, no lo dice la istoria, porque fué cosa abscondida [2] al Rey. [3]

Antes que el Rey pasase adelante mandó llamar á los Señores del Tlatilulco, que agora son los del barrio de Sanctiago, los quales venidos ante él, les dixo: Bien os acordareis que mi padre os hiço guerra y os sujetó á la corona Real de México, y os impuso por vuestra rebeldía cierto tributo con el qual no aueis acudido, como era razon que acudiérades, especialmente para esta guerra y

1 ó exentos del servicio militar.

2 ó un secreto del rey.

3 No es improbable que éste y otros actos sanguinarios, atribuidos á *Montecuhzoma*, fueran de aquellas creencias populares que se forman bajo los gobiernos despóticos y arbitrarios, exagerándose al pasar de boca en boca, y creciendo con el tiempo. No hay duda en que el gobierno de *Montecuhzoma* fué de aquel carácter.

la pasada; pues saueis teneis obligacion á traer armas y prouision. Ellos le respondieron era así verdad, que su padre les auia mandado diesen aquel tributo; pero que los Reyes pasados, sus tios, auian disimulado con ellos, reconociendo que todos eran deudos y parientes y de una congregacion, y que les auian dexado pasar sin aquella carga y tributo. Él les respondió: si mis tios disimularon con vosotros, yo no quiero disimular, sino llevar adelante lo que mi padre os mandó, pues lo ganó en buena guerra; y así os mando que luego, antes que yo de aquí parta, me traigais lo que sois obligados á traer, y agradecé que no os hago cumplir todo lo reçagado: y esto hacé; donde no,[1] mande hacer justicia de vosotros. Los del Tlatilulco venian á aquella guerra bien apercebidos; y luego, antes de salir de su presencia, mandaron traer de la prouision que trayan, y aparato, lo qual sin dilacion le pusieron delante á *Monteçuma* munchos costales de cacao molido y de maiz tostado, y otro hecho harina y de frisol frangollado,[2] munchos fardos de pan vizcochado y de chile y pepitas; mas, pusieron delante muncho número de cotaras y de armas, flechas, rodelas, espadas, hondas y de todo género de rodelas galanas para señores y de todas las armas y instrumentos de guerra que ellos úsauan, y juntamente le pusieron delante muncho número de mantas de nequen, muy delgadas, que ellos llaman mantas para el sol; y como hombres que de aquello hacian muy poco caso, le ofrecieron si era servido de otra cosa, que ellos estauan prestos y aparejados de se lo dar. Él, viendo la liberalidad con que le auian dado el tributo y que se ofrecian á dalle todo lo que mas quisiese, disimulando con palabras se lo agradeció, y por dalles algun favor mandó fuesen los señores de aquella compañía aposentados junto á su aposento y tienda siempre, y que fuesen proveydos de todo lo necesario como á él mismo, y hízolos vestir de ropas y restituyóles sus ditados, á ellos y á todos los que desde allí en adelante los ganasen en las guerras, de lo qual (segun la ystoria lo da á entender) deuian estar privados hasta aquel dia, y de todas las demas preminencías de caualleros, segun sus leyes, como traydores. Tambien dice que alcançaron licencia para tornar á redificar su

1 Es decir,—"y si no cumplís, mandaré, etc."
2 cocido.

templo, el qual auia estado caydo y hecho muladar y estercolera desde que fueron vencidos; lo qual alude á lo que entre nuestra nacion se usa, que es sembrar de sal y poner por el suelo las casas de los traydores, lo qual executaban estos en las casas de los dioses, creyendo que dellos salia el consejo de revelarse y acometer traycion.

Tambien fueron admitidos y restituidos para que pudiesen llevar sus compañías y capitanías, por sí, á la guerra, como ciudad y prouincia de por sí. Usó con ellos *Monteçuma* de todas estas gracias con muncha liberalidad, mostrándoles muncho amor y amistad, tratándolos como á deudos, parientes y amigos, dejándolos con sola la carga del tributo, que esta jamas á nadie la perdonó.

Luego partieron de aquel lugar y siguieron su camino para las prouincias que se auian de conquistar, donde llegados armaron sus tiendas y Real, á vista de las albarradas de los enemigos, donde mandó *Monteçuma* dividir la gente en tres partes y hacer dellas tres batallas, para que cada una combatiese por su parte, porque era muy amigo de saber quiénes eran los que se auentajaban y mostraban mayor valor, y así dió á los meros mexicanos[1] una, y la principal, haciéndose él caudillo della, y la otra fué de la gente tezcucana y de toda su prouincia, haciendo general al mas principal y valeroso dellos, y la tercera dió á los tepanecas, haciendo á su Rey caudillo dellos, las quales tres partes hechas, el Rey *Monteçuma* envió exploradores y espías secretas, para que considerasen el apercibimiento de los enemigos y el estado en que estauan aquellas gentes y ciudades; los quales se dieron tan buena maña y entraron con tanta cautela y disimulo, que aguardando á la noche, hurtaron de las mesmas casas de la ciudad algunas piedras de moler y algunos platos y escudillas (y segun la istoria dice); hurtaron algunos niños durmiendo al lado de sus madres, todo lo qual truxeron ante *Monteçuma*, el qual, como lo vido, atribuyéndolo á muncho descuido, mandó apregonar que ningun viejo ni vieja ni nenguno que pasase de cincuenta años quedase á vida, porque estos eran los que acometian las traiciones y eran causa de las rebeliones y incitauan á la demas gente moça y les aconsejauan siempre mal; y

1 á los de Tlaltelolco.

así se empeçaron á conquistar aquellas ciudades y á correr toda aquella tierra, unos por una parte, otros por otra, segun la órden dicha, matando todos los que parecian pasar de cincuenta años, así hombres como mugeres, y juntamente robando y saqueando las casas y lugares, sin quedar cosa en ellas; la qual tierra se corrió algunos dias y se sujetó toda á la comarca Real de México; donde en cada ciudad aposentauan al Rey, le juraban por Señor y le ofrecian luego sus parias y presentes.

Los de Tequantepec auian estado á la mira para ver el suceso, y como vieron que el Rey auia prevalecido y que aun no auian acudido á México á hazer el reconocimiento y á dar el parabien al nuevo Rey, vinieron á *Monteçuma* todos los grandes señores á le saludar y dar el parabien de su venida en aquellas partes y á ofrecelle grandes dones y presentes, significándole el gran deseo que de velle tenian; á donde le pidieron una hija suia por mujer para el señor y eredero del Reyno y prouincia de Tequantepec, el qual se la concedió, la qual despues truxeron y casaron con su Rey y señor con muncha honra y grandes fiestas y regocijos, teniéndose por muy dichosos y bienaventurados de auer alcançado señora de tan alta sangre, teniéndola en lo que era raçon tener; la qual despues, andando el tiempo, libró á toda su ciudad y á su marido, avisándole de una celada de diez mil mexicanos que estauan encubiertos dentro de Tequantepec, enviados por *Monteçuma* para destruylla, á causa de que despues que el señor de Tequantepec desposó y casó con su hija y tuvo eredero, no acudia al reconocimiento de su suegro como solia, teniéndose por tan gran señor como él, y lo que á él le auia de dar guardallo[1] para el príncipe su hijo y nieto del mismo *Monteçuma*. Esta celada descubrió la Reyna de Tequantepec á su marido, el qual con todo secreto mandó avisar que cada vecino aquella noche matase todos quantos forasteros y guéspedes tuviese en su casa, sin que quedase nenguno á vida, lo qual se executó y mataron aquella noche diez mil soldados muy valerosos y valientes, todos mexicanos que auian llegado, los quales iban entrando poco á poco. Pero tornando á nuestro propósito, el exército partió para México y *Monteçuma* con ellos,

1 Tal vez—"guardábalo."

trayendo consigo á los señores de Tequantepec, haziéndoles muncha cortesía y dándoles munchos favores, los quales despues tornaron con munchas y muy ricas preseas para su rey y muy acompañados de cavalleros y gente principal que acompañaban, así á ellos como á la señora que iba á ser esposa de su Rey y Reyna de Tequantepec. Desta señora quentan algunos que no era hija de *Monteçuma*, sino hermana, en lo qual va poco á decir; basta ser cosa que le tocaua.

Cuenta la istoria en este lugar, por gran grandeza, que desde que salió *Monteçuma* de la prouincia de Xaltepec, hasta que llegó á Chalco, todos los dias que caminó, salian los principales y señores de todas aquellas ciudades y pueblos comarcanos con su gente, y poniéndose de la una parte y de la otra del camino, todos como en procesion, todos tan espesos y pegados unos con otros, que entre uno y otro no era posible cauer cosa nenguna, y todos tan compuestos y umildes y tan baxas las caueças, que con auer tanta gente de una parte y de otra parescia no auer ánima nacida: el qual como iba pasando se iban ellos umillando y dándole el parabien de su llegada, y así se iba desaciendo aquella muralla de indios que en todo el camino auia. *Monteçuma* iba en su hamaca[1] sentado, puesta en hombros de señores, el qual quando llegaua á los pueblos donde paraua, salian todos á hacelles grandes recibimientos y los señores de aquel pueblo le tomauan en sus hombros y le llevaban á las casas y aposentos reales que le tenian adereçados, donde aposentado y proveido de lo necesario de comida y bevida, para él y sus grandes y todos los que con él iban, la sobre comida era ofrecelle y presentalle oro, piedras preciosas, joias, plumas, mantas, ceñidores, cintas de oro para la caueça, braçaletes, calçetas, çarcillos, beçotes y nariceras, de todo muncha cantidad y riqueça, que era cosa de ver y aun de notar de dónde auian tanta riqueça. Desta manera y con este triunfo llegó *Monteçuma* á Chalco, donde no con menos aparato y pompa fué recibido, donde nota la istoria que salieron los governadores de Chalco, que casi eran como Reyes de aquella prouincia, y que le dieron aguamanos, lo qual de nenguno de los Reyes pasados a notado, al qual despues de auer comido y

1 En andas.

bebido opulentísimamente, le ofrecieron muncha suma de riqueças recogidas en toda aquella prouincia.

El les dió las gracias con palabras muy amorosas y mandó avisasen en el peñol de Tepepulco, donde él tenia hecha una casa de recreacion en el mesmo cerro y en las concauidades del, de muncha curiosidad, DICIENDO que quería irse allí á descansar algunos dias, fingiendo que iba á aguardar allí la llegada de los presos y catiuos que traya de la guerra, porque estos entrauan en las ciudades con los señores, como por tropheos de sus grandeças, y por otra parte envió á mandar al governador de México, *Çiuacoatl*, hiziese salir á recibir á los señores y grandes con el mismo aparato que á su persona, segun sus leyes y ordenanças lo mandauan. El se fué á Tepepulco y los grandes señores se partieron para México, donde en llegando que el Rey llegó á Tepepulco, luego acudieron todos los vecinos y comarcanos de toda la laguna en sus canoas, con munchos presentes de aves marinas de todo género dellas y de peçes y ranas y de todas quantas savandijas ay en las riberas y rios desta laguna, haziéndole grandes salvas y pláticas, el qual los recibia con muncho amor y los despedia muy consolados, vistiendo á viejos y viejas, niños y guérfanos y viudas y á todos los prencipales, haziéndoles dar de comer y beber; y era tan ordinario y tan celebrado entre ellos y tenian por tan principal regalo el dar luego de comer y beber á todos quantos venian á saludalle, que á qualquiera ora que viniese á saludar al Rey, ó con qualquier mandado ó recaudo, y no solo al Rey pero á qualquiera de los señores, por mediano que fuese, aquella mesma ora le auian de dar de comer y beber, para lo qual auia proveedores que auian de tener provision aparejada, para en llegando dalla sin escusa, so pena de la vida.

Despedida la gente y apartado *Monteçuma* á sus retraymientos y recreaciones, mandó llamar á su secretario y le dixo aparejase luego una canoa con seis remeros, y en anocheciendo, sin dar quenta á nenguno y sin ser sentido, se salió encubierto y se metió en la canoa y vino á la ciudad y mandó no se diese aviso de su llegada, porque quería ver el recibimiento que se hacia á los señores, encubiertamente, y notar si por no venir él con ellos auia alguna falta

en las cerimonias; y así fué que saliendo á recibir á los señores, con toda la solenidad y fiesta acostumbrada y con todas las cerimonias que solia, salió él encubierto y pusose en lugar donde gozó y notó todo lo que se hacia, sin ser visto de nenguno.

Llegados los señores á la ciudad y siendo recibidos con la fiesta y cerimonias dichas, fueron al templo y hicieron sus acostumbradas gracias á los dioses, comiendo con el dedo la tierra de junto á sus piés. Luego se sonó,[1] antes que de allí saliesen de hacer aquella cerimonia, cómo el poderoso señor era llegado á sus casas reales, lo qual, como se supo, desde el templo se fueron todos derechos al palacio Real á le saludar y hacer la cerimonia que ellos usauan hacer á los Reyes quando venian de las guerras, que era, despues de adorado el ydolo y dádole gracias por la victoria, adorar al Rey como á semejança del mismo ydolo, por cuya industria se auia conseguido aquella victoria. Acauada la cerimonia y pláticas y oraciones que al Rey se hicieron y despedidos los grandes y señores y dándoles las gracias del buen recibimiento y del órden y concierto que hallaba en la ciudad, se entró en su recogimiento.

Auia en la ciudad una costumbre; que luego que llegauan los señores de la guerra acudian á sus casas algunos hombres pobres y viejos y dáuanles el parabien de la venida, alabándoles sus grandeças y proeças, haciéndoles oraciones y pláticas adulatorias, á los quales aduladores dauan aquel dia de comer y beber y los vestian de mantas y bragueros y cotaras, dándoles algo de los despojos que traian; lo qual era grandeça de los prencipales y era cerimonia muy usada entre ellos; y así los pobres de las ciudades todas las veces que iban á las guerras los prencipales, rogauan á los dioses y hacian particular rogatiua porque alcançasen victoria, por respecto de aquel interes que de allí se les seguia y prouecho, lo qual perdian quando no tenian victoria.

Luego, sabida la llegada del Rey á México, todos los señores de los pueblos comarcanos les vinieron á dar el parabien de su llegada.

1 Se susurró.

CAPÍTULO LVI.[1]

De la causa por qué *Monteçuma* dió guerra y conquistó la prouincia de Quetzaltepec y Tototepec, y de la gran resistencia que halló en conquistallas.

Los lapidarios de la ciudad de México y de Sanctiago y de todas las demas prouincias tuvieron noticia, cómo en la prouincia de Tototepec y Quetzaltepec, auia una arena apropiada para labrar las piedras y que tambien se hallaua allí el esmeril para bruñillas y ponellas muy limpias y resplandecientes, DE lo qual dieron noticia al Rey *Monteçuma* y sinificaron la dificultad con que los de aquellas prouincias lo dauan y el muncho precio con que se compraua. *Monteçuma*, auido su consejo, determinó de enviar sus mensajeros á Tototepec y á Quetzaltepec pidiéndoles le hiciesen merced de comunicalle de aquella arena para los oficiales lapidarios; quel les comunicaria y enviaria siempre el retorno de las cosas que quisiesen; que no queria si no que fuesen como un trueque, que en esta tierra era el modo de comprar y vender el trocar unas cosas por otras; para lo qual envió cien principales y con ellos muy ricas mantas y munchas otras joyas y cosas preciosas de plumas y rodelas para que lo presentasen á los señores de aquellas dos ciudades, ofreciéndoles su favor y amistad para siempre. Los mensajeros llegaron á Tototepec, Y yéndose á las casas reales dixeron á las guardas que auisasen á su señor, cómo estauan allí unos mexicanos que le querian hablar de parte de su señor el Rey de México. El señor, entendiendo eran mensajeros, los mandó entrar, los quales, puestos ante él, le hicieron la reuerencia y acatamiento que ellos usauan, porque en esto de buena criança era esta nacion muy aventajada y en tener respeto á los grandes y en honorarse unos á otros, y en ospedar á los caminantes y peregrinos; y pusiéronle delante

1 Véase la lámina 20ª, part. 1ª

la mitad del presente que llevaban, el qual ofrecido propusieron la demanda que llevauan de parte de su Rey, lo qual oydo por el señor de aquella ciudad de Tototepec, dixo que fuesen bien venidos, que descansasen, que aquello que pedian estaua en parecer de la república y del señor de Quetzaltepec; que él les hablaria y les daria la respuesta; el qual luego hizo [1] un mensajero á Quetzaltepec, avisando al señor de aquella ciudad cómo *Monteçuma* les enviaua á pedir aquella arena y el esmeril para labrar piedras; que qué le parecia. El, comunicándolo con sus cauildos, fueron de parecer que no se les concediese ni se sujetasen á nadie ni dado ni comprado; y para que *Monteçuma* no supiese tan presto esta respuesta, era de parecer que matasen á todos los mensajeros, y que el órden fuese para matallos, que los cinquenta dellos se los enviasen allá y que los otros cinquenta se quedasen en Tototepec y que en llegando ante él, él ternia gente apercebida que los mataseu luego y que en aquel mesmo punto matasen los que allí quedauan.

Oydo este concierto por el señor de Tototepec, aunque no gustó del, en fin, no pudiendo hacer otra cosa, envió los cinquenta principales á Quetzaltepec, los quales llevaron la otra mitad del presente que auian traydo, y puesto ante el señor de Quetzaltepec le propusieron su embaxada. El, con cara muy enojada, les respondió: ¿piensa *Monteçuma* de sujetar todo el mundo, que nos manda como si fuéramos sus vasallos? bien parece que no a prouado el valor de los quetzaltepecas, ni los mexicanos an tenido guerra con nosotros, que no os atreviérades vosotros á venir con esos atrevimientos; y mandando á los suyos los matasen, luego allí en su presencia fueron muertos y echados en el rio de Quetzaltepec, ques grande y furioso. A aquella mesma ora fueron muertos los que quedaron en Tototepec y echados en una quebrada. Muertos los mensajeros y temiendo lo que de su muerte auia de suceder, fueron de parecer que se cercasen y hiciesen algunas albarradas y cercas para su defensa y así se puso por obra, porque Tototepec [2] demas de tener el rio grande por amparo, hiço hacer cinco cercas las mas fuertes que pudo, todas de piedra y tierra muy apisonada y de maderas gran-

1 Envió.
2 Parece que debe decir—"Quetzaltepec."

des y de todo género de fagina. Acauadas estas cercas, que la que cercaua el pueblo era de seis braças en alto y de quatro en ancho, siendo las demas que se les iban siguiendo de á quatro y á cinco en alto, pusieron sus guardas y centinelas sobre cada cerca con gente de guarnicion, Y OBSTRUYERON el camino real con munchos troços de maderos y piedras, espinas y abrojos para que no se pudiese andar, y para sí, buscaron sendas y entradas ocultas y escondidas, para que nadie les supiese su entrada ni salida, y lo mismo hicieron los de Tototepec, reforçando sus ciudades lo mejor que pudieron, temiendo la furia del enemigo, que era el mexicano, de quien toda la tierra temblaba.

Esperando *Monteçuma* sus mensageros y temiendo el mal suceso, envió á buscallos y hallaron lo que dicho es; cerrados y tapados los caminos, y mirando á unas partes y otras, vieron el concurso de las auras que acudian á los cuerpos muertos, y acudiendo al rastro dellas hallaron los cuerpos de los mexicanos despedaçados y comidos de fieras: demas desto auian las guardas auyentado munchos mercaderes que solian acudir allí á sus grangerias; de todo lo qual fué dada noticia á *Monteçuma*, el qual con grandísima indignacion envió á las prouincias comarcanas que luego apercibiesen sus gentes para ir á vengar una injuria tan grande como se le auia hecho; y llamando á las mugeres de los mensageros muertos, mostrándoles las mantas y ceñidores de sus maridos, las quales conociéndolas le dixeron ser aquellas las ropas que sus maridos lleuaban, y llorando amargamente fueron consoladas por el Rey y dadas munchas dádivas y mercedes.

No contento *Monteçuma* con las nuevas que tenia de sus mensageros que él auia enviado, mientras se hacia la gente [1] en las ciudades envió otras espias, mandándoles estrechísimamente que caminasen de noche y de dia sin parar, y viesen y esplorasen las ciudades y las rodeasen y considerasen con mucha de diligencia y viesen las cercas y las midiesen, y si pudiesen entrar en la ciudad entrasen y se satisfaciesen de todo lo que les hiciese al caso para el provecho de la guerra y para entrar en aquellas ciudades. Los mensageros, no perezosos en cumplir el mandato de su señor, caminaron de no-

1 Se reunia y organizaba el ejército.

che y de dia, y llegados á Quetzaltepec pasaron el rio con determinacion de hacer lo que su Rey les auia encomendado, y queriendo llegar á la primera cerca salieron de entre las yervas las guardas y centinelas del muro, y queriéndolos prender dixeron que eran mercaderes y que venian á buscar su vida como solian. Las guardas, creyendo ser así, los mandaron voluer y amenazaron, con pena de la vida, que luego voluiesen á pasar el rio, y ellos así lo hicieron con mas miedo que verguença; y temiendo de voluer á su señor con tan mal recaudo, creyendo los matarian, quisieron aguardar á la noche; pero viendo tanta vela y cuidado en guardar, se voluieron á México y dieron relacion de todo lo que les auia pasado. Oydo por *Monteçuma*, echó bando que dentro de tercer dia saliese todo el exército y que en la ciudad de México solos quedasen los viejos y impotentes, enfermos y niños, y que ningun moço que pase de diez y ocho años quedase en la ciudad, sino que todos fuesen á esta guerra, de suerte que á tercer dia salió el exército de todas las ciudades y prouincias, quedando México tan solo que casi no parecia gente en la ciudad, porque fué á esta guerra gente que cubria el sol, que pasauan de quatrocientos mill combatientes, todos gente muy lucida y bien adereçada, en lo qual se esmeró *Monteçuma*, mas que ninguno de sus antecesores, en repartir á sus soldados y capitanes armas y divisas muy galanas y curiosas con que iban muy vistosos.

Este exército fué á parar á Xaltianquizco y allí se aguardaron unos á otros y se reforçaron de todo lo necesario, donde *Monteçuma* en persona hiço junta de los señores de todas las prouincias sobre el consejo que en cercar aquellas ciudades se auia de tener; en el qual salió determinado que les pusiesen cerco por tres partes, y que México y su gente tomase la delantera y combatiese al rostro de la ciudad, y que Tetzcoco y su gente combatiese por el lado derecho y Tacuba con su gente combatiese por el lado izquierdo, porque era amigo de ver en quién estaua la falta y flaqueça, lo qual no se echa de ver todos juntos en el exército cerrado; y así con este ardid de *Monteçuma*, cada parcialidad de gentes se procuraba señallar, temiendo la deshonra y infamia. Allí mandó *Monteçuma* que se enviasen exploradores que explorasen la tierra y se busca-

sen caminos y veredas para que el exército caminase, porque estauan todos los caminos cegados y tapados con piedras y troços de árboles y ramas y espinas, y así fueron unos por una parte, otros por otras, pasando rios y quebradas hasta que allaron atajos y caminos, aunque trauajosos; los quales vueltos, se alçó el Real, y guiándolos estos exploradores llegaron á la orilla del rio, que llamaban Quetzalatl, el qual iba crecido y furioso y entraua en la mar con muncha furia, de lo qual el exército reciuió mucho temor, y alojándose por aquella rivera los de Tototepec y Quetzaltepec, salian de la otra parte á hacer fieros y munchos visajes con el cuerpo y con los rostros, y con piés y manos, diciendo munchas palabras injuriosas y desonestas. Llegaron á este rio una ora antes que amaneciese, porque *Monteçuma* los auia hecho caminar toda la noche.

Llegados allí, *Monteçuma*, enemigo de perder tiempo, mandó á los capitanes que luego sin dilacion se hiciesen munchas balsas y puentes de raices de árboles y de carriço, que en su lengua se llaman *ácatlapechtli*, que propiamente son balsas de cañas y puentes, como red, de raices que llaman *cuauhmatlatl*, y hechas con la diligencia posible, en lo qual gastaron todo aquel dia. Venida la noche mandó *Monteçuma* echar las balsas y puentes, y en muy poco espacio de tiempo pasó todo el exército de la otra parte del rio, de lo qual los de Tototepec estauan muy descuidados, confiados en el rio, que como iba tan creciente y furioso, tuvieron por imposible podelle pasar con tanta facilidad; pero el mexicano, viéndose de la otra parte del rio, sin mas esperar, á aquella ora y punto dieron en la cerca, tan de improviso, que aunque las centinelas tocaron al arma, por presto que los de la ciudad se revoluieron, ya tenian los mexicanos hechos muchos portillos, y entrando en la ciudad quemaron el templo y las casas Reales y metiendo toda la gente á cuchillo, quanta pudieron auer, y robando la ciudad toda, no quedaron sino las mugeres y niños, á las quales mandó *Monteçuma* nadie hiciese mal. Este robo y matança turó hasta el dia, el qual venido mandó *Monteçuma* recoger la gente, la qual auia entrado tan adentro á todas las rancherias y aldeas y puebleçuelos de la comarca á robar, que era medio dia y no acabauan de voluer, porque unos venian agora y otros de aquí á una ora, y así estuvieron todo el dia

en recogerse, los quales traian grandes despoxos y hombres presos y en colleras, dellos heridos, dellos sanos, dellos medio muertos, tratándolos con tanta crueldad que era compasion.

Recogida la gente, el Rey *Monteçuma* tomó consejo y juntó á todos los señores y grandes de las prouincias y tomó parecer sobre la ida á Quetzaltepec, que era la segunda ciudad; y queriendo usar de algun ardid para tomalla, salió determinado que se hiciesen muchas escalas para subir las murallas y que se hiciesen gran número de coas de palo para cabar las tapias y deshacer las albarradas; pero los de Quetzaltepec, viendo el daño que sus vecinos auian recebido, escarmentando en caueça agena, por sus espias supieron lo que en el exército de *Monteçuma* se hacia, y poniendo muchas piedras encima de las murallas y troços de palo y varas arrojadiças, cargáronlas de gente, la qual toda aquella noche no dexaron de cantar y vocear para que los enemigos entendiesen que no dormian. El gran señor *Monteçuma*, viendo que no podia hacer lo que deseaba, otro dia de mañana juntó su gente y esforçándolos, dixo: valerosos mexicanos y tezcucanos y tepanecas, con todas las prouincias: aquí no podemos hacer otra cosa sino morir ó vencer, porque á esto somos aquí venidos: nuestros contrarios muestran valor y coraçon y propósito de defender su ciudad: ruegoos que agais como valerosos, que en esta empresa el morir es vivir para siempre con perpetua honra y gloria. Estando en esto asomó el exército de los contrarios, que salia por un lado de la ciudad, muy en órden y gente muy lucida, y puestos en ala junto á la primera cerca, que era de quatro braças en ancho y de tres en alto, todos fuera de la ciudad en el campo, *Monteçuma* mandó que solos los mexicanos, con los chalcas y tlaluicas, saliesen á ellos, y quel tezcucano se estuviese quedo y el tepanecatl, hasta quel mandase lo que auian de hacer. El mexicano salió al enemigo, el qual le salió á receuir con muy buen denuedo; y trauando una cruel batalla, los mexicanos por llegar al muro y los de la ciudad por defendello, murió mucha gente de ambas partes, y reciuiendo los mexicanos gran detrimento de las muchas piedras que de las murallas arrojauan y varas, les fué forçado retirarse, porque auia turado la batalla casi todo el dia, quedando los de la ciudad victoriosos en alguna manera.

Otro dia de mañana salió la gente de la ciudad al campo, y no con menos brio y ánimo que el pasado empeçaron á pedir batalla. *Monteçuma* mandó que saliese al campo la gente tezcucana sola, con toda su prouincia, que por lo menos serian cien mill combatientes, y salidos al campo empeçaron una reñida batalla, la qual turó todo el dia, sin poderse conocer ventaja entre los unos y los otros, ni poder llegar al muro los tezcucanos, que era lo que mas pretendian; y con esto se voluieron á sus Reales y tiendas con pérdida de alguna gente, aunque poca.

Otro dia salió al campo la gente tepaneca con toda su prouincia, que era gran número de gente, la qual se uvo [1] tan valerosamente, que no los pudiendo resistir los de la ciudad, se empeçaron á retraer ácia el muro. *Monteçuma*, viendo que los tepanecas peleaban tan valerosamente y que hacia retirar al enemigo, mandó tocar al arma, y en un punto salió el mexicano al campo y por otra parte el tezcucano, y arremetiendo todos de tropel, apellidando los unos México, México, los otros Tezcuco, Tezcuco, acudieron cada uno por su parte rompiendo por el exército de los enemigos; y aunque de las murallas recebian gran daño de las piedras grandes y troços de palos que derriuaban, llegaron á ella y arrimando escalas, y otros, como gatos, subieron por ella, y otros cabando por el cimiento ganaron la primera cerca, que era de tres braças de alto y de quatro en ancho, haciéndose los de la ciudad fuertes en la segunda, que era de seis braças en ancho y de quatro en alto, de donde hicieron guerra tres dias á los mexicanos sin podellos entrar: allí vinieron los señores á hablar á *Monteçuma* y á rogalle que se fuese y los dexase en su ciudad, porque ellos no se auian de dar, y que antes auian de morir y perder sus mugeres y hijos que rendirse. Él les respondió, que si él pensara voluerse sin vitoria quando salió de México, que no saliera del; pero que ya que estaua allí, quel auia de morir ó vencer y que no hiciesen caso de su estado y que no les diese pena, que si como auia seis dias que peleaba, uviera seis años, que para eso y mas tenia ánimo y intencion de estar; y así aquel dia ganó su gente la segunda cerca, y poco á poco se las fué ganando asta que llegó á la quinta, que era de seis braças en

1 se portó

alto y de seis en ancho, junto al qual los mexicanos hicieron una caba minándola por muchas partes, por donde de noche entraron en la ciudad y pegaron fuego al templo.

Los de la ciudad, quando vieron arder su templo y viéndose salteados, mientras se defendian los portillos y minas, pusieron en salvo todas las mugeres y niños y viejos, huyendo á los montes; pero los que peleaban, desmayando desampararon la cerca, y entrando los mexicanos y todo el exército en Quetzaltepec, empeçó á discurrir por las casas, las quales allauan desiertas y vacias. Luego acudieron los principales y viejos á pedir paz y misericordia, sujetándose á la corona real de México, prometiendo de ser tributario suyo y su vasallo. El rey los recebió y perdonó y mandó cesar el destroço que los mexicanos hacian: allí le ofrecieron muy grandes riqueças los de la ciudad, las quales luego, sin tomar para sí una sola manta, lo repartió á los tepanecas y tezcucanos, con la qual mostró gran generosidad y grandeça, dándoles á entender que ellos auian sido causa de la victoria. Hecha esta confederacion con los de la ciudad, luego voluió toda la gente á ella y se tornó á poblar, y fué *Monteçuma* muy bien servido en ella, de donde partió, dexando todo aquello subjeto y allanado en su servicio, de donde partió y vino á Içucan [1] con todo su exército, donde fué muy bien recebido de todos los señores y grandes de aquellas comarcas y pueblos, donde le ofrecieron grandes presentes y riqueças, las quales repartió á su exército mexicano, sin tomar para sí cosa ninguna. De allí partió y vino á Chalco, donde armó caualleros á todos los que con él auian ido y les hiço grandes mercedes y dió insignias y divisas de señores. De allí vino á Ixtlapalapa,[2] donde le esperaban los grandes que auian quedado en México, especialmente su gouernador *Ciuacoatl*, príncipe de México, dexando avisado del recebimiento que se auia de hacer á la entrada de México, como otras veces lo emos referido, que era el ordinario sin faltar punto; que era estatuto y constitucion para los que venian de las guerras, y así entró en la ciudad otro dia con aquellas fiestas y ce-

1 Itzocan: hoy corruptamente *Izúcar*.
2 Ixtlapalapan.

rimonias referidas en otros capítulos, ecepto que este dia el Rey *Monteçuma*, para entrar en la ciudad, se untó todo el cuerpo de un betun amarillo, que ellos llaman *axin*, y se puso sus orejeras y naricera y su beçote, y el príncipe su primo se vistió unas ropas de la diosa *Ciuacoatl*, que eran ropas mugeriles, á las quales llamauan las ropas del águila, y así entraron en la ciudad y llegaron al templo, donde *Monteçuma* hiço su ordinario sacrificio de sangrar sus orejas y molledos y espinillas, y hiço gracias al dios *Vitzilopochtli* por la merced de la victoria.

CAPÍTULO LVII. [1]

De la cruel batalla que tuvieron los de Vexotzinco en el Valle de Atlixco con los mexicanos, donde murió la flor de México y Tezcuco y quedaron los de Vexotzinco por vencedores.

Muchos dias pasaron despues de ganadas èstas dos ciudades de Tototepec y Quetzaltepec, que no vino nueva de cosa ALGUNA al Rey *Monteçuma*, el qual pesándole de tanta ociosidad y de que no se ofreciese ninguna guerra para el exercicio de sus gentes, determinó de mouerla contra los de Vexotzinco, para lo qual mandó llamar á los dos reyes comarcanos y á todos los grandes de su reyno y propúsoles su determinacion y voluntad, diciéndoles que auia muchos dias y meses que ya no se exercitauan en ninguna entrada ni exercicio militar; quel queria dar guerra á los de Vexotzinco y probarse con ellos. Los Reyes y Señores, viendo su voluntad, condecendieron con él y dixeron que les parecia muy bien, pues para aquel effeto estauan esentas aquellas ciudades de Vexotzinco y Tlaxcala y Cholula y Tliliuhquitepec: lo qual determinado envió luego sus mensageros á desafiallos, diciéndoles que queria olgarse con ellos algunos dias en campo y exercitar su gente en algunas escaramuças; que saliesen á los llanos de Atlisco, que allí se queria ver y regocijar con ellos. Los de Vexotzinco, oydo el desafio, fue-

1 Véase la lámina 21ª, part 1ª

ron muy alegres dello y aceptáronlo con mucha voluntad, enviandole á decir que ellos se olgaban mucho, que para tercer dia los esperauan en el valle y que allí verian el deseo grande que de verse con ellos tenian.

Oyda esta respuesta por *Monteçuma*, mandó que de los tres reynos saliese toda la gente que quixese ganar honra, dentro de tercero dia, y que se hallasen todos juntos en el valle de Atlisco, y haciendo general del exército á un hermano suyo, que se decia *Tlacauepan*, dióle la deuisa del dios *Totec*, con unas muy ricas armas y rodela de oro, encomendándole hiciese como valeroso y ganase honra en aquella batalla, pues en ella no se aventuraua otra cosa mas del exercicio y ganar honra. El le besó las manos por ello, y aprestándose él y dos hermanos suyos, que se quisieron ir con él, fueron á los agoreros á saber cómo les auia de suceder en aquella guerra, en lo qual hallaron muy malos pronósticos, y despidiéndose del Rey le dixo el hermano: señor poderoso: yo creo que no te volueré á ver tu rostro. Encomiéndote á mis mugeres y hijos; y así salió de la ciudad, él y sus dos hermanos, y á tercer dia llegaron al lugar señalado, que fué á una aldea que se dice Atzitziuacan, subjeta de Papayocan.

Recogido allí todo el exército, que eran cien mill soldados y gente muy illustre y principal de todos tres reynos, muy galanos, costosos y vistosos, donde salieron los vexotzincas, no menos adereçados y puestos con tan buen donayre y semblante, como si vinieran á algun sarao ó fiesta. El general mexicano mandó que saliesen docientos soldados escogidos á trabar escaramuça y que todos los demas estuviesen quedos hasta saber su mandado: estos docientos soldados salieron al campo y empeçaron á escaramucear con los de Vexotzinco, con tanto brío que empeçaron á caer de una parte y de otra muchos en el campo. El general, que estaua á la mira, empeçó á cebar gente de la tezcucana, y mientras mas cebaua mas gente moria, porque los vexotzincas mostrauan mucho valor y ánimo invencible y manteníanse valerosamente. Acauada DE enviar la gente tezcucana y viendo quán mal lo pasaban y la mucha gente que moria y que andauan ya cansadísimos, mandó á los tepanecas

que entrasen de refresco todos y hiciesen rostro á los enemigos para que los tezcucanos cobrasen un poco de aliento. El tepaneca entró con ánimo valeroso y empeçaron á hacer marauillas entre los enemigos, retirándose el tezcucano á descansar; pero los vexotzincas, no descuidados, metieron gente de refresco y descansada, DE SUERTE que matándose unos á otros, andauan como leones encarniçados tintos en sangre, lo qual visto por el general *Tlacauepan* abraçó á sus hermanos ambos, y díxoles: ea, hermanos, ya es tiempo de demostrar el valor de nuestras personas: acudamos al socorro; y haciendo señal á los mexicanos, con grandísimo alarido entraron en la batalla, matando y derribando gente, que era cosa de espanto. Los vexotzincas, no moviendo pié atrás, enviaron todas sus gentes al socorro, de la qual llegada se trauó una batalla cruelísima. *Tlacauepan*, queriendo señalar su persona, metióse entre los enemigos, con tanta furia como hombre fuera de juicio, tanto que quando quiso salir no pudo, porque le cercaron mas de cien soldados, el qual viéndose metido entre ellos empeçó á hacer marauillas con su espada, de suerte que tenia de derredor de sí y debaxo de sus piés mas de cinquenta muertos; el qual ya sin huelgo ni fuerças de las muchas grandezas que auia hecho, y viendo que no podia agotar los muchos que le cercauan, sin auer recibido ninguna herida, no pudiendo ya mas, dexó colgar el braço del espada y la rodela y dixo: cesá vexotzincas, que ya veo que soy vuestro y que no puedo defenderme: baste el combate; veisme aquí; hacé á vuestra voluntad. Los vexotzincas le echaron mano porfiando de llevalle vivo á su ciudad, y él asiéndose á los cuerpos muertos, dixo que no, quel auia de morir allí y que su sacrificio auia de ser sobre aquellos cuerpos muertos; y así, no pudiendo desasille le mataron allí y llevaron su cuerpo á pedaços, como por reliquias, sin quedar pelo ni gueso del.

Muerto el general, la gente mexicana se empeçó á retirar, en el qual alcance mataron los vexotzincas los otros dos hermanos de *Monteçuma*, que no menos proeças y grandeças auian hecho, y prendieron otros muchos señores y principales de México, de Tezcuco y de los tepanecas, con los quales voluieron los vexotzincas á su ciudad muy victoriosos y pujantes.

Esta nueva le fué dada á *Monteçuma* de la muerte de sus hermanos y de la pérdida de muchos señores y de cómo su exército auia sido desuaratado; el qual, en sabiendo esta triste nueva, empeçó á llorar muy amargamente la muerte de sus hermanos y pérdida de señores, lo qual divulgado por la ciudad todos fueron puestos en muchas lágrimas y tristeça y en mucho desconsuelo: y así, sabido que ya llegauan los que de la guerra auian escapado, todos destroçados y muchos dellos heridos, mandó *Monteçuma* salillos á recebir. El recibimiento fué de mucha tristeça, porque los sacerdotes que solian salir con sus cabellos trançados con hilos de color, este dia salieron con el cabello tendido y suelto, y los viejos y cauildos que solian salir con plumas en las cabeças atadas al cabello de la coronilla, este dia salieron sin plumas, sino con insignias de mucha tristeça. Los leuitas que solian salir con encensarios, encensando á vencedores, este dia no uvo encensario, sino lágrimas y desconsuelo: no se tocaron caracoles, ni bocinas, ni flautas, como solian, ni atambores, sino todo sordo y sin alegría, y así entraron en la ciudad los que venian desta guerra y fueron al templo donde la oracion fué lamentar y quexarse de sus dioses, sin ofrecelles ningun sacrificio. De allí fueron á las casas del Rey, donde le hallaron con mucha tristeça y le saludaron. El mandó curar á los heridos, vestir á los que venian desnudos y destrozados y hacelles todo el regalo posible, y mandó se aparejasen para hacer las osequias á sus hermanos, y mandó se hiciese tres estatuas, las quales se hicieron de palo de tea encima, [1] empapeladas y pintados los rostros, á los quales pusieron sus mantas y ceñidores muy galanos con todas sus insignias de caualleros, de armas y plumajes y orejeras y beçotes y nariceras, con sus espadas y rodelas en las manos; los quales, puestos en el lugar diputado y señalado que para aquel effeto tenian, luego empeçaron á venir de todos los pueblos y lugares, ciudades y provincias á dar el pesame á *Monteçuma* y á traer presentes y esclauos para el sacrificio de los muertos, y así se empeçaron las osequias, sin mas detenerse, las quales osequias y cerimonias dexo ya contadas en los capítulos de atras, donde se podrán ver, porque tor-

1 Así en la copia.—Parece que debe decir—"de encina."

nallas á referir aquí, téngolo por prolixidad; y así pasaré adelante. dado que la historia las torna á contar aquí por estenso. Pero acauadas las osequias y llanto de las mugeres y cantos funerales, los grandes de la ciudad y de las demas prouincias tomaron aquellas estatuas en los hombros y las lleuaron ante el ydolo *Vitzilopochtli*, donde les pegaron fuego y mataron á todos aquellos esclavos que les auian ofrecido, y quemados juntamente con ellos, las ceniças se cogieron y las enterraron en el altar de las águilas, que ellos llamauan, que era junto á la piedra del sol, con lo qual los señores estrangeros y Reyes se despidieron y fueron á sus lugares, dándoles *Monteçuma* muchas gracias por la honra que á sus hermanos auian hecho.

Sauida esta nueva en la Misteca, creyendo QUE los mexicanos quedaban ya imposibilitados para tomar armas tan presto, el Señor de Yancuitlan envió á desafiar á *Monteçuma*, juntamente con el Señor de Çola, los quales se conjuraron contra México y cerraron los caminos á los mexicanos. *Monteçuma* envió sus correos y mensageros á Yancuitlan y Çoçolan,[1] á decilles quel acauaba de hacer las osequias á los muertos en la guerra, y que aun no tenia sanas las llagas de sus soldados; que les rogaba con la paz porque la guerra de Vexotzinco era diferente de la que ellos pedian, porque la una era por via de exercicio, y que la suya era para hacellos perpetuos vasallos y tributarios; que lo mirasen bien. Los mensageros partieron para Yancuitlan, pero en el camino toparon con algunos mercaderes, los quales venian desnudos y mal heridos, todos bañados en sangre, y preguntándoles qué fuese, contaron cómo los de Yancuitlan y Çoçola los auian robado y maltratado. Ellos pasaron adelante, mandándoles se viniesen poco á poco, y llegados á Yancuitlan, casi no hallaron camino por donde poder entrar, y hechas cuatro cercas, todas con mucha guarda, á los quales no los dexando entrar, ni querer receuir su mensage, se volvieron de allí á dar noticia al Rey de lo que pasaba, y de camino llevaron consigo á los

1 Antes escribió *Çola*, y así se lee en los Anales pictográficos de la Coleccion de Mendoza. La diferencia entre una y otra palabra es la que hay de singular á plural, ó de un simple á su reduplicacion, como en las nuestras compuestas con la partícula *re*.

heridos y robados, y presentándolos ante el rey le contaron su trabajo. El rey les prometió vengança de su injuria, y los mandó vestir de buenas ropas y curar y dar lo que hubiesen menester. Estos heridos eran tezcucanos y xuchimilcas.

Luego *Monteçuma* mandó llamar á sus consejos y les dixo, cómo la solene fiesta del desollamiento, que ellos tenian, se acercaba; que luego se aparejasen para la guerra de Yancuitlan y Çoçola, para que con la gente que de allí truxesen se haria la fiesta y sacrificios, de lo qual fué dado mandato á Tezcuco y á Tacuba, y pregonada la guerra en México y en toda su prouincia. Hecha[1] la gente, partió debaxo del amparo y proteccion de *Ciuacoatl*, príncipe de México, quedándose el Rey en México; y dado auiso de que todos fuesen á hacer alto á Çapotitlan, dentro de quinto dias se hallaron allí doscientos mill hombres de guerra de todas las prouincias, gente muy lucida, los quales muy en órden vinieron á los términos de Yancuitlan, y combatieron y robaron y destruyeron con tanta facilidad, que casi la historia no pone cosa notable ni defensa de parte de los mixtecos, sino que luego fueron desbaratados y presos y su ciudad robada y quemada y destruyda. Hecho esto, los Señores mexicanos, especialmente *Ciuacoatl*, mandó que la gente descansase y que á tercer dia fuese á dar sobre Çoçola, y para ello envió sus exploradores para ver el estado en que estauan, los quales llegados, allaron el pueblo solo, sin hombre ni muger ni niño ni persona á quien preguntar, y hallaron quemadas las casas y bohios que los mismos Çoçoltecas las auian dejado quemadas. Los exploradores volvieron á *Ciuacoatl* y le dieron nuevas de lo que pasaba, el qual mandó que los buscasen por los montes y quebradas, y así los anduvieron á buscar por todos los lugares y términos suyos, quatro dias, sin poder hallar rastro de ellos; lo qual visto por el general, mandó que se voluiesen y los dexasen, que aquello bastaba para su descargo y victoria. Así voluieron á México con la presa de los de Yancuitlan para el sacrificio, donde fueron muy bien recibidos con las solenidades acostumbradas y regocijos de victorias, y ofrecidos muchos sacrificios á los dioses y ofrendas, con mu-

1 reunida

cho goço y contento; donde llegada la fiesta de los desollados, fueron sacrificados los indios presos que truxeron de Yancuitlan, que pasaron de mil, con la muerte de los quales se acabó la fiesta, á la qual fueron convidados los de la otra parte de la Sierra Nevada, que son los tlaxcaltecas, vexotzincas y cholultecas y tliliuhquitepecas, y los de Mechuacan y Meztitlan, y los de Yopitzinco y los guastecos, los quales todos se hallaron á esta solenidad y fueron servidos y regalados como otras veces e dicho, y fuéronse á sus tierras con muchos presentes que *Monteçuma* les dió y con mucho contento y alegría.

CAPITULO LVIII. [1]

De cómo *Monteçuma* mandó edificar el templo de *Coatlan* contenido con el de *Vitzilopuchtli*, que le llamauan *Coateocalli*, que quiere decir *el templo de la culebra*, que sin metáfora quiere decir, *templo de Diversos Dioses*, y de la insine fiesta que con muerte de muchos se hiço.

Parecióle al Rey *Monteçuma* que faltaua un templo que fuese çonmemoriacion de todos los ydolos que en esta tierra adorauan, y movido con celo de religion mandó que se edificase, el qual se edificó contenido en el de *Vitzilopuchtli*, en el lugar que son agora las casas de Acevedo: llámanle *Coateocalli*, que quiere decir *Casa de diversos dioses*, á causa que toda la diversidad de dioses que auia en todos los pueblos y prouincias, los tenian allí allegados dentro de una sala, y era tanto el número dellos y de tantas maneras y visajes y hechuras, como los habrán considerado los que por esas calles y casas los ven caydos, y otros en edificios fijados, lo qual no poco daño a hecho y hace para la memoria de *Amalech* [2] entre los viejos y naturales de la tierra. Pero volviendo á nuestro propósito, edificado este templo y puesto en la perficion que auia de estar, empeçó á tratar *Monteçuma* de la estrena y dedicacion del, y considerando de dónde se podia traer gente para el sacrificio, acordó-

1 Véase la lámina 21ª, part. 1ª

2 Es decir, para el recuerdo y mantenimiento de la idolatría.

se que tenia rebelada contra su corona real la prouincia de Teuctepec,[1] que son prouincias de junto á la mar, con el qual acuerdo mandó fuesen á llamar á los Reyes de Tezcuco y Tacuba y á todos los señores sus comarcanos y vasallos, los quales juntos les dixo, como él auia mandado hacer aquel templo y mostrándoles el edificio y dándoles quenta para el efeto que era, y la intencion que auia tenido, y como queria hacer la fiesta solene, y que ya sauian como la prouincia de Teuctepec estaua revelada, que de allí se podrian traer hombres para sacrificar; que mandasen aperceuir sus gentes, que él queria dalles guerra y sujetallos y ponellos en su subjecion y servicio.

Concediendo todos con él y pareciéndoles muy bien el propósito, partieron todos á sus lugares y publicaron la guerra y mandaron que con toda la brevedad se apercibiesen, lo qual, así en México como en las demas prouincias y lugares, se hiço con toda la brevedad posible. Partida la gente de guerra de sus ciudades, con el aparato y ruido que solian, llegaron á los términos de Teuctepec y asentando su real junto un gran rio que está junto al pueblo, el qual con muncha corriente y ruido entra en la mar, buscándole bado por todas partes no lo pudieron allar: mandaron que los mexicanos hiciesen dos anchas balsas de raices de árboles y que los tezcucanos hiciesen otras dos y los tepanecas hiciesen otras dos, para que cada una de estas tres parcialidades pasase con su exército, porque perpetuamente iban á las guerras tres exércitos formados, unos mexicanos, por sí, y otros tezcucanos, y otro tepaneca, porque cada Rey enviaba el suyo. La causa que los mexicanos dieron para que cada uno hiciese sus balsas fué decir, que si acaso las balsas faltasen y pereciese alguna gente, que no se quexasen unos de otros, queriendo atribuir culpa á los que no la tenian; y así hechas las balsas fueron tendidas por el agua y asidas fuertemente á los árboles de una parte y de otra, y aunque los teotepecas[2] defendian la pasada, en fin no fueron tan poderosos que no pasasen algunos de los valientes hombres y soldados atrevidos con algunos capitanes, de la otra parte, que por lo menos serian

1 ó Tecutepec, segun se lee en la Coleccion de Mendoza.
2 Teuctepecas.

como quatro mill soldados de todos tres exércitos, y empeçaron á trauar refriega y escaramuça con los de la ciudad, y salió tanta gente de Teuctepec que cubria el campo, todos muy bien apercebidos, á los quales, como los mexicanos los vieron, teniendo la victoria por dudosa de su parte, determinaron usar de un ardid, y fué, que el general mandó hacer una emboscada de muncha gente A LA vera del rio, por estotra parte, de toda la gente que no auia pasado aun, y envió á mandar á los que combatian que se viniesen retrayendo y mostrando flaqueça, y casi como que huyan, pasasen por las balsas el rio, con muncho aviso y concierto, porque no cayesen en el agua.

Oida esta embaxada por los capitanes mexicanos y tezcucanos y tepanecas y sabida la esboscada empeçaron á retraer su gente y á fingir flaqueça y temor de la muncha gente que sobre ellos venia. Los contrarios, creyendo huyan, empeçaron á seguillos con gran voceria y soberbia, teniéndose por vencedores, y á pasar por las balsas tras los mexicanos, donde despues de auer pasado gran multitud dellos, que les pareció á los mexicanos que para su sacrificio aquellos bastauan, auiéndolos arredrado[1] del rio, conociendo que ya los tenian en medio, cortaron las balsas los de la emboscada y dieron en el agua con todos los que pasaban, de los quales estauan las balsas llenas, y saliendo de la emboscada prendiendo y matando todos cuantos destotra parte auian pasado, y sin mas esperar ni querer combatir la ciudad, porque la tuvieron por inexpugnable porque tenia quatro cercas altísimas y la gente muncha y muy belicosa y valiente, poniendo todos los presos, que fueron dos mill y trescientos, en sus colleras y sogas los echaron por delante, con toda la guarda que pudieron, Y no osando detenerse partieron para la ciudad de México. Quenta aquí la istoria, que algunos de los que cayeron en el agua los vieron visiblemente volverse caymanes, y otros peces, y otros animales fieros marinos, de lo qual el exército cobró gran temor.

La nueva desto vino á *Monteçuma*, al qual pesó, porque no subjetaron la ciudad; pero sabida la victoria y que trayan vítimas, que era lo quel de presente auia menester, se sosegó. Vino el exército

1 alejado, ó retirado.

á parar á Chalco-atenco, donde se dividieron cada uno á su prouincia, no muy consolados los soldados por lo poco que auian medrado con esta guerra; pero mandó *Monteçuma* que para el dia de la fiesta se hallasen todos en México, en particular los que auian señalado sus personas en prender ó matar. En todas tres prouincias y reynos se les hiço á las gentes de guerra el recebimiento ordinario, con mucho sonido de atambores y caracoles, bocinas y flautas, bayles y cantos y humo de encensarios, con muchos escuadrones de gente muy adereçada que los salian á recebir y á coronar de rosas, como á gente victoriosa. Hecho el receuimiento y dadas gracias á los dioses y besadas las manos al Rey, puesto los presos en cobro, cada uno fué á su lugar y desde á pocos dias, ya que *Monteçuma* entendió que la gente estaria descansada, envió á avisar á todos sus comarcanos que viniesen á la solenidad y estrena del templo, y juntamente envió á convidar á todos los enemigos de la nacion mexicana, que como otras muchas veces hemos dicho eran los tlaxcaltecas, cholultecas, vexotzingas, tliliuhquitepecas y mechuacanes y meztitlan y yopitzinco, los quales todos aceptaron el convite y vinieron á la ciudad de México, donde se les hiço el reciuimiento y tratamiento que en otros capítulos emos contado; y para que no sea necesario repetillo tantas veces, como la historia lo repite, es de saber que todos los señores de aquestas ciudades contrarias y enemigas de México, siempre que venian convidados á México, iban convidados á ellas, así los unos como los otros entrauan y salian y estauan ocultos y escondidos, que la gente de la ciudad, ni la estrangera que acudia á las fiestas, no los via, ni los sabia; sobre lo qual auia estrechos mandatos, porque tenian los Reyes algunos motines y bregas sobre su venida, porque fuera como si el Rey nuestro Señor convidase al gran turco á sus fiestas y regocijos; de lo qual los grandes no se holgarian ni reciuirian contento ni las prouincias y reynos lo ternian por bueno ni acertado, siendo como es nuestro mortal enemigo; lo mesmo fuera en esta tierra si se supiera que á sus capitales enemigos, de quien por momentos recebian tan grandes daños y muertes, venian y acudian á sus fiestas y participauan dellas; y así ya tenia *Monteçuma* hechos lugares ocultos y secretos para este effeto, no fiando la en-

trada sino á personas particulares de su secreto y CUIDANDO el prouelles de lo necesario.

Llegado el dia de la fiesta, antes que amaneciese, vistió el Rey á todos los señores de las ciudades enemigas y dióles grandes preseas y riqueças y híçose á aquella hora por CONSERVAR el secreto. Vestidos estos y cumplido con ellos, luego fueron llevados á una açotea que estaba frontero del templo, muy enramada y cubierta que parecia lugar de damas, con sus celosías y paramentos, muy toldada y llena de mucha juncia y labores de rosas, para que desde allí goçasen del sacrificio. Puesto allí y venida la mañana, llegó el Rey de Tezcuco, muy acompañado de sus grandes, y consigo traia todos los que en la guerra se auian señalado en matar ó prender, á todos los quales *Monteçuma* salió á recibir y aposentó con el comedimiento debido. Luego tras él llegó el Rey de Tacuba, con todos los grandes señores de su prouincia y reyno, y con él todos los que en la guerra se auian señalado, como el gran rey y señor *Monteçuma* lo auia mandado; el qual, por el consiguiente, fué aposentado en lugar, por sí, con la mesma honra que al de Tezcuco. Luego llegó la grandeça mexicana á las casas reales, con todos los grandes señores de Chalco, Xuchimilco, Culuacan, Cuitlauac, Mizquic, Iztapalapa, Mexicatzinco, Vitzilopochco, Tierra caliente, gente muy ilustre y de mucho valor y ser. Venia con ellos el gran *Ciuacatl*, príncipe y coadjutor de *Monteçuma*, y traian á todos aquellos que en la guerra se auian señalado, á quien *Monteçuma* salió al encuentro, y armando caualleros á todos los valerosos soldados que por su valor y fuerça lo auian merecido. El mesmo por su mano les vistió las armas y dió espadas y rodelas muy ricas y galanas y puso las insinias de valerosos y les dió ricas devisas de muy costosos plumajes, en las cabeças, todo sacado de sus tesoros y recámaras.

Acabados de armar caualleros á los de su reyno y provincia y ciudad, que son los que emos nombrado, envió al lugar donde estaba el rey de Tezcuco, con los suyos, tantos adereços de armas y rodelas y espadas y devisas, quantos eran los que en la guerra se auian señalado; al qual le mandó decir le suplicaba que con aquellos adereços armase por su mano caualleros á todos aquellos que en aquella guerra se uviesen señalado. Lo mesmo hiço con el Rey

de Tacuba, los quales armaron caualleros á todos los que consigo traian, dándoles aquellas armas y deuisas, vistiéndolos y adornándolos dellas, y declarándoles las preeminencias de que desde aquel dia goçaban, que era vestir algodon, ponerse sandalias en los piés, entrar en palacio, comer de las comidas reales, beber cacao, usar de suchiles [1] y humaços, tener las mugeres que pudiesen sustentar, y ser reservados [2] de tributos y alcabalas, pechos y qualesquier pensiones y impusiciones y de servicios personales, salir á todos los bayles reales y comer carne humana, poder beber vino y dar voto en cosas de guerra, edificar casas con sobrados y juntarse con los caualleros del sol, que llamaban comendadores del águila.

Declarado todo esto, el Rey poderoso salió y les hiço á todos una plática, diciéndoles quel, como dispensador de aquellos ditados y de aquellas riqueças, se las comunicaua, pues por el valor de sus personas lo auian ganado y merecido; que goçasen dello, y tomando un baston en la mano y vistiéndose de sus ropas reales y corona en la cabeça, se puso por capitan dellos en delantera, y todos así armados, puestos en ordenança á modo de alarde, concertádolos los maestros de campo y sargento, guiándolos, como digo, el gran rey *Monteçuma*, con su baston en la mano, salieron de las casas reales y fueron al templo donde se auia de hacer la estrena y solenidad; á los quales salieron á recebir todo el número de los sacerdotes y ministros de los templos, con encensarios y instrumentos de bocinas y caracoles, flautas y atambores, donde llegados, *Monteçuma* se vistió como sacerdote supremo y se ungió todo, en el cuerpo, con el betun divino, y juntamente con él su coadjutor *Ciuacoatl*, y puestas sendas mitras de oro en la cabeça, *Monteçuma* tomó un encensario de oro en la mano y entró al lugar donde estaban ya todos los ydolos juntos, de todas las naciones y de todos los géneros de cosas criadas, y encensando y haciendo todas aquellas cerimonias que ellos tenian en la estrena de templos ó casas nuevas, para entrallas á auitar, como hoy en dia se hace, salió al sacrificadero que delante de la puerta de la pieça estaba, y sacando los presos que auian traido de Teuctepec, él y su coadjutor empeçaron á sacrifi-

1 Portar un ramillete [*Xochitl*] en la mano.
2 Exentos.

carlos, abriéndoles los pechos y sacándoles el coraçon lo echaban en la pieça, delante los ydolos, mostrándoselo primero al sol. Empeçóse este sacrificio desde medio dia, el qual se acauó ya noche cerrada, en el qual mataron dos mil y trescientos hombres, de cuya sangre estaba todo el templo y las gradas del bañado, porque en sacando que les sacaban el coraçon, los ministros los echaban á rodar por las gradas abaxo, cosa que cada vez que la escribo me tiemblan las carnes de horror, siendo cosa que parece que la mesma naturaleça lo aborrece. Acauado el sacrificio, los estrangeros enemigos, espantados de tan gran crueldad y inhumano hecho, se despidieron luego aquella noche y se fueron á sus ciudades: lo mesmo hicieron los Reyes y grandes señores, que todos se fueron á sus prouincias y ciudades.

Los vexotzincas y atlixcas, en pago del buen tratamiento que se les auia hecho en México, ufanos de la victoria pasada, vinieron á los términos de Cuauhquechula y de Atzitziuacan, que eran las fronteras donde auia guarnicion de gente de México, y quebrando los maizales y destruyéndoles todos los algodonales y pisándoles las legumbres y haciéndoles grandes daños, vinieron á quexarse á México, á los quales el Rey *Monteçuma* consoló y prometió vengança, y inviando sus mensageros á sus comarcanos de la quexa que los de Cuauhquechula le auian traido, mandó apercibiesen sus gentes, lo qual oydo por el señor de Tulla,[1] que se decia *Ixtlilcuechauac*, pidió de merced á *Monteçuma* que le diese á él aquella empresa, que él con su gente queria ir á probarse con los atlixcas y y vexotzincas. El gran señor se lo concedió y agradeció su buen propósito, pero con todo eso, conociendo el valor de los enemigos hiço aperceuir todas sus gentes, para que si tuviese necesidad de socorro se le diese. Partió luego todo el exército á los valles de Atlixco, con toda brevedad, y principalmente el señor de Tulla con un exército muy lucido y galano y muy bien ordenado, el qual se puso contra el enemigo y peleó con él dos dias valerosamente, sin conocerse ventaja de uno ni otro, con pérdida de alguna gente de ambas partes; pero al tercero dia queriendo el señor de Tulla mostrar su valor, salió al campo en delantera de los suyos, y pesándole

1 *Tullan*, ó *Tollan*, en mexicano, hoy, vulgarmente, *Tula*.

de que tanto le turasen los vexotzincas, metióse entre ellos con tanta furia, que despues de auer hecho muchas maravillas en armas por su persona, fué preso y despedaçado de los contrarios, y viéndolo los suyos empeçaron á desmayar, á cuyo socorro salió el tezcucano con toda su gente, haciéndole espaldas; pero aprovechando poco su socorro, los vexotzincas y atlixcas, haciéndoles grandes resistencias, los llevaron casi de vencida; pero socorriendo los de Azcaputzalco y toda la nacion tecpaneca, hicieron todos pié, se mantuvieron aquel dia, haciéndoles gran resistencia, hauiendo grandes muertes de una parte y de otra y de gente muy principal y señalada; pero otro dia tornaron al combate con determinacion de concluir, así de la una parte como de la otra.

Salió el tezcucano con el tecpaneca juntos á la batalla, y auiendo turado mucho rato, los de la parte de México empeçaron á desmayar, á cuyo socorro, viendo que los llevauan de vencida, salieron los mexicanos y con ellos los chalcas, con cuyo socorro hicieron pié y tornó la batalla como de nuevo, en cuyo rencuentro mataron los vexotzincas tres primos hermanos de *Monteçuma*, hombres muy valerosos; lo qual visto por los chalcas que en su favor auian salido, cobraron tanto coraje que apretando á los enemigos los hicieron retirar á mal de su grado, y conocida la victoria de parte de los chalcas, los vexotzincas y atlixtas, se rindieron y pidieron cesase la contienda, y así cesó; las quales nuevas fueron á *Monteçuma*, el qual, oyda la nueva de la muerte de sus primos, hizo gran sentimiento, quexándose de los dioses, y así con mucha tristeza salieron á recibir á los que voluian de la guerra, excepto en Chalco, por que alli, como á vencedores, se les hiço muy grande, solene y regocijado recibimiento, coronándolos de diversidad de rosas como á vencedores.

Luego que se hizo el recebimiento en México, al qual salió *Monteçuma* con una espada y una rodela en las manos, sin mostrar ningun semblante de tristeza ni cobardía, consoló á los suyos y los recibió muy bien, y luego invió á Tulla sus mensageros y presentes para que se les hiciesen las honras á su señor con toda solenidad posible, lo qual agradecieron mucho los tultecas. Tambien mandó hacer las honras á sus primos con la solenidad acostumbrada, para

las quales osequias vinieron los grandes de todas las comárcas. En Vexotzinco, aunque auian hecho como valerosos y defendido su partido muy bien, con todo eso uvo grandes llantos y tristeça por LA muerte de muchos y grandes señores que de su parte auian perecido en aquella cruel batalla, aunque así de una parte como de la otra se consolaban con decir que aquella era la muerte honrosa y que tenian obligadas sus personas; y así dice la historia que ninguna vez salieron á estas guerras que no quedasen allá muchos grandes señores de todas las provincias, muertos ó presos, y lo mesmo de la otra parte, y esto tenian por grandeça y bien aventurança, llamando á este modo de morir, muerte dichosa y bien aventurada.

CAPITULO LIX. [1]

De cómo los de la ciudad de Cholula enviaron á desafiar á los mexicanos por la via de Atlixco, y de la batalla que con ellos tuvieron dentro de tercero dia que los desafiaron.

Despues de la election del gran rey *Monteçuma* se mouieron los de la otra parte de la sierra nevada á tener recuentros y refriegas con los mexicanos, tan amenudo y frecuentemente que jamas con los reyes pasados tal tuvieron, sino muy raro: la causa no se sabe, si no es que SE sospeche que *Monteçuma* de secreto los incitaua á ello para el exercicio de sus cavalleros, ó ellos movidos por abaxar la gran soberbia de *Monteçuma* y de su gente se movian á ello; en fin, sea lo quese fuere, la historia va haciendo mencion en tiempo deste rey auerse movido los tlaxcaltecas y vexotzincas cholultecas y tliliuhquitepecas á no dexallos descansar, sino siempre pedilles guerra, y así quenta la historia en este lugar, como despues que los chalcas y matlaltzincas desbarataron el exército de los vexotzincas y vengado en alguna manera á los mexicanos y á los tultecas y á los tezcucanos y tecpanecas, que tan mal los auian tratado, (habiéndoles muerto gente muy principal y valerosa y casi

1 Véase la lámina 22ª, part. 1ª

auyentádolos, pues los lleuauan ya de vencida si los chalcas y matlaltzincas no los hicieran rostro) los chollultecas que nunca se auian visto con los mexicanos en campo, quisieron probar su ventura y valor, los quales enviaron sus mensajeros á *Vacachula*[1] y á Atzitziuacan, que eran las fronteras, á decilles que de su parte avisasen á *Monteçuma* como ellos querian holgarse y regucijarse con ellos en aquel campo y regucijar al Dios de la tierra y dar contento al señor de las batallas y al sol: que les suplicauan enviase sus gentes, que ellos estarian en el campo esperándolos á tercero dia.

Los mensageros vinieron á México y propusieron á *Monteçuma* la demanda de los chollultecas, el qual no pudiendo hacer otra cosa, mandóles á los mesageros que se volviesen y aparejasen todo lo necesario para el exército, porque á tercer dia amanecerian todos en el campo; y luego por otra parte envió sus mensageros al rey de Tezcuco y al rey de Tacuba á mandalles que luego enviasen sus gentes á los llanos de Atlixco, muy bien apercibidos y armados de todas armas, porque los cholultecas le auian enviado á desafiar y á pedir batalla; y que estrechísimamente le mandasen que á tercer dia amaneciesen todos en el campo. Los reyes le enviaron á dezir cumplirian su mandado; y él mandando en México apercibir sus gentes y en toda su prouincia, mandó saliesen luego y que caminasen toda la noche sin parar hasta llegar á los valles de Atlixco, donde estaua situada la batalla; los quales sin osar hacer otra cosa salieron de México, y caminando todo el dia y la noche llegaron todos, así los mexicanos como los tezcucanos y tecpanecas, chalcas y xuchimilcas, y todos los de las chinampas, con los de tierra caliente, á amenecer á Cuauhquechula y á Atzitziuacan, donde los recibieron muy bien y proveyeron de todo lo necesario, porque siempre las fronteras estauan proveydas de muchos bastimentos para semejantes tiempos y cuyunturas.

Poniendo su gente en órden y armando sus tiendas y reales, el mexicano mandó apercebir y escoger gente para que saliesen á la primera refriega, y así se escogió de todas tres prouincias gente muy

1 Propiamente *Cuauhquechollan.* Torquemada menciona la guerra con esta poblacion entre las que hizo *Motecuhzoma II*, y su geroglífico figura en la Matrícula de tributos del Imperio.

valerosa y valiente, los quales salieron á los cholultecas, que los estauan ya esperando en el campo, y travando escaramuça los cholultecas empeçaron á pelear valerosamente y los mexicanos no menos, ni con menos ánimo y destreça, y prediéndose y matándose de una parte y otra, juntándose ambos exércitos vinieron á rompimiento, mostrando unos contra otros grandísima rabia y enojo, la qual batalla turó todo el dia, y fué tan reñida, que apartándolos la noche hallaron los mexicanos en su exército muy gran pérdida de gente de todas tres prouincias porque le faltaron ocho mill y docientos soldados muy valientes y gente muy illustre, entre los quales faltauan tres capitanes valerosísimos, parientes muy cercanos del rey *Monteçuma;* y no curando de la matança que ellos auian hecho en los cholultecas, que no auia sido menos y de menos daño, pues estauan los llanos cubiertos de muertos y otros muchos que tenian en prision, pero sintiendo su daño despacharon luego un mensagero á *Monteçuma* dándole quenta de lo que aquel dia auian hecho y de la mucha pérdida de su gente; y esperando otro dia para ver si los cholultecas pedian mas batalla ó quisiesen vengar sus gentes, aparejados los mexicanos para vengar la pérdida suya, los cholultecas enviaron sus mensageros al general del exército mexicano diciéndole, que ya se auian holgado y regocijado y pasado tiempo un poco con ellos; que bastaua, que se fuesen con dios.

El mexicano, oida esta embaxada, partió de allí para México muy tristes y desconsolados, por la mucha pérdida de su gente, lo qual no menos sintió *Monteçuma* luego que lo supo; y así dicen que empeçó á llorar amargamente y á quexarse de los dioses, diciendo que no sauia en qué los tenia enojados, no considerando que el pelear con tlaxcaltecas y cholultecas y vexotzincas era como pelear españoles contra españoles, porque segun sus historias todos eran unos en generacion, que solo diferian en particular parcialidad, y así á las demas naciones mistecas, çapotecas, guastecas,[1] y todas las que estauan en las costas, las tenian en lugar que nosotros tenemos á los moros ó turcos ó gentiles, ó á los judíos, y así este nombre de *chichimeca* de que esta nacion mexicana se preció mucho y se precia, que es como acá entre nosotros decir, castella-

1 Propiamente, *Cuexteca*.

nos ó montañeses godos, no lo tenian ni nunca lo tuvieron las naciones que dixe, sino solo los de la redonda del volcan, y entre ellos los tlaxcaltecas, cholultecas y vexotzincas y tliliuhquitepecas, y este ditado ó renombre fué suyo antes que viniesen á poseer esta tierra; y así las guerras que estos tenian unos entre otros, los tlaxcaltecas y mexicanos, ya he dicho que fueron solo por exercicio y no por enemistad como adelante veremos.

Llegados á México los que auian escapado de la guerra, saliéronlos á recebir con las insinias tristes que solian, sin encensarios, sin embijarse los sacerdotes, sueltos los cabellos, sin ruido de bocinas ni caracoles, sin recebimiento de rosas ni de fiesta, sino todos llorando y con mucha tristeça. A la entrada de la ciudad salieron todas las mugeres de los muertos y de los que venian destroçados y heridos, dando grandes alaridos, los cabellos sueltos y dando grandes palmadas. *Monteçuma* estaua á la puerta del templo con una manta de plumas de águila puesta y junto á él el príncipe *Ciuacoatl* con otra manta de lo mesmo, con sendas espadas en la mano sobre las quales estauan recostados con el rostro muy sereno, por entre los quales pasaron todos los que venian de la guerra, sin saludalles, y llegaron al templo y hicieron las cerimonias acostumbradas de dar gracias y comer tierra delante del ydolo: de allí vinieron á las casas reales, donde allaron ya á *Monteçuma* en su asiento y lugar, y allí le besaron todos las manos y le dieron quenta de todo lo que en la batalla les auia sucedido, y él respondió que aquel era su oficio y que no por eso se auia de dexar el exercicio de la guerra, y que á eso iban allí, á morir ó á vencer, y que el que este dia concedió victoria á sus enemigos, que otro dia se la concederia á ellos; que no tuviesen de aquello pena y que de la muerte de sus hermanos, aunque le pesaua por perder hombres tan valerosos, pero que en morir en honra y defensa de la patria iban matiçados y esmaltados con el matiz y esmalte de su alta sangre y valor, adornados de piedras preciosas y de preciosos plumajes de sus grandeças y hechos valerosos, y que aquel era el fin que él y todos auian de desear, pues no murieron como mugeres tras los tizones y fogones, sino con la espada en la mano, matizando con el rosicler de su sangre y de la agena, las yerbas del campo y los ra-

yos del sol que por ellos se estienden, y que desto se gloriaba y estaua muy ufano; y así mandó luego se hiciesen las osequias de todos los señores que en aquella batalla auian muerto y fuesen con la solenidad acostumbrada; las quales se hicieron con tanto aplauso y solenidad como atrás queda dicho, de las cerimonias y ritos funerales, en particular de los que en las guerras morian.

Preguntando *Monteçuma*, cómo en el Tlatilulco no celebrauan las osequias de los que de su parte auian muerto en la guerra; á lo qual le fué dicho, cómo ninguno auia muerto en aquella guerra, de lo qual muy enojado y ayrado preguntó la causa, diciendo: ¿cómo es eso? pues mueren mis hermanos y deudos muy cercanos peleando por el amor de la patria, como valerosos, y juntamente con ellos mueren los señores de las prouincias y valerosos soldados; ¿y los tlatilulcas se vuelven con sus manos labadas, sin morir uno ni ninguno? ¿dónde se sufre que esten ellos riéndose de nosotros y á la mira holgándose de nuestro mal y daño? ¿no saben esos traidores que son mis vasallos? ¿solo se an de contentar con darme un tributo baxo y çeuil? [1] para eso son mis tributarios y auiéndolos yo vuelto á mi gracia tornan á hacer de las suyas. Pues yo mando que doy mas [2] me tributen esclavos, como me tributauan las demas prouincias y que quando vamos á la guerra no vayan en nuestra compañía, sino que vayan por sí, y pelén por sí, y que de nadie sean ayudados; lo qual si no hicieren, juro por los dioses de los tornar á destruir y vengar mi zaña en ellos: y vayan luego á se lo deçir. Los señores, como vieron al poderoso *Monteçuma* tan ayrado, todos temiendo su enojo, con palabras de gran umildad le respondieron: señor poderoso: umildemente te suplicamos aplaques tu yra, la qual no sea causa de algun repentino suceso de tu salud y vida, la qual deseamos se conserve: ya la sentencia está dada, y pues su descuido lo merece, execútese como lo mandas; y enviando dos executores de la sentencia, de los mas principales de la corte, se la fueron á notificar, y juntando á todos los mas ancianos de aquella parcialidad y á los señores y regidores de la ciudad, se la notificaron y mandaron de parte de la magestad del rey, que ninguno de-

1 Así en la copia: tal vez *civil*, en contraposicion al llamado *de sangre*.
2 Que de hoy en adelante.

llos fuese osado de entrar en la corte de México hasta tanto que se señalasen en la primera guerra que se ofreciese y truxesen sus prisioneros. Los tlatilulcas, mostrando mucha humildad y conocimiento de su culpa, hicieron gran sentimiento con lágrimas y actos exteriores de tristeça, temiendo no ser destruidos, acordándose alguno de los viejos, que aun vivian, de la destruicion que el padre de *Monteçuma* auia hecho en ellos, enviando á pedir perdon al rey con toda humildad posible, prometiendo en lo futuro de se enmendar.

Volviendo al rey los executores de la sentencia, le contaron cómo en cumplimiento de su mandamiento auian ido al Tlatilulco, lo auian recebido con mucha umildad y conocimiento de su culpa y que lo que mas auian sentido era el privalles la entrada en su real casa y corte, pero que ellos lo cumplirian hasta que su real persona les alçase este destierro, el qual esperaban como de padre y madre piadosa. Idos los mexicanos, los tlatilulcas entraron en su consejo de lo que deuian hacer, entre los quales uvo pareceres que procurasen libertad, pero otros viendo sus pocas fuerças, dixeron que no, que el valor de *Monteçuma* era grande y que ellos no tenian cabeça ni valor para poderle resistir; que lo mejor seria procuralle aplacar con señalarse en algun buen hecho, y que con esto volverian á su gracia y amistad; lo qual determinaron hacer en ofreciéndose ocasion, y así estuvieron un año preciso, que no entraron en la corte, ni vieron la cara del rey, ni los quiso admitir ni perdonar, ni alçar el destierro ni privacion.

En este medio tiempo se ofreció ir á la guerra de Teuctepec, los quales, como no quedaron del todo vencidos, sino salteados con la celada que los mexicanos les auian puesto y engañado, que les auian hecho en pasallos desta parte del rio, como antes queda referido, no queriendo acudir á reconocer á *Monteçuma*, antes auiendo hecho mucho daño á los caminantes y mercaderes, auian hecho otra nueva cerca desta otra parte del rio para no ser engañados tan fácilmente, entendiendo ser inexpunables; lo qual venido á noticia de *Monteçuma* mandó apercebir sus gentes, tantas que cubrian el sol[1] de todas las provincias, y que luego saliesen á aquella guerra

1 Tal vez—"el suelo."

y que della no volviesen sin morir, ó que aquella provincia quedase subjeta á su corona Real, ó destruida si mostrasen resistencia.

Partida la gente, á esta cuyuntura, entendiendo los del Tlatilulco alcançar perdon de sus deméritos pasados, truxeron gran cantidad de bastimentos de todo género para la guerra y muchos generos de armas y cosas necesarias para este viaje, y presentándose ante los señores de México con su presente y provision, fué avisado *Monteçuma* y recibiendo gran saña y enojo los mandó echar de la ciudad y que no los recibiesen cosa de lo que traian, y así muy corridos y afrentados se volvieron á su ciudad con todo lo que auian traido; y determinando, por via de la guerra ganar lo que por dádibas no podian, convocaron sus gentes y ordenando un gran exército, conforme á su posibilidad, y caminando de noche y de dia, llegaron á Teuctepec, antes que el exército de México; y ordenando sus gentes y dividiéndolas en escuadrones empeçó á dar la batería, y ganando la primera cerca, que estaba recien hecha desta parte del rio, forçó á los de la ciudad á pasar el rio, y no pudiendo el exército tlatilulca pasar, llegó á la saçon el mexicano, con cuya ayuda y favor pasó él y los demas y peleando todos valerosamente derribaron las cercas, que eran cinco, y pegaron fuego á la ciudad y prendieron mucha cantidad de hombres y mugeres y niños, dexando la ciudad despoblada, y rendida al servicio de *Monteçuma*, aunque con muy poca gente por la mucha que auian muerto y captivado por su reueldía de no quererse dar ni sujetar, de lo qual fué luego dado noticia á *Monteçuma*, y en particular de cómo los tlatilulcas se auian señalado en lo mas principal y que entre todos traian dos mill soldados presos auidos y captiuados en aquella guerra, sin las mugeres y niños esclavos que traian, y que gran número de visoños moços, que nunca auian ido á guerra ninguna, auian hecho maravillas, por donde venian señalados con la señal que sus leyes mandaban, y que no tenian quento los muertos que por el campo quedaban; lo qual oydo por *Monteçuma*, dió gracias á sus dioses y en particular al Dios de lo criado, y á los señores que con tanta diligencia auian hecho lo que estaban obligados, y sabiendo que ya llegaban los hiço salir á recebir con las cerimonias que se usaban, de gran contento y placer, recibiendo á los captivos con la reueren-

cia que solian, porque, como e dicho otras veces, á estos que auian de servir de vítimas hacian gran recebimiento y reuerencia, al modo que los sacerdotes de la ley vieja honraban y reuerenciaban á las víctimas de becerros y corderos que sacrificaban en el templo.

Llegados todos á México, entraron los de Tlatilulco con quinientos captivos á presentarse á *Monteçuma*, el qual, con parecer de los grandes, los recibió á su gracia y recibió el presente y los reconcilió á su corona real y les alçó el destierro y privacion de entrar en la corte, admitiéndolos á los oficios que antes tenian, y mandó que los captivos fuesen regalados y curados con mucho cuidado; y es de saber que tenia *Monteçuma* esta costumbre, que en mostrándose alguna nacion ó parcialidad de sus provincias cobarde en la guerra, luego usaba del castigo que usó con los del Tlatilulco, que era privalles de su vista y de entrar en la corte y de todos los oficios reales, hasta que restaurasen aquella cobardía con alguna grandeça, con la qual se aplacaua y los convertia á su gracia y amor, lo qual usó con sus mesmos parientes y mexicanos muchas veces, como adelante diremos.

CAPÍTULO LX.[1]

De la guerra y enemistad que se leuantó entre tlaxcaltecas y vexotzincas, y de cómo los vexotzincas acudieron al rey de México por socorro, y cómo se lo dió.

Tuvo la nacion mexicana grande cuidado con la quenta de los años, para lo qual tenia viejos y hombres ancianos hábiles y muy enseñados en aquella ciencia de las endomadas[2] y el número dellas y las olimpiadas y el número de años que en la olimpiada y edomada auia y contauan los años del jubileo, que era en cinquenta y dos años en cinquenta y dos años, aunque otros dicen que era de ochenta en ochenta años, en lo qual creo ay equivocacion en

1 Véase la lámina 22ª, part. 1ª

2 Hebdómada, ó semana. Estas y las otras voces semejantes no deben tomarse en su rigorosa significacion; el autor las emplea, simplemente, como denotativas de las varias divisiones del tiempo.

las relaciones, porque unos saben y se acuerdan del número de los años del jubileo, y otros de los años de sus edomadas y edades del mundo, porque ellos en sus historias ponen cinco edades con la que es agora: corre despues que se crió el mundo y nosotros tenemos seis en la que corre, desde que X.º n. R.[1] murió, la qual edad, por carecer esta gente de la noticia de xpo. en aquel tiempo, no contaron sino cinco edades, las quales hallo señaladas en esta scriptura, nombradas por cinco soles; y porque no parezca traer esto sin propósito, es de sauer que en este lugar trata la ystoria, como cumplida la edomada y dia del jubileo[2] que ellos llamauan *Toxiuhmolpilli:* los viejos que tenian cargo de esto, advirtiéronlo á *Monteçuma*, cómo aquel era el año del jubileo, en el qual, demas de la gran fiesta y solenidad que se hacia, fingian los viejos que el sol y la luz se auia de asconder por quatro dias y que auian de quedar ascuras y en tiniebla, y así mandauan que en todas las prouincias á la redonda de México todos apagasen la lumbre y que hombre ni muger fuese osado á tener lumbre escondida, hasta que al quarto dia se encendiese en el cerro de *Vixcihtla*[3] la lumbre, de donde todos los comarcanos viniesen á encender lumbre. Este cerro que ellos llamauan *Vixachtecatl*,[4] es uno que está entre Ixtlapalapa y Cuitlauac, junto al camino que para el dicho pueblo de Cuitlahuac va de la ciudad de México, luego en pasando el pueblo de Ixtlapalapa,[5] en el qual se hacia esta cerimonia de encender nueva lumbre el dia del cumplimiento de los años del jubileo ó de la nueva edomada, auiendo estado aquellos quatro dias todo en oscuridad y tiniebla, no porque faltase el sol, sino por la falta de lumbre que aquellos dias auia auido, y así hacian aquella cerimonia de

1 Cristo nuestro Redentor.

2 Refiérese á la festividad cíclica en que se hacia la renovacion del fuego, ó bien se encendia fuego nuevo en todo el Imperio.—El P. Sahagun fija su fecha con toda precision. "La última fiesta solemne que hicieron de este fuego nuevo, fué el año de 1507; „ hiciéronlo con toda solemnidad, porque no habian venido los españoles á esta tierra." (*Historia general, etc.*, en el *Apéndice* al libro IV, al fin).

3 *Vixachtla.*

4 Este nombre le da el P. Sahagun; y Torquemada, el uno y el otro.

5 Es el mas elevado ó inmediato á esta poblacion. En su cúspide descubrí y reconocí el año de 1852 los cimientos del templo en que se hacia la renovacion cíclica del fuego. Están muy bien orientados.—Hácia el O. de la montaña se conservan grandes restos de la calzada por donde se hacia la ascension.

la nueva lumbre, casi á la manera que nosotros con nueva luz encendemos el cirio Pascual, de donde las demas luces toman y se encienden; así desta cerimonia y luz tomaban lumbre toda la tierra y venian á encender al cerro de *Vixachtla*, donde aquella cerimonia se celebraua, con tanto aplauso y solenidad, que acudiendo á ella todos los sacerdotes de los templos y gran sacerdote con todas sus vestiduras y ornatos sacerdotales, ofrendas y enciensos, juntamente sacrificauan en aquel cerro gran número de hombres, ofreciéndolos en vítimas al dios del fuego; y así sacrificaron Á este dios los dos mill cativos que truxeron de la destruicion y guerra de Teuctepec, que poco a contamos; el qual sacrificio turó desde media noche hasta casi todo el dia, con cuya sangre andauan los sacerdotes bañados, triunfantes y gloriosos, desde donde enviauan vasos de sangre umana para untar los umbrales y quiciales de las puertas, postes de los templos y altares de los ydolos y á rociar las estátuas de los ydolos, lo qual era ordinario siempre que auia sacrificio.

Luego que se acabó este sacrificio y festividad vinieron al rey *Monteçuma* dos principales señores de Vexotzinco, de parte de su señor y príncipe de aquella ciudad, llamado *Teayeuatl*, [1] al qual puestos en su presencia llorando con mucha afliction, le contaron cómo los tlaxcaltecas, por ciertos respectos injustos, auia un año que les tenian gran enemistad y les hacian muy mala vecindad, destruyéndoles sus sementeras, por lo qual la ciudad estaua puesta en mucho aprieto de hambre y necesidad; que de parte de su señor le suplicauan los favoreciese y ayudase á auyentar los tlaxcaltecas de sus tierras y términos y los socorriese con algunos bastimentos. *Monteçuma*, apiadándose dellos, los mandó aposentar, y llamando sus consejos, propúsoles la demanda que traian, los quales le dixeron que no hiciese cosa sin parecer del rey de Tezcuco y del de Tacuba sus comarcanos, el qual luego los envió á llamar, y venidos y puestos en consulta, fué determinado fuesen ayudados y favorecidos de la nacion mexicana, pues todos eran unos, con la qual determinacion los mensajeros fueron llamados, y respondido dixesen á sus señores, que si eran servidos de venirse á la ciudad

1 El autor altera frecuentemente la ortografia de este nombre, sin ministrar un dato para fijarla.

de México con sus grandes y con los señores de su corte y toda la ciudad de mugeres y niños, que allí descansarian y se les daria todo lo necesario, y que él enviaria sus gentes á llamar á los tlaxcaltecas, y que estando llano, todos se podian volver á sus tierras y casas.

Los mensajeros, espantados de la liberalidad de *Monteçuma*, volvieron á sus tierras y dieron la buena respuesta de *Monteçuma* á su señor, el qual la agradeció con muchas lágrimas, y publicándola por toda la ciudad, sin mas detenerse, acudieron á recebir el beneficio, y despoblándose Vexotzinco, partieron para México gran multitud de mugeres y niños, viejos y viejas y gente necesitada, que con la guerra morian, y el señor y principales con él vinieron á México, los quales llegados, sabida su venida por *Monteçuma*, salió á recebir al Sr. de Vexotzinco, que en su tanto era rey de aquella prouincia, y recibiéndole con mucho amor á él y á los suyos, les dió aposento en sus casas reales y mandó servir como á su mesma persona, y juntamente mandó que los señores fuesen aposentados en casa de los señores de la ciudad, y que cada uno tomase uno ó dos en su casa y lo sirviese como á sí mesmo, y por todos los vecinos de la ciudad, y barrios mandó se repartiesen las demas gentes de mugeres y niños y viejos y viejas, de la qual gente se hinchó la ciudad en tanta manera, que no auia vecino en la ciudad que no tuviese dos, tres guéspedes en su casa, á los quales auia tanta quenta de poner lo necesario cada dia y mirar que no les faltase cosa ni uviese quexa, que era cosa estraña, lo qual se guardaua con pena de la vida á los mandones que en ello fuesen descuidados.

Aposentados los vexotzincas en México, luego fué echado bando que todos se aparejasen para ir á la guerra contra Tlaxcala en favor de los vexotzincas, lo qual fué luego puesto á punto; y no permitiendo *Monteçuma* que ningun vexotzinca fuese, envió sus gentes mandándoles que no dexasen la guerra hasta que muertos ó vencidos les forçase á dexalla, y que en particular les encomendaba le truxesen el general del exército tlaxcalteca, que se llamaua *Tlaluicole*, un valentísimo indio que por sus hechos tenia gran fama en la tierra y sonaba su fama y grandeças entre todas las naciones. Los mexicanos partieron á Tlaxcala, y aperciuido el campo,

Tlalnicole tuvo noticia de su llegada, el qual holgándose de ver gente con quien podia ganar honra, salió con su gente á la batalla y peleó con los mexicanos veinte dias arreo, sin poder los unos ni los otros conseguir el efeto de lo que deseaban. Cansados los mexicanos por lo mucho que *Tlaluicole* y su gente les dauan en qué entender, enviaron á su rey á decir cómo la gente tlaxcalteca se iba cada dia reaciendo de gente nueva que de las ciudades comarcanas les venia, y que ya ellos estaban cansados; que fuese servido de enviar gente nueva y de las prouincias para que ellos pudiesen descansar.

Monteçuma mandó se hiciese nueva gente y que se diese noticia á Tezcuco y á Tacuba para que todos acudiesen al socorro; y como aquella empresa era cosa deueras y no exercicio de burla, en que iba honra de la parte de México por auerse encargado de aquella defensa, mandó se hiciese todo lo posible y con el cuidado necesario, y así llegada la nueva gente, la que auia estado hasta entonces se vino á México, y la que quedó se dió tan buena maña, que á pocos dias prendieron á *Tlaluicole*, general del exército tlaxcalteca, con otros muchos señores, y desuaratándole su exército los echaron de la tierra de los vexotzincas y volvieron á México con la presa, de lo qual *Monteçuma* se alegró sumamente y mandó que le truxesen á *Tlaluicole* delante, porque queria ver qué arte de hombre tenia aquel de quien temblaba toda la tierra; el qual puesto ante él y besándole las manos con mucha humildad y reverencia, se humilló ante él pidiéndole perdon de las offensas que le auia hecho. *Monteçuma* le recibió muy bien y le consoló y dixo que aquellas eran las cosas de la guerra y que todos auian de venir á aquel paradero, y que para eso tenian vendidas y rendidas las vidas á las cosas de la guerra, que no tuviese pena; y mandándolo aposentar y prover de lo necesario, lo preció mucho y lo vistió de ropas Reales y armas y insignias de cauallero y lo honró todo lo que pudo.

Despues de muchos dias que *Tlaluicole* estaba en Mexico, servido y honrado, acordóse de sus mugeres y hijos, y movido con deseo natural de vellas y á los hijos que dexaua, lo allaban cada dia llorando y muy desconsolado, sospirando por sus hijos y mugeres,

lo qual fué avisado á *Monteçuma*, porque esta gente, entre los malos agüeros que tenian, era de que los presos y cativos se entristeciesen; y así recibiendo de ello *Monteçuma* gran pena y enojo, le envió á decir, que él pensó que una persona como él no tuviera la vida en nada, quando mas las mugeres y hijos; pero que pues tanta era su pusilanimidad y cobardía y tanto sentia la ausencia de sus mugeres, que él le daua libertad, que él lo tenia en muy poco, que se fuese de su ciudad á sentarse con sus mugeres, y juntamente mandó que no le diesen de comer, ni cosa de su palacio, y que le quitasen la guarda que andaba con él; que no hacia caso de tal prisionero. *Tlaluicole*, oyendo lo que el Rey le enviaba á decir, enmudeció y se puso muy triste y desconsolado, y desde aquel dia le quitaron la racion y la guarda que con él andaba, y andaba de casa en casa pidiendo la comida de limosna, el qual desesperado se fué á Tlaltilulco, y subiéndose á lo mas alto del templo, se dexó caer por las gradas abaxo, sacrificándose á sí mismo á los dioses, cumpliendo él en sí mesmo el efeto para que auia sido traido, que era para ser sacrificado á su tiempo y coyuntura, lo qual hiço de afrentado de verse así menospreciado, y que si se voluia á su tierra quedara afrentado para siempre y él todo su linage; y así despues de muerto le sacrificaron con las cerimonias y solenidad que era ordinario, á él y á todos los que con él auian traido de Tlaxcala; y con esto los de Tlaxcala se quietaron y cesaron de perseguir á los vexotzincas.

Acabadas las contiendas y enemistades entre los tlaxcaltecas y vexotzincas, despues de muchos dias, el Señor de Vexotzinco pidió licencia al rey de México, *Monteçuma*, para voluer á su tierra, dándole muchas gracias por el bien que le auia hecho á él y á su gente, ofreciéndosele á le servir POR el buen tratamiento que le auia hecho á él y á su gente. A *Monteçuma* le pesó de su yda, pero viendo su determinacion le envió[1] dándole muchas joias y preseas, de mucho valor, y enviando con él muchos caballeros y soldados, les mandó que no le dexasen hasta dexalle en su ciudad y casa; y así partió de México *Tecayeuatl*[2] con toda la gente que auia traydo de mugeres

1 Lo despidió.
2 El autor varía en la ortografía de este nombre. Tal vez será *Tecashuatl*.

y niños, viejos y viejas y gente popular y pobre, todos dando muchas gracias á *Monteçuma* y alabando su grandeça y magnificencia, aunque desta vez quedó mucha gente vexotzinca en México, aficionada al buen tratamiento que allí se les auia hecho, y se auecindaron en la ciudad; y quenta la historia que desde aquel dia en adelante no osaron los de Tlaxcala enojar á los vexotzincas, temiendo la amistad que entre ellos y México quedaba; aunque turó muy poco la amistad, porque persuadidos de los chulultecas se tornaron á enemistar con México y á tener entre ellos las guerras que antes tenian y fué de la suerte que aquí contaré: que enviando *Monteçuma* á convidar al Señor de Vexotzinco para una fiesta y solenidad que en México se celebraba, rogándole se hallase en ella, yendo los mensageros toparon en el monte y términos de Vexotzinco con las guardas que antiguamente, antes de la amistad auia, las quales como vieron á los mexicanos, luego les atajaron el camino. Los mexicanos, espantados de la novedad, yendo como iban con todo descuido de aquel suceso, les dixeron: ¿qué es esto, hermanos? ¿cómo es esto? ¿pues no ay paz entre vosotros y nosotros? Ellos respondieron: paréceme que no: pues somos mensageros enviados, los mexicanos les respondieron; ¿pues cómo no os acordais del bien que entre nosotros recibisteis?: por nos hacer merced que nos dexeis llegar á vuestra ciudad para poder ver á vuestro Señor y oyr de su boca la respuesta de nuestra embaxada.

La guarda los dexó pasar, y llegados ante *Tecaheuatl* fueron bien recebidos y aposentados con mucha honra, y refiriendo su embaxada de la parte de su señor, convidándole para la solenidad que se ofrecia. El empeçó á llorar y á decir: dezilde á vuestro señor que mi voluntad es serville toda mi vida, por el buen tratamiento que á mí y á mi gente en su ciudad me hiço, pero que esta gente inconstante y novelera se an hecho con los de Cholula y me an pedido, so pena de que me quitarán mi reyno y destruirán mi generacion toda, que no admita vuestra paz y amistad; pero que con todo eso, yo enviaré mis prencipales á que asistan á la fiesta en mi lugar; y así con esta respuesta vinieron á México y diéronla á su señor, el qual admirado mandó que los fuesen á recebir á los que viniesen al lugar que solia: los quales venidos los metieron en Mé-

xico, ocultamente, y llegados ante el gran señor, llorando le dixeron: Señor poderoso: el temor que los de Cholula tomaron de tus grandes prueças y maravillas y de tu gente, a sido causa de que, haciéndose con nuestra gente y soldados y con la gente prencipal de nuestros exércitos, les an persuadido y aconsejado SEPARARSE de la amistad de México, poniéndoles muchas cosas por delante, y así persuadidos an pedido á tu siervo *Tecayeuatl* dexe tu amistad y conversacion y vuelva á tener contigo el exèrcicio de la guerra acostumbrado; y así él y todos te suplicamos nos perdones, pues la necesidad nos fuerça á serte ingratos á los grandes beneficios que de tí hemos receuido. *Monteçuma* les respondió con rostro muy alegre: hermanos mios: yo me holgaria tener vuestra amistad y que nos tratáramos como hermanos; pero pues vosotros no quereys, sea como mandaredes, que para todo me hallareys presto y aparejado; y mandándoles dar todo lo necesario los mandó vestir y dar muchas joyas y preseas, y no queriendo que asistiesen á la fiesta y solenidad, les dió unas armas y una rodela y una espada para que diesen á su señor, lo qual era como insignias de desafio y enemistad perpetua, á la manera que leemos en algunas historias, que quando algunos cavalleros se desafiauan, en señal de desafio echauan un guante, y así el envialle estas armas era señal de enemistad y desafio perpetuo; y así volvieron estos señores á Vexotzinco y dieron á su señor las preseas que *Monteçuma* le enviaba y le contaron la serenidad y contento con que los recibió y despidió, no queriendo que asistiesen á la solenidad, y el poco caso que de su enemistad hiço; y así tornaron á quedar enemigos y á exerçitar las guerras ordinarias y civiles que entre ellos antes auia y á sacrificarse unos á otros como solian.

CAPITULO LXI.

De cómo el rey de Tezcuco, *Nezaualpilzintli*, avisó á *Monteçuma* de cómo se acercaba la venida de los españoles y de cómo pocas veçes ternian vitoria contra sus enemigos.

Muchas veces hemos tratado cómo el rey de Tezcuco *Neçaualpilli*[1] estaua en opinion de nigromántico ó hechicero, y la opinion mas verdadera que hallo entre los naturales es, que él tenia sus pactos y alianzas con el demonio,[2] el qual le declaraua muchas cosas futuras y porvenir, las quales él sacaba por sus congeturas y ocasiones que las causas conoscia; y así estando el gran rey *Monteçuma* un dia muy descuidado fuéle dado aviso de cómo el rey de Tezcuco *Neçaualpilli* era venido, y admirándose de su venida, tan repentina y sin pensar, salió de su recogimiento á le receuir, y haciéndose las cortesías ordinarias el uno al otro, se entraron juntos al recogimiento y secreto donde siempre *Monteçuma* estaua, y preguntándole la causa de su venida le respondió:

"Poderoso y gran Señor: mucho quisiera no inquietar tu ánimo poderoso, quieto y reposado; pero fuérçame la obligacion que tengo de te servir á darte quenta de una cosa estraña y maravillosa, que por permision y voluntad del Señor de los cielos, de la noche y el dia y del ayre, a de acontecer en tu tiempo; por lo qual debes estar avisado y advertido y con mucho cuidado, porque yo he alcançado, por cosa muy verdadera, que de aquí á muy pocos años nuestras ciudades serán destruidas y asoladas, nosotros y nuestros hijos muertos y nuestros vasallos apocados y destruidos, y de esto no tengas duda; y para mas verificar lo que te digo, y para que conozcas ser verdad, sé muy cierto que jamas que quisieres hacer guerra á los vexotzincas, tlaxcaltecas ó cholultecas alcançarás vic-

1 Es el mismo antes denominado *Nezaualpiltzintli*, sin la partícula reverencial.

2 Sabido es que el demonio era un personaje muy entrometido en aquellos siglos.

toria, antes los tuyos serán siempre vencidos con pérdida de tus gentes y señores; y mas te digo, que antes de muchos dias verás en el cielo señales que serán pronóstico de lo que te digo: y no por eso te desasosiegues y inquietes, que lo que a de suceder es imposible huylle el rostro; pero de una cosa me siento muy consolado, que ya yo no veré estas calamidades y afflictiones, porque mis dias son ya muy breves y á esta causa quise, antes que muera, dexarte este aviso como á hijo mio muy querido." Y llorando los dos, *Monteçuma* empeçó á hacer algunos clamores á los dioses y á pedir se le acabasen los dias, por no ver lo que le anunciauan, que en su tiempo auia de acontecer: dándole empero las gracias por el aviso y partiéndose para su ciudad, el rey *Monteçuma* quedó muy affigido y atemoriçado, y guardando en su pecho todo lo que le dixeron, sin dar á nadie parte de su secreto.

Quiso luego ver si lo que le anunciaban era verdadero, y mandando ordenar sus gentes y aperceuir las demas ciudades, para dar guerra á Tlaxcala, envió sus mensajeros para que estuviesen aperceuidos y saliendo de las ciudades fueron á asentar su real en un lugar que se llama Auayucan, donde tuvieron brava contienda y reñida batalla, al fin de la qual los mexicanos fueron vencidos, muertos y presos, la mayor parte dellos, quedando todos los señores y caudillos del exército presos en poder de los enemigos; la qual nueva vino á *Monteçuma*, de cómo su exército quedaua perdido y desvaratado y que en todo el tiempo que se auian podido defender contra los tlaxcaltecas trayan los mexicanos presos de su parte quarenta yndios tlaxcaltecas, y la parte de Tezcuco veynte, y la de los tecpanecas quince, y los tlaltilulcas solo cinco; lo qual oido por *Monteçuma*, leuantándose de su asiento con gran yra y enojo les dixo: ¿qué decis vosotros? ¿sabeis lo que os decis? ¿no tienen los mexicanos empacho y verguença? ¿de quando acá se an vuelto sin vigor ni fuerças, como mugercillas flacas? ¿deprenden agora á tomar la espada y la rodela, el arco y la flecha? ¿qué se ha hecho el exercicio de tantos años desde la fundacion de esta ynsine ciudad? ¿cómo se ha perdido y afeminado, para que quede yo avergonçado delante de todo el mundo? ¿á qué fueron allá tantos y tan valerosos señores y capitanes, tan exercitados y experimentados en guer-

ra? ¿es posible que ya se les a olvidado el ordenar y el reforçar de sus escuadrones, para romper por todo el mundo? No puedo creer sino que se an echado á dormir adrede, para darme á mí esta bofetada y hacer burla de mí. Y llamando á sus porteros mandó llamar á *Ciuacoatl* y á los demas de su consejo, y contándoles el caso, teniéndose por muy afrentado, mandó que á todos los que voluian de aquella guerra no se les hiciese receuimiento ninguno, ni se tocase caracol ni otro ningun instrumento, ni pareciese hombre ni muger en su llegada, en toda la ciudad, ni se hiciese ni mostrase pesar ni tristeça de su pérdida, ni de su venida contento ninguno; y así fué que al tiempo que se truxo la nueva de su llegada, toda la ciudad se puso en un estraño silencio, que en toda ella, ni en los templos, no pareció hombre, ni muger, ni sacerdote, ni persona que les pudiese decir cosa desta novedad; los quales yendo al templo á hacer sus cerimonias acostumbradas, salieron del para ir á besar las manos al rey. Las puertas les fueron cerradas y echados con mucho oprobio de las casas reales, y así avergonçados se fueron á sus casas y ciudades.

Luego otro dia el gran Señor airado, que esta es la denominacion de su nombre, juntó sus consejos todos y con el enojo que tenia les dixo, como él estaua muy avergonçado y que queria hacer un castigo y escarmiento en todos sus capitanes y maesos de campo y en todos los soldados viejos y hombres señalados de la guerra, para que para siempre pasen avergonzados, porque le parecia que ya se introducia gran floxedad en las cosas de la guerra; y teniendo todos por bueno su parecer y aprobando su buen celo, mandó llamar á sus justicias y executores dellas, y mandoles que sin ninguna tardança, ni quiebra de su mandato, fuesen á las casas de todos los capitanes y prepósitos de las guerras, y que luego los tresquilasen y quitasen las insignias de los caualleros con que eran conocidos por valientes hombres, y juntamente que les quitasen todas las armas y deuisas que él les auia dado y con que auia armado caballeros y que les pusiesen pena de la vida, que ninguno se cubriese con manta de algodon sino con manta de nequen, como viles y baxos hombres, y no usasen de çapatos de señores, y que los priuaba de entrar en las casas reales por un año. Las justicias,

con mucha tristeça y pesadumbre, fueron y executaron la sentencia y mandato de su rey, no pudiendo hacer otra cosa, yendo unos á Santiago del Tlaltilulco y otros en la ciudad de México, de donde quedaron afrentados gran número de gente; de donde e venido á entender que la pena grande que estos solian receuir, quando los tresquilauan por justicia, nacia de aquella antigualla, porque toda su antigua honra nacia y constaba en el modo de tresquilar el cauello, desta manera ó de otra, según sus grandeças; y su castigo y afrenta era el mandallos tresquilar, donde perdian todo lo que hasta allí auian ganado.

Vueltos los executores de la justicia, al rey, fué avisado como su mandado se auia cumplido, y de los grandes llantos y tristeça que en la ciudad auia causado y la gran soledad que la ciudad sentia de ver á todos los caballeros y señores encerrados, que no osaban salir de sus casas, ni auia quien pasease ni alegrase la ciudad y la regocijase como solia. El rey, no mostrando ningun semblante de pesadumbre, disimuló y se hiço olvidadiço con ellos todo el año en que los auia sentenciado, y ansi anduvieron todo aquel año como gente baxa y vil, con mucha verguença, al cabo del qual año ordenó que se diese guerra á Tlaxcala, á fin de que aquellos caballeros penitenciados, si quisiesen, pudiesen yr á ganar de nuevo sus preeminencias; y sin avisalles cosa alguna, ni mandalles que fuesen ó no fuesen, como no haciendo caso dellos, supuesto que su intento era esotro, ellos se aperciuieron para yr con las demas gentes y así se hallaron todos, como gente auenturera, en esta guerra, donde hicieron todo su poder por restaurar lo perdido, y se uvieron con los tlaxcaltecas tan valerosamente que, aunque ni de una parte ni de otra uvo conocida ventaja, á fin de la batalla se halló auer perdido los tlaxcaltecas otra tanta gente como los mexicanos, y auer quedado yguales en valor, de lo qual fué *Monteçuma* avisado y reciuió mucho contento dello y lo mostró en el semblante; y poniéndose una manta, donde estauan pintadas muchas águilas, mandó llamar á *Ciuacoatl* y á los demas señores, y díxoles que recibiesen contento del qual tenia, [1] pues que los mexicanos se auian auido ualerosamente contra los tlaxcaltecas y que se

1 Esto es, "que participasen del gusto y satisfaccion que el rey tenia."

auian despartido los dos exércitos sin auerse visto mejoria, ni mas valor de una parte que de otra, y que trayan muchos presos de los tlaxcaltecas, aunque con muerte de muchos mexicanos y tezcucanos y tecpanecas, los quales yban á goçar de la muerte rosada [1] y dichosa. Con esta nueva uvo mucho regocijo en la ciudad y en los templos, mucho son de atambores y bocinas y caracoles, con todos los demas ynstrumentos que ellos usaban en semejantes regoçijos.

Fueron receuidos los mexicanos en la ciudad de México con todas las cerimonias que solian quando venian victoriosos, con cantos y bayles y enciencios, con muchas oraciones y pláticas largas y elegantes, dándoles el parabien de su valor; los quales despues de llegados al templo y hecha ante él la cerimonia de comer tierra, todos sin quedar ninguno, de allí fueron ante el gran Señor ayrado, el qual los recibió muy bien y con muy alegre y benigno rostro, y mandó llamar á todos los que él auia penitenciado y castigado, les tornó á restituir todas sus preeminencias y preuilegios, y les hiço volver sus armas y deuisas y les alabó y agradeció lo que auian hecho y el valor de sus personas, dado que en la guerra auian quedado muchos muertos, por querer recobrar lo que habian perdido; lo qual acontece muchas veces y casi siempre en los que caen del estado de honra en que estauan; QUE ES morir en demanda de lo perdido; el qual conoceremos que estos en su infedelidad tenian las cosas de honra en mucho y quanto sentian el caer de la cumbre en que estauan, pues ponian la vida por tornalla á cobrar. El Rey *Monteçuma*, despues de auer restituido á sus caballeros con regocijos y solenes fiestas que se hicieron, hiço haçer osequias á todos los que auian muerto de la gente prencipal y señalada, y ordenó que acabadas las obsequias, pues se acercaua la fiesta de la madre de los dioses, que todos los presos que auian traydo de Tlaxcala se aparejasen, para que aquel dia fuesen sacrificados. El sacrificio veremos en el siguiente.

1 Es decir, de la que recibieron en la que llamaban *guerra florida*, ó de *flores*.

CAPÍTULO LXII.[1]

Del sacrificio cruel que de los tlaxcaltecas se hiço en la fiesta de la Diosa *Toçi*, y de cómo los vexotzincas, enojados de sabello, quemaron de noche el templo de aquella diosa.

La fiesta de la diosa *Toçi*, que esta nacion en su infidelidad celebraba cada año con gran solenidad y con gran multitud de cerimonias, hállase escrita muy á la larga en la segunda parte deste libro: la causa de tanta solenidad era porque era tenida por madre de los dioses, la qual, si no se nos a olvidado, era la hija del rey de Culhuacan que los mexicanos, recien venidos á esta tierra, pidieron para casalla con su dios, la qual fué muerta y desollada y adorada por diosa su efigie, de donde resultó la guerra y enemistad entre los mexicanos y los de Culhuacan. Llegada esta fiesta tan prencipal y solene, el rey *Monteçuma* mandó fuesen aparejados los prisioneros que de Tlaxcalla auian traido, para que fuesen en esta solenidad sacrificados, y así se empeçaron á aparejar las cosas necesarias para el dia de esta fiesta; el qual llegado, de todos los que auian traido de Tlaxcala, de ellos fueron sacrificados á cuchillo, que era el sacrificio ordinario de abrilles el pecho y sacalles el coraçon y echallos por las gradas del templo abaxo. La segunda parte fueron sacrificados á fuego, pues á todos los quemaron en el brasero divino, y así medio quemados y casi sin sentido, los sacaban de encima de aquellas brasas, donde se andaban revolcando, y los abrian por el pecho y sacaban el coraçon y hacian la mesma cerimonia que á los que mataban á cuchillo, y á este llamauan sacrificio de fuego. A la tercera parte que quedaba lleuaron al lugar donde estaba el templo de la diosa, que era casi fuera de la ciudad, donde agora está la primera cruz, como salimos de México

1 Véase la lámina 23ª, part 1ª

en la calçada, y allí, frontero del mismo crucillo [1] que allí tenian y de unos palos muy altos y gruesos, encima de los quales estaua armado un tablado muy bien hecho, donde tenian la estatua de la diosa puesta: allí los asparon en unos palos y los asaetearon á todos con grandísima crueldad, y este era el sacrificio desta diosa y el que á honra suya se hacia en memoria de los muchos que salieron flechados y mal heridos, quando huyendo los mexicanos de los de Culuacan, se metieron por los tulares y carriçales, donde se escondieron por no ser muertos y destruidos, en memoria de los quales flechaços, dados por causa desta diosa, le ofrecian en sacrificio hombres muertos á flechaços ó asaeteados, aspados en palos.

Acauados estos sacrificios y las cosas solenes desta fiesta, quedando *Monteçuma* muy contento y alegre, luego se publicó este sacrificio por toda la tierra, de lo qual los de Vexotzinco, teniendo á mal la crueldad que con los presos se auia usado, aunque ellos no lo hacian mas piadosamente quando auian á los mexicanos á sus manos; pero como celosos de la amistad de Tlaxcalla y olvidados ya de la de México, fueron una noche y quemaron el templo de la diosa y juntamente los quatro maderos altos donde estaua armado el tablado, donde la efigie y semejança de la diosa tenian encaramada y subida, porque segun la historia y relacion de los ritos y sacrificios que en la segunda parte desta historia tengo escritos, eran los mayores árboles que en el monte hallauan, y mas gruesos y altos, todo lo qual amaneció quemado y por el suelo; lo qual visto por los mexicanos, luego que amaneció, la ciudad fué puesta en gran alboroto y miedo y *Monteçuma* lleno de grandísimo enojo y coraje, teniéndolo por menosprecio suyo y por mal aguero, y así luego mandó que todos los sacerdotes de los templos fuesen presos y echados en jaulas, llenas de nauajas pequeñitas ó de pedaçuelos de nauajas, [2] de que mandó cubrir el suelo para que siempre, asta que muriesen

1 Así en la copia. Ignoro la significacion de esta palabra.—Tal vez escribió originalmente, ó quiso escribir *Cuisillo*, nombre que se dá vulgarmente á unas elevaciones artificiales, de forma cónica, construidas por los antiguos.—Parece un diminutivo de la palabra *Ku* ó *Ou* "templo."—Segun las noticias del P. Sahagun y otros contemporáneos, conformes con la del autor, el templo de la diosa *Toci* estaba hácia el lugar donde actualmente se levanta el Santuario de Santa María de Guadalupe, objeto, como aquel, de largas y frecuentes romerías.

2 De fragmentos agudos de obsidiana.

estuviesen y durmiesen en ellas; y mandó que les diesen de comer por medida, como acá decimos por onças, hasta que murieron; á los quales hacia ir á reprehender cada dia y á decilles, que qué era su oficio sino mirar por los templos y por los dioses de dia y de noche, como el capitan en la guerra y el soldado velar para no ser salteados de sus enemigos; que cómo ellos se auian echado á dormir con tanto descuido, que no vieron una cosa tan temerosa y espantosa, como era quemar un templo y á una diosa tan suprema, de lo qual creia estar ayrada contra ellos. Los mal auenturados sacerdotes recebian aquella reprehension con mucha umildad y paciencia, conociendo auer ofendido con su descuido.

Monteçuma mandó dar aviso por todas las ciudades de Tezcuco, Chalco, Xuchimilco y Tierra caliente y por toda la nacion tecpaneca, para que se procurase saber quién auia cometido tan gran sacrilegio, lo qual se procuró por todas las vías con toda la diligencia posible, y al cabo se vino á saber por un prisionero que los de Tlaltilulco tenian, natural de Tlaxcala, cómo los de Vexotzinco lo auian quemado, de lo qual se auian ido á alauar á Tlaxcala con intencion de que se lo agradeciesen; lo qual sabido por *Monteçuma* mandó que luego se pusiesen otros maderos mas altos y mejores, y renovó el templo, mas alto y solene, y puso en él muchas y muy particulares riqueças y preminencias y sacerdotes y guardas que ganaban sueldo, y mandó se hiciese gente y se aperciuiesen las ciudades todas, porque queria ir á dar guerra á Vexotzinco y traer gente presa para sacrificar en la estrena de aquel templo, y que ellos fuesen las víctimas, pues le auian hecho tan gran injuria y afrenta y auian cometido tan espantoso y inorme sacrilegio, de lo qual se queria vengar dellos.

Aperceuida la guerra y hecha la gente mas y mas lucida que pudo, prometiéndoles grandes preminencias y privilegios si saliesen con la quel deseaba, salió la gente de las ciudades á los valles de Atlixco, donde se dió la batalla y turó por muchos dias, prendiendo y matando de ambas partes mucha gente, no queriendo los mexicanos dexar de llevar adelante aquella guerra, por muchas amonestaciones que los vexotzincas les hacian Y GENTE que les mataban; y ASÍ prendian mucho número de gente, hasta tener de los

vexotçincas número bastante para el sacrificio conque al rey ayrado pudiese agradar; y así todos los dias que turó esta guerra, siempre se señalaron y aventajaron los tlatilulcas, porque ningun dia salieron al combate, solos ó acompañados, que no truxesen gente presa y dexasen otra mucha muerta ó mál herida; y asi, despues que los mexicanos vieron que ya auia número de gente con que poder satisfacer la hambre del rey ayrado, que tanto deseaba hacer matar y sacrificar yndios, alçaron el real y partieron para México, donde DE toda la ciudad y del rey fueron bien recebidos y los heridos mandaron curar.—Los del Tlaltilulco le ofrecieron ciento y veinte presos para que se sirviese dellos. Él se lo agradeció y mandó que los tuviesen en su poder hasta quel los pidiese; y así tenia *Monteçuma* inumerables esclavos depositados que le ofrecian de diferentes prouincias y ciudades, para quando se ofrecia muerte de algun gran señor ó alguna fiesta prencipal de alguna ciudad de las comarcanas, QUE ENTONCES allí los enviaba en presente á los grandes y ofrenda de los muertos, y lo mismo tenia el rey de Tezcuco y el de Tacuba, porque en su tanto tan grandes reyes eran como él, y tenian en sus ciudades tan hermosos y vistosos templos y mejores que en México, y celebrauan sus fiestas y sacrificios con la mesma órden y solenidad y con los mesmos sacrificios y cerimonias y con muerte de tantos hombres como en México; y fué tanto lo que *Neçaualpilli* se aventajó en su señorío, que casi el señor de México *Monteçuma* (segun va esta historia en este lugar mostrando y dando á entender) le mostraua tener algun respeto y sujecion, y entiendo era porque le tenian por hombre mas que umano, pues le descubria lo porvenir, creyendo tener alguna noticia de las cosas del cielo y que de allá participaba lo que sabia.

Los vexotzincas estuvieron á la mira para ver en qué parauan sus presos, y en lo que pararon fué que á una parte dellos desollaron, medio vivos ó vivos, y sus cueros sirvieron quarenta dias de pedir limosna por las puertas, hasta que los que los traian vestidos no los podian sufrir de edor: A los otros quemaron vivos y los otros asaeteados vivos, en sacrificio y honra de la estrena del nuevo templo. Visto por los vexotzincas lo que de su gente se auia hecho, convidaron al rey de México á una fiesta que querian hacer á su

dios *Camaxtle*, que así se llamaua, y no queriendo ir allá, envió sus principales, en cuya presencia, á honra y solenidad de aquel dios, desollaron gran número de mexicanos y otros abrieron por los pechos y á otros quemaron vivos y á otros asaetearon con la mesma crueldad que ellos lo auian hecho y usado, entre los quales murieron muchos prencipales mexicanos, que fué cosa de gran compasion; lo qual oydo por *Monteçuma* dixo, ¿ques que os parece eso?: para eso nacimos y para eso salimos al campo, y esta es la muerte bien aventurada de que nuestros atepasados nos dexaron noticia y tan encomendada; y luego mandó llamar á los del Tlaltilulco para premialles lo bien que lo auian hecho, y venidos ante él, mandó les diesen rodelas de diversas devisas y armas de diversas colores y joyas y mantas y otras cosas de precio, con que los tlatilulcas quedaron muy contentos y ufanos, dando al rey muchas y inumerables gracias, el qual los despidió diciéndoles, que no les hacia aquella merced para que afloxasen, sino para que trauajasen de llevar adelante su valor y esfuerço; y ellos prometiendo de le servir con todo su poder, se fueron á su ciudad.

CAPITULO LXIII. [1]

De cómo apareció en el cielo una cometa y de la turbacion que *Monteçuma* tomó, y de cómo envió á llamar al rey de Tezcuco para que le dixese lo que significaba.

Quenta la historia en este lugar que en todos los templos de los dioses auia un yndio que representaua siempre la semejança del dios de cada templo, el qual estaua en un particular aposento sentado, donde como al mesmo dios ó ydolo era reverenciado y servido y tenia sus particulares serviciales y gente de guarda, los quales eran cadañeros, [2] á los quales llamauan *Mocexiuhcauhque*, que quiere decir, los que hacian penitencia y se abstenian de llegar á mugeres ni de ofender á dios por un año en el templo de *Vitzilopochtli*. Estaua un generoso mancebo por semejança del dios *Vi-*

1 Véase la lámina 24ª, part. 1ª

2 Es decir, que desempeñaban este servicio durante un año.

tzilopochtli, el qual se llamaua *Tzocoztli*. Este se levantó una noche, acaso, hácia la media noche á cosas necesarias de su cuerpo y mirando hácia el cielo vido en la parte de oriente una cometa[1] poderosa que echaua de sí un largo resplandor, el qual amenaçaua derechamente en estas partes. Atemoriçado este moço fuese para los que le servian y su guarda y díxoles, despertá y vereys una cosa maravillosa y espantosa, no vista jamas en estas partes. Todos se levantaron mirando hácia oriente, la vieron estar y no volviéndose á acostar mas, aguardaron hasta ver donde llegaba á la amanecer; y estando así en espera quedó á la hora que amanecia encima de la ciudad de México, y en llegando allí, con la luz de la mañana se deshacia y no la veian aquel dia mas.

La mañana venida, este que era semejança del dios, salió del templo acompañado de su gente y se fué á palacio, y dando noticia al rey de su llegada, le mandó entrar y honrándole como á semejança del ydolo, le mandó sentar y preguntándole qué era su venida, le contó todo lo que en el cielo auia visto, y como lo hemos contado. El rey se atemoriçó y no dándole crédito le dixo que mirase si lo auia soñado: él le respondió quel y todos los que tenia en su servicio lo auian visto, y que si dello se queria satisfacer que los mandase llamar y veria cómo en nada no lo engañaba. El los mandó llamar y preguntó lo que auian visto. Ellos le refirieron lo que la semejança auia dicho y con esto se despidieron del; y quedando con aquel cuidado, venida la noche y toda la gente recogida, se subió á un mirador que en una açotea tenia, y estando en vela toda la noche solo, á la hora de la media noche vido salir la cometa con aquella coma[2] tan linda y tan resplandeciente, que quedó como atónito, y acordándose de lo que *Neçaualpilli* le auia dicho, quedó tan atemoriçado que pensó en aquella hora ser muerto.[3]

Otro dia de mañana mandó llamar á la semejança de su dios *Vitzilopochtli* y díxole como él se auia querido satisfacer de lo que le auia dicho y como auia visto aquella noche la cometa; que le rogaba le declarase qué podia ser y qué sinificaba. La semejança le

1 Véase la nota 6ª

2 Crin ó cabellera. (Voz antic.)

3 No pensaban entonces mas despreocupadamente, ni los reyes, ni los filósofos, ni los astrónomos de Europa. Véase la nota 7ª

respondió que él era un pobre moço inorante y que de cosas del cielo él no alcançaba nada, porque ni él era astrólogo, ni hechicero, ni adivino; que mandase llamar á los astrólogos y adivinos y á los que sabian de las cosas noturnas y que les preguntase, que aquel era su officio. *Monteçuma* mandó llamar los astrólogos y agoreros y adivinos y hechiceros y encantadores, todos quantos auia en la ciudad de México, á los quales, despues de venidos ante el rey, les preguntó si auian visto la nueva señal que en el cielo auia parecido: ellos todos respondieron que no: el rey indignándose contra ellos les dixo, pues ¿cómo? ¿es ese el cuidado que teneis de velar sobre las cosas de la noche? ¿para qué tengo yo en mi reyno astrólogos ni hechiceros ni adivinos y agoreros? ¿de qué me aueis de servir? hablá: respondéme: ¿no aueis visto la señal que en el cielo a parecido? todos tornaron á responder que no la auian visto; el qual airándose mas contra ellos, les dixo, pues porque no vivais con tanto descuido, yo os haré que durmais; y con esto mandó llamar á sus justicias y mandó que los echasen en las jaulas y cárceles que ellos tenian y que no les diesen de comer, so pena de la vida, sino que los dexasen allí morir de hambre;[1] y así fueron echados en aquellas jaulas,[2] los quales llorando pedian los matasen luego porque no muriesen desesperando.

Monteçuma envió luego á llamar al rey de Tezcuco *Neçaualpilli* y á suplicalle se llegase á verse con él para comunicalle lo que en el cielo auia visto, el qual venido y recibiéndole con el acatamiento debido, se entró con él á sus aposentos y contándole lo que auia visto en el cielo y el cuidado en que le auia puesto, le rogó, pues era su oficio y lo tenia por gracia y don divino el declarar aquellas cosas, que le declarase qué era lo que sinificaua una cosa tan nueva.

El rey de Tezcuco le respondió: "por cierto, señor; grande a sido el descuido de tus vasallos los astrólogos y agoreros y adivinos, pues siendo ya tan vieja y tan antigua esa señal en el cielo, me digas agora eso como de cosa nueva, porque yo crey que ya estauas satisfecho y te lo auian declarado tus astrólogos; pero pues dices

1 Véanse en la nota 8ª los motivos y consideraciones que podian justificar este castigo.

2 La cárcel de los mexicanos, llamada *Cuauhcalli*, (casa de madera) tenia la forma de jaula.

que agora la viste, as de saber que ya a muchos dias que apareció en el cielo esa estrella con ese resplandor, la qual sale de oriente y se acaba en derecho de México y deste reyno todo, y as de saber que todo su pronóstico viene sobre nuestros reynos,[1] sobre los quales a de auer cosas espantosas y de gran admiracion: aurá en todas nuestras tierras y señoríos grandes calamidades y desventuras: no quedará cosa con cosa: aurá muertes inumerables: perderse an todos nuestros señoríos y esto será por permision del Señor de las alturas, del dia y de la noche y del ayre, de lo qual todo as de ser testigo y lo as de ver y en tu tiempo a de suceder, porque yo ya, en yendo de tu presencia, me iré á morir, y sé cierto que ya no me verás mas y esta será la postrera vista que nos veremos en esta vida, porque yo me quiero ir á esconder y á huir destos trabajos y aflicciones que te esperan. No desmayes ni te aflijas ni desesperes: as el corazon ancho y muestra ánimo y pecho varonil contra los trabajos de la fortuna."

Monteçuma empeçó á llorar muy amargamente y á decir: "Oh Señor de lo criado, oh dioses poderosos en quien está el matar y dar vida: ¿cómo aueis permitido que auiendo pasado tantos reyes y señores poderosos, me cupiese á mí en suerte la desdichada destruycion de México, y que vea yo la muerte de mis mugeres y hijos, y que me vea yo desposer de mis poderosos reynos y señoríos y de mis vasallos y de todo lo que los mexicanos an conquistado y ganado con su poderoso braço y con la fuerça y ánimo de su pecho? ¿qué haré? ¿dónde me esconderé? ¿dónde me iré á meter? oh; si me pudiera en este punto volver piedra ó palo ó convertir en otra qualquier vil materia, antes que no ver lo que con tanto sobresalto espero; pero ¿qué se puede hacer, poderoso Rey, sino esperar lo que me anuncias? por lo qual te beso tus manos y te lo agradezco, pues no puedo ser en este punto páxaro para poder volar á los montes y meterme en lo mas áspero del." Y con esto, dice la ystoria, que se despidieron el uno del otro con gran tristeça.

1 La forma y color del cometa indicaban la naturaleza de las calamidades que presagiaba; y la direccion de su ráfaga luminosa, el lugar ó region donde habia de causar sus estragos. *Servio* trae varias reglas para estas predicciones en su escolio á la Eneida, X. v: 272.

Luego que los dos Reyes se despartieron, el uno para ir á su reyno y el otro quedando en su ciudad, mandó llamar á los executores de la justicia y á todos los grandes y díxoles: ya sabeis cómo el otro dia nos quemaron el templo de la diosa *Toçi*, por culpa de no tener los sacerdotes aquella vigilancia y cuidado, que era raçon tener, en acudir de noche á los exercicios de la penitencia que están obligados á hacer, y á velar en los templos, y no echarse á dormir con tanto descuido, por lo que podia suceder en esta ciudad algun notable daño, pues nos podian matar de sobre salto ó quemar la ciudad, supuesto que de noche no hay quien mire por ella. Tambien a acontecido estos dias que, por falta de no velar los astrólogos y adivinos y los hechiceros y encantadores desta ciudad, no se nos a dado noticia de una cosa prodigiosa y maravillosa que a parecido en el cielo, muchos dias á, de lo qual creo que todos estais inorantes por no tener quien os avise, ni quien tenga cuidado de mirallo. Por tanto yo os mando que luego, sin mas dilacion, á todos los astrólogos y hechiceros y encantadores y adivinos me los mateis, luego sin mas dilacion, y muertos vais á las casas de todos ellos y lleveis todos los moços y muchachos que hallaredes, y sus casas sean robadas y saqueadas de todo quanto tuvieren, y sus hijos y mugeres los doy por esclavos perpetuos á todos los que los llevaren y les cupieren en suerte, y sus casas sean echadas por el suelo y no quede memoria dellos, á causa de que parece que hacen burla de mí y muy poco caso de lo que les es encomendado y del officio que tienen, y todo nace de no tenerme aquel respecto que era raçon.

Pronunciada la sentencia, los executores fueron y ejecutaron la justicia: echándoles á cada uno una soga á la garganta los truxeron arrastando por las calles de la ciudad, donde murieron amargamente, y luego fueron recogidos muchos muchachos de los colegios y escuelas y mandáronles saqueasen las casas de aquellos que eran muertos; y así con gran gritería de muchachos fueron saqueadas y robadas, sin quedar cosa en ellas, tomando los principales las mugeres y hijos y repartiéndolos entre sí por esclavos perpetuos, derrivándoles las casas por el suelo para que dellos no uviese mas memoria; y este era el cruelísimo castigo que *Monteçuma* hacia

con todos los que se descuidauan en las cosas que les eran encomendadas y él les mandaba, y así era temido y obedecido con tanta diligencia y cuidado que no faltaua punto.

Luego que fueron muertos y justiciados, le fué dada noticia á *Monteçuma* como su mandato era cumplido y la justicia executada en aquellos que no le seruian como le auian de servir, él qual dixo: mirá, hermanos: el morir es cosa natural, y yo y vosotros nos hemos de morir, y esto bien lo sé, que esos que murieron no es sino morir primero que nosotros, un año mas ó menos; pero hágolo porque entendais que, pues lo hago con los buenos bien [1] y les doy el galardon y premio que sus servicios merecen, que á los malos que los e de absconder y borrar su memoria de la tierra, para que jamas aya memoria dellos. Esos traydores fingian ser astrólogos y adiuinos y encantadores, y trayannos á todos embaucados y engañados con sus falsedades y mentiras, y así convino se les diese el pago de sus falsas profesías, porque otros no se atreuian á fingirse lo que no son.

Luego mandó buscar nuevos astrólogos y adivinos y agoreros y profetas que tomasen el oficio que aquellos justiciados auian tenido, y fueron señalados muchos que de nuevo tomaron el cuydado de mirar las estrellas de noche y á pronosticar sobre la cometa, prometiendo, [2] unos pestilencias, muertes, hambres, guerras y mortandades; otros muertes de príncipes y grandes señores; en fin, cada uno segun lo que entendia ó el diablo les daua á entender; porque cierto, todo yba por via del demonio mas que por ciencia natural; porque aunque auia grandes astrólogos y conocedores de las estrellas y tiempos, por la mayor parte eran hechiceros y embaydores y sortilegos y adiuinos y gente endemoniada, y dice la ystoria que viniendo la noticia de esta cometa por todas las prouincias destos reynos, fué tanto el temor y espanto que les puso á los yndios, que todos los dias que amanecia se juntauan ellos y ellas y eran tan grandes los clamores y gritos que daban al cielo, que ponia gran pavor y espanto, que parecia que se acababa el mundo y venia la fin.

1 Es decir: "que, pues así como con los buenos soy benévolo y bondadoso y les doy el galardon y premio que sus servicios merecen, así tambien, á los malos, los he de desaparecer y borrar, etc."

2 Prediciendo.

CAPÍTULO LXIV.[1]

De la muerte de *Neçaualpilli*, rey de Tezcuco, y de la election del nuevo rey, llamado *Quetzalaxoyatl*.

Hace esta ystoria tan poca mencion del rey de Tacuba, ni de sus grandezas ni de cosa notable de aquel reyno tecpaneca, que yo mesmo me espanto de ver quan sin mençion pasa por sus cosas, que si no es para tratar de como *Monteçuma* y los demas reyes pasados lo llamaban para consejos de guerras y para mandalle apercevir sus gentes, ó para alguna election, de otra cosa no veo hacer mencion del, y téngolo por ymposible, porque si en Tacuba quixese sauer sus grandeças los de aquella nacion me contarian ser mayores que los de *Monteçuma*, y esto me a atado las manos y la voluntad en querer hacer ystoria de las cosas de cada ciudad y pueblo y de cada señorio, como pudiera, porque no aurá uilleta ni estançuela, por muy vil que sea, que no aplique á sí todas las grandeças que hiço *Monteçuma*, y NO DIGA que ella era esenta y reservada de pension y tributo, y que tenia armas y ynsinias reales, y que ellos eran los vencedores de las guerras; y esto dígolo no hablando menos que desperiencia, porque queriendo en cierta villa de las del marquesado saber de sus preeminencias y señorios antiguos, se me pusieron en las nubes, y aynas[2] se me subieran á las estrellas, y estirándoles un poquito de la capa, porque no se me acauasen de subir, con blandas palabras les vine á sacar alcabo y al fin, como eran vasallos y tributarios del rey de Tezcuco *Neçaualpilli*, vencidos y subjetados en buena guerra, y es de las mejores villas del marquesado; y así no e querido que me apliquen á mí las mentiras, y el lector me vaya diciendo, mentis, no auiéndolo mentido yo. Basta poner meramente lo que esta ystoria va contan-

1 Véase la lámina 24ª, part. 1ª

2 Y á poco mas.

do, y pues ella pasa por todo de paso, paréceme ques lo mejor seguilla y no mas. Por el contrario, veo que á cada paso y á cada cosita trae y quenta grandeças del reyno de Tezcuco y del gran poder del rey *Neçaualpilli*, que casi nos da á entender (como otras veces he dicho) reconocelle *Monteçuma* alguna subjecion y humillársele y no contradecille cosa que el aya pronunciado y dado parecer; y así en este lugar la ystoria quenta su muerte lo mas sentidamente que puede, pues fué tan llorada en México, y mas que en el mesmo Tezcuco, y dice desta manera.

Muerto *Neçaualpilli* rey de Tezcuco, las nuevas vinieron á *Monteçuma*, el qual empeçó á llorar amargamente y se vistió de ropas de llanto y tristeça y dixo: "ya padeció el trago y tránsito, que todos emos de tragar, la persona Real de mi padre y amigo verdadero, y se fué á descansar con sus padres al descanso de la otra vida, y se quitó del cuidado desta y de los sobresaltos della:" y diciendo esto y llorando, mandó llamar á los mensajeros y díxoles, diesen las gracias de su parte á los señores; que él enviaria á visitalle luego, y mandándoles dar lo necesario los despidió, y llamando á *Ciuacoatl* y á todos los demas grandes señores, les dixo como *Neçaualpilli* era muerto: que fuesen á le hacer las osequias, y cargando veinte esclavos de muchas joyas, mantas riquísimas y corona de oro y otras muchas joyas de las orejas y narices, braços y piés y muy ricas plumas, y todo lo que en semejantes mortorios á reyes y grandes se solian ofrecer, fueron á Tezcuco, y puestos ante el cuerpo muerto, tomando la mano el gran príncipe *Ciuacoatl*, le hiço una solene plática y le ofreció todas aquellas joyas y mantas y todo lo que traya, y juntamente aquellos veinte esclavos para que le fuesen á servir á la otra vida: y luego suçesivamente todos los demas principales de México le hicieron sus pláticas lastimosas y de tristeça, dándole el pésame de su muerte, como si estuviera vivo, ofreciéndole cada uno en particular sus joyas y ofrendillas, segun su posibilidad.

El rey de Tacuba mandó sus esclavos y presente de mantas reales y joias, lo mesmo Chalco y los señores del marquesado y los de Xuchimilco; finalmente, á este entierro acudió toda la tierra con grandes joias y preseas y con mucho número de eslavos: híçosele

el mayor y mas solene entierro que se auia hecho á ningun rey ni señor, aventajándose los tezcucanos en querer demostrar en aquello el amor que á su señor tenian; el qual los auia gobernado con mucha paz y quietud quarenta años, un año ó dos mas ó menos: hiciéronse todas las cerimonias funerales que ellos tenian. Turó el llanto ochenta dias y el ayuno de sus mugeres y hijos y de todos sus parientes, donde la república de Tezcuco hiço grandísimo y ecesivo gasto con los señores que se hallaron á las osequias y quema del cuerpo; junto con el qual murieron muchos esclavos y esclavas y corcobados y enanos, que le iban á servir al otro mundo; con el qual engaño los esclavos y esclavas y los demas morian de buena gana y muy contentos, porque creian iban allá á ser señores y á ser los grandes del rey, [1] y iban á goçar de las llamas infernales para *in eternum* con su señor.

Acauadas estas osequias y entierro, vinieron los señores á México y dieron quenta á su señor de lo bien que se auia hecho, y cómo quedaba la ciudad muy sola y triste y los señores muy penados, por verse sin caueça y señor que los consolase. *Monteçuma* envió sus mensageros á Tezcuco y mandó llamar á todos los mas principales señores de aquella ciudad y reyno para consultar con ellos y tomar lengua á quién se inclinaban en la nueva election; los quales venidos, despues de auellos hecho la honra que merecian, les preguntó que quántos hijos tenia *Neçaualpilli* que fuesen ya hombres que pudiesen reynar y gobernar aquel reyno: ellos le respondieron que cinco, en los quales ellos tenian puesto los ojos; que qualquiera dellos podia reynar y ellos lo querian y lo deseaban, y que salidos de aquellos, que no querian QUE otro reynase. *Monteçuma* les preguntó los nombres y ellos dixeron que el uno dellos se llamaba *Tocpacxochiuh* y el otro *Coanacoch* y el otro *Tlauitol* y el otro *Ixtlilxochitl* y el otro *Quetzalaxoyatl.* Oydos los nombres, él les preguntó Á quál de aquellos cinco se inclinaban; mas ellos respondieron quel que su magestad mandase elixirian; que lo nombrase él, que qualquiera dellos tomarian con grandísimo contento, especialmente auiendo él nombrado. Visto su buen comedimiento, les rogó que elixiesen al príncipe *Quetzalaxoyatl,* á quien él era muy aficionado, propo-

1 Lo que sigue formaba la creencia del autor, y no la de los indios.

niéndoles sus muchas virtudes y nobleça: ellos se lo prometieron así de le elexir, porque ellos tambien tenian aquella determinacion y voluntad.

Con esta determinacion se fueron á Tezcuco y en su consejo y junta propusieron á todo el consejo la voluntad de *Monteçuma*, y viniendo todos en ello enviaron á llamar todos los señores de su señorío, subjetos á la corona Real de Tezcuco, para que se hallasen á la nueva election; los quales venidos elixieron por rey á *Quetzalacxoyatzin*, hijo de *Neçaualpilli*, á cuya coronacion se hallaron todos los grandes de México y de Tacuba; los quales lo coronaron y ungieron y tresquilaron el cauello, al modo real que ellos usauan, y le coronaron junto al brasero ó fogon divino, á la mesma manera que en la coronacion de *Monteçuma* queda dicho; donde un mexicano de los mas principales señores le hiço una larga y retórica plática, encomendándole las cosas del gobierno y el cuidado que de su república auia de tener y á que siguiese las pisadas de su padre, el amor y la hermandad que con sus prencipales auia de tener para ser amado y obedecido dellos, la vigilancia en todas las cosas necesarias á la república, el cuidado de los vasallos y de los pobres guerfanos y viudas, viejos y viejas, encomendándole sobre todo el culto divino, la reuerencia y honor que auia de tener á los sacerdotes, encargándole las sementeras y labradores, los montes, los valles, las fuentes, los rios, los caminos, finalmente le encomendando todo lo que un buen republicano debe tener, en que no se le pase nada por alto que no lo tenga todo presente y proveido.

Coronado este Rey y quedando la ciudad muy contenta y alegre con su nuevo señor, salieron los señores para México y dieron las nuevas á su señor de lo que se auia hecho y de cómo quedaua *Quetzalacxoyatl* por rey de Tezcuco, muy á contento de todos, de lo qual *Monteçuma* fué muy alegre y invió las gracias á los electores con muchos presentes de joias y mantas y plumas, todo cosa de mucho valor, al nuevo rey de Tezcuco, dándole el parabien de su election, significándole el contento que él y toda la ciudad auia recebido en México.

Este nuevo rey de Tezcuco, segun esta hystoria y la que de Tezcuco yo e visto, vivió muy pocos dias, sin hacer azaña ni cosa no-

table en el poco tiempo que reynó, y así le e visto pintado, solo con una manta blanca sin deuisa ni cosa,[1] como los demas reyes tienen; y así, despues de su muerte, fué electo su hermano *Tlauitoltzin*, el qual tambien vivió muy pocos años en su reynado, y fué electo otro hermano suyo llamado *Coanacochtzin*,[2] en cuyo reynado vinieron los españoles á esta tierra. Todos estos señores de Tezcuco, hijos de *Neçaualpilli*, fueron muy desdichados y murieron muy en breve sin gozar de sus reynados, lo qual se ve muy claramente; porque la hystoria quenta que *Neçaualpilli* murió diez años antes que viniesen los españoles, y en estos diez años uvo tres elecciones en Tezcuco de tres hijos suyos, y luego venido el marqués, sucedió en el reynado el quarto hijo que se llamaba *Ixtlilxuchitl*, puesto que el Marqués del Valle, de buena memoria, por las grandes açañas que, con una espada que el marques le dió, hiço en la tomada de México; dado que aunque no las hiciera, el reyno le venia de derecho[3] por ser hijo de *Neçaualpilli*, lo uno, y lo otro, porque en aquel tiempo heredábanse los hermanos hijos del rey unos á otros, aunque de lo que desta hystoria e notado, ni auia herencia ni sucesion, sino que solos aquellos que los electores escogian, como fuese hijo ó hermano del que moria, ó sobrino ó primo, en segundo grado, y este órden me parece que llevan en todas sus elecciones, y así creo que muchos de los que claman y piden venilles por herencia los señores,[4] porque en su infidelidad sus padres fueron reyes y señores, entiendo no piden justicia, porque en su ley antigua mas eran electiones, en todo género de señores, que no herencias ni sucesiones, y solo en una cosa hallo en esta ley antigua destos heredar los hijos á los padres, y era el oficio de mandoncillos, quellos llaman *topixques*[5] ó *tequitlatos*, y en todos los oficios mecánicos de la república, porque entiendo era ley que el padre enseñase á su hijo el oficio que sabia, para QUE siempre uviese muchos oficiales de todo género de oficios: en todos los demas señores no

1 Porque no se habia distinguido en la guerra.
2 *Ixtlilxochitl*, cronista tezcocano, no menciona las dos elecciones precedentes.
3 Le vino por la voluntad de Cortés que habia destronado al soberano legítimo. Prescott ha puesto bien en claro este punto histórico.
4 Parece debe decir—"señoríos."
5 Probablemente, *Tlapixque*.

hallo sino election y voluntad en los electores, y así nunca les podia faltar rey de aquel linaje hasta la fin del mundo que lo usaran, porque si hoy elexian al hermano, otro dia elexian al nieto y otro dia al sobrino, y así andauan por todo el linaje sin poder acauarse.

CAPÍTULO LXV. [1]

De cómo viniendo los de Coaixtlauac á traer el tributo á México salieron los de Tlachquiauhco al camino y se lo saltearon y robaron, y de la guerra que *Monteçuma* les dió, y despues fueron sacrificados en México.

Cuenta en este lugar la historia una cosa hazañosa que los de la prouincia de Tlachquiauhco emprendieron, y fuera de mucha memoria si supieran lleuar adelante lo començado; pero siempre esta nacion tuvo brios y atrevimientos estraños para començar qualquiera cosa ardua, pero mucho desmayo en los fines y flaqueça, y esto manifiesta cosas en esta historia,[2] con quánto ánimo mataban y destruyan todos los mensageros que los reyes enviaban, y á los mercaderes que de las prouincias mexicanas salian á buscar su vida y ver con el ánimo que cerrauan los caminos y se reformaban[3] en sus ciudades y se velaban[4] contra los reyes de México y de Tezcuco y Tacuba, y despues, al tiempo que era menester la fuerza y el ánimo, desmayaban y se dexauan matar y prender como bestias, sin hacer la resistencia que estaban obligados á hacer, ya que se ponian en la ocasion; la qual resistencia solo hallo en los tlaxcaltecas y vexotzincas y cholultecas y atlixcas y en la prouincia de Mechoacan y en la de Metztitlan, que ya que desafiaban á los mexicanos ó los mexicanos á ellos, manteníanse valerosamente con ellos y defendíanse con todo su poder, y así quedaban las guerras iguales; y ya que auia alguna pérdida mas de una parte que de otra, al menos no se dexaban sujetar ni destruir como estotros bárbaros, que al primer combate luego voluian las espaldas y venian con las manos cruçadas á ofrecer sus personas y á ofrecer sus tributos

1 Véase la lámina 25ª, part. 1ª

2 Así en la copia. Suprimiendo las palabras—"cosas en"—se comprende la idea.

3 Tal vez—"reforzaban."

4 Parece debe decir—"rebelaban."

y á ofrecer y reconocer vasallaje, postrados por el suelo, como en el capítulo presente veremos.

Es de saber que saliendo los de la prouincia de Coaixtlauac para México con todos los tributos que eran obligados á dar á *Monteçuma*, que era mucho en cantidad y precioso en riqueça, pasando por los términos de los de Tlachquiauhco salieron á ellos mucho número de soldados con su capitan, y preguntándoles dónde iban, les respondieron que á la ciudad de México á lleuar su ordinario tributo. Los soldados les requirieron y amonestaron que no lo llevasen, sino que se hiciesen con ellos, que ellos les harian espaldas y prestarian favor; que se revelasen contra los mexicanos: lo qual oydo por los de Coaixtlauac y por los *calpixques* de México, que iban con el tributo, reprehendiéronles el mal consejo que les dauan, sabiendo quán poca resistencia auia contra los mexicanos. Ellos, viendo esto, quitáronles todo el tributo que lleuaban, y á ellos los descalabraron y trataron muy mal, del qual mal tratamiento algunos murieron en el camino, y así descalabrados y sangrientos vinieron á México y se presentaron ante el rey airado, el qual quando así los vido, movido á mucha compasion les preguntó el caso y lo que auia sido. Ellos le contaron cómo trayendo su tributo, como eran obligados, los auian salteado y maltratado los de la prouincia de Tlachquiauhco y les auian lleuado todo lo que trayan.

Monteçuma, consolándolos, los mandó aposentar y curar de sus heridas, con todo el cuydado y diligencia posible, haciéndoles dar todo lo necesario, y sin mas acuerdo y consejo envió llamar al rey de Tezcuco y al de Tacuba, y consultando con ellos el caso, les mandó aperceuir sus exércitos para ir allanar aquella revelaçion, rogándoles apercibiesen la mejor gente que pudiesen, temiendo auria mas resistencia de la que halló, y segun el caso atreuido pedia; lo qual los reyes, luego que llegaron á sus ciudades, pusieron por obra y recojieron toda la mas y mejor gente que pudieron, y enviando con ellos algunos señores y capitanes valerosos, dieron noticia al rey de México cómo la gente estaua á punto con todo lo necesario; el qual, QUE no menos apercebido estaua de sus mexicanos, mandó á sus capitanes, que si la resistencia fuese mucha, que para que quedasen escarmentados y con miedo, que matasen la mitad de

la gente que auia en toda aquella prouincia, así de mugeres como de hombres, y que si se diesen luego, que solo truxesen alguna gente para sacrificar en una fiesta que se acercaba, que era la del desollamiento.

Con este estrecho mandato salió el exército de México con el de las demas ciudades y vinieron á juntarse en términos de la ciudad principal de Tlachquiauhco, donde asentado su real oyan cada noche grandes cantos y bailes y sonidos de atambores dentro en ella y muchos clamores y alaridos, lo qual oydo por los mexicanos, entendieron ser la guarda que la ciudad tenia y vela que hacian, para no ser salteados con algun asalto, conociendo los ardides de los mexicanos. Juntándose los capitanes y generales del exército determinaron enviar sus espías con todo secreto, y así, buscando algunos soldados auisados en esto, mandáronles que con toda diligencia entendiesen y viesen qué clamores eran aquellos; lo qual sin ningun temor fué puesto por obra, y llegando á la ciudad, unos por una parte y otros por otra, fueron sin ser sentidos hasta el lugar donde aquellos cantos sonaban, y llegando á tiempo vieron que todos los sacerdotes de los templos, y con ellos muchos viejos y principales, todos llenos de sangre que de las orejas y muslos y lenguas y molledos sacauan, haciendo en sí mesmos temerarios sacrificios y crueles, estaban pidiendo á sus dioses los librase de los mexicanos, y haciendo grandes plegarias y oraciones con bailes y cantos y alaridos pidiendo victoria, y toda la demas gente durmiendo, todos sin sentido ni juicio, tomados de la embriaguez que ellos en semejantes oráculos solian tomar; lo qual visto por los mexicanos volvieron al exército, y contando con muchas risas y burla lo que auian visto, dixeron que ellos solos pudieran tomar la ciudad si quisieran.

Oydo por los señores y capitanes del exército, teniéndose por burlados de aquellos mistecos, mandaron luego que amaneció apercebir la gente, la qual apercebida entraron en la ciudad, y acudiendo unos al templo y otros á las casas principales del Señor de Tlachquiauhco, sin hallar hombre armado ni rumor de guerra, hallaron en las casas reales á todos los señores y principales bailando con mucho placer y contento, y prendiendo á todos los que bailaban, y

pegando fuego á las casas reales y al templo, los soldados empeçaron á saquear la ciudad y á prender y matar algunos vecinos, con mucha crueldad, y ocurriendo toda la tierra á las estancias, fué mucho el robo y despojo que uvo y el destroço que por toda la tierra hicieron los mexicanos. Los mixtecas, viendo su destruycion y miseria, salieron á los capitanes y Señores al camino, que sin ninguna pena ni cuidado iban en seguimiento de sus soldados, postrándose ante ellos con las manos cruçadas, les suplicaron mandasen á los soldados cesasen de los maltratar y destruyr; los quales, viendo su humildad, los mandaron çesar y dexar de los perseguir, robar y destruir. Los soldados cesaron y baxaron las armas, como lo solian hacer oyendo la voz de sus capitanes, y todos voluieron á la principal ciudad de la prouincia y los aposentaron los Señores de ella y les hicieron mucha honra, mas por temor que vergüença, proveyéndoles de todo lo necesario; y luego los mexicanos les mandaron volviesen todo el robo que auian hecho de los tributos á los de Coaixtlauac; lo qual ellos volvieron con toda diligencia, porque lo tenian guardado, sin faltar dello cosa alguna.

Luego que lo truxeron, por no gastar mucho tiempo allí, les preguntaron qué géneros de cosas eran las que podian tributar, y respondiendo que armas y rodelas y plumas y joyas y piedras de todo género, les señalaron lo que auian de tributar á México; lo qual ellos acetaron y prometieron de cumplir, y dexándoles cobradores y un prencipal mexicano, que los tuviese subjetos y los mandase, partieron de Tlachquiauhco con muchos yndios en colleras y en sogas atados, enviando delante quatro prencipales para que diesen las nuevas á *Monteçuma*, de cómo todo quedaua llano y los tributos que auian robado se auian cobrado, y cómo llevaban mucha presa de yndios y riquezas de mucho precio y todos los soldados ricos y muy contentos, sin pérdida de un solo yndio, por no auer peleado ni auer auido con quien, mandándoles dixesen á su señor todo lo que auia sucedido y la burla que los mistecos á su costa auian hecho dellos y cómo los auian hallado baylando y á todos tomados del vino, con mucho contento y regocijo, dexándose prender y matar y robar, como gente bárbara y torpe.

Estos mensageros vinieron á México y dieron estas nuevas á

Monteçuma, de lo qual alegre y admirado mandó se hiciesen los regocijos de victoria ordinarios, que como queda dicho era tocar atambores y caracoles y otras vozinas en señal de regocijo y contento. Tambien mandó saliesen al recebimiento con todas las muestras de contento y alegria que solian y que á todos los presos que trayan les fuesen dadas rosas y humaços á la entrada de la ciudad y que entrasen cantando y baylando y haciendo muestras de mucho contento. Ello fué así cumplido, porque al tiempo que la gente del exército llegó á México fueron recebidos de los sacerdotes muy solenemente, con muchos cantos y humo de encensarios y sonido de muchos instrumentos, y á los presos les fueron dadas sus rosas y sus cañas de olor encendidas, con lo qual iban chupando aquel humo y baylando y cantando, mostrando mucho contento; los quales llegados ante los dioses al templo, todos hicieron la cerimonia de comer tierra ante ellos, y de allí FUERON al palacio real, donde saludaron todos al airado rey, recibiéndolos él con la gravedad y serenidad[1] que solia, dándole las gracias y el para bien de su venida, mandándolos ir á descansar y poner los presos en cobro y guarda de gente, porque eran muchos.

Y acercándose la fiesta que ellos llamauan la fiesta del desollamiento, *Monteçuma* mandó se apercibiesen todas las cosas necesarias para ella, y así se apercibieron ensayándose y enseñándose todos los que á ella auian de representar aquellas cerimonias que en ella hacian, que era, como queda ya dicho antes, atar en medio de una piedra á uno de aquellos presos por el pié con una soga, quanto pudiese el andar huyendo del que le queria matar, por encima de aquella piedra redonda que para aquel sacrificio estaba dedicada, desnudo en cueros, con una rodela de papel pintada y una espada de palo en la mano con que se defendia; para el qual sacrificio auia quatro dedicados, que eran dos vestidos en figuras de águilas y dos en figura de tigres. A este sacrificio sacaron este dia mil indios mistecas y los sacrificaron con el modo que en los capítulos pasados e contado más á la larga, y como en el libro de los ritos, fiestas y cerimonias se verá, de la fiesta de los desollados; á cuya fiesta y solenidad asistieron gran número de prencipales de toda la

1 Quizá—"severidad."

prouincia y prouincias y juntamente todos los señores de las ciudades enemigas de México, ES DECIR, de Mechuacan, Metztitlan, y Tlaxcala, Cholula y Vexotzinco, con todas las demas, donde uvo gran gasto y abundancia, segun la grandeza de *Monteçuma*, que en esto era notablemente cumplido, y en hacer grandísimas mercedes y muy aventajadas á sus vasallos; por lo qual, aunque temido de todos, ERA muy querido y amado y reverenciado.

Y así quenta esta historia, que despues de acabada esta solenidad y todos hartos de carne humana y de ver derramar tanta sangre de miserables indios, mandó que todos los que á esta guerra auian ido de sus vasallos, que se juntasen, especialmente aquellos que se auian señalado y traido gente para aquel sacrificio con que los dioses se auian honrado, para lo qual se dió pregon público y se echó bando por toda la ciudad, y así se juntaron gran número de soldados y de cavalleros en los lugares señalados que para cada uno estaua señalado, segun su dignidad y manera; lo qual oido por *Monteçuma*, como todos estaban juntos en sus lugares, mandó sacar grandes riqueças de sus tesoros, de mantas y joyas y plumas, armas y rodelas, Y DIO á cada uno del género que le pertenecia, porque en esto auia gran quenta, de dar á cada uno segun su dignidad y estofa y segun el linage de donde descendia, y así les gratificó el trabajo que auian tomado y el contento que á los dioses auian dado, y á ellos en traelles carne humana que comer, de la qual carne estos dias enchian todos los prencipales y señores sus vientres; y quéntase deste Rey que ningun dia se le pasó, desde que reynó, que no comiese carne humana, para lo qual tenia muchos esclavos, y cada dia mataua ó mandaua matar uno, para comer él y sus convidados, ó los continos [1] de su boca; y esta era la mayor pitança ó potage que él tenia y á su mesa se servia. [2]

1 *Continuos.* Oficio que antiguamente habia en la casa del Rey y que servian como de guardia. Llamáronse así porque continuamente la hacian en el Palacio. (Gran Diccionario de la Academia.)

2 Esta es una vulgaridad. Sábese con entera certidumbre que solamente se comia la carne de algunas víctimas, no de todas, como un acto religioso. Por ello lo comparan los escritores á la comunion del culto cristiano.—Véase sobre el canibalismo de los mexicanos y particularmente del atribuido á *Motecuhzoma*, lo que dije en mi nota relativa á los *sacrificios humanos*, al fin de la *Historia de la Conquista de México* por Prescott, trad. castellana, edic. de Cumplido.

Hechas estas mercedes á los suyos y á todos los que en aquella guerra se auian hallado, mandó se les hiciese á todos una plática, dándoles á entender á qué fin se les hacian aquellas mercedes y los armaba cavalleros con aquellas insignias y devisas; y así les fué declarando que no se les daba para que con ellas se ensoberbeciesen ni engrandeciesen, sino para que estuviesen apercebidos y sobre aviso para quando fuesen llamados para las guerras, A FIN DE que luego saliesen, sin nenguna escusa, á poner las vidas por su ciudad y rey y por la defensa de su reyno; y ellos con estas condiciones las recebian y se tenian por muy dichosos y bien pagados y galardonados de su rey, el qual con mucho amor los acariciaba y mostraba tenelles mucha aficion, solo porque en la guerra mostrasen voluntad de serville, especialmente desde que *Neçaualpilli* le anunció aquella mala nueva y pronóstico, de que pocas veces alcanzaba[1] victoria contra sus enemigos; de lo qual siempre estaua sobresaltado y á cuya causa instituyó que todas las veces que fuesen á las guerras, uviese grandes oráculos,[2] largas y prolixas orationes á los dioses y muchos y muy abundosos sacrificios y ofrendas y derramamientos de sangre, de los sacerdotes y de sí mesmo; y así, quando alguna guerra se ordenaba, él mesmo se subia al templo, y altas las manos al cielo, otras veces cruçadas y otras veces sentado en coclillas, (que era el modo que ellos tenian de incarse de rodillas[3]) hacia grandes prerogativas[4] y offrecia grandes sacrificios de codornices, descabèçadas por su propia mano, y offrecia mantas, joyas y plumas, diciendo á los dioses, que aquello que él ofrecia, que bien sabia que no era suyo sino de lo mesmo que ellos por su grandeça y bondad le comunicauan; pero que se lo daba en reconoscimiento de que eran sus verdaderos dioses y en quien esperaba todo buen suceso en la guerra; el qual despues destos oráculos y plegarias hacia comer á los viejos y sacerdotes antiguos hongos verdes y otros brevajes supesticiosos, que les hacia beber para que supiesen[5] en aquellas embriagueses, que aquellas comidas y

1 alcanzaria.
2 Es bien sabido que en los pueblos antiguos, particularmente entre los romanos, no se emprendia accion alguna importante sin consultar los augures.
3 Quiere decir que esta postura correspondia á nuestra genuflexion.
4 Plegarias.
5 Esto es, para que predijesen ó vaticinasen.—Idénticos fueron los medios que se em-

brevajes les causaban, SI HABIA de tener victoria ó no; y desdichados de los que le anunciauan mal suceso, porque luego era mandado matar, sin ningun remedio, y así, escarmentados y temerosos los viejos y sacerdotes y agoreros, jamas le decian verdad de lo que el demonio les declaraua y mostraua en los cercos y sueños que tenian, temerosos de que no los matasen.

Tenia otra cosa este tirano y ayrado; rey que si acaso estos agoreros y oradores del demonio le respondian con alguna equivocacion, ó decian que no sabian nada, ni el demonio les auia querido revelar cosa, luego los mandaua matar, diciendo que ya el demonio, ó los dioses no hacian caso dellos, ni les querian decir nada por su mala vida y costumbres, y así los mandaba matar y asolar sus generaciones y casas. Acauada la fiesta y las mercedes y despedidos los guespedes que á la fiesta se hallaron, llamó á todos los señores de México y díxoles, cómo toda la pena y inquietud que en esta fiesta auia tenido, era que la piedra de aquel sacrificio era angosta, y que apenas se podian allí rodear los sacrificados; que él determinaba hacer otra grande y ancha para que cupiesen bien los sacrificados. A todos les pareció bien y dieron parecer para que se truxese, y así, con esta determinacion salieron todos y se empeçó á dar órden de que se buscase por toda la provincia, y se halló como en el capítulo que sigue veremos.

CAPITULO LXVI. [1]

De cómo mandó *Monteçuma* buscar la mayor piedra que se allase para el sacrificio del desollamiento y de lo que en traella á México sucedió.

Siempre fué *Monteçuma* muy amigo de que sus cosas fuesen aventajadas y nombradas en todo el mundo, y todo lo que los demas reyes auian hecho, le parecia baladí [2] y muy poco para lo que su magnánimo coraçon aprehendia en cosas de grandeça y nombra-

plearon en toda la antigüedad mientras subsistió la creencia en los oráculos y en los adivinos.

1 Véase lámina 25ª, part. 1ª

2 Ruin ó de poco valor.

día, y así, pareciéndole que la piedra que su agüelo auia puesto era chica y baladí, y que no era conforme á la grandeça de la solenidad y de la autoridad de México, y conforme á lo quel queria, mandó llamar á todos los señores de su consejo y trató con ellos de poner una piedra, la mas ancha y espaciosa que en toda la prouincia se pudiese allar, para la fiesta del desollamiento; para lo qual, auido el consejo y determinacion, mandó llamar á todos los canteros de la ciudad de México y díxoles su voluntad, y que luego, por todas las partes y lugares de la prouincia donde se pudiese allar, se pusiese gran diligencia y se buscase la mayor y mas ancha piedra que uviese, de la qual se labrase rica y curiosamente la piedra llamada *Temalacatl*, que en nuestro romance quiere decir "piedra redonda," para el sacrificio del desollamiento de hombres, porque la que estaua allí no le contentaba.

Los canteros, oydo su mandado, se repartieron por todas las partes que supieron se podia allar, y viniendo á la prouincia de Chalco, en un lugar que llaman Aculco, que es hácia Tepopula, junto al rio que baxa de Amecamecan, hallaron en un cerrillo, del lugar nombrado, una piedra muy poderosa y apropiada para lo que su Rey queria y pretendia; la qual hallada, dieron noticia á su rey, el qual mandó se apercebiesen todos los de la prouincia de Xuchimilco y los de Cuitlauac y los de Ixtlapalapan y Culuacan y los de Mexicatzinco y Vitzilopochco, para que todos estos pueblos se juntasen, con todos sus adereços de sogas y palancas, para traer la piedra; y avisados dónde auian de ir, *Monteçuma* mandó prover á todos los canteros de la comida que para todo el tiempo que en traer la piedra gastasen, uviesen de comer, y así les fué proveido muy larga y espléndidamente; los quales fueron al lugar donde la piedra estaba y empeçáronla á descarnar y á desasir de donde estaba asida, y auiéndola descarnado y puesto de manera que se podia sacar, fué *Monteçuma* avisado para que mandase ir la gente, el qual lo mandó y acudió toda la mas gente que se pudo llevar de los pueblos arriba dichos; los quales fueron con sus sogas y palancas y otros adereços y instrumentos para aquel menester, y para que en este negocio no faltase supesticion y ydolatría, mandó *Monteçuma* que fuesen todos los sacerdotes del templo y llevasen sus encensa-

rios y cantidad de papel y copal y muchas pelotillas de *vlle*[1] y muchas codornices, y juntamente mandó fuesen los cantores de los templos para que baylasen y cantasen delante de la piedra, cuando viniese por el camino; que fuesen muchos chocarreros y representantes que viniesen haciendo entremes y chocarrería y truhanerías delante la piedra y la festejasen y alegrasen, como á cosa divina que venia para ministerio divino.

Llegados los que auian de arrastàr la piedra, que eran yndios sin número, los sacerdótes se vistieron sus ropas sacerdotales y tomaron aquel papel que auian lleuado y cubrieron toda la piedra con él: encensáronla muchas veçes á la redonda, haciendo grandes cerimonias y derramando sobre ella copal derretido y de aquel *ulle*, juntamente matando de aquellas codornices y derramando la sangre dellas sobre la piedra. Los cantores empeçaron á cantar cantares placenteros y regocijados, y los truanes y representantes sus entremeses y farsas, y haçer muchas truanerias que movian á risa y contento; y mientras esto se hacia, los xuchimilcas ataron una gruesa soga y larga á la piedra, y otra los de Cuitlauac y otra los de Mizquic y otra los de Culuacan y otra los de Iztapalapa y otra los de Mexicatzinco y otra los de Vitzilopochco, y la gente de cada pueblo animando, empeçaron á tirar della con mucha voçeria y alarido, que lo ponian en el cielo; donde despues de auer porfiado mucho rato para querella arrancar de su lugar, no haciendo movimiento ninguno, todas las sogas se cortaron y rompieron, como si fuera de muy tierno algodon.

Visto por los que tenian cargo de hacer lleuar aquella piedra, y por los canteros, mandaron dar noticia dello á *Monteçuma*, el qual, como lo vió, envió á rogar al rey de Tezcuco le diese ayuda de gente para poder traer aquella piedra, el qual se la dió; y hechas otro dia las mesmas cerimonias por los sacerdotes, que el dia antes, tornaron á echar sogas nuevas todos los tezcucanos, con ellos, á la piedra: empeçaron á la querer mover, y haciéndole gran violencia con las palancas y sogas la movieron y llegaron con ella á Tlapechuacan, y descansando allí, otro dia de mañana empeçó la gente á tratar de su officio y á atar sogas y á tañer caracoles y bocinas, y

1 De goma elástica; en mexicano *olli*, y vulgarmente, *hule*.

los sacerdotes á hacer sus cerimonias, y los cantores á cantar y á matar muchas codornices, y empeçaron á tirar de sus sogas, con mucho alarido, haciéndole toda la violencia que pudieron; y estuuieron dos dias, que no la pudieron menear de aquel lugar, [1] y así dice la ystoria, que parecia auer echado raices muy hondas, que ni memoria hacia de quererse menear, con hacella toda la violencia posible tantos y tan numerables yndios, antes hacia pedaços las sogas muy gruesas; lo qual fué auisado á *Monteçuma*, y mandó

1 Desde aquí comienzan los prodigios precursores de la ruina del imperio mexicano. No sorprenderán á las personas de mediana lectura, porque los habrán visto en mayor número y mas estupendos en todas las historias de los pueblos antiguos y modernos, pronosticando calamidades semejantes. Algunos se han mencionado en una nota anterior, y el curioso hallará en Lucano (Pharsalia, Lib. I, pág. 28, edic. Nisard) la noticia de los estupendos que presagiaron la destruccion de la República romana. Sobre todo *Julius Obsequens*, en su famoso *Prodigiorum Libellus*, le dará hasta la saciedad cuantas pueda apetecer, en todo género. Nada hay, por tanto, que extrañar en la credulidad de los mexicanos, menos cuando vemos que un genio tan superior como el de *Machiavelo*, decia: "Yo no sé de dónde procede; pero ello es que se ve por los ejemplos de las historias "antiguas y modernas, que jamas ha sobrevenido un acontecimiento importante en una "ciudad, ó en un país, que no haya sido vaticinado ó por adivinos, ó por revelaciones, "ó por prodigios, ú otros fenómenos celestes." (Discours sur la I Decade de Tite-Live, I, 56, trad. de Peries.)—El prodigio que nos ocupa no ha sido peculiar á México. Los objetos dotados de una inmensa gravedad y fuerza de inercia se hallaron en todas partes y en todos tiempos. Cuando Tarquino quiso trasladar las estatuas de los dioses que ocupaban el Capitolio, para construir el templo de Júpiter, todas las divinidades fueron bastante condescendentes y corteses para ceder su puesto, con excepcion del dios *Terminus* y de la diosa *Juventas* que se obstinaron en conservar el suyo, sin respeto ni consideracion al padre de los dioses. (Dion. Halicarnasus III, 69.—Tit. Liv. I, 55.) Todas las fuerzas de los vigorosos soldados romanos no bastaron para mover un débil estandarte y dar la batalla al enemigo, que estaba al frente; justo castigo de la eleccion del cónsul hecha sin tomar los auspicios; así como tampoco hubo poder humano bastante para arrancar de la tierra la cabeza de una estatua de Apolo, desprendida por sí sola, prodigio tremendo que anunciaba la muerte al cónsul *Octavius* y cuyo terror lo precipitó al infeliz suceso que terminó su vida. (Valer. Maxim.—*Dictor. factor. memorabilium.* I, 6. 10.)—Las noticias de nuestras imágenes que no se dejan trasportar, son incontables y vulgares en ambos continentes. Así comenzó sus prodigios en México la efigie de la Vírgen que Hernan Cortés colocó en el templo mayor de los mexicanos. Cuando estos quisieron quitarla de allí, dice uno de sus historiadores — "no pudieron moverla de su asien- "to: echábanle unas maromas (cuerdas gruesas) y tiraban de ella: otros la enlazaban "con las cuerdas de los arcos y hacian fuerza para inclinarla; y para que vieran que ella "era la que ponia esfuerzo en los brazos de los cristianos y daba á sus manos valor, de "suerte se les resistió é hizo, que á unos se les pegaban á las maromas las manos, no "pudiéndolas desasir, sino á mucha fuerza; á otros se les entorpecian los brazos; á otros "se les entumecian las piernas y caian por las gradas abaxo deslomados y mal heridos." (Florencia. *La milagrosa invencion de un Thesoro escondido*, &c., cap. 5.—Cisneros, *Historia del principio y origen, progresos, &c.*, de *Nuestra Señora de los Remedios*. Cap. 6, Torquemada, Medina y Carrillo.)

que llamasen toda la prouincia de la Cuauhtlalpa, que son los Otomites de toda aquella prouincia, los quales fueron luego, con todos sus adereços de sogas y palancas, á ayudar á los que porfiaban á traer la piedra, los quales llegados pusieron sus sogas, á vueltas de las demas, y empeçaron á tirar dellas con mucho alarido y silbos, que los ponian en el cielo, y estando en esta porfia oyeron una voz que hablaua dentro de la piedra y decia:[1]

"Miserable gente y pobre desventurada: ¿para qué porfias á me querer llevar á la ciudad de México? Mirá que vuestro trauajo es en vano y yo no he de llegar, ni es mi voluntad; pero pues que tanto porfiays, estirá que yo yré hasta donde á mí me pareciere, por vuestro mal:" y callando la voz, todos quedaron como atónitos y espantados de una cosa tan prodigiosa y nunca vista ni oyda: y tornando á porfiar á lleualla, la piedra se movió con tanta facilidad, que casi no sentian trabajo en llevalla, y así llegaron con ella aquella tarde á Tlapitzauayan, desde donde enviaron sus mensajeros á *Monteçuma*, haciéndole saber el prodigioso caso sucedido, y de lo que la piedra auia dicho; el qual, como lo oyó, mandó echar en la cárcel á los mensajeros, teniéndolo por cosa de risa, y luego en

1 No han sido las piedras de México las únicas que hayan hablado: mucho antes les dieron el ejemplo y la leccion las de Europa. La piedra llamada *Ophites* ó Siderites, que poseía el troyano *Heleno*, era mas entendida que la mexicana, pues respondia á las preguntas que le hacian, y así predijo la ruina de Troya. No era menos comunicativa la del médico *Eusebio*, que tambien la lucia de oráculo. La antigüedad consideró los *Betilos* como piedras divinas y animadas; *animatas lapides*, segun los llaman Philon de Biblos; natural era que gozaran del don de la palabra.—El que quisiere saber mas de esta materia, puede consultar la Memoria de Mr. *Falconnet* en las de la Academia de las Inscripciones (Vol. VI, pág. 513 de la ed. in 4º) á *Drach* (De l'Harmonie entre l'Eglise et la Sinagogue, Vol. II, Part. II, Cap. 7), y particularmente al caballero *Gouguenot des Mousseaux* que apuró la materia en su curioso libro, *Dieu et les Dieux*, *etc.*—Paso de largo por las estatuas europeas que han sudado agua y sangre, que lloran, se remueven, hacen señas y pucheros, remitiendo, al curioso, al arsenal de prodigios de *Julius Obsequens* (Capítulos 19, 62, 87 y passim) y con especialidad á *Guasco* (*De l'usage des Statues chez les Anciens*, Cap. XV), que hizo una abundante cosecha: tampoco eran mudas. La de la *Fortuna Muliebris* manifestó su contento á las matronas romanas por la estatua que le dedicaron, diciéndoles:—GRATO DIIS STATUTO MATRONÆ ME DEDICASTIS. (PLUTAR. *in Coriol.* XXXVIII.) En fin, nada digo de los perros, de las serpientes, ni menos del ganado vacuno, que era de una locuacidad espantable; pues entonces no se limitaba á la sola palabra que le concede nuestro fabulista;

Habló el toro y dijo *Múu;*

sino que tambien daba avisos importantes.—*Roma tibi cave;* dijo un buey (*Jul. Obs.* cit., Cap. 53, 7, 15, 16, 38, 41, 63, 68, 85, 86, 103 y 113).

aquella hora y punto despachó un principal á sauer de los que allá estauan, si el caso era verdadero; y satisfaciéndose el mensajero de la verdad, uino á *Monteçuma* y díxole como el caso era así verdad, y que todos los que estauan en el traer de la piedra lo auian oydo.

Luego mandó soltar á los que tenia presos y envió á rogar al rey de Azcaputçalco le hiciese merced de ayudalle con su gente á traer aquella piedra, los quales llegados y haciendo sus sogas y artificios, empeçaron todos á querer arrastrar la piedra, y no se meneando ni haciendo mencion dello, tornaron á oyr una voz que salia de la piedra que decia: "pobres desventurados: ¿para qué trauajais en vano? ¿no os e dicho que no e de llegar á México?: andá, yd y decilde á *Monteçuma* que ya no es tiempo; que acordó tarde, que mas temprano auia de acordar á traerme; que ya no soy menester allá, porque ya está determinada otra cosa, la qual es diuina voluntad y determinacion: que no quiera el hacer contra ella: que ¿para qué me lleva?; para que mañana esté caida y menospreciada por ahí; y auisalde, que ya se le acaua su mando y oficio: que presto lo verá, y esperimentará lo que a de venir sobre él, á causa de que se a querido hacer mas quel mesmo Dios, que tiene determinadas estas cosas: y así, dexáme, porque si paso adelante será por vuestro mal."

De todo lo dicho fué auisado *Monteçuma*, el qual, no dando crédito aunque algo temeroso, se mostró muy ayrado y enojado contra los mensajeros, y amenaçándolos los mandó volver y que traxesen la piedra, y se cumpliese su mandato. La gente tornó á estirar de sus cuerdas y la piedra se mouió con tanta facilidad, que parecia que veinte yndios la truxeran, segun la velocidad con que venia, y llegaron aquel dia á un lugar que se dice Techico, que es junto á Ixtapalapan, y otro dia de mañana tornaron á su exercicio, mouiéndose la piedra sin ninguna pesadumbre de los que la trayan con tanto contento de cantos y bayles, con sonido de bocinas y caracoles y con tantos dichos y representaciones de truanes; y con tantos encienzos y sacrificios, como los sacerdotes les venian haciendo, llegó á un lugar que se dice Atoçititlan, el qual lugar es donde agora está la cruz primera, luego que salimos de México, la

qual como llegó allí fué avisado *Monteçuma*, y mandó á todos los de la ciudad la saliesen á recebir con muchas rosas y saumerios y la adornasen de ellas y la festejasen todo lo que pudiesen; lo qual fué hecho con toda la diligencia posible y con todo el aplauso y solenidad que á alguna cosa diuina se pudiera hacer.

Tornándole á referir los canteros y principales lo que la piedra auia dicho, y el mal pronóstico que les auia anunciado, y como les auia dicho que no auia de llegar á México, *Monteçuma*, como hombre porfiado á salir con su interes, mandando que de nuevo la festejasen y le ofreciesen grandes sacrificios y ofrendas, y que con aquello le aplacasen la yra que tenia, si de algo estaba enojada, donde despues de auella festejado y hecho sobrella grandes sacrificios, mandó la llegasen á la ciudad, y estirando de ella se movió con mucha velocidad y llegó hasta la acequia de San Anton, que agora es, y llegada allí, *Monteçuma* mandó poner muchas vigas y hacer una recia puente, por donde pasase á la otra parte; la qual hecha, porfiaron á la meter por la puente y llegada que fué á la mitad de la puente, con grandísimo estruendo y estallido quebró todas las vigas della y calló en la acequia, que entonces dicen era muy hondable, y llevó tras sí mucho número de yndios que estauan asidos de las sogas, y á todos los aogó y mató y á otros lastimó, muy mal lastimados y lisiados.

Visto esto por los señores, quedando todos muy espantados, y que lo que la piedra auia dicho, que no auia de llegar á México auia salido verdadero, dieron dello auiso á *Monteçuma*, el qual uino luego, con todos sus grandes, al lugar donde la piedra auia caydo, y visto el destroço que auia hecho y daño, con muerte de tantos yndios, mandó que luego le buscasen todos los buços que uviese en la prouincia de Xuchimilco y Cuitlauac y en Mizquic, los quales luego fueron buscados y traidos ante él, y mandóles que, sin ninguna dilacion, entrasen en el agua y buscasen en qué lugar auia hecho asiento, porque queria ver si estaua en lugar que se pudiese sacar, todo por interes de salir con su intento y voluntad. Los buços entraron al agua y buscando por todas partes la piedra, y deteniéndose en buscalla, desde medio dia hasta la noche cerrada, desconfiados de podella allar, vinieron á *Monteçuma* y dixéronle,

como ellos en toda la acequia no la auian allado, ni en el fondo del agua; que mandase por otra via buscalla, porque ellos no hallaban rastro en el agua y en el fondo della; que no auia parado allí, sino que se auia ydo, y que por ventura se auia vuelto á su lugar, pues ella mesma auia dicho uenia contra su voluntad. *Monteçuma*, pareciéndole ser cosa posible, mandó ir al lugar donde la piedra solia estar, y de donde la auian arrancado, y alláronla los mensajeros en el mesmo lugar que solia, toda cubierta de papel y llena de aquellos sacrificios que sobre ella auian hecho, y llena de sogas, á la mesma manera que auia caydo.[1]

Los mensajeros, admirados y espantados, voluieron con gran priesa á México y dieron noticia de aquella admirable y espantable cosa á *Monteçuma*, el qual desque lo oyó, cobrando grandísimo temor y admiracion, el mesmo en persona, con todos los grandes y señores de su corte, salió de México y fué á ver la piedra, delante la qual dicen que hiço grandes sacrificios y ofrendas y grandes oraciones y sacrificó algunos esclavos delante della; lo qual hecho voluióse á México y dixo á sus principales: verdaderamente, hermanos mios, que agora creo que nuestros trabajos y afictiones an de ser muchos y que nuestra vida es ya poca; y así yo determino dexarme morir, de mí, como mis antepasados, y haga el Señor de lo criado lo que fuere servido. Y llamando á los canteros mandó le labrasen su estatua en el lugar de Chapultepec, donde estauan esculpidas las de sus antepasados, y así fué esculpido en una peña de aquel cerro con las insignias y armas quel solia traer; de lo qual siendo avisado, fué á ver su estatua y luego que la vió empeçó á llorar y á decir: si nuestros cuerpos fueran tan durables en esta vida y tan perpetuos, como lo será esta efigie pintada en esta pe-

1 Tampoco los seres inorgánicos resistentes y *tnidores* son una propiedad exclusiva de México. Queriéndose hospedar de una manera mas digna y honorífica á los Penates que Eneas habia traido de Troya, se intentó trasladarlos de Lavinium á Roma; mas los dioses *se volvieron por su pié* al lugar de donde se les habia sacado contra su voluntad, encontrándoseles colocados sobre sus propias bases y repitiéndose el prodigio con el intento. (Dion. Halicarnaso, I, 59.) Al contrario, *Júpiter-Pluton* queria hospedarse en la nueva Alejandría que edificaba Ptolomeo Soter; mas impidiéndoselo el soberano y el pueblo de Sinope, no obstante las calamidades con que los amenazaba, tomó el partido de trasladarse, tambien por su pié, á las naves que lo aguardaban para trasportarlo. (Tacit. Histor. IV, 84.)

ña, la qual a de durar para siempre, ¿quién temiera la muerte?; pero bien veo que yo me e de morir y solo esta memoria a de quedar de mí; [1] por lo qual voluiéndose á los canteros, les dió las gracias y mandó les diesen la paga de su trauajo, á los quales les dieron muchas cargas de maiz y frijol y chile, mantas y camisas para sus mugeres y hijos; diéronles cargas de cacao algunas, para que repartiesen entre sí, y á cada uno un esclavo que le sirviese, con lo qual los canteros quedaron muy contentos y bien pagados, así del un travajo de querer traer la piedra, como del travajo de haber esculpido la effigie del rey *Monteçuma.*

Luego que *Monteçuma* volvió á su casa, sentado con sus principales y señores, les empeçó á declarar lo que *Neçaualpilli,* el rey de Tezcuco, le auia dicho, el mal pronóstico que le auia anunciado y lo que sobre la cometa le auia declarado; y viendo lo que de la piedra auia acontecido y dicho, empeçó ante ellos á llorar amargamente, y ellos juntamente con él; y queriéndole consolar aquellos grandes que con él estaban, les dixo: hermanos mios: ¿cómo puedo yo consolarme, pues me veo cercado de tantas angustias y sobresaltos? ¿soy yo por ventura mas que *Naçaualpilli,* que era profeta y sabia las cosas por venir y las declaraba, y en fin, con toda su ciencia se murió? ¿soy yo mas que mi deudo y pariente muy cercano, el gran *Tezumpantecutli,* señor de Cuitlauac, que tambien tenia sus prophecías y sabia en el caso seiscientas y diez ciencias, las quales declaraba con grandísima facilidad? Tambien veo que se murió: ¿pues qué será de mí, que soy ignorante y sin ciencia ninguna? ¿cómo me podré evadir de la calamidad y mal que espero? Los señores le consolaron lo mejor que pudieron, diciéndole esperase en el Señor de las alturas y de los dioses, cuya silla y asiento poseya, y cuyo señorío tenia y regia, quellos le favorecerian, con lo qual quedó algo consolado, aunquel consuelo le turó muy poco, como se verá en los capítulos de adelante. Los señores se despidieron del y se fueron á sus casas.

1 En la nota de la pág. 251 se dió noticia de la mala suerte que la ignorancia y el fanatismo depararon á estos monumentos históricos.

CAPITULO LXVII. [1]

De cómo *Monteçuma* propuso de se ir de la ciudad á esconderse donde no fuese hallado y de cómo lo puso por obra, y de un mal pronóstico que antes tuvo.

Era el sosiego de *Monteçuma* tan poco y traía tan sobresaltado su coraçon, que todas las veces que via la cometa, ó que oía el alarido que los indios daban al tiempo que salia, que no podia quietar su corazon ni sosegar su pecho, dado que fuese animoso y de gran virtud; y así, estando un dia pensativo y penado, llamó á sus corcobados y enanos que le servian dentro de su palacio, y previniéndoles y avisándoles primero guardasen todo secreto en lo que les queria decir, so pena de la vida, les dixo: aueis de saber que yo estoy muy triste y con gran sobresalto, temiendo lo que me an dicho que a de venir sobre mí y en mi tiempo a de acontecer; por lo qual yo e determinado de me ir á esconder á alguna cueva á los montes, donde nunca mas parezca; [2] por eso, si os quereis vosotros ir conmigo, agradecer os lo e, tenerme eis vosotros compañía. Los corcobados y enanos le respondieron, que él era su señor, que les mandase lo que quixese, que ellos le obedecerian y irian donde él fuese servido de llevallos. El rey, viendo su voluntad de le servir, se lo agradeció y dixo: que esperasen, que él buscaria donde uviesen de ir y á su tiempo él les avisaria; pero que mientras lo buscaba, que tuviesen el secreto que les auia encomendado.

1 Véase la lámina 26ª, part 1ª

2 La historia antigua nos presenta un caso semejante, producido tambien por los sueños.—Un rey de Etiopía, llamado *Sabacos* ó *Sabacon*, destronó al soberano de Egipto y ocupó su trono. Soñó que un hombre puesto en pié, (que segun Diódoro era el dios de Tebas) le anunciaba no podria reinar largo tiempo en Egipto, si no descuartizaba á todos los sacerdotes. Consideró el consejo como impío, viendo en él un aviso de que habia espirado el período que le era permitido reinar en Egipto, y en consecuencia debia retirarse cuanto antes. Los oráculos le habian fijado de antemano el período de su reinado. El soberano destronado volvió á su trono. (Herodotus II, 139.—Diódoro de Sicil. I, 65.) Parece que el alto relieve esculpido en el ángulo del atrio de la iglesia de San Hipólito, representa el pasaje del indio trasportado por el águila.

Cuentá la historia en este lugar, que andando *Monteçuma* buscando y imaginando dónde se ir á esconder, que aconteció un caso prodigioso con un indio de la provincia de Tezcuco, natural del pueblo de Coatepec, y es que estando un indio labrador labrando sus milpas (ó sementeras, que esto quiere decir milpas), con todo el sosiego del mundo, baxó de lo alto un águila poderosísima sobre él y echándole mano con las uñas de los cabellos, le subió á lo alto,[1] tanto que los que le vieron ir casi le perdieron de vista, y llevándole á un alto monte le metió en una cueva muy oscura, y puesto allí oyó al águila decir: poderoso señor: yo e cumplido tu mandado y aquí está el labrador que me mandaste traer; el qual oyó una voz, sin ver quién la hablaba, que dixo: seais bien venidos: metedlo acá, y sin ver quién, le tomaron por la mano y lo metieron en un aposento claro, donde vido estar á *Monteçuma*, como dormido y casi fuera de su natural sentido, y haciendo sentar al labrador en un sentadero junto á él, le fueron dadas unas rosas en la mano y un humaço de los que ellos usan chupar, encendido, y díxole el que se lo dió: toma y descansa y mira ese miserable de *Monteçuma* quál está sin sentido, embriagado con su soberbia y hinchazon, que á todo el mundo no tiene en nada; y si quieres ver quán fuera de sí le tiene esta su soberbia, dale con ese humazo ardiendo en el muslo y verás como no siente. El indio, temiendo de le tocar, le tornaron á decir: tócale, no temas: el indio con el humazo ardiendo le tocó y el *Monteçuma* fingido no se meneó ni sintió el fuego del humazo.

La voz que le hablaba le dixo: ¿ves cómo no siente y cuán insensible está y cuán embriagado? pues sábete que para este efeto fuiste aquí traido por mi mandado: anda, ve, vuelve al lugar de donde fuiste traido y dile á *Monteçuma* lo que as visto y lo que te mandé hacer; y para que entienda ser verdad lo que le dices, dile que te muestre el muslo y enséñale el lugar donde le pegaste el humazo y hallará allí la señal del fuego; y dile que tiene enojado al Dios

1 Este es un rapto como el de *Ganímedes*, trasportado tambien por un águila á las regiones celestes, aunque no con igual comodidad ni intentos.—El hermoso Frigio iba caballero en el ave sagrada, mientras què al pobre indio lo llevaba entre làs garras. (Sueton. *in Domitiano*. Cap. VI.)—Así tambien otra se llevó la cabeza del gobernador de la alta Germania, vencido por Domiciano (Sueton. *in Domitiano*. Cap. VI.) y una tercera el gorro ó sombrero (*pileus*) de *Diadumenus*, que pronosticaba la muerte de su padre y su propia elevacion al trono de los Césares. (Lampridius. *in Diadum*. Cap. IV.)

de lo criado y que él mesmo se a buscado el mal que sobre él a de venir y que ya se le acaba su mando y soberbia: que goce bien de esto poquito que le queda y que tenga paciencia, pues él mesmo se ha buscado el mal: y diciéndole estas palabras mandó salir el águila que lo auia traido y que lo volviese á su lugar. El águila salió y le tornó á tomar por los cabellos con las uñas y le truxo al lugar mesmo de donde le auia traido, y en dexándole dixo: mira hombre baxo y labrador que no temas, sino que con ánimo y corazon hagas lo que el Señor te a mandado, y no se te olvide algo de las palabras que as de decir; y con esto se tornó el águila á subir por el aire y desapareció.

El pobre labrador, como quien despertaua de un sueño, se quedó espantado y admirado de lo que auia visto; y así como estaba con la *coa* en la mano, vino delante de *Monteçuma* y pidióle queria hablar, y dándole entrada, humillado ante él, le dixo: "poderoso Señor: yo soy natural de Coatepec y estando en mi sementera labrándola, llegó un águila y me llevó á un lugar donde vide un gran Señor poderoso, el qual me dixo descansase, y mirando á un lugar claro y alegre te vide sentado junto á mí y dándome unas rosas y una caña ardiendo que chupase el humo de ella: despues que estaua muy encendida me mandó te hiriese en el muslo y te herí con aquel fuego y no hiciste nengun movimiento ni sentimiento del fuego, y diciendo cuán ensensible estabas y cuán soberbio, y como ya se te acababa tu reynado y se te acercaban los trabajos que as de ver y esperimentar muy en breve, buscados y tomados por tu propia mano y merecidos por tus malas obras, me mandó volver á mi lugar y que luego te lo viniese á decir todo lo que auia visto: y el águila tomándome por los cabellos me volvió al lugar de donde me auia llevado, y vengo á te decir lo que me fué mandado.

Monteçuma, acordándose que la noche antes auia soñado que un vil hombre le heria con un humazo en el muslo, miró el muslo y halló en él una señal y en ella un gran dolor, que no la osaba tocar,[1] y sin mas preguntar al indio cosa nenguna llamó á sus alcai-

1 Las crónicas de la edad média, y aun muchos libros de siglos posteriores, nos ministran infinitos casos perfectamente análogos de visiones terríficas, que, al disiparse, dejaban impreso su recuerdo con una terrible realidad, ya en quemaduras, ya en carde-

des y carceleros y mandó que echasen aquel indio en la cárcel y que no le diesen á comer sino que muriese allí de hambre. El indio fué echado en la cárcel y olvidado en ella, sin que hombre tuviese cuidado de dalle de comer; y creciéndole el dolor en el muslo estuvo algunos dias malo en la cama, curándole los médicos con mucha diligencia; el qual despues que sanó llamó á sus corcobados y mandó llamar á unos hechiceros y sortilegos, que ellos llamauan *Tequitque*, y mandóles que luego desollasen diez hombres y que le truxesen los cueros, que los auia menester.

Traidos ante él los cueros de hombres, mandólos entrar en su recámara, tomando dos corcobados de los que le servian les dixo: que él auia ya hallado el lugar á donde se auia de ir á esconder; el qual se llamaba *Cicalco*, que quiere decir, "el lugar de las liebres,"[1] el qual lugar era muy ameno y recreable, donde los hombres vivian para siempre sin morir, y que segun la relacion que le auian dado, que era lugar de aguas muy cristalinas y claras y de mucha fertilidad de todo género de bastimentos y frescuras de rosas y flores, y que él determinaba de irse allí, pero que primero queria que fuesen ellos á saludar al Señor de aquel lugar que se llamaua *Uemac*, y que de su parte le diesen aquellos cueros de hombres, y que le dixesen cómo el rey *Monteçuma* le suplicaba le recibiese en su compañía y servicio, porque lo tenia mucho en deseo, solo por librarse de lo que *Tzompantecutli*, Señor de Cuytlauac, y el rey de Tezcuco le auian anunciado antes de su muerte, y por ver que auia ya visto tantas señales en el cielo y pronósticos y agüeros en la tierra, que lo tenia por cierto: que le pedia de merced le admitiese á

nales y escoriaciones y en todos los otros modos y medios con que se puede atormentar el cuerpo, todo ello obra de séres invisibles é impalpables.—Basta echar una ojeada sobre el—*Magnum Speculum exemplorum* del P. Juan Mayor, ó cualquier otro de su género, que no escasean, para quedar sanado.—Mas no será justo olvidar un ilustre ejemplo que ministran las crónicas de Francia. Refiérome á la ruda azotaina que le dió San Remigio al rey Pepin, tan bien aplicada que le dió fiebre, quedándole visibles y sensibles los cardenales, como á Motecuhzoma la quemada. (Lenglet Dufresnoy, Recueil de Dissertations sur les apparitions, etc. T. I., part. I., pág. CXXXV.)

1 La tradicion fabulosa que sigue á continuacion, se relaciona, en alguna manera, con la que pone el autor bajo el reinado de *Motecuhzoma I.*—Véase lo que sobre ella digo en la nota de la pág. 228.—Allí escribí *Cincalco*, conformándome á la lectura de Sahagun y Tezozomoc; mas puesto que la palabra significa—"lugar de liebres"—y literalmente —"*Casa de la liebre*"—la ortografía propia es *Cicalco*.

su servicio; y mandándoles estrechamente no lo descubriesen á nadie, dándoles para el camino todo lo que auian menester.

Salieron los corcobados con los *Tequitliques*[1] á buscar el lugar de la cueva de *Cicalco*, dándoles el mesmo *Monteçuma* relacion de donde la auian de hallar, que segun relacion de algunos era entre México y Coyuacan, en un lugar que llaman Atlixucan,[2] donde dicen los viejos que todas las noches de esta vida salia una phantasma[3] y SE llevaba un hombre, el primero que topaba, el qual nunca mas parecia, y así huian de andar aquel camino de noche. A este lugar, dice la historia, que envió *Monteçuma* estos sus mensageros, los quales entrando por la cueva que allí auia, toparon un hombre muy negro con un báculo en la mano, que se llamaua *Totec*, y preguntándoles lo que querian, le respondieron que venian á hablar al Señor de aquella cueva *Uemac*, y tomándolos por la mano los llevó á la cueva adentro y los puso ante *Uemac*, el qual tenia una fiera figura, y humillándose ante él, le presentaron los diez cueros de hombres que llevaban, y refiriéndole el mensage que llevaban y el deseo que *Monteçuma* tenia de venir allí, á le servir, él les respondió: decidle á *Monteçuma* que ¿á qué quiere venir acá? ¿piensa que en este lugar hay joyas y oro y piedras preciosas y plumas y mantas ricas, como las que él goza allá en el mundo? Decidle que se engaña; que goce de lo que goza y se esté quedo; que lo que está determinado, que no lo puede huir, y decidle que estos que están en mi compañía, que tambien fueron hombres como él y que gozaron de lo que él goza y agora padecen lo que veis: miradlos y consideradlos cuán diferentes figuras tienen aquí de las que allá tenian; que no piense que aquí tenemos ningun contento y alegria, sino todo trabajo y miseria, y que á este lugar no venimos nosotros de nuestra voluntad, sino traidos por fuerça y estamos con la voluntad del muy alto; que ¿cómo puede él venir acá?[4]

1 Así en la copia. Antes escribió *Tequitque*.

2 Tal vez *Atlixhuacan*, ó *Atlixiuhcan*.—La ubicacion de la mayor parte de estas pequeñas localidades es hoy desconocida.

3 Los fantasmas y las apariciones han sido en todo tiempo, y todavía son tan comunes, que no merecen la pena de considerarlos.

4 Los viajes á las regiones infernales no pertenecen exclusivamente al dominio de la mitología, tambien se encuentran en el de la historia. La de Francia nos ministra el de Cárlos el Calvo al infierno y al purgatorio, desde donde pudo vislumbrar algo de la cor-

Con esta respuesta salieron los corcobados y hechiceros de la cueva y vinieron á *Monteçuma*, al qual dieron la respuesta que *Uemac* les dió, y enojándose con ellos, por auelle traido tan mala respuesta, los mandó matar luego á la hora, y enviando otros, con otros diez cueros de hombres, le truxeron la mesma respuesta, y mandólos matar, como á los otros. Llamó dos prencipales de los mas llegados suyos y comunicándoles el caso y encomendándoles el secreto, prometiéndoles grandes mercedes y previlegios, á ellos y á sus hijos, les rogó fuesen á aquel lugar y propusiesen su demanda y ruego á *Uemac*, y que alcançasen de él el entrar á serville; los quales obedeciendo su mandado fueron importunando al demonio, que era el que les hablaba por industria de aquellos hechiceros, respondiéndoles que consolasen á *Monteçuma* y le dixesen, que si queria entrar allí y alcançar lo que deseaba, que hiciese penitencia ochenta dias y que no comiese aquellas comidas reales, ni bebiese aquellas bebidas suaves que bebia, sino solamente la semilla de los bledos, deshecha con agua, y que el agua que bebiese que fuese caliente y que se apartase de sus mugeres, que no llegase á ellas, y que por todos aquellos ochenta dias no se sentase en el asiento real, ni en el lugar del señorío, ni se pusiese manta real ni otra riqueça nenguna, sino todo ropas y traje de penitente; y que acabados los ochenta dias de la penitencia que volviesen allá, que él les diria lo que auian de hacer.

te celestial. Horribles sustos pasó en esta peligrosa excursion y espantables visiones vinieron á afligir su espíritu: encontróse allí á toda la corte de su padre, magnates y prelados, con algunos de sus predecesores, nadando entre llamas y en lagos de azufre ardiendo, con otros objetos espantables, no siéndolo menos el anuncio que se le hizo de que pronto seria destronado, viviria muy poco y pasaria á descansar en dos toneles de agua hirviendo que allí le estaban preparados, si no hacia penitencia. (Lenglet Dufresnoy.—Recueil etc. cit. Vol. I, part. I, pág. 25 y 184.) Más pavorosa fué todavía la expedicion del señor feudal de un territorio de los antiguos *Pelignos* y que mas que *Motecuhzoma* vejaba y oprimia á sus súbditos despótica y caprichosamente: tambien se encontró entre calderas y lagos de fuego, y lo que fué mas espantable, con una colonizacion demasiado ilustre, pues segun el *Magnum speculum exemplorum*, estaban abundantemente representadas todas las clases y gerarquías, políticas y eclesiásticas, desde la suprema hasta la ínfima y el viajero no salió tan bien librado como Cárlos el Calvo, pues llevado de la curiosidad, quiso tocar el oro, púrpura y piedras preciosas que brillaban en las vestiduras de aquellos ilustres huéspedes, se le ardió la mano, quedando lisiado y ademas insensato. (*Magn. spec.* Verbo—*Visiones defunctorum.* Ex. I.)—¿Quién no ha oído hablar de aquel antro famoso de Irlanda, conocido con el nombre de *Purgatorio de San Patricio*?.... Este y otros muchos de su género valen muy bien la caverna de *Huemac.*

Los mensageros volvieron con esta respuesta al rey, el qual muy alegre y regocijado los recibió muy bien, y les hizo muchas caricias y ofertas y mandó dar muchos dones y mercedes y los mandó poner en el lugar de los de su consejo y juzgado; y empeçando á hacer su penitencia, con toda la aspereça del mundo, mandó á todos los viejos ayos de sus mugeres y á todas las amas que estaban en guarda de ellas, que ninguna entrase á su recogimiento, sino que si se quisiesen casar y alguno las pidiese, que lüego las casasen y les diesen maridos; y encerrándose en su recogimiento estuvo aquellos ochenta dias en penitencia y aspereça grandísima, no comiendo ni bebiendo cosa que bien le supiese, ni bebia otra agua sino caliente primero al fuego; al cabo de los quales ochenta dias, que auia cumplido su áspera penitencia, tornó á inviar á los dos prencipales á aquel lugar á decille á *Uemac*, como él auia cumplido su penitencia; que qué era lo que mandaua. *Uemac* les respondió que él lo auia hecho muy bien; que le aguardase y estuviese en vela, que al quarto dia él iria y se pondria en el cerro de Chapultepec, y que quando le viese, que tomase una canoa y se fuese á un lugar que llamauan Tlachtonco, que él iria allí y le llevaria consigo: que adereçase aquel lugar lo mejor que pudiese.

Oída esta respuesta por *Monteçuma*, salió en público y empeçó á poner en órden las cosas de la república y á mandar algunas cosas que él vió ser necesarias, todo con mucha cautela y secreto por no ser sentido, haciendo á algunos allegados suyos y deudos algunas mercedes y mandando á sus esclavos que de noche adereçasen aquel lugar del Tlachtonco, lo qual ellos hicieron, componiéndolo con muchas ramas de zapotes y poniendo muchos sentaderos de manojos de la mesma hoja; lo qual, luego que le fué avisado que ya estaba hecho, con mucho secreto se metió en una canoa, y estando en vela, vido encima del cerro de Chapultepec una cueva tan encendida, que con su luz se parecian las cosas de la ciudad y los cerros y árboles, como si fuera de dia, [1] y entendiendo ser aquel, *Uemac*, que ve-

1 De estas iluminaciones y abrasamientos del cielo, aun mas singulares y prodigiosos, están llenas las historias antiguas: *Cœlum iterum ardere visuin plurimo iqui*, es una frase que, con ligeras variantes, se encuentra frecuentemento en *Julius Obsequens*. Muestras de ello pueden verse en los capítulos 13, 14, 15, 33, 69 y *passim;* y mas todavía, antorchas encendidas colgadas del cielo (cap. 70), y para que la iluminacion fuera mas

nia por él, mandó á sus corcobados que remasen á toda priesa, y llegado que fué á Tlachtonco, él y sus corcobados se vistieron de ropas reales y el *Monteçuma* se puso sus braceletes y calcetas de oro y sus plumas en la cabeça y collares al cuello de oro y ricas piedras, y sentóse en un asentadero de aquellos y junto á él todos sus corcobados, á esperar á *Uemac;* empero, como lo que estaba ordenado no se podia huir [1] el Texiptla del templo, que era la semejança del dios que estaua durmiendo, oyó una voz [2] que decia, "despierta, *Texiptla,* mira que tu rey *Monteçuma* se huye y se va á la cueva de *Uemac.*" El *Texiptla* despertó, y abriendo los ojos vido una claridad, como si fuera de dia, y tornándole á decir cómo *Monteçuma* se huia y que estaba esperando á *Uemac* en el lugar que llamaban Tlachtonco, que lo fuese á volver á su ciudad y le dixese, que mirase lo que hacia y le reprendiese una liviandad tan grande.

El *Texiptla,* saliendo solo del templo y hallando una canoa vera [3] del agua, saltó en ella y con el remo que en ella estaba, á toda priesa empeçó á remar y llegó luego al lugar de Tlachtonco, y entrando dentro halló á *Monteçuma* y á sus corcobados cabel, [4] todos como e dicho, muy bien vestidos y aderezados, y llegándose á *Monteçuma,* le dixo: ¿qué es esto, señor poderoso? ¿qué liviandad tan grande es esta, de una persona de tanto valor y peso como la tuya? ¿dónde vas? ¿qué dirán los de Tlaxcala, y los de Vexotzinco y los de Cholula y de Tliliuquitepec, y los de Mechuacan y Metztitlan? ¿en qué tendrán á México; á la que es el coraçon de toda la tierra? cierto, gran verguença será para tu ciudad y para todos los que en ella quedamos, que suene la voz y se publique tu huida. Si te murieras y

completa, el sol se apareció á media noche en todo su esplendor (capítulos 41, 49, 71, 73, 86); y esto, no por una vez, sino en tiempos diferentes.

1 Esto es; — "no podia evitarse ó impedir que acaeciera."

2 Este ha sido uno de los prodigios mas comunes en los tiempos antiguos. Una voz misteriosa prohibe al cónsul Flost. Mancinus á embarcarse. (Obsequens, cap. 88.) En medio de una lluvia de piedras se oyó una voz terrible que ordena á los Albanos hacer un sacrificio: otra declara la victoria por los romanos en la guerra con los etruscos: una tercera les advierte que iban á llegar los galos; en fin, una voz pavorosa salida del templo de la diosa Matuta, previene á los latinos retiren su campo del lugar que ocupaban. (Lib. I, 31—II, 17—V, 32—VI, 32.)—Pero no hay que mendigar ejemplos á la antigüedad, cuando hoy poseemos los *espíritus* mas parleros que jamas han existido.

3 A la orilla.

4 Junto á él.

te vian morir y enterrar, es cosa natural; pero huirte, ¿qué diremos? ¿qué responderemos á los que nos preguntaren por nuestro rey? Respondelles emos, con verguença, que se huyó. Vuélvete, señor, á tu estado y asiento y déxate de semejante liviandad, y mira la deshonra que nos haces á todos. Y echándole mano de las plumas que tenia en la cabeça, se las quitó y hiço levantar.

Monteçuma, avergonçado, dió un suspiro y miró hácia el cerro de Chapultepec, y vido que la lumbre que allí estaba, que era la que él esperaba, se auia apagado, y que ya no parecia, y diciéndole al *Texiptla* le suplicaba no le descubriese aquella liviandad, se vino con él á México. Entrándose en su casa, con todo secreto, el *Texiptla* se fué al templo, sin que de nadie fuese visto ni sentido; y despertando á su guardia les dixo: por cierto, vosotros mirais bien por mí, que en toda esta noche yo no e estado con vosotros: bien me pudiera auer acontecido alguna desgracia: ellos muy turbados, le suplicaron no lo dixese á *Monteçuma*, porque los mataria luego.

En amaneciendo, luego saliendo el sol, el *Texiptla* salió del templo y vino á las casas reales á preguntar por el rey: los guardas y porteros le dixeron cómo aun no era levantado, y él sonriendo les dixo, deue de estar cansado de la mala noche que a llevado. Los guardas y porteros, no entendiendo cosa de lo que el *Texiptla* decia, se miraban unos á otros; empero *Monteçuma* no se quiso mostrar á nadie en quatro dias, los quales estuvo encerrado, que no pareció, teniendo gran vergüenza del *Texiptla*, de lo que auia intentado; pero al cuarto dia entró el *Texiptla* á él, y rogándole saliese á ver á sus principales que le estaban esperando, deseosos de velle, él salió, y hablando á los señores, se tornó á entrar con el *Texiptla* en su retraimiento, donde el *Texiptla* le consoló con palabras muy consolatorias, trayéndole á la memoria la grandeça de sus antepasados y los trabajos que auian pasado; y así, llorando el rey *Monteçuma* con él, le suplicó tuviese secreto en el caso y él se lo prometió, y así cada dia que auia de comer el rey, enviaba á llamar al *Texiptla* y le hacia comer junto él: lo mesmo hacia quando se iba á recrear á algunos lugares de recreacion, que luego le enviaba á llamar para recrearse con él, y lo hacia venir siempre á todo género de conversacion y regocijo que uviese de tomar, desde el dia

que le halló en la laguna. Tambien le llamaba para comunicar con él todo género de secreto, y tomó con él tanta amistad y mostróle tanto amor, que casi eran un coraçon y una voluntad, todo fundado por interes de que le guardase aquel secreto, de auerse querido ausentar de su reynado, pareciéndole á *Monteçuma* que en ello auia cometido un género de grandísima baxeça; y en esto fué el *Texiptla* tan prudente y avisado, que viendo la honra que se le hacia, y por no caer de ella y de la gracia de su rey, jamas lo descubrió, aunque creo lo hacia mas por el temor de ser muerto y destruida de su generacion toda.

CAPÍTULO LXVIII.[1]

De cómo *Monteçuma* mandó á todos los prepósitos de la ciudad que supiesen de los viejos y viejas todos los sueños que soñaban, acerca de la venida de los que esperaban y de otras cosas prodigiosas tocantes á él; y de los muchos que mandó matar, porque le revelaron sueños contra lo que él queria.

Andaba *Monteçuma* tan desasosegado que no se podia quietar su corazon, y en parte deseaba que se cumpliese ya lo que le tenian profetizado para poderse quietar; y con este cuidado mandó llamar á todos los prepósitos y mandoncillos de los barrios, y preguntóles si acaso auian soñado alguna cosa acerca de la venida de aquellas gentes que esperaban, ó de lo que auia de acontecer; que se los revelasen aunque fuesen contra su persona, que no deseaba mas de saber ya la certidumbre de este negocio que tan mentado era y con tantas amenaças de mal se lo auian profetizado; y que no lo hacia sino para poner en cobro sus hijos, que eran los que mas le dolian y de quienes mas lástima tenia. Los *calpixques*[2] le dixeron no auer soñado nada, ni auer visto ni oydo cosa acerca de estos jamas. Él les dixo: pues ruegoos, amigos mios, que encomendeis á todos los viejos y viejas de vuestros barrios, que los que uvieren soñado algo ó soñaren, de aquí adelante, que les digais que me

1 Véase la lámina 26ª, part. 1ª

2 Mayordomos del rey y recaudadores de tributos. El P. Sahagun le da en este lugar la significacion de *Capitanes*.

avisen de lo que soñaren, agora sea en pro ó en contra mia, y avisá[1] á todos los sacerdotes que, en todas las visiones que vieren, así de muertos como de otras visiones que suelen ver de noche en los montes ó lugares caliginosos, que les pregunten todos los sucesos que han de acontecer. Lo mesmo encomendá á todos los que tienen por costumbre de andar de noche, y que si topasen á aquella muger que dicen que anda de noche llorando y gimiendo, que le pregunten qué es lo que llora y gime, y que se satisfagan de todo lo que acerca de estos negocios pudieren saber. Ellos se lo prometieron de lo hacer; y así idos á sus barrios dieron noticia á todos los viejos y viejas de lo que su rey y Señor mandaua y deseaba saber, de lo qual fueron avisados los soñadores y veladores de las noches, y los sacerdotes que tenian por costumbre de ir á los montes y cuevas, de noche y de dia, á hacer sus ordinarias peticiones; y desde aquel dia andauan todos con aquel cuidado de advertir á los sueños y hacer memoria de ellos y traellos á la memoria para contárselos á su rey, si fuese cosa tocante á lo que *Monteçuma* deseaba saber.

Con el cuidado que los viejos y viejas, sacerdotes y agoreros tenian, sobre el mandato de su rey, en lo que tocaba á la declaracion de los sueños, dieron aviso algunos viejos y viejas á los prepósitos y *tequitlatos*,[2] que les auian avisado cómo algunos de ellos auian soñado algunos sueños espantosos y prodigiosos, que les auia puesto mucho temor y quidado, de lo qual querian fuese avisado su rey y dalle cuenta de ellos. Los prepósitos fueron á *Monteçuma* y le dixeron cómo, en cumplimiento de su mandato real, acudian algunos viejos y viejas á querelle declarar lo que auian soñado; que si mandaba fuesen traidos ante él. Él, deseoso de saber lo que auian soñado, los mandó traer á su presencia, los quales venidos, les mandó declarasen lo que auian soñado, y los viejos, puestos ante él, con mucha humildad y reverencia, le dixeron:

1 La creencia en los sueños fué general en los tiempos antiguos. Lo es en los presentes y lo será en los venideros. El empleo de personas encargadas de interpretarlos fué tambien una práctica universal.

2 *Tequitlato.* Mandon ó Merino, ó el que tiene cargo de repartir el tributo, ó el *tequio* (trabajo) á los *macehuales*, jornaleros ó sirvientes (Vocabul. Mexic. de Molina).— Segun Torquemada, eran los agentes inmediatos de la autoridad municipal.

"Poderoso Señor: no querriamos ofender tus poderosas orejas, ni poner en tu coraçon algun sobresalto que te causase alguna enfermedad, pero forçados con tu supremo mandato, pues estamos forçados á te obedecer, de fuerça abremos de decir lo que emos soñado. As de saber que estas noches pasadas nos mostraron los Señores del Sueño, cómo el templo de *Vitzilopochtli* lo viamos arder á grandes y encendidas llamas, y que piedra por piedra se deshacia y caya sin quedar en él cosa enhiesta, [1] y al mismo *Vitzilopochtli* lo viamos caido y derribado por esos suelos, y esto es lo que emos soñado. *Monteçuma* los mandó apartar á un lado y que se llegasen las viejas, para que declarasen el sueño que auian soñado; las quales sentadas ante él le dixeron: hijo mio: no te inquietes ni desasosiegues tu coraçon por lo que te queremos decir, porque nos a puesto grande temor y espanto: as de saber que los sueños que estas tus madres han soñado, son que veian entrar un rio caudaloso por las puertas de tus casas reales, y con la mucha furia que llevaba derriuaba las paredes de tu casa y las arrancaba por los cimientos, llevando palos y piedras por delante, sin quedar cosa enhiesta, y que llegaba al templo y con el mesmo furor lo echaba por tierra, de lo qual los grandes y señores, temerosos, desamparaban la ciudad y se huyan á los montes; y esto es lo que tenemos que declararte.

Monteçuma, auiendo estado atento á lo que los viejos y viejas auian dicho, viendo que no era nada en su favor, sino que antes argüian á los malos pronósticos pasados, con una furia y rabia endemoniada, mandó que aquellos viejos y viejas fuesen echados en cárcel perpetua y que les diesen de comer por tasa y medida hasta que muriesen. Los sacerdotes de los templos, que tambien auian sido avisados que hiciesen memoria de los sueños que soñasen, de las visiones que viesen en los montes, en los collados, en las cuevas, en los rios ó en las fuentes, viendo lo que pasaba con los viejos y viejas, auiendo soñado muchas cosas y visto y oido otras en sus oráculos y sacrificaderos, hiciéronse de concierto entre todos de no declarar cosa ninguna, temiendo no les sucediese lo que á los viejos y viejas. El Rey, viendo que no acudian á decille cosa

1 En pié, ó sin quedar piedra sobre piedra.

ninguna, los mandó llamar, y con palabras blandas les empeçó á decir: ¿es posible que no aueis soñado ninguna cosa, ni visto? Ellos le respondieron que no. *Monteçuma* les tornó á decir que les daba término de quince dias para que advirtiesen en lo que soñasen, y viesen y oyesen. Ellos, hablándose unos á otros, se tornaron á concertar entre sí de no le declarar cosa ninguna, que aunque mas amenaças les hiciese.

Cumplidos los quince dias los mandó llamar, y ellos temerosos parecieron ante él, el qual les dixo: ¿aueis advertido lo que os mandé? Ellos le respondieron: Señor poderoso: si por quebrantar tu mandamiento merecemos muerte y ser aniquilados por tu poderosa mano, quánto mas lo mereceriamos si ofendiendo tus orejas te dixésemos alguna mentira; lo que te sabemos decir y certificar es que nosotros no emos visto, ni oido, ni soñado cosa que toque á tu persona ni á lo que deseas sauer. Él les respondió con rostro enojado y airado; no es posible, sino que vosotros, ó no me quereis decir verdad, ó menospreciais mis mandamientos, ó que no teneis quenta con lo que toca á vuestros oficios, que es mirar y velar en las cosas de la noche: y llamando á los carceleros los mandó atados echar á todos en jaulas y que muriesen allí de hambre. Ellos llorando, postrados ante él, le pidieron les quitase luego la vida y no permitiese que su cuerpo fuese atormentado. Él, apiadándose de ellos, los mandó soltar y que estuviesen recogidos en una sala, sin salir de ella hasta que fuese su voluntad. Con este temor nadie osaba hablar ni declarar sueño, temiendo las muertes crueles y atroces que *Monteçuma* les daba, quando los sueños no eran á su propósito.

Viendo que ya los de la ciudad no le declarauan ni decian cosa alguna, mandó llamar á sus mensageros y enviólos á todas las prouincias de las costas para que le llamasen á los gobernadores de ellas, y juntamente envió á todas las villas y ciudades del marquesado para que los señores de ellas parecieran ante él; los quales venidos, en el tiempo mas breve que pudieron, les mandó le buscasen todos los hechiceros y encantadores y sortílegos que en sus ciudades y villas pudiesen hallar, y que les aperciuiesen cómo su voluntad era saber algunos prodigios, ó pronósticos, ó adivinanças,

entendidas ó sauidas por estrellas,[1] por agua ó fuego, ó por aire, ó por suertes, ó por otra qualquier via y ciencia que tuviesen, y principalmente por sueños ó visiones.

Los gobernadores y principales de los pueblos volvieron á sus ciudades y buscaron con toda diligencia la gente que *Monteçuma* pedia, y enviándole muchos adivinos, sortílegos, hechiceros y encantadores venidos ante él, le dixeron: Señor: aquí somos venidos á tu llamado, á saber tu voluntad y ver lo que nos quieres. Él les respondió: seais bien venidos: aueis de saber que la causa para que os llamé es para saber si aueis visto, ó oido ó soñado alguna cosa tocante á mi reinado, y persona, pues seguis las noches y correis los montes, y adivinais en las aguas y considerais los movimientos de los cielos y el curso de las estrellas: ruego os que no me lo escondais. Ellos le respondieron: Señor: ¿quién será osado á mentir en tu presencia? nosotros no emos visto, ni oido, ni soñado cosa que toque á lo que nos preguntas. *Monteçuma*, muy airado, les respondió: pues es vuestro oficio ser embaidores y engañadores, y fingiros hombres científicos y que sabeis las cosas por venir, engañándolos á todos, y diciendo que sabeis todo quanto pasa en el mundo, y que os es patente todo lo que está dentro de los cerros y en el centro de la tierra, y que veis lo que está deuaxo del agua y en las cavernas y hendeduras de la tierra y en los agujeros y manantiales de las fuentes; llamais os hijos de la noche, y todo es mentira y fingido. Y llamando con grandísimo enojo á sus justicias, los mandó echar en jaulas y que les pusiesen muchas guardas para que no se pudiesen huir.

Puestos en la cárcel estos adivinos y hechiceros no mostraron ninguna pesadumbre, antes contento y alegría, riéndose unos con otros, de lo qual fué avisado *Monteçuma*, el qual envió sus principales á rogalles que le declarasen alguna cosa de lo que les auia rogado; que él les prometia de ponellos en libertad. Ellos respondieron, que pues que tanto insistia en querer sauer su desventura, que lo que hallaban por las estrellas del cielo y por todas las demas ciencias que sabian, ERA que auia de venir sobre él una cosa tan prodigiosa y de tanta admiracion, qual nunca auia venido sobre

1 Es decir, por observacion de las estrellas, del agua, etc.

hombre; y mostrando enojo y ira, uno de los mas ancianos que allí estaua preso dixo, que lo oyeron todos: sepa *Monteçuma*, que en una sola palabra le quiero decir lo que a de ser de él, que ya están puestos en camino los que nos an de vengar de las injurias y trabaxos que nos a hecho y hace; y no le quiero decir mas, sino que espere lo que presto a de acontecer: todo lo qual le fué contado y dicho á *Monteçuma*, y sin mostrar ninguna pesadumbre, antes rostro sereno y alegre, pretendiendo sacar de ellos todo lo que deseaba, dixo á los señores: ruego os que vais allá y le torneis á preguntar, qué modo de gente es la que viene, qué via ó qué camino trae y qué es lo que pretende.

Ellos fueron á cumplir su mandado, y llegados á las cárceles no allaron hombre en ellas.[1] Los carceleros, temerosos de la ira de su rey, viendo que los presos se les auian ido, dexando las cárceles cerradas, como se estauan con sus piedras y cerraduras, se fueron á postrar delante del Rey y á mostralle su inocencia, y no auer sido causa de su ida, sino auer sido por sus artes y mañas. *Monteçuma* los mandó levantar, diciendo no se les diese nada, que él los castigaria, y mandando fuesen á todos los lugares de que aquellos hechiceros eran naturales, que les derribasen las casas, les matasen á sus mugeres y hijos y les cavasen los sitios de las casas hasta que saliese el agua de ellos; que todas sus haciendas fuesen saqueadas y robadas de los muchachos, y que si ellos pareciesen ó fuesen hallados en algun templo, fuesen apedreados y echados á las bestias; el qual mandato fué luego cumplido. Echando sogas á las gargantas de sus mugeres y hijos fueron arrastrados por toda la ciudad, y sus haciendas saqueadas y robadas de los muchachos y moços de las ciudades de donde eran vecinos, y sus casas derribadas y cavados los sitios hasta descubrir el agua, de lo qual fué dada noticia y respuesta á *Monteçuma*. Los hechiceros nunca mas fueron hallados, ni se tuvo mas noticia de ellos, aunque en busca de ellos se puso toda la diligencia posible.

Desde este dia reinó en el coraçon de *Monteçuma* tanta tristeça y afliction, que jamas le veian el rostro alegre, antes huyendo toda

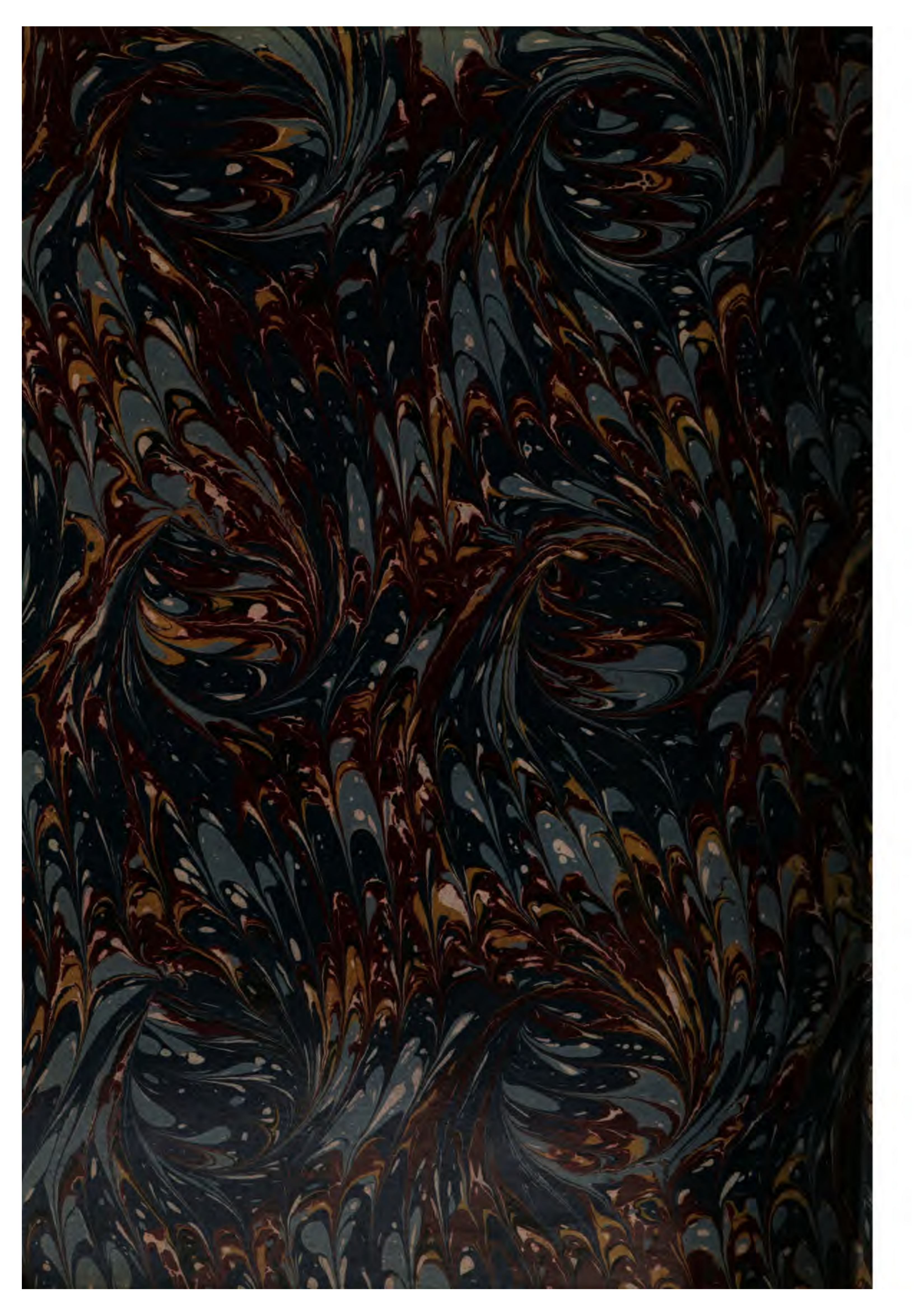
1 De estos fantasmas, que revisten las formas de hombres, ángeles ó demonios, están llenas las historias de todos los tiempos.

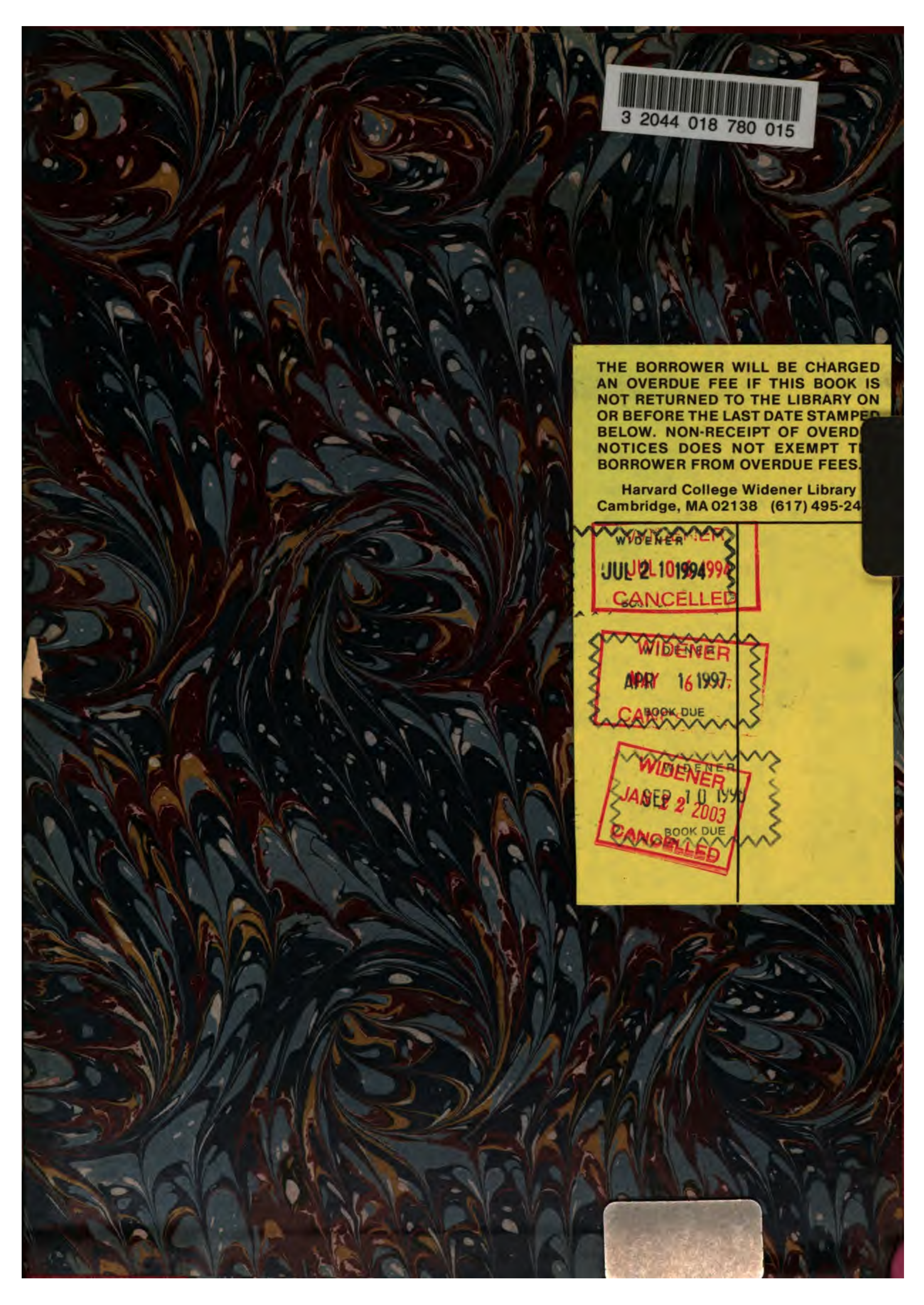
conversacion se encerraua en su recogimiento y secreto con el *Texiptla*, comunicándole lo que aquestos hechiceros y sortílegos le auian declarado, mostrando grandísimo pesar y congoja de que se le uviesen huido, creyendo que si algun tiempo mas se detuvieran, sacaran de ellos todos los sucesos que esperaba, doliéndose de la poca culpa que sus mugeres y hijos auian tenido para hacellos matar, no auiéndole ofendido en ninguna cosa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.




3 2044 018 780 015
THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERD NOTICES DOES NOT EXEMPT T BORROWER FROM OVERDUE FEES.
Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-24
WIDENER
JUL 2 1 1994
CANCELLED
WIDENER
APR 16 1997
BOOK DUE
WIDENER
SEP 10 1998
JAN 2 2003
BOOK DUE
CANCELLED